

# **CHIMAMANDA NGOZI ADICHIE**

**Medio sol amarillo**



**Lectulandia**

*Medio sol amarillo* recrea un período de la historia contemporánea de África: la lucha de Biafra por conseguir una república independiente de Nigeria, y la consecuente guerra civil que segó la vida de miles de personas.

Con gran empatía y la naturalidad de una narradora comprometida, Chimamanda Ngozi Adichie recrea la vida de tres personajes atrapados en las turbulencias de la década: el joven Ugwu, empleado de la casa de un profesor universitario de ideas revolucionarias; Olanna, la hermosa mujer del profesor, que por amor ha abandonado su privilegiada vida en Lagos para residir en una polvorienta ciudad, y Richard, un joven y tímido inglés que está enamorado de la hermana de Olanna, una mujer misteriosa que renuncia a comprometerse con nadie.

A medida que las tropas nigerianas avanzan, los protagonistas de esta historia deben defender sus creencias y reafirmar sus lealtades.

Es una novela épica y magistral, que cuestiona el colonialismo, las alianzas étnicas y la responsabilidad moral de un conflicto apoyado por las potencias mundiales.

**Lectulandia**

Chimamanda Ngozi Adichie

**Medio sol amarillo**

ePub r1.0

Titivillus 06.04.16

Título original: *Half of a yellow sun*  
Chimamanda Ngozi Adichie, 2006  
Traducción: Laura Rins Calahorra

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Mis abuelos, a quienes no llegué a conocer,  
Nwoye David Adichie y Aro-Nweke Félix Odigwe,  
no sobrevivieron a la guerra.

Mis abuelas, Nwabuodu Regina Odigwe  
y Nwamgbafor Agnes Adichie,  
ambas mujeres excepcionales, sí que lo consiguieron.

Dedico este libro a la memoria de todos ellos:  
ka fa nodu na ndokwa.

Y a Mellitus, dondequiera que esté.

Hoy todavía lo veo:  
agostado, endeble, expuesto al sol y al polvo de la estación seca;  
una lápida sobre los minúsculos escombros del valor inquebrantable.

Chinua Achebe, «Brote de mango»,  
en *Navidades en Biafra y otros poemas*

# **PRIMERA PARTE**

## **PRINCIPIOS DE LOS SESENTA**

# 1

El señor estaba un poco loco; se había pasado un montón de años leyendo libros en el extranjero, hablaba solo en su despacho, no siempre devolvía el saludo y llevaba el pelo demasiado largo. La tía de Ugwu se lo confesó en voz baja mientras avanzaban por el camino.

—Pero es buena persona —añadió—. Si trabajas bien, comerás bien; incluso comerás carne a diario.

Se detuvo para escupir. Arrojó el salivazo haciendo ruido y éste fue a parar sobre la hierba.

Ugwu no podía creer que alguien, ni siquiera aquel señor con quien iba a vivir, comiera carne a diario. No obstante, no le llevó la contraria a su tía porque se encontraba demasiado concentrado en su expectación, demasiado ocupado imaginando su nueva vida lejos de la ciudad. Llevaban un rato caminando después de haberse bajado del camión en el parque móvil y el sol de la tarde le quemaba la nuca; pero no le importaba. Estaba dispuesto a caminar durante horas bajo un sol aún más abrasador. Nunca hasta entonces había visto algo parecido a las calles que se abrieron ante ellos una vez que hubieron cruzado la puerta del recinto de la universidad, unas calles cuyo pavimento liso y alquitranado lo incitaba a posar sobre él la mejilla. No sería capaz de describirle a su hermana Anulika las casas de una planta que allí estaban pintadas del color del cielo y se alineaban una junto a otra como hombres educados y bien vestidos, ni los setos que las delimitaban, podados tan rectos que parecían mesas tapizadas de hojas.

Su tía apresuró el paso; el ruido de sus zapatillas resonaba en el silencio de la calle. Ugwu se preguntaba si también ella notaba el calor creciente del asfalto a través de las delgadas suelas de goma. Pasaron junto a un indicador, «odim street», y Ugwu articuló «street» como hacía siempre que veía una palabra en inglés no muy larga. Notó un olor dulce, embriagador, al entrar en un recinto; estaba seguro de que procedía de las flores blancas que sobresalían agrupadas por encima de los arbustos de la entrada. Éstos habían sido podados en forma de esbeltas colinas. El césped resplandecía y las mariposas revoloteaban por encima de él.

—Le dije al señor que lo aprenderías todo muy deprisa, *osiso-osiso* —lo alabó su tía.

Ugwu asintió con consideración aunque ya le había contado aquello muchas veces, tantas como la historia acerca de la ocasión que había hecho cambiar su suerte: la semana anterior se encontraba barriendo el pasillo del departamento de matemáticas cuando oyó al señor comentar que le hacía falta un criado que se encargara de la limpieza de su casa; y ella se apresuró a hacerle saber que podía ayudarlo, antes de que el mecanógrafo o el mensajero de la oficina se ofrecieran a mandarle a otra persona.

—Aprenderé pronto, tía —la tranquilizó Ugwu.

Se quedó mirando el coche del garaje; una tira metálica adornaba la carrocería azul como un collar.

—Recuerda que lo que tienes que contestar siempre que te llame es «¡Sí, *sah!*».

—¡Sí, *sah!* —repitió Ugwu.

Se encontraban de pie frente a la puerta acristalada.

Ugwu contuvo las ganas de extender el brazo para alcanzar la pared de cemento y notar la diferencia de tacto con respecto a las paredes de barro de la choza de su madre en las que aún se percibían las leves huellas de los dedos que las habían modelado. Por un instante, le habría gustado encontrarse allí, en la choza de su madre, bajo el oscuro frescor del techo de paja, o en la de su tía, la única de todo el pueblo con cubierta de chapa ondulada.

Su tía dio unos golpecitos en el cristal. Ugwu entrevió las cortinas blancas al otro lado de la puerta. Una voz dijo en inglés:

—¿Sí? Adelante.

Ugwu y su tía se descalzaron antes de entrar. El chico no había visto nunca una estancia tan amplia. A pesar de los sofás de color marrón dispuestos en semicírculo, las mesas auxiliares que los separaban, las estanterías repletas de libros y la mesa de centro con el jarrón y las flores de plástico rojo y blanco, la sala parecía muy espaciosa. El señor se encontraba sentado en un sillón, en camiseta de tirantes y pantalones cortos. No mantenía la espalda erguida sino que estaba recostado y un libro le cubría el rostro; parecía ajeno por completo al hecho de que acabara de conceder permiso a alguien para entrar.

—Buenas tardes, *sah*. Éste es el chico —lo presentó la tía.

El señor alzó la vista. Tenía la tez hosca, del color de la corteza de un árbol viejo, y el vello que le cubría el pecho y las piernas era abundante y de un tono más oscuro. Se quitó las gafas.

—¿El chico?

—El criado, *sah*.

—Ah, claro, me ha traído al criado. *I kpotago ya*.

Las palabras en igbo del señor fluían livianas a oídos de Ugwu. La entonación quedaba suavizada por la influencia del efecto ligado de la lengua inglesa, el acento en igbo de alguien que hablaba inglés a menudo.

—Trabajaré mucho —le aseguró la tía—. Es muy buen chico. Solo tiene que decirle lo que quiere que haga. ¡Gracias, *sah!*

El señor emitió un gruñido por respuesta mientras observaba a Ugwu y a su tía con expresión algo aturdida, como si su presencia le dificultara el recordar algo importante. La tía le dio a Ugwu unas palmadas en el hombro mientras musitaba que se portara bien, y a continuación se volvió hacia la puerta. En cuanto se hubo marchado, el señor se colocó de nuevo las gafas, dirigió la mirada hacia el libro y se reclinó para adoptar una postura aún más cómoda, con las piernas estiradas. Incluso al volver las páginas mantenía la mirada fija en el libro.



Ugwu se quedó esperando junto a la puerta. Los rayos de sol penetraban por la ventana y, de vez en cuando, una ligera brisa levantaba las cortinas. La sala permanecía en completo silencio a excepción del crujido del papel al volver las páginas. Ugwu se quedó así unos instantes y a continuación se fue acercando a la estantería, cada vez un poco más, como si quisiera esconderse detrás. Luego, al cabo de un rato, se dejó caer al suelo, con su bolsa de rafia entre las rodillas. Alzó la mirada al techo, muy alto y de un blanco incisivo. Cerró los ojos y trató de imaginarse aquella amplia habitación y el mobiliario que le resultaba ajeno, pero no lo logró. Abrió los ojos y de nuevo lo invadió el asombro, así que escrutó lo que le rodeaba para convencerse de que todo aquello era real, de que él iba a sentarse en aquellos sofás, pulir el pavimento liso y resbaladizo, lavar las cortinas vaporosas.

—*Kedu afa gi?* ¿Cómo te llamas? —le preguntó el señor sobresaltándolo.

Ugwu se puso en pie.

—¿Cómo te llamas? —volvió a preguntarle el señor, y se incorporó en el asiento.

Ocupaba todo el sillón, el pelo hirsuto formaba un halo por encima de su cabeza, y tenía los brazos musculosos y las espaldas anchas; Ugwu se había imaginado a alguien más mayor, más frágil, y de pronto sintió miedo de no satisfacer a aquel señor de aspecto tan vital y juvenil que no parecía necesitar nada de nadie.

—Ugwu, *sah*.

—Ugwu. Y vienes de Obukpa, ¿verdad?

—De Opi, *sah*.

—Podrías tener cualquier edad entre los doce y los treinta años. —El señor aguzó la vista—. Es probable que tengas trece. —Dijo la cifra en inglés: «thirteen».

—Sí, *sah*.

El señor volvió a su lectura. Ugwu permaneció inmóvil. Después de pasar deprisa unas cuantas hojas, levantó la vista de nuevo.

—*Ngwa*, ve a la cocina. Encontrarás algo de comer en la nevera.

—Sí, *sah*.

Ugwu entró en la cocina con cautela, poniendo despacio un pie delante del otro. Cuando vio aquello de color blanco, casi tan alto como él, dedujo que se trataba de la nevera. Su tía le había hablado de ello. Una especie de fresquera donde no se estropeaba la comida, según le había explicado. Ugwu lo abrió y dio un grito ahogado al notar la ráfaga de aire frío en el rostro. Naranjas, pan, cerveza, refrescos: muchas cosas empaquetadas y enlatadas se encontraban dispuestas en diferentes niveles, y, arriba de todo, un apetecible pollo asado al que solo le faltaba un muslo. Ugwu extendió el brazo y lo tocó. El aire que exhalaba el frigorífico le zumbaba con fuerza en los oídos. Volvió a tocar el pollo y se chupó el dedo antes de arrancar el muslo restante y comérselo hasta que solo le quedaron en la mano trocitos de hueso chupados. A continuación partió un poco de pan, una porción que le habría entusiasmado compartir con sus hermanos si algún pariente de visita se la hubiera ofrecido como obsequio. Comió deprisa, sin dar tiempo a que el señor pudiera

aparecer y haber cambiado de opinión. Ya había terminado y se encontraba de pie junto al fregadero, tratando de recordar lo que su tía le había explicado acerca de abrirlo para que el agua brotara a chorro como de una fuente, cuando entró. Se había puesto una camisa estampada y unos pantalones. Los dedos de sus pies, que asomaban por las zapatillas de piel, tenían un aspecto femenino, tal vez por lo impolutos; saltaba a la vista que siempre llevaba calzado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—*Sah*? —Ugwu señaló el fregadero.

El señor se acercó y giró la palomilla metálica del grifo.

—Será mejor que eches un vistazo a la casa y dejes tu bolsa en la primera habitación que encontrarás yendo por el pasillo. Voy a dar un paseo para despejar la cabeza, *i nugo*?

—Sí, *sah*.

Lo observó mientras salía por la puerta de atrás. No era alto pero tenía el andar brioso, enérgico, y se parecía a Ezeagu, el hombre que ostentaba el título de mejor luchador en el pueblo de Ugwu.

Ugwu cerró el grifo, y volvió a abrirlo y a cerrarlo. Y de nuevo lo abrió y lo cerró; una y otra vez, hasta que la maravilla del agua corriente y la agradable sensación de tener el estómago lleno de pollo y pan hicieron que se echara a reír. Atravesó la sala y salió al pasillo. Había libros apilados en las estanterías y en las mesas de los tres dormitorios, y también encima del lavabo y de los armarios del cuarto de baño; en el estudio las pilas de libros llegaban hasta el techo, y en la despensa viejas publicaciones se acumulaban junto a cajas de Coca-Cola y envases de cartón de cerveza Premier. Algunos de los libros yacían boca abajo, abiertos, como si el señor los hubiera dejado a medio leer para apresurarse a coger otro. Ugwu se esforzó por leer los títulos, pero la mayor parte eran demasiado largos, demasiado difíciles: *Métodos no paramétricos*, *Un estudio africano*, *La gran cadena de los seres vivos*, *El impacto normando en Inglaterra*. Fue de habitación en habitación de puntillas porque creía tener los pies sucios, y a medida que avanzaba se sentía cada vez más decidido a complacer al señor, a alojarse en aquella casa en la que se comía carne y el suelo estaba fresco. Examinó el retrete; justo cuando pasaba la mano por la tapa de plástico negro, oyó la voz del señor.

—¿Dónde estás, amigo mío? —Dijo «amigo mío» en inglés.

Ugwu se dirigió a la sala a toda prisa.

—¡Sí, *sah*!

—Recuérdame tu nombre.

—Ugwu, *sah*.

—Claro, Ugwu. Fíjate en esto, *nee anya*. ¿Sabes qué es?

El señor apuntó con el dedo y Ugwu se quedó mirando la caja metálica llena de botones de aspecto peligroso.

—No, *sah* —respondió.

—Es una radiogramola. Es nueva y funciona muy bien. No tiene nada que ver con esos gramófonos viejos a los que hay que dar vueltas y más vueltas. Debes tener mucho cuidado con el aparato; mucho. No puede caerle agua.

—Sí, *sah*.

—Me voy a jugar al tenis y luego me quedaré un rato en el centro de profesores. —El señor cogió algunos libros de la mesa—. Puede que vuelva tarde, así que instálate y descansa.

—Sí, *sah*.

Después de observar cómo el señor salía en coche del recinto, Ugwu se acercó hasta la radiogramola y examinó el aparato con cautela, sin tocarlo. Luego, dio vueltas por la casa, de aquí para allá, palpó los libros, las cortinas, los muebles y la vajilla. Cuando oscureció, encendió la luz y se quedó maravillado ante el resplandor que desprendía la bombilla colgada del techo, y que no proyectaba sombras alargadas en la pared como las lámparas de aceite de palma de su casa. A aquellas horas su madre debía de estar preparando la cena, machacando *akpu* con la mano del mortero sujeta muy fuerte entre las suyas. Chioke, la esposa más reciente, se estaría ocupando de la olla de caldo aguado que se sostenía en equilibrio sobre tres piedras colocadas alrededor del fuego. Los chicos habrían vuelto del riachuelo y estarían haciéndose burlas y persiguiéndose entre ellos bajo el árbol del pan. Tal vez Anulika los estuviera vigilando. Ahora era la mayor de todos los hijos que vivían con la familia y, por tanto, mientras se sentaban juntos a comer alrededor del fuego, tendría que encargarse de poner fin a las disputas de los más pequeños por los tropezones de pescado seco de la sopa. Esperaría a que se terminaran el *akpu* y luego repartiría el pescado de tal manera que a cada niño le tocara un trozo, y se guardaría para ella el más grande, como él había hecho siempre.

Ugwu abrió el frigorífico y comió un poco más de pan y de pollo. Se embutió la comida en la boca mientras el corazón le latía como si hubiera estado corriendo; luego arrancó unos cuantos trozos más de la pechuga y las alas. Se metió la comida en los bolsillos de los pantalones cortos y se dirigió al dormitorio. Pensaba guardarla hasta que su tía fuera a verlo y pedirle que se la diera a Anulika. Tal vez pudiera llevarle también un poco a Nnesinachi; así acabaría fijándose en él. No tenía muy claro cuál era el parentesco que los unía; lo único que sabía era que pertenecían a la misma *umunna* y, por tanto, no podrían casarse nunca. Aun así, habría agradecido que su madre no se refiriera a la chica como su hermana y dejara de decirle cosas como: «Por favor, llévale este aceite de palma a mama Nnesinachi, y si no está, dáselo a tu hermana».

Nnesinachi siempre le hablaba en un tono distraído, sin fijar la mirada en él, como si su presencia no la afectara en lo más mínimo. A veces lo llamaba Chiejina, que era el nombre de un primo al cual no se parecía en nada, y cuando Ugwu le hacía ver que no se trataba de él, la chica se disculpaba diciéndole: «Perdóname, Ugwu, hermano mío», en un tono formal y distante que daba a entender que no tenía ganas

de alargar la conversación. En cambio a él le gustaba que lo mandaran con recados a su casa. Siempre representaban una oportunidad de encontrarla agachada, bien avivando el fuego, bien cortando hojas de *ugu* para el caldo que hacía su madre, o sentada al aire libre vigilando a sus hermanos pequeños con la túnica lo bastante baja para lograr verle la parte alta de los senos. Desde que sus pechos empezaron a apuntar, sentía curiosidad por saber si su tacto resultaría mullido o prieto como la fruta verde del *uhe*. Tenía ganas de que Anulika dejara de tener el pecho tan plano — de hecho, se preguntaba por qué a su hermana tardaban tanto en crecerle los senos, puesto que tenía aproximadamente la misma edad que Nnesinachi—, para así poder palpárselos. Claro que Anulika le apartaría la mano de golpe, eso si no le propinaba además una bofetada, pero él lo haría muy deprisa, le daría un apretoncito y echaría a correr, y por lo menos se formaría una idea de qué podía esperar cuando por fin tocara los senos de Nnesinachi.

No obstante, le preocupaba que esa oportunidad no llegara nunca, ahora que el tío de la chica le había pedido que se fuera con él a Kano para aprender un oficio. Partiría hacia el norte al final del año, cuando el más pequeño de sus hermanos, de quien su madre estaba encinta, empezara a andar. A Ugwu le habría gustado sentirse tan contento y agradecido como el resto de la familia. A fin de cuentas, en el norte se podía hacer fortuna; tenía conocidos que se habían marchado allí a comerciar y al volver habían derribado sus antiguas cabañas y habían construido casas cubiertas con chapa ondulada. Pero él temía que alguno de aquellos negociantes barrigudos del norte le echara el ojo a la chica y lo siguiente que supiera de ella fuera que alguien le había ofrecido vino de palma a su padre y que nunca llegaría a tocarle los pechos. Era la imagen de aquellos pechos la que reservaba para el final de cada una de las frecuentes noches de tocamientos, suaves al principio y luego más enérgicos, hasta que acababa emitiendo un gemido quedo. Siempre empezaba figurándose el rostro de la chica, las mejillas plenas y los dientes de color marfil; luego se imaginaba que ella lo rodeaba con sus brazos, que pegaba el cuerpo al de él. Finalmente, sus pechos cobraban forma; a veces su tacto era prieto y lo incitaban a mordisquearlos; otras, resultaban tan suaves que temía que su roce imaginario les causara dolor.

Se planteó durante unos momentos pensar en ella aquella noche, pero al final decidió no hacerlo. Era la primera que pasaba en casa del señor, en aquella cama que no tenía nada que ver con su estera de rafia tejida a mano. Primero presionó el colchón mullido con las palmas de las manos, luego examinó las capas de diferentes géneros que lo cubrían sin saber si echarse encima o si retirar la ropa y deshacer la cama antes de acostarse. Al final, se subió y se acostó sobre las mantas con el cuerpo hecho un ovillo.

Soñó que el señor lo llamaba: «¡Ugwu, amigo mío!», y cuando se despertó el hombre lo contemplaba desde la puerta. Tal vez no hubiera sido un sueño. Se levantó apresuradamente y se quedó mirando las ventanas con las cortinas recogidas, confuso. ¿Era tarde? ¿Se habría quedado dormido por culpa de la cama mullida?

Solía despertarse con los primeros cantos del gallo.

—¡Buenos días, *sah*!

—Aquí huele mucho a pollo asado.

—Lo siento, *sah*.

—¿Dónde está el pollo?

Ugwu hurgó en los bolsillos de sus pantalones cortos y sacó los trozos de pollo.

—¿En tu familia coméis mientras dormís? —le preguntó el señor.

La prenda que llevaba puesta parecía un abrigo de mujer, y con gesto distraído retorció la cuerda atada a modo de cinturón.

—¿Cómo, *sah*?

—¿Pensabas comerte el pollo en la cama?

—No, *sah*.

—Solo se come en el comedor o en la cocina.

—Sí, *sah*.

—Hoy te toca limpiar la cocina y el baño.

—Sí, *sah*.

El señor dio media vuelta y se marchó. Ugwu se quedó temblando en la habitación, sosteniendo aún en su mano extendida los trozos de pollo. Al final, volvió a guardárselos en los bolsillos, respiró hondo y salió del dormitorio. El señor estaba sentado a la mesa, con una taza de té frente a él sobre una pila de libros.

—¿Sabes quiénes mataron realmente a Lumumba? —dijo el señor, alzando la mirada de una revista—. Los americanos y los belgas. Katanga no tuvo nada que ver.

—Sí, *sah* —asintió Ugwu.

Quería que el señor continuara hablando para oír la sonoridad de su voz, la musicalidad de las frases en igbo salpicadas de palabras en inglés.

—Eres mi criado —dijo el señor—. Si te ordeno que salgas y golpees con un palo a una mujer que pasa por la calle y tú le pegas y le haces sangre en la pierna, ¿quién es el responsable de esa herida, tú o yo?

Ugwu se quedó mirando al señor mientras negaba con la cabeza. Se preguntaba si se trataría de algún rodeo para referirse a los trozos de pollo.

—Lumumba era el primer ministro del Congo. ¿Sabes dónde está el Congo? —le preguntó.

—No, *sah*.

El señor se levantó deprisa y entró en el estudio. El miedo debido al desconcierto hizo que a Ugwu le empezaran a temblar los párpados. ¿Lo enviaría el señor de vuelta a casa por no hablar bien inglés, por haberse guardado trozos de pollo en los bolsillos durante la noche o por no conocer los sitios raros a los que se refería? El señor volvió con una gran hoja de papel que desdobló y extendió sobre la mesa del comedor tras apartar los libros y las revistas. Luego señaló con el bolígrafo.

—Éste es nuestro mundo, aunque las personas que trazaron el mapa decidieran situar su tierra por encima de la nuestra. Ya ves que aquí no hay parte superior ni

inferior. —El señor cogió la hoja y la dobló de manera que los cantos se tocaran y el centro quedara hueco—. El mundo es redondo, no tiene final. *Nee anya*, todo esto es agua, los mares y los océanos, aquí está Europa y éste es nuestro continente, África, y el Congo está en el centro. Más arriba se encuentra Nigeria y aquí, Nsukka, en el sudeste. Aquí es donde estamos nosotros. —Tamborileó sobre ese punto con el bolígrafo.

—Sí, *sah*.

—¿Has ido a la escuela?

—Hasta el segundo curso, *sah*. Pero aprendo deprisa.

—¿Hasta segundo? ¿Cuánto tiempo hace que no vas a clase?

—Muchos años, *sah*. Pero aprendo muy deprisa.

—¿Por qué dejaste los estudios?

—Los cultivos de mi padre no fueron bien, *sah*.

El señor asintió despacio.

—¿Y por qué no buscó a alguien que le prestara dinero para pagar la matrícula?

—¿Qué, *sah*?

—¡Tu padre debería haber pedido ayuda! —El señor dio un chasquido y luego exclamó en inglés—: ¡La educación es prioritaria! ¿Cómo podemos enfrentarnos a la explotación si no contamos con medios para comprenderla?

—¡Sí, *sah*! —asintió Ugwu con energía.

Estaba decidido a prestar tanta atención como le fuera posible, y reaccionó a la intensidad del brillo que observó en los ojos del señor.

—Te matricularé en la escuela primaria para los hijos del personal docente — resolvió el hombre mientras seguía repiqueteando sobre la hoja con el bolígrafo.

La tía de Ugwu le había dicho que si hacía bien su trabajo durante unos años el señor lo enviaría a la escuela mercantil, donde aprendería mecanografía y taquigrafía. Había mencionado la escuela primaria de la universidad pero solo para explicarle que estaba reservada para los hijos de los profesores, que llevaban uniforme azul y unos calcetines blancos tan adornados de puntillas que uno llegaba a preguntarse por qué alguien había malgastado tanto tiempo para hacer unos simples calcetines.

—Sí, *sah* —dijo—. Gracias, *sah*.

—Supongo que serás el mayor de la clase, al empezar tercero a tu edad —le dijo—. Y solo conseguirás ganarte el respeto de los demás si eres el mejor. ¿Lo entiendes?

—Sí, *sah*.

—Siéntate, amigo mío.

Ugwu escogió la silla más alejada del señor, tomando asiento torpemente con los pies muy juntos. Prefería permanecer de pie.

—Hay dos respuestas posibles a las cosas que te enseñarán sobre nuestro país: la verdadera y la que tienes que saber para aprobar. Debes leer y aprender ambas. Yo te proporcionaré libros, unos libros excelentes. —El señor se detuvo para dar un sorbo

de té—. Te enseñarán que un hombre blanco llamado Mungo Park descubrió el río Níger, pero no es más que un disparate. Nuestra gente pescaba en el Níger mucho antes de que naciera el abuelo de Mungo Park. Pero en el examen pon que fue él.

—Sí, *sah*. —A Ugwu le habría gustado que el tal Mungo Park no hubiera ofendido tanto al señor.

—¿Es lo único que sabes decir?

—¿*Sah*?

—Cántame una canción.

—¿Qué, *sah*?

—Que me cantes una canción. ¿Cuáles te sabes? ¡Canta! —El señor se quitó las gafas. Fruncía el entrecejo con semblante serio.

Ugwu entonó una vieja canción que había aprendido en la granja de su padre. El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho.

—*Nzogbo nzogbu enyimba, enyi*.

Empezó en voz baja, pero el señor golpeteó en la mesa con el bolígrafo y exclamó:

—¡Más alto!

Así que alzó el volumen, y el señor repitió:

—¡Más alto!

Hasta que acabó a grito pelado. Cuando hubo repetido la tonada unas cuantas veces, el señor le pidió que parara.

—Bien, bien —dijo—. ¿Sabes hacer té?

—No, *sah*. Pero aprendo rápido —insistió Ugwu.

Al cantar había eliminado la tensión; ahora respiraba con facilidad y el corazón le latía con menos fuerza. Y estaba convencido de que al señor le faltaba algún tornillo.

—Casi siempre como en el centro de profesores. Ahora que tú estás en casa, supongo que tendré que comprar más comida.

—*Sah*, yo sé cocinar.

—¿Sabes cocinar?

Ugwu asintió. Había pasado muchas noches observando a su madre mientras cocinaba. Él encendía el fuego o atizaba las ascuas cuando empezaban a apagarse. Pelaba y machacaba los ñames y las mandiocas, ablentaba el arroz, separaba los gorgojos de las judías, pelaba las cebollas y molía la pimienta. Con frecuencia se descubría deseando cocinar en lugar de Anulika cuando su madre enfermaba de toses. Nunca se lo había confesado a nadie, ni siquiera a la propia Anulika; ella le reprochaba que pasaba demasiado tiempo junto a las mujeres en la cocina y que si seguía así no le crecería la barba.

—Entonces te encargarás de la comida —decidió el señor—. Haz una lista de todo lo que necesitas.

—Sí, *sah*.

—No sabes por dónde se va al mercado, ¿verdad? Le pediré a Jomo que te enseñe

el camino.

—¿Jomo, *sah*?

—Jomo se ocupa de cuidar la finca. Viene tres veces por semana. Es muy gracioso, alguna vez lo he sorprendido hablándole al crotón. —El señor hizo una pausa—. En fin, mañana tiene que venir.

Más tarde, Ugwu escribió una lista de productos y se la entregó al señor. Éste leyó con detenimiento durante unos instantes.

—¡Vaya mezclanza! —exclamó en inglés—. Supongo que en la escuela te enseñarán a utilizar más vocales.

A Ugwu le disgustó la expresión divertida del señor.

—Necesitamos madera, *sah* —añadió.

—¿Madera?

—Para sus libros, *sah*. Para poder ordenarlos.

—Ah, claro. Te refieres a los estantes. Supongo que encontraremos dónde colocar algunos más, tal vez en el pasillo. Se lo comentaré mañana a alguien del departamento de mantenimiento.

—Sí, *sah*.

—Odenigbo. Llámame Odenigbo.

Ugwu lo miró muy poco convencido.

—¿*Sah*?

—No me llamo *sah*. Llámame Odenigbo.

—Sí, *sah*.

—Siempre responderé al nombre de Odenigbo. Lo de «señor» es arbitrario. Mañana el señor podrías ser tú.

—Sí, *sah*... Odenigbo.

En realidad, Ugwu prefería *sah* por el vigor conciso que evocaba aquel término; así, cuando al cabo de unos días se presentaron dos personas del departamento de mantenimiento para montar estantes en el pasillo, Ugwu les dijo que tendrían que esperar al *sah*, que él no podía firmar aquel papel escrito a máquina. Y pronunció la palabra con orgullo.

—Es uno de los criados del pueblo —dijo uno de los hombres con desdén.

Ugwu se lo quedó mirando y masculló un improperio deseándole a él y a toda su prole un ataque de diarrea perpetuo. Más tarde, mientras ordenaba los libros del señor, se prometió a sí mismo casi en voz alta que algún día aprendería a firmar impresos.

Durante las semanas siguientes, tiempo que dedicó a examinar todos y cada uno de los rincones de la casa y durante el cual descubrió que en el anacardo había una colmena y que las mariposas acudían al jardín de la entrada cuando el sol más brillaba, procuró prestar atención a los hábitos y ritmos del señor. Todas las mañanas recogía el *Daily Times* y la revista *Renaissance* que el repartidor había dejado en la entrada y los colocaba doblados en la mesa junto con el té y el pan para el señor.



Mientras éste desayunaba Ugwu lavaba el Opel, y después de volver del trabajo, mientras se echaba la siesta, el chico le quitaba el polvo antes de que se marchara a las pistas de tenis. El chico se movía por la casa de manera silenciosa durante los días en que el señor se encerraba en el estudio durante horas, y cuando lo oía andar por el pasillo hablando en voz alta, se aseguraba de tener a punto el agua caliente para el té. Fregaba el suelo a diario, frotaba las persianas hasta que refulgían bajo el sol de la tarde, trataba con cuidado las pequeñas grietas de la bañera y sacaba lustre a las bandejas en las que servía nuez de cola a los amigos del señor. A diario recibía por lo menos a dos visitas en el salón, con la radiogramola reproduciendo una extraña música de flauta a un volumen lo bastante bajo como para que Ugwu alcanzara a oír las conversaciones, las risas y los brindis desde la cocina o desde el pasillo mientras planchaba la ropa del señor.

Quería hacer más cosas, deseaba darle buenos motivos al señor para que le permitiera quedarse con él, y por eso una mañana se dispuso a plancharle los calcetines. El canalé negro no se veía muy arrugado, pero Ugwu creyó que si lo alisaba aún tendría mejor aspecto. Sin embargo la suela caliente siseó y, al levantarla, la mitad de la prenda se había quedado pegada a ella. A Ugwu se le heló la sangre. El señor estaba sentado a la mesa, terminándose el desayuno, y aparecería de un momento a otro para ponerse los calcetines, calzarse, recoger las carpetas de la estantería y marcharse a trabajar. A Ugwu se le ocurrió que podría esconder el desaguisado debajo de la silla e ir corriendo hasta el cajón a por otro par de calcetines, pero las piernas no le respondían. Permaneció allí plantado, con el calcetín chamuscado en la mano y la certeza de que el señor lo sorprendería de aquella manera.

—Me has planchado los calcetines, ¿verdad? —le preguntó el señor—. Estúpido analfabeto. —Las palabras «estúpido analfabeto» brotaron con musicalidad.

—¡Lo siento, *sah!* ¡Lo siento, *sah!*

—Te tengo dicho que no me llames «señor». —Cogió una carpeta de la estantería—. Se me hace tarde.

—¿*Sah?* ¿Le traigo otro par? —preguntó Ugwu.

Pero el señor ya se había puesto los zapatos sin calcetines y salía a toda prisa. Ugwu lo oyó cerrar de golpe la puerta del coche y alejarse. Notaba una opresión en el pecho; no se explicaba por qué se le había ocurrido planchar los calcetines, por qué no se había limitado a poner a punto el traje de safari. Todo era por culpa de los malos espíritus, estaba clarísimo. Ellos lo habían impulsado a hacerlo. Al fin y al cabo, merodeaban por todas partes, siempre al acecho. Siempre que tenía fiebre alta, o aquella vez que se cayó de un árbol, su madre le frotaba el cuerpo con *okwu-ma* sin dejar de murmurar: «Tenemos que derrotarlos, novan a vencer».

Salió al jardín delantero y cruzó la hilera de piedras que bordeaban el pulcro césped. Los malos espíritus no podrían con él. No pensaba permitirles que se salieran con la suya. En medio del prado destacaba un pequeño claro, como una isla en medio

de un mar verde, y en él se erguía una delgada palmera. Ugwu no había visto nunca ninguna tan baja, ninguna cuyas hojas se abrieran formando una copa tan perfecta. No parecía lo bastante fuerte para llegar a dar frutos, se diría que no servía para nada, como la mayoría de las plantas que crecían allí. Cogió una piedra y la lanzó lejos. Cuánto espacio desaprovechado. En su aldea la gente cultivaba la menor porción de terreno delante de su casa y plantaba verduras y hierbas aromáticas. Su abuela no tenía necesidad de plantar *arigbe*, su hierba favorita, porque crecía en estado silvestre por todas partes. Ella solía decir que el *arigbe* ablandaba el corazón de los hombres. Era la segunda de tres esposas y no gozaba del privilegio que suponía ser la primera o la última, así que, según le confesó a Ugwu, cada vez que quería pedirle algo a su marido preparaba gachas de ñame condimentadas con especias y *arigbe*. Aquello siempre le había dado resultado. Tal vez también funcionara con el señor.

Ugwu buscó *arigbe* por los alrededores. Miró entre las flores rosadas y al pie del anacardo de cuya rama colgaba la esponjosa colmena; también buscó junto al limonero con su tronco cubierto de pequeñas hormigas negras que desfilaban arriba y abajo, y debajo de las papayas cuyos frutos maduros habían sido agujereados por el picoteo de los pájaros. Pero la tierra estaba limpia, no había hierbas silvestres. Jomo se encargaba de desherbar a conciencia y con esmero; no permitía que creciera nada que no debiera crecer allí.

La primera vez que se vieron, Ugwu saludó a Jomo y éste asintió con la cabeza y continuó con su trabajo sin pronunciar palabra. Era un hombre bajito de compleción recia y piel apergaminada. A Ugwu le pareció que el agua le hacía más falta a él que a las plantas que regaba con su cubo metálico. Por fin, Jomo alzó la mirada hacia Ugwu.

—*Aja m bu Jomo* —dijo, como si Ugwu no conociera su nombre—. Algunos me llaman Keniata, por el prohombre de Kenia. Soy cazador.

Ugwu no sabía qué contestar porque Jomo lo estaba mirando directamente a los ojos, como si esperara oír algo importante que el chico hubiera hecho.

—¿Qué tipo de animales cazas? —preguntó Ugwu.

En el rostro de Jomo se dibujó una sonrisa radiante, como si aquella fuera exactamente la pregunta que esperaba. Ugwu se sentó en la escalera que conducía al patio trasero y se dispuso a escuchar. Ya desde el primer día no se tragó ninguna de sus historias, lo de que se había enfrentado desarmado a un leopardo y que había matado a dos babuinos de un solo tiro; aun así, las escuchaba con gusto, y por eso decidió reservarse la tarea de lavar las prendas del señor para aquellos días en los que Jomo acudía a trabajar, a fin de poder sentarse al aire libre cerca de él.

Jomo se movía con una lentitud deliberada. Imprimía un carácter solemne y sabio a sus quehaceres de rastrillar, regar y sembrar. En plena poda de un seto, levantaba la cabeza y exclamaba: «Ahí tenemos buena carne», y a continuación se acercaba hasta la bolsa de piel de cabra atada al portaequipajes de su bicicleta y hurgaba en busca del tirachinas. Una vez derribó a una paloma del anacardo lanzándole una piedra

pequeña, luego la envolvió con unas hojas y la metió en la bolsa.

—No te acerques a esa bolsa si no estoy yo por aquí —le advirtió a Ugwu—. Podrías encontrarte una cabeza humana.

Ugwu se echó a reír, pero no se lo tomó del todo a broma. Le habría gustado que aquel día Jomo hubiera ido a trabajar. Era la persona ideal para hacerle preguntas sobre el *arigbe*; de hecho, para pedirle consejo sobre la mejor manera de aplacar al señor.

Salió del recinto y buscó entre las plantas que bordeaban la carretera hasta que descubrió las hojas rizadas junto a la raíz de un pino sibilante. Nunca había notado nada parecido al intenso aroma del *arigbe* en los insípidos guisos preparados que el señor compraba en el centro de profesores. Ugwu pensaba cocinar un buen estofado con aquella hierba aromática y ofrecérselo al señor acompañado de un poco de arroz, y después le pediría excusas. «Por favor, no me mande a casa, *sah*. Trabajaré más horas para compensarle por haber quemado el calcetín. Ganaré dinero y le compraré otro». No sabía muy bien cómo iba a arreglárselas para ahorrar suficiente dinero, pero se lo diría de todas maneras.

Si el *arigbe* ablandaba el corazón del señor, tal vez pudiera plantar un poco junto con otras hierbas aromáticas en el patio trasero. Le propondría ocuparse él mismo de cuidarlas hasta que empezara la escuela, pues la directora había dicho que no podía incorporarse a mitad de curso. Aunque tal vez albergara demasiadas esperanzas. ¿De qué iba a servirle un jardín de hierbas aromáticas si el señor lo echaba, si no lo perdonaba por haberle quemado el calcetín? Entró de prisa en la cocina, colocó el *arigbe* sobre la encimera y midió unas raciones de arroz.

Unas horas más tarde, sintió cómo se le encogía el estómago cuando oyó el coche del señor: el crujido de la grava y el ruido del motor antes de aparcarlo en el garaje. Permaneció de pie junto a la cazuela removiendo su contenido, aferrando el cucharón tan fuerte como los retortijones que atenazaban su vientre. ¿Le pediría el señor que se marchara sin ofrecerle ninguna oportunidad de servirle la comida? ¿Cómo iba a explicárselo a su familia?

—Buenas tardes, *sah*... ¡Odenigbo! —lo saludó aun antes de que entrara en la cocina.

—Sí, sí —le respondió el señor.

Con una mano sostenía unos cuantos libros contra el pecho y en la otra llevaba la cartera. Ugwu acudió enseguida a ayudarle con los libros.

—*Sah*, ¿le apetece comer? —le preguntó en inglés.

—¿Comer qué?

Ugwu sintió que las contracciones del estómago se agudizaban. Al inclinarse para dejar los libros en la mesa, temió que se le escapara algo por culpa de la tensión.

—Estofado, *sah*.

—¿Estofado?

—Sí, *sah*. Muy bueno.

—Entonces lo probaré.

—¡Sí, *sah*!

—¡Llámame Odenigbo! —le espetó el señor antes de ir a darse su baño de la tarde.

Tras servirle la comida, Ugwu se quedó en la puerta de la cocina contemplando cómo el hombre se llevaba a la boca la primera cucharada de estofado con arroz, y luego la segunda. Al momento exclamó:

—Excelente, amigo mío.

Ugwu asomó la cabeza por la puerta.

—¿*Sah*? Puedo plantar estas hierbas en un pequeño huerto. Para preparar más platos como éste.

—¿Un huerto? —El señor se detuvo para tomar un sorbo de agua y volvió la página de la revista—. No, no, no. La parte de fuera es cosa de Jomo, y la de dentro es responsabilidad tuya. El trabajo tiene que estar bien repartido, amigo mío. Si nos hacen falta hierbas aromáticas, le pediremos a Jomo que las plante.

A Ugwu le encantó el sonido de las palabras en inglés: «El trabajo tiene que estar bien repartido».

—Sí, *sah* —dijo, aunque ya estaba pensando en cuál sería el mejor lugar para el pequeño huerto: cerca de los cuartos del servicio, adonde el señor nunca se acercaba.

No podía dejar su cuidado en manos de Jomo, así que él mismo se ocuparía cuando el señor saliera de casa. De esa forma, siempre dispondría de *arigbe*, la hierba del perdón. No se apercibió hasta bastante más tarde de que el señor debía de haber olvidado la cuestión del calcetín quemado mucho antes de volver a casa.

Ugwu empezó a darse cuenta de más cosas. Él no era un criado cualquiera; el chico que servía en casa del doctor Okeke, el vecino de al lado, no tenía cama ni habitación propia sino que dormía en el suelo de la cocina. El que estaba empleado en la casa del final de la calle, con quien Ugwu iba al mercado, no decidía lo que iba a cocinar, se lo ordenaban. Y ninguno de ellos tenía la suerte de contar con un señor o una señora que les prestara libros y les dijera: «Éste es excelente; excelente de verdad».

Ugwu no entendía la mayor parte de las frases de los libros, pero fingía que los leía. Tampoco llegaba a comprender del todo las conversaciones que el señor mantenía con sus amigos, pero aun así las escuchaba y aprendía que el mundo tenía que mostrar un mayor compromiso en relación con la población negra asesinada en Sharpeville, que el avión espía que había sido derribado en Rusia estaba al servicio de la derecha estadounidense, que De Gaulle estaba actuando de forma muy desafortunada en Argelia, que las Naciones Unidas no conseguirían expulsar a Tshombe de Katanga. De vez en cuando, el señor se ponía en pie y alzaba el vaso y la voz:

—¡Por el valiente americano negro que ingresó en la Universidad de Mississippi!  
¡Por Ceilán y por la primera mujer del mundo que fue nombrada primer ministro!

¡Por Cuba, por haber derrotado a los americanos con sus propias armas!

Y Ugwu disfrutaba al oír entrechocar las botellas de cerveza con los vasos, las botellas con las botellas, los vasos con los vasos.

Durante los fines de semana acudían más amigos y a veces, cuando Ugwu les servía las bebidas, el señor lo presentaba; en inglés, por supuesto.

—Ugwu me ayuda con la casa. Es muy inteligente.

Ugwu seguía destapando botellas de cerveza y Coca-Cola sin decir nada mientras notaba que una agradable sensación de orgullo lo invadía de la cabeza a los pies. Lo que más le gustaba era que lo presentara a los extranjeros, como el señor Johnson, que procedía del Caribe y tartamudeaba, o el profesor Lehman, el estadounidense blanco y gangoso cuyos ojos eran del verde intenso de las hojas frescas. Ugwu sintió un ligero temor al verlo por primera vez, porque siempre había creído que solo los espíritus malignos tenían los ojos del color de la hierba.

Pronto aprendió a reconocer a los invitados habituales y les servía la bebida antes de que el señor se lo pidiera. Entre ellos se contaba el doctor Patel, el indio que bebía cerveza Golden Guinea mezclada con Coca-Cola. El señor lo llamaba «Doc». Cada vez que Ugwu sacaba la nuez de cola, el señor bromeaba: «Doc, ya sabes que la nuez de cola no entiende el inglés» antes de proceder a bendecirla en igbo. El doctor Patel siempre se reía con gran regocijo, recostándose en el sofá y levantando sus cortas piernas como si fuera la primera vez que oía aquel chiste. Cuando el señor abría el bote y pasaba la bandeja, el doctor Patel siempre cogía un fruto y se lo metía en el bolsillo de la camisa; Ugwu nunca lo había visto comérselo.

También estaba el alto y escuálido profesor Ezeká, cuya voz resultaba tan ronca y áspera que parecía que hablara en susurros. Siempre cogía el vaso y lo escrutaba al trasluz para asegurarse de que Ugwu lo había lavado bien. A veces llevaba su propia botella de ginebra. En otras ocasiones, pedía que le sirviera té y se acercaba a examinar el azucarero y la lechera mientras mascullaba: «El poder de las bacterias es extraordinario».

Okeoma era el que acudía más a menudo y se quedaba más tiempo. Aparentaba menos años que el resto, siempre llevaba pantalones cortos, iba peinado con la raya al lado y su cabellera hirsuta abultaba más que la del señor. Pero a diferencia de ésta, la de Okeoma tenía un aspecto descuidado, como si no le gustara peinarse. Okeoma bebía Fanta. Durante algunas veladas leía sus poemas en voz alta sosteniendo un pliego en la mano, y Ugwu veía por la rendija de la puerta de la cocina cómo todos los invitados lo contemplaban petrificados, como si no se atrevieran a respirar. Cuando había terminado, el señor aplaudía y exclamaba con su vozarrón: «¡La voz de nuestra generación!». Y los aplausos continuaban hasta que Okeoma los interrumpía de forma tajante: «¡Ya está bien!».

Y también estaba la señorita Adebayo, que bebía coñac como el señor y no se parecía en nada a la idea que Ugwu se había forjado de una profesora universitaria. Su tía le había hablado un poco sobre las mujeres de la universidad. Las conocía bien

porque durante el día trabajaba limpiando en la facultad de ciencias y por la noche como camarera en el centro de profesores. A veces la contrataban para que les limpiara la casa. Ella le había contado que las profesoras universitarias tenían en sus estanterías fotografías enmarcadas de la época en que eran alumnas en Ibadan, y también en el Reino Unido y en América. Para desayunar tomaban huevos no muy hechos de manera que la yema se esparcía por el plato, y llevaban pelucas lisas y abundantes y vestidos hasta los tobillos. Una vez le contó una historia sobre una pareja ocurrida durante un cóctel celebrado en el centro. Los dos llegaron montados en un bonito Peugeot 404, el hombre con un traje muy elegante de color crema y la mujer con un vestido verde. Todo el mundo se volvió a mirarlos. Caminaban cogidos de la mano y, de pronto, el viento hizo volar la peluca de la mujer. Estaba calva. La tía de Ugwu le explicó que las mujeres utilizaban una plancha caliente para alisarse el pelo porque querían imitar a las blancas, pero al final solo conseguían quemárselo y se les acababa cayendo.

Ugwu se había imaginado a la mujer calva: hermosa, con la nariz respingona y no ancha y chata como las que él estaba acostumbrado a ver. Se imaginó su delicadeza, su exquisitez, una de aquellas mujeres cuyos estornudos, cuya risa y cuya voz resultan tan suaves como el plumón que crece sobre la piel de un pollo. Sin embargo, las mujeres que iban de visita a casa del señor, al igual que aquéllas con las que se cruzaba en el supermercado o por la calle, eran de otro tipo. La mayoría también llevaba peluca (unas pocas se trenzaban el pelo y, a veces, se lo adornaban con hilo), pero no eran delicadas como una brizna de hierba. Gritaban mucho. La voz que más resonaba era la de la señorita Adebayo. No era igbo; Ugwu podía deducirlo por su nombre, lo habría sabido aunque no se hubiera encontrado con ella y con su criada aquel día en el mercado y las hubiera oído hablar, de forma rápida e incomprensible, en yoruba. La mujer le había pedido que las esperara para acompañarlo de vuelta al campus, pero él se disculpó y le dijo que cogería un taxi porque todavía le quedaba mucho que comprar, aunque la verdad era que ya había terminado. No quería subirse a su coche; no le gustaba cómo su voz se alzaba hasta ahogar la del señor cuando estaban juntos en la sala y ella disentía y polemizaba. A menudo le entraban ganas de ponerse a gritar él también desde detrás de la puerta de la cocina y obligarla a callarse, en especial cuando llamaba «sofista» al señor. No sabía lo que significaba aquella palabra, pero no le gustaba en absoluto que la utilizara para referirse a él. Tampoco le hacía ninguna gracia la forma en que lo miraba. Incluso cuando otra persona estaba hablando y se suponía que debía centrar su atención en ésta, sus ojos permanecían fijos en el señor. Un sábado por la noche, a Okeoma se le cayó un vaso y Ugwu entró en la sala a recoger los cristales del suelo. Se tomó su tiempo para hacerlo, pues la conversación se oía mucho mejor desde allí y le resultaba mucho más fácil entender el discurso del profesor Ezeká. Desde la cocina resultaba casi imposible captar la voz del hombre.

—Está claro que los sucesos de América del Sur requieren una respuesta

panafricanista más contundente —decía el profesor Ezeka.

El señor lo atajó.

—Ya sabes que el panafricanismo es un concepto acuñado por los europeos.

—Te estás apartando del tema —dijo el profesor Ezeka, y sacudió la cabeza con su habitual gesto de superioridad.

—Tal vez sea cierto que se trata de un concepto europeo —intervino la señorita Adebayo—, pero en términos generales todos pertenecemos a la misma raza.

—¿Qué términos generales? —preguntó el señor—. ¡La generalización es cosa de los blancos! ¿Es que no os dais cuenta de que sólo somos iguales a sus ojos?

Ugwu notó que el señor alzaba la voz a la más mínima y, tras la tercera copa de coñac, empezó a enarbolar el vaso en el aire y a inclinarse hacia delante hasta quedar sentado en el mismísimo borde de la butaca. Bien entrada la noche, después de que el señor se hubiera acostado, Ugwu ocupó aquel asiento y se visualizó a sí mismo dirigiéndose en un inglés fluido a sus extasiados invitados imaginarios y pronunciando palabras como «descolonizar» y «panafricanismo» mientras imitaba la voz del señor y, poco a poco, se iba echando hacia delante hasta acabar él también sentado en el borde de la silla.

—Claro que tenemos cosas en común: la opresión a que nos someten los blancos —le espetó la señorita Adebayo en tono seco—. El panafricanismo es simplemente la reacción más sensata.

—Ya, ya, pero lo que quiero decir es que la única identidad auténtica para los africanos es la de la tribu —dijo el señor—. Yo soy nigeriano porque los blancos delimitaron Nigeria y me incluyeron en ese país. Soy negro porque los blancos crearon ese concepto por contraposición al color de su piel. Pero antes de que ellos llegaran yo era igbo.

El profesor Ezeka soltó un bufido y negó con la cabeza, con sus delgadas piernas cruzadas.

—Sin embargo, tomaste conciencia de que eras igbo gracias a los blancos. La idea de «comunidad igbo» surgió a raíz del dominio de los blancos. Habrás de convenir que el concepto que tenemos hoy de tribu es un producto tan colonial como el nacional y el de raza.

Dicho esto, el profesor Ezeka descruzó y volvió a cruzar las piernas en sentido inverso.

—¡La idea de «comunidad igbo» existía mucho antes de que llegaran los blancos! —gritó el señor—. Ve y pregúntales a los ancianos de tu aldea por tu propia historia.

—El problema es que Odenigbo es un tribalista incorregible, tenemos que conseguir que se esté calladito —dijo la señorita Adebayo.

Y entonces hizo algo que sobresaltó a Ugwu: se acercó riendo al señor y le selló los labios con un suave pellizco. Permaneció así durante lo que pareció mucho rato, con la mano en su boca. Ugwu se imaginó cómo la saliva del hombre diluida en coñac le humedecía los dedos. Se notaba tenso mientras recogía los cristales de la

copa hecha añicos. Habría preferido que el señor no se limitara a permanecer sentado mientras agitaba la cabeza como si la escena le resultara de lo más divertido.

Después de aquello, la señorita Adebayo se convirtió en una amenaza. Cada vez le recordaba más a un murciélago frugívoro, con su rostro demacrado de tez opaca y sus ropajes estampados que ondeaban a su paso como si fueran alas. Ugwu sirvió su bebida en último lugar y dedicó un buen rato a secarse las manos con un paño antes de abrirle la puerta. Temía que acabara casándose con el señor y que se instalara en la casa junto con su criada yoruba, y malograra su huerto de hierbas aromáticas y quisiera controlarlo que cocinaba. Hasta que oyó una conversación entre el señor y Okeoma.

—Hoy no parecía tener ningunas ganas de marcharse a su casa —observó Okeoma—. *Nwoke* m, ¿estás seguro de que no piensas hacer nada con ella?

—No digas tonterías.

—Si lo hicieras, nadie en Londres lo sabría.

—Oye, oye...

—Ya sé que no te interesa en ese sentido, pero lo que todavía no entiendo es lo que todas esas mujeres ven en ti.

Okeoma se echó a reír y Ugwu se sintió aliviado. No quería que la señorita Adebayo —ni ninguna otra mujer— irrumpiera en sus vidas y perturbara la cotidianidad. Algunas noches, cuando las visitas se marchaban temprano, se sentaba en el suelo de la sala y escuchaba al señor. Casi siempre hablaba de cosas que Ugwu no comprendía, como si el coñac le hubiera hecho olvidar que no se dirigía a uno de sus invitados. Pero al muchacho no le importaba; lo que necesitaba era oír aquella voz profunda, deleitarse con la dicción en igbo modulada por el inglés, observar el destello de los gruesos cristales de sus gafas.

Llevaba cuatro meses en casa del señor cuando un día le dijo:

—Este fin de semana vendrá una mujer especial, muy especial. Asegúrate de que la casa esté bien limpia. Pediré que nos traigan comida del centro de profesores.

—Pero, *sah*, yo puedo cocinar —dijo Ugwu con un triste presentimiento.

—Acaba de llegar de Londres, amigo mío, y le gusta el arroz hecho de determinada manera, frito, creo. No estoy seguro de que puedas arreglártelas. —El señor se dio media vuelta para marcharse.

—Claro que puedo, *sah* —se apresuró a afirmar Ugwu, aunque en realidad no tenía ni idea de lo que era el arroz frito—. Yo prepararé el arroz, usted encargue el pollo en el centro.

—Bien pensado —respondió el señor en inglés—. Muy bien, entonces tú preparas el arroz.

—Sí, *sah* —dijo Ugwu.

Más tarde, limpió las habitaciones y fregó el baño a conciencia, como hacía siempre, pero el señor echó un vistazo y concluyó que no estaba bien limpio, así que



salió a comprar otro bote de polvos Vim y le preguntó al chico con dureza por qué no había frotado las juntas de los azulejos. El muchacho las repasó. Restregó hasta que las gotas de sudor le resbalaban por las mejillas y el brazo empezó a dolerle. Y el sábado, mientras cocinaba, se sentía molesto. Nunca hasta entonces el señor se había quejado de su trabajo. Todo era por culpa de aquella mujer a la que consideraba tan especial que ni siquiera permitía que Ugwu le preparara la comida. Recién llegada de Londres.

Cuando sonó el timbre, Ugwu masculló entre dientes una maldición para que sufriera inflamación de estómago por comer heces. Oyó la voz sonora del señor que mostraba su entusiasmo y su ilusión pueril, seguida de un largo silencio durante el cual Ugwu se imaginó cómo se abrazaban, el feo cuerpo fachoso de ella apretado contra el del señor. Entonces oyó su voz y se quedó inmóvil. Siempre había pensado que el acento inglés del señor no tenía parangón con el de nadie, ni con el del profesor Ezeka, cuyo inglés apenas era audible, ni con el de Okeoma, quien lo entonaba igual que el igbo, con las mismas cadencias y pausas, ni con el de Patel, que carecía de musicalidad. Ni siquiera el del profesor Lehman, blanco y con su forzada nasalización, resultaba tan elegante como el del señor. El señor hablaba un inglés melodioso, pero el que en aquel momento Ugwu oyó brotar de los labios de aquella mujer sonaba mágico. Se trataba de una pronunciación excelsa, un lenguaje luminoso, como el que solía oír en la radio del señor, fluyendo con entrecortada precisión. Le recordaba a la facilidad con que se rebana un ñame con un cuchillo recién afilado, a la perfección de cada rodaja.

—¡Ugwu! —lo llamó el señor—. ¡Trae Coca-Cola!

Ugwu se dirigió a la sala. La mujer olía a coco. La saludó con un «Buenas tardes» apenas perceptible sin levantar la vista del suelo.

—*Kedu?* —le preguntó ella.

—Estoy bien, *mah*.

Seguía sin mirarla. Mientras destapaba la botella, la mujer se rió de algo que había dicho el señor. Ugwu estaba a punto de verter la cola fría en el vaso cuando ella le dio una palmada en la mano y le dijo:

—*Rapuba*, no te molestes.

Tenía la mano ligeramente húmeda.

—*Sí, mah*.

—Tu señor me ha contado lo bien que lo cuidas, Ugwu —dijo.

Sus palabras en igbo sonaron aún más dulces que en inglés, y le fastidió que las pronunciara con aquella facilidad. Esperaba que se le trabara la lengua; no creía que aquel inglés impecable pudiera dar paso a un acento igbo de igual perfección.

—*Sí, mah* —musitó. Su mirada permanecía fija en el suelo.

—¿Qué nos has preparado para comer, amigo mío? —le preguntó el señor como si no lo supiera. Su voz denotaba una alegría irritante.

—Ahora mismo les serviré, *sah* —dijo Ugwu en inglés, y enseguida pensó que

debería haber dicho «Ahora mismo les sirvo» porque sonaba mejor y la habría impresionado más.

Al poner la mesa se contuvo para no volver la vista hacia la sala, aunque oía la risa de la mujer y la voz del señor con aquel nuevo tono tan molesto.

Al final se volvió a mirarla mientras ella y el señor se sentaban a la mesa. Tenía el cutis terso como una cáscara de huevo, del color voluptuoso de la tierra empapada de lluvia, y sus ojos eran grandes y almendrados, y por su aspecto se diría que no andaba y hablaba como el resto de los mortales; debería ser expuesta en una urna de cristal como la que había en el estudio del señor para que todo el mundo admirara su cuerpo de curvas sensuales y donde se conservara inmaculada. Tenía el pelo largo y cada una de las trenzas que caían desde su cuello terminaba en un suave bucle. Sonreía con facilidad; tenía los dientes del mismo color que el blanco brillante de los ojos. Ugwu perdió la noción del tiempo mientras la contemplaba, hasta que oyó al señor comentar:

—Normalmente Ugwu cocina mejor. Hace un estofado buenísimo.

—Está un poco desabrido, claro que peor sería que tuviera mal sabor —observó, y le dedicó una sonrisa al señor antes de volverse hacia Ugwu—. Yo te enseñaré a cocinar bien el arroz, Ugwu, sin echarle tanto aceite.

—Sí, *mah* —dijo Ugwu.

Se había inventado lo que imaginaba que sería el arroz frito, friéndolo en aceite de cacahuete, con la vaga esperanza de que aquello los hiciera salir corriendo a ambos al lavabo. No obstante, ahora quería preparar un plato perfecto, un sabrosísimo arroz *jollofo* su especialidad, el estofado con *arigbe*, para demostrarle lo bien que cocinaba. Se demoró en fregar los platos para que el ruido del agua del grifo no le impidiera oír su voz. Al servir el té, se tomó su tiempo para disponer las galletas en la bandeja y así poder escucharla. Al fin el señor dijo:

—Ya está bien, amigo mío.

El nombre de la mujer era Olanna, pero el señor sólo lo pronunció una vez. Casi siempre la llamaba *nkem*, «mía». Hablaron del altercado entre el *sardauna* y el presidente de la región oeste, y luego el señor comentó algo sobre esperar a que ella se trasladara a Nsukka ya que, a fin de cuentas, sólo faltaban unas semanas. Ugwu contuvo la respiración para asegurarse de haberlo oído bien. Ahora el señor se reía mientras le decía:

—Viviremos aquí los dos juntos, *nkem*, y también puedes quedarte con el piso de Elias Avenue.

Ella iba a trasladarse a Nsukka. Viviría en aquella casa. Ugwu se alejó de la puerta y se quedó mirando la cazuela sobre el fogón. Su vida iba a cambiar. Tendría que aprender a cocinar arroz frito y a echar menos aceite en la comida y a recibir órdenes de ella. Se sentía triste, aunque su tristeza no era completa; también se sentía expectante, y no acababa de entender aquella emoción.

Esa noche se encontraba lavando la ropa blanca del señor en el patio trasero,

cerca del limonero, cuando levantó la vista de la palangana llena de agua jabonosa y la vio junto a la puerta, observándolo. Al principio no tuvo ninguna duda de que veía visiones, pues era frecuente que aquellas personas en las que más pensaba se le aparecieran. A todas horas mantenía conversaciones imaginarias con Anulika y, por la noche, después de toquetearse, Nnesinachi se le aparecía fugazmente esbozando una sonrisa llena de misterio. Pero Olanna sí que estaba en el vano de la puerta. Ahora atravesaba el patio hacia donde él se encontraba. Se cubría tan sólo con una túnica anudada sobre el pecho y, al caminar, le hacía pensar a Ugwu en un anacardo amarillo, maduro y de hermosa forma.

—*Mah*, ¿desea algo? —le preguntó.

Tenía la certeza de que si extendía el brazo el tacto de su cara le recordaría al de la mantequilla que el señor untaba en el pan tras quitar el envoltorio de papel.

—Deja que te ayude —dijo señalando la sábana que Ugwu enjuagaba, y él la sacó del agua despacio. La mujer cogió un extremo y retrocedió—. Retuércela así —le enseñó.

Ugwu retorció la sábana hacia su derecha mientras ella hacía lo propio hacia la suya, y ambos observaron cómo escurría el agua. La prenda le resbalaba entre las manos.

—Gracias, *mah* —dijo.

Ella le sonrió y aquel gesto hizo que Ugwu se sintiera importante.

—Mira, esas papayas ya están maduras. *Lotekwa*, no te olvides de recogerlas.

Había algo de refinado en su voz, en su persona. Era como una de esas piedras que está debajo del chorro de un manantial, desgastada por el agua que lleva brotando años y años, y mirarla era como encontrar una de aquellas piedras, sabiendo que había muy pocas como ella. La observó mientras volvía a entrar en la casa.

Ugwu no deseaba compartir con nadie el cuidado del señor, no quería que nada rompiera el equilibrio de su vida junto a él, y aun así, de repente le resultaba insoportable pensar en no volver a verla. Más tarde, después de la cena, se acercó de puntillas hasta la habitación del señor y acercó la oreja a la puerta. Olanna emitía fuertes gemidos, sonidos que no parecían propios de ella, incontenibles, excitados, guturales. Ugwu se quedó allí un buen rato, hasta que los gemidos cesaron, y luego volvió a su habitación.

Olanna sacudía la cabeza al ritmo de la música high life procedente de la radio del coche. Posaba la mano en el muslo de Odenigbo y la levantaba cada vez que él tenía que cambiar de marcha; cuando él bromeó diciéndole que era una Afrodita que distraía su atención, ella se echó a reír. Le sentaba de maravilla viajar a su lado, con las ventanillas del coche bajadas y el aire saturado de polvo del camino y de los ritmos evocadores de Rex Lawson. Odenigbo tenía que dar clase al cabo de dos horas, pero había insistido en acompañarla al aeropuerto de Enugu, y aunque al principio ella había fingido protestar, lo estaba deseando. Al pasar por las carreteras estrechas que atravesaban Milliken Hill, entre el hondo barranco a un lado y la abrupta colina al otro, no le dijo que estaba conduciendo demasiado rápido. Tampoco miró hacia el cartel situado junto a la carretera que, con burda letra, rezaba: «MEJOR LLEGAR TARDE QUE NO LLEGAR».

Al acercarse al aeropuerto, sintió una punzada de tristeza al ver la elegante silueta de los aviones blancos que se elevaban. Odenigbo estacionó bajo el porche de la entrada. Los maleteros rodearon el coche y les gritaron:

—*Sah?* ¿Señora? ¿Llevan equipaje?

Pero Olanna apenas los oyó porque Odenigbo la había estrechado entre sus brazos.

—No puedo esperar más, *nkem* —le dijo con los labios rozando los de ella.

Él sabía a mermelada. Quería decirle que tampoco ella veía la hora de trasladarse a Nsukka, pero él ya lo sabía, y ahora su lengua estaba en su boca y notaba un súbito calor entre las piernas.

Un coche tocó el claxon y uno de los maleteros exclamó:

—¡Eh! ¡Que ésta es la zona de carga y descarga! ¡Sólo de carga y descarga!

Al final, Odenigbo la soltó. Salió del coche, sacó la bolsa de viaje del portaequipajes y la llevó hasta el mostrador de venta de billetes.

—Buen viaje, *ije oma* —le deseó.

—Conduce con cuidado —le respondió Olanna.

Ella lo observó mientras se alejaba: un hombre robusto que llevaba unos pantalones de color caqui y una camisa de manga corta recién planchada. Sus zancadas denotaban una seguridad agresiva: el modo de andar de alguien que no pide indicaciones porque está seguro de llegar al lugar deseado de una u otra forma. En cuanto se hubo marchado, Olanna bajó la cabeza y olfateó su propia piel. En un impulso, por la mañana se había echado unas gotas del Old Spice de él y no se lo había confesado por miedo a que se riera de ella; no habría entendido aquel acto supersticioso de llevarse algo de su aroma. Pensaba que su olor, aunque fuera durante un rato, lograría sofocar las dudas que brotaban en su interior y hacerla más parecida a él, un poco más segura, un poco menos vacilante.

Se volvió hacia el expendedor de billetes y escribió su nombre en un papelito.

—Buenas tardes. Un billete de ida a Lagos, por favor.

—¿Ozobia? —En el rostro picado de viruela del expendedor de billetes se dibujó una amplia sonrisa— ¿Es la hija del jefe Ozobia?

—Sí.

—¡Vaya! Muy bien, señora. Le pediré al maletero que la acompañe a la sala VIP. El expendedor de billetes se dio la vuelta.

—¡Ikenna! ¿Dónde está ese mentecato? ¡Ikenna!

Olanna negó con la cabeza al tiempo que sonreía.

—No, no es necesario.

Volvió a sonreír con ánimo tranquilizador, para dejarle claro que no era culpa suya, el que no quisiera esperar en la sala VIP.

La sala de preembarque estaba a rebosar. Olanna se sentó enfrente de tres niños pequeños que llevaban prendas muy raídas y alpargatas y que, de vez en cuando, soltaban risitas tontas bajo las severas miradas de su padre. La abuela, una anciana de rostro arrugado y expresión adusta, se encontraba sentada cerca de Olanna, aferrada a su bolso y murmurando para sí. Olanna notaba el olor de humedad de su túnica; debía de haberla desenterrado del baúl de los recuerdos para la ocasión. En cuanto la nítida voz anunció la llegada de un vuelo de la compañía Nigeria Airways, el padre se levantó como movido por un resorte y enseguida volvió a sentarse.

—Está esperando a alguien, ¿verdad? —le dijo Olanna en igbo.

—Sí, *nwanne m*; mi hermano vuelve después de estudiar cuatro años en el extranjero. —El hombre hablaba en dialecto owerri con un marcado acento rural.

—¡Vaya! —exclamó Olanna.

Le habría gustado preguntarle de dónde volvía su hermano con exactitud y qué había estudiado, pero no lo hizo. Tal vez no lo supiera.

La abuela se volvió hacia Olanna.

—Es el primero del poblado que sale al extranjero y nuestra gente le ha preparado una danza de bienvenida. Nos encontraremos con el grupo de bailarines en Ikeduru. —Sonrió orgullosa y mostró los dientes amarronados. Su acento era aún más cerrado y resultaba muy difícil entender lo que decía—. Las mujeres del poblado me tienen envidia, pero yo no tengo la culpa de que sus hijos sean unos cabezas huecas y mi hijo ganara la beca de los blancos, ¿no?

Anunciaron la llegada de otro vuelo y el padre exclamó:

—*Chere!* ¿Es él? ¡Es él!

Los niños se levantaron y el padre les ordenó que se sentaran de nuevo para, a continuación, ponerse en pie él mismo. La abuela seguía con el bolso abrazado contra su vientre. Olanna observó cómo descendía el avión. Por fin tocó tierra y, justo cuando empezaba a rodar por la pista de aterrizaje, la abuela dio un grito y soltó el bolso.

Olanna se asustó.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—¡Mamá! —soltó el padre.

—¿Por qué no se para? —preguntó la abuela, y se llevó las manos a la cabeza en un gesto de desespero—. ¡*Chi m!* ¡Dios mío! ¡Estoy en apuros! ¿Adónde se llevan a mi hijo esta vez? ¿Me habéis engañado?

—Tranquila, mama, se parará —dijo Olanna—. Hace eso porque acaba de aterrizar. —Olanna recogió el bolso y luego tomó la mano envejecida y callosa entre las suyas—. Se parará —repitió.

No le soltó la mano hasta que el avión se hubo detenido, y la anciana masculló algo sobre los estúpidos que no sabían construir aviones. Olanna observó a la familia dirigirse a toda prisa hacia la puerta de llegadas. Al cabo de unos minutos, mientras caminaba hacia su puerta de embarque, iba volviendo la cabeza con la esperanza de divisar al hijo que regresaba del extranjero. Pero no lo consiguió.

Durante el vuelo, el avión se movió mucho. El hombre que se sentaba a su lado estaba comiendo cola amarga y hacía mucho ruido al masticar. Cuando se volvió con la intención de conversar, Olanna se fue desplazando con disimulo hasta encontrarse apretada contra el fuselaje del avión.

—Sólo quería decirle que es usted muy guapa —dijo el hombre.

Ella sonrió y le dio las gracias con la mirada fija en el periódico. A Odenigbo la anécdota le parecería muy graciosa, se reiría como hacía siempre con respecto a sus admiradores, con aquella actitud suya de confianza ciega. Precisamente esa cualidad era lo primero que la había atraído de él aquel día de junio en Ibadan, hacía dos años, un día de aquellos lluviosos que tienen el color añil del anochecer pese a ser sólo mediodía. Había vuelto de Inglaterra para pasar las vacaciones en casa. Por aquel entonces mantenía una relación seria con Mohammed. Al principio no se fijó en Odenigbo, que estaba delante de ella en la cola para comprar entradas en el teatro de la universidad. Y tal vez nunca lo hubiera hecho de no haber sido por el hombre blanco de pelo cano que se situó detrás de ella y por la señal que el vendedor de entradas le hizo para que se acercara a la taquilla.

—Permítame serle de ayuda, señor —dijo el taquillero con aquél cómicamente afectado acento «blanco» que las personas incultas intentaban adoptar.

Olanna se sintió un poco molesta, pero no le dio mucha importancia porque, de todas maneras, la fila avanzaba deprisa. Así que le sorprendió mucho el súbito arrebató de aquel hombre con traje de safari marrón que llevaba un libro en la mano: Odenigbo. Se dirigió a la taquilla, hizo que el hombre blanco volviera a la cola y empezó a gritarle al taquillero:

—¡Eh! ¡Miserable analfabeto! ¿Te parece que un blanco merece más respeto que tu propia gente? ¡Discúlpate ante todos los que están haciendo la cola! ¡Ahora mismo!

Olanna se lo quedó mirando, el arco de sus cejas tras los cristales de las gafas, la robustez de su cuerpo, empezando a pensar ya en la manera menos hiriente de dejar a Mohammed. Tal vez habría sabido que Odenigbo era diferente aunque no hubiera

abierto la boca; hasta el pelo que circundaba su cabeza como una ancha aureola lo revelaba. Pero al mismo tiempo denotaba inequívocamente pulcritud; no era uno de esos que utilizaban el desaliño para subrayar su radicalismo. Al pasar por su lado, Olanna le sonrió y le dijo:

—Bien hecho.

Era lo más atrevido que había hecho en su vida, la primera vez que llamaba la atención de un hombre. Él se detuvo y se presentó:

—Me llamo Odenigbo.

—Yo, Olanna —le respondió.

Más adelante ella le confesaría que en ese momento había sentido algo mágico flotando en el aire, y él, que su deseo se había manifestado de forma tan intensa que hasta le dolió la ingle.

Cuando también ella llegó a experimentar aquel deseo, le sorprendió más que ninguna otra cosa. No sabía que el ímpetu de un hombre fuera capaz de dejar en suspenso la memoria, que fuera posible elevarse hasta un lugar en el que no cabe pensar ni recordar, sólo sentir. Dos años después, la intensidad no había disminuido ni un ápice, ni tampoco el respeto reverencial que ella sentía por sus firmes excentricidades y su implacable moralidad. Pero temía que ello se debiera al hecho de que disfrutaban de la relación a pequeñas dosis; lo veía cada vez que volvía a casa para las vacaciones; por lo demás, se escribían y hablaban por teléfono. Ahora que Olanna había vuelto a Nigeria, se irían a vivir juntos, y no entendía cómo él no albergaba siquiera una pequeña duda. Tenía demasiada confianza.

Observó las nubes por la ventanilla, masas algodonosas que se dispersaban, y pensó en lo frágiles que eran.

Olanna no quería cenar con sus padres, sobre todo porque habían invitado al jefe Okonji. No obstante, su madre entró en su dormitorio y le pidió por favor que se uniera a ellos; no tenían de invitado al ministro de finanzas cada día, y además aquella cena era de suma importancia a causa del contrato de construcción que su padre esperaba obtener.

—*Biko*, ponte algo bonito. Kainene también se está arreglando —había añadido su madre, como si el hecho de mencionar a su hermana gemela lo justificara todo.

Sentada ya a la mesa, Olanna alisó la servilleta en su regazo y sonrió al mayordomo, que colocó a su lado un plato de aguacate cortado en rodajas. El uniforme blanco estaba tan almidonado que los pantalones padecían de cartón.

—Gracias, Maxwell —dijo.

—Muy bien, tía —musitó Maxwell, y prosiguió con la bandeja.

Olanna echó un vistazo alrededor de la mesa. Sus padres tenían toda la atención puesta en el jefe Okonji y asentían con entusiasmo mientras él les hablaba de la reciente reunión que había mantenido con el primer ministro Balewa. Kainene escrutaba el plato con su habitual expresión de superioridad, como si quisiera burlarse

del aguacate. Nadie más le dio las gracias a Maxwell. A Olanna le habría gustado que lo hicieran; era muy sencillo corresponder a la humanidad de los sirvientes. Una vez se le había ocurrido comentarlo; su padre le contestó que les pagaba un buen sueldo; su madre, que eso les daría pie a comportarse de manera ofensiva; Kainene se había limitado a poner cara de aburrimiento sin pronunciar palabra, como de costumbre.

—Es el mejor aguacate que he probado en mucho tiempo —dijo el jefe Okonji.

—Procede de una de nuestras fincas —le explicó la madre—, la que está cerca de Asaba.

—Le pediré al mayordomo que le ponga unos cuantos en una bolsa para que se los lleve —dijo el padre.

—Estupendo —repuso el jefe Okonji—. Olanna, espero que a ti también te guste, ¿eh? Lo miras como si fuera a morderte. —Soltó una sonora carcajada y sus padres se apresuraron a hacer lo propio.

—Está muy bueno.

Olanna levantó la mirada. Había algo húmedo en la sonrisa del jefe Okonji dejaba entrever cierta salivación. La semana anterior, cuando en el club Ikoyi él le embutió su tarjeta de visita en la mano, aquella sonrisa la inquietó; parecía que el movimiento de sus labios le llenara la boca de saliva que amenazaba con caerle por la barbilla de un momento a otro.

—Confío en que tendrás pensado venirme con nosotros al ministerio, Olanna. Nos hacen falta cerebros prodigiosos como el tuyo —dijo el jefe Okonji.

—¿Cuántos tienen la suerte de recibir una oferta del ministro de finanzas en persona? —dijo su madre a nadie en particular, y una sonrisa iluminó su rostro oval de tez morena, rayano en la perfección, tan simétrico que los amigos lo llamaban su Arte.

Olanna soltó la cuchara.

—He decidido marcharme a Nsukka. Me iré dentro de dos semanas.

Se percató de cómo su padre fruncía los labios. Su madre dejó la mano suspendida en el aire unos instantes, como si la noticia fuera demasiado trágica para continuar espolvoreando sal.

—Pensaba que aún no te habías decidido —dijo su madre.

—Si espero mucho le ofrecerán el puesto a otro —dijo Olanna.

—¿A Nsukka? ¿De verdad piensas marcharte a Nsukka? —preguntó el jefe Okonji.

—Sí, he solicitado un puesto de profesora auxiliar en el departamento de sociología y acaban de concederme la plaza —explicó Olanna. Siempre tomaba el aguacate sin sal, pero aquél le resultaba insípido, casi nauseabundo.

—Oh. Así que dejas Lagos —dijo Okonji.

Se le demudó el semblante y su rostro pareció desvanecerse junto con la expresión. Al cabo de un momento se volvió y preguntó con alegría fingida:

—¿Y tú qué, Kainene?



La chica lo miró directamente a los ojos, con una de aquellas miradas tan vacías e impenetrables que resultaban casi hostiles.

—¿Qué voy a hacer yo? —dijo arqueando las cejas—. También pienso sacar provecho de mi reciente titulación. Me voy a Port Harcourt a administrar los negocios de papá.

A Olanna le habría gustado tener todavía aquellos flashes que le permitían saber lo que estaba pensando Kainene. Cuando iban juntas a la escuela primaria, a veces se miraban y se echaban a reír sin decirse nada porque ambas se acordaban del mismo chiste. Estaba casi segura de que Kainene tampoco los tenía, ya que nunca hablaban de ello. De hecho, ya no hablaban de nada.

—Así que Kainene va a hacerse cargo de la fábrica de cemento, ¿eh? —preguntó el jefe Okonji volviéndose hacia el padre de la joven.

—Sí, se encargará de la supervisión general en el este, de las fábricas y de las nuevas operaciones petroleras.

—Quien diga que has salido perdiendo por tener hijas gemelas es un mentiroso —aseguró el jefe Okonji.

—Kainene no es sólo como un hijo, vale por dos —dijo su padre.

Miró a Kainene y ésta volvió la cabeza como si el orgullo que denotaba el rostro del hombre no le importara lo más mínimo. Olanna se apresuró a bajar la vista al plato para que no se percataran de que los había estado observando. La vajilla era de un delicado verde claro, del mismo color que el aguacate.

—¿Por qué no venís todos a mi casa este fin de semana? —propuso el jefe Okonji—. Aunque sólo sea para probar la sopa de pescado a la pimienta de mi cocinero. El tipo es de Nembe; sabe lo que debe hacerse con el pescado fresco.

Los padres de Olanna se echaron a reír a carcajada limpia. La chica no le veía la gracia al comentario, pero después de todo era una broma del ministro.

—Me parece una idea magnífica —dijo el padre.

—Será muy agradable ir todos juntos, antes de que Olanna se marche a Nsukka —convino la madre.

Olanna se sintió un poco molesta, notaba la irritación a flor de piel.

—Me gustaría mucho, pero este fin de semana no estaré aquí.

—¿Que no estarás aquí? —se sorprendió su padre.

Olanna se preguntó si la expresión de sus ojos era una súplica desesperada. También sentía curiosidad por saber hasta qué punto sus padres se habían comprometido con el jefe Okonji para permitirle mantener relaciones con ella a cambio del contrato. ¿Se trataría de un acuerdo verbal, explícito, o simplemente se lo habían dado a entender?

—He hecho planes para ir a Kano, a ver a tío Mbaezi y a su familia, y también a Mohammed.

Su padre clavó el cuchillo en el aguacate.

—Ya.

Olanna dio un sorbo de agua y no dijo nada más.

Después de cenar, se trasladaron a la terraza para tomar unas copas. A Olanna le gustaba aquel ritual de sobremesa, y muchas veces se alejaba de sus padres y de los invitados, se quedaba de pie junto a la barandilla y observaba las altas farolas que alumbraban los caminos con tanta intensidad que la superficie de la piscina adquiría un tono plateado y una pátina incandescente suavizaba los matices rojos y rosas de los hibiscos y las buganvillas. La primera y única vez que Odenigbo fue a visitarla a Lagos, se habían quedado un rato contemplando la piscina; Odenigbo lanzó un tapón de corcho y observó cómo caía en el agua. Había bebido mucho coñac, y cuando el padre de Olanna le dijo que la idea de la universidad de Nsukka era una estupidez, que Nigeria no estaba preparada para tener una universidad indígena y que el hecho de recibir financiación de una universidad americana —en lugar de recibirla de una británica, como era debido— constituía una solemne majadería, él le levantó la voz. Olanna creyó que se daría cuenta de que lo único que quería su padre era provocarle y demostrar que no se sentía impresionado en absoluto por las afirmaciones de un profesor de Nsukka. Pensó que se limitaría a ignorar las palabras de su padre. Sin embargo, cada vez gritaba más al defender una Nsukka libre de influencias colonizadoras. Olanna le guiñó el ojo repetidas veces para indicarle que lo dejara estar, pero era probable que no se hubiera dado cuenta ya que la terraza quedaba en penumbra. Al final, el sonido del teléfono interrumpió la conversación. A Olanna le pareció que la mirada de sus padres, aunque a su pesar, denotaba respeto, pero eso no les impidió decirle que Odenigbo estaba loco, que no era el hombre adecuado para ella, que se trataba de uno de esos docentes exaltados que hablaban y hablaban hasta que todo el mundo acababa con dolor de cabeza y sin haber entendido nada.

—Hace un fresco muy agradable esta noche —dijo el jefe Okonji detrás de ella.

La chica se dio media vuelta. No sabía en qué momento sus padres y Kainene habían entrado en casa.

—Sí —dijo Olanna.

El jefe Okonji se encontraba frente a ella. El cuello de su *agbada* estaba bordado con hilo de oro. Olanna se fijó en los pliegues sebosos de la papada del hombre y se lo imaginó separándolos para limpiarse la piel durante el baño.

—¿Qué haces mañana? Hay un cóctel en el hotel Ikoyi —le propuso—. Me gustaría que vinierais todos para conocer a algunos expatriados. Quieren tierras y creo que puedo conseguir que se las compren a tu padre por una cantidad cinco o seis veces superior a su precio.

—Mañana tenía pensado participar en la ruta benéfica de Saint Vincent de Paul.

El jefe Okonji se le acercó.

—No puedo apartarte de mis pensamientos —dijo, y a Olanna le llegó un tufo a alcohol.

—No estoy interesada, jefe.

—No consigo apartarte de mis pensamientos —volvió a decir el jefe Okonji—.

No hace falta que trabajes en el ministerio. Puedo conseguirte un cargo en alguna junta, la que tú quieras, y te pondré un piso amueblado donde te apetezca.

La atrajo hacia sí. Olanna no se resistió y, por un momento, su cuerpo laxo se arrimó al de él. Estaba acostumbrada a soportar aquello, a que la aferraran hombres que se creían con todos los derechos por andar por ahí empapados en colonia y que, por el mero hecho de ser poderosos y encontrarla atractiva, le exigían que reconociera que estaban hechos el uno para el otro. Cuando al final lo apartó, sintió cierta repugnancia al notar que sus manos se hundían en el pecho fofo del hombre.

—Déjelo estar, jefe.

Éste tenía los ojos cerrados.

—Yo te amo, créeme, te amo de veras.

Olanna se liberó de su abrazo y entró en casa. Oyó a sus padres hablar en voz baja en la sala de estar. Antes de subir, se detuvo un momento a oler las flores medio marchitas del jarrón que había sobre una mesita auxiliar cerca de la escalera, aunque sabía que ya no desprendían aroma alguno. Se sentía una extraña en su propio dormitorio, las tonalidades cálidas de la madera, el color habano de los muebles, la suavidad de la mullida alfombra burdeos, que cubría el suelo de pared a pared, la amplitud por la cual Kainene llamaba «apartamentos» a las habitaciones. El ejemplar del *Lagos Life* seguía encima de la cama; lo cogió y observó la foto de la página cinco en la que aparecía junto a su madre, ambas con rostros alegres y complacientes, en aquel cóctel organizado por el alto comisario británico. Su madre la había atraído hacia sí al ver que un fotógrafo se les acercaba; después del destello del flash, Olanna le pidió al reportero que no publicara la fotografía. Él se la había quedado mirando extrañado. Ahora se daba cuenta de lo tonta que había sido: era imposible que el fotógrafo llegara a entender la incomodidad que le producía el hecho de tomar parte del estilo de vida ampuloso y superficial de sus padres.

Se encontraba en la cama leyendo cuando su madre llamó a la puerta y entró.

—Ah, estás leyendo —dijo. Sujetaba unos rollos de tejido—. El jefe se acaba de marchar. Me ha pedido que me despida de ti de su parte.

Olanna tenía ganas de preguntarle si le habían prometido una relación con ella, pero sabía que no se atrevería nunca.

—¿Y esos tejidos?

—Justo antes de marcharse, el jefe ha enviado a su chófer a buscarlos al coche. Son las últimas tendencias europeas en encaje. ¿Ves? Son muy bonitos, *ifukwa*?

Olanna palpó los encajes.

—Sí, muy bonitos.

—¿Te has fijado en la tela del traje que llevaba hoy? ¡Qué original! ¡*Ezigbo*! — Su madre se sentó a su lado—. ¿Sabes que dicen que nunca se pone los trajes más de una vez? Se los da a los criados.

Olanna se imaginó por un momento los baúles de madera de los humildes criados llenos de absurdas prendas de encaje. Estaba segura de que no les pagaba mucho al

mes, pero en cambio poseían caftanes y *agbadas* desechados que nunca tendrían ocasión de lucir. Se sentía cansada. Las conversaciones con su madre la agotaban.

—¿Tú cuál quieres, *nne*? Confeccionaré un conjunto de falda larga y blusa para ti y otro para Kainene.

—No, no te preocupes, mamá. Hazte algo para ti. En Nsukka no tendré tantas ocasiones de llevar prendas suntuosas.

Su madre pasó un dedo por encima de la cómoda.

—La boba de la criada no limpia bien el polvo. Igual se cree que le pago para que pierda el tiempo.

Olanna dejó el libro. Notaba que su madre quería decirle algo, y la sonrisa y los gestos puntillosos eran una forma de romper el hielo.

—¿Qué tal está Odenigbo? —le preguntó por fin.

—Está bien.

Su madre suspiró de aquella manera exagerada que indicaba que deseaba que Olanna entrara en razón.

—¿Has pensado bien lo de trasladarte a Nsukka? ¿Lo has pensado seriamente?

—Nunca había estado tan segura de algo.

—¿Crees que allí te sentirás a gusto?

Su madre pronunció «a gusto» con un ligero temblor en la voz, y a Olanna casi se le escapó una sonrisa porque sabía que estaba pensando en la sencilla vivienda de la que Odenigbo disponía en el recinto universitario, con sus estancias austeras, sus muebles sin ornamentos y sus suelos sin alfombras.

—Estaré bien.

—Ya sabes que podrías trabajar aquí en Lagos e ir a verlo los fines de semana.

—No quiero trabajar en Lagos. Quiero trabajar en la universidad y vivir con él.

Su madre la escrutó unos instantes más antes de levantarse y decir con una voz quebrada que revelaba su aflicción:

—Buenas noches, hija.

Olanna se quedó mirando la puerta. Estaba acostumbrada a la desaprobación de su madre; siempre había reaccionado igual ante las decisiones más importantes que había tomado: cuando prefirió ser expulsada dos semanas de la escuela Heathgrove a disculparse ante la profesora por haber insistido en que las lecciones sobre la *Pax Britannica* eran contradictorias; cuando se unió al movimiento estudiantil de Ibadan a favor de la independencia; cuando se negó a casarse, primero con el hijo de Igwe Okagbue y luego con el del jefe Okaro. Aun así, esa desaprobación le hacía sentir cada vez la necesidad de disculparse, de compensarla de algún modo.

Estaba casi dormida cuando Kainene llamó a la puerta.

—¿Así qué? ¿Piensas abrirte de piernas ante ese elefante a cambio del contrato de papá? —le preguntó.

Olanna se incorporó, sorprendida. Ya no recordaba la última vez que Kainene había entrado en su habitación.

—Papá me arrancó literalmente de la terraza para que te quedaras a solas con el señor ministro —le dijo—. Bueno... ¿va a darle el contrato a papá?

—No me ha dicho nada. Pero, de todas formas, no se irá con las manos vacías. Sea como sea, papá le dará el diez por ciento.

—El diez por ciento es lo normal, pero los extras siempre ayudan. Seguro que los otros interesados no cuentan con una hija tan guapa. —Kainene alargó la palabra para que sonara empalagosa: «guaaaapa». Estaba hojeando el ejemplar del *Lagos Life*, con la túnica de seda muy ceñida a su delgada cintura—. Lo bueno de ser la fea es que nadie te utiliza como carnada.

—Nadie me está utilizando como carnada.

Kainene tardó un rato en responderle, absorta en un artículo del periódico. Por fin, levantó la vista.

—Richard también se va a Nsukka. Le han dado la beca y va a escribir allí su libro.

—¡Qué bien! Así que tú también pasarás temporadas en Nsukka, ¿no?

Kainene ignoró la pregunta.

—Richard no conoce a nadie en Nsukka. Tal vez puedas presentarle a tu amante revolucionario.

Olanna esbozó una sonrisa. «Tu amante revolucionario». ¡Las cosas que Kainene era capaz de decir sin inmutarse!

—Claro que se lo presentaré.

A Olanna nunca le había gustado ninguno de los novios de Kainene, y tampoco que saliera con tantos blancos en Inglaterra. La actitud condescendiente apenas disimulada, sus falsas validaciones la irritaban. Sin embargo, su reacción al conocer a Richard Churchill el día en que Kainene lo invitó a cenar había sido distinta. Tal vez fuera porque no desprendía aquel aire de superioridad tan habitual en los ingleses, que alardeaban de conocer a los africanos mejor que ellos mismos; su actitud denotaba más bien inseguridad, casi timidez. O tal vez se debiera a que sus padres lo habían ignorado, nada impresionados porque el joven no conocía a nadie que valiera la pena.

—Creo que a Richard le gustará la casa de Odenigbo —dijo Olanna—. Por las noches se convierte en un círculo de tertulias políticas. Al principio sólo invitaba a africanos porque en la universidad había demasiados extranjeros y él quería que los africanos tuvieran oportunidad de relacionarse entre ellos. Antes cada uno se llevaba la bebida de casa, pero ahora todos aportan una pequeña cantidad y él compra bebida y los invita a reunirse una vez a la semana en su casa...

Olanna se detuvo. Kainene la observaba de manera inexpresiva, como si hubiera infringido con su cháchara un pacto tácito de silencio.

Kainene se volvió hacia la puerta.

—¿Cuándo te marchas a Kano?

—Mañana.

Olanna quería que Kainene se quedara, que se sentara en la cama con la almohada en el regazo y cotillearan y se rieran hasta las tantas.

—Que te vaya bien *jee ofuma*. Saluda de mi parte a los tíos y a Arize.

—Claro —dijo Olanna, pero Kainene ya se había marchado y había cerrado la puerta.

Escuchó con atención, aunque sabía que no podría oír sus pisadas en el suelo alfombrado del pasillo. Ahora que ambas habían regresado de Inglaterra y vivían de nuevo bajo el mismo techo, Olanna tomaba conciencia de cuánto se habían distanciado. Kainene había sido siempre la niña retraída, la adolescente hosca y a menudo mordaz, y la que, al no esforzarse por complacer a sus padres, había obligado a Olanna a cargar con aquella responsabilidad. Sin embargo, a pesar de todo, se habían mantenido unidas. Antes eran amigas. Se preguntaba cuándo cambiaron las cosas. Estaba claro que había sido antes de marcharse a Inglaterra, pues en Londres ni siquiera tenían los mismos amigos. Tal vez ocurriera en los años de sus estudios secundarios, en Heathgrove; tal vez incluso antes. No había sucedido nada especial, no había tenido lugar ninguna riña trascendental, ningún incidente significativo. Simplemente se habían distanciado de forma natural. Pero ahora era Kainene quien se esforzaba por mantenerse distante para que no volvieran a estar unidas.

Olanna decidió no viajar en avión hasta Kano. Le gustaba sentarse junto a la ventanilla del tren y contemplar a su paso los bosques espesos, las llanuras que se extendían tapizadas de hierba, el ganado que meneaba la cola al ser arreado por nómadas con el torso desnudo. Cuando llegó a Kano, volvió a sorprenderle lo diferente que era de Lagos, de Nsukka, de Umuunnachi, su población natal; le llamaba la atención lo distinto que era, en general, el norte del sur. La arena fina de color gris abrasada por el sol no tenía nada que ver con la tierra rojiza y gruesa de su lugar de origen; los árboles aparecían cimbreños, a diferencia del frondoso verdor que brotaba por doquier y ensombrecía la carretera que conducía a Umuunnachi. Ahora contemplaba extensiones kilométricas de llanura, que incitaban a forzar la vista un poco más hasta que parecían encontrarse con el cielo blanco y plateado.

Cogió un taxi desde la estación y le pidió al taxista que se detuviera en el mercado para saludar a tío Mbaezi.

Tuvo que abrirse paso por los estrechos pasillos del mercado entre niños que transportaban grandes cargas sobre la cabeza, mujeres que regateaban y vendedores que gritaban. Se oía música high life a un volumen muy alto procedente de una tienda de discos, y Olanna aminó el paso y se puso a tararear al ritmo de «Taxi Driver» de Bobby Benson, antes de apresurarse en dirección al puesto de su tío. Los estantes estaban llenos de baldes y otros utensilios domésticos.

—*Omalicha!* —exclamó al verla. La llamaba igual que a su madre: «Bonita»—. Te he tenido muy presente. Sabía que pronto vendrías a visitarnos.

—Buenas tardes, tío.

Se abrazaron y Olanna posó la cabeza en su hombro; olía a una mezcla de sudor, del ambiente del mercado al aire libre y de las mercancías dispuestas en los estantes cubiertos de polvo.

Resultaba difícil imaginarse a tío Mbaezi y a su madre crecer como hermanos, no sólo porque el rostro de piel clara de su tío no mostrara un ápice de la belleza del de su madre, sino también por la franca llaneza que emanaba del hombre. A veces Olanna se preguntaba si sentiría tanta admiración por él si no fuera tan diferente de su madre.

Siempre que iba de visita, tío Mbaezi se sentaba junto a ella en el patio trasero después de cenar y la ponía al día sobre la familia: la hija soltera de un primo se había quedado embarazada y el tío quería que se fuera a vivir con ellos para evitar las habladurías de los vecinos del pueblo; un sobrino había muerto mientras estaba allí, en Kano, y el tío estaba tratando de encontrar la manera más barata de trasladar los restos a su pueblo natal. También le hablaba de política: los recientes actos organizados por la Sociedad Igbo de Kano, sus últimas acciones de protesta y temas de debate. Las reuniones tenían lugar en el patio de su casa. Ella había asistido a algunas, y todavía se acordaba de aquélla en la que hombres y mujeres expresaban su indignación por la negativa de las escuelas del norte a admitir a niños igbo. Tío Mbaezi se había puesto en pie y había dado una patada en el suelo.

—*Ndi be anyi!* ¡Mi gente! ¡Levantaremos nuestra propia escuela! ¡Recaudaremos fondos y lo conseguiremos!

Cuando hubo terminado, Olanna se unió a los aplausos y a los clamores de aprobación: «¡Bien dicho! ¡Así se hará!». Pero ella se temía que resultaría muy difícil construir una escuela. Tal vez fuera más práctico tratar de persuadir a los norteños de que admitieran a los niños igbo.

De aquello hacía sólo unos años, y ahora el taxi que la llevaba por la carretera del aeropuerto pasaba por delante de la Escuela de Gramática de la Sociedad Igbo. Era la hora del recreo y el patio estaba repleto de niños. Jugaban al fútbol en varios equipos dentro del mismo campo, por lo que se veían muchas pelotas volando por el aire; Olanna se preguntaba cómo las distinguían. Más cerca de la carretera, grupos de chicas jugaban al *oga* y al *swell* y daban palmadas rítmicas mientras saltaban primero sobre un pie y luego sobre el otro. Antes de que el taxi se detuviera en el complejo comunitario, en Sabon Gari, Olanna divisó a tía Ifeka sentada en su quiosco junto a la carretera. La mujer se secó las manos en la túnica desvaída y le dio un abrazo; a continuación se retiró un poco para mirarla y la volvió a abrazar.

—¡Nuestra Olanna!

—¡Tía! *Kedu?*

—Ahora que te veo estoy aún mejor.

—¿Aún no ha vuelto Arize de su clase de costura?

—No, pero llegará de un momento a otro.

—¿Qué tal está? *O na-agakwa?* ¿Le van bien las clases?

—Hay patrones suyos por toda la casa.

—¿Y qué hay de Odinchezo y de Ekene?

—Van tirando. Nos visitaron la semana pasada y preguntaron por ti.

—¿Qué tal les va por Maiduguri? ¿Prospera su negocio?

—No han dicho que se estén muriendo de hambre —dijo tía Ifeka, con un leve encogimiento de hombros.

Olanna examinó su rostro vulgar y durante un breve instante de culpabilidad deseó que aquella mujer fuera su madre. De todos modos, en parte lo era, ya que las amamantó a ella y a Kainene cuando, al poco de nacer, su madre se quedó sin leche. Kainene solía decir que a su madre no se le había cortado la leche, sino que le había encomendado a su tía la lactancia para que no se le cayera el pecho.

—Ven, *ada anyi* —dijo tía Ifeka—. Vamos adentro.

Bajó las persianas de madera del pequeño quiosco, ocultando así las hileras bien dispuestas de cajas de cerillas, chicles, caramelos, cigarrillos y detergente; a continuación, cogió la bolsa de Olanna y condujo a la chica a través del patio. La exigua casa de una planta estaba sin pintar. Las prendas tendidas permanecían inmóviles, acartonadas, reseca por el sol ardiente de la tarde. Bajo la copa del *kuka* se amontonaban viejos neumáticos que los niños utilizaban para jugar. Olanna sabía que la calma del patio se desvanecería en cuanto ellos volvieran de la escuela. Las familias abrirían las puertas de sus casas y las animadas charlas invadirían el porche y la cocina. Tío Mbaezi y su familia vivían en dos habitaciones. En la primera, en la que había unos sofás raídos que por la noche se retiraban para colocar las esteras, Olanna deshizo el equipaje y sacó los presentes que había traído —pan, zapatos y botes de crema—, mientras tía Ifeka la observaba desde la puerta con las manos entrelazadas a la espalda.

—Ya lo hará alguien; ya lo hará alguien —repetía la mujer.

Al cabo de unos instantes llegó Arize. Olanna tuvo que plantarse firmemente en el suelo para que su impetuoso abrazo no la tirara.

—¡Hermana! ¿Por qué no nos has avisado de que ibas a venir? ¡Por lo menos, habríamos barrido mejor el patio! ¡Qué bien, hermana! *Aru amaka gi!* ¡Tienes muy buen aspecto! ¡Tengo un montón de cosas que contarte!

Arize se reía y, al hacerlo, el cuerpo y los brazos rollizos le temblaban. Olanna la abrazó fuerte, y la invadió una sensación de que reinaba el orden, de que todas las cosas armonizaban y de que, aunque el equilibrio se rompiera temporalmente, todo siempre volvería a ser como debía ser. Ésa era la razón por la cual había viajado hasta Kano: esa paz lúcida. Cuando vio que tía Ifeka recorría el patio con la mirada, supo que iba a elegir un pollo. Siempre que venía sacrificaba alguno, aunque fuera el último que le quedara, que huía aleteando con una o dos motas de pintura roja en las plumas para distinguirlo de las aves de los vecinos, que llevaban una cinta atada a las alas o estaban salpicadas de pintura de otro color. Olanna ya no protestaba porque mataran al pollo, ni tampoco porque tío Mbaezi y tía Ifeka durmieran en esteras en el



suelo, junto a los muchos parientes que siempre acogían, para prestarle a ella su cama.

Tía Ifeka se dirigió tranquilamente hacia una gallina de plumaje pardusco, la aferró de improviso y se la entregó a Arize para que la matara en el patio trasero. Se sentaron junto a la puerta de la cocina mientras Arize desplumaba el animal; tía Ifeka aventaba el arroz para separar las cáscaras. Un vecino estaba hirviendo maíz y, de vez en cuando, al rebosar la espuma, el fuego chisporroteaba. Los niños jugaban en el patio, gritando y levantando una polvareda blanca. De pronto, bajo las ramas del *kuka*, estalló una pelea, y Olanna oyó que un niño le chillaba a otro en igbo: «¡El coño de tu madre!».

Cuando tío Mbaezi llegó a casa, el sol empezaba a ponerse y se había tornado de color rojo. Llamó a Olanna para que fuera a saludar a su amigo Abdulmalik. La chica ya había coincidido con el hausa una vez; regentaba un puesto de babuchas de piel situado cerca del de tío Mbaezi, y Olanna se había comprado unos cuantos pares antes de ir a Inglaterra, aunque no había llegado a estrenarlos porque allí era pleno invierno.

—Nuestra Olanna acaba de graduarse. ¡En la Universidad de Londres! ¡No es nada fácil! —explicó tío Mbaezi con orgullo.

—Enhorabuena —respondió Abdulmalik.

Acto seguido, abrió el bolso, sacó un par de babuchas y se lo ofreció a Olanna. En su rostro alargado se dibujó una sonrisa que dejó al descubierto los dientes manchados de nuez de cola y de tabaco, entre otras muchas cosas que la muchacha no era capaz de deducir a partir de los distintos tonos de amarillo y marrón. Por el semblante, se diría que el regalo era para él; mostraba la expresión de aquellos que admiran la educación con el sereno convencimiento de que nunca tendrán acceso a ella.

Olanna cogió las babuchas con ambas manos.

—Gracias, Abdulmalik —dijo—. Muchas gracias.

Abdulmalik señaló los frutos maduros en forma de calabaza del *kuka* y dijo:

—Tienes que venir a casa. Mi esposa hace una sopa de *kuka* muy sabrosa.

—Ah, ya iré, la próxima vez —dijo Olanna.

El hombre musitó algunas palabras más de felicitación antes de sentarse en el porche junto a tío Mbaezi, frente a un cubo lleno de caña de azúcar. Primero arrancaron la gruesa piel verde con los dientes y luego mascarón la jugosa pulpa blanca mientras conversaban en hausa y se reían. Escupían los restos mascados a la tierra. Olanna se quedó un rato con ellos, pero hablaban un hausa muy fluido y le costaba seguir la conversación. Le habría gustado saber más hausa y yoruba, como sus tíos y su prima; los habría cambiado sin pensárselo dos veces por el francés y el latín.

En la cocina, Arize estaba abriendo el pollo en canal mientras tía Ifeka lavaba el arroz. Olanna les enseñó las babuchas que le había regalado Abdulmalik y se las

calzó. El plisado de tiras rojas le hacía el pie estilizado, más femenino.

—Son muy bonitas —dijo tía Ifeka—. Le daré las gracias.

Olanna se sentó en un taburete y evitó dirigir la mirada hacia los huevos de cucaracha, cápsulas negras y suaves que había en cada esquina de la mesa. En un rincón de la estancia, una vecina estaba prendiendo leña y el humo viciaba el ambiente a pesar de las aberturas inclinadas de la cubierta.

—*Imakwa*, esa familia come todos los días pescado seco —dijo Arize, señalando a la vecina y frunciendo los labios—. No creo que sus pobres hijos sean capaces de reconocer el sabor de la carne. —Arize echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír.

Olanna se quedó mirando a la mujer. Era *ijaw* y no entendía a Arize, que hablaba en *igbo*.

—Tal vez les guste el pescado seco —dijo.

—O *di egwu!* ¡Seguro! ¿Es que no sabes que es baratísimo? —Arize se volvió hacia la vecina sin dejar de reír—. Ibiba, le estaba diciendo a mi hermana mayor que tu sopa siempre huele de maravilla.

La mujer dejó de avivar las ascuas y sonrió con expresión de complicidad. Olanna pensó que tal vez entendiera el *igbo* y hubiera optado por seguirle la corriente a Arize. Había algo en su efervescente sentido del humor que hacía que le perdonaran los comentarios maliciosos.

—Así que te trasladas a *Nsukka* para casarte con *Odenigbo*, ¿no, hermana? —le preguntó Arize.

—Aún no hemos hablado de boda. De momento, sólo quiero estar cerca de él y dar clases.

Arize se la quedó mirando con los ojos muy abiertos por la admiración y el desconcierto.

—Sólo las mujeres cultas como tú se pueden permitir decir eso, hermana. Si nosotras, las que no tenemos estudios, esperamos demasiado, se nos pasa el arroz. —Arize hizo una pausa mientras sacaba del pollo un huevo de cáscara casi translúcida. Yo quiero un marido, hoy y mañana, ¡vaya que no! Todas mis compañeras se han ido a vivir a casa de sus maridos.

—Todavía eres joven —dijo Olanna—. Por ahora, concéntrate en la costura.

—La costura no va a darme ningún hijo. Aunque hubiera aprobado y pudiera ir a la escuela, seguiría deseando tener un hijo ya.

—No hay prisa, Ari.

Olanna tenía ganas de correr el taburete para situarse más cerca de la puerta y respirar un poco de aire fresco, pero no quería que tía Ifeka ni Arize, ni siquiera la vecina, notaran que el humo le irritaba los ojos y la garganta y que los huevos de cucaracha le daban asco. Quería aparentar que estaba acostumbrada a todo aquello, a aquel tipo de vida.

—Acabarás casándote con *Odenigbo*, hermana, pero para serte sincera te diré que no sé si me parece bien que te cases con un hombre de *Aba*. Son todos feísimos, *kai!*

Si Mohammed fuera igbo y no te casaras con él, me tiraría de los pelos. No he visto a un hombre más guapo en toda mi vida.

—Odenigbo no es feo. La belleza puede tomar aspectos muy distintos —dijo Olanna.

—Eso es justo lo que los parientes del mono feo, *enwe*, le dijeron para que se sintiera mejor, que la belleza puede tomar aspectos muy distintos.

—Los hombres de Aba no son feos —replicó tía Ifeka—. A fin de cuentas, mi familia procede de allí.

—¿Y acaso no parecéis monos? —le espetó Arize.

—Tu nombre completo es Arizendikwunnem, ¿verdad? Algo tienes que ver con la familia de tu madre, así que tú también te pareces a una mona —masculló tía Ifeka. Olanna se echó a reír.

—¿Por qué insistes tanto en lo del matrimonio, Ari? ¿Te gusta alguien o es que quieres que te consiga a alguno de los hermanos de Mohammed?

—¡No, no! —Arize agitó las manos en el aire en un gesto burlón de horror—. Si papá se entera de que me he fijado en un hausa, me mata.

—Eso si es capaz de matar a un cadáver, porque yo habré acabado antes contigo —dijo tía Ifeka, y se levantó con el cuenco de arroz ya limpio.

—Hay alguien, hermana —dijo Arize, acercándose a Olanna—, pero no estoy segura de que se haya fijado en mí.

—¿Qué cuchicheáis? —quiso saber tía Ifeka.

—¿A que no estoy hablando contigo? ¿A que estoy hablando con mi hermana mayor? —le espetó Arize a su madre. Sin embargo, alzó la voz y continuó—: Se llama Nnakwanze y vive muy cerca, en Ogidi. Trabaja en el ferrocarril. Pero no me ha dicho nada, así que no sé si de verdad le gusto.

—Si no le gustas, es que no ve bien —bromeó tía Ifeka.

—¡Habrás visto! ¿Es que no puedo hablar con mi hermana mayor en paz?

Arize puso los ojos en blanco, pero en el fondo estaba contenta, y quizá hubiera aprovechado la oportunidad para que su madre se enterara de sus sentimientos hacia Nnakwanze.

Aquella noche, mientras descansaba en la cama de sus tíos, Olanna observó a Arize a través de la cortina traslúcida que colgaba de una cuerda sujeta a la pared con clavos. La cuerda no estaba tensa y la cortina se combaba en el centro. Mientras seguía con la mirada la respiración de la chica, se preguntaba cómo se habrían criado ella y sus hermanos, Odinchezo y Ekene, viendo a sus padres a través de aquella cortina, oyendo los sonidos que a oídos de un niño podrían parecer de inquietante dolor y contemplando las caderas de su padre moverse arriba y abajo mientras su madre se aferraba a él. Olanna nunca había oído a sus padres hacer el amor, ni había notado nada que le sugiriera que lo hacían; claro que sus dormitorios siempre habían estado separados por un pasillo que cada vez que cambiaban de residencia resultaba ser más largo y alfombrado. Cuando se trasladaron a la casa actual, de diez

habitaciones, sus padres eligieron por primera vez dormitorios distintos. «Me hace falta el armario entero; además, será agradable recibir visitas de tu padre», había dicho su madre, pero a Olanna la risita infantil le había sonado falsa. La artificiosidad de la relación de sus padres se le hacía más insoportable y vergonzosa cuando se encontraba en Kano.

La ventana que había sobre ella estaba abierta, y el aire apacible de la noche llegaba saturado del olor del albañal que había detrás de la casa, donde los vecinos vaciaban los cubos con los excrementos. Al poco, oyó la voz queda de los hombres que recogían las aguas residuales, y se quedó dormida con el ruido de sus paladas en la oscuridad de la noche.

Los mendigos situados frente a la casa de Mohammed no se movieron al ver a Olanna. Siguieron sentados en el suelo, recostados contra la pared de barro que rodeaba la finca. Densas nubes de moscas se posaban sobre ellos de manera que, por un momento, sus raídos caftanes de color blanco parecían salpicados de pintura negra. Olanna pensó en dejarles unas monedas en los platillos, pero al final decidió no hacerlo. Si se hubiera tratado de un hombre lo habrían llamado, y al extender el brazo para sostener en alto el recipiente se habría oído el zumbido de las moscas que emprendían el vuelo.

Uno de los porteros la reconoció y le abrió la cancela.

—Bienvenida, señora.

—Gracias, Sule. ¿Cómo estás?

—¡Se acuerda de mi nombre! —El portero sonrió—. Estoy bien, gracias, señora.

—¿Y tu familia?

—Bien, señora, gracias a Alá.

—¿Ha vuelto tu señor de América?

—Sí, señora. Entre, por favor. Haré llamar al señor.

El deportivo rojo de Mohammed se encontraba aparcado frente al extenso patio cubierto de arena, pero lo que llamó la atención de Olanna fue la casa, la elegante sencillez de la cubierta plana. Se sentó en el porche.

—¡Qué agradable sorpresa!

Olanna levantó la mirada y vio a Mohammed, con su caftán blanco, que le sonreía. Sus labios describían una curva sensual, unos labios que había besado muchas veces durante aquel tiempo en que solía pasar los fines de semana en Kano, cuando se alojaba en su casa y comía arroz con los dedos, iba a verlo jugar al polo en el club Flying y leía la poesía barata que le escribía.

—Tienes muy buen aspecto —le dijo al abrazarse—. No estaba segura de que hubieras vuelto de América.

—Pensaba ir a verte a Lagos.

Mohammed se apartó un poco para mirarla. La forma de ladear la cabeza y de entornar los ojos indicaban que aún albergaba alguna esperanza.

—Me traslado a Nsukka —le dijo Olanna.

—Así que al fin vas a convertirte en una intelectual y a casarte con tu profesor universitario.

—Nadie ha hablado de matrimonio. ¿Qué tal está Janet? ¿O era Jane...? Siempre me hago un lío con tus americanas.

Mohammed alzó una ceja. La chica no pudo evitar fijarse en su piel de color caramelo. Solía provocarlo diciéndole que era más guapo que ella.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —le preguntó—. No te queda nada bien. ¿Así es como le gusta a tu profesor que vayas, con esa mata?

Olanna se llevó la mano al cabello, recién trenzado y adornado con hilo negro.

—Ha sido mi tía. A mí me gusta.

—A mí no. Prefiero las pelucas.

Mohammed se le acercó y volvió a abrazarla. En cuanto Olanna notó que la estrechaba entre sus brazos, lo apartó de sí.

—No vas a dejar que te bese...

—No —respondió, aunque no había sido una pregunta—. No me has hablado de Janet-Jane.

—Jane. Eso quiere decir que cuando te marches a Nsukka no volveré a verte.

—Pues claro que nos veremos.

—Sé muy bien que ese intelectual tuyo está loco, así que no pienso ir a Nsukka.

—Mohammed se echó a reír. Su figura esbelta y sus finos dedos desprendían fragilidad, delicadeza—. ¿Te apetece un refresco? ¿O un poco de vino?

—¿Tienes alcohol en casa? Habrá que informar a tu tío... —bromeó Olanna.

Mohammed hizo sonar una campanilla y le pidió a un mayordomo que les sirviera bebida. Más tarde, se sentó y empezó a frotar el dedo pulgar contra el índice, pensativo.

—A veces me da la sensación de que mi vida no tiene sentido. Viajo, conduzco coches de importación y las mujeres me persiguen. Pero me falta algo; algo no funciona. ¿Me entiendes?

Olanna se lo quedó mirando, sabía a qué se refería. Y cuando él dijo: «Me gustaría que nada hubiera cambiado», se sintió halagada y conmovida.

—Encontrarás a la mujer adecuada —dijo con dulzura.

—Tonterías —repuso, y mientras permanecían sentados el uno al lado del otro bebiendo Coca-Cola, Olanna recordó su semblante demudado por la incredulidad y el dolor, que se perturbó aún más cuando le confesó que tenían que poner fin a su relación de inmediato porque no quería serle infiel.

Ella esperaba que opusiera resistencia, sabía muy bien cuánto la quería, pero la impactó mucho que la animara a acostarse con Odenigbo siempre y cuando no lo dejara a él. Solía comentar medio en broma que procedía de un linaje de guerreros santos, la mismísima encarnación de la masculinidad piadosa. Tal vez por eso su afecto hacia él había estado siempre teñido de gratitud, una gratitud egoísta. Podría

haberle hecho mucho más difícil la ruptura, podría haber hecho que se sintiera mucho más culpable.

Olanna dejó el vaso.

—Vamos a dar una vuelta en coche. Odio venir a Kano y no ver más que las feas construcciones de cemento y cinc de Sabon Gari. Me apetece ver la antigua estatua de barro y volver a pasar junto a la hermosa muralla que rodea la ciudad.

—A veces te pareces a los blancos, embobándote con las cosas cotidianas.

—¿De verdad?

—Lo digo en broma. ¿Cómo vas a aprender a quitarle hierro a las cosas viviendo con ese profesor chiflado? —Mohammed se levantó—. Vamos, antes pasaremos a saludar a mi madre.

Al pasar junto a una pequeña verja y salir al patio trasero que conducía a las estancias de la madre de Mohammed, Olanna recordó la inquietud que solía producirle acercarse allí. El recibidor estaba igual, con las paredes cubiertas de pan de oro, las alfombras persas y los artesonados de los techos al descubierto. La madre de Mohammed tampoco parecía haber cambiado, con su argolla en la nariz y un pañuelo de seda cubriéndole la cabeza. Tanto refinamiento le hacía preguntarse a Olanna si no la incomodaba aquello, ponerse tan elegante a diario para luego quedarse en casa. Pero la anciana mujer ya no mostraba la antigua expresión distante, ya no hablaba de forma altanera con la mirada fija en algún punto entre el rostro de Olanna y los paneles tallados a mano. En lugar de eso, se puso en pie y abrazó a la chica.

—Estás muy guapa, querida. No permitas que el sol te estropee la piel.

—*Na gode*. Gracias, Hajia —respondió Olanna.

Se preguntaba cómo la gente podía cambiar los afectos de ese modo, vincularse y desvincularse emocionalmente con tanta facilidad.

—Ya no soy la igbo con la que querías casarte, la que habría manchado el linaje con su sangre infiel —dijo Olanna mientras se subía junto a Mohammed en el Porsche rojo—. Ahora soy una amiga.

—Me habría casado contigo de todas formas, y ella lo sabe. Su opinión no cuenta.

—Tal vez al principio no, pero ¿qué habría ocurrido después? ¿Qué pasaría cuando lleváramos casados diez años?

—Tus padres se sentían igual. —Mohammed se volvió a mirarla—. ¿Por qué hablamos de esto?

Sus ojos traslucían una tristeza inenarrable. O tal vez fueran imaginaciones de Olanna. Quizá estuviera deseando que Mohammed se mostrara triste al pensar que nunca se casaría con ella. Ella no quería casarse con él, y aun así disfrutaba divagando sobre todo lo que no habían hecho y ya nunca harían.

—Lo siento —dijo.

—No tienes que disculparte por nada. —Mohammed extendió el brazo y le tomó la mano. El coche chirrió al salir del recinto—. Hay demasiado polvo en el tubo de escape. Estos coches no están hechos para nuestra tierra.

—Deberías comprarte un Peugeot resistente.

—Sí, tienes razón.

Olanna se fijó en los mendigos que se apiñaban junto a los muros del palacio, en sus cuerpos y en los platillos cubiertos por las moscas. El olor acre de las hojas del *neem* impregnaba el ambiente.

—No soy como los blancos —dijo Olanna en voz baja.

Mohammed la miró.

—Claro que no. Eres nacionalista y patriota, y pronto te casarás con tu profesor luchador por la libertad.

Olanna se preguntó si la ligereza de Mohammed encubría una burla más seria. Aún tenía su mano en la de él y pensó que tal vez le resultara difícil conducir sólo con la otra.

Olanna se trasladó a Nsukka un sábado ventoso, y al día siguiente Odenigbo se marchaba para asistir a un congreso de matemáticas en la Universidad de Ibadan. No habría acudido si el acto no hubiera estado centrado en el trabajo de su mentor, el matemático estadounidense negro David Blackwell.

—Es el matemático más grande de nuestros tiempos, el más grande. ¿Por qué no vienes conmigo, *nkem*? El congreso sólo dura una semana.

Olanna le dijo que no; le apetecía aprovechar la oportunidad de instalarse en su ausencia, de reconciliarse con sus miedos sin que él estuviera presente. Lo primero que hizo en cuanto se marchó fue deshacerse del ramo de flores rojas y blancas de plástico que había sobre la mesa de centro.

Ugwu la miraba horrorizado.

—Pero, *mah*, aún están bien.

Ella lo condujo al jardín, lo llevó hasta donde estaban los lirios africanos y las rosas que Jomo acababa de regar y le pidió que cortara unas cuantas flores. También le enseñó cuánta agua tenía que poner en el jarrón. Ugwu se quedó mirando las plantas y asintió, como si no diera crédito al grado de estupidez de aquella mujer.

—Pero, *mah*, las otras no se mueren.

—Pero éstas son mejores, *fa makali* —respondió Olanna.

—¿Cómo de mejores, *mah*?

Siempre contestaba en inglés a sus palabras en igbo, como si el hecho de que ella le hablara en igbo fuera un insulto del que tenía que defenderse y la forma de hacerlo fuera insistir con el inglés.

—Son más bonitas —dijo, y al hacerlo se dio cuenta de que no sabía explicarle por qué.

Más tarde vio las flores de plástico sobre uno de los armarios de la cocina y no se sorprendió. Ugwu las había conservado, de la misma manera que conservaba viejos envoltorios de azúcar, tapones de corcho y peladuras de ñame. Ella sabía que aquella incapacidad para deshacerse de las cosas, incluso de las inservibles, se debía al hecho

de no haber tenido nunca casi nada. Así que mientras estaban juntos en la cocina le habló de la necesidad de conservar sólo aquello que es útil, esperando que no le preguntara acerca de la utilidad que podían tener las flores frescas. Le pidió que vaciara y limpiara la bodega y que cubriera las estanterías con periódicos viejos; mientras lo hacía, ella permaneció con él y le preguntó acerca de su familia. Era difícil hacerse una idea clara, porque con su vocabulario limitado el chico describía a todo el mundo como «muy bueno». Lo acompañó al mercado y cuando hubieron adquirido todos los artículos domésticos, le compró un peine y una camisa. Le enseñó a cocinar el arroz frito con pimiento verde y zanahoria cortada a dados y le aconsejó que no cociera las judías hasta convertirlas en papilla, que no inundara los alimentos en aceite y que fuera moderado con la sal. Aunque ya percibió el olor corporal del chico el primer día, dejó que pasaran unos cuantos más antes de regalarle un bote de polvos perfumados para que se los aplicara en las axilas y de pedirle que echara dos tapones de Dettol en el agua del baño. Al chico pareció gustarle el desodorante cuando lo olió, y Olanna no estaba segura de si sabría que su fragancia era femenina. Tampoco estaba segura de lo que pensaba de ella. A todas luces sentía afecto; pero había algo más en sus ojos, una expectación callada, como si la estuviera elevando hasta un pedestal del que Olanna temía acabar cayéndose.

Por fin, un día en que ella redistribuía las fotografías de la pared, Ugwu empezó a hablarle en igbo. Una salamanquesa se había colado por detrás del marco de madera con la fotografía de Odenigbo con la toga y Ugwu le gritó:

—*Egbukwala!* ¡No la mate!

—¿Qué? —Olanna se volvió a mirarlo desde la silla en la que estaba encaramada.

—Si la mata, le dolerá el estómago —dijo. Olanna encontró muy gracioso su acento opi, la forma en que parecía escupir las palabras.

—Claro que no voy a matarla. Venga, colguemos la foto en esa pared.

—Sí, *mah* —respondió, y empezó a relatarle en igbo cómo su hermana Anulika había sufrido un terrible dolor de estómago por haber matado una salamanquesa.

Olanna se sentía menos extraña en la casa cuando Odenigbo regresó. Al llegar, la atrajo hacia sí, la besó y la abrazó fuerte.

—Antes deberías comer algo —le dijo.

—Ya sé lo que me apetece.

Ella se echó a reír. Se sentía ridículamente feliz.

—¿Qué ha pasado aquí? —le preguntó Odenigbo, dando un vistazo a la sala—. ¿Y todos los libros de la estantería?

—Tus viejos libros están en el segundo dormitorio. Necesito espacio para los míos.

—*Ezi okwu?* Te has tomado muy en serio lo de mudarte aquí, ¿no? —Odenigbo se reía.

—Ve a darte un baño —dijo ella.



—¿Y por qué mi amigo huele a flores?

—Le di talco perfumado. ¿No te habías dado cuenta de cómo olía?

—Es el olor de la gente que vive en los pueblos. Yo también olía así hasta que me marché de Aba para ir a la escuela secundaria. Pero tú no sabes de esas cosas.

Le hablaba con un tono ligeramente burlón. Sin embargo, sus manos no eran tan inocentes como su voz. Le estaban desabrochando la blusa, liberando un seno de la copa del sujetador. Olanna no estaba segura de cuánto tiempo había pasado, pero estaba en la cama, su cuerpo cálido y desnudo, enredado con el de Odenigbo, cuando Ugwu llamó a la puerta para anunciar que tenían visita.

—¿No pueden irse? —masculló.

—Ven, *nkem* —dijo Odenigbo—. Estoy impaciente por presentarte.

—Vamos a quedarnos un poco más.

Le acarició el vello rizado del pecho, pero él la besó y se levantó a buscar el calzoncillo.

Olanna se vistió a regañadientes y salió a la sala.

—Amigos míos —anunció Odenigbo con un ademán exagerado—. Por fin... Ésta es Olanna.

La mujer que estaba poniendo en marcha la radiogramola se dio media vuelta y cogió a Olanna de la mano.

—¿Qué tal? —la saludó. Llevaba un turbante de un naranja muy vivo.

—Muy bien —respondió Olanna—. Tú debes de ser Lara Adebayo.

—Así es —asintió la señorita Adebayo—. Odenigbo no nos había dicho que fueras tan ilógicamente guapa.

Olanna retrocedió, sintiéndose desconcertada por un momento.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Y qué acento inglés —murmuró la señorita Adebayo con una sonrisita desdeñosa antes de volver a centrar su atención en la radiogramola.

Era de constitución recia y el vestido almidonado de estampado naranja hacía que su espalda pareciera aún más recta, el cuerpo de una interrogadora nata a la que nadie se atrevía a preguntar a su vez.

—Yo soy Okeoma —se presentó el hombre de la pelambreira enmarañada—. Yo creía que la novia de Odenigbo era humana, no nos dijo que fueras una sirena.

Olanna se echó a reír, agradecida por la calidez en la expresión de Okeoma y por la manera en que sostuvo su mano durante un intervalo de tiempo demasiado largo.

El doctor Patel pareció tímido al decirle:

—Qué bien, por fin te conocernos.

Y el profesor Ezeka le estrechó la mano y asintió con desdén cuando ella explicó que era licenciada en sociología y no en una ciencia auténtica.

Cuando Ugwu hubo servido las bebidas, Olanna observó cómo Odenigbo se llevaba la copa a los labios, y sólo fue capaz de pensar cómo aquellos labios succionaban con fuerza su pezón tan sólo unos minutos antes. Movié el brazo con

disimulo de forma que la parte interior le rozara el pecho, y cerró los ojos al notar las deliciosas punzadas. A veces Odenigbo le mordía demasiado fuerte. Olanna quería que los invitados se marcharan.

—¿No afirmó Hegel, el gran filósofo, que África es la infancia de la humanidad? —preguntó el profesor Ezeka en tono afectado.

—Entonces tal vez los que pusieron en los cines de Mombasa los carteles de «PROHIBIDA LA ENTRADA A LOS NIÑOS Y A LOS AFRICANOS» habían leído a Hegel —dijo el doctor Patel, y se rió entre dientes.

—No es posible tomarse en serio a Hegel. ¿Lo has leído con detenimiento? Es muy muy divertido. Pero Hume, Voltaire, y Locke también pensaban lo mismo de África —dijo Odenigbo—. La grandeza depende del lugar de donde procedas. Es como lo de los israelíes a los que el otro día les preguntaron qué opinaban del juicio de Eichmann, y uno de ellos dijo que no entendía cómo alguien, en algún momento, podía haber considerado grandes a los nazis. Pero lo fueron, ¿no? ¡Todavía lo son! —Odenigbo hizo un gesto con la palma de la mano hacia arriba y Olanna recordó cómo aquella mano la había aferrado por la cintura—. Lo que la gente no logra entender es lo siguiente: si Europa se hubiera ocupado un poco más de África, el holocausto judío no habría tenido lugar —dijo Odenigbo—. En pocas palabras, ¡no habría habido guerra mundial!

—¿Qué quieres decir? —le preguntó la señorita Adebayo, y se llevó la copa a los labios.

—¿Cómo puedes preguntarme que qué quiero decir? Es evidente, empezando por el pueblo herero.

Odenigbo empezaba a deslizarse hacia delante en su asiento y a alzar la voz, y Olanna se preguntó si en aquellos momentos se acordaría del escándalo que habían armado antes, y cómo después había comentado, riéndose: «Si seguimos así, esta noche despertaremos a Ugwu, el pobre».

—Ya empiezas, Odenigbo —dijo la señorita Adebayo—. ¿Dices que si los blancos no hubieran masacrado a los herero no habría habido holocausto judío? No veo la relación por ninguna parte.

—¿No la ves? —le preguntó Odenigbo—. Empezaron los estudios raciales con los herero y los acabaron con los judíos. ¡Pues claro que hay relación!

—¡Ese argumento no se sostiene por ninguna parte, sofista! —exclamó la señorita Adebayo, y se bebió de un trago lo que le quedaba en el vaso.

—Pero la guerra mundial fue algo malo que también trajo algo bueno, como dice nuestra gente —intervino Okeoma—. El hermano de mi padre combatió en Birmania y regresó de allí con una pregunta candente: ¿cómo era posible que nadie le hubiera dicho antes que los blancos no eran inmortales?

Todos se echaron a reír. Aquello parecía ser algo habitual, como si hubieran mantenido variantes de aquella conversación en tantas ocasiones que ya supieran cuándo tenían que reír. Olanna también se rió, y por un momento le pareció que su

risa sonaba diferente, más estridente que las de los demás.

A lo largo de las siguientes semanas, durante las que empezó a dar clases de introducción a la sociología, se inscribió en el centro de profesores y comenzó a jugar al tenis con algunos colegas, acompañó varias veces a Ugwu al mercado, dio paseos con Odenigbo y se hizo miembro de la Sociedad Saint Vincent de Paul, de la iglesia de Saint Peter, poco a poco se fue familiarizando con los amigos de Odenigbo. Éste le decía en broma que desde que ella había llegado recibía más visitas, que había enamorado tanto a Okeoma como a Patel, porque el primero se mostraba ansioso por recitar poemas en los que las descripciones de diosas recordaban sospechosamente a ella, y el doctor Patel no paraba de relatar historias sobre los días que pasó en Makerere, en las que se presentaba así mismo como el perfecto intelectual galante.

A Olanna le caía bien el doctor Patel, pero las visitas que más anhelaba eran las de Okeoma. El pelo alborotado, la vestimenta arrugada y los recitados histriónicos hacían que se sintiera relajada. Además, pronto se dio cuenta de que eran sus opiniones las que más respetaba Odenigbo, diciendo que era «la voz de nuestra generación», como parecía creer en verdad. Olanna no sabía muy bien cómo interpretar la áspera altanería del profesor Ezekia, su convencimiento de que sabía más que nadie pero optaba por no hablar mucho. Tampoco tenía muy claro qué pensar de la señorita Adebayo. Si se hubiera mostrado celosa se lo habría puesto más fácil, pero por su manera de tratarla parecía considerarla una rival indigna, con su conducta poco intelectual, su cara bonita y su acento inglés que imitaba al de los opresores. Se descubrió hablando con más frecuencia cuando la señorita Adebayo estaba presente, con una necesidad desesperada de impresionarla que la hacía expresar sus opiniones a todas horas —Nkrumah pretendía extender su dominio a toda África, era una arrogancia por parte de América insistir en que los soviéticos retiraran los misiles de Cuba cuando ellos no hacían lo propio con los que tenían en Turquía, Sharpeville no era más que un ejemplo dramático de que el Estado sudafricano asesinaba a diario a centenares de negros—, aunque albergaba la sospecha de que a sus ideas les faltaba originalidad. Y presentía que la señorita Adebayo era consciente de ello; por eso cuando ella intervenía la mujer aprovechaba para echar un vistazo al periódico, servirse más bebida o ir al lavabo. Al final, Olanna se dio por vencida. Nunca conseguiría que la señorita Adebayo le cayera bien y ésta ni siquiera se plantearía nunca simpatizar con ella. Tal vez supiera, con sólo verle la cara, que Olanna era una persona con miedos, insegura, no como aquellas que no tienen la paciencia suficiente para dudar de sí mismas. Como Odenigbo. O como la propia señorita Adebayo, capaz de mirar a una persona a los ojos y espetarle con toda la tranquilidad que era «ilógicamente guapa», capaz de utilizar una expresión como aquélla.

Con todo, cuando estaba en la cama con Odenigbo, sus piernas entrecruzadas con las de él, le daba la impresión de que su vida en Nsukka transcurría entre algodones,

incluso en los días en que Odenigbo se encerraba en su estudio durante horas. Cada vez que él le sugería que se casaran, ella se negaba. Eran muy felices así, en su precariedad, y Olanna quería conservar el vínculo tal cual. Tenía miedo de que el matrimonio lo rebajara a una convivencia prosaica.

### 3

Richard no intervenía mucho en las fiestas a las que lo llevaba Susan. Cuando lo presentaba, siempre añadía que era escritor y él esperaba que los demás invitados creyeran que se mostraba distante de la forma en que solían hacerlo los escritores, aunque en el fondo temía que se dieran cuenta de que simplemente se encontraba fuera de lugar. No obstante, se comportaban de forma agradable con él; tratarían bien a cualquiera que fuera pareja de Susan mientras ella siguiera cautivándolos con su agudeza, su risa y aquellos ojos verdes que chispeaban en su rostro de mejillas encendidas por el vino.

A Richard no le importaba asistir y esperar a que a ella le apeteciera marcharse, ni tampoco que ninguno de los amigos de Susan se esforzara por incitarle a intervenir; ni siquiera se sintió ofendido cuando una borracha de rostro demacrado lo llamó «el pimpollo de Susan». Pero sí le molestaba que, cuando los expatriados se separaban en dos grupos, Susan lo animara con un empujoncito a unirse al de los hombres mientras ella se dirigía al de las mujeres para comparar sus observaciones sobre la vida en Nigeria. Con los hombres se encontraba violento. Se trataba sobre todo de ingleses, antiguos administradores de las colonias y hombres de negocios de John Holt, Kingsway, GB Ollivant, Shell-BP y la United África Company. Todos tenían el rostro enrojecido por el sol y el alcohol. Soltaban risitas sofocadas al hablar de la política tribal de Nigeria y comentar que los pobrecitos no estaban preparados para gobernar su país. Hablaban de criquet, de las plantaciones que poseían o planeaban poseer, del tiempo perfecto que hacía en Jos y de las oportunidades de negocio que presentaba Kaduna. Cuando Richard mencionó su interés por el arte de Igbo-Ukwu, todos le respondieron que no tenía mucha salida en el mercado, así que no se molestó en aclarar que no era el valor monetario sino el estético lo que le atraía. Y al explicar que acababa de llegar a Lagos y que quería escribir un libro sobre Nigeria, lo obsequiaron con sonrisitas y consejos varios: todos eran unos malditos mendigos, más le valía irse preparando para su hedor corporal y la manera que tenían de escrutarlo a uno desde la cuneta, no debía cometer el error de creerse sus historias lacrimógenas ni demostrar flaqueza ante el personal doméstico. Había chistes para ilustrar cada rasgo africano. Le dejaron muy claro a Richard las ínfulas que se daba aquella gente: «Va un africano paseando a su perro y un inglés pregunta: “¿Adónde vas con ese mono?”. Y el africano le responde: “Es un perro, no un mono”. ¡Como si el inglés hablara con él!».

Richard se reía con los chistes. Al mismo tiempo, trataba de no involucrarse demasiado en las conversaciones, de no demostrar lo incómodo que se sentía. Prefería hablar con las mujeres, aunque había aprendido a no pasar mucho tiempo con ninguna en particular si no quería que Susan acabara arrojando un vaso contra la pared al llegar a casa. La primera vez que ocurrió, se quedó perplejo. Había conversado un rato con Clovis Bancroft sobre el tiempo que había pasado su hermano en Enugu ejerciendo de comisario del distrito hacía ya unos años; de vuelta a casa, en

el coche que conducía el chófer de Susan, ella había permanecido callada. Richard pensó que se había quedado adormilada; era el único motivo plausible para que no se dedicara a criticar el espantoso vestido de alguna de las invitadas o lo poco originales que eran los entrantes. Pero en cuanto llegaron a casa de Susan, cogió un vaso del armario y lo lanzó contra la pared. «¡Con esa horrible mujerzuela, Richard! ¡Y en mis narices! ¡Es repugnante!» Se sentó en el sofá y se cubrió el rostro con las manos hasta que él le dijo que lo sentía mucho, aunque no estaba muy seguro de entender por qué se disculpaba.

Al cabo de unas semanas, estrelló otro vaso. Richard había estado charlando con Julia March, básicamente sobre la investigación de la joven acerca del Asantehene de Ghana; él la escuchaba absorto hasta que Susan se acercó y lo agarró por el brazo. Más tarde, tras hacer añicos el vaso, la chica reconoció que no creía que estuviera flirteando, pero él debía entender que la gente era tremendamente atrevida y que por allí andaba suelta mucha, demasiada lengua viperina. Él había vuelto a disculparse mientras se preguntaba qué debían de pensar los criados a los que les tocaba recoger los cristales.

Más adelante tuvo lugar la cena en la que él había estado hablando del arte de Nok con una profesora universitaria, una tímida yoruba que parecía sentirse tan fuera de lugar como él. Ya se esperaba la reacción de Susan y se había mentalizado para disculparse antes de que la chica entrara al salón a fin de evitar que rompiera un vaso. Sin embargo, Susan se había mostrado parlanchina de vuelta a casa; le preguntó si la conversación había sido interesante y le dijo que esperaba que hubiera aprendido algo que le resultara útil para el libro. En la oscuridad del coche, Richard la había escrutado. No habría hecho aquel comentario si hubiera estado conversando con una británica, a pesar de que algunas de ellas habían colaborado en la redacción de la Constitución nigeriana. Dedujo que el único motivo era que no percibía a las negras como una amenaza para ella, que no eran rivales dignas.

Tía Elizabeth había descrito a Susan como vivaz y encantadora, no importaba que fuera un poco mayor que él; llevaba un tiempo en Nigeria y podía hacerle de cicerone. Richard no creía necesitar ningún cicerone; en sus anteriores salidas al extranjero se las había apañado bien. Pero tía Elizabeth insistió. África no era como Argentina o la India. Pronunció «África» como si tratara de reprimir un estremecimiento, o tal vez fuera que no quería que se marchara, que preferiría que se quedara en Londres y siguiera escribiendo en el *News Chronicle*. Él no acababa de creerse que alguien leyera su pequeña columna, a pesar de que tía Elizabeth insistía en que todos sus amigos lo hacían. Pero ella sí lo hacía: el trabajo era una sinecura, después de todo, y nunca se lo habrían ofrecido a él en primer lugar de no haber sido el director un viejo amigo de la mujer.

Richard no trató de explicarle a tía Elizabeth sus ansias de visitar Nigeria, pero acabó por aceptar el ofrecimiento de Susan. Lo primero en que se fijó al llegar a Lagos fue en la viveza de la chica, su encanto pijo, la manera en que le dedicaba toda

su atención y le tocaba los brazos mientras se reía. Hablaba con autoridad de Nigeria y de los nigerianos. Al pasar con el coche junto a los ruidosos mercados con la música estridente de las tiendas, los puestos ambulantes diseminados aquí y allá y las cloacas embotadas por el agua estancada, ella le dijo: «Tienen una energía desbordante, de veras, pero me temo que muy poca higiene». Le explicó que los hausas del norte eran gente muy digna, los igbos eran ariscos y amantes del dinero, y los yorubas eran sobre todo alegres aunque también muy aduladores. Los sábados por la noche, al mostrarle a las multitudes vestidas con prendas llamativas que bailaban frente a los toldos callejeros iluminados, le decía: «Ahí los tienes. Los yorubas se endeudan hasta la médula con tal de montar estas fiestas».

Ella le ayudó a encontrar un apartamento, a comprarse un pequeño coche y a obtener un permiso de conducir, lo llevó a los museos de Lagos y de Ibadan. «Tienes que conocer a mis amigos», le dijo. Al principio, cuando le presentaba como escritor, él quería corregirla. Era redactor, no escritor. Pero en el fondo sabía que sí lo era, por lo menos tenía la certeza de que quería ser escritor; un artista, un creador. Lo del periodismo era temporal, algo para mantenerse hasta que lograra escribir su genial novela.

Así que dejó que Susan lo presentara como escritor. Por lo menos servía para que sus amigos lo toleraran. El profesor Nicholas Green le propuso que solicitara la beca que la Universidad de Nsukka concedía a los investigadores extranjeros; allí podría escribir en un entorno universitario. Y Richard lo hizo, no sólo por la perspectiva de escribir en la universidad sino también porque así se trasladaría al sudeste, a la tierra del arte de Igbo-Ukwu, de la magnífica vasija con cuerdas ornamentales. A fin de cuentas, ése era el motivo de su viaje a Nigeria.

Llevaba unos meses en el país cuando Susan le preguntó si le gustaría trasladarse a vivir con ella, puesto que su casa de Ikoyi era grande y estaba rodeada de agradables jardines, y además estaba convencida de que allí el escritor trabajaría mucho más a gusto que en el pequeño piso alquilado con el suelo de cemento desnivelado y las quejas de su casero por tener las luces encendidas demasiado tiempo. Richard no quería aceptar la invitación, pues no tenía intenciones de quedarse mucho tiempo en Lagos. Quería viajar por el país mientras recibía la respuesta de Nsukka. Pero Susan ya había arreglado el espacioso y aireado estudio para que él se instalara, así que lo hizo. Día tras día, se sentaba en la butaca de piel y se enfrascaba en distintos libros y trabajos de investigación, miraba por la ventana y veía a los jardineros regando el césped y aporreaba la máquina de escribir a pesar de tener muy claro que estaba tecleando y no escribiendo. Susan tenía cuidado de mantener el silencio necesario, excepto cuando se asomaba y le susurraba: «¿Te sirvo una taza de té?» o «¿Quieres un poco de agua?» o «¿Te apetece comer temprano?». Él también le contestaba con un susurro, como si su actividad de escritor se hubiera convertido en sacrosanta y, por extensión, también la estancia lo fuera. No le confesó que aún no había escrito nada decente, que las ideas que le rondaban por la cabeza todavía no

habían tomado forma de personajes, escenario y tema. Se imaginaba que se sentiría dolida; su actividad de escritor se había convertido en la principal afición de Susan, quien cada día llegaba a casa con libros y publicaciones de la biblioteca del British Council. Ella concebía la novela como una entidad ya existente y, por tanto, susceptible de ser acabada. Por el contrario, él no tenía claro ni siquiera el tema. Pero agradecía la fe de la joven. Le daba la sensación de que su confianza convertía su proyecto en algo que podía hacerse realidad, y la manera de demostrarle su gratitud era asistir a las fiestas que tanto le disgustaban. Tras unas cuantas fiestas, decidió que asistir no era suficiente; quería resultar gracioso. Si fuera capaz de decir algo ocurrente cuando lo presentara, compensaría el silencio y, lo más importante, complacería a Susan. Practicó un rato ante el espejo del baño un mohín de autodesprecio y una actitud titubeante que resultaran jocosas: «Éste es Richard Churchill», lo presentaría Susan, y al estrechar las manos él soltaría: «Nada que ver con sir Winston, me temo, si no habría sido un poco más inteligente».

Cuando lo puso en práctica los amigos de Susan se echaron a reír, aunque Richard no sabía si de verdad les había hecho gracia o si su intento humorístico les inspiraba lástima. Pero nadie había exclamado «¡Qué gracioso!» en tono burlón como lo hizo Kainene el día que se conocieron en el cóctel del hotel Federal Palace. Ella estaba fumando y el humo de su cigarrillo formaba unas volutas perfectas. Se encontraba en el mismo grupo que Susan y Richard. Él se la quedó mirando y pensó que se trataba de la amante de algún político. Siempre que veía a alguien en una de esas reuniones, trataba de deducir el motivo por el que había acudido y a quién podría estar acompañando. Tal vez fuera porque él mismo no habría asistido a ninguna fiesta de no ser por Susan. No se le ocurrió pensar que Kainene fuera la hija de algún nigeriano adinerado, pues no demostraba el recato refinado correspondiente. Tenía más bien aspecto de fulana: el pintalabios de un rojo provocativo, el vestido ajustado, la forma de fumar. Aun así, no lucía la sonrisa acartonada típica de las fulanas, ni siquiera tenía aquella belleza genérica que lo llevaba a creer el rumor de que todos los políticos nigerianos se intercambiaban las amantes. De hecho, no era nada guapa. Richard no se percató hasta que volvió a mirarla cuando un amigo de Susan los presentó.

—Ésta es Kainene Ozobia, la hija del jefe Ozobia. Acaba de terminar un máster en Londres. Kainene, ésta es Susan Grenville-Pitts, del British Council, y éste es Richard Churchill.

—¿Qué tal? —le dijo Susan a Kainene, y luego se dio la vuelta para hablar con otro invitado.

—Hola —dijo Richard. Kainene seguía en silencio. Se llevó el cigarrillo a los labios mientras lo miraba inexpresivamente, así que Richard se atusó el pelo y masculló—: Nada que ver con sir Winston, me temo, si no habría sido un poco más inteligente.

Kainene exhaló el humo antes de responder:



—¡Qué gracioso!

Era muy delgada y muy alta, casi tanto como él, y lo miraba fijamente a los ojos con expresión impasible. Tenía la piel del color del chocolate belga. Richard separó un poco las piernas para afianzarse mejor en el suelo, ya que temía que podría acabar tambaleándose y chocando contra la joven.

Susan volvió para llevárselo, pero Richard no tenía ningunas ganas de marcharse de allí. Cuando abrió la boca, no sabía muy bien qué iba a decir.

—Resulta que Kainene y yo tenemos un amigo común en Londres. ¿Te he hablado de Wilfred, del *Spectator*?

—¡Ah! —exclamó Susan—. ¡Qué bien! Entonces dejo que os pongáis al día. Vuelvo dentro de un rato, Intercambió besos con una pareja de más edad y luego se dirigió hacia un grupo que estaba en el otro extremo de la sala.

—Acabas de mentirle a tu esposa —observó Kainene.

—No es mi esposa.

Richard se sorprendió de lo aturdido que se sentía al haberse quedado a solas con ella. Kainene se llevó la copa a los labios y dio un sorbo. Inhaló y exhaló. Cenizas plateadas cayeron al suelo. Todo parecía transcurrir a cámara lenta. El salón de baile del hotel se agrandaba y se empequeñecía a medida que inspiraba y espiraba el aire del espacio que, por un momento, parecía estar ocupado sólo por él y por Kainene.

—¿Puedes apartarte un poco? —le pidió la joven.

Richard se sobresaltó.

—¿Cómo?

—Detrás de ti hay un fotógrafo muy interesado en captar mi imagen; en especial, la de mi collar.

Richard se hizo a un lado y la contempló mientras ella miraba a la cámara. No adoptó ninguna pose, se comportaba de forma natural; era evidente que estaba acostumbrada a ser fotografiada en las fiestas.

—El collar saldrá en el *Lagos Life* de mañana. Supongo que es mi forma de contribuir a la reciente independencia de nuestro país. Voy a mostrarles a los nigerianos algo que codiciar, un motivo para trabajar duro —dijo mientras se colocaba de nuevo junto a él.

—Es un collar muy bonito —observó Richard, aunque lo encontraba un poco chillón.

Tenía ganas de extender el brazo y coger el collar, levantarlo un poco y dejar que se posara suavemente en el hueco de su garganta. Tenía las clavículas muy prominentes.

—En absoluto. Mi padre tiene muy mal gusto para las joyas —dijo Kainene—. Pero el dinero es suyo. Por cierto, veo que mis padres y mi hermana me están buscando. Tengo que irme.

—¿Tu hermana está aquí? —se apresuró a preguntarle Richard, antes de que se marchara.

—Sí. Somos gemelas —dijo e hizo una pausa, como si se tratara de una revelación trascendental—. Kainene y Olanna. Su nombre significa poéticamente «el oro de Dios»; el mío es más práctico «veamos lo que Dios nos depara».

Richard observó su sonrisa sardónica, el labio levantado en una de las comisuras, y se imaginó que ocultaba algo más, tal vez insatisfacción. No sabía qué añadir. Sentía que el tiempo se le escapaba.

—¿Cuál es la mayor? —le preguntó.

—¿Cuál es la mayor? ¡Menuda pregunta! —Arqueó las cejas—. Dicen que yo nací antes.

Richard aferraba la copa con fuerza contra el pecho, pensando que, si la apretaba un poco más, acabaría rompiéndola.

—Ahí está, mi hermana —dijo Kainene—. ¿Te la presento? Todo el mundo quiere conocerla.

Richard no se volvió.

—Prefiero hablar contigo —le dijo—. Si no te importa, claro.

Volvió a pasarse la mano por el pelo. Kainene lo observaba; bajo su mirada, él se sentía como un adolescente.

—Eres tímido —dijo ella.

—Me han llamado cosas peores.

Kainene sonrió de una forma que daba a entender que aquel comentario sí que le había parecido gracioso, y Richard se alegró de haberla hecho sonreír.

—¿Has estado alguna vez en el mercado de Balogun? —le preguntó ella—. Disponen los trozos de carne en los mostradores para que la gente pueda tocarlos y manosearlos para decidir cuál quiere. Mi hermana y yo somos carne. Estamos aquí para que los solteros apropiados entren a matar.

—Ah —dijo él.

Encontró raro que le confesara algo tan personal, aunque había utilizado el mismo tono seco y mordaz que parecía inherente a ella. Richard quería explicarle también alguna confidencia, quería propiciar un intercambio íntimo.

—Ahí viene la esposa que niegas —musitó Kainene.

Susan se acercó y le colocó un vaso en la mano a Richard.

—Toma, cariño —dijo, y a continuación se volvió hacia Kainene—. Encantada de conocerte.

—El placer ha sido mío —dijo Kainene, levantando un poco su copa hacia Susan. Susan se alejó con Richard.

—Es la hija del jefe Ozobia, ¿verdad? ¿Qué es lo que le ha ocurrido? Es bastante extravagante; su madre es deslumbrante, absolutamente deslumbrante. El jefe Ozobia es el dueño de medio Lagos, pero tiene unas terribles ínfulas de *nouveau riche*. Apenas tiene estudios, y su esposa tampoco. Supongo que por eso se le nota tanto.

A Richard las pequeñas biografías que contaba Susan solían divertirle, pero ahora su cuchicheo le irritaba. No le apetecía el champán; las uñas de ella se clavaban en su

brazo. Lo llevó hasta un grupo de expatriados y se detuvo para charlar con ellos, riéndose de forma escandalosa, algo achispada. Richard buscó con la mirada a Kainene. Al principio no vio el vestido rojo, pero acabó descubriéndola de pie junto a su padre. El jefe Ozobia presentaba un aspecto imponente, la forma en que abría los brazos al hablar y las capas y capas de tela azul con intrincados bordados de su *agbada* le hacían aún más voluminoso de lo que era. La señora Ozobia tenía la mitad del tamaño de su marido, y llevaba una túnica azul y un tocado de la misma tela. Por un momento, Richard se sobresaltó al contemplar sus ojos almendrados, grandes y perfectos, en aquel rostro oscuro que intimidaba mirar. Nunca habría adivinado que se trataba de la madre de Kainene, ni que Kainene y Olanna eran gemelas. Olanna se parecía a su madre, aunque su belleza resultaba más accesible, con su rostro de facciones delicadas, la elegante sonrisa y la figura carnal y sinuosa que llenaba aquel vestido negro. Susan habría calificado aquel cuerpo de «africano». Al lado de su hermana, Kainene parecía aún más delgada, casi andrógina, con su falda larga y ceñida que delineaba el perfil juvenilmente masculino de sus caderas. Richard se la quedó mirando un buen rato, deseando que ella lo buscara. Ella mantenía una actitud distante, y al mirar a las personas de su grupo expresaba alternativamente indiferencia y burla. Al final se volvió y sus ojos se encontraron con los de Richard, y ella ladeó la cabeza y arqueó las cejas, como si estuviera muy segura de que él llevaba un rato mirándola. Richard apartó la vista. Al momento volvió a dirigir la mirada hacia ella, dispuesto a sonreírle, a hacer algún gesto provechoso, pero la joven ya le daba la espalda. La observó hasta que se marchó junto con sus padres y Olanna.

Richard leyó el siguiente número del *Lagos Life*, y cuando encontró la foto de Kainene escrutó su expresión con el afán de descubrir lo que no conocía de ella. En un arranque de productividad maníaca, escribió unas cuantas páginas con el retrato ficticio de una mujer alta de color ébano prácticamente sin pecho. Se dirigió a la biblioteca del British Council y buscó artículos sobre el padre de Kainene en las revistas de economía. Anotó los cuatro números del listín telefónico que aparecían junto a Ozobia. Una y otra vez descolgó el auricular, pero volvía a colgarlo en cuanto oía la voz de la operadora. Practicó delante del espejo lo que quería decir, los gestos que haría, a pesar de ser consciente de que por teléfono la chica no lo vería. Pensó en enviarle una postal, o tal vez una cesta de fruta. Al final, se decidió a llamar. Kainene no pareció sorprendida de oírlo. O tal vez sólo fuera que sonaba bastante tranquila, mientras que el corazón de él golpeaba con fuerza en su pecho.

—¿Te gustaría quedar para tomar algo? —le preguntó él—. Sí. ¿Qué tal en el hotel Zobis a mediodía? Es de mi padre, y puedo conseguir una suite privada. —Sí, sí. Estaría muy bien.

Cuando colgó, estaba temblando. No tenía claro si se hacía demasiadas ilusiones, qué podría sugerirle de «suite privada». Al encontrarse en el vestíbulo del hotel, ella se le acercó para que él la besara en la mejilla, y luego lo condujo escaleras arriba

hasta salir a la terraza, donde se sentaron de cara a las palmeras que había junto a la piscina. Hacía un día claro, soleado. De vez en cuando la brisa mecía las palmeras, y Richard esperaba que el pelo no se le alborotara en exceso y que no le salieran aquellas manchas rojas tan poco favorecedoras en las mejillas como le ocurría siempre que se exponía al sol.

—Desde aquí se ve Heathgrove —dijo ella, señalando—. Es la escuela secundaria inglesa, elitista y carísima, donde estudiamos mi hermana y yo. Mi padre pensaba que éramos demasiado jóvenes para enviarnos al extranjero, pero tenía muy claro que quería que nuestra educación fuera lo más europea posible.

—¿Es ese edificio con la torre?

—Sí. De hecho, toda la escuela son sólo dos edificios. Éramos muy pocos. Es tan exclusiva que muchos nigerianos ni siquiera saben que existe. —Miró el interior de su vaso por un momento—. ¿Tienes hermanos?

—No. Soy hijo único. Mis padres murieron cuando tenía nueve años.

—Nueve años. Eras muy pequeño.

Richard se alegró de que no lo compadeciera en exceso, de aquella forma falsa en que la gente solía comportarse, como si hubieran conocido a sus padres aunque no fuera así.

—Casi siempre estaban fuera. Fue Molly, la niñera, quien me crió en realidad. Cuando murieron, ya estaba decidido que viviría en Londres con mi tía. —Richard hizo una pausa, complacido de sentir la incipiente y extraña intimidad que comportaba hablar de sí mismo, algo que no acostumbraba a hacer—. Mis primos, Martin y Virginia, tenían mi misma edad, pero eran terriblemente sofisticados. Tía Elizabeth era estupenda, ya sabes, pero yo era el sobrino que venía del pequeño pueblo de Shropshire. El primer día ya estaba pensando en escaparme.

—¿Y lo hiciste?

—Un montón de veces. Siempre acababan encontrándome. Algunas veces en cuanto salía a la calle.

—¿Y adónde te dirigías?

—¿Cómo?

—¿Adónde te dirigías?

Richard lo pensó un rato. Sabía que huía de una casa llena de retratos de gente muerta hacía muchísimo tiempo que le acechaban desde las paredes. Pero lo que no sabía era adónde iba. ¿Acaso un niño se planteaba eso alguna vez?

—Tal vez en busca de Molly. No lo sé.

—Yo sí que sé lo que buscaba. Pero no existía, así que no llegué a escaparme —dijo Kainene, recostándose en el asiento.

—¿Y entonces?

Kainene encendió un cigarrillo, como si no hubiera oído la pregunta. Sus silencios le hacían sentirse impotente y ansioso por recuperar la atención de la joven. Quería hablarle de la vasija con cuerdas ornamentales de Lagos. No recordaba dónde

había leído aquel primer artículo sobre el arte de Igbo-Ukwu, sobre el nativo que al cavar un pozo había descubierto las piezas de bronce que databan del siglo nueve y que podrían tratarse de las más antiguas de África. Pero fue en *Colonies Magazine* donde vio las fotografías. La vasija con cuerdas ornamentales le llamó la atención enseguida; pasó un dedo suavemente por la imagen y sintió fuertes deseos de tocar la delicada pieza fundida. Quería explicarle a Kainene cuánto le emocionó aquella obra de arte, pero al final decidió no intentarlo. Ya tendría tiempo de hacerlo. Se sintió extrañamente reconfortado por aquel pensamiento, pues de pronto tomó conciencia de que lo que más deseaba era compartir su tiempo con Kainene.

—¿Has venido a Nigeria huyendo de algo? —le preguntó ella finalmente.

—No —le respondió Richard—. Siempre he sido una persona solitaria y siempre he querido conocer África, así que pedí una excedencia en mi modesto puesto de columnista en un periódico y acepté un generoso préstamo de mi tía; y aquí estoy.

—No me habías parecido alguien solitario.

—¿Porqué?

—Porque eres atractivo. Los guapos no suelen ser personas solitarias.

Dijo aquello con tono neutro, como si no se tratara de un cumplido. Richard esperaba que no notara su sonrojo.

—Bueno, pues lo soy. —No se le ocurría nada más que añadir—. Siempre lo he sido.

—Un solitario explorador del continente negro de nuestros días —dijo ella con sequedad.

Richard soltó una carcajada. El sonido de su risa brotó sin ningún control; miró hacia abajo, a la límpida piscina, y pensó con alegría que tal vez aquel tono de azul fuera también el color de la esperanza.

Al día siguiente se encontraron para comer, y también al otro. Ella siempre lo llevaba a la suite y se sentaban juntos en la terraza, comían arroz y bebían cerveza fría. Kainene rozó el borde del vaso con la punta de la lengua antes de beber. Aquella visión fugaz de su lengua sonrosada excitó a Richard, sobre todo porque el gesto parecía inconsciente. Sus silencios eran perturbadores, herméticos, y sin embargo él seguía experimentando cercanía. Tal vez fuera porque ella era así, distante, retraída. Richard se sorprendía hablando de una manera en que no solía hacerlo, y cuando agotaban el tiempo y Kainene se levantaba, con frecuencia para acompañar a su padre a alguna reunión, él notaba los pies pesados, como si la sangre no circulara por ellos. No quería marcharse, no podía soportar la idea de volver al estudio de casa de Susan y ponerse a teclear y esperar a que la joven llamara con suavidad a la puerta. No entendía que no sospechara nada, que no fuera capaz de percibir en su rostro las nuevas sensaciones, que ni siquiera advirtiera que se aplicaba más aftershave. Claro que no le había sido infiel, pero la fidelidad no sólo consistía en el sexo. Las risas que compartía con Kainene, las cosas que le contaba de tía Elizabeth, observarla mientras

fumaba, también eran formas de infidelidad; al menos, así lo sentía. El latido agitado de su corazón al recibir el beso de despedida de Kainene era un acto de infidelidad. Las manos de ella tomando las de él por encima de la mesa también lo eran. Y el día en que Kainene en lugar de despedirse de la forma habitual lo besó en los labios con la boca entreabierta, se sorprendió. No se había permitido albergar muchas esperanzas. Y tal vez por eso la erección lo eludió: por la mezcla castradora de sorpresa y deseo. Se desvistieron de prisa. Tenía el cuerpo desnudo pegado al de ella y sin embargo su miembro permanecía laxo. Resiguió los ángulos de las clavículas de la chica, sus caderas, procurando todo el rato que su mente y su cuerpo sintonizaran, que el deseo venciera a la ansiedad. Pero no consiguió que se pusiera erecto. Seguía notando la flacidez entre las piernas.

Ella se sentó en la cama y encendió un cigarrillo.

—Lo siento —empezó Richard, pero al ver que ella se encogía de hombros y no decía nada se arrepintió de haberse disculpado.

La suite lujosa y recargada se le antojó algo lúgubre mientras se vestía. La chica se abrochó el sujetador y él se puso los pantalones; total, tampoco había servido de mucho que se los quitara. Deseaba que ella dijera algo.

—¿Nos veremos mañana? —le preguntó él al fin.

Kainene expulsó el humo por la nariz y, mientras observaba cómo se desvanecía, dijo:

—Penoso, ¿eh?

—¿Nos veremos mañana? —insistió Richard.

—Me voy a Port Harcourt con mi padre para reunimos con gente del negocio petrolero —repuso ella—. Pero volveré el miércoles al mediodía. Podemos quedar para comer.

—Sí, bien —dijo Richard, aunque hasta que volvió a verla en el vestíbulo del hotel unos días más tarde, estuvo temiendo que no se presentara.

Comieron juntos y contemplaron a los bañistas. Ella estaba un poco más animada, fumaba más, hablaba más. Le habló de las personas que había conocido desde que trabajaba con su padre, le explicó que eran todas iguales.

—La nueva clase alta nigeriana son todos una panda de ignorantes que no leen nunca, que comen cosas que no les gustan en restaurantes libaneses carísimos y que sólo tienen un tema de conversación: «¿Qué tal va el coche nuevo?».

En una ocasión, se rió. En una ocasión, le cogió la mano. Pero no le pidió que entraran en la suite, y Richard se preguntó si había decidido dejar pasar un tiempo o si tal vez se había dado cuenta de que, después de todo, aquél no era el tipo de relación que deseaba mantener con él.

Richard no se sentía con el valor suficiente para tomar las riendas. Pasaron varios días antes de que finalmente Kainene le preguntara si le apetecía entrar, y él se sintió como un actor suplente que esperaba que no se presentara el protagonista y que, cuando llegaba el momento, se descubría superado por el miedo escénico, torpemente

inseguro de su aptitud ante los focos. Ella lo condujo dentro. Cuando empezó a subirse el vestido y sus muslos quedaron al descubierto, Kainene apartó a Richard con delicadeza, consciente de que el frenesí de él no era más que una coraza contra su miedo. Colocó el vestido en la silla. Richard temía tanto volver a fallarle que al ver su propia erección se alegró con locura, hasta tal punto que en cuanto la penetró sintió aquel espasmo involuntario que no pudo interrumpir. Se quedaron así un rato, él tumbado sobre ella; luego, se dejó caer rodando. Quería explicarle que era la primera vez que le ocurría algo así. Su vida sexual con Susan era satisfactoria, aunque mecánica y sin auténtica pasión.

—Lo siento muchísimo —se disculpó.

Ella encendió un cigarrillo sin dejar de mirarlo.

—¿Te gustaría venir a cenar a mi casa esta noche? Mis padres han invitado a unas cuantas personas.

Por un momento, se quedó desconcertado. Luego dijo:

—Sí, me encantaría.

Tenía la esperanza de que la invitación significara algo más, un cambio en su percepción de la relación. Sin embargo, cuando llegaron a casa de los padres de Kainene, en Ikoyi, ella lo presentó diciendo:

—Éste es Richard Churchill.

E hizo una pausa que a él le pareció deliberada, como si desafiara a sus padres y el resto de los invitados a pensar lo que quisieran. El padre de la joven lo miró de arriba abajo y le preguntó a qué se dedicaba.

—Soy escritor —dijo Richard.

—¿Escritor? Claro, claro —respondió el jefe Ozobia.

Richard se arrepintió de haber dicho que era escritor, así que para intentar arreglarlo un poco añadió:

—Me fascinan los descubrimientos de Igbo-Ukwu, las piezas de bronce.

—Humm... —murmuró el jefe Ozobia—. ¿Tienes algún familiar con negocios en Nigeria?

—No, me temo que no.

El jefe Ozobia sonrió y apartó la mirada. No le dijo gran cosa más en toda la velada. Tampoco la señora Ozobia, que seguía a su marido con porte majestuoso, con una belleza que intimidaba aún más cuanto más de cerca se la observaba. Olanna era distinta. Sonrió de forma comedida cuando Kainene los presentó, pero a medida que transcurría la conversación se mostraba más cálida. Richard se preguntó si el destello de sus ojos indicaba compasión, si se daba cuenta de lo mucho que se esforzaba por decir lo adecuado sin saber muy bien en qué consistía. Su calidez lo halagaba.

Por eso, cuando ella se sentó lejos de él en la mesa, sintió una extraña sensación de abandono. Acababan de servir la ensalada cuando ella empezó a conversar de política con otro invitado. Richard sabía que hablaban sobre la necesidad de que Nigeria se constituyera en república y dejara de reconocer a la reina Isabel como jefe

de Estado, pero no prestó mayor atención hasta que la joven se giró y le preguntó:

—¿Estás de acuerdo, Richard?

Como si su opinión importara.

Él carraspeó.

—Completamente —dijo, aunque no tenía claro con qué aseguraba estar de acuerdo.

Se sentía agradecido de que lo hubiera implicado en la conversación, y estaba fascinado por aquella cualidad que la hacía parecer a la vez sofisticada e ingenua, un idealismo que se negaba a ser asfixiado por la cruda realidad. Su piel resplandecía. Sus pómulos se elevaban ligeramente al sonreír. Pero carecía del misticismo melancólico de Kainene que tanto le estimulaba y desconcertaba. Kainene se sentó a su lado y no habló mucho durante la cena, una vez para dirigirse con aspereza a un camarero y pedirle que le cambiara el vaso un poco empañado, otra para inclinarse y decirle que la salsa le parecía nauseabunda. Resultaba sobre todo inescrutable, mientras observaba a su alrededor, bebía y fumaba. Se moría de ganas por saber qué pensaba. Experimentaba un dolor físico similar cuando la deseaba, anhelaba introducirse en ella y abrirse paso hasta lo más profundo de su ser para intentar descubrir aquello que sabía que nunca llegaría a conocer. Era como beber un vaso tras otro de agua y aun así continuar sediento, con el inquietante temor de que nada lograría saciar nunca aquella sed.

Richard estaba preocupado por Susan. La miraba, observaba su mentón firme y sus ojos verdes, y se decía que no tenía derecho a engañarla, a confinarse en el estudio hasta que se quedaba dormida, a hacerle creer que pasaba horas en la biblioteca o en el museo o en el club de polo. Ella se merecía más. Pero permanecer junto a Susan le daba una estabilidad tranquilizadora, encontraba cierta seguridad en sus susurros y en aquel estudio decorado con bosquejos a lápiz de retratos de Shakespeare. Kainene era diferente. Cuando se despedía de ella, sentía por igual una felicidad atolondrada y una inseguridad vertiginosa. Quería preguntarle qué pensaba de las cosas de las que nunca hablaban —su relación, su futuro, Susan—, pero las dudas se lo impedían; temía las respuestas.

Aplazó tomar cualquier decisión hasta la mañana en que se despertó y se acordó de aquel día en Wentnor. Él estaba jugando fuera y oyó que Molly lo llamaba: «¡Richard! ¡A cenar!». En lugar de responder «¡Ya voy!» e ir corriendo, se escondió debajo de un seto, haciéndose rasguños en las rodillas. «¡Richard! ¡Richard!», insistió Molly, desesperada, pero él permaneció agazapado en silencio. «¡Richard! ¿Dónde estás, Dicky?» Un conejo se detuvo y se le quedó mirando; él le guiñó un ojo y, durante unos instantes, sólo el animal y él mismo sabían de su paradero. Luego, el conejo salió brincando, Molly echó un vistazo y lo descubrió debajo del seto. Le cayó una buena reprimenda y no pudo salir de su cuarto durante el resto del día. Molly le dijo que estaba muy enfadada y que se lo contaría al señor y a la señora Churchill.



Pero aquellos instantes habían merecido la pena; unos momentos de puro y completo abandono en los que había sentido que él, y sólo él, controlaba su mundo infantil. Al recordarlos, decidió dejar a Susan. Tal vez la relación con Kainene no fuera duradera, pero los momentos que estuviera junto a ella, sin la presión de las mentiras y el fingimiento, harían que la brevedad mereciera la pena.

Tomar aquella decisión le dio fuerzas. Aun así, esperó una semana más a decírselo a Susan, hasta la noche en que regresaron de una fiesta en la que ella había bebido más vino de la cuenta.

—¿Quieres tomar algo antes de acostarte, cariño? —le preguntó.

—Susan, me importas mucho —dijo Richard de repente—. Pero creo que las cosas no van del todo bien... me refiero a nosotros.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó, aunque su tono bajo y su rostro demudado denotaban que lo entendía perfectamente.

Él se atusó el pelo.

—¿Quién es?

—No se trata de otra mujer. Tan sólo creo que nuestras necesidades son distintas.

Richard confiaba en no parecer insincero, pero aquello era cierto; siempre habían querido cosas diferentes, siempre habían valorado las cosas de forma distinta. No tendría que haberse ido a vivir con ella.

—No será Clovis Bancroft, ¿verdad?

Tenía las orejas enrojecidas. Siempre que bebía le ocurría lo mismo, pero era ahora cuando Richard se percataba del extraño contraste del rojo airado de sus orejas sobre el rostro tan pálido.

—No, claro que no.

Susan se sirvió una copa y se sentó en el brazo del sofá. Permanecieron un rato en silencio.

—Me gustaste desde el instante en que te vi, aunque no acababa de creérmelo, de verdad. Pensé que eras muy guapo y muy dulce, y supongo que en aquel mismo momento decidí no dejarte escapar nunca.

Susan se rió calladamente, y Richard se percató de las finas líneas de expresión alrededor de sus ojos.

—Susan... —empezó, pero se interrumpió porque no había nada más que decir.

No sabía que tuviera aquella opinión de él. De repente se dio cuenta de lo poco que habían hablado, de que su relación había seguido un curso mecánico, con muy poca entrega por parte de ambos, o al menos por parte de él. La relación era simplemente algo que le había ocurrido.

—Todo ha ido demasiado deprisa para ti, ¿verdad? —dijo Susan. Se acercó y se quedó de pie junto a él. Había recobrado la compostura; ya no le temblaba la barbilla—. No has tenido oportunidad de explorar, de ver más cosas del país tal como querías. Te viniste a vivir aquí y yo te he hecho ir a esas horrendas fiestas con gente a la que no le interesa gran cosa la literatura ni el arte africano ni nada parecido. Debe

de haber sido espantoso para ti. Lo siento mucho, Richard, y lo comprendo. Por supuesto que tienes que ver más cosas del país. ¿Puedo ayudarte? Tengo amigos en Enugu y en Kaduna.

Richard le cogió el vaso y lo dejó sobre la mesa. Luego la estrechó entre sus brazos. Sintió una vaga nostalgia al percibir el familiar aroma a manzana de su champú.

—No, estaré bien.

Ella no acababa de creerse que todo hubiera terminado, era evidente; pensaba que Richard volvería, y él no hizo nada por desmentirlo. Cuando el mayordomo de delantal blanco le abrió la puerta principal para dejarle salir, Richard se sintió aliviado.

—Adiós, *sah* —dijo el mayordomo.

—Adiós, Okon.

Richard se preguntaba si el inescrutable Okon habría pegado alguna vez la oreja a la puerta cuando Susan y él sostenían aquellas riñas que acababan con vasos rotos. Una vez le pidió al criado que le enseñara algunas sencillas frases en efik, pero Susan puso fin a aquello cuando los encontró en el estudio, Okon moviéndose inquieto mientras Richard pronunciaba las palabras. El criado había mirado a Susan con gratitud, como si acabara de salvarlo de un blanco chiflado, y luego el tono de ella fue suave cuando le dijo que comprendía que no supiera aún cómo funcionaban las cosas. Uno no podía sobrepasar ciertos límites. Era un tono que le recordaba al de tía Elizabeth, al comportamiento dictado por el decoro inglés, tan autocomplaciente y poco dado a disculpas. Tal vez si le hubiera hablado de Kainene, Susan habría utilizado aquel mismo tono para decirle que entendía su necesidad de experimentar con una mujer negra.

Al alejarse, Richard vio que Okon le decía adiós con la mano. Sentía una necesidad imperiosa de cantar, y lo habría hecho de no haber sido porque no era un hombre que cantara. Todas las casas de la calle Glovereran eran como la de Susan, amplias y rodeadas de palmeras y extensiones de lánguida hierba.

A la tarde siguiente, Richard se sentó en la cama desnudo, mirando a Kainene. Le había vuelto a fallar.

—Lo siento. Creo que estaba demasiado excitado —se disculpó.

—¿Me das un cigarrillo? —le preguntó la chica. La sábana sedosa resaltaba la delgadez angulosa de su cuerpo desnudo.

Richard se lo encendió. Kainene apartó la sábana y se sentó en la cama, los pezones oscuros erectos por el fresco aire acondicionado, y desvió la mirada al expulsar el humo.

—Démonos tiempo —dijo—. También hay otras formas.

Richard sintió una repentina oleada de irritación, hacia sí mismo por su flácida inutilidad, hacia la chica por la sonrisita burlona y por haber dicho que había otras

formas, como si lo creyera de por vida incapaz de hacer las cosas por el método tradicional. Él sabía que podía. Estaba convencido de poder satisfacerla. Sólo era cuestión de tiempo. No obstante, había empezado a pensar en tomar algunas hierbas, hierbas medicinales para la potencia viril, sobre las que recordaba haber leído en alguna parte que tomaban los hombres africanos.

—Nsukka no es más que una mota de polvo en medio del arbusto, el lugar donde fue más barato construir la universidad —dijo Kainene. Era asombroso con qué facilidad cambiaba de tema e iniciaba una conversación mundana—. Pero para escribir te irá genial, ¿no crees?

—Sí —respondió Richard.

—A lo mejor te gusta y luego quieres quedarte.

—Puede ser. —Richard se deslizó entre las sábanas—. Pero estoy muy contento de que tú te traslades a Port Harcourt, así no tendré que venir hasta Lagos para verte.

Kainene no dijo nada, seguía dando profundas caladas a su cigarrillo y por un momento él se preguntó aterrado si iba a decirle que todo habría terminado cuando ambos se marcharan de Lagos y que en Port Harcourt se procuraría un hombre capaz de cumplir.

—Mi casa nos irá muy bien para los fines de semana —dijo al cabo—. Es enorme. Mi padre me la regaló el año pasado como una especie de dote, creo que como un señuelo para que algún hombre decente se decida a casarse con su hija fea. Si lo piensas, es algo terriblemente europeo, ya que aquí no existen las dotes, aquí la novia tiene un precio. —Dejó el cigarrillo sin terminar—. Olanna dijo que no quería ninguna casa. No la necesita. Guárdate las casas para la hija fea.

—No digas eso, Kainene.

—No digas eso, Kainene —lo imitó la joven.

Luego se levantó, y él quiso tirar de ella para hacerla volver a la cama, pero no se atrevió. No podía confiar en su cuerpo y no habría soportado decepcionarla de nuevo. A veces tenía la sensación de no saber nada de Kainene, pensaba que no conseguiría llegar hasta ella jamás. Otras, sin embargo, acostado a su lado, se sentía pleno, con la certeza de no necesitar nunca nada más.

—Por cierto, le he pedido a Olanna que te presente al profesor revolucionario amante suyo —dijo Kainene. Se quitó la peluca y, con el pelo corto y trenzado, su rostro se veía más joven, más menudo—. Antes salía con un príncipe hausa, un tipo muy agradable, pero que no compartía ninguna de las delirantes creencias de mi hermana. El tal Odenigbo se cree el gran luchador por la libertad. Es matemático, pero se pasa la vida escribiendo artículos sobre su propia y confusa mezcla de socialismo africano. A Olanna le encanta eso. No parecen darse cuenta del gran fiasco que en realidad representa el socialismo.

Volvió a colocarse la peluca y empezó a cepillarla; el pelo ondulado con la raya en medio le llegaba a la barbilla. A Richard le gustaban las líneas bien definidas de su delgado cuerpo, la elegancia de su brazo alzado.

—El socialismo podría funcionar en Nigeria si se aplicara bien, creo —dijo Richard—. Se basa en la justicia económica, ¿no?

Kainene dio un resoplido.

—El socialismo nunca funcionará con los igbos. —Kainene sostenía el cepillo inmóvil en el aire—. Ogbenyealu es un nombre de chica muy común, ¿y sabes lo que significa? «No te casarás con un pobre». Condicionar así a una criatura desde su nacimiento es capitalismo en estado puro.

Richard se echó a reír, y el comentario le pareció aún más gracioso porque la chica se mantuvo seria; se limitó a seguir cepillándose el pelo. Pensó en la siguiente vez que ella lo haría reír, y en la siguiente. Se sorprendía a menudo pensando en el futuro, aun antes de que el presente llegara a su fin.

Se levantó y se sintió tímido al ver cómo ella contemplaba su cuerpo desnudo. Tal vez se mantuviera inexpresiva sólo para ocultar su desagrado. Se apresuró a ponerse los calzoncillos y abrochase la camisa.

—He dejado a Susan —soltó—. Ahora me alojo en la pensión Princewill de Ikeja. Recogeré las cosas que he dejado en su casa antes de marcharme a Nsukka.

Kainene se lo quedó mirando, y él descubrió sorpresa en el semblante de la chica, y a continuación una expresión que no sabía bien cómo definir. ¿Sería desconcierto?

—La nuestra nunca ha sido una relación propiamente dicha —añadió.

No quería que Kainene pensara que lo había hecho por ella no quería que empezara a formular preguntas acerca de su relación. Aún no.

—Te hará falta un criado —dijo ella.

—¿Qué?

—Un criado, en Nsukka. Necesitarás que alguien te lave la ropa y haga la limpieza.

Por un momento, el comentario inconexo lo desconcertó.

—¿Un criado? Ya me las apañaré, he vivido solo mucho tiempo.

—Le pediré a Olanna que busque a alguien —resolvió Kainene.

Cogió un cigarrillo de la cajetilla, pero no lo encendió. Lo dejó en la mesilla, se acercó a Richard y lo abrazó, estrechándolo con brazos temblorosos. El chico se sorprendió tanto que no le correspondió; sólo lo abrazaba así cuando se encontraban en la cama. Kainene tampoco sabía muy bien cómo terminar aquello, porque se apartó de prisa y encendió el cigarrillo. Richard pensó en aquel abrazo muchas veces y cada vez que lo hacía le venía a la mente la imagen de un muro que se derrumbaba.

Richard partió hacia Nsukka al cabo de una semana. Condujo a velocidad moderada, estacionando de vez en cuando en la cuneta para consultar el mapa que Kainene había dibujado. Cuando hubo atravesado el río Níger, decidió hacer una parada en Igbo-Ukwu. Por fin se encontraba en territorio igbo y ansiaba ver la tierra de la vasija con cuerdas ornamentales más que ninguna otra cosa. En el pueblo había unas cuantas casas de cemento que malograban la calidad pictórica de las cabañas de barro

apiñadas a ambos lados de los caminos sin asfaltar, tan estrechos que decidió aparcar el coche a una distancia considerable y seguir a un hombre vestido con pantalones cortos de color caqui que parecía habituado a guiar a los turistas. Se llamaba Emeka Anozie. Era uno de los obreros que habían trabajado en las excavaciones. Le mostró a Richard las amplias zanjas rectangulares, así como las palas y los utensilios que habían utilizado para extraer la tierra de las piezas de bronce.

—¿Quieres hablar con nuestro gran padre? Te haré de intérprete —se ofreció Emeka.

—Gracias.

A Richard le abrumó un poco el caluroso recibimiento y la acogida de los vecinos que lo seguían y lo saludaban «Buenas tardes, *nno*, bienvenido», como si no les cupiera en la cabeza que hubiera ido hasta allí sin haber sido invitado.

Pa Anozie iba vestido con una prenda muy sucia que le envolvía el cuerpo y se anudaba en la nuca. Lo condujo a la penumbra de su *obi*, que olía a hongos. Aunque Richard ya había leído sobre cómo fueron encontradas las piezas de bronce, se lo preguntó igualmente. Pa Anozie aspiró una pizca de rapé por la nariz antes de empezar a contarle la historia. Unos veinte años atrás, su hermano estaba cavando un pozo cuando topó con algo metálico, que resultó ser una vasija en forma de calabaza. Pronto encontró más piezas, las desenterró, las lavó y avisó a los vecinos. Parecían muy elaboradas y vagamente familiares, pero ninguno de ellos conocía a nadie que se dedicara a hacer algo así. La noticia pronto llegó hasta el comisario del distrito de Enugu, que envió a un responsable para que trasladara las piezas al departamento de antigüedades de Lagos. Después de aquello pasó un tiempo sin que nadie volviera a interesarse por los bronce, su hermano siguió cavando su pozo y la vida transcurrió con normalidad. Unos años después, el hombre blanco de Ibadan volvió para excavar. Antes de que se pusieran manos a la obra, tuvieron lugar largas conversaciones a causa de una cabreriza y un muro comunitario que debían ser derribados, pero el trabajo finalmente siguió. Era la estación del harmatán y, como temían las tormentas, cubrieron las zanjas con lona alquitranada extendida sobre cañas de bambú. Encontraron objetos preciosos: calabazas, conchas, diversos ornamentos de mujer, imágenes de serpientes y vasijas.

—También encontraron una cripta, ¿verdad? —preguntó Richard.

—Sí.

—¿Cree que estaba destinada al rey?

Pa Anozie dirigió a Richard una mirada afligida y masculló algo ininteligible, con expresión apenada. Emeka se echó a reír antes de traducir sus palabras.

—Papa dice que creía que era usted uno de esos blancos que saben algo más de nuestra cultura. Dice que los igbos no sabemos lo que es un rey. Nosotros tenemos sacerdotes y ancianos. La cripta podría ser de un sacerdote. Pero los sacerdotes no hacen sufrir a la gente como los reyes. Fue el hombre blanco quien nos trajo a sus oficiales y por eso hoy día más de un loco se llama a sí mismo rey.

Richard se disculpó. Sabía que durante miles de años el pueblo igbo había constituido una tribu republicana, pero uno de los artículos sobre los hallazgos de Igbo-Ukwu apuntaba la posibilidad de que un día hubieran tenido reyes pero que posteriormente fueron derrocados. Los igbos eran, después de todo, un pueblo que deponía a sus dioses cuando dejaban de resultarle útiles. Richard permaneció un rato allí sentado mientras se imaginaba la vida de aquellas gentes que en tiempos de Alfredo el Grande habían sido capaces de elaborar cosas tan bellas, tan complejas. Quería escribir sobre aquello, crear algo con ello, pero no sabía muy bien qué. Podría tratarse de una novela cuyo personaje principal fuera un arqueólogo que al excavar en busca de bronce se viera transportado a un pasado idílico.

Le dio las gracias a Pa Anozie y se levantó para marcharse... Pa Anozie dijo algo y Emeka se lo tradujo:

—Papa le pregunta si no va a hacerle una foto. Todos los blancos hacen fotos.

Richard negó con la cabeza.

—No, lo siento. No he traído cámara.

Emeka se echó a reír.

—Papa pregunta que qué clase de hombre blanco es usted. ¿Para qué ha venido, qué está haciendo?

Mientras conducía hacia Nsukka, también Richard se preguntaba qué había ido a hacer allí y, lo más preocupante, qué iba a escribir.

La residencia universitaria de la calle Imoke estaba reservada a investigadores y artistas visitantes. La decoración era muy austera, casi ascética. Richard examinó los dos sillones de la sala de estar, la cama individual, los armarios de la cocina vacíos, y se sintió como en casa. Un silencio agradable reinaba en la casa. Cuando visitó a Olanna y Odenigbo, la joven le dijo que suponía que querría transformar el espacio para hacerlo un poco más habitable, a lo cual Richard respondió que sí, a pesar de gustarle la escasez de mobiliario. Aceptó sólo para que Olanna lo premiara con su sonrisa, porque su atención lo halagaba. Ella insistió en que contratara a su jardinero, Jomo, para que acudiera un par de veces por semana y plantara flores en el patio. Olanna le presentó a sus amigos; le enseñó el mercado; le dijo que había encontrado para él a un criado perfecto.

Richard esperaba que se tratara de un joven espabilado, como Ugwu, pero Harrison resultó ser un hombre de mediana edad, bajito, enclenque y encorvado, que llevaba una camisa blanca tan grande que le llegaba por debajo de las rodillas. Le hacía una extravagante reverencia cada vez que iniciaban una conversación. Le explicó a Richard con manifiesto orgullo que antes había trabajado para el padre Bernard, un sacerdote irlandés, y también para el señor Land, un profesor universitario estadounidense. «Hago una ensalada de remolacha muy rica», le dijo el primer día, y más tarde Richard se dio cuenta de que estaba orgulloso no sólo de la ensalada, sino también de cocinar con remolacha, que compraba en el puesto de

«verduras especiales», ya que la mayoría de los nigerianos no la comían. La primera cena que preparó Harrison consistió en un plato a base de pescado muy sabroso, con una ensalada de remolacha como entrante. A la noche siguiente, el plato de arroz traía como acompañamiento remolacha guisada de color rojizo. «Lo he hecho a partir de una receta americana de estofado de patatas», le dijo Harrison mientras observaba cómo se lo comía. Al día siguiente tocó ensalada de remolacha y al otro, de nuevo remolacha guisada, de un rojo que asustaba, junto al pollo.

—Ya no más, por favor, Harrison —dijo Richard alzando la mano—. No más remolacha.

Harrison pareció frustrado, pero enseguida se le iluminó el rostro.

—Pero, *sah*, son platos de su país; todo lo que come de pequeño, yo cocino. De hecho, no preparo platos nigerianos, sólo receta extranjera.

—La comida nigeriana está muy bien, Harrison —dijo Richard.

Si Harrison supiera lo que le disgustaba la comida de su infancia... los arenques ahumados de sabor agrio llenos de espinas, las gachas de avena con aquella espantosa y gruesa capa en la superficie como una tela impermeable, el rosbif chamuscado con grasa en los bordes y empapado en salsa.

—De acuerdo, *sah*. —Harrison parecía apesadumbrado.

—Por cierto, Harrison, ¿sabes de algunas hierbas para hombres? —le preguntó Richard, esperando haber sonado despreocupado.

—¿Qué, *sah*?

—Hierbas. —Richard gesticuló levemente.

—¿Verdura, *sah*? Ah, preparo platos de su país muy ricos, *sah*. Al profesor Land, preparo muchos muchos ensaladas diferentes.

—Sí, pero yo me refiero a hierbas que curan.

—¿Qué curan? Va al doctor del centro médico.

—Me interesan las hierbas africanas, Harrison.

—Pero, *sah*, son malas, del hechicero. Son diabólicas.

—Claro.

Richard desistió. Tendría que haber imaginado que Harrison, con su afición por todo lo que no fuera nigeriano, no era la persona apropiada. Le preguntaría a Jomo.

Richard esperó a que llegara y lo observó por la ventana mientras regaba las azucenas recién plantadas. Jomo dejó la regadera a un lado y empezó a recoger los frutos de forma oval y color amarillo pálido de la aralia; se habían caído durante la noche y se encontraban esparcidos por el césped. Richard notaba con frecuencia el olor dulzarrón que despedían al pudrirse, y sabía que por siempre lo asociaría a aquel período de su vida en Nsukka. Jomo sostenía una bolsa de rafia llena de fruta cuando Richard se le acercó.

—Ah, buenos días, señor Richard, *sah* —dijo con aquel tono suyo tan ceremonioso—. Quiero llevar la fruta a Harrison si le parece bien, *sah*. Yo no cojo para mí.

Jomo dejó la bolsa y recogió la regadera.

—No te preocupes, Jomo, no quiero fruta —dijo Richard— por cierto, ¿sabes de alguna hierba para hombres? Para hombres que tienen problemas para... estar con una mujer.

—Sí, *sah*.

Jomo siguió regando como si le hicieran aquella pregunta todos los días.

—¿Conoces una hierba para hombres?

—Sí, *sah*.

Richard sintió una punzada de triunfo en el estómago.

—Me gustaría verla, Jomo.

—Mi hermano tiene problema porque su primera esposa no embarazada y la segunda no embarazada. El *dibia* le da una hoja y empieza a masticar. Ahora tiene las esposas embarazadas.

—Ah, muy bien. ¿Podrías conseguirme hojas de éstas, Jomo?

Jomo hizo una pausa y se lo quedó mirando, su rostro arrugado de expresión sabia lleno de afectuosa compasión.

—Para blancos no va bien, *sah*.

—Es para mi trabajo. Quiero escribir sobre ello.

Jomo negó con la cabeza.

—Va al *dibia* y mastica delante de él. No para escribir, *sah*.

Dicho esto, Jomo siguió regando y empezó a tararear de forma poco melódica.

—Comprendo —dijo Richard, y se dio la vuelta para regresar a casa, esforzándose por no demostrar su abatimiento; caminaba erguido y se repetía que, después de todo, él era el señor.

Harrison se encontraba fuera, junto a la puerta principal, simulando abrillantar el cristal.

—¿Hay algo que Jomo no hace bien, *sah*? —le preguntó esperanzado.

—Sólo le estaba haciendo unas preguntas.

Harrison pareció decepcionado. Desde el principio, era evidente que Jomo y él no se llevaban bien; el cocinero y el jardinero, que se creían mejor que el otro. Una vez, Richard oyó que Harrison le ordenaba a Jomo que no regara las plantas que había cerca del estudio, porque «el *sah* escribe y el ruido del agua lo distrae». Estaba junto a la ventana del estudio y lo dijo en voz alta, para que Richard lo oyera. El servilismo de Harrison le resultaba gracioso, así como la veneración que demostraba por su actividad de escritor. Le quitaba el polvo a diario a la máquina de escribir, aunque no tuviera ni una mota, y se resistía a deshacerse de las páginas manuscritas que había en la papelera.

—¿No las utilizará otra vez, *sah*? ¿Está seguro? —le preguntaba mientras sostenía las hojas arrugadas.

Richard le respondía que estaba segurísimo. A veces se preguntaba qué diría Harrison si le confesara que ni siquiera estaba seguro del tema de su obra, que había



escrito un borrador sobre un arqueólogo y lo había desechado, luego una historia de amor entre un inglés y una africana que también había desechado, y ahora había empezado a escribir sobre la vida en un pequeño poblado de Nigeria. La mayor parte del material para su último intento procedía de las veladas que pasaba junto a Odenigbo, Olanna y sus amigos. Lo habían aceptado con naturalidad, sin prestarle especial atención, y tal vez por eso se sentía a gusto, sentado en el sofá del salón y escuchando.

Cuando Olanna lo presentó a Odenigbo diciéndole: «Éste es el amigo de Kainene del que te hablé, Richard Churchill», el hombre le estrechó la mano calurosamente y le dijo: «No me he convertido en el primer ministro del rey para ser responsable de la disolución del Imperio británico».

A Richard le llevó un momento entenderlo antes de echarse a reír ante aquella mala imitación de sir Winston Churchill. Más tarde, observó cómo Odenigbo agitaba en el aire un ejemplar del *Daily Times* mientras gritaba: «Éste es el momento de empezar a descolonizar la educación! No mañana. ¡Ahora! ¡Vamos a enseñarles nuestra historia!», y Richard pensó que aquél era un hombre muy seguro de su excéntrica personalidad y que, a pesar de no ser especialmente atractivo, acaparaba la atención de toda aquella sala llena de hombres más atractivos que él. Richard también observó a Olanna, y cada vez que la miraba se sentía renovado, como si la belleza de la joven hubiera aumentado durante los minutos precedentes. Sin embargo, experimentó una desagradable emoción al ver a Odenigbo posar la mano en su hombro y, más tarde, al imaginárselos juntos en la cama. Richard y Olanna apenas se hablaban entre sí, al margen de la conversación general; sin embargo, un día antes de que se marchara a Port Harcourt para visitar a Kainene, ella le dijo:

—Por favor, Richard, dale recuerdos a Kainene.

—Claro —contestó él.

Era la primera vez que mencionaba a su hermana.

Kainene fue a buscarlo a la estación de tren con su Peugeot 404, y dejaron atrás el centro de Port Harcourt en dirección a la costa, a una casa de tres plantas de balcones engalanados con buganvillas trepadoras de un violeta palidísimo. Richard percibía el aroma a salitre que impregnaba el aire mientras Kainene lo guiaba a través de las amplias estancias cuya decoración de muebles desparejos, tallas de madera, cuadros de paisajes de tonos suaves y esculturas de formas redondeadas denotaba muy buen gusto. Los suelos pulidos desprendían olor a madera.

—Me gustaría que estuviera más cerca del mar, para que tuviéramos mejores vistas. Al menos he cambiado la decoración de papá y ya no parece tan de *nouveau viche*. Por favor, dime que es así —le rogó Kainene.

Richard se echó a reír, no sólo porque la joven se mofara de Susan —le había contado lo que ésta opinaba del jefe Ozobia— sino porque había dicho «tuviéramos» y ese plural lo incluía también a él. Cuando Kainene lo presentó a los criados, tres

hombres a los que el uniforme caqui sentaba mal, les dijo con aquella irónica sonrisa suya:

—Veréis al señor Richard por aquí a menudo.

—Bienvenido, *sah* —lo saludaron al unísono, y casi se cuadraron cuando Kainene los señaló uno a uno y pronunció sus nombres: Ikejide, Nnanna y Sebastian.

—Ikejide es el único con algo de cerebro —dijo Kainene.

Los tres hombres sonrieron, como si cada uno pensara otra cosa distinta, pero obviamente no rechistaron.

—Ahora, Richard, te llevaré a dar una vuelta por la finca.

Kainene le hizo una reverencia socarrona y lo condujo a través de la puerta trasera hasta la huerta de naranjos.

—Olanna me pidió que te saludara de su parte —le dijo Richard mientras la tomaba de la mano.

—Así que su amante revolucionario te ha aceptado en su redil. Habrá que estarle agradecido: antes sólo admitía a profesores negros en su círculo.

—Sí, me lo explicó. Dijo que Nsukka estaba lleno de miembros de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, del Cuerpo de Paz y de la Universidad Estatal de Michigan, así que quería promocionar un foro para los pocos profesores nigerianos.

—Y su vena nacionalista.

—Supongo. Da gusto que Odenigbo sea distinto.

—Da gusto —repitió Kainene. Se detuvo para allanar algo del terreno con la suela de la sandalia—. Te caen bien, ¿verdad? Tanto Olanna como Odenigbo.

A Richard le habría gustado escrutar su mirada para intentar averiguar qué esperaba que respondiera. Quería decirle aquello que deseaba oír.

—Sí, me caen bien —dijo al fin. La mano de Kainene reposaba laxa en la suya y temió que la chica la retirara—. Me han facilitado mucho la adaptación a Nsukka —añadió, como si tratara de justificarse—. Me he sentido cómodo enseguida. Además, tengo a Harrison.

—Claro, Harrison. ¿Qué tal está el Remolacho?

Richard la atrajo hacia sí, aliviado de que no estuviera enojada.

—Está bien. Es un buen hombre, y muy gracioso.

Se encontraban en el huerto de frutales, bajo el espeso e intrincado ramaje de los naranjos, y Richard notó que lo invadía una extraña sensación. Kainene le estaba hablando, algo acerca de uno de sus empleados, pero su mente se alejaba de la conversación, se desplegaba y retrocedía en el tiempo. La presencia de los naranjos, de tantos árboles a su alrededor, el zumbido de las moscas y el verdor abundante le traían recuerdos de la casa de sus padres en Wentnor. Era del todo incongruente que en la humedad del clima tropical, con la piel de los brazos moderadamente enrojecida por aquel sol que disfrutaban hasta las abejas, se acordara de la desvencijada casa de Inglaterra, que incluso en pleno verano era una pura corriente de aire. Visualizó los

altos chopos y sauces que se alzaban por detrás de la casa, en los prados donde perseguía a los tejones, vio las erizadas colinas cubiertas de brezos y helechos con pastos que, salpicados de ovejas paciando, se extendían kilómetros y kilómetros. «Recuerdo de azules colinas». Vio a su padre y a su madre sentados a su lado en el dormitorio que olía a humedad, mientras su padre recitaba poemas:

Llega a mi alma una brisa,  
lejana, que atenaza:  
¿qué es aquel recuerdo de azules colinas,  
de agujas de iglesia y de granjas?

Es la tierra de la dicha perdida  
que clara resplandece;  
pastos prados felices por donde yo corría  
que regresar no pueden.

La voz de su padre siempre se volvía más grave al pronunciar «recuerdo de azules colinas», y cuando salían de la habitación, y también durante las semanas en las que se ausentaban, miraba por la ventana y contemplaba las lejanas colinas que adquirían una tonalidad azulada.

Richard se sintió abrumado por la ajetreada vida de Kainene. Cuando la veía en Lagos, durante sus breves encuentros en el hotel, no se había percatado de que ella llevaba una vida plena, y que seguía siendo así aun cuando él no estuviera en ella. Resultaba extraño pensar que no era el único ocupante de su mundo, pero aún lo era más que la chica se hubiera adaptado tan pronto a su nueva rutina vital después de tan sólo unas semanas en Port Harcourt. Lo primero era el trabajo; estaba decidida a conseguir que las fábricas de su padre crecieran, a hacerlo mejor de lo que él lo había hecho. Al atardecer llegaban las visitas —empresarios que negociaban tratos, políticos que negociaban sobornos, fabricantes que negociaban cargos laborales—, que aparcaban cerca de la entrada del huerto. Kainene siempre se los quitaba de encima con rapidez, y no le pedía que se uniera a ellos porque decía que se aburriría, así que Richard se quedaba arriba leyendo o emborronando páginas hasta que se marchaban. Con frecuencia intentaba alejar de su mente la preocupación de que por la noche le fallaría a Kainene; seguía confiando muy poco en el comportamiento de su cuerpo, y había descubierto que cuanto más pensaba en el fracaso más probabilidades tenía de que volviera a ocurrirle.

Durante su tercera visita a Port Harcourt, el mayordomo llamó a la puerta del dormitorio y anunció:

—Ha llegado el comandante Madu, señora.  
Kainene le pidió a Richard que bajara con ella.

—Madu es un viejo amigo y me gustaría presentártelo. Acaba de regresar de un curso de formación militar en Paquistán —le explicó.

Richard olió desde el pasillo la colonia del invitado, una fragancia penetrante, empalagosa. El hombre que la utilizaba se movía de una forma que Richard enseguida catalogó de primitiva: un rostro de color caoba y facciones grandes, con labios carnosos y nariz ancha. Cuando se plantó ante él para estrecharle la mano, Richard estuvo a punto de retroceder. Era enorme. Richard estaba acostumbrado a ser el más alto, a que los demás levantaran la cabeza para mirarlo, pero ahora tenía enfrente a alguien que lo sobrepasaba como mínimo medio palmo y cuya anchura de hombros y corpulencia general aún lo hacían parecer más alto, un hombre imponente.

—Richard, éste es el comandante Madu Madu —lo presentó Kainene.

—Hola —dijo el comandante Madu—. Kainene me ha hablado de ti.

—Hola —dijo Richard.

Denotaba demasiada intimidad oír a aquel mamut de sonrisa algo condescendiente pronunciar el nombre de Kainene con tanta familiaridad, como si la conociera muy bien, como si supiera algo que él ignoraba, como si la chica le hubiera hablado de él susurrándole al oído entre las risitas tontas que nacen de las relaciones íntimas. Además, ¿qué clase de nombre era Madu Madu? Richard se sentó en un sofá y rechazó la bebida que le ofreció Kainene. Se notaba palidecer. Deseaba que Kainene hubiera dicho: «Éste es Richard, mi pareja».

—Así que Kainene y tú os conocisteis en Lagos —dijo el comandante Madu.

—Sí —respondió Richard.

—Me habló de ti por primera vez cuando la llamé desde Paquistán hará un mes.

A Richard no se le ocurría nada que decir. No sabía que Kainene hubiera hablado con él mientras estaba en Paquistán, ni siquiera recordaba que hubiera mencionado su amistad con un oficial del ejército cuyo nombre y apellido eran iguales.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis? —preguntó Richard, y enseguida temió parecer receloso.

—La finca de mi familia en Umannachi está junto a la de los Ozobia. —El comandante se volvió hacia Kainene—. ¿No dicen que nuestros antepasados estaban emparentados, y que los de tu familia les robaron tierras a los míos y acabaron expulsándolos?

—Fue tu gente la que nos robó la tierra —replicó Kainene, y se echó a reír.

A Richard le sorprendió oír el tono rugiente de su escandalosa risa. Y aún le sorprendió más la familiaridad con que se conducía el comandante Madu, su forma de arrellanarse en el sofá, de curiosear el disco que había en el estereo, de bromear con los criados mientras servían la cena. Richard se sintió marginado. Le habría gustado que Kainene le hubiera dicho que el invitado se quedaría a cenar; que ella tomara gin tonic como él en lugar de whisky con agua como el comandante; que el hombre dejara de hacerle preguntas para implicarlo en la conversación, como si Madu fuera el anfitrión y él el invitado. ¿Lo pasas bien en Nigeria? ¿A que el arroz

está delicioso? ¿Qué tal va el libro? ¿Te gusta Nsukka?

A Richard le molestaban tantas preguntas, y también sus exquisitas maneras a la mesa.

—Me formé en Sandhurst -explicó el comandante Madu. —Lo que más odiaba era el frío, sobre todo porque de buena mañana nos obligaban a salir a correr con una camisa muy fina y pantalones cortos.

—Entiendo que el clima te pareciera frío —dijo Richard.

—Oh, sí. A cada uno lo suyo. Estoy seguro de que pronto echarás de menos tu tierra.

—No lo creo —repuso Richard.

—Bueno, los británicos acaban de decidir que van a controlar la inmigración desde los países de la Commonwealth, ¿no? Quieren que cada uno se quede en su tierra. Lo irónico, claro está, es que los de la Commonwealth no podemos controlar que los británicos se instalen en nuestros países.

Masticaba el arroz despacio y durante un momento examinó la botella de agua, como si se tratara de vino y quisiera averiguar la añada.

—En cuanto volví de Inglaterra, entré a formar parte del Cuarto Batallón destinado al Congo, bajo el control de las Naciones Unidas. Nuestro batallón no estaba bien organizado, pero a pesar de todo preferí el Congo a la relativa seguridad de Inglaterra. Y todo por culpa del tiempo. —El comandante Madu hizo una pausa—. Estábamos bajo las órdenes de un coronel británico. —Miró a Richard y continuó masticando.

Richard estaba furioso; tenía los dedos agarrotados y temía que de un momento a otro el tenedor se le escapara de las manos y acabara haciéndole entender a aquel hombre insufrible cómo se sentía.

El timbre de la puerta sonó justo cuando habían acabado de cenar y se encontraban sentados en la terraza a la luz de la luna, bebiendo y escuchando música high life.

—Debe de ser Udodi, le dije que se reuniera conmigo aquí —dijo el comandante Madu.

Richard aplastó un irritante mosquito que tenía junto a la oreja. La casa de Kainene parecía haberse convertido en el lugar de reunión de aquel hombre y sus amigos.

Udodi era un hombre menudo de aspecto anodino sin atisbos de la astucia ni de la arrogancia sutil del comandante. Por la manera en que estrechó la mano de Richard, moviéndola de arriba abajo sin parar, parecía estar borracho, casi demente.

—¿Eres socio de Kainene? ¿Estás en el negocio del petróleo?

—No os he presentado, ¿verdad? —dijo Kainene—. Richard, el comandante Udodi Ekechi es amigo de Madu. Udodi, éste es Richard Churchill.

—Ah —exclamó el comandante Udodi entornando los ojos.

Se sirvió un poco de whisky, se lo tomó de golpe y dijo unas palabras en igbo a

las cuales Kainene respondió en inglés fríamente y de forma clara y contundente.

—Mi elección de compañero sentimental no es asunto tuyo, Udodi.

A Richard le habría gustado abrir la boca para con buenas palabras poner a aquel hombre en su sitio, pero no lo hizo. Se sentía irremediamente débil, una debilidad parecida a la que acompaña a la enfermedad o a la pena profunda. La música había dejado de sonar y a lo lejos podía oír el suave embate de las olas.

—¡Oh, perdón! No quería meterme donde no me llaman. —El comandante Udodi se rió y volvió a coger la botella de whisky.

—Tómalo con calma —le dijo el comandante Madu—. Parece que has empezado pronto a empinar el codo.

—¡La vida es corta, hermano! —respondió el comandante Udodi mientras se servía otro vaso. Se volvió hacia Kainene—. *I magonu*, ya sabes, lo que quiero decir es que nuestras mujeres que andan detrás de los blancos son de un tipo muy concreto, vienen de familia pobre y tienen la clase de cuerpo que a los blancos les gusta. —Hizo una pausa y continuó imitando burlescamente el acento inglés—: Grandes traseros de lo más apetecible. —Se echó a reír—. Los blancos se la clavarán en la oscuridad a nuestras mujeres, una, y otra, y otra vez, pero no se casarán con ellas. ¡Cómo iban a hacerlo! No las llevarán nunca a un buen lugar en público. Pero las mujeres seguirán deshonrándose y luchando por esos hombres para acabar recibiendo únicamente calderilla y un té absurdo en un bonito bote. Es una nueva forma de esclavitud, lo digo en serio, una nueva esclavitud. Pero tú eres la hija de un gran hombre. ¿Qué haces con alguien así?

El comandante Madu se levantó.

—Lo siento, Kainene. Está fuera de sí.

Hizo levantarse al comandante Udodi de su asiento y le espetó unas rápidas palabras en igbo. Udodi se rió otra vez.

—De acuerdo, de acuerdo, pero deja que me termine el whisky. La botella está casi vacía. Deja que me lo termine.

Kainene no dijo nada al ver que el comandante Udodi cogía la botella que estaba en la mesa. En cuanto se marcharon, Richard se sentó junto a la joven y le cogió la mano. Tenía la sensación de haberse tornado invisible, tenía que ser ése el motivo por el cual el comandante Madu no lo había incluido en la disculpa.

—Ha sido espantoso. Siento que te haya tratado así.

—Estaba muy borracho. Madu debe de sentirse fatal en estos momentos —dijo Kainene. Señaló la carpeta que había sobre la mesa y añadió—: Acabo de conseguir un contrato para suministrar botas militares al batallón de Kaduna.

—Eso es estupendo.

Richard se terminó la bebida que le quedaba en el vaso y observó a Kainene, que rebuscaba en la carpeta.

—El hombre que está al cargo es igbo, y Madu dice que enseguida se mostró interesado en firmar el contrato con otro igbo. Así que he tenido suerte. Además, sólo

pide un cinco por ciento del beneficio.

—¿Un soborno?

—Vamos, no seas ingenuo.

El tono burlón de la chica lo irritó, como lo había hecho la rápida absolución al comandante Madu de toda responsabilidad con respecto al grosero comportamiento de Udodi. Richard se levantó y empezó a caminar de un lado a otro de la terraza. Los insectos zumbaban alrededor de la luz fluorescente.

—Así que hace mucho tiempo que conoces a Madu —dijo al fin.

Odiaba tener que llamarlo por su nombre, implicaba una cordialidad que no sentía. Pero no tenía elección. Lo que no iba a hacer era llamarlo «comandante»; el título lo elevaba demasiado.

Kainene alzó la mirada.

—De toda la vida. Su familia y la mía están muy unidas. Me acuerdo de una vez, hace años, que fuimos a Umannachi a pasar la Navidad; me regaló una tortuga. Es el mejor y más extraño regalo que me han hecho nunca. Olanna pensaba que era una crueldad por parte de Madu sacar al pobre animal de su habitat y todas esas cosas. De todas formas, ellos nunca se han llevado bien. Bueno, puse la tortuga en un cuenco y, claro, al poco tiempo murió. —Kainene volvió a rebuscar en la carpeta.

—Está casado, ¿no?

—Sí. Adaobi está en Londres, sacándose la licenciatura.

—¿Y por eso os veis tan a menudo? —La pregunta brotó de sus labios casi como un graznido, como si necesitara aclararse la garganta.

Ella no respondió. Tal vez no lo hubiera oído. Estaba claro que tenía la mente ocupada en la carpeta, en el nuevo contrato. Se levantó.

—Deja que tome cuatro notas en el estudio y me reúno contigo.

Richard se preguntaba por qué no era capaz de preguntarle con naturalidad si encontraba a Madu atractivo y si había mantenido alguna relación amorosa con él o, peor aún, si todavía perduraba. Tenía miedo. Se acercó a ella, la rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza, deseando sentir el latido de su corazón. Era la primera vez en toda su vida que sentía que pertenecía a algún lugar.

## **1. El libro: *El mundo guardó silencio cuando morimos***

En el prólogo, él relata la historia de la mujer con la calabaza. Se encontraba sentada en el suelo del vagón de tren, apretujada entre la gente que lloraba, gente que gritaba, gente que rezaba. Permanecía en silencio mientras acariciaba con suavidad la calabaza que mantenía tapada sobre su regazo, hasta que cruzaron el Níger; entonces levantó la tapa y le pidió a Olanna y a los que estaban más cerca que echaran un vistazo dentro.

Olanna le cuenta la historia y él toma nota de los detalles. Le explica cómo el color de las manchas de sangre de la túnica de la mujer se mezclaba con el de la tela para adoptar un tono herrumbroso. La joven describe los diseños grabados en la

calabaza, las Kneas sesgadas que se entrecruzaban, y también describe la cabeza infantil que hay en su interior: las trenzas despeinadas que caían sobre el rostro de tez marrón oscuro, los ojos completamente en blanco pavorosamente abiertos, la boca como una minúscula O de sorpresa.

Después de escribir esto, él menciona a la mujer alemana que huyó de Hamburgo con los cuerpos carbonizados de sus hijos guardados en maletas, a la ruandesa que se embutió en los bolsillos pequeños fragmentos de los cuerpos de sus hijos asesinados. Pero tiene cuidado de no establecer paralelismos. En la cubierta, no obstante, dibuja un mapa de Nigeria y traza en él la Y: que forman los ríos Níger y Benue en color rojo intenso. Utiliza el mismo tono para señalar con un círculo los límites del territorio, al sudeste, que durante tres años constituyó Biafra.



Ugwu recogió la mesa con tranquilidad. Primero se llevó los vasos, luego los cuencos con restos de estofado y los cubiertos, y al final apiló los platos. Aunque no hubiera atisbado por la rendija de la puerta de la cocina mientras almorzaban, sabría dónde se había sentado cada uno. El plato del señor siempre tenía mucho arroz esparcido, como si no prestara atención al comer y los granos se le escaparan del tenedor. El vaso de Olanna mostraba las señales en forma de media luna de su pintalabios. Okeoma siempre comía con cuchara, así que el tenedor y el cuchillo permanecían intactos sobre la mesa. El profesor Ezekia siempre traía su propia cerveza, y la botella marrón de marca extranjera se encontraba junto a su plato. La señorita Adebayo dejaba las rodajas de cebolla en el cuenco. Y el señor Richard nunca mordisqueaba los huesos del pollo.

Una vez en la cocina, Ugwu dejó el plato de Olanna sobre la encimera de fórmica y limpió los demás, contemplando cómo los restos de arroz, estofado, verdura y huesos caían en el cubo de la basura. Algunos de los huesecillos estaban tan triturados que parecían virutas de madera. Pero los de Olanna no, porque sólo mordisqueaba un poco las puntas, y los tres que quedaban en su plato conservaban aún la forma. Ugwu se sentó y eligió uno; mientras lo chupaba cerró los ojos, imaginando que la boca de Olanna rodeaba el mismo hueso.

Succionó con suavidad un hueso tras otro, y no se esforzó por acallar los ruidos que producía. Estaba solo. El señor se había marchado al centro de profesores con Olanna y sus amigos. La casa se encontraba en completo silencio y él se permitía un rato de ocio mientras los platos sucios de la comida seguían en el fregadero; todavía faltaba mucho para la cena y la luz del sol inundaba la cocina. Olanna llamaba a aquel espacio de tiempo «la hora de los deberes», porque cuando ella estaba en casa le pedía a Ugwu que se encerrara en su habitación a hacerlos. Lo que no sabía era que la tarea nunca le ocupaba demasiado tiempo, y que luego se sentaba junto a la ventana y se esforzaba por descifrar las complejas frases de alguno de los libros del señor, y de vez en cuando levantaba la cabeza para contemplar las mariposas que se elevaban y descendían revoloteando entre las flores blancas del jardín.

Mientras succionaba el segundo hueso, cogió el libro de ejercicios. El tuétano trío se le pegaba en la lengua. Leyó los versos que había copiado de la pizarra con tanto esmero que la letra parecía de la señora Oguike. A continuación, cerró los ojos y los recitó.

No puedo olvidar que yo no veo  
las cosas bellas que ellos ven  
y que el flautista me prometió también.  
Dijo llevarnos a un país de felicidad,

muy cercano, junto a la ciudad,  
donde el agua brotaba y los frutales crecían,  
los colores más bellos las flores tenían;  
todo, nuevo y extraño, nos sorprendería.

Volvió a abrir los ojos y echó un vistazo al texto para asegurarse de que no se dejaba nada. Esperaba que el señor no se acordara de pedirle que lo recitara en voz alta porque, aunque lo había memorizado bien, no tendría respuesta cuando el señor le preguntara: «¿Qué significa?». O: «¿Qué crees que dice en realidad?». Las ilustraciones del libro que la señora Oguike les había mostrado le resultaban incomprensibles y cuanto más observaba al hombre de pelo largo a quien las ratas seguían encantadas, más convencido estaba de que todo era una especie de broma sin sentido. Ni siquiera la señora Oguike parecía conocer el significado. A Ugwu la profesora había llegado a caerle bien porque no lo trataba con especial atención, no parecía darse cuenta de que durante el recreo se quedaba solo en la clase. Sin embargo, se había percatado de lo rápido que aprendía desde el primer día, al hacerle las pruebas orales y escritas mientras el señor esperaba fuera de aquella sala apenas ventilada. «Seguro que el chico acaba saltándose alguna clase, tiene una gran inteligencia innata», le había dicho la profesora al señor, como si él no estuviera presente, y la expresión «inteligencia innata» se convirtió al instante en la favorita de Ugwu.

Cerró el libro. Había chupado todos los huesos y, mientras empezaba a fregar los platos, se imaginó que notaba el sabor de la boca de Olanna en la suya. La primera vez que hizo aquello con los huesos fue después de verla besarse con el señor en el salón un sábado por la mañana, con los labios abiertos apretados contra los del otro. La idea de su saliva en la boca del señor le repelía y excitaba a la vez. Aún lo hacía. Sentía lo mismo cuando la oía gemir por las noches; no le gustaba oírla, pero aun así a menudo se acercaba hasta la puerta de su dormitorio y pegaba la oreja a la fría madera para escucharla. De la misma manera que se fijaba en la ropa interior que dejaba colgada en el baño: visos negros, sujetadores sedosos, bragas blancas.

Ella se había integrado en el hogar con suma facilidad. Durante las noches, cuando los invitados llenaban el salón, la perfecta claridad de su voz destacaba sobre las demás, y Ugwu fantaseaba con sacarle la lengua a la señorita Adebayo y soltarle: «No sabe hablar inglés tan bien como mi señora, así que cierre su sucia boca». Era como si la ropa de Olanna llevara colgada en los armarios toda la vida; la música high life que a ella le gustaba sonaba continuamente en la radiogramola, su perfume de coco impregnaba cada una de las estancias y su Impala se encontraba siempre aparcado en la entrada. Aun así, añoraba los viejos días junto al señor. Echaba de menos las noches en que se sentaba en el suelo del salón y escuchaba su grave voz y las mañanas en que le servía el desayuno sabiendo que sus voces serían las únicas que

se oirían en la casa.

El señor había cambiado; no tenía ojos y manos más que para Olanna, y cuando al llegar a casa Ugwu le abría la puerta, su mirada expectante se dirigía rauda hacia el salón para ver si su amada se encontraba allí.

—Este fin de semana vendrá mi madre, prepara la habitación de invitados —le había anunciado el día anterior.

Ugwu iba a responder «Sí, *sah*», pero Olanna se le adelantó:

—Creo que Ugwu debería trasladarse a los cuartos del servicio, así nos quedará un dormitorio libre. Es probable que mama se quede un tiempo.

Y cuando el señor respondió con prontitud: «Sí, claro», Ugwu se enojó; era como si estuviera dispuesto a meterse de cabeza en un fuego virulento si Olanna se lo pedía. Por lo visto, ella se había convertido en la señora de la casa. No obstante, a Ugwu no le importaba trasladarse a los cuartos del servicio, donde no había más que telarañas y cajas de cartón. Allí podría colocar todo lo que guardaba, transformar aquel lugar en algo totalmente suyo. Nunca hasta entonces había oído al señor hablar de su madre y más tarde, mientras limpiaba la habitación de invitados, pensó en cómo sería la mujer que había bañado al señor de pequeño, que lo había alimentado, que le había sonado la nariz. Ugwu ya se sentía impresionado por aquella mujer, capaz de haber creado al señor.

Terminó enseguida de fregar los platos. Si se daba prisa en hervir la verdura para el potaje de la cena, podría acercarse a la casa del señor Richard y charlar un rato con Harrison antes de que el señor y Olanna estuvieran de vuelta. Últimamente, troceaba la verdura con las manos en lugar de utilizar el cuchillo. A Olanna le gustaba así, decía que conservaba mejor las vitaminas. Y también a él habían empezado a gustarle, así como la forma en que ella le había enseñado a freír los huevos con un chorrito de leche, a cortar el plátano frito en finas rodajas rectas en lugar de en gruesos trozos al bies y a cocer el *moi-moi* en utensilios de aluminio en lugar de en hojas de banano. Ahora que por fin le había confiado la mayor parte de las tareas culinarias, de vez en cuando disfrutaba observando por la rendija de la puerta de la cocina quién hacía los mayores cumplidos, a quién le gustaba qué, quién repetía. Al doctor Patel le encantaba el pollo hervido con *uziza*. También a Richard, aunque éste nunca se comía la piel. Tal vez porque su palidez le recordara a la de su propia piel. A Ugwu no se le ocurría otro motivo, ya que aquella parte era la más sabrosa. El señor Richard siempre lo felicitaba cuando salía para servir más agua o llevarse algún plato: «Buenísimo el pollo; gracias, Ugwu». A veces, cuando el resto de los invitados se trasladaba al salón, el señor Richard entraba en la cocina y le hacía preguntas, todas para echarse a reír. ¿Tenía su pueblo tallas o esculturas de dioses? ¿Había estado alguna vez en el santuario que había junto al río? Lo que a Ugwu le parecía más gracioso de todo era el hecho de que anotara las respuestas en una libretita con tapas de piel. Días atrás, al mencionar Ugwu de pasada el festival *ori-okpa* de su aldea, los ojos del señor Richard se volvieron de un azul más brillante y dijo que quería asistir,

que iba a pedirle al señor que Ugwu le llevara a su poblado.

A Ugwu se le escapaba la risa al recordarlo mientras sacaba la verdura de la nevera. No conseguía imaginarse al señor Richard en el festival *ori-okpa*, aquella celebración en que los *mmuo* (a los que el señor Richard llamaba «enmascarados», término que Ugwu aceptaba si se refería a «espíritus») danzaban por las calles azotando a los jóvenes y persiguiendo a las muchachas. Los propios *mmuos* se desternillarían al ver a un extranjero paliducho garabateando en un cuaderno. No obstante, Ugwu estaba contento de haberlo mencionado porque eso le permitiría ver a Nnesinachi por última vez antes de que partiera hacia el norte. ¡Qué impresionada iba a quedarse al verlo llegar junto a un blanco, en su coche! Seguro que aquella vez se fijaría en él, y tampoco veía el momento de sorprender a Anulika y a sus primos y demás parientes con su inglés, su camisa nueva, su familiaridad con los sandwiches y el agua corriente, su olor a talco.

Ugwu acababa de lavar la verdura cuando llamaron al timbre. No podían ser los amigos del señor, era demasiado temprano. Se acercó a la puerta mientras se secaba las manos en el delantal. Por un instante dudó que aquélla fuera de verdad su tía, y como había estado pensando en su familia, creyó que tal vez se la estuviera imaginando.

—¿Tía?

—Ugwuanyi —dijo ella—, tienes que volver a casa. *Ogagikwanu?* ¿Dónde está el señor?

—¿Volver a casa?

—Tu madre está muy enferma.

Ugwu se fijó en el pañuelo con que su tía se cubría la cabeza. Observó que estaba raído por varios sitios, la tela se veía desgastada. Recordó que, al morir el padre de su prima, su familia le había hecho llegar a Lagos el mensaje de que debía volver porque el hombre estaba muy enfermo. Si te encontrabas lejos de casa, te decían que el muerto estaba grave.

—Tu madre está enferma —repitió la tía—. Ha preguntado por ti. Le diré al señor que estarás de vuelta mañana, así no le parecerá un abuso. Ya sabes que muchos criados se pasan años sin ir a su casa.

Ugwu permaneció inmóvil, enrollando el bajo del delantal con el dedo. Quería pedirle a su tía que le contara la verdad, que le dijera si su madre había muerto. Pero no conseguía pronunciar las palabras. Se asustó al acordarse de la última vez que se había puesto enferma: tosía y tosía sin parar, y su padre se había marchado a buscar al *dibia* mientras la esposa más joven, Chioke, le frotaba la espalda.

—El señor no está —respondió al fin—. Pero llegará enseguida.

—Lo esperaré y le rogaré que te deje volver a casa.

Ugwu acompañó a su tía a la cocina, donde ella se sentó y lo observó mientras cortaba un ñame en rodajas y éstas en dados. Trabajaba deprisa, con ritmo febril. Los rayos de sol que entraban a través de la ventana brillaban con demasiada intensidad

para ser tan tarde, un resplandor que no presagiaba nada bueno.

—¿Mi padre está bien? —preguntó Ugwu.

—Sí, está bien.

La expresión del rostro de su tía era opaca, su voz apagada: el semblante de alguien que tenía noticias peores que las que le había comunicado. Le ocultaba algo. Era posible que su madre hubiera muerto; tal vez tanto ella como su padre hubieran fallecido aquella misma mañana. Ugwu siguió cortando rodajas sumido en un grave silencio hasta que llegó el señor. Llevaba la camiseta blanca de jugar al tenis pegada a la espalda por el sudor. Había vuelto solo. A Ugwu le habría gustado que Olanna también estuviera allí, para poder contemplar su rostro mientras él hablaba.

—Bienvenido, *sah*.

—Gracias, amigo mío. —El señor dejó la raqueta sobre la mesa de la cocina—. Ponme agua, por favor. Hoy he perdido todos los partidos.

Ugwu tenía el agua preparada, servida en un vaso con hielo dispuesto en una bandeja.

—Buenas noches, *sah* —saludó la tía.

—Buenas noches. —El señor la miró algo perplejo, como si no acabara de reconocerla—. Ah, claro. ¿Qué tal?

Antes de que su tía pudiera continuar, Ugwu dijo:

—Mi madre está enferma, *sah*. Por favor, *sah*, si me deja ir a verla, volveré mañana mismo.

—¿Eh?

Ugwu repitió lo que acababa de decir. El señor se lo quedó mirando y luego se volvió hacia la olla que había en el fuego.

—¿Está lista la cena?

—No, *sah*. Pero termino enseguida, antes de irme. Pongo la mesa y lo dejo todo a punto.

El señor se volvió hacia la tía.

—*Gini me?* ¿Qué le ocurre a su madre?

—*Sah?*

—¿Está sorda? —El señor se cogió la oreja, como si su tía no supiera lo que significaba «sorda»—. ¿Qué le ocurre a su madre?

—*Sah*, le arde el pecho.

—¿Le arde el pecho? —soltó el señor con un bufido. Se bebió el agua de golpe, se volvió hacia Ugwu y empezó a hablar en inglés—. Ponte una camisa y sube al coche. Tu pueblo no está muy lejos. Volveremos a tiempo.

—*Sah?*

—¡Ponte una camisa y sube al coche! —El señor escribió una nota detrás de un impreso y la dejó sobre la mesa—. Traeremos a tu madre y le pediremos a Patel que le eche un vistazo.

—Sí, *sah*.

Ugwu se sentía muy frágil mientras caminaba hacia el coche junto a su tía y el señor. Le parecía que sus huesos eran palos de escoba, como aquellos que se quebraban con tanta facilidad durante el harmatán. Permanecieron callados casi todo el viaje. Sólo al pasar junto a unas granjas con hileras y más hileras de maíz y mandioca como una cabellera recién trenzada, el señor le dijo:

—¿Ves? En esto es en lo que tendría que centrarse el gobierno. Si aprendemos la tecnología del riego, podremos alimentar sin problemas a todo el país. Podremos dejar de depender de la importación colonial.

—Sí, *sah*.

—Pero en vez de eso, los analfabetos del gobierno se dedican a robar y a mentirnos. Una buena parte de mis alumnos se ha unido al grupo que esta mañana se ha dirigido a Lagos para manifestarse.

—Sí, *sah* —dijo Ugwu—. ¿Por qué se manifiestan, *sah*?

—Por el censo —le explicó el señor—. Es un completo desastre, todo el mundo falsea las cifras. De todos modos, Balewa no hará nada por remediarlo porque también es cómplice, como todos. ¡Pero tenemos que denunciarlo!

—Sí, *sah* —replicó Ugwu, y, mezclada con la preocupación por su madre, sintió una oleada de orgullo seguro de que su tía, con los ojos de par en par, se maravillaría de las conversaciones tan profundas que mantenía con el señor. Y además en inglés.

Se detuvieron a escasos metros de la cabaña donde vivía su familia.

—Recoge deprisa las cosas de tu madre —le pidió el señor—. Esta noche vienen amigos de Ibadan.

—¡Sí, *sah*! —exclamaron Ugwu y su tía al mismo tiempo.

Ugwu salió del coche y se quedó allí. Su tía se apresuró a entrar en la cabaña, y al momento salió su padre con los ojos rojos y mucho más encorvado de lo que Ugwu recordaba. Se arrodilló en la tierra y se aferró a las piernas del señor.

—Gracias, *sah*. Gracias, *sah*. Algún día harán lo mismo por usted.

El señor dio un paso atrás y Ugwu vio que su padre perdía el equilibrio y a punto estuvo de caer de espaldas.

—Levántate, *kunie* —dijo el señor.

Chioke salió de la cabaña.

—Ésta es mi otra esposa, *sah* —dijo su padre poniéndose en pie.

Chioke estrechó la mano del señor entre las suyas.

—Gracias, señor. ¡*Deje*!

Entró en casa corriendo, y al momento regresó con una pina pequeña que colocó en la mano al señor.

—No, no —protestó el señor, y le devolvió la pina—. Las pinas de aquí son demasiado acidas, luego me escuece la boca.

Todos los niños del poblado se arremolinaron junto al coche para echar un vistazo a su interior y pasar los dedos por la carrocería azul. Ugwu les gritó que se alejaran. Esperaba que Anulika se encontrara en casa, para poder entrar junto a ella en la

cabaña de su madre. Deseaba que Nnesinachi pasara por allí en aquel momento que lo cogiera de la mano y le dijera con voz tranquilizadora que la enfermedad no era seria, y que luego lo llevara a la arboleda cercana al arroyo, se desatara la túnica y le ofreciera sus senos, sosteniéndolos en alto y acercándolos hacia él. Los niños armaban mucho escándalo. Algunas mujeres se detuvieron allí cerca y empezaron a murmurar entre ellas, cruzadas de brazos. El padre de Ugwu no paraba de preguntarle al señor si le apetecía nuez de cola, o vino de palma, si quería un taburete para sentarse, tal vez un poco de agua y el señor respondía a todo que no. Ugwu quería que su padre se callara. Se acercó a la cabaña y echó un vistazo al interior. En la penumbra, su mirada se cruzó con la de su madre. Se la veía demacrada.

—Ugwu —dijo—. *Nno*, bienvenido.

—*Deje* —la saludó él.

Luego permanecieron en silencio, mirándose el uno al otro, mientras su tía la ayudaba a anudarse la túnica a la cintura y la acompañaba fuera.

Ugwu se disponía a ayudar a su madre, que trataba de entrar en el coche, cuando el señor le dijo:

—Hazte a un lado, amigo mío.

Luego la ayudó a subir, le pidió que se tumbara en el asiento trasero y se estirara tanto como pudiera.

De repente Ugwu deseó que el señor no tocara a su madre porque sus prendas olían a vejez y a humedad, y porque el señor no sabía que le dolía la espalda y que su huertecito de ñames siempre producía una cosecha muy pobre, y el pecho le ardía al toser. De todas maneras, ¿qué iba a saber él, que lo único que hacía era charlar y vociferar con sus amigos bebiendo coñac hasta altas horas?

—Quedaos tranquilos, recibiréis noticias en cuanto el doctor la examine —les dijo el señor al padre y a la tía de Ugwu antes de arrancar.

Ugwu evitó volverse a mirar a su madre; bajó la ventanilla para que el ruido de las ráfagas de aire lo distrajera. Al fin se volvió, justo antes de llegar al campus. Casi le dio un síncope cuando la vio con los ojos cerrados y la boca abierta. Pero su pecho se movía arriba y abajo. Respiraba. Exhaló el aire muy despacio y pensó en las frías noches en que no dejaba de toser, y él se pegaba a la gruesa pared de la cabaña y oía cómo su padre y Chioke la animaban a tomarse su brebaje.

Olanna abrió la puerta. Llevaba puesto el delantal que tenía una mancha de aceite. El delantal de Ugwu. Besó al señor.

—Le he pedido a Patel que venga —dijo, y luego se volvió hacia la madre de Ugwu—. *Mama. Kedu?*

—Estoy bien —musitó la mujer con un hilo de voz.

Echó un vistazo a la estancia y pareció encogerse aún más al observar los sofás, la radiogramola, las cortinas.

—La acompañaré dentro —dijo Olanna—. Ugwu, por favor, termina de preparar la cena y pon la mesa.

—Sí, *mah*.

En la cocina, Ugwu removió la sopa de pimentón. El caldo grasiento se arremolinaba, las especias picantes subían a la superficie y le provocaban picor de nariz, los trozos de carne y vísceras flotaban de un lado a otro. Pero Ugwu no estaba pendiente de aquello. Sólo se esforzaba por escuchar. Pasó mucho mucho tiempo desde que Olanna ayudara a su madre a entrar en la casa hasta que se presentó el doctor Patel. La pimienta le provocaba escozor de ojos. Recordó el último ataque grave de tos de su madre, cómo se quejaba a gritos de que no sentía las piernas y el *dibia* le pidió que les dijera a los espíritus malignos que la dejaran en paz. «¡Diles que aún no ha llegado tu hora! *Gwa ha kita!* ¡Díselo ahora!», la apremiaba.

—¡Ugwu! —lo llamó el señor.

Habían llegado los invitados. Ugwu entró en el salón y, con gestos mecánicos, les ofreció nueces de cola y cardamomo, destapó las botellas, repartió cubitos de hielo y sirvió los humeantes cuencos de sopa de pimentón. Después, se sentó en la cocina y empezó a tirarse de las uñas de los pies mientras se preguntaba qué estaría ocurriendo en el dormitorio. Podía oír la voz del señor elevándose en el salón.

—Nadie dice que incendiar propiedades del gobierno sea algo bueno, pero ¿y enviar al ejército para que asesine a la población en nombre del orden público? Hay tivs que han muerto por nada. ¡Por nada! ¡Balewa se ha vuelto loco!

Ugwu no sabía quiénes eran los tivs, pero la palabra «muerto» lo hizo estremecerse.

—Aún no ha llegado tu hora —musitó—. Aún no.

—¿Ugwu? —Olanna estaba en la puerta de la cocina.

Se levantó de un salto.

—*Mah! Mah!*

—No te preocupes. El doctor Patel dice que es una infección y que se recuperará.

—¡Ah! —Ugwu se sentía tan aliviado que temió salir flotando si levantaba una pierna—. ¡Gracias, *mah!*

—Guarda el potaje que ha sobrado en la nevera.

—Sí, *mah*.

Ugwu la observó de camino al salón. Los bordados de su ajustado vestido relucían, y por un momento tuvo la impresión de que se trataba de un espíritu de hermosa figura que había emergido del mar.

Los invitados se reían. Ugwu se asomó al salón. La mayoría de ellos ya no se sentaban erguidos, sino repantigados en sus asientos, aletargados por el alcohol, con menos ardor en sus ideas. La velada tocaba a su fin. La conversación había adoptado un tono más trivial y giraba en torno al tenis y a la música. Al final se pondrían en pie y se carcajearían tontamente de cosas que no tenían ninguna gracia, como por ejemplo que la puerta de entrada era difícil de abrir o que los murciélagos volaban muy bajo. Esperó a que Olanna hubiera entrado en el baño y el señor en su estudio antes de acudir al lado de su madre, que dormía ovillada como un niño pequeño.



A la mañana siguiente, los ojos le brillaban.

—Me encuentro bien —dijo—. La medicina que me dio el doctor es muy buena. Pero lo que me mata es el olor.

—¿Qué olor?

—El de sus bocas. Lo he notado esta mañana, cuando la señora y el señor han venido a verme, y también al ir al cuarto de baño.

—Ah, es pasta de dientes. La utilizamos para limpiarnos los dientes.

Ugwu sintió una oleada de orgullo al decir «utilizamos», para que su madre supiera que él también la usaba.

Pero no pareció impresionada. Chascó los dedos y sacó su palito de mascar.

—¿Y qué tiene de malo un buen *atu*? Ese olor casi me hace vomitar. Si me quedo aquí mucho tiempo, no podré mantener la comida en el estómago.

En cambio, sí que la impresionó que Ugwu le contara que se iría a vivir a los cuartos del servicio. Era como tener su propia casa, una casa aparte, para él solo. Le pidió que le enseñara el sitio, y se maravilló de que fuera más grande que su cabaña. Luego insistió en echarle una mano en la cocina, porque ya se encontraba bastante bien. Ugwu observó cómo se encorvaba para barrer la cocina y recordó las palmadas que solía darle a Anulika en el trasero por no hacerlo bien. «¿Has comido setas? ¡Barre como una mujer!», le decía, y Anulika se quejaba de que el palo era demasiado corto y que no tenía la culpa de que la gente fuera muy tacaña y no comprara palos más largos. De pronto Ugwu deseó que Anulika estuviera allí, así como los niños pequeños y las cotillas de las mujeres de su *umunna*. Habría querido que todo el pueblo estuviera allí para poder unirse a sus conversaciones y riñas de medianoche, y al mismo tiempo seguir viviendo en la casa del señor, con grifos, nevera y fogones.

—Mañana vuelvo a casa —dijo su madre.

—Deberías quedarte unos cuantos días y descansar.

—Me iré mañana. Tengo que darles las gracias al señor y a la señora cuando vuelvan y decirles que ya me encuentro bien para irme a casa. Algún día alguien hará por ellos lo que hoy han hecho por mí.

Por la mañana, Ugwu la acompañó hasta el final de la calle Odim. Nunca la había visto caminar tan rápido, incluso con el hatillo en equilibrio sobre la cabeza, nunca había visto su rostro tan terso.

—Cuídate, hijo —se despidió, y le introdujo un palito de mascar en la mano.

El día en que la madre del señor llegó del pueblo, Ugwu preparó arroz *jollof* con pimentón. Echó arroz blanco en la salsa de tomate y probó la mezcla; a continuación, la tapó y bajó el fuego. Luego salió al jardín. Jomo había dejado el rastrillo apoyado en la pared y descansaba sentado en la escalera, comiendo un mango.

—Eso que guisas huele muy bien —le dijo.

—Es para la madre del señor. *Arroz jollof con pollo frito*.

—Tendría que haberte dado un poco de mi carne. Sabría mejor que el pollo.

Jomo señaló la bolsa que llevaba amarrada en la parte trasera de la bicicleta. Ya le había mostrado a Ugwu el pequeño animal peludo envuelto en hojas tiernas.

—¡Aquí no puedo cocinar animales de matorral! —dijo Ugwu en inglés, riendo.

Jomo se volvió a mirarlo.

—*Dianyi*, hablas inglés como los hijos de los profesores.

Ugwu asintió con la cabeza, feliz de oír aquel cumplido, sobre todo porque Jomo no adivinaría nunca que, cuando la señora Oguike le hacía preguntárselos niños mimados de cara lechosa que hablaban inglés sin ningún esfuerzo se burlaban de su pronunciación, de su acento de pueblerino.

—Harrison tendría que estar aquí para oír cómo habla inglés alguien que no fanfarronea —dijo Jomo—. Se cree que lo sabe todo porque vive con un blanco. *Onye nzuzu!* ¡Qué hombre tan tonto!

—¡Muy tonto! —dijo Ugwu. Se había mostrado igual de rotundo el fin de semana anterior, cuando convino con Harrison que Jomo era idiota.

—Ayer el cabrito cerró el depósito y no quiso darme la llave —se quejó Jomo—. Dice que malgasto el agua. ¡Ni que fuera suya! Y si se mueren las plantas, ¿qué le digo al señor Richard?

—Eso está mal.

Ugwu chascó los dedos para mostrar lo mal que le parecía aquello. La última riña había tenido lugar cuando Harrison escondió el cortacésped y no quiso decirle a Jomo dónde se encontraba hasta que éste lavara de nuevo la camisa del señor Richard, llena de cagadas de pájaro. Después de todo, si acudían era por culpa de las flores que él plantaba. Ugwu se puso de parte de los dos. A Jomo le dijo que Harrison había hecho mal en esconder el cortacésped, y más tarde le dijo a Harrison que Jomo no tendría que haber plantado flores allí sabiendo que atraerían a los pájaros. Prefería los modales solemnes y las falsas anécdotas de Jomo, pero Harrison, con su insistencia en hablar su pésimo inglés, tenía un amplio y misterioso conocimiento de curiosidades foráneas y exóticas. Ugwu quería aprender todas aquellas cosas, así que cultivó la amistad con ambos. Actuaba con ellos como una esponja: absorbía todo cuanto podía y no soltaba casi nada.

—Algún día le haré daño de verdad, *moka Chukwu* —aseguró Jomo. Arrojó a lo lejos el hueso del mango, que había dejado tan limpio que se veía blanco, sin un atisbo de pulpa naranja—. Están llamando a la puerta.

—¡Ah! ¡Ya está aquí! Debe de ser la madre del señor.

Ugwu entró como un rayo en la casa; apenas oyó a Jomo despedirse.

La mujer tenía el mismo cuerpo robusto y la misma piel oscura que su hijo, y desprendía tanta energía como él; daba la impresión de que nunca necesitara ayuda para acarrear ollas llenas de agua o descargar un haz de leña que transportara sobre la cabeza. A Ugwu le sorprendió ver que la acompañaba una joven con la mirada baja llevando las bolsas. Pensaba que acudiría sola, y también que llegaría un poco más

tarde, cuando estuviera a punto el arroz.

—Bienvenida, mama, *tino* —dijo, y cogió el equipaje que llevaba la joven—. Bienvenida, tía, *nno*.

—¿Tú eres el tal Ugwu? ¿Qué tal estás? —lo saludó la madre del señor, dándole unas palmaditas en el hombro.

—Bien, mama. ¿Han tenido buen viaje?

—Sí. *Chukwu du anyi*. Dios nos ha guiado.

La mujer se quedó mirando la radiogramola. La túnica de crespón verde caía rígida desde la cintura y hacía que sus caderas parecieran cuadradas, sin curvas. Su porte no era como el de las mujeres del campus, que solían lucir collares de coral y pendientes de oro. Llevaba aquella túnica con tan poca gracia como lo habría hecho la madre de Ugwu: con inseguridad, como si no se creyera que había dejado de ser pobre.

—¿Qué tal estás, Ugwu? —volvió a preguntarle.

—Muy bien, mama.

—Mi hijo me ha dicho lo bien que lo estás haciendo.

Se llevó la mano a la cabeza para arreglarse el pañuelo verde que casi le cubría las cejas.

—Sí, mama. —Ugwu bajó la cabeza en señal de modestia.

—Dios te bendiga, tu *chi* apartará las piedras de tu camino. ¿Me oyes? —Su tono seguro y autoritario le recordaba al del señor.

—Sí, mama.

—¿Cuándo vuelve mi hijo?

—Volverán esta noche. Me ha dicho que debía descansar cuando llegara. Estoy preparando arroz y pollo.

—¿Descansar? —La mujer sonrió y entró en la cocina. Ugwu la observó sacar comida de una bolsa: pescado seco, ñames, especias y hojas amargas—. ¿Acaso no acabo de llegar de la granja? —preguntó—. Ya he descansado allí. He traído ingredientes para cocinarle una buena sopa a mi hijo. Ya sé que tú te esfuerzas por hacerlo bien, pero no eres más que un chico. ¿Qué sabe un chico de cocina? —Se sonrió y se volvió hacia la joven, que permanecía en el vano de la puerta con los brazos cruzados y la mirada baja, como esperando órdenes—. ¿Verdad, Amala? ¿Es la cocina lugar para un muchacho?

—*Kpa*, mama, no —respondió Amala. Tenía una voz muy aguda.

—¿Lo ves, Ugwu? Un chico no tiene que estar en la cocina —concluyó la madre del señor en tono triunfal. Se encontraba frente a la encimera, desmenuzando ya el pescado y quitándole las finas espinas.

—Sí, mama.

Ugwu se sorprendió de que no le pidiera un vaso de agua ni fuera antes a cambiarse de ropa. Se sentó en el taburete y esperó a que le diera órdenes. Era lo que ella quería; Ugwu lo notaba. La mujer estaba inspeccionando la cocina. Examinó los

fogones con recelo, dio unos golpecitos en la olla a presión con los nudillos, tamborileó con los dedos en los cazos.

—¡Vaya! Mi hijo malgasta el dinero en estas cosas tan caras —dijo—. ¿Ves, Amala?

—Sí, mama —dijo Amala.

—Son de la señora, mama. Trajo muchas cosas de Lagos —le explicó Ugwu.

Aquello empezaba a irritarle: que ella asumiera que todo lo que allí había era del señor, que se hubiera adueñado de su cocina, que no le hiciera ni caso a su estupendo arroz *jollof* con pollo.

La madre del señor no respondió.

—Amala, ven y empieza a preparar los ñames —dijo.

—Sí, mama.

Amala puso los ñames en una olla y se quedó mirando los fogones sin saber qué hacer.

—Ugwu, ayúdala a encender el fuego. En el pueblo sólo tenemos leña —dijo la madre del señor con una risita.

Ni Ugwu ni Amala se rieron. Ugwu encendió el fuego. La madre del señor se llevó una pizca de pescado seco a la boca.

—Pon un poco de agua a hervir, Ugwu, y luego corta las hojas de *ugu* para la sopa.

—Sí, mama.

—¿Hay algún cuchillo afilado en esta casa?

—Sí, mama.

—Entonces corta el *ugu* en tiras muy finas.

—Sí, mama.

Ugwu cogió la tabla de cortar. Sabía que lo estaba observando. En cuanto empezó a partir las fibrosas hojas de calabaza, la mujer gritó:

—¡Eh, eh! ¿Así cortáis el *ugu*? *Alu melu!* ¡Haz los trozos más pequeños! Para hacerlo así, también podemos poner las hojas enteras en la sopa.

—Sí, mama.

Ugwu comenzó a cortar las hojas en tiras tan finas que acabarían deshaciéndose en el caldo.

—Eso está mejor —dijo la madre del señor—. ¿Ves por qué los chicos no tienen que estar en la cocina? No sabéis ni cortar bien el *ugu*.

Ugwu quería decirle que claro que sabía cortar el *ugu*, que sabía hacer muchas cosas en la cocina, y mejor que ella; en cambio, dijo:

—La señora y yo no cortamos las verduras, las partimos con las manos porque así conservan mejor los nutrientes.

—¿La señora? —La mujer hizo una pausa. Parecía querer decir algo, pero se contuvo. El vapor procedente de la olla saturaba el ambiente.

—Enséñale a Amala donde está el mortero para que machaque el ñame —dijo por

fin.

—Sí, mama.

Ugwu estaba sacando el mortero de madera de debajo de la mesa cuando llegó Olanna. Apareció en la puerta de la cocina; el vestido le sentaba muy bien y una amplia sonrisa iluminaba su rostro.

—¡Mama! —exclamó—. Bienvenida, *nno*. Yo soy Olanna. ¿Cómo se encuentra?

Se acercó para abrazar a la madre del señor. La rodeó con los brazos, pero la mujer mantuvo los suyos a los costados y no le devolvió el abrazo.

—Sí, el viaje ha ido bien —dijo.

—Buenas tardes —saludó Amala.

—Bienvenida. —Olanna dio un pequeño abrazo a Amala antes de volverse hacia la madre del señor—. ¿Es alguien de la familia, mama?

—Amala me ayuda en casa —explicó la madre del señor. Le había dado la espalda a Olanna y estaba removiendo la sopa.

—Mama, venga, siéntese. *Bia nodu ana*. No se preocupe por la cocina. Tiene que descansar. Deje que Ugwu se ocupe.

—Quiero preparar una buena sopa para mi hijo.

Hubo una pequeña pausa antes de que Olanna dijera:

—Claro, mama.

El igbo de Olanna tenía trazas del dialecto que Ugwu oía hablar al señor cuando sus primos venían de visita. Dio vueltas por la cocina, como ansiosa por hacer algo que complaciera a la madre del señor pero sin saber qué. Destapó el bote de arroz y volvió a taparlo.

—Al menos deje que la ayude, mama. Voy a cambiarme.

—He oído que no te amamantó tu madre —dijo la madre del señor.

Olanna se quedó petrificada.

—¿Qué?

—Dicen que no te amamantó tu madre. —La mujer se volvió hacia Olanna—. Anda, ve y diles a los que te enviaron que no has encontrado a mi hijo. Diles a tus amigas brujas que no lo has visto.

Olanna se la quedó mirando. La mujer empezó a alzar la voz como si el silencio prolongado de la joven la animara a gritar.

—¿Me oyes? Diles que a mi hijo no le hará efecto ninguna pócima. No se casará con ningún bicho raro, antes tendréis que matarme. ¡Tendréis que pasar por encima de mi cadáver! —La madre del señor dio unas palmadas, luego empezó a aullar y a golpearse en la boca con la palma de la mano para que el sonido reverberase.

—Mama... —empezó Olanna.

—No me llames mama —dijo la madre del señor—. Deja en paz a mi hijo. ¡Diles a esas brujas que no has dado con él! —Abrió la puerta trasera, salió al patio y continuó gritando con voz estridente—: ¡Vecinos! ¡Hay una bruja en casa de mi hijo! ¡Vecinos!

Ugwu quería amordazarla, taparle la boca con rodajas de verdura. La sopa se estaba quemando.

—*Mah?* ¿Estará en la habitación? —preguntó acercándose a Olanna.

La joven pareció recobrar el control. Se colocó una trenza detrás de la oreja, cogió su bolso de encima de la mesa y se dirigió a la puerta de entrada.

—Dile al señor que estoy en mi piso.

Ugwu la siguió y la observó mientras subía a su coche y se alejaba. No le dijo adiós con la mano. En el patio reinaba la quietud; no había mariposas revoloteando entre las flores blancas. Al volver a la cocina, a Ugwu le sorprendió oír a la madre del señor entonando una melodiosa canción de iglesia.

—*Nya nya oya mu ga-ana. Na m metu onu uwe ya aka...* —Dejó de cantar y carraspeó—. ¿Adónde se ha ido esa mujer?

—No lo sé, mama —respondió Ugwu.

El chico se dirigió al fregadero y empezó a colocar los platos limpios en el armario. No le gustaba nada el fuerte aroma a sopa que inundaba la cocina; lo primero que haría en cuanto la mujer se marchara sería lavar las cortinas porque el olor se habría quedado impregnado en ellas.

—Por eso he venido. Dicen que tiene dominado a mi hijo —explicó la madre del señor mientras removía la sopa—. No me extraña que todos sus compañeros tengan varios hijos y él aún no se haya casado. Está usando sus brujerías para controlarlo. He oído que su padre procede de una familia de vagos y pordioseros de Umuunnachi y que consiguió un empleo de recaudador de impuestos y empezó a robarle a la gente trabajadora. Ahora tiene varios negocios en marcha y anda por Lagos haciéndose llamar gran hombre. Y su madre no es mucho mejor. ¿Qué mujer entrega a sus hijos para ser amamantados cuando ella está viva y sana? ¿Te parece normal, *gho*, Amala?

—No, mama. —La chica bajó los ojos, como si estuviera resiguiendo con la mirada los dibujos del suelo.

—Me han dicho que de pequeña los criados le limpiaban el *ike* cuando terminaba de cagar. Y encima sus padres la enviaron a la universidad. ¿Para qué? Demasiada educación estropea a una mujer; todo el mundo lo sabe. Luego se le suben los humos a la cabeza y empieza a insultar a su marido. ¿Qué clase de esposa puede ser ésa? —La madre del señor se enjugó el sudor de la frente con el bajo de la túnica—. Esas universitarias andan detrás de los hombres hasta que se les estropea el cuerpo. Quién sabe si pueden tener hijos. ¿Lo sabes tú? ¿Lo sabe alguien?

—No, mama —respondió Amala.

—¿Lo sabe alguien, Ugwu?

Ugwu colocó un plato ruidosamente y fingió no haberla oído. Ella se le acercó y le dio unas palmadas en el hombro.

—No te preocupes, mi hijo encontrará una buena mujer y no te echará de aquí cuando se case.

Tal vez si se mostraba de acuerdo con la mujer, se cansaría antes y se callaría.

—Sí, mama —dijo.

—Sé lo duro que ha trabajado mi hijo para llegar a donde está. No lo va a echar todo a perder por una mujer fácil.

—No, mama.

—No me importa de dónde provenga la mujer con la que se case mi hijo. No soy una madre de esas que trata por todos los medios que su nuera sea de su mismo pueblo. Pero no aceptaré a una *wawa*, ni tampoco a una de esas irnos o aros, por supuesto. Hablan dialectos tan distintos que no sé quién les metió en la cabeza que todos pertenecemos al mismo pueblo igbo.

—Sí, mama.

—No permitiré que esa bruja lo domine. No se saldrá con la suya. Consultaré con el *dibia* Nwafor Agbada en cuanto vuelva a casa; sus remedios tienen mucha fama por nuestros lares.

Ugwu se quedó inmóvil. Había oído muchas historias acerca de gente que recurría a los remedios del *dibia*: la primera esposa sin hijos que hacía que se secara el útero de la segunda, la mujer que conseguía volver loco al próspero hijo de su vecino, el hombre que mataba a su hermano por una disputa de tierras. Tal vez la madre del señor hiciera que a Olanna también se le secara el útero, o que se quedara tullida, o, aún peor, la matara.

—Enseguida vuelvo, mama. El señor me ha pedido que fuera al quiosco —dijo Ugwu, y salió corriendo por la puerta trasera antes de que ella pudiera reaccionar.

Tenía que decírselo al señor. Sólo había estado en su despacho en una ocasión en que iba con Olanna en el coche y ella se pasó por allí a buscar algo; pero estaba seguro de que lo encontraría. Estaba cerca del zoo y hacía poco que había ido allí de excursión con la clase, caminando en fila india, guiados por la señorita Oguike y con él, como era el más alto, el último.

Al doblar la esquina de la calle Mbanefo vio el coche del señor que venía hacia él. Se detuvo.

—Por aquí no se va al mercado, ¿verdad, amigo mío? —le dijo el señor.

—No, *sah*. Iba a buscarlo al despacho.

—¿Ha llegado mi madre?

—Sí, *sah*. *Sah*, ha ocurrido una cosa.

—¿Qué?

Ugwu le relató al señor lo que había pasado aquella tarde, le explicó por encima lo que las mujeres se habían dicho y acabó contándole lo más horrible de todo:

—Mama ha dicho que iría a ver al *dibia*, *sah*.

—Menudo disparate —exclamó—. *Ngwa*, sube al coche. Tal vez quieras que te lleve de vuelta a casa.

A Ugwu le sorprendió que el señor no se extrañara, que no entendiera la gravedad de la situación y por eso añadió:

—Ha ido todo muy mal, *sah*, muy mal. Mama casi le pega a la señora.

—¿Qué? ¿Le ha pegado a Olamia? —preguntó.

—No, *sah*. —Ugwu hizo una pausa; tal vez su comentario hubiera sido excesivo—. Pero parecía que quería pegarle a la señora.

El rostro del señor se relajó.

—Esa mujer nunca ha sido muy razonable, en ningún sentido —dijo en inglés, sacudiendo la cabeza—. Vamos, entra en el coche.

Pero Ugwu no quería. Quería que el señor diera la vuelta y se dirigiera de inmediato al piso de Olanna. Su vida ya estaba organizada, era una vida estable, y tenía que impedir que su madre la trastocara. Lo primero que debía hacer era tranquilizar a Olanna.

—Sube al coche —repitió el señor, extendiendo el brazo hasta la puerta para comprobar que el seguro no estaba echado.

—Pero, *sah*, pensaba que iría a ver a la señora.

—¡Sube, ignorante!

Ugwu abrió la puerta y subió al coche, y el señor puso rumbo a la calle Odim.



Olanna observó un momento a Odenigbo a través del cristal antes de abrirle la puerta. Cuando entró, cerró los ojos como si aquello fuera a evitarle sentir el placer que siempre le producía su olor a Old Spice. Llevaba puestos los pantalones blancos de tenis, con los que ella siempre le provocaba diciéndole que le marcaban demasiado el trasero.

—He estado hablando con mi madre; si no, habría venido antes. —Apretó sus labios contra los de la chica y señaló el viejo *bou-bou* que llevaba puesto—. ¿No vienes al club?

—Estaba haciendo la cena.

—Ugwu me ha contado lo ocurrido. Siento el comportamiento de mi madre.

—He tenido que marcharme de... tu casa. —Olanna vaciló. Iba a decir sólo «de casa».

—No era necesario, *nkem*. No tendrías que haberle hecho caso, en serio. —Odenigbo dejó un ejemplar de la revista *Drum* sobre la mesa y empezó a dar vueltas por la sala—. He decidido hablar con el doctor Okoro sobre la huelga. Es inadmisibile que Balewa y sus compinches rechacen por completo sus peticiones. Es inadmisibile. Tenemos que demostrarles nuestro apoyo. No podemos cruzarnos de manos ante algo así.

—Tu madre me ha montado una escena.

—Estás enfadada. —Odenigbo parecía perplejo. Se sentó en el sillón y por primera vez ella se fijó en la cantidad de espacio entre los muebles, en lo desnudo que se veía el piso, en los pocos signos de estar habitado. Sus objetos personales estaban en la casa de él; sus libros favoritos se encontraban en la estantería del estudio—. *Nkem*, no pensaba que fueras a tomártelo tan a pecho. Ya ves que mi madre no sabe lo que se hace. Es sólo una mujer de pueblo. Sólo trata de abrirse camino en un mundo nuevo con recursos propios del mundo del que procede.

Odenigbo se levantó y se acercó para abrazarla, pero Olanna se dio media vuelta y se dirigió a la cocina.

—Nunca hablas de tu madre —observó—. Nunca me has pedido que vaya contigo a Aba para visitarla.

—Venga, *nkem*, déjalo correr. Yo tampoco voy a verla a menudo, y la última vez te pedí que me acompañaras, pero te marchabas a Lagos.

Olanna se acercó a los fogones y empezó a frotar con una esponja la superficie aún tibia, una y otra vez, de espaldas a Odenigbo. Tenía la sensación de que, de alguna forma, le había fallado a él y a sí misma al permitir que el trato de su madre la ofendiera. Tendría que estar por encima de cosas así, hacer caso omiso de los disparates que llegara a decir una mujer de pueblo; debería dejar de pensar en todo lo que podría haber respondido en lugar de permanecer muda ante ella en la cocina. Pero lo cierto era que se sentía ofendida, y la expresión de Odenigbo empeoraba más

las cosas, como si no pudiera creer que no fuera tan abierta de miras como él había pensado. La hacía sentirse muy poca cosa, absurdamente petulante, y lo peor es que empezaba a considerar que tenía razón. Siempre la tenía. Por un momento, de manera irracional, quiso alejarse de él. A continuación, de forma más racional, deseó poder amarlo sin necesitarlo. Su necesidad le otorgaba a Odenigbo un gran poder sin que se lo hubiera propuesto; aquello la hacía sentir a menudo que no tenía otra elección.

—¿Qué has preparado? —le preguntó Odenigbo.

—Arroz. —Olanna aclaró la esponja y la dejó en su sitio—. ¿No vas a jugar a tenis?

—Pensaba que tú también vendrías.

—No me apetece. —Olanna se volvió—. ¿Por qué el hecho de que tu madre provenga del campo justifica su comportamiento? Conozco a otras campesinas que no actúan así.

—*Nkem*, mi madre ha pasado toda su vida en Aba. ¿Sabes lo pequeño y rústico que es aquello? Es normal que se sienta amenazada por una mujer culta que vive con su hijo. Es normal que te considere una bruja, es la única forma que tiene de explicárselo. La verdadera tragedia del poscolonialismo no es el hecho de que la mayoría de la gente no tuviera voz para expresar si deseaba o no un mundo nuevo; lo peor es que nadie les ha proporcionado los medios necesarios para encajar en él.

—¿Has hablado de esto con ella?

—No vale la pena. Escucha, quiero llegar al club antes de que se marche el doctor Okoro. Hablamos a la vuelta. Esta noche me quedo aquí a dormir.

Olanna hizo tiempo mientras se lavaba las manos. Lo que quería era que le pidiera que volviera a casa con él, que le dijera que pondría a su madre en su lugar delante de ella, por ella. Sin embargo, él había decidido quedarse a dormir allí, como si fuera un niño asustado que trata de esconderse de su madre.

—No —dijo.

—¿Qué?

—He dicho que no.

Olanna se dirigió a la sala sin haberse secado las manos. El piso se veía muy pequeño.

—¿Qué problema tienes, Olanna?

La chica meneó la cabeza. No pensaba permitirle que la tratara como si el problema residiera en ella. Tenía derecho a sentirse ofendida, a no dejarse humillar en nombre de un intelectualismo exacerbado, y pensaba reclamar ese derecho.

—Vete. —Olanna señaló la puerta—. Vete a jugar al tenis y no vuelvas.

Lo observó mientras se levantaba y salía. Dio un portazo. Era la primera vez que reñían; él nunca se mostraba intransigente con ella ni solía llevarle la contraria como hacía con los demás. Tal vez lo hiciera sólo para seguirle la corriente, porque no valoraba sus opiniones. La cabeza le daba vueltas. Se sentó sola frente a la mesa desnuda —incluso la mantelería se había llevado a casa de Odenigbo— y se comió el

arroz. Estaba soso, ni punto de comparación con el de Ugwu. Encendió la radio. Le pareció oír ruido en el piso de arriba. Se levantó para hacerle una visita a su vecina, Edna Whaler; hacía tiempo que tenía ganas de conocer mejor a la guapa negra estadounidense que de vez en cuando la obsequiaba con una bandeja de galletas de su país cubierta con un tapete. Pero cuando estaba a punto de salir por la puerta cambió de opinión. Dejó el plato de arroz sin terminar en la cocina, y empezó a dar vueltas por el apartamento, cogiendo viejos periódicos y volviéndolos a dejar. Al final, descolgó el teléfono y esperó a que le contestara la operadora.

—Dígame el número, deprisa, tengo cosas que hacer —le espetó la voz nasal y cansina.

Olanna estaba acostumbrada a tratar con operadoras ineptas y poco profesionales, pero aquello era el colmo de la grosería.

—*Haba*, si me hace perder el tiempo, corto la línea —dijo la operadora.

Olanna suspiró y recitó muy despacio el número de Kainene.

Kainene parecía adormilada cuando habló por el auricular.

—¡Olanna! ¿Ha ocurrido algo?

Una oleada de melancolía invadió a Olanna: su hermana gemela pensaba que tenía que haber ocurrido algo malo para que la llamara.

—No, nada. Sólo quería decirte «*Kedu*», saber cómo estabas.

—Qué fuerte. —Kainene bostezó—. ¿Qué tal por Nsukka? ¿Cómo está tu amante revolucionario?

—Odenigbo está bien. Por Nsukka, todo va bien.

—A Richard le encanta. Hasta parece estar encantado con tu revolucionario.

—Deberías venir a visitarnos.

—Richard y yo preferimos vernos en Port Harcourt. La caja de cerillas que le han cedido para vivir no es precisamente confortable.

Olanna quería decirle que se refería a que Kainene fuera a visitarla a ella, y también a Odenigbo. Estaba claro que su hermana lo había captado, pero simplemente había preferido desentenderse.

—El mes que viene me marcho a Londres —dijo en cambio—. Podríamos ir juntas.

—Tengo muchas cosas que hacer aquí. Aún no puedo irme de vacaciones.

—¿Por qué ya no hablamos nunca, Kainene?

—Menuda pregunta. —Kainene parecía divertida, y Olanna imaginaba en su rostro la sonrisita burlonamente ladeada.

—Sólo quiero saber por qué ya no hablamos —insistió Olanna.

Kainene no respondió. Por el auricular se oía un zumbido estático continuo. Permanecieron tanto tiempo en silencio que Olanna se sintió obligada a disculparse.

—No quiero entretenerme —dijo.

—¿Vendrás la semana que viene a la cena que ha organizado papá? —le preguntó su hermana.

—No.

—Tendría que habérmelo imaginado. Demasiada opulencia para ti y tu revolucionario abstemio, ¿verdad?

—No quiero entretenerme —repitió Olanna, y colgó.

Volvió a descolgar el auricular, dispuesta a dictarle a la operadora el número de su madre, pero decidió dejarlo correr. Le habría gustado tener a alguien en quien apoyarse; entonces pensó que le gustaría ser diferente, una de esas personas que no necesitan el apoyo de los demás, como Kainene. Desenmarañó el cable del teléfono. Sus padres habían insistido en que instalara la línea, como si no la hubieran escuchado cuando les dijo que prácticamente viviría en casa de Odenigbo. Olanna había protestado, pero con la boca chica, el mismo y débil «no» con que aceptaba los frecuentes depósitos de dinero en su cuenta bancaria o el nuevo Impala de tapicería acolchada.

Aunque sabía que Mohammed estaba en el extranjero, le dictó a la operadora su número de Kano; la voz nasal le dijo: «¡Hoy está haciendo muchas llamadas!», antes de establecer la conexión.

Se mantuvo al teléfono mucho tiempo después de que dejara de sonar al otro lado. Volvió a oír ruido procedente del piso de arriba. Se sentó en el pavimento frío y apoyó la espalda en la pared en un intento por sentirse menos volátil, menos desarraigada. La visita de la madre de Odenigbo había abierto una brecha en la segura envoltura de plumas que la protegía, la había trastornado, le había arrebatado algo. Se sentía desplazada del lugar que le correspondía. Se sentía como si hubiera dejado sus perlas desperdigadas durante demasiado tiempo y hubiera llegado el momento de recogerlas y guardarlas celosamente. Poco a poco, la idea fue tomando cuerpo: quería tener un hijo con Odenigbo. Nunca habían hablado de ello en serio. Una vez le había confesado no albergar el famoso instinto maternal, y que su madre la había llamado «anormal» por ello, hasta que Kainene dijo que tampoco ella lo tenía. Él se rió y comentó que traer un niño a un mundo tan injusto constituía un acto de negligencia burguesa. Nunca olvidaría aquella expresión: tener un hijo como acto de hastío burgués... qué ridiculez, qué gran mentira. Nunca antes se había planteado en serio tener hijos. Aquel deseo vehemente en la parte baja del vientre le resultaba súbito, ardiente y nuevo. Necesitaba sentir en su cuerpo la presencia tangible de un hijo, de su hijo.

Esa noche acababa de darse un baño cuando sonó el timbre, y se dirigió a la puerta envuelta en una toalla. Odenigbo sostenía un envoltorio de papel de periódico que contenía *suya*; desde donde estaba podía percibir su humeante y especiado aroma.

—¿Aún estás enfadada? —le preguntó.

—Sí.

—Vístete y volveremos juntos. Hablaré con mi madre.

Odenigbo olía a coñac. Entró y dejó la comida sobre la mesa, y Olanna vislumbró

en sus ojos enrojecidos la vulnerabilidad que tan bien escondía bajo su elocuente seguridad. Después de todo, tenía motivos para estar asustado. Cuando la abrazó, la chica dejó reposar la mejilla en su hombro y le dijo con suavidad:

—No, no hace falta. Quédate aquí.

Cuando la madre de Odenigbo se hubo marchado, Olanna volvió a instalarse en la casa. «Lo siento, *mah*», dijo Ugwu, como si de algún modo fuera responsable del comportamiento de la mujer. Luego jugueteó con el bolsillo del delantal y añadió:

—Ayer por la noche vi un gato negro, después de que mama y Amala se marcharan.

—¿Un gato negro?

—Sí, *mah*. Cerca del garaje. —Hizo una pausa—. Los gatos negros significan algo malo.

—Ya.

—Mama dijo que iría a ver al *dibia* del pueblo.

—¿Y crees que el *dibia* ha enviado un gato negro para que nos muerda? —le preguntó Olanna riéndose.

—No, *mah*. —Ugwu se cruzó de brazos, apenado—. Una vez en mi pueblo pasó, *mah*. Una de las esposas jóvenes fue a ver al *dibia* y le pidió un remedio para matar a la primera esposa, y justo la noche antes de morirse ésta vio un gato negro enfrente de su cabaña.

—¿Así que mama va a utilizar el remedio del *dibia* para matarme? —preguntó.

—Quiere separarla del señor, *mah*.

La solemnidad de Ugwu conmovió a Olanna.

—Seguro que no es más que el gato del vecino, Ugwu —le dijo—. La madre del señor no puede utilizar ningún remedio para separarnos. Nada puede separarnos.

Lo observó volver de nuevo a la cocina, mientras pensaba en sus propias palabras. «Nada puede separarnos». Por supuesto, Olanna no creía ni en los remedios del *dibia* ni en ningún hechizo sobrenatural, pero volvió a sentirse preocupada por su futuro al lado de Odenigbo. Necesitaba sentirse segura. Anhelaba alguna señal, un arco iris, que le ofreciera certidumbre. Aun así era un alivio retomar su vida, la vida relajada que llevaba junto a él, las clases y el tenis, las reuniones con los amigos que llenaban el salón. Como éstas siempre tenían lugar por la noche, se sorprendió al oír el timbre una tarde, cuando Odenigbo se encontraba todavía en la universidad. Era Richard.

—Hola —dijo, y lo invitó a entrar.

Era muy alto; Olanna tenía que levantar la cabeza para mirarlo a la cara, para ver aquellos ojos de un azul profundo como un mar sereno y el flequillo que le cubría la frente en diagonal.

—Sólo quería dejar esto para Odenigbo —dijo, tendiéndole un libro.

A Olanna le encantó su forma de pronunciar el nombre de Odenigbo, con tanto empeño. Él evitaba mirarla a los ojos.

—¿Por qué no te sientas? —le propuso.

—Lo siento, pero tengo un poco de prisa. Tengo que tomar el tren.

—¿Vas a Port Harcourt a ver a Kainene? —Mientras decía aquello, Olanna se preguntó por qué lo hacía. Era bastante evidente.

—Sí. Voy los fines de semana.

—Salúdala de mi parte.

—Claro.

—Hablé con ella la semana pasada.

—Sí, ya me lo dijo.

Richard seguía allí de pie. Miró a Olanna pero apartó la vista de inmediato, y la joven apreció su rubor creciente. Conocía de sobra aquella mirada como para no percibir que él la encontraba atractiva.

—¿Qué tal va el libro? —le preguntó.

—Bastante bien. Es increíble, en serio, lo bien elaborados que están algunos adornos, es evidente que fueron creados con finalidad artística; de ningún modo pudo ser accidental... Pero no quiero aburrirte.

—No, no me aburres. —Olanna sonrió. La timidez del chico le gustaba. No quería que se marchara tan pronto—. ¿Quieres que Ugwu te traiga unos *chin-chin*? Están buenísimos, los ha hecho esta mañana.

—No, gracias. Debería marcharme ya.

Sin embargo, Richard no se movió del sitio. Se apartó el pelo de la frente, que al momento volvió a cubrísela.

—Muy bien. Que tengas un buen viaje.

—Gracias. —Seguía sin moverse.

—¿Vas en coche? Ah, no, ya me acuerdo. Tienes que tomar el tren. —Olanna se rió con torpeza.

—Sí, el tren.

—Que tengas un buen viaje.

—Sí. Entonces, bien.

Olanna lo observó marcharse, y mucho después de que el coche se hubiera alejado seguía de pie en la puerta, contemplando un pájaro con el pecho de color rojo sangre posado en el césped.

Por la mañana, Odenigbo la despertó llevándose uno de sus dedos a la boca con suavidad. Olanna abrió los ojos; a través de la cortina percibió la luz grisácea del alba.

—Si no quieres casarte conmigo, *nkem*, entonces tengamos un hijo —la tanteó.

El dedo de Olanna amortiguaba su voz así que retiró la mano y se sentó en la cama para mirarlo fijamente, su amplio pecho, los ojos hinchados por el sueño, a fin de asegurarse de que lo había oído bien.

—Tengamos un hijo —volvió a decirle—. Una pequeña niñita que se llamará Obianuju, porque nos completará.

Olanna había estado esperando a que se desvaneciera el aroma enrarecido que había dejado la visita de la madre de Odenigbo para decirle que quería tener un hijo, y ahora él estaba allí, expresando en voz alta el deseo de Olanna antes de que ella pudiera hacerlo. Lo observó maravillada. Aquello era amor: una serie de coincidencias que adquirirían significado juntas y se convertían en un milagro.

—O un niño —dijo al fin.

Odenigbo la acercó hacia sí hasta que quedaron tendidos juntos, sin tocarse. Olanna oía el ruido áspero de los mirlos picoteando las papayas del jardín.

—Vamos a pedirle a Ugwu que nos traiga el desayuno a la cama —dijo él—. ¿O es uno de tus domingos de devoción?

Esbozó una de sus dulces sonrisas de indulgencia, y ella extendió el brazo para recorrer con los dedos el labio inferior de él y el escaso vello que lo bordeaba. A Odenigbo le gustaba provocarla diciéndole que la religión no era ningún servicio social, ya que sólo acudía a la iglesia para las reuniones de Saint Vincent de Paul, cuando se llevaba a Ugwu en el coche a recorrer los caminos polvorientos para repartir ñames, arroz y ropa usada por los pueblos cercanos.

—Hoy no voy a ir —le dijo.

—Bien. Porque tenemos mucho trabajo que hacer.

Olanna cerró los ojos porque la estaba penetrando, primero suavemente y luego con más brío, mientras le susurraba: «Nuestro hijo será un genio, *nkem*, un genio», y ella decía: «Sí, sí». Más tarde, se sintió feliz sabiendo que parte del sudor que cubría su cuerpo era de Odenigbo y parte del sudor que cubría el de él era de ella. Cada vez que él se apartaba de encima de ella, Olanna juntaba fuertemente las piernas, cruzaba los tobillos y respiraba hondo, como si el movimiento de los pulmones pudiera facilitar la concepción. Sin embargo, al mismo tiempo, tenía la certeza de que no iba a quedarse embarazada. Y el súbito pensamiento de que algo en su cuerpo no iba bien se cernía sobre ella, la desalentaba.

## 6

Richard tomó la sopa de pimentón despacio. Después de comerse con la cuchara los trozos de tripa, se llevó el cuenco de vidrio a los labios y se bebió el caldo. Le goteaba la nariz, un delicioso sabor le abrasaba la lengua y sabía que tenía las mejillas encendidas.

—Richard se toma la sopa como si nada —dijo Okeoma, sentado a su lado y observándolo.

—¡Ya ves! ¡Nunca habría dicho que nuestra sopa pudiera gustarle a alguien como tú, Richard! —dijo Odenigbo desde el otro extremo de la mesa.

—Ni siquiera yo puedo con la sopa de pimentón —aseguró otro invitado, un profesor de economía ghanés cuyo nombre Richard nunca recordaba.

—Eso demuestra que Richard fue africano en una vida anterior —dijo la señorita Adebayo, antes de sonarse con una servilleta.

Los invitados se echaron a reír. Richard también se rió, pero no pudo hacerlo a carcajada limpia porque el pimentón le saturaba la boca. Se recostó contra el respaldo de la silla.

—Está deliciosa —dijo—. Lo templa a uno de golpe.

—Los canapés también están buenísimos, Richard —dijo Olanna—. Muchas gracias por traerlos.

Estaba sentada al lado de Odenigbo y se inclinó hacia delante para dedicarle una sonrisa.

—Sé que éstos son rollitos de salchicha, pero ¿qué son estas cosas?

Odenigbo señalaba la bandeja que había traído Richard; Harrison se había tomado la molestia de envolverlo todo en papel de aluminio.

—Huevos rellenos de verduritas, ¿no? —dijo Olanna dirigiéndose a Richard.

—Sí. Harrison tiene muchas ideas. Se le ha ocurrido añadir al relleno queso, creo, y especias.

—¿Ya sabes que los europeos hicieron lo mismo con una africana? Le sacaron las tripas y luego la rellenaron y la exhibieron por toda Europa —saltó Odenigbo.

—¡Odenigbo, estamos comiendo! —dijo la señorita Adebayo, aunque se estaba aguantando la risa.

Los demás se rieron, pero Odenigbo no.

—El principio es el mismo. Rellenar comida, rellenar personas... Si no te gusta lo que hay dentro de un alimento, no te lo comas, pero no lo rellenes de otra cosa. Lástima de huevo, eso es lo que pienso.

Hasta Ugwu parecía risueño cuando salió para recoger la mesa.

—¿Señor Richard, *sah*? ¿Le pongo lo que ha sobrado en un recipiente para que se lo lleve?

—No, guárdalo, o tíralo —respondió Richard.

Nunca se llevaba las sobras; lo que sí le transmitió a Harrison fueron los



comentarios de los invitados acerca de lo bien presentado que estaba todo, pero no le dijo que habían dejado intactos sus canapés y se habían decantado por la sopa de pimentón, el *moi-moi* y el pollo hervido con hierbas aromáticas amargas que había preparado Ugwu.

Los invitados se trasladaron al salón. Al poco rato, Olanna apagó la luz porque su resplandor fluorescente era demasiado brillante. Ugwu sirvió más bebida y siguieron charlando, riendo y escuchando música mientras la iluminación procedente del pasillo llenaba la estancia de sombras. Era la parte de la velada que más le gustaba, aunque a veces se preguntaba si Olanna y Odenigbo aprovecharían la penumbra para acariciarse. Era consciente de que no tenía que pensar en ello, no era asunto suyo. Aun así, lo hacía. Se dio cuenta de la forma en que Odenigbo la miraba en mitad de una discusión, no porque necesitara tenerla de su parte, pues nunca parecía necesitar nada de nadie, sino asegurarse de que se encontraba allí. También se percató de cómo de vez en cuando Olanna le guiñaba el ojo a Odenigbo, transmitiéndole cosas que Ugwu nunca sabría.

Richard dejó su vaso de cerveza sobre una mesa auxiliar y se sentó junto a la señorita Adebayo y Okeoma. Aún le escocía la lengua por el pimentón. Olanna se puso en pie para cambiar la música.

—Primero mi favorito: Rex Lawson. Luego, pondremos algo de Osadebe —dijo.

—Rex Lawson... Es muy poco original, ¿no? —opinó el profesor Ezeka—. Uwaifo y Dairo son mejores músicos.

—No hay ninguna música original, profesor —respondió Olanna en tono algo burlón.

—Rex Lawson es un nigeriano auténtico. No se ha quedado anclado en el kalabari de su tribu, canta en casi todas las lenguas del país. Eso es original... y una muy buena razón para que guste —dijo la señorita Adebayo.

—Ésa no es ninguna razón para que guste —replicó Odenigbo—. El nacionalismo que aboga por la indiferencia hacia la propia cultura individual es una estupidez.

—No pierdas el tiempo hablando con Odenigbo sobre música high life. Nunca la ha entendido. —Olanna se echó a reír—. A él le va la música clásica, pero se resiste a admitirlo en público porque es un rasgo occidental.

—La música no tiene fronteras —opinó el profesor Ezeka.

—Pero es evidente que se basa en la cultura, y la cultura es específica de cada sitio, ¿no? —dijo Okeoma—. Así pues, ¿podría decirse que Odenigbo adora la cultura occidental que produjo la música clásica?

Todos se echaron a reír, y Odenigbo dirigió a Olanna una de aquellas miradas que le suavizaban la expresión. La señorita Adebayo volvió a sacar el tema del embajador francés. No es que creyera que los franceses hubieran hecho bien probando sus armas atómicas en Algeria, por supuesto, pero no alcanzaba a entender que por ese motivo Balewa hubiera roto las relaciones diplomáticas con Francia. Su tono expresaba

desconcierto, lo que era muy poco habitual.

—Está claro que Balewa lo ha hecho porque quiere desviar la atención de su pacto de defensa con los británicos —dijo Odenigbo—. Sabe muy bien que cualquier desaire hecho a los franceses complacerá a sus señores, los británicos. Baila al son que ellos tocan. Lo ponen allí, le dicen lo que tiene que hacer, y él lo hace, siguiendo el modelo parlamentario de Westminster, claro está.

—Nada de modelos ni de Westminster hoy —terció el doctor Patel—. Okeoma ha prometido recitarnos un poema.

—Ya os he dicho que Balewa lo hizo sólo para ganarse el favor de los africanos del norte —intervino el profesor Ezeka.

—¿El favor de los africanos del norte? ¿De verdad crees que le preocupan los demás africanos? El único amo que conoce Balewa es el hombre blanco —afirmó Odenigbo—. ¿No dijo acaso que los africanos de Rodesia no estaban preparados para el autogobierno? Si los británicos lo obligaran a decir que es un mono castrado, lo haría.

—¡Bah, tonterías! —dijo el profesor Ezeka—. ¡Estás divagando!

—¡Y tú te niegas a ver las cosas como son! —Odenigbo empezó a adelantarse en su asiento—. Vivimos en tiempos de maleficencia por parte de los blancos. Están deshumanizando a los nativos de Sudáfrica y Rodesia, han instigado los sucesos del Congo, no permiten votar a los negros de América, ni a los aborígenes de Australia; pero lo peor de todo es lo que están haciendo aquí. Este pacto de defensa es peor que el apartheid y la segregación racial, pero no nos damos cuenta. Nos controlan bajo mano. ¡Es muy peligroso!

Okeoma se inclinó hacia Richard.

—Ese par no va a dejarme leer el poema.

—Parece que están en forma para la pelea —respondió Richard.

—Como siempre. —Okeoma se echó a reír—. Por cierto, ¿qué tal va el libro?

—Tirando.

—¿Es una novela de expatriados?

—Bueno, no, más bien no.

—Pero es una novela, ¿no?

Richard dio un trago a su cerveza y se preguntó qué pensaría Okeoma si supiera la verdad: que ni siquiera sabía si se trataba de una novela porque las páginas que había escrito no formaban nada coherente.

—Me interesa mucho el arte de Igbo-Ukwu, y quiero que tenga un papel destacado en el libro —le explicó.

—¿Y eso?

—Me fascinan esos bronce desde la primera vez que leí sobre ellos. Su detallismo es asombroso. Resulta casi increíble que aquella gente fuera capaz de perfeccionar el difícil arte del moldeado a la cera perdida durante la época de las invasiones vikingas. Las piezas son de una complejidad extraordinaria, una maravilla.

—Parece que te sorprenda —dijo Okeoma.

—¿Cómo?

—Que parece que te sorprenda, como si no creyeras que «aquella gente» fuera capaz de algo así.

Richard se quedó mirando a Okeoma; había un cierto y nuevo desdén en la mirada que éste le devolvía, un ligero fruncimiento de ceño antes de exclamar:

—¡Basta ya, Odenigbo, profesor! Tengo un poema para todos vosotros.

Richard se mordió la lengua. El escozor provocado por el pimentón se había vuelto insoportable, y apenas pudo esperar a que Okeoma terminara de recitar aquel extraño poema —sobre unos africanos a los que les salía un sarpullido en las nalgas tras defecar en cubos metálicos importados— para levantarse y marcharse.

—¿Te sigue pareciendo bien que Ugwu me acompañe a su pueblo la semana que viene, Odenigbo? —preguntó.

Odenigbo miró a Olanna.

—Sí, claro —dijo ella—. Espero que te guste el festival *ori-okpa*.

—Tómame otra cerveza —le ofreció Odenigbo.

—Salgo hacia Port Harcourt a primera hora de la mañana, así que es mejor que me vaya a dormir —se excusó Richard, pero Odenigbo ya se había vuelto hacia el profesor Ezeka.

—¿Y qué me dices de los estúpidos políticos del Parlamento Federal de la Región Oeste a los que la policía tuvo que arrojar gases lacrimógenos? ¡Gases lacrimógenos! ¡Y sus ordenanzas arrastrándolos desvanecidos hasta sus coches! ¿Te lo puedes creer?

La idea de que Odenigbo no fuera a echarlo de menos dejó a Richard abatido. Al llegar a casa, Harrison le abrió la puerta y le hizo una reverencia.

—Buenas noches, *sah*. ¿La comida va bien, *sah*?

—Sí, sí. Ahora deja que me vaya a dormir —le espetó Richard.

No estaba de humor para lo que sabía que vendría a continuación. Harrison se ofrecería a enseñar a los criados de sus amigos que quisieran aprenderlas las exquisitas recetas del bizcocho al jerez y de los huevos rellenos de verduritas. Richard se dirigió a su estudio, esparció las páginas de su manuscrito por el suelo y les echó un vistazo. Tenía unas cuantas páginas de una novela sobre un pequeño poblado, un capítulo de la novela sobre el arqueólogo y unas páginas más de entusiastas descripciones de los bronce. Empezó a estrujar las hojas, una a una, hasta hacer una pila irregular de bolas junto a la papelera, y luego se levantó y se fue a la cama con la sensación de que la sangre le bullía en las orejas.

No durmió bien. Se sentía como si acabara de posar la cabeza en la almohada cuando la cegadora luz de la mañana entró a través de las cortinas, y oyó a Harrison trasteando en la cocina y a Jomo cavando en el jardín. Se sentía débil. No veía el momento de dormir a gusto, con el delgado brazo de Kainene rodeando su cuerpo.

Harrison le sirvió huevos fritos y una tostada para desayunar.

—*Sah*? Hay papeles que veo por el suelo del estudio. —Parecía alarmado.

—Déjalos.

—Sí, *sah*. —Harrison cruzó y descruzó los brazos—. ¿Se lleva el mascrito? ¿Le embalo otros papeles?

—No. Este fin de semana no trabajaré —dijo Richard.

La decepción que observó en el rostro de Harrison no le pareció tan graciosa como de costumbre. Al subir al tren, se preguntó qué haría Harrison durante los fines de semana. Tal vez se preparara diminutas raciones de platos exquisitos. No tendría que haber descargado su mal humor sobre el pobre hombre; no era culpa suya que Okeoma pensara de él que era condescendiente. Aquella expresión que había observado en sus ojos era lo que más le preocupaba: una desconfianza despreciativa que le hizo pensar que había leído en alguna parte que los africanos y los europeos no conseguirían reconciliarse jamás. Era un error por parte de Okeoma suponer que él era uno de aquellos ingleses que no consideraban a los africanos dignos de una inteligencia igual a la suya. Ahora que lo pensaba, tal vez sí había parecido en exceso sorprendido, pero el tono habría sido el mismo de haberse tratado de un descubrimiento hecho en Inglaterra o en cualquier otro lugar del mundo.

Los vendedores ambulantes se apiñaban a su alrededor. «¡Cacahuets!» «¡Naranjas!» «¡Plátanos!»

Richard le hizo señas a una joven que transportaba una bandeja de cacahuets, aunque en realidad no le apetecían. La muchacha bajó la bandeja y él cogió uno, lo partió con los dedos y masticó los frutos antes de pedir dos tazas. La joven pareció sorprendida de que conociera la costumbre de probar el producto antes de comprarlo, y Richard pensó con amargura que Okeoma también se habría sorprendido. Antes de comerse cada uno de los frutos, lo examinaba —estaban remojados, habían adquirido un tono morado claro y tenían la piel arrugada—, e intentaba no pensar en las páginas que había estrujado en el estudio, hasta que por fin el tren llegó a Port Harcourt.

—Madu nos invita a cenar mañana —le dijo Kainene mientras conducía su gran coche americano de vuelta de la estación—. Su esposa acaba de llegar del extranjero.

—¿Ah, sí?

Richard apenas dijo nada más y se dedicó a observar a los vendedores ambulantes que había junto a la carretera, gritando, gesticulando y corriendo tras los coches para conseguir dinero.

El repiqueteo de la lluvia contra la ventana lo despertó a la mañana siguiente. Kainene yacía a su lado; sus ojos entreabiertos de forma inquietante indicaban que dormía profundamente. Richard observó su oleosa piel del color del chocolate negro y bajó la cabeza hasta situarla frente a su rostro. No la besó, no dejó que su cara rozara la de ella, pero se acercó lo suficiente para notar el vaho y el olor levemente agrio de su aliento. Se desperezó y se acercó a la ventana. En Port Harcourt la lluvia caía oblicua y golpeaba contra las ventanas y las paredes en lugar de los tejados. Tal vez se debiera a que se encontraba muy cerca del mar, a que el aire estaba tan

saturado de humedad que la dejaba caer antes de tiempo. Durante unos momentos la lluvia arreció y el ruido contra la ventana se hizo más fuerte, como si lanzaran guijarros contra el cristal. Richard volvió a desperezarse. Dejó de llover y los vidrios quedaron empañados. A su espalda, Kainene se removió y masculló algo.

—¿Kainene? —dijo.

La chica seguía con los ojos medio abiertos y respiraba de forma regular.

—Voy a salir a dar una vuelta —dijo, aunque estaba seguro de que no lo oía.

Fuera, Ikejide recogía naranjas; el uniforme se le arrugaba en la espalda mientras vareaba la fruta con un bastón.

—Buenos días, *sah*.

—*Kedu?* —le preguntó Richard.

Se sentía a gusto practicando igbo con los sirvientes de Kainene, porque eran tan poco expresivos que no se tenía que preocupar por captar su entonación.

—Estoy bien, *sah*.

—*Jisie ike*.

—Sí, *sah*.

Richard avanzó hasta el final de la huerta de frutales, donde, a través de la espesura de los árboles, pudo vislumbrar la espuma blanca de las olas marinas. Se sentó en el suelo. Habría preferido que el comandante Madu no los hubiera invitado a cenar; no tenía ningún interés en conocer a su esposa. Se levantó y se estiró, luego se dirigió hasta el jardín de la entrada y contempló la buganvilla violeta que trepaba por los muros. Caminó un rato por el tramo fangoso y desierto de carretera que conducía a la casa antes de darse la vuelta y regresar. Kainene se encontraba leyendo el periódico en la cama. Richard se acostó a su lado, extendió el brazo y le acarició el pelo, presionando con suavidad el cuero cabelludo con la yema de los dedos.

—¿Estás bien? Desde ayer, te noto tenso.

Richard le contó el episodio con Okeoma y, como ella no respondió enseguida, añadió:

—Me acuerdo de la primera vez que leí acerca del arte de Igbo-Ukwu, un artículo en el que un profesor de Oxford describía el estilo como un extraño rococó, digno del virtuosismo de Fabergé. Nunca se me olvidarán aquellas palabras: «rococó, digno del virtuosismo de Fabergé». Hasta llegué a enamorarme de la expresión.

Kainene dobló el periódico y lo dejó sobre la mesilla de noche.

—¿Por qué te preocupa tanto lo que piense Okeoma?

—Yo amo el arte. Fue horrible que me tachara de irrespetuoso.

—Y también es un error que pienses que el amor no deja lugar a nada más. Es posible amar algo y aun así mostrarse condescendiente.

Richard se apartó de ella.

—No sé qué es lo que estoy haciendo. Ni siquiera sé si soy escritor.

—No lo sabrás hasta que escribas, ¿no? —Kainene se levantó de la cama y Richard observó un brillo metálico en sus delgados hombros—. Ya veo que no estás

de humor para salir esta noche. Telefonaré a Madu y anularé la cena.

Después de llamar Kainene volvió y se sentó en la cama, y en el silencio que los separaba él se sintió de pronto agradecido de que el carácter resuelto de la joven no le permitiera comportarse de forma victimista, esconderse detrás de alguna excusa.

—Una vez escupí dentro del vaso de agua de mi padre —dijo Kainene—. No es que estuviera enfadada con él ni nada parecido. Simplemente lo hice. Tenía catorce años. Me habría encantado que se lo bebiera, pero por supuesto Olanna corrió a cambiar el agua. —La chica se tendió junto a Richard—. Ahora cuéntame tú algo horrible que hayas hecho.

Richard se sentía animado por el roce de la piel sedosa contra la suya, por la presteza con que había cambiado los planes de la cena con el comandante Madu.

—Nunca me he sentido lo bastante seguro para hacer cosas horribles.

—Bueno, entonces cuéntame lo que te apetezca.

Richard pensó en explicarle lo sucedido en Wentnor, el día en que se escondió para que Molly no lo encontrara y sintió, por primera vez, que podía forjar su propio destino. Pero no lo hizo. En vez de contarle aquello, le habló de sus padres, de la forma en que se miraban al hablar, de las veces en que se olvidaron de su cumpleaños y, semanas después, le pedían a Molly que hiciera un pastel que ponía «FELICIDADES CON RETRASO». Sus padres nunca sabían cuándo y qué comía; Molly lo alimentaba cuando se acordaba. No habían planeado tener un hijo, y por esa razón su crianza no había sido para ellos algo primordial. Pero él ya de muy pequeño comprendía que no era que no lo quisieran, sino que a veces se les olvidaba porque se amaban muchísimo el uno al otro. Kainene alzó las cejas, sardónica, como si su razonamiento no tuviera sentido para ella, y por eso Richard no se atrevió a decirle que a veces pensaba que también él la amaba demasiado.

## **2. El libro: *El mundo guardó silencio cuando morimos***

El habla acerca del soldado y comerciante británico Taubman Goldie, sobre cómo coaccionaba, engatusaba y asesinaba para obtener el monopolio del comercio del aceite de palma, y cómo, en la Conferencia de Berlín de 1884 en la que los europeos dividieron África, se aseguró de que Gran Bretaña arrebatara a Francia los dos protectorados junto al río Níger: el norte y el sur.

Los británicos prefirieron el norte. Allí el calor era seco y agradable. Los hausfulanis tenían la piel más clara y por eso se consideraban superiores a los negroides del sur. Además eran musulmanes, lo que equivalía a ser civilizados hasta donde les permitía su condición de indígenas, y seguían una organización feudal, lo que los hacía ideales para el gobierno indirecto. Ecuánimes emires recaudaban impuestos en nombre de los británicos y éstos los recompensaban manteniendo alejados a los misioneros cristianos.

Por el contrario, el sur, con su clima húmedo, estaba lleno de mosquitos, animistas y tribus dispares. Los yorubas constituían el grupo mayoritario en el

sudoeste. En el sudeste, los igbos vivían en pequeñas comunidades republicanas. No eran nada sumisos y sí preocupantemente ambiciosos. Como carecían del sentido común necesario para tener reyes, los británicos crearon la figura del gobernador, porque la dominación indirecta suponía menos gasto para la Corona. Permitieron la entrada a los misioneros para someter a los paganos, y así el modelo educativo y la religión cristiana que impusieron prosperó. En 1914, el gobernador general unió el norte y el sur, y su esposa eligió un nombre. Acababa de nacer Nigeria.

**SEGUNDA PARTE**  
**FINALES DE LOS SESENTA**



Ugwu estaba acostado en una estera en la cabaña de su madre, mirando una araña muerta aplastada contra la pared; los fluidos de su cuerpo habían teñido el barro de un rojo oscuro. Anulika medía tazas de *ukwa* y el aroma de las crujientes semillas del árbol del pan tostadas inundaba la habitación. La muchacha estaba hablando. Llevaba haciéndolo un buen rato y a Ugwu le dolía la cabeza. De repente le pareció como si la visita hubiera durado mucho más de una semana, tal vez a causa de los gases acumulados en su estómago por aumentarse sólo a base de fruta y frutos secos. La comida de su madre le resultaba de lo más insípida. Cocía demasiado la verdura, la harina de maíz estaba llena de grumos, la sopa le salía aguada y las rodajas de ñame quedaban ásperas por no haberles añadido mantequilla al hervirlas. No veía el momento de regresar a Nsukka y degustar por fin una buena comida.

—Quiero que mi primer hijo sea un niño, porque así tendría una posición segura en casa de Onyeka —decía Anulika.

Se levantó para coger una bolsa colgada de una viga y Ugwu volvió a notar la redondez sospechosa de su figura: los pechos que le llenaban la blusa, las nalgas que se bamboleaban a cada paso. Seguro que Onyeka la había tocado. Ugwu no soportaba la idea del cuerpo horrendo de aquel hombre introduciéndose en el de su hermana. Todo había ocurrido demasiado deprisa; la última vez que había estado en casa había oído hablar de los pretendientes, pero la chica había mencionado a Onyeka con tan poco entusiasmo que no pensó que fuera a aceptar su proposición tan pronto. Ahora incluso sus padres hablaban de Onyeka a todas horas, de su buen empleo de mecánico en el pueblo, de su bicicleta, de lo bueno que era, como si ya formara parte de la familia. Nadie se refería a su atrofiada estatura ni a sus dientes puntiagudos que parecían de una rata de campo.

—¿Sabes?, Onunna, la del clan de Ezeugwu, tuvo una niña en primer lugar, ¡y la familia de su marido fue a consultar al *dibia* para saber por qué! Claro que la familia de Onyeka nunca me haría eso, nunca se atreverían, pero de todas formas prefiero tener primero un niño —decía Anulika.

Ugwu se sentó.

—Estoy harto de oír hablar de Onyeka. Ayer cuando vino me di cuenta de una cosa. Tendría que bañarse más a menudo, huele peor que las judías podridas.

—¿Y tú qué? ¿Cómo te crees que hueles? —Anulika echó el *ukwa* en la bolsa y la anudó—. Ya he terminado. Más vale que te marches antes de que sea demasiado tarde.

Ugwu salió al patio. Su madre machacaba algo en un mortero y su padre estaba agachado a su lado, afilando un cuchillo. El roce del metal contra la piedra desprendía minúsculas chispas que titilaban unos instantes antes de desvanecerse.

—¿Anulika ha cerrado bien la bolsa del *ukwa*? —preguntó su madre.

—Sí. —Ugwu la levantó para enseñársela.

—Saluda al señor y a la señora de nuestra parte —dijo—. Dales las gracias por todo lo que nos han enviado.

—Sí, madre. —Ugwu se acercó y la abrazó—. Cuídate. Dale recuerdos a Chioke cuando vuelva.

Su padre se incorporó y frotó la hoja del cuchillo sobre la palma antes de estrechar la mano de Ugwu.

—Que vaya bien, *ije orna*. Te enviaremos un mensaje en cuanto la familia de Onyeka nos diga que está preparada para la ofrenda de vino de palma. Será dentro de unos pocos meses.

—Sí, padre.

Ugwu permaneció allí mientras sus primos y hermanos pequeños —los menores, desnudos, y los de más edad, con camisas demasiado grandes— se despedían y enumeraban lo que querían que les llevara en su próxima visita: «¡Cómpranos pan! ¡Cómpranos carne! ¡Tráenos pescado frito! ¡Queremos cacahuetes!».

Anulika lo acompañó hasta la carretera principal. Ugwu divisó una figura familiar cerca de la arboleda de *ubes*, y aunque no había vuelto a verla desde que se marchara a Kano para estudiar comercio hacía cuatro años supo al instante que se trataba de Nnesinachi.

—¡Anulika! ¡Ugwu! ¿Sois vosotros?

La voz de Nnesinachi seguía siendo tan ronca como la recordaba, pero la muchacha había crecido y tenía la piel más oscura por el implacable sol del norte.

Al abrazarse, Ugwu notó la presión de sus pechos contra el suyo.

—Apenas te habría reconocido, el norte te ha cambiado mucho —dijo Ugwu, preguntándose si ella lo habría estrechado tanto a propósito.

—Volví ayer con mis primos. —Le estaba sonriendo. Nunca hasta entonces le había sonreído con tanta dulzura. Se había rasurado y pintado las cejas, una un poco más ancha que la otra. Se volvió hacia Anulika—. Anuli, ahora iba a verte. ¡He oído que te casas!

—Sí, hermana, eso he oído yo también —dijo Anulika, y las dos se echaron a reír.

—¿Regresas a Nsukka? —le preguntó a Ugwu.

—Sí, pero volveré pronto, para la ofrenda de vino de Anulika.

—Que te vaya bien.

Los ojos de Nnesinachi se posaron en los suyos unos instantes, fijamente, antes de seguir su camino, y él supo que no habían sido imaginaciones suyas. Se había estrechado tanto contra él a propósito. Le flaquearon las piernas. Evitó volverse a mirarla por si ella lo hacía, y por un momento se olvidó de la incomodidad de su estómago revuelto.

—Debe de haberse espabilado en el norte. No puedes casarte con ella, así que será mejor que disfrutes de lo que te ofrece antes de que se case —le aconsejó Anulika.

—¿Te has dado cuenta?

—¿Cómo no iba a notarlo? ¿Te crees que soy tonta?

Ugwu entornó los ojos al mirarla.

—¿Te ha tocado Onyeka?

—Claro que me ha tocado.

Ugwu aminoró el paso. Sabía muy bien que se había acostado con Onyeka y aun así no le hacía ninguna gracia que se lo confirmara. Cuando Chinyere, la criada del doctor Okeke, empezó a colarse a través del seto en los cuartos del servicio para unas presurosas embestidas en la oscuridad, él se lo había contado a Anulika durante una de sus visitas y estuvieron comentando el tema. Pero nunca habían hablado de ella; Ugwu daba por hecho que no había nada de que hablar. Anulika caminaba delante de él, sin importarle su lentitud debida al enfado, así que Ugwu apretó el paso para alcanzarla, en silencio, deslizándose con ligereza sobre la hierba en la que de pequeños cazaban saltamontes.

—Tengo mucha hambre —le dijo al fin.

—No te has comido el ñame que ha hervido mamá.

—Nosotros lo cocinamos con mantequilla.

—Nosotros lo cocinamos con mantequilla —repitió Anulika mofándose de su acento—. Mírate. ¿Qué harás cuando te manden de vuelta al pueblo? ¿De dónde sacarás la mantequilla para hervir el ñame?

—Nunca me mandarán de vuelta al pueblo.

Anulika lo miró de soslayo, de arriba abajo.

—Te has olvidado de tus orígenes, y te has vuelto tan estúpido que ahora te crees un gran hombre.

El señor se encontraba en el salón cuando Ugwu entró y lo saludó.

—¿Cómo está tu familia? —le preguntó.

—Muy bien, *sah*. Me han dado recuerdos para ustedes.

—Estupendo.

—Mi hermana Anulika va a casarse pronto.

—Ya.

El señor estaba concentrado sintonizando una emisora de radio. Ugwu oyó a Olanna y a Bebé cantando en el baño.

El puente de Londres se cae, se cae, se cae,

El puente de Londres se cae, mi bella dama.

Las palabras pronunciadas por la titubeante voccecita de Bebé sonaban muy graciosas. La puerta del baño estaba abierta. —Buenas noches, *mah*— saludó Ugwu.

—¡Oh, Ugwu! ¡No te había oído entrar! —dijo Olanna.

Estaba inclinada sobre la bañera, bañando a Bebé.

—Bienvenido, *nno*. ¿Qué tal tu familia? ¿Bien?

—Sí, *mah*. Me han dado recuerdos para ustedes. Mi madre dice que nunca podrá agradecerle bastante las túnicas.

—¿Cómo va su pierna?

—Ya no le duele. Les envía *ukwa*.

—¡Anda! ¡Ha adivinado que me muero de ganas de comer *ukwa*! —Se volvió a mirarlo con las manos llenas de espuma de baño—. Tienes buen aspecto. ¡Qué mofletes!

—Sí, *mah* —asintió Ugwu, aunque no era cierto. Siempre adelgazaba cuando volvía a casa.

—¡Ugwu! —lo llamó Bebé—. ¡Ven, mira! —Le mostraba un patito de goma que silbaba al presionarlo.

—Bebé, ya saludarás a Ugwu después del baño —dijo Olanna.

—Anulika va a casarse, *mah*. Mi padre me ha pedido que se lo dijera. Aún no saben la fecha, pero estarán encantados de que vayan.

—¿Anulika? ¿No es muy joven? ¿Cuántos años tiene, dieciséis o diecisiete?

—Algunas de sus amigas ya se han casado.

Olanna se volvió hacia la bañera.

—Claro que iremos.

—¡Ugwu! —volvió a llamarlo Bebé.

—¿Caliente la papilla de Bebé, *mah*?

—Sí. Y prepárale también la leche, por favor.

—Sí, *mah*.

Esperó un poco y luego le preguntó si todo había ido bien durante la semana que había estado fuera, y ella le explicó qué amigos los habían visitado, qué había traído cada uno, y le dijo que se habían terminado todo el estofado que había guardado en recipientes en el congelador.

—El señor y yo hemos decidido que Arize venga en septiembre para tener aquí a su bebé —dijo Olanna.

—Qué bien, *mah* —repuso Ugwu—. Espero que el bebé se parezca a tía Arize y no a tío Nnakwanze.

Olanna se echó a reír.

—Yo también. Prepararemos la habitación con tiempo. Quiero que quede impecable.

—Quedará impecable, *mah*, no se preocupe.

A Ugwu le caía bien tía Arize. Recordaba la ceremonia del vino que había tenido lugar en Umunnachi hacía unos tres años ella tan rolliza y llena de vida, y él que bebió tanto vino de palma que casi dejó caer a la pequeña Bebé.

—El lunes me voy a Kano para recogerla y llevarla de compras a Lagos —dijo Olanna—. Bebé vendrá conmigo. Me llevaré el vestido azul que le hizo Arize.

—Le queda mejor el rosa, *mah*. El azul le va un poco pequeño.

—Es verdad.

Olanna recogió el patito de goma y lo lanzó de nuevo a la bañera, y Bebé lo estrujó y lo sumergió en el agua.

—*Nkem!* —llamó el señor—. *O mego!* ¡Ya ha pasado!

Olanna acudió corriendo al salón y Ugwu la siguió.

El señor se encontraba de pie junto a la radio. El televisor estaba encendido, pero con el volumen al mínimo, de forma que la gente que bailaba parecía que se tambaleara borracha.

—Ha habido un golpe —dijo, y señaló la radio—. El comandante Nzeogwu está hablando desde Kaduna.

La voz de la radio era joven, entusiasta, segura.

Se suspenden la Constitución de Nigeria y el gobierno regional, y por la presente quedan disueltas las asambleas electas. Queridos compatriotas, el propósito del Consejo Revolucionario es establecer una nación libre de corrupción y conflictos internos. Nuestros enemigos son los políticos aprovechados, los estafadores, los hombres con altos y bajos cargos que se prestan al soborno y exigen porcentajes, los que buscan la división permanente del país para mantenerse en el cargo, los tribalistas, los nepotistas, todos los que intentan aparentar que nuestro país marcha bien ante los círculos internacionales, los que han convertido la nuestra en una sociedad corrupta.

Olanna corrió hacia el teléfono.

—¿Qué está pasando en Lagos? ¿Han dicho lo que está ocurriendo?

—Tus padres están bien, *nkem*. La población civil está a salvo.

Olanna estaba marcando un número.

—¿Operadora? ¿Operadora? —Colgó el auricular y volvió a levantarlo—. No da señal.

El señor le quitó el teléfono de la mano con suavidad.

—Seguro que están bien. Enseguida volverá a haber línea. Lo hacen como medida de seguridad.

La voz de la radio se había vuelto más enérgica.

Aseguramos a todos los extranjeros que sus derechos continuarán siendo respetados. Prometemos a todos los ciudadanos respetuosos con la ley que serán liberados de cualquier forma de opresión y de la incompetencia general, y que tendrán libertad para vivir y prosperar en cualquier campo de la actividad humana. Os prometemos que nunca más os avergonzaréis de decir que sois nigerianos.

—¡Mami Ola! —llamó Bebé desde el baño—. ¡Mami Ola!

Ugwu acudió y la secó con una toalla, y luego la abrazó, aspirando el cuello de la pequeña. Desprendía un delicioso aroma a jabón de baño infantil Pears.

—¡Pollito! —exclamó mientras le hacía cosquillas.

Tenía las trenzas húmedas, con las puntas enroscadas. Ugwu se las alisó y se volvió a maravillarse de lo mucho que se parecía a su padre. En su poblado dirían que el señor había escupido a la criatura.

—¡Más cosquillas! —pidió Bebé entre risas. Su rostro regordete tenía una suave película de humedad.

—Pollito, pollito... —susurró Ugwu con aquella voz cantarina que tanto la divertía.

Bebé se rió, y Ugwu oyó a Olanna diciendo desde el salón:

—¡Dios mío! ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

Ugwu estaba sirviendo la papilla de Bebé cuando el vicepresidente hizo una breve intervención radiofónica. El tono comedido denotaba agotamiento debido al gran esfuerzo que le costaba pronunciar las palabras: «El gobierno cede el poder a los militares».

Otras declaraciones siguieron a ésa —el primer ministro había desaparecido, Nigeria pasaba a tener un gobierno militar federal, los presidentes del norte y del oeste habían desaparecido—, pero Ugwu no estaba seguro de quién hablaba ni por qué emisora, pues el señor, sentado junto a la radio, no paraba de girar el dial, parar, escuchar, volver a girar, parar. Se había quitado las gafas y los ojos, hundidos en su rostro, lo hacían parecer más vulnerable. No volvió a ponérselas hasta que llegaron los invitados. Ese día acudieron en mayor número, y Ugwu tuvo que llevar sillas del comedor al salón para que hubiera suficientes para todos. Hablaban en tono apremiante y alterado, casi atropellándose unos a otros.

—¡Se acabó la corrupción! ¡Esto es lo que esperábamos que ocurriera después de la huelga general! —dijo un invitado.

Ugwu no recordaba su nombre, pero sabía que siempre se comía todo el *chin-chin* al poco de haberlo servido, así que situó la bandeja lo más lejos posible de él. El hombre tenía las manos grandes: unos pocos puñados generosos y el contenido de la bandeja desaparecía.

—¡Los comandantes son verdaderos héroes! —dijo Okeoma, y levantó el brazo.

Todos traslucían entusiasmo, incluso al referirse a las víctimas de los asesinatos.

—Dicen que el *sardauna* se escondió detrás de sus esposas.

—Dicen que el ministro de economía se cagó encima antes de que le dispararan.

Algunos invitados se rieron entre dientes, y también lo hizo Ugwu, hasta que oyó a Olanna decir:

—Conocía a Okonji. Era amigo de mi padre. —Parecía apagada.

—En la BBC lo llaman un golpe igbo —dijo el invitado comedor de *chin-chin*—. Y no les falta razón. Casi todos los asesinados eran del norte.

—Casi todos los miembros del gobierno eran del norte —dijo el profesor Ezeka suspirando y enarcando las cejas, como si no diera crédito a tener que hacer una observación tan obvia.

—¡En la BBC deberían preguntarse más bien quién puso en el gobierno a los

norteños para dominarnos a todos! —exclamó el señor.

Ugwu se sorprendió de que el señor y el profesor Ezeka parecieran estar de acuerdo, y aún se sorprendió más cuando oyó decir a la señorita Adebayo:

—Esos africanos del norte están como locos por llamar a esto una traición de infieles en lugar de algo justo.

El señor se echó a reír, no en el habitual tono burlón que precedía a su avance hasta el borde de la silla para desafiarla, sino en señal de aprobación. Estaba de acuerdo con ella.

—Si en este país hubiera más hombres como el comandante Nzeogwu, no estaríamos donde estamos —dijo el señor—. Tiene una gran visión de futuro.

—¿No es comunista? —La intervención la hizo Lehman, el profesor de ojos verdes—. Fue a Checoslovaquia cuando estaba en Sandhurst.

—Los americanos estáis obsesionados con encontrar comunistas en todas partes. ¿Cree que tenemos tiempo de pensar ahora en eso? —preguntó el señor—. Lo que de verdad importa es que el país avance. Vamos a suponer que en principio una democracia capitalista es algo bueno, pero en nuestro caso... si alguien te da un traje que te dice que es igual que el suyo, y resulta que no te está bien y además le faltan botones... lo mejor es que lo tires y te hagas otro que te vaya bien. ¡Eso es lo que hay que hacer!

—Demasiada retórica, Odenigbo —dijo la señorita Adebayo—. La teoría no funciona con los militares.

Ugwu se sintió mejor; ése era el tipo de discusión al que estaba acostumbrado.

—Puede funcionar. Sobre todo con alguien como el comandante Nzeogwu —replicó el señor—. ¡Ugwu! ¡Trae más hielo!

—Ese hombre es comunista —insistió el profesor Lehman.

A Ugwu le molestaba su voz nasal, o tal vez sólo fuera que tenía el mismo pelo rubio que el señor Richard pero ni un ápice de su serena dignidad. Le habría gustado que el señor Richard siguiera acudiendo a las reuniones. Se acordaba muy bien de su última visita, unos meses antes del nacimiento de Bebé, pero otros recuerdos de aquellas semanas tumultuosas le resultaban ahora borrosos, incompletos; había tenido tanto miedo de que el señor y Olanna no volvieran a estar juntos y su propio mundo se desmoronara que ni siquiera se atrevía a escuchar sus conversaciones a escondidas. No se habría enterado de que la pelea tenía que ver con el señor Richard si no se lo hubiera explicado Harrison.

—Gracias, amigo mío —dijo el señor, tomando el cuenco lleno de cubitos y echándose unos cuantos en el vaso.

—Sí, *sah* —respondió el muchacho mientras observaba a Olanna.

Ésta apoyaba la cabeza sobre las manos entrelazadas. A Ugwu le habría gustado sentir verdadera pena por su amigo político asesinado, pero los políticos no eran personas normales: eran políticos. Leía cosas sobre ellos en el *Renaissance* y en el *Daily Times*: contrataban a matones para deshacerse de sus oponentes, compraban

casas y tierras con fondos del gobierno, importaban flotas de enormes coches americanos y pagaban a mujeres para que se escondieran papeletas de voto en el vientre fingiendo estar embarazadas. Cada vez que escurría el líquido de un bote de judías cocidas, el fregadero viscoso le hacía pensar en los políticos.

Aquella noche, acostado en su cama en los cuartos del servicio, trató de concentrarse en la lectura de *El alcalde de Casterbridge*, pero le resultaba muy difícil. Albergaba la esperanza de que Chinyere se colara a través del seto y le hiciera una visita. Nunca lo planeaban, simplemente aparecía unos días y otros no. Deseaba con fervor que se presentara aquella noche tan emocionante, la noche del golpe que había cambiado el orden de las cosas, y en la que todo palpitaba con posibilidades de esperanza y renovación. Cuando oyó los golpecitos en la ventana, dio algo azorado las gracias a los dioses.

—Chinyere —dijo él.

—Ugwu —dijo ella.

Olía a cebolla rancia. La luz estaba apagada, y en el tenue haz luminoso procedente del piloto exterior pudo distinguir cómo apuntaban hacia arriba los conos de sus senos al quitarse la blusa, cómo se desataba la túnica y se tendía boca arriba. Había algo húmedo en la oscuridad, en sus cuerpos tan juntos, y Ugwu se imaginó que las piernas firmes que lo rodeaban eran las de Nnesinachi. Al principio, la muchacha permaneció en silencio; luego, al agitar las caderas y aferrarse con fuerza a su espalda, acabó gritando las mismas palabras de siempre: «Abonyi, Abonyi». Parecía un nombre, pero no estaba seguro. Tal vez ella también se imaginara que estaba con otra persona, algún chico de su pueblo.

Se levantó y se marchó tan silenciosamente como había venido. Cuando al día siguiente la vio tendiendo ropa al otro lado del seto, le dijo: «Ugwu» y nada más; ni siquiera le sonrió.



Olanna aplazó su viaje a Kano a causa del golpe. Esperó a que volvieran a abrir los aeropuertos, a que funcionara de nuevo el servicio de correos y telégrafos, a que los gobernadores militares fueran destinados a sus regiones. Aguardó hasta estar segura de que el orden se había reinstaurado. Pero el ambiente seguía enrarecido. Todo el mundo hablaba del golpe, incluso el taxista vestido con caftán y sombrero blanco que los trasladó a ella y a Bebé desde el aeropuerto a casa de Arize.

—Pero al *sardauna* no lo asesinaron, señora —le dijo en voz baja—. Se escapó gracias a la ayuda de Alá y ahora está en La Meca.

Olanna sonrió gentilmente y no dijo nada, porque sabía que aquel hombre, que llevaba un rosario colgado en el retrovisor, necesitaba creerlo así. A fin de cuentas, el *sardauna* no había sido sólo el presidente del norte, sino que también había sido el líder espiritual de aquel hombre y de muchos musulmanes como él.

Le contó a Arize el comentario del taxista, a lo que ésta, encogiéndose de hombros, respondió:

—Dicen de todo.

Arize llevaba la túnica anudada por debajo de la cintura y la blusa suelta para albergar su abultado vientre. Se sentaron en la sala con las fotos de la boda de Arize y Nnakwanze colgadas en la grasienta pared mientras Bebé jugaba con los niños del complejo. A Olanna no le hacía ninguna gracia que tocara a aquellos pequeños de ropas harapientas y mocos de aspecto lechoso cayéndoles por la nariz, pero no lo dijo; se avergonzaba de sentir aquello.

—Cogeremos el primer vuelo a Lagos mañana, Ari, así podrás descansar un poco antes de salir de compras. No quiero que hagamos nada que pueda causarte problemas —dijo Olanna.

—¿Qué problemas? Sólo estoy embarazada, hermana, no enferma. ¿Es que no hay mujeres como yo que trabajan en la granja hasta que el bebé está a punto de nacer? ¿No soy yo acaso la que está cosiendo ese vestido? —Arize señaló la máquina de coser Singer que asomaba entre una pila de retales en la mesa del rincón.

—Me preocupa mi ahijado, no tú —dijo Olanna.

Le levantó la blusa y posó la mejilla con suavidad sobre la piel tirante de su vientre redondeado, siguiendo un tierno ritual que practicaba desde el inicio del embarazo; según Arize, si lo repetía muchas veces la criatura se empaparía de sus rasgos y se parecería a Olanna.

—No me importa cómo sea por fuera —aseguró Arize—. Pero por dentro tiene que parecerse a ti. La niña será tan inteligente como tú y tendrá estudios.

—O el niño...

—No; ésta es una niña, ya lo verás. Nnakwanze dice que será niño y que se parecerá a él, pero yo le digo que Dios no permitirá que mi bebé tenga un rostro tan vulgar.

Olanna se echó a reír. Arize se levantó y abrió un bote esmaltado del que extrajo algo de dinero.

—Mira lo que me envió Kainene la semana pasada. Dice que me lo gaste en cosas para el bebé.

—Es un bonito detalle. —Olanna notó su propia rigidez, consciente de que Arize la estaba mirando.

—Kainene y tú tenéis que hablar. Lo pasado, pasado está.

—Sólo se puede hablar si alguien quiere hablar contigo —dijo Olanna. Quería cambiar de tema, como siempre que salía a relucir Kainene—. Será mejor que lleve a Bebé a visitar a tía Ifeka.

Se apresuró a salir en busca de su hija antes de que Arize dijera algo más. Sacudió la arena de la cara y las manos de Bebé y se alejaron caminando por la carretera. Tío Mbaezi no había vuelto aún del mercado y se sentaron junto a tía Ifeka en un banco que había frente al quiosco, con Bebé en el regazo de Olanna. Del patio llegaban las charlas de los vecinos y los chillidos de los niños que corrían alrededor del tronco del *kuka*. Alguien había puesto música muy alta en el gramófono; al momento, un grupo de hombres que había junto a la puerta del recinto empezaron a reír y a empujarse unos a otros interpretando burlescamente la canción. Tía Ifeka también se rió y empezó a dar palmadas.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Olanna.

—Es la canción de Rex Lawson —explicó tía Ifeka.

—¿Y qué tiene de gracioso?

—Nuestra gente dice que el coro suena igual que el balido de una cabra —dijo tía Ifeka entre risas—. Dicen que el *sardauna* también balaba al suplicar que no lo mataran. Cuando los soldados bombardearon su casa con morteros, se escondió detrás de sus esposas y empezó a gritar: «¡Beee, beee! Por favor, no me matéis. ¡Beee, beee!».

Tía Ifeka volvió a reírse, y también Bebé, como si la hubiera entendido.

—¡Oh!

Olanna pensó en el jefe Okonji, y se preguntaba si dirían lo mismo de él, que había balado igual que una cabra antes de morir. Volvió la mirada al otro lado de la calle donde unos niños jugaban a echar carreras haciendo rodar llantas de neumático. A lo lejos veía aproximarse una pequeña tormenta de arena, con el polvo que se elevaba y caía en forma de nubes de un blanco grisáceo.

—El *sardauna* era un hombre malo, *ajo mmadu* —dijo tía Ifeka—. Nos odiaba. Odiaba a todo el que no se descalzara ante él y le hiciera reverencias. ¿No fue él uno de los que prohibió que nuestros hijos fueran a la escuela?

—No tendrían que haberlo matado —dijo Olanna en voz baja—. Podían haberlo enviado a la cárcel.

Tía Ifeka soltó un bufido.

—¿A qué cárcel? ¿Acaso no era él quien lo controlaba todo en Nigeria? —Se

levantó y empezó a andar hacia el quiosco—. Ven, vamos dentro y le prepararé a Bebé algo de comer.

La canción de Rex Lawson sonaba a todo volumen en el recinto de Arize cuando Olanna entró. A Nnakwanze también le parecía divertidísima. Tenía dos paletas frontales enormes y al reírse daba la impresión de que tenía demasiados dientes para una boca tan pequeña. «¡Beee, beee!, una cabra suplicando que no la mataran. ¡Beee, beee!»

—No tiene ninguna gracia —dijo Olanna.

—Sí, hermana, es muy gracioso —dijo Arize—. Con tanto estudio ya no te acuerdas ni de cómo se ríe.

Nnakwanze estaba sentado en el suelo a los pies de Arize, acariciándole el vientre con suaves movimientos circulares. Se preocupó bastante menos que ella cuando no consiguió quedarse embarazada durante el primer, el segundo y el tercer año de su matrimonio; por aquél entonces, la madre los visitaba muy a menudo y, tocando la barriga de Arize, la instaba a que confesara cuántos abortos había sufrido antes de casarse, hasta Nnakwanze le pidió que dejara de visitarlos y también de traerle a la joven brebajes que olían a rayos y que ella bebía con amargura. Ahora que por fin estaba embarazada, podía trabajar más horas en el ferrocarril y le había pedido que ella redujera un poco sus labores de costura.

Seguía entonando la canción y riéndose. Una cabra que suplicaba que no la mataran: «¡Beee, beee, beee!».

Olanna se puso en pie. La brisa nocturna resultaba desagradablemente fresca.

—Ari, deberías acostarte ya, así por la mañana estarás descansada para ir a Lagos. Nnakwanze quiso ayudar a Arize a levantarse, pero ella lo apartó a un lado.

—Ya os he dicho que no estoy enferma. Sólo estoy embarazada.

Olanna se alegró de que la casa de Lagos estuviera vacía. Su padre la había telefoneado para comunicarle que se marchaban al extranjero. Ella sabía que era porque quería alejarse hasta que las cosas se calmaran, porque debía mostrarse precavido por sus actividades en el pago de comisiones, las fiestas suntuosas y sus turbios contactos, pero ni él ni su madre se lo confesaron. Decían tomarse unas vacaciones. Tenían por costumbre callar las cosas, de igual forma que simulaban no darse cuenta de que ella y Kainene ya no se hablaban y de que Olanna sólo volvía a casa cuando sabía que su hermana no había ido a visitarlos.

En el taxi de camino al aeropuerto, Arize le enseñó una canción a Bebé mientras Olanna contemplaba la ciudad de Lagos al pasar: el tráfico tumultuoso, los autobuses herrumbrosos y el gentío de aspecto fatigado que los esperaba, los revendedores de billetes, los mendigos deslizándose en carritos de madera bajos y planos, los andrajosos vendedores ambulantes que ofrecían con brusquedad sus bandejas a gente que no quería o no podía comprar nada.

El taxista se detuvo delante del muro que rodeaba la finca de sus padres en Ikoyi.

Escudriñó la alta verja.

—El ministro al que mataron vivía por aquí, ¿*abi*, tía? —preguntó.

Olanna simuló no haberlo oído y se dirigió a Bebé.

—¡Oh, mira, te has manchado el vestido! Venga, entra corriendo y te quitaremos la mancha.

Más tarde, Ibekie, el chófer de su madre, los llevó a Kingsway. El supermercado olía a pintura fresca. Arize andaba de un pasillo a otro embobada, palpando los envoltorios de plástico y eligiendo ropa para el bebé, un cochecito rosa y una muñeca de plástico con ojos azules.

—En los supermercados todo está tan reluciente, hermana —dijo entre risas—. ¡Ni una mota de polvo!

Olanna le mostró un vestido blanco adornado con puntilla rosa.

—O *maka*. Es precioso.

—Es demasiado caro —observó Arize.

—Nadie te ha preguntado.

Bebé cogió una muñeca de una estantería baja, la puso boca abajo y ésta emitió un sonido de llanto infantil.

—No, Bebé. —Olanna devolvió la muñeca a su sitio.

Estuvieron comprando un rato más y luego se dirigieron al mercado de Yaba, donde Arize adquirió telas para hacerse vestidos. Tejuosho Road estaba a rebosar de familias enteras que se apiñaban alrededor de las ollas de comida hirviendo, de mujeres que tostaban maíz y plátano en cuencos carbonizados y de hombres con el torso desnudo que cargaban sacos en camiones decorados con proverbios pintados a mano: «nada dura por siempre, dios es sabio». Ibekie estacionó junto a los quioscos de prensa; Olanna observó a la gente que estaba de pie leyendo el *Daily Times* y sintió que el orgullo la elevaba. Estaba seguro que leían el artículo de Odenigbo; con toda probabilidad, era el mejor de todo el periódico. Lo había revisado ella misma y había moderado un poco su estilo retórico, de forma que la conclusión —que sólo un gobierno unitario conseguiría eliminar las divisiones del regionalismo— resultaba más clara.

Tomó la mano de Bebé y juntas pasaron por delante de los vendedores ambulantes que, alineados junto al borde de la carretera y protegidos por sombrillas, ofrecían pilas, candados y cigarrillos cuidadosamente dispuestos en bandejas esmaltadas. La entrada principal del mercado estaba extrañamente vacía. Entonces Olanna se apercibió del corro que se había formado un poco más adelante. Un hombre vestido con una camiseta amarillenta permanecía en el centro mientras otros dos lo abofeteaban, uno después del otro, unas bofetadas metódicas que resonaban en su piel curtida.

—¿Por qué? ¿Por qué lo niegas?

El hombre los miraba perplejo; los golpes le obligaban a volver un poco la cabeza. Arize se detuvo.

Una persona de las que allí se aglomeraban gritó:

—Estamos haciendo recuento de los igbos. *Oya*, acérquese y díganos su nombre.

¿Es igbo?

Antes de que Olanna dijera nada, Arize musitó:

—*I kwuna okwu.*

A continuación, negó con la cabeza y empezó a hablar con fluidez en yoruba mientras, poco a poco, se daba la vuelta con naturalidad para marcharse por donde habían venido. La multitud desvió la atención de ellas. Otro hombre vestido con un traje de safari empezó a recibir golpes en la nuca.

—¡Eres igbo! ¡No lo niegues! ¡Identifícate!

Bebé empezó a llorar.

—¡Mami Ola! ¡Mami Ola!

Olanna la aupó. Ella y Arize no hablaron hasta llegar al coche. Ibekie ya había dado la vuelta al auto y las esperaba mirando por el espejo retrovisor.

—He visto a gente corriendo —dijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Olanna.

Arize se encogió de hombros.

—Había oído que estaban haciendo esto en Kaduna y en Zaria desde lo del golpe; salen a la calle y acosan a los igbos para que reconozcan que ellos fueron los responsables.

—*Ezi okwu?* ¿En serio?

—Sí, tía —respondió Ibekie al momento, como si hubiera estado esperando la oportunidad de hablar—. Mi tío, el que vive en Ebutte Metta, no ha pasado una sola noche en su casa desde el golpe. Todos sus vecinos son yorubas, y dicen que algunos han ido a buscarlo. Cada noche duerme en un sitio diferente, para poder seguir ocupándose de su negocio. Y ha enviado a los niños con la familia.

—*Ezi okwu?* ¿En serio? —repitió Olanna.

De pronto, se sintió vacía. No sabía que las cosas hubieran llegado hasta ese extremo. En Nsukka estaban un poco aislados y las noticias les llegaban tergiversadas, y sólo servían para dar pie a las tertulias nocturnas y a las diatribas y los artículos apasionados de Odenigbo.

—Los ánimos se apaciguarán —dijo Arize, y la confortó con una palmadita en el brazo—. No te preocupes.

Olanna asintió y se quedó mirando las letras pintadas en un camión cercano: «en el cielo no hay teléfono». No daba crédito a la facilidad con la que habían negado quienes eran, con la que habían ocultado su condición de igbos.

—Llevará el vestido blanco para el bautizo, hermana —dijo Arize.

—¿Qué, Ari?

Arize se señaló el vientre.

—Tu ahijada llevará el vestido blanco para su bautizo. Muchas gracias, hermana.

La luz en sus ojos hizo sonreír a Olanna. Seguro que los ánimos se calmarían. Le

hizo cosquillas a Bebé, pero ésta no se rió. La niña se la quedó mirando con expresión asustada en sus ojos aún humedecidos por las lágrimas.

Richard observó a Kainene mientras se subía la cremallera del vestido de color lila y se volvía hacia él. En la habitación del hotel entraba mucha luz, y él contempló a la joven y a su imagen reflejada en el espejo que había detrás de ella.

—*Nke a ka mma* —dijo Richard.

Aquel vestido era más bonito que el negro que había sobre la cama y que había elegido en primer lugar para la fiesta de sus padres. Ella le hizo una reverencia con gesto burlón y se sentó para calzarse. Se la veía incluso guapa con los polvos de tocador, el pintalabios rojo y el aspecto relajado que sustituía a la tensión que la había atenazado últimamente al intentar conseguir un contrato con Shell-BP. Antes de salir, Richard le apartó un mechón de la peluca y la besó en la frente para no correrle el carmín.

El salón de casa de sus padres estaba lleno de globos estridentes. La fiesta ya había empezado. Los camareros vestidos de blanco y negro transportaban las bandejas con una sonrisa de adulación dibujada en el rostro y el mentón levantado de manera absurda. El champán burbujeaba en copas altas y la luz de los candelabros producía destellos en las piezas de joyería que lucían en el cuello de mujeres rechonchas, y el grupo de high life instalado en una esquina tocaba a un volumen tan alto y con un ritmo tan enérgico que los invitados tenían que acercarse mucho unos a otros para oír lo que se decían.

—Hay muchos grandes hombres del nuevo régimen —comentó Richard.

—Papá no ha perdido el tiempo en congraciarse con ellos —le dijo Kainene al oído—. Desapareció hasta que las cosas se calmaron y ahora ha vuelto para hacer nuevos amigos.

Richard echó un vistazo a la estancia. Divisó enseguida al coronel Madu, con sus amplias espaldas, su amplio rostro y sus amplias facciones en una cabeza que asomaba por encima de las demás. Hablaba con un árabe vestido con un esmoquin ceñido. Kainene se acercó a saludarlo y Richard se fue a por bebida para evitar tener que hablar con él tan pronto.

La madre de Kainene se acercó y lo besó en la mejilla; había bebido, de otro modo lo habría obsequiado con un «¿Qué tal?» expresado con la habitual frialdad. En aquella ocasión, sin embargo, alabó su aspecto y lo arrinconó en un infortunado extremo del salón, con la pared a su espalda y una escultura intimidante en forma de león gruñendo a uno de los lados.

—Kainene me ha dicho que pronto volverás a Londres —se interesó. Su tez negra como el ébano tenía un brillo céreo a causa del maquillaje. Sus gestos denotaban cierto nerviosismo.

—Sí, estaré fuera unos diez días.

—¿Sólo diez días? —Esbozó una falsa sonrisa. Tal vez esperara que se alejara de allí por más tiempo y aprovechar su ausencia para buscarle una pareja adecuada a su

hija—. ¿Vas a visitar a tu familia?

—Mi primo Martin se casa —dijo Richard.

—Ah, ya. —Los numerosos collares de oro que rodeaban su cuello la obligaban a bajar la cabeza, como si transportara una gran carga, y su afán por disimularlo aún lo hacía más obvio—. Entonces tal vez podamos quedar para tomar algo en Londres. Estoy tratando de convencer a mi marido para que nos tomemos otras vacaciones cortas. No es que vaya a ocurrir nada, pero no a todo el mundo le parece bien el decreto unitario del que tanto habla el gobierno. Es mejor que nos alejemos hasta que la situación se estabilice. A lo mejor nos vamos la semana que viene, pero no se lo diremos a nadie, así que no lo comentes tú tampoco. —Le tocó la manga con aire juguetón y la curva de sus labios sonrientes le recordó a Kainene—. Ni siquiera nos despediremos de nuestros amigos, los Ajuah. ¿Conoces al jefe Ajuah, el dueño de la compañía embotelladora? Son igbos, pero del oeste, y he oído que los de allí niegan su condición de igbos. ¿Quién sabe de qué podrían acusarnos? ¿Quién lo sabe? Venderían a otros igbos por un miserable penique, te lo aseguro. ¿Te apetece tomar algo más? Espérame aquí, te traeré otra copa. No te muevas.

En cuanto se alejó trastabillando, Richard se fue a buscar a Kainene. La encontró en la terraza con Madu, asomados contemplando la piscina. Flotaba en el aire un fuerte olor a carne asada. Los observó unos instantes. Madu ladeaba un poco la cabeza mientras Kainene hablaba; su figura aparecía muy delicada al lado del fornido cuerpo de él y parecían naturalmente hechos el uno para el otro. Ambos de piel muy oscura, ella alta y delgada, él más alto y robusto. Kainene se volvió y se percató de su presencia.

—Richard —dijo.

Se acercó a ellos y le estrechó la mano a Madu.

—¿Cómo estás, Madu? *A na-ernekwá?* —preguntó, deseoso de ser el primero en hablar—. ¿Qué tal te va la vida en el norte?

—No puedo quejarme —dijo Madu en inglés.

—¿No ha venido Adaobi? —A Richard le habría gustado que su esposa lo acompañara más a menudo.

—No —respondió Madu, y echó un trago; estaba claro que no quería que nadie interrumpiera su conversación con Kainene.

—Ya he visto que mi madre te tenía entretenido, qué emocionante —dijo Kainene—. Madu y yo hemos tenido que aguantar a Ahmed un rato. Quiere comprar el almacén que papá tiene en Ikeja.

—Tu padre no le venderá nada —aseguró Madu, como si dependiera de él—. Los sirios y los libaneses se han hecho los dueños de medio Lagos, todos los de este país son unos malditos oportunistas.

—Yo se lo vendería si no tuviera ese espantoso olor a ajo —dijo Kainene.

Madu se echó a reír.

Kainene cogió la mano de Richard con suavidad.



—Le estaba contando a Madu que tú crees que va a haber otro golpe.

—No habrá más golpes —soltó Madu.

—Tú lo sabrías, ¿no, Madu? Siendo un coronel tan importante como ahora eres...

—lo provocó Kainene.

Richard le apretó la mano.

—La semana pasada estuve en Zaria y me pareció que de lo único que se hablaba era de un segundo golpe. Incluso se comentó en Radio Kaduna y en el *New Nigerian* —dijo Richard en igbo.

—¿Qué sabe en realidad la prensa? —repuso Madu en inglés. Siempre lo hacía; desde que Richard hablaba igbo con fluidez, Madu se empeñaba en contestarle en inglés para que se viera obligado a cambiar de idioma.

—En los periódicos se publicaban artículos sobre la yihad, y Radio Kaduna emitía los últimos discursos del *sardauna*; también escuché algunos comentarios acerca de cómo los igbos iban a ocupar los cargos de la administración pública y...

Madu lo interrumpió.

—No habrá más golpes. En el ejército se respira cierta tensión, pero no más de la normal. ¿Has probado la carne de cabra? ¿No te parece que está buenísima?

—Sí —asintió Richard casi sin pensarlo, y enseguida se arrepintió. El aire de Lagos era muy húmedo; al lado de Madu resultaba sofocante. Aquel hombre siempre le hacía sentirse insignificante.

El segundo golpe de Estado tuvo lugar al cabo de una semana, y la primera reacción de Richard fue de malévola satisfacción. Se encontraba releendo una carta de Martin en la huerta de árboles frutales, sentado en el lugar donde Kainene solía decirle que había aparecido una hendidura del mismo tamaño y forma que su trasero.

¿Aún se usa la expresión «volverse nativo»? Siempre supe que a ti te ocurriría. Mamá me ha contado que has abandonado el libro de arte tribal y que estás encantado con el nuevo, una especie de diario de viaje novelado, ¡y también acerca de los malignos europeos en África! Me gustaría que me explicaras más cosas sobre ello cuando vengas a Londres. Es una lástima que hayas desechado el antiguo título: *El cesto de manos*. ¿También en África cortaban las manos? Yo pensaba que sólo lo hacían en la India. ¡Estoy intrigado!

Richard recordó la manera en la que Martin solía sonreír cuando ambos eran colegiales, en aquella época en la que tía Elizabeth los había inscrito en todo tipo actividades con su manía de que no perdieran el tiempo: torneos de críquet, clases de boxeo, de tenis y lecciones de piano con un profesor francés que ceceaba. Martin lo aprendía todo deprisa y siempre lucía la sonrisa desdeñosa de alguien que había nacido para sobresalir.

Richard extendió el brazo para arrancar una florecilla que parecía una amapola. Se preguntaba cómo sería la boda de Martin. Su novia era diseñadora de moda, nada

menos. Ojalá Kainene lo acompañara, ojalá no tuviera que quedarse allí para firmar el nuevo contrato. Quería que tía Elizabeth, Martin y Virginia la vieran, pero sobre todo quería que lo vieran a él, al hombre en que se había convertido tras aquellos años en Nigeria, un hombre de piel más tostada y más feliz.

Ikejide se le acercó.

—¡Señor Richard, *sah!* La señora dice que le haga venir. Hay otro golpe —dijo. Parecía nervioso.

Richard se dirigió a toda prisa hacia la casa. Él tenía razón; Madu se equivocaba. El húmedo calor de julio hacía que el pelo se le pegara a la cabeza, de modo que se pasó la mano por él mientras caminaba. Kainene se encontraba sentada en un sofá del salón, con los brazos cruzados, meciéndose adelante y atrás. La voz del locutor británico sonaba a todo volumen, por lo que tuvo que levantar la suya para decirle:

—Oficiales del norte han tomado el poder. La BBC dice que van a matar a los oficiales igbos de Kaduna. La radio nigeriana no dice nada.

Hablaba muy deprisa. Richard se le acercó por detrás y empezó a masajearle los hombros con movimientos circulares para aliviar la rigidez de sus músculos. La voz acelerada del locutor británico decía que era muy raro que hubiera tenido lugar un segundo golpe de Estado sólo seis meses después del primero.

—Muy raro, muy raro... —dijo Kainene.

Entonces extendió el brazo, con un movimiento brusco y repentino, y arrojó al suelo la radio que estaba sobre la mesa. Cayó sobre la alfombra, y una pila salió rodando.

—¡Madu está en Kaduna! —exclamó, y se cubrió el rostro con las manos—. ¡Madu está en Kaduna!

—No te preocupes, cariño —dijo Richard—. No va a pasarle nada.

Por primera vez pensó en la posibilidad de que Madu muriera. Decidió no volver a Nsukka durante un tiempo, sin saber bien por qué. ¿Era realmente porque quería estar con ella cuando recibieran la noticia de su muerte? Durante los días siguientes, Kainene estaba tan angustiada que también él empezó a preocuparse por Madu; luego se sentía molesto por preocuparse, y luego molesto por haberse sentido molesto. Cómo podía ser tan mezquino. A fin de cuentas, la angustia de Kainene también lo incluía a él, como si Madu fuera amigo de ambos, no sólo de ella. Le contó a quiénes había llamado, qué averiguaciones había hecho para enterarse de lo ocurrido. Nadie sabía nada. La esposa de Madu no tenía noticias. Lagos era un caos. Sus padres se habían marchado a Inglaterra. Muchos oficiales igbos habían muerto. La matanza había estado organizada; le habló del soldado que relataba que en su cuartel habían hecho sonar la alarma para congregarse al batallón y, cuando todo el mundo estuvo reunido, los norteños se llevaron a los soldados igbos y los fusilaron.

Kainene estaba silenciosa, apagada, pero no lloraba. Por eso el día que le dijo entre sollozos que tenía noticias estaba seguro de que se trataba de Madu. Pensó en la forma de consolarla, en si sería capaz de consolarla.

—Es Udodi —dijo por fin Kainene—. Han matado al coronel Udodi Ekechi.

—¿A Udodi? —Estaba tan convencido de que se trataba de Madu que por un momento se quedó sin palabras.

—Los soldados del norte lo encerraron en una celda del cuartel y lo obligaron a comerse sus propias heces. Se comió sus propias heces. —Kainene hizo una pausa—. Luego le pegaron hasta dejarlo inconsciente, lo ataron a una cruz de hierro y lo dejaron tirado en la celda. Murió atado a una cruz de hierro. Murió en la cruz.

Richard se sentó despacio. La antipatía que sentía por Udodi, por aquel hombre escandaloso y borrachín que emanaba hipocresía por todos sus poros, se había acentuado en los últimos tiempos. Sin embargo, la noticia de su muerte lo dejó petrificado. Volvió a pensar en la muerte de Madu y se dio cuenta de que no sabía cómo podría reaccionar.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Maria Obele. La esposa de Udodi es prima suya. Según ha oído no se ha salvado ni uno de los oficiales igbos del norte. Pero en Umannachi dicen que les parece que Madu ha conseguido escapar. Adaobi no sabe nada. ¿Cómo puede haberse escapado? ¿Cómo?

—Puede que se haya escondido.

—¿Cómo? —repitió Kainene.

El coronel Madu se presentó en casa de Kainene dos semanas después. Parecía incluso más alto, ya que se había adelgazado mucho; las clavículas angulosas se le marcaban en la camisa blanca.

Kainene soltó un grito.

—¡Madu! ¿Eres tú? *Ogi di ife a?*

Mientras Richard dudaba de hacia cuál de los dos dirigirse primero, Kainene y Madu ya estaban abrazados muy fuerte, ella acariciándole los brazos y el rostro con tal ternura que Richard se vio obligado a apartar la mirada. Se dirigió al mueble bar y sirvió un whisky para Madu y una ginebra para él.

—Gracias, Richard —dijo Madu, pero no cogió la bebida, así que Richard se quedó plantado con los dos vasos hasta que al final dejó uno sobre la mesa.

Kainene estaba sentada en una mesa auxiliar enfrente de Madu.

—Dijeron que te habían matado a tiros en Kaduna, luego que te habían enterrado vivo en el bosque, después que te habías escapado, y por último que estabas en una prisión en Lagos.

Madu no dijo nada. Kainene lo miraba fijamente. Richard se terminó la copa y se sirvió otra.

—¿Te acuerdas de mi amigo Ibrahim, de Sandhurst? —preguntó el hombre finalmente.

Kainene asintió.

—Ibrahim me ha salvado la vida. La mañana del golpe me explicó lo que iba a

ocurrir. No estaba directamente implicado, pero, como la mayoría de los oficiales del norte, lo sabía. Me llevó en coche a casa de su primo, pero no llegué a entender la gravedad de la situación hasta que le pidió que me escondiera en el patio trasero, donde guarda los animales domésticos. Pasé dos días enteros en el gallinero.

—¡No! ¡Ekwunzina!

—¿Y sabes qué? Los soldados acudieron a registrar la casa de su primo en mi busca. Todo el mundo sabía que mantenía una relación muy estrecha con Ibrahim y sospechaban que me había ayudado a escapar. Pero no se les ocurrió mirar en el gallinero. —El coronel Madu hizo una pausa, asintiendo y mirando a lo lejos—. No sabía lo mal que huele la mierda de pollo hasta que dormí sobre ella durante tres noches. Al tercer día, Ibrahim me envió a través de un chico unos caftanes y un poco de dinero y me pidió que me marchara enseguida. Me vestí de nómada fulani y recorrí los pueblos más pequeños porque él me había contado que los artilleros bloqueaban las principales carreteras de Kaduna. Tuve suerte de dar con un camionero igbo, de Ohafia, que me llevó hasta Kafanchan. Allí vive mi primo. Conoces a Onunkwo, ¿verdad? —Madu no aguardó a que Kainene le respondiera—. Es el jefe de estación del ferrocarril y me dijo que los soldados del norte habían acordonado el puente Makurdi. Ese puente habría sido mi tumba. Registraban todos y cada uno de los vehículos, los trenes de pasajeros hasta durante ocho horas, disparaban a los soldados igbos que encontraban y arrojaban sus cuerpos. Muchos soldados iban disfrazados, pero los distinguían por las botas.

—¿Qué? —Kainene se inclinó hacia delante.

—Las botas. —Madu bajó la vista a sus pies—. Ya sabes que los soldados siempre llevamos botas; examinaban los pies de cada uno de los pasajeros, y si era igbo y llevaba los pies limpios y sin grietas debidas al harmatán, lo apartaban y le disparaban. También examinaban su frente en busca de una franja más clara por culpa de llevar boina de soldado. —Madu sacudió la cabeza—. Onunkwo me advirtió que esperara unos días. No pensaba que pudiera salir con vida del puente porque me reconocerían con facilidad incluso disfrazado. Así que me quedé diez días en un pueblo cercano a Kafanchan. Onunkwo me buscó distintas casas donde alojarme. No era prudente que me quedara en la suya. Al final un maquinista, un buen hombre de Nnewi, le dijo que estaba dispuesto a esconderme en la cisterna de su tren de mercancías. El hombre me prestó un traje de bombero y me arrojé a la cisterna. El agua me cubría hasta el cuello. Con cada sacudida del tren me entraba agua por la nariz. Cuando llegamos al puente, los soldados registraron el tren minuciosamente. Oí pasos sobre la tapa de la cisterna y pensé que todo había terminado. Pero no registraron el interior y conseguimos pasar. Sólo entonces me di cuenta de que seguía vivo, de que iba a sobrevivir. Luego volví a Umannachi y encontré a Adaobi llevando luto.

Kainene seguía mirando a Madu un buen rato después de que hubiera terminado su relato. Se quedaron un rato en silencio, lo cual incomodó a Richard porque no

sabía cómo reaccionar, qué expresión mostrar.

—Los soldados igbos y los del norte jamás podrán volver a compartir el mismo cuartel después de esto. Es imposible; imposible —aseguró el coronel Madu. Tenía los ojos vidriosos—. Y Gowon no puede convertirse en jefe de Estado. No nos lo pueden imponer como jefe de Estado. Las cosas no funcionan así. Hay otros que van antes que él.

—¿Y qué harás ahora? —le preguntó Kainene.

Madu pareció no haberla oído.

—Han muerto muchos de los nuestros —dijo—. Hombres buenos y competentes: Udodi, Iloputaife, Okunweze, Okafor... Hombres que creían en Nigeria y a los que no les preocupaba la procedencia tribal. A fin de cuentas, Udodi hablaba mejor el hausa que el igbo y mira con qué brutalidad lo han asesinado. —Se puso en pie y paseó por la habitación—. El problema fue la política de equilibrio étnico. Yo formé parte de la comisión que advirtió al comandante en jefe que teníamos que desechar esa idea, que aquello polarizaría el ejército, que tenían que dejar de promocionar a norteños no cualificados. Pero él se negó, nuestro comandante en jefe británico. —Madu se volvió a mirar a Richard.

—Le pediré a Ikejide que te prepare tu arroz favorito —dijo Kainene.

Madu se encogió de hombros, sin decir nada, y se volvió a mirar por la ventana.

Ugwu puso la mesa para comer.

—Ya he terminado, *sah* —dijo, a pesar de que sabía que el señor no iba a probar la sopa *okro* y que seguiría paseándose por el salón con la radio a todo volumen, tal como había estado haciendo desde que la señorita Adebayo se marchara hacía una hora.

Llamó a la puerta con tanta fuerza que Ugwu pensó que iba a romper el cristal, y cuando la abrió ella lo empujó para abrirse paso y le preguntó:

—¿Dónde está el señor? ¿Dónde está el señor?

—Ahora lo aviso, *mah* —respondió Ugwu, pero la señorita Adebayo fue directa a su estudio.

—Hay problemas en el norte —la oyó decir, y a Ugwu se le secó la boca de golpe porque tenía que ser algo serio, pues aquella mujer no era una alarmista, y Olanna se encontraba en Kano.

Desde que tuviera lugar el segundo golpe unas semanas atrás y se produjera la matanza de soldados igbos, había tratado de entender lo que estaba sucediendo, leía con más detenimiento los periódicos y escuchaba con mayor atención las palabras del señor y sus invitados. Las conversaciones ya no solían concluir con aquellas carcajadas tranquilizadoras, y el ambiente del salón aparecía enturbiado por la incertidumbre, como si todos supieran que algo iba a ocurrir sin saber muy bien qué era. Ninguno se imaginaba que fuera a suceder algo semejante, que el locutor de ENBC Radio Enugu acabara anunciando lo que Ugwu escuchó en aquellos momentos mientras alisaba el mantel: «Hemos recibido informes que confirman que unos quinientos igbos han sido asesinados en Maiduguri».

—¡Tonterías! —gritó el señor con indignación—. ¿Lo has oído? ¿Lo has oído?

—Sí, *sah* —respondió Ugwu. Esperaba que no despertara a Bebé de la siesta con tanto escándalo.

—¡No puede ser! —exclamó.

—Señor, la sopa —dijo Ugwu.

—Quinientas personas asesinadas. ¡Menuda estupidez! No puede ser cierto.

Ugwu llevó el plato a la cocina y lo guardó en la nevera. El olor especiado le provocaba náuseas, al igual que la visión de la sopa, de la comida en general. Pero Bebé estaba a punto de despertarse y tenía que prepararle la cena. Sacó una bolsa de patatas de la despensa, se sentó y se la quedó mirando, mientras se acordaba de Olanna, quien se había marchado a Kano dos días atrás a buscar a tía Arize. Recordaba cómo su pelo trenzado le estiraba la piel de la frente y le proporcionaba un aspecto bruñido y pulcro.

Bebé entró en la cocina.

—Ugwu.

—*Itetago?* ¿Ya te has despertado? —le dijo Ugwu antes de abrazarla. Se

preguntaba si el señor la habría visto pasar por delante del salón—. ¿Has soñado con pollitos?

Bebé se echó a reír y en sus mejillas se formaron sendos hoyuelos.

—¡Sí!

—¿Y habéis hablado?

—¡Sí!

—¿Qué te han dicho?

Bebé no respondió como de costumbre. En vez de eso, se soltó de su cuello y se sentó en cuclillas.

—¿Dónde está mami Ola?

—Mami Ola volverá muy pronto. —Ugwu examinó la hoja del cuchillo—. Anda, coge las pieles de patata y tíralas a la basura, así cuando vuelva mami Ola le diremos que me has ayudado a cocinar.

Cuando Ugwu hubo puesto a hervir las patatas, le dio un baño a Bebé, le puso polvos de talco Pears y luego la vistió con su camisón rosa. Era el que a Olanna le encantaba, el que decía que la hacía parecer una muñeca. Pero Bebé dijo: «Quiero el pijama», y Ugwu empezó a dudar cuál era la prenda que más le gustaba a Olanna, si el camisón o el pijama.

Oyó que llamaban a la puerta. El señor salió corriendo del estudio y Ugwu se dirigió a la entrada a toda prisa, alcanzó el pomo el primero y lo mantuvo aferrado para ser él quien abriera la puerta, aunque sabía que no podía tratarse de Olanna. Ella tenía llave.

—¿Obiozo? —preguntó el señor, mirando a uno de los dos hombres que estaban de pie en la entrada—. ¡Obiozo!

Cuando Ugwu vio la mirada vacua y las ropas mugrientas de aquellos hombres, enseguida supo que debía apartar de allí a Bebé, protegerla. Le llevó la comida al dormitorio y se la sirvió en su mesa de juegos, diciéndole que se imaginara que estaba comiendo con Jill, la protagonista *dejack andjill*, un tebeo que regalaban con el *Renaissance*. Se quedó junto a la puerta del pasillo y echó un vistazo al salón. Uno de los hombres estaba hablando y el otro bebía agua directamente de la botella, haciendo caso omiso del vaso que había encima de la mesa.

—Encontramos a un camionero que se ofreció a llevarnos —dijo el hombre, y Ugwu adivinó enseguida que se trataba de algún familiar del señor; tenía un marcado acento de Aba, pronunciaba la *f* como una *v*.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el señor.

El hombre dejó la botella sobre la mesa y empezó a hablar en voz baja.

—Nos están matando como a hormigas. ¿Me oyes? Como a hormigas.

—Lo hemos visto con nuestros propios ojos, *anyi afujugo anya* —dijo Obiozo—. Vi a una familia entera, el padre, la madre y los tres hijos, que yacía en la carretera cerca del parque móvil. Los habían dejado allí tirados.

—¿Y cómo están las cosas en Kano? ¿Qué está ocurriendo en Kano? —preguntó

el señor.

—Todo empezó en Kano —respondió el hombre.

Obiozo había empezado a hablar de buitres y de cadáveres amontonados en el exterior de la muralla que rodeaba la ciudad, pero Ugwu ya no lo escuchaba. Las palabras «Todo empezó en Kano» retumbaban en su cabeza. No quería preparar la habitación de invitados, poner sábanas limpias, calentar la sopa y servirles *garrí* recién hecho. Lo que quería era que se marcharan de inmediato. O, por lo menos, que dejaran de decir cosas horribles. También quería que se callaran los locutores de radio, pero no lo hacían. Repetían una y otra vez la noticia de la matanza de Maiduguri, y al final Ugwu sintió ganas de tirar la radio por la ventana. Al día siguiente por la tarde, después de que los visitantes se marcharan, en ENBC Radio Enugu una voz solemne difundió lo ocurrido en el norte a través de los relatos de testigos oculares: en Zaria habían matado a hachazos a los maestros, en Sokoto habían prendido fuego a una iglesia católica y en Kano una mujer embarazada había sido abierta en canal. El locutor hizo una pausa. «Algunos, los más afortunados, empiezan a estar de vuelta. Nuestra gente se aglomera en las estaciones de ferrocarril. Si tienen té y pan de sobra, por favor, llévenselo. Ayuden a los hermanos necesitados».

El señor se levantó del sofá de un salto.

—Ve, Ugwu —le ordenó—. Lleva té y pan a la estación.

—Sí, *sah* —respondió Ugwu.

Antes de preparar el té, frió algunos plátanos para la comida de Bebé.

—He dejado la comida de Bebé en el horno, *sah* —dijo.

No estaba seguro de que lo hubiera oído, y se marchó preocupado pensando en que Bebé tendría hambre y que el señor no sabría que en el horno había plátano frito. No dejó de pensar en ello hasta que llegó a la estación. Había esteras y túnicas sucias extendidas por todo el andén. La gente se apiñaba sobre ellas; hombres, mujeres y niños gritaban; algunos comían pan, otros atendían a los heridos. Los vendedores ambulantes paseaban con bandejas en la cabeza. A Ugwu no le hacía ninguna gracia penetrar en aquel bazar de andrajos, pero se armó de valor y se dirigió a un hombre que se encontraba sentado en el suelo con un trapo empapado de sangre enrollado en la cabeza. Las moscas pasaban zumbando por todas partes.

—¿Quiere un poco de pan? —le preguntó.

—Sí, hermano. *Dalu*. Gracias.

Ugwu no se fijó en la profundidad de la herida de cuchillo en su cabeza. Le sirvió un poco de té y le ofreció un trozo de pan. Al día siguiente se habría olvidado de aquel hombre, porque no querría recordarlo.

—¿Quiere un poco de pan? —le preguntó a otro hombre que estaba sentado cerca, con el cuerpo encorvado—. *I choro* pan?

El hombre volvió la cabeza. Al verle la cara, Ugwu retrocedió y casi dejó caer el termo. Le faltaba el ojo derecho y en su lugar se observaba una viscosidad roja.



—Nos salvaron los soldados —explicaba el hombre al que había atendido en primer lugar, como si se sintiera obligado a contarle su historia a cambio del pan que mojaba en el té—. Nos dijeron que nos dirigiéramos corriendo al cuartel. Aquellos locos nos perseguían como si fuéramos cabras que se hubieran escapado; pero, en cuanto cruzamos las puertas del cuartel, estuvimos a salvo.

En la estación entró un tren destartado y tan abarrotado que algunas personas se aferraban a las barras metálicas del exterior de los vagones. Ugwu observó a los pasajeros agotados, sucios y ensangrentados que bajaban, pero no se unió a los que acudieron en su ayuda. No soportaba pensar que alguna de aquellas personas que se arrastraban destrozadas pudiera ser Olanna, aunque tampoco soportaba la idea de que no se contara entre los pasajeros, que aún se encontrara en algún lugar del norte. Estuvo observando hasta que el tren quedó vacío. Olanna no estaba allí. Le ofreció el resto del pan al hombre con un solo ojo, luego se dio la vuelta y echó a correr. No se detuvo hasta haber llegado a la calle Odim y pasar ante el arbusto de las flores blancas.

Olanna se encontraba sentada en el porche de casa de Mohammed, bebiendo leche de arroz muy fría y sonriendo ante el placer que le producía el líquido fresco en la garganta y la humedad pegajosa en los labios, cuando apareció el portero y le dijo que quería hablar con Mohammed.

Mohammed fue con él y volvió al cabo de un momento, sosteniendo algo que parecía un panfleto.

—Están empezando los disturbios —dijo.

—Los estudiantes, ¿no? —le preguntó Olanna.

—Creo que es por razones religiosas. Tienes que marcharte enseguida.-Evitaba mirarla a los ojos.

—Mohammed, tranquilízate.

—Sule dice que han bloqueado las carreteras y que persiguen a los infieles. Ven, ven —le dijo, entrando ya en la casa.

Olanna lo siguió adentro. Mohammed se mostraba demasiado preocupado. A fin de cuentas, los estudiantes musulmanes siempre andaban con manifestaciones de uno u otro tipo y hostigaban a los que iban vestidos al estilo occidental, pero acababan dispersándose con rapidez.

Mohammed entró en el dormitorio y salió con una bufanda.

—Ponte esto y pasarás desapercibida —le dijo.

Olanna se enrolló la bufanda en la cabeza y en el cuello.

—Parezco una verdadera musulmana —bromeó.

Sin embargo, Mohammed apenas esbozó una sonrisa.

—Vamos. Conozco un atajo para ir a la estación.

—¿A la estación? Arize y yo no nos vamos hasta mañana, Mohammed —dijo Olanna, y casi tuvo que correr para alcanzarlo—. Voy a Sabon Gari, a casa de mi tío.

—Olanna. —Mohammed puso en marcha el coche, que arrancó con una sacudida—. Sabon Gari no es un lugar seguro.

—¿Qué quieres decir?

Se aflojó un poco la bufanda; los festones que adornaban los bordes de la prenda eran bastos y le molestaban en el cuello.

—Sule dice que están muy bien organizados.

Olanna lo miró; de pronto, sintió miedo al verlo tan asustado.

—¿Mohammed?

El hombre prosiguió en voz baja.

—Dicen que hay cadáveres de igbos tirados en la carretera del aeropuerto.

Entonces Olanna comprendió que no se trataba de una manifestación religiosa más. Un nudo en la garganta la atenazaba. Entrelazó las manos.

—Por favor, deja que recoja a mi gente —suplicó—. Por favor.

Mohammed puso rumbo a Sabon Gari. Un polvoriento autobús amarillo los

adelantó; parecía uno de esos vehículos con que los políticos recorren las zonas rurales para hacer campaña y regalar arroz y monedas a los habitantes. Asomando por la puerta, un hombre con un altavoz pegado a los labios pronunciaba lentamente unas retumbantes palabras en hausa.

—¡Fuera, igbos! ¡Fuera, infieles! ¡Fuera, igbos!

Mohammed extendió el brazo, le cogió la mano y se la sujetó con fuerza cuando pasaron junto a un grupo de jóvenes que desde el borde de la carretera gritaba: «*Araba, araba!*». Aminoró la velocidad y tocó el claxon varias veces en señal de solidaridad; lo saludaron con la mano y luego volvió a acelerar.

En Sabon Gari, la primera calle estaba desierta. Olanna observó el humo que ascendía como sombras grises y estilizadas antes de notar el olor a quemado.

—Quédate aquí —dijo Mohammed al parar el vehículo fuera del recinto de casa de tío Mbaezi.

Observó cómo se marchaba. La calle presentaba un aspecto extraño, desconocido. La verja de entrada estaba rota, el metal aplastado contra el suelo. Entonces se fijó en el quiosco de tía Ifeka, o lo que quedaba de él. Había astillas y paquetes de cacahuets esparcidos por el suelo. Olanna abrió la puerta del coche y salió. Se detuvo un momento al percibir la refulgencia y el calor que emanaban de la casa; las llamas oscilaban en el tejado y en el aire flotaba una mezcla de arena y cenizas. Luego echó a correr hacia allí, pero se paró en seco al ver los cuerpos. Tío Mbaezi yacía boca abajo, enroscado de manera grotesca con las piernas extendidas. Una viscosidad blanquecina brotaba de la gran cuchillada de la nuca. Tía Ifeka yacía en el porche. Estaba desnuda y los cortes que presentaba eran más pequeños, salpicando sus brazos y piernas de marcas rojas parecidas a labios rojos entreabiertos.

Olanna notó la náusea acuosa en el intestino antes de que el aturdimiento invadiera todo su ser y la dejara clavada en el sitio. Mohammed tiraba de ella, la arrastraba hacia fuera, y al aferrarla le hacía daño en el brazo. Pero no podía marcharse sin Arize. Estaba a punto de salir de cuentas y necesitaba tener cerca un médico.

—Arize —dijo—. Arize está en la carretera.

El humo a su alrededor se hacía más denso, de manera que no sabía si el grupo de hombres que se movían por el patio era real o simples columnas humeantes, hasta que vio el bruñido metal de las hojas de las hachas y los machetes, y los caftanes ensangrentados que ondeaban contra sus piernas al andar.

Mohammed la empujó para que subiera al coche, luego dio la vuelta y entró.

—Mantén la cabeza baja —dijo.

—Hemos acabado con toda la familia. Era la voluntad de Alá —gritó uno de los hombres en hausa.

Aquel rostro le resultaba familiar. Era Abdulmalik. Empujó con el pie un cadáver que yacía en el suelo y entonces Olanna se apercibió de la cantidad de cuerpos que allí había, como muñecos de trapo.

—¿Quién eres? —preguntó otro hombre, plantado delante del coche.

Mohammed abrió la puerta sin apagar el motor y dijo rápidamente unas aduladoras palabras en hausa.

El hombre se hizo a un lado. Olanna se volvió para mirar más de cerca al primero y asegurarse de que se trataba de Abdulmalik.

—¡No levantes la cabeza! —le dijo Mohammed.

Casi pasó rozando un *kuka*; una de sus grandes bayas se había desprendido y Olanna oyó el crujido bajo los neumáticos. Bajó la cabeza. Era Abdulmalik. Empujó otro cadáver con el pie, el de una mujer decapitada, y luego lo pisó; primero un pie, después el otro, pese a haber sitio suficiente para pasar por su lado.

—Alá no permite esto —dijo Mohammed. Estaba temblando; le temblaba todo el cuerpo—. Alá no los perdonará, ni a ellos ni a los que los han incitado a hacer esto. Nunca se lo perdonará.

Avanzaron con el coche en un silencio sepulcral, pasando junto a policías con uniformes ensangrentados, junto a buitres posados en el borde de la carretera, junto a niños que llevaban radios robadas, hasta que Mohammed aparcó en la estación de tren y la metió a empujones en un vagón atestado.

Olanna se sentó en el suelo del vagón y flexionó las piernas contra el pecho; notaba el calor y el sudor que desprendían los pasajeros alrededor de ella. Fuera del tren, la gente se ataba con correas a los vagones y algunos permanecían de pie en la escalera aferrados a la barandilla. Oyó unos gritos sordos y vio caer a un hombre. El tren era una masa de piezas metálicas sueltas, marchaba tan vacilante como si la vía estuviera plagada de resaltos y a cada sacudida Olanna era arrojada contra la mujer que viajaba a su lado, contra algo que tenía en el regazo, un gran cuenco en forma de calabaza. Llevaba la túnica salpicada de manchas que parecían de sangre, aunque Olanna no podía asegurarlo. Tenía los ojos muy irritados, como si se le hubiera metido pimienta y arena y la mezcla le provocara picor y escozor bajo los párpados. Era una agonía pestañear, una agonía mantenerlos cerrados o dejarlos abiertos. Tenía ganas de arrancárselos. Se humedeció los dedos con saliva y los friccionó. A veces ponía aquel remedio en práctica cuando Bebé se hacía un pequeño rasguño. «¡Mami Ola!», la llamaba mientras extendía el brazo o la pierna que le dolía, y Olanna se llevaba un dedo a la boca y luego lo pasaba por la herida de la niña. No obstante, en su caso la saliva sólo sirvió para empeorar la sensación.

Un hombre joven que había frente a ella soltó un grito y se llevó las manos a la cabeza. El tren viró de forma brusca y Olanna volvió a chocar contra el cuenco; el tacto firme de la madera le resultaba agradable. Acercó la mano hasta que pudo pasarla con suavidad por las líneas talladas que se entrecruzaban. Cerró los ojos porque le pareció que así le escocían un poco menos y se mantuvo así durante horas, con la mano posada en la calabaza, hasta que oyó unos gritos en igbo:

—*Anyi agafeela!* ¡Hemos cruzado el Níger! ¡Ya estamos en casa!

Un líquido, orina, empezó a esparcirse por el suelo del vagón y Olanna notó la frialdad al empaparle el vestido. La mujer que sostenía el cuenco en forma de calabaza le dio un ligero codazo y luego se dirigió a otras personas que había cerca.

—*Bianu*, acérquense —dijo—. Echen un vistazo. —Y destapó el recipiente.

Olanna miró dentro. Vio la cabeza de una niña con el cutis de color ceniza y el pelo trenzado, con los ojos en blanco y la boca muy abierta. La observó unos instantes antes de apartar la vista. Alguien soltó un grito.

La mujer devolvió la tapa a su sitio.

—¿Saben el tiempo que me llevó trenzarle el pelo? Lo tenía muy grueso.

El tren se detuvo con un chirrido herrumbroso. Olanna se levantó y se quedó de pie entre la multitud que se abría paso a empujones. Una mujer se desmayó. Algunos conductores jóvenes golpeaban en los laterales de sus camiones y exclamaban: «¡Owerri!», «¡Enugu!», «¡Nsukka!». Olanna pensó en el pelo trenzado que había visto dentro del cuenco en forma de calabaza. Visualizó a la madre de aquella niña trenzándole el cabello, aplicándole un ungüento con la yema de los dedos antes de dividir el pelo en mechones con un peine de madera.

Richard releía la nota de Kainene cuando el avión aterrizó en Kano. Acababa de encontrarla al buscar una revista en el maletín. Deseó haber sabido antes que estaba allí, esperando a que él la leyera, durante los diez días que había pasado en Londres.

¿Es amor esta necesidad irracional de tenerte junto a mí la mayor parte del tiempo?  
¿Es amor la seguridad que siento durante los silencios que compartimos? ¿Lo es esta sensación de pertenencia, esta plenitud?

Mientras leía, se le dibujó una sonrisa en el rostro; nunca antes Kainene le había escrito nada parecido. De hecho, no recordaba que nunca le hubiera escrito nada, a excepción del impersonal «Besos, Kainene» con que firmaba sus postales de cumpleaños. Volvió a leerla varias veces y se fijó en la elaborada caligrafía curva, como un símbolo de libra esterlina. De pronto, dejó de importarle el retraso de la salida del vuelo de Londres y la escala en Kano para cambiar de avión antes de dirigirse a Lagos que aún le haría llegar más tarde. Lo invadía una absurda sensación de bienestar, como si no hubiera nada imposible, como si todo fuera realizable. Se levantó y ayudó a la mujer que se encontraba sentada junto a él a bajar la maleta. «¿Es amor la seguridad que siento durante los silencios que compartimos?»

—Es muy amable —dijo la mujer con acento irlandés.

El vuelo estaba lleno de personas de nacionalidad no nigeriana. Si Kainene estuviera allí, haría alguno de sus comentarios socarrones: «Aquí llegan las hordas europeas». Le estrechó la mano a la azafata al final de la rampa y se dio prisa en atravesar la pista. El sol era abrasador y el calor penetrante y cegador le hizo imaginarse sus propios fluidos evaporándose, su cuerpo desecándose, y se sintió aliviado al entrar en el fresco edificio. Hizo cola en la aduana y, mientras, volvió a leer la nota de Kainene. «¿Es amor esta necesidad irracional de tenerte junto a mí la mayor parte del tiempo?» Cuando volviera a Port Harcourt, le pediría que se casara con él. Lo primero que le diría sería algo como: «Un blanco y sin dinero. Mis padres se escandalizarán». Pero aceptaría; estaba seguro. Últimamente había notado en ella una suavidad, una dulzura que se reflejaba en aquella nota. De lo que no estaba seguro es de que le hubiera perdonado el incidente con Olanna —nunca habían hablado del tema— pero aquella nota, aquella nueva franqueza, significaban que estaba preparada para avanzar. Estaba alisando la nota que sostenía en la palma de la mano cuando un oficial de aduanas de piel muy oscura le preguntó:

—¿Algo que declarar, señor?

—No —respondió Richard, y le mostró su pasaporte—. Voy a Lagos.

—Muy bien, ¡buena elección, señor! Bienvenido a Nigeria —dijo el joven. Era alto y grueso, y el uniforme le confería un aspecto desgarbado.

—¿Trabaja aquí? —se interesó Richard.

—Sí, señor. Estoy en período de formación. Para diciembre, ya seré oficial de aduanas.

—Estupendo —dijo Richard—. ¿De dónde es?

—Del sudeste, de un pueblo que se llama Obosi.

—La pequeña aldea vecina de Onitsha.

—¿Conoce el sitio, señor?

—Trabajo en la universidad de Nsukka y he estado viajando por la región del este. Estoy escribiendo un libro sobre la zona. Y mi novia es de Umunnachi, no muy lejos de allí.

De pronto, se sintió realizado al notar la facilidad con que había dicho «mi novia», una señal de su futura dicha marital. Sonrió, y luego se percató de que el gesto amenazaba con degenerar en una risita tonta; estaba empezando a desvariar a causa de aquella nota.

—¿Su novia, señor? —El joven parecía expresar desaprobación.

—Sí. Se llama Kainene. —Richard pronunció el nombre despacio para asegurarse de que alargaba lo suficiente la segunda sílaba.

—¿Habla igbo, señor? —Ahora se adivinaba en los ojos del joven una expresión de respeto.

—*Nwanne di na mba* —dijo Richard en tono misterioso, esperando haber pronunciado las palabras en el orden correcto para que se entendiera el significado del proverbio: que un hermano puede proceder de una tierra distinta.

—¡Eh! ¡Qué bien lo habla! *I na-asu igbo!*

El joven le tendió a Richard su mano húmeda y le dio un cálido apretón. A continuación, empezó a hablarle de sí mismo. Se llamaba Nnaemeka.

—Conozco muy bien a los de Umunnachi, siempre buscando problemas —dijo—. Mi gente le advirtió a mi prima que no se casara con un hombre de Umunnachi, pero ella no hizo caso. Su nueva familia le pegaba cada día, y al final hizo las maletas y volvió a casa de su padre. Pero no toda la gente de Umunnachi es mala. La familia de mi madre procede de allí. ¿No ha oído hablar de Nwayike Nkwelle, mi abuela materna? Debería aparecer en su libro. Era una gran especialista en plantas medicinales y conocía el mejor tratamiento para la malaria. Si hubiera cobrado más caras las visitas, a estas alturas yo estaría estudiando medicina en el extranjero. Pero mi familia no puede enviarme al extranjero, y en Lagos les dan las becas a los hijos de las familias que pagan sobornos. Es por Nwayike Nkwelle por lo que siempre he querido ser médico. No quiero decir que no me guste mi trabajo en la aduana. Hasta nos hacen pasar un examen para conseguir el puesto; mucha gente lo envidia. Cuando yo sea oficial, la vida habrá mejorado y no habrá tanto sufrimiento...

Una voz anunció en inglés con un elegante acento hausa que los pasajeros del vuelo procedente de Londres debían embarcar hacia Lagos. Richard se sintió aliviado.

—Ha sido un placer hablar con usted, *jisie ike* —se despidió.

—Gracias, señor. Salude de mi parte a Kainene. Nnaemeka se dio la vuelta para regresar a su mostrador. Richard cogió su maletín. De repente, una de las puertas laterales se abrió de golpe y tres hombres que empuñaban sendos fusiles largos entraron corriendo. Llevaban el uniforme verde del ejército y Richard se preguntó por qué aquellos soldados tenían que irrumpir de semejante forma y dar el espectáculo, pero enseguida se apercibió de sus ojos enrojecidos de mirada demencial y vidriosa.

El primer soldado apuntó con el fusil a su alrededor.

—*Ina nyamiri!* ¿Dónde están los igbos? ¿Quién es igbo? ¿Dónde están los infieles?

Una mujer se puso a gritar.

—Tú eres igbo —le dijo el segundo soldado a Nnaemeka.

—¡No! ¡Soy de Katsina! ¡De Katsina!

El soldado se le acercó.

—¡Di «*Allahu Akbar*»!

En la sala se hizo el silencio. Richard notó que un sudor frío le apelmazaba las pestañas.

—¡Di «*Allahu Akbar*»! —repitió el soldado.

Nnaemeka se arrodilló. Richard vio cómo el miedo se grababa en su rostro de tal forma que le hundía las mejillas y le transfiguraba las facciones hasta convertirlas en una máscara irreconocible. No podía decir «*Allahu Akbar*» porque su acento lo habría delatado. Aun así, Richard deseaba que pronunciara aquellas palabras, que al menos lo intentara. Deseaba que ocurriera algo, cualquier cosa, que rompiera aquel silencio agobiante, y como en respuesta a sus pensamientos, de pronto el fusil disparó y a Nnaemeka le estalló el pecho salpicándolo todo de un amasijo rojo. A Richard se le cayó la nota de la mano.

Los pasajeros se agazaparon detrás de las sillas. Los hombres se arrodillaban y pegaban la cabeza al suelo. Alguien gritaba en igbo: «¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Dios no consiente esto!». Era el camarero. Uno de los soldados se le acercó y le disparó, luego apuntó a las botellas de licor alineadas detrás del hombre y volvió a disparar. La sala empezó a oler a whisky y a Campari y a ginebra.

Ahora había más soldados, se oían más disparos y más gritos de «*Nyamiri!*» y «¡*Araba, araba!*!». El camarero se retorció en el suelo emitiendo un sonido gutural. Los soldados salieron a la pista, entraron en el avión y sacaron a todos los pasajeros igbos que ya habían embarcado; luego los alinearon, les dispararon y los dejaron allí tirados, sus llamativos ropajes salpicando de color el pavimento oscuro y polvoriento. Los guardias de seguridad vestidos con su uniforme los contemplaban de brazos cruzados. Richard notó que mojaba los pantalones. Un doloroso sonido metálico retumbaba en sus oídos. Estuvo a punto de perder el vuelo, pues mientras los demás pasajeros embarcaban con paso tembloroso, él se había hecho a un lado para vomitar.

Susan aún llevaba puesto el albornoz. No pareció sorprenderse al verlo llegar sin



previo aviso.

—Pareces cansado —dijo, acariciándole la mejilla.

Tenía el pelo enmarañado y sin brillo, suelto y hacia atrás, dejando al descubierto sus orejas enrojecidas.

—Acabo de llegar de Londres. El avión ha hecho escala en Kano —explicó él.

—¿Ah, sí? —dijo Susan—. ¿Qué tal la boda de Martin?

Richard se sentó en el sofá en silencio. No recordaba nada de lo que había ocurrido en Londres. Susan no pareció percatarse de que no decía nada.

—¿Un poco de whisky con mucha agua? —preguntó, sirviendo ya las bebidas—. Kano es una ciudad interesante, ¿verdad?

—Sí —respondió Richard.

Quería decirle lo desconcertado que se había sentido al ver a los vendedores ambulantes, los coches y los autobuses que atestaban las carreteras de Lagos y comprobar que allí la vida seguía transcurriendo con su habitual ritmo frenético, como si en Kano no sucediera nada.

—Resulta muy absurdo que los nortños prefieran pagar el doble a los extranjeros antes que contratar a sus paisanos del sur. Pero están haciendo negocio con eso. Nigel acaba de llamar para hablarme de su amigo John, un escocés inaguantable. Pues bien, John es piloto de chárter y ha amasado una pequeña fortuna trasladando a igbos a lugar seguro durante los últimos días. Dice que sólo en Zaria han asesinado a cientos.

Richard tuvo la sensación de que su cuerpo se estaba preparando para hacer algo, para empezar a temblar o sufrir un colapso.

—Entonces, ¿sabes lo que está ocurriendo?

—Claro. Sólo espero que no se extienda a Lagos. Es imposible prever estas cosas. —Susan se tomó su bebida de un trago. Richard se apercibió del tono ceniciento de su piel y de las pequeñas gotas de sudor que le cubrían el labio superior—. Aquí hay muchos igbos; muchos. Bueno, de hecho los hay por todas partes, ¿verdad? Pensándolo bien, no es de extrañar que les haya tocado a ellos; están muy cerrados en sus clanes, son engreídos y monopolizan los mercados. Rasgos muy judíos, de hecho. Además, están relativamente poco civilizados. No se pueden comparar con los yorubas, por ejemplo, que han mantenido contacto con los europeos en la costa durante años. Recuerdo que alguien me advirtió cuando llegué por primera vez que tuviera cuidado de no contratar a un criado igbo, porque antes de que me diera cuenta se habría quedado con mi casa y con el terreno en el que estaba construida. ¿Te apetece un poco más de whisky?

Richard negó con la cabeza. Susan se sirvió otra copa, esta vez sin agua.

—No has visto nada en el aeropuerto de Kano, ¿no?

—No —dijo Richard.

—No irán al aeropuerto, me imagino. Resulta bastante increíble que no sean capaces de controlar el odio que se tienen mutuamente, ¿no te parece? Todo el mundo odia a alguien, pero la diferencia radica en el control. La civilización enseña a

controlarse.

Susan apuró el whisky y se sirvió otro. Richard se dirigió al cuarto de baño; la voz de Susan seguía retumbándole en los oídos y empeoraba su punzante dolor de cabeza. Abrió el grifo. Al verse reflejado en el espejo, le pareció extraño observar que tenía el mismo aspecto de siempre, cómo el pelo le sobresalía rebelde de las cejas y sus ojos tenían el habitual color azul cristalino. Lo que había presenciado tendría que haberlo transfigurado, la vergüenza tendría que haberle dejado ronchas rojas en el rostro. Lo que había sentido al ver cómo asesinaban a Nnaemeka no fue conmoción, sino un gran alivio al pensar que Kainene no se encontraba junto a él en aquel momento, porque de haber sido así él no habría podido hacer nada para protegerla, habrían descubierto que era igbo y la habrían matado. No podría haber salvado a Nnaemeka, pero al menos debería haber pensado primero en él, debería haberse sentido destrozado por la muerte del joven.

Se miró en el espejo y, por un momento, dudó que todo aquello hubiera ocurrido realmente, que hubiera visto morir a aquellas personas, como si el penetrante olor de los licores derramados y de los cuerpos ensangrentados existiera sólo en su imaginación. Pero en el fondo sabía que aquello había ocurrido, y se preguntó si había sido sólo porque él lo había deseado. Bajó la cabeza hacia el lavabo y rompió a llorar. El agua siseaba al brotar del grifo.

### **3. El libro: *El mundo guardó silencio cuando morimos***

El escribe sobre la Independencia. La segunda guerra mundial transformó el orden mundial: el Imperio se desmoronaba y una ruidosa élite nigeriana procedente en su mayor parte del sur empezaba a emerger.

El norte se mostraba receloso. Temía la dominación por parte del sur, más culto, y además siempre había deseado la separación de aquel territorio infiel. Pero los británicos tenían que preservar la existencia de Nigeria, su preciada creación, y de su amplio mercado, una espina para Francia. Para favorecer al norte, amañaron el resultado de las elecciones previas a la independencia del país y redactaron una Constitución que otorgaba al norte pleno control del gobierno central.

El sur, con sus ansias desaforadas de independencia, aceptó la Constitución. Cuando los británicos se marcharan todos saldrían ganando, tendrían los sueldos que los blancos habían denegado a los nigerianos durante tanto tiempo y podrían ascender y ocupar puestos de responsabilidad. Las reivindicaciones de los grupos minoritarios fueron ignoradas y las regiones empezaban ya a competir de forma tan encarnizada que algunos solicitaron tener embajadas separadas en el extranjero.

Cuando en 1960 llegó la independencia, Nigeria no era más que una frágil colección de fragmentos prendidos con frágiles alfileres.

Los súbitos descensos en la oscuridad de Olanna empezaron el día en que volvió de Kano y notó que las piernas le flaqueaban. Las tenía en perfecto estado cuando bajó del tren, y no necesitó asirse ala barandilla resbaladiza de sangre; también le respondieron durante las tres horas que duró el trayecto hasta Nsukka, de pie en un autobús tan atestado de pasajeros que ni siquiera pudo rascarse el picor de la espalda. Pero en la puerta principal de casa de Odenigbo le fallaron, y también la vejiga. Al mismo tiempo que sus piernas perdían la estabilidad, un líquido caliente se deslizaba por sus muslos. Así la encontró Bebé. Se había dirigido hasta la puerta para asomarse al exterior mientras le preguntaba a Ugwu cuando volvería mami Ola, y empezó a gritar al descubrir la figura tendida en la escalera. Odenigbo la llevó dentro, la bañó y trató de evitar que Bebé la abrazara con excesiva fuerza. Cuando la niña se quedó dormida, Olanna le contó a Odenigbo lo que había presenciado. Describió las prendas de aire vagamente familiar que cubrían los cuerpos decapitados del patio, los dedos aún crispados de la mano de tío Mbaezi, los ojos en blanco de la cabeza infantil que había dentro del cuenco en forma de calabaza y el extraño tono de piel de los cadáveres que yacían en el patio, entre gris y cetrino, como la tiza mal borrada de una pizarra. Aquella noche sufrió el primer descenso súbito: una gruesa manta caía sobre ella desde las alturas y se le adhería al rostro con fuerza mientras ella luchaba por respirar. Cuando por fin cedió, liberándola para tomar aire con desesperadas bocanadas, vio búhos ardiendo en la ventana que le sonreían y atraían su atención con las plumas carbonizadas. Trató de describirle aquellas visiones a Odenigbo, y también el sabor y la textura de los comprimidos que le había llevado el doctor Patel, pastosos como su lengua al despertar por la mañana.

Pero Odenigbo siempre le decía lo mismo: «Tranquila, *nkem*. Te pondrás bien». Le hablaba con demasiada suavidad, con una voz que resultaba bobalicona, insólita en él. Incluso cantaba al frotarla en la bañera llena de agua aromatizada con la espuma de Bebé. Olanna tenía ganas de pedirle que dejara de comportarse de forma ridícula, pero le costaba mover los labios. Hablar le suponía un gran esfuerzo. Cuando Kainene y sus padres acudieron a visitarla, no dijo gran cosa; fue Odenigbo quien les explicó lo que había presenciado.

Al principio, su madre se sentó al lado de su padre y se dedicó a asentir mientras Odenigbo hablaba con aquella voz suave y tonta. Entonces su madre sufrió un colapso; simplemente, se deslizó como si los huesos se le hubieran licuado hasta que quedó entre sentada y tendida en el suelo. Era la primera vez que Olanna veía a su madre sin maquillaje, sin pendientes de oro, y también la primera vez que Olanna veía llorar a Kainene desde que eran niñas.

—No te preocupes, no tienes por qué hablar de ello —le dijo Kainene entre sollozos, a pesar de que Olanna no había hecho ningún intento de contarle.

Su padre caminaba de un lado a otro por la habitación. Le preguntó varias veces a

Odenigbo dónde había estudiado medicina el doctor Patel y cómo podía asegurar que la incapacidad de andar de Olanna era psicológica. Le habló de lo frustrado que se sentía al haber tenido que viajar en coche desde Lagos, debido a que el bloqueo del gobierno federal impedía que Nigeria Airways volara al sudeste.

—Queríamos venir enseguida; enseguida —dijo; lo repetía tan a menudo que Olanna se preguntaba si de verdad pensaba que el hecho de que ellos estuvieran allí cambiaba algo las cosas. Pero lo cierto es que sí que las cambiaba, sobre todo que hubiera venido Kainene. Su presencia no quería decir que la hubiera perdonado, pero significaba algo.

Durante las semanas siguientes, Olanna permaneció en la cama y respondía con una inclinación de cabeza cada vez que sus amigos acudían a decirle *ndo*, lo siento, y agitaban la cabeza con desaprobación mientras hacían comentarios en voz baja sobre las acciones nefandas de aquellos musulmanes hausas, de aquellos cabrones negros del norte, de aquellos sucios pastores de ganado con los pies comidos por las niguas. Los ataques resultaban ser peores los días en que recibía visitas; a veces sufría tres sucesivos en un corto espacio de tiempo, que la dejaban sin aliento y extenuada, tanto que ni siquiera podía llorar, con la energía justa para tragarse los comprimidos que Odenigbo le deslizaba en la boca. Algunos de los invitados le contaban historias: los Okafor habían perdido a un hijo y a los cuatro miembros de su familia en Zaria, la hija de los Ibe no había regresado de Kaura-Namoda, la familia Onyekachi había perdido a ocho de sus miembros en Kano. También corría otro tipo de historias, como que los profesores británicos de la Universidad de Zaria apoyaban las masacres y enviaban a los estudiantes a instigar a los jóvenes o que en los aparcamientos de Lagos la muchedumbre abucheaba y denigraba a los igbos diciéndoles cosas como: «¡Fuera, igbos, fuera; así el *garrí* será más barato! ¡Marchaos y dejad de apropiaros de todas las casas y las tiendas!». A Olanna no le gustaba tener que escuchar todo aquello, ni tampoco las miradas furtivas que algunos visitantes dirigían a sus piernas para tratar de descubrir algún bulto que explicara por qué no podía andar.

Había días en que, al despertar de sus cabezadas diurnas, se sentía lúcida; como en ese momento. La puerta del dormitorio estaba abierta y oía las voces que se alzaban y se acallaban en el salón. Odenigbo había pedido a sus amigos que, durante una temporada, dejaran de visitarlos. También había dejado de jugar a tenis para estar en casa y evitar que Ugwu tuviera que acompañarla al lavabo. Olanna se alegraba de que se hubieran retomado las reuniones. A veces podía seguir la conversación. Se enteró de que la asociación de mujeres universitarias organizaba donaciones de provisiones para los refugiados, de que los mercados, las líneas ferroviarias y las minas de estaño del norte parecían haber quedado desiertas ahora que los igbos habían huido, y que ya se hablaba de secesión y del nacimiento de un nuevo país que recibiría el nombre de la bahía: Biafra. La señorita Adebayo intervenía con su vozarrón:

—Yo digo que los estudiantes tienen que dejar de hacer tanto ruido. No tiene

sentido pedir que se vaya David Hunt. El hombre merece que le den una oportunidad de restablecer la paz.

—David Hunt piensa que tenemos la edad mental de un niño. —Era Okeoma—. Que se marche a su país. ¿Pretende enseñarnos a apagar la hoguera, cuando fueron él y sus compatriotas británicos quienes recogieron la leña?

—Tal vez ellos recogieran la leña pero nosotros encendimos la cerilla —dijo una voz desconocida, quizá Achara, el nuevo profesor de física que había vuelto de Ibadan después del segundo golpe.

—Con hoguera o sin ella, lo importante es encontrar un modo de alcanzar la paz antes de que la cosa explote —dijo la señorita Adebayo.

—¿Qué tipo de paz queremos? El propio Gowon decía que la unidad no tiene ninguna base, así que ¿qué paz estamos buscando? —dijo Odenigbo. Olanna se lo imaginó sentado en el borde de la silla y subiéndose las gafas mientras hablaba—. La secesión es la única respuesta posible. Si Gowon quería mantener la unidad del país tendría que haber hecho algo mucho antes. ¡Por el amor de Dios, ninguno de ellos ha acudido a censurar las masacres, y han pasado meses! ¡Es como si no les importaran en absoluto las personas que fueron asesinadas!

—¿Habéis oído lo que dijo Zik el otro día? El este de Nigeria bulle y bulle, y continuará bullendo hasta que el gobierno federal encauce el asunto de las masacres —dijo el profesor Ezeka, con una voz grave que perdía intensidad por momentos.

A Olanna le dolía la cabeza. La débil luz del sol penetraba a través de las cortinas que Ugwu había corrido a servirle el desayuno. Tenía necesidad de orinar. Aquellos días le ocurría muy a menudo, y no se había acordado de preguntarle al doctor Patel si la medicación tenía algo que ver. Se quedó mirando el timbre sobre la mesilla, extendió el brazo y pasó la mano por la superficie cóncava de plástico negro hasta alcanzar el botón rojo del centro, que emitió un sonido estridente al presionarlo. Al principio, Odenigbo había insistido en instalarlo él mismo y cada vez que lo tocaba la conexión de la pared despedía un chispazo. Al final avisó a un electricista, que se reía entre dientes al rehacer la instalación. El timbre ya no chispeaba, pero el sonido resultaba demasiado estridente, y cada vez que llamaba para ir al lavabo retumbaba en toda la casa. Posó un momento el dedo sobre el botón rojo, pero lo apartó. No pensaba llamar. Deslizaría las piernas hasta el suelo. La conversación procedente del salón se oía con menor intensidad, como si alguien hubiera hecho bajar el volumen general de las voces.

Oyó a Okeoma pronunciar «Aburi». Aquel pueblo ghanés tenía un nombre muy bonito, y se imaginaba una apacible agrupación de casas construidas sobre extensiones de praderas de aroma embriagador. Aburi surgía con frecuencia en sus conversaciones: Okeoma pensaba que Gowon debería de haber actuado según el acuerdo que había firmado con Ojukwu en Aburi; el profesor Ezeka decía que, al faltar a su palabra, Gowon demostraba que no deseaba el bien de los igbos, y Odenigbo proclamaba: «Debemos reafirmarnos en el compromiso de Aburi».

—Pero ¿cómo ha podido Gowon dar un giro tan radical? —Okeoma había alzado la voz—. En Aburi se mostró de acuerdo con la confederación y ahora quiere una Nigeria de gobierno unitario, pero el gobierno unitario es precisamente el motivo por el cual él y los suyos asesinaron a los oficiales igbos.

Olanna se puso en pie; avanzó una pierna, luego la otra. Se tambaleó. Notaba una fuerte presión alrededor de los tobillos. Empezó a andar. Notaba oscilar el suelo bajo sus pies y sentía sus piernas como recorridas por trémulos vasos sanguíneos. Pasó junto a la Raggedy Ann de Bebé, que yacía en el suelo, y se detuvo a observar la muñeca de trapo un momento antes de entrar al lavabo.

Más tarde, Odenigbo se presentó en el dormitorio y la miró fijamente a los ojos como solía hacer a menudo, como si buscara en ellos la prueba de algo.

—Hace un buen rato que no llamas, *nkem*. ¿No tienes ganas de orinar?

—¿Se han ido todos?

—Sí. ¿No quieres orinar?

—Ya lo he hecho. He andado.

Odenigbo la miró sin dar crédito a sus palabras.

—He andado —repitió Olanna—. He ido al lavabo.

En el rostro de Odenigbo percibió algo que no había visto nunca, un gesto que denotaba una mezcla de admiración y miedo. Olanna se incorporó y él enseguida se acercó para sostenerla, pero ella lo apartó con un gesto, dio unos pasos hasta llegar junto al armario y volvió a la cama. Odenigbo se sentó y la miró.

Olanna le cogió la mano y se la llevó a la mejilla, luego la bajó hasta su pecho.

—Tócame —dijo.

—Voy a avisar a Patel. Quiero que venga a echarte un vistazo.

—Tócame.

Sabía que él no quería hacerlo, que le tocaba los pechos porque haría cualquier cosa que ella deseara, cualquier cosa que la hiciera sentirse mejor. Acarició la nuca de Odenigbo y enterró los dedos en su espeso pelo, y cuando él se deslizó en su interior, se acordó del vientre fecundado de Arize y pensó en la facilidad con que debía de haberse desgarrado aquella piel tan tirante. Rompió a llorar.

—No llores, *nkem*.

Odenigbo había parado; estaba acostado a su lado y le acariciaba la frente. Más tarde, cuando le dio las pastillas y un poco de agua, Olanna se las tomó diligentemente y se tendió a esperar que la invadiera el extraño sosiego que le proporcionaban.

Ugwu la despertó llamando a la puerta con suavidad; abrió la puerta y entró con una bandeja de comida que colocó junto a las cajas de medicamentos, la botella de Lucozade y el botecito de glucosa. Olanna se acordó de la primera semana después de su regreso, cuando Odenigbo daba un respingo cada vez que ella se removía un poco. Le había pedido que le trajera un poco de agua y, al abrir la puerta del dormitorio

para dirigirse a la cocina, Odenigbo casi tropezó con Ugwu, acurrucado sobre una estera en el suelo. «Amigo mío, ¿qué haces aquí?», le preguntó, y Ugwu respondió: «No sabe dónde están las cosas en la cocina, *sah*».

Olanna cerró los ojos y se hizo la dormida. Ugwu se aproximó y la observó muy de cerca; ella podía oír su respiración.

—Le dejo aquí la comida para cuando esté lista, *mah*.

Olanna casi se echa a reír. Era más que probable que el muchacho supiera cuándo fingía estar dormida al llevarle la comida. Abrió los ojos.

—¿Qué has preparado?

—Arroz *jollof*. —Alzó la tapa del plato—. Los tomates están recién cogidos del huerto.

—¿Ha comido Bebé?

—Sí, *mah*. Está jugando fuera con los hijos del doctor Okeke.

Olanna cogió el tenedor y lo sostuvo en el aire.

—Mañana haré macedonia de frutas para usted, *mah*. El papayo de detrás de la casa tiene un fruto maduro. Esperaré un día más y lo recogeré antes de que los pájaros vengán a por él. Le añadiré naranja y leche.

—Muy bien.

Ugwu permanecía de pie a su lado, y ella sabía que no se marcharía hasta que hubiera empezado a comer. Se llevó el tenedor a la boca despacio y masticó con los ojos cerrados. Seguro que estaba muy bueno, como todo lo que Ugwu preparaba, pero hacía mucho tiempo que no era capaz de apreciar ningún sabor a excepción del regusto arcilloso que le quedaba al tomar las pastillas. Cuando acabó, bebió un poco de agua y le pidió a Ugwu que se llevara la bandeja.

En la mesilla de noche, Odenigbo había dejado una nota mecanografiada que rezaba: «EL PERSONAL UNIVERSITARIO PIDE LA SECESIÓN COMO MEDIDA DE SEGURIDAD», y debajo un variado mosaico de firmas.

—Estaba esperando a que te encontraras un poco mejor para que lo firmaras antes de entregarlo en el parlamento de Enugu —le había dicho.

Cuando Ugwu salió de la habitación, Olanna cogió un bolígrafo y firmó el documento, y luego releyó el texto en busca de posibles errores. No había ninguno. Sin embargo, no hubo necesidad de que Odenigbo lo entregara, ya que aquella misma noche anunciaron la secesión. El hombre se sentó en la cama y puso la radio sobre la cómoda. El sonido se captaba sin apenas interferencias, como si las ondas pudieran comprender la importancia del discurso. La voz de Ojukwu era inconfundible; se oía vibrante y masculina, carismática, elocuente:

Compatriotas, ciudadanos y ciudadanas de Nigeria del Este: conscientes de la suprema autoridad de Dios todopoderoso sobre todos los hombres; de vuestro deber para con la posteridad; conscientes de que ningún gobierno más allá de Nigeria del Este puede proteger vuestras vidas y vuestras propiedades; decididos a romper todos

los lazos políticos y de cualquier otro tipo que os unen a la antigua República de Nigeria, y habiendo sido invocado para proclamar de vuestra parte y en vuestro nombre a Nigeria del Este como república independiente, proclamo solemnemente que el territorio de la región llamada y conocida como Nigeria del Este, junto con su plataforma continental y las aguas territoriales, pasa a convertirse en un estado soberano independiente cuyo nombre y título será República de Biafra.

—Éste es nuestro comienzo —dijo Odenigbo.

Aquella suavidad impostada había desaparecido de su voz y ahora su tono volvía a ser el habitual, vigorizante y sonoro. Se quitó las gafas y cogió a Bebé de las manos para ponerse a bailar en corro. Olanna se echó a reír; no obstante, se sentía como si estuviera siguiendo un guión, como si el entusiasmo de Odenigbo no dejara lugar a ningún otro sentimiento. Se sentó temblorosa. Había deseado la secesión, pero la magnitud de la noticia era tal que le costaba hacerse a la idea. Odenigbo y Bebé daban vueltas y vueltas; el hombre desafinaba al cantar una canción que había inventado él mismo: «Éste es nuestro comienzo, sí; el principio, sí...». Bebé reía, feliz en su ignorancia. Olanna los contemplaba con la mente paralizada en el presente, en la mancha de jugo de anacardo que Bebé llevaba en la pechera del vestido.

La concentración tuvo lugar en Freedom Square, en el centro del campus. Profesores y estudiantes gritaban y cantaban, un manto infinito de cabezas y pancartas en alto.

No, no, no nos moveremos;  
cual árbol plantado junto al mar,  
no nos moverán.  
Ojukwu está con nosotros, no nos moveremos.  
El Señor está con nosotros, no nos moveremos.

Se balanceaban al cantar; Olanna se imaginó que los mangos y las *gmelinas* oscilaban al compás, en concordia, en un arco fluido. El sol abrasaba como llama demasiado cercana, aunque estaba llovisnando y las gotas tibias se mezclaban con el sudor de Olanna. Rozó el brazo de Odenigbo al levantar la pancarta: «NO PERMITIREMOS QUE NOS MATEN COMO SI FUÉRAMOS PERROS».

Bebé se sentaba a horcajadas sobre los hombros de Odenigbo, agitando su muñeca de trapo, y el sol resplandecía a través de las finas gotas, y Olanna se sentía rebosante de una deliciosa euforia. Ugwu se encontraba a su lado. Su pancarta rezaba: «dios bendiga biafra». Eran biafreños. Ella era biafreña. Detrás había un hombre que hablaba del mercado, de los puesteros que bailaban música congo y regalaban sus mejores mangos y cacahuetes. Una mujer comentó su intención de acercarse cuando



acabara la manifestación para ver qué podía conseguir gratis, y Olanna se volvió hacia ellos y se echó a reír.

Un representante de los estudiantes habló por el micrófono y los cánticos se acallaron. Aparecieron unos jóvenes que transportaban un ataúd con el nombre de «nigeria» escrito con tiza blanca. Lo levantaron en el aire con una expresión burlona de solemnidad. Luego lo bajaron al suelo, se quitaron la camisa y se pusieron a cavar un hoyo poco profundo en la tierra. Cuando el ataúd empezó a descender en la fosa, una gran ovación se elevó de la multitud, propagándose como una onda hasta convertirse en una sola voz, y Olanna sintió que todos los allí reunidos constituían un solo ser. De pronto, alguien gritó: «¡Odenigbo!», y el clamor se extendió entre los estudiantes: «¡Odenigbo! ¡Habla!».

Odenigbo subió a la tribuna haciendo ondear la bandera de Biafra: bandas rojas, negras y verdes y, en el centro, un luminoso medio sol amarillo.

—¡Ha nacido Biafra! ¡Seremos los líderes del África negra! ¡Viviremos seguros! ¡Nadie volverá a atacarnos! ¡Nunca más!

Odenigbo levantó el brazo mientras hablaba, y Olanna pensó en el brazo desmañadamente retorcido de tía Ifeka mientras yacía en el suelo, con la sangre tan espesa que parecía cola, no roja sino más bien negruzca. Tal vez tía Ifeka estuviera presenciando aquella concentración, a toda aquella gente, o tal vez no, si la muerte no era más que un silencio opaco. Olanna sacudió la cabeza para quitarse de encima aquellos pensamientos, y cogió a Bebé del cuello de Ugwu y la abrazó fuerte.

Cuando la concentración tocó a su fin, acompañó a Odenigbo en coche al centro de profesores. Los estudiantes se habían reunido en el cercano campo de hockey y quemaban en una hoguera efigies de Gowon hechas con papel; el humo ascendía en espiral y se mezclaba en el aire nocturno con sus risas y sus charlas. Olanna los contempló y una agradable sensación la invadió al percatarse de que todos sentían lo mismo que ella, lo mismo que Odenigbo: que por sus venas corría acero líquido en lugar de sangre, que podían estar de pie descalzos sobre brasas ardientes.

Richard no creía que fuera fácil encontrar a la familia de Nnaemeka, pero cuando llegó a Obosi y se detuvo en la iglesia anglicana para preguntar, el catequista le dijo que vivían al final de la calle, en la casa sin pintar flanqueada por palmeras. El padre de Nnaemeka era menudo y albino, de piel cobriza y ojos de color avellana, que se tornaron brillantes en cuanto Richard empezó a hablar en igbo. Era tan diferente del oficial de aduanas alto y de piel oscura que había conocido en el aeropuerto, que por un momento Richard pensó que se había equivocado de casa y que aquél no era el padre de Nnaemeka. Pero al bendecir la nuez de cola, la voz del anciano se parecía tanto a la de su hijo que Richard se sintió transportado a aquella tarde calurosa en el aeropuerto y recordó la irritante charla de Nnaemeka antes de que la puerta se abriera de golpe y los soldados irrumpieran.

—El que trae nuez de cola trae vida. Usted y los suyos vivirán, y los míos y yo también. Deja que el águila se pose en lo alto, deja que la paloma se pose también, y si uno de ellos no permite al otro hacerlo, no conocerá el bien. Que Dios bendiga esta cola en nombre de Jesús.

—Amén —dijo Richard.

Ahora observaba más semejanzas. Los gestos del hombre al separar los cinco frutos de la vaina de nuez de cola se parecían mucho a los de Nnaemeka, y también era similar la boca, cuyo labio inferior sobresalía. Richard esperó a que hubieran terminado de masticar la nuez de cola y a que apareciera la madre de Nnaemeka, vestida de negro, para decir:

—Vi a su hijo en el aeropuerto de Kano el día de su muerte. Conversamos un rato. Me habló de ustedes y de su familia. —Richard hizo una pausa y se preguntó si preferirían oír que su hijo se había enfrentado estoicamente a la muerte o que les dijera que se resistió, que se abalanzó contra el fusil—. Me dijo que su abuela procedía de Umannachi, que era una doctora herborista muy conocida por su tratamiento contra la malaria y que debido a ella él quiso ser médico.

—Así es —confirmó la madre de Nnaemeka.

—Sólo decía cosas buenas de su familia —dijo Richard. Seleccionó con esmero las palabras en igbo.

—Pues claro que sólo decía cosas buenas de su familia. —El padre de Nnaemeka le dirigió una larga mirada a Richard, como si no comprendiera por qué les decía lo que ya sabían.

Richard se removió en el banco.

—¿Han celebrado el funeral? —preguntó, y enseguida se arrepintió de haberlo hecho.

—Sí —respondió el padre de Nnaemeka; tenía la vista fija en el cuenco esmaltado que contenía la última nuez de cola—. Esperábamos su llegada del norte, pero no volvió, así que celebramos el funeral. Enterramos un ataúd vacío.

—No estaba vacío —dijo la madre de Nnaemeka—. ¿Acaso no metimos aquel viejo libro que utilizó para prepararse el examen de la administración pública?

Permanecieron sentados en silencio. Las motas de polvo flotaban en el haz de luz solar que entraba por la ventana.

—Tiene que llevarse la última nuez de cola —dijo el padre de Nnaemeka.

—Gracias. —Richard se metió el fruto en el bolsillo.

—¿Les digo a los niños que le acompañen al coche? —preguntó la madre de Nnaemeka. Resultaba difícil describir su aspecto, con el pañuelo negro que le cubría todo el pelo y gran parte de la frente.

—¿Al coche? —preguntó Richard.

—Sí. ¿No nos ha traído cosas?

Richard negó con la cabeza. Tendría que haber llevado ñames y refrescos. Se trataba de una visita para expresar sus condolencias y ya conocía la tradición. Había estado demasiado pendiente de sí mismo, pensando que con su mera presencia habría suficiente; se había creído el ángel magnánimo que les obsequiaría con el relato de las últimas horas de su hijo y así les aliviaría su pena y se redimiría a sí mismo. Sin embargo, para ellos era igual que cualquier otro que hubiera acudido a darles el pésame. Su visita no cambiaba en nada lo que de verdad importaba: que su hijo había desaparecido para siempre.

Se levantó para marcharse, sabiendo que tampoco nada había cambiado para él, que seguiría sintiéndose igual que se había sentido desde que volviera de Kano. A menudo deseaba dejar la mente en blanco, borrar aquel recuerdo de su memoria, pero la verdad era que los hechos aparecían con una claridad atroz y que, en cuanto cerraba los ojos, veía los cuerpos recién muertos tendidos en el suelo del aeropuerto y oía los gritos estridentes. Se conservaba lúcido, al menos lo suficiente para responder a las desesperadas cartas de tía Elizabeth y contarle que estaba bien, que no tenía previsto volver a Inglaterra, y que dejara de enviarle ejemplares de ediciones aéreas de periódicos con artículos sobre los pogromos de Nigeria rodeados con un círculo a lápiz. Los titulares lo desquiciaban. El *Herald* publicaba que «el ancestral odio entre tribus» era el motivo de las masacres. La revista *Time* encabezaba su artículo con el titular; «EL HOMBRE DEBE PEGAR», frase pintada en el lateral de un camión y que el reportero había sacado de su contexto para explicar que los nigerianos eran tan propensos a la violencia que incluso escribían sobre ello en los camiones de pasajeros. Richard dirigió una carta virulenta al *Time*. En ella explicaba que en el idioma criollo de Nigeria «pegar» significaba «comer». Por lo menos, el *Observer* afirmaba de forma más acertada que si Nigeria sobrevivía a la masacre de los igbos sería capaz de superar cualquier cosa. Pero todos los relatos sonaban falsos, irreales. Así que Richard decidió escribir un extenso artículo sobre las matanzas. Se sentó a la mesa del comedor de casa de Kainene y se dispuso a llenar varias hojas de papel sin pautar. Había llevado a Harrison a Port Harcourt y, mientras trabajaba, lo oía hablar con Ikejide y Sebastian. «¿No estáis sabiendo hacer tarta de chocolate alemana?» Una

risotada. «¿No estáis sabiendo qué es el pastel de ruibarbo?» Otra risotada desdeñosa.

Richard empezó escribiendo acerca del problema de los refugiados como consecuencia de las masacres, de los comerciantes que tenían que abandonar sus mercados en el norte, de los profesores universitarios que se marchaban de los campus, de los funcionarios que dejaban sus puestos en los ministerios. Le costó redactar el último párrafo.

Es imprescindible recordar que la primera vez que los igbos fueron masacrados, aunque a una escala mucho menor que la alcanzada recientemente, fue en 1945. Aquella vez la matanza fue propiciada por el gobierno colonial británico al culpar a los igbos de la huelga nacional, prohibir sus periódicos y potenciar un sentimiento general de odio hacia ellos. La idea de que los recientes asesinatos son producto del «odio ancestral» es engañosa. Las tribus del norte y del sur han mantenido contacto durante mucho tiempo; su convivencia se remonta al siglo noveno, tal como atestiguan algunas de las magníficas alhajas descubiertas en los yacimientos de Igbo-Ukwu. No cabe duda de que esos grupos también se enfrentaron y se sometieron mutuamente a esclavitud, pero no cometieron ninguna masacre. Si lo ocurrido es producto del odio, entonces éste es muy reciente. Su causa no es más que la infortunada política del «Divide y vencerás» puesta en práctica durante la colonización británica. Una política que manipuló las diferencias entre tribus y aseguró la imposibilidad de la unidad para proporcionar un fácil dominio sobre un territorio tan vasto.

Cuando le mostró a Kainene el artículo, ella entrecerró los ojos para leerlo con detenimiento; al final, le dijo:

—Es muy virulento.

Richard no estaba seguro de lo que había querido decir, de que le hubiera gustado. Sentía la imperiosa necesidad de que diera su aprobación. Se mostraba otra vez distante desde que había vuelto de visitar a Olanna en Nsukka. Había colocado a la vista una fotografía de sus parientes muertos —Arize riéndose vestida de novia, tío Mbaezi muy contento con su traje ceñido junto a una solemne tía Ifeka, vestida con una túnica estampada—, pero casi no hablaba de ellos y nunca se refería a Olanna. Con frecuencia se recogía en su silencio en mitad de una conversación y, cuando lo hacía, Richard optaba por dejarla tranquila; a veces envidiaba su capacidad para mostrarse cambiada por lo ocurrido.

—¿Qué piensas? —dijo, pero antes de que pudiera contestarle formuló la pregunta que quería hacerle en realidad—: ¿Te gusta? ¿Qué te parece?

—Me parece demasiado formal y recargado —dijo—. Pero el sentimiento que me provoca es orgullo. Me siento orgullosa.

Richard lo envió al *Herald*. Cuando dos semanas más tarde recibió la respuesta, rompió la carta en pedazos después de leerla. La prensa internacional estaba saturada

de historias sobre la violencia en África y aquélla resultaba especialmente anodina y pedante, según las palabras del redactor jefe, pero le sugerían que tal vez pudiera escribir un artículo desde el punto de vista antropológico. Por ejemplo, ¿murmuraban conjuros tribales mientras mataban? ¿Se comían partes del cuerpo como hacían en el Congo? ¿Había alguna forma de entender realmente lo que pasaba por la mente de aquella gente?

Richard descartó el artículo. Le asustaba ser capaz de dormir bien por las noches, sentir que todavía lo apaciguaban el aroma del azahar y el color turquesa del mar en calma, mostrarse sensible.

—Soy el mismo de siempre. La vida sigue —le confesó a Kainene—. Debería sentirme afectado, las cosas deberían haber cambiado para mí.

—No puedes escribir un guión en tu mente y obligarte a interpretarlo. Tienes que aceptarte, Richard —respondió con suavidad.

Pero Richard no podía aceptarse. No creía que a las demás personas que habían presenciado las masacres no les hubiera cambiado la vida. Y aún le asustó más pensar que tal vez él no fuera más que un observador. No había visto peligrar su vida y por eso las masacres eran algo externo, ajeno a él; las había contemplado desde el ángulo de quien se sabe a salvo. Pero no podía permitirse eso; Kainene no habría estado a salvo de haberse encontrado allí.

Empezó a escribir sobre Nnaemeka y sobre el olor acre de licor mezclado con la sangre fresca en la sala del aeropuerto donde el camarero quedó tendido con el rostro reventado, pero lo dejó porque las frases le parecían ridículas. Sonaban demasiado melodramáticas, igual que las de los artículos de la prensa extranjera, como si esos asesinatos no hubieran tenido lugar o, si habían ocurrido, no hubieran sucedido de aquella manera. Un aire de irrealidad envolvía cada palabra. Recordaba muy bien los hechos; sin embargo, para escribir sobre ellos, tenía que revivirlos y no estaba seguro de ser capaz.

El día en que anunciaron la secesión se encontraba con Kainene en la terraza; escuchó la voz de Ojukwu en la radio y luego estrechó a la mujer entre sus brazos. Al principio creyó que ambos temblaban de emoción, pero al retroceder para mirarla a los ojos se percató de que ella estaba completamente serena. Tan sólo él temblaba.

—Feliz independencia —le deseó.

—Independencia —dijo Kainene, antes de añadir—: Feliz independencia.

Richard quería pedirle que se casara con él. Era un nuevo comienzo, un nuevo país, el país de ambos. No se trataba sólo de justicia, de que los igbos merecieran la secesión debido a todo aquello por lo que habían tenido que pasar, sino de la posibilidad que Biafra le ofrecía. Sería biafreño de una forma en que nunca podría haber sido nigeriano: se encontraba allí desde el principio, había presenciado su nacimiento. Pertenecía a él. En su mente formuló varias veces la proposición «Cásate conmigo, Kainene», pero no fue capaz de pronunciarla en voz alta. Al día siguiente, volvió a Nsukka con Harrison.

A Richard le caía bien Phyllis Okafor. Le gustaba el brío que le conferían sus pelucas crepadas, su acento de Mississippi y la austera montura de sus gafas que contrastaba con la calidez de su mirada. Desde que había dejado de acudir a casa de Odenigbo, Richard había compartido varias veladas con ella y su marido, Nnanyelugo. Era como si la mujer supiera que él había perdido gran parte de la faceta social de su vida y lo invitaba continuamente a ir al teatro, a conferencias y a jugar al squash. Así, cuando le pidió que acudiera al seminario «En caso de guerra» organizado por la asociación de mujeres de la universidad, aceptó encantado. Era mejor estar preparado, aunque estaba claro que no iba a estallar ninguna guerra. Los nigerianos no intervendrían en Biafra; nunca lucharían contra un pueblo que ya había sido azotado por las masacres. Al contrario, estarían encantados de librarse de los igbos. Richard estaba seguro de ello. De lo que no estaba tan seguro era de lo que haría si se encontraba con Olanna en el seminario. Hasta el momento, le había resultado fácil evitarla; en cuatro años, sólo se había cruzado con ella unas cuantas veces mientras iba en coche, nunca se acercaba a las pistas de tenis del centro de profesores y ya no compraba en Eastern Shop.

Se quedó junto a Phyllis en la entrada de la sala de conferencias y dio un vistazo general. Olanna estaba sentada en primera fila, con Bebé en su regazo. Su rostro lozano y hermoso le resultaba muy familiar, igual que el vestido azul de cuello fruncido, como si acabara de verla hacía muy poco. Apartó la mirada y no pudo evitar sentirse aliviado al comprobar que Odenigbo no había acudido. La sala estaba a reborar. La mujer que hablaba desde la tribuna repetía lo mismo una y otra vez: «Guarden la documentación en una bolsa impermeable y asegúrense de llevarla consigo en caso de evacuación. Guarden la documentación en una bolsa impermeable...».

Hablaron otras personas. Luego el acto terminó. La gente hizo grupos; reían, charlaban e intercambiaban más consejos para estar prevenidos si estallaba la guerra. Richard sabía que Olanna estaba cerca, hablando con un profesor de música que llevaba barba. Se dio media vuelta para marcharse con disimulo pero, cuando estaba a punto de salir por la puerta, Olanna apareció a su lado.

—Hola, Richard. *Kedu?*

—Estoy bien —dijo. Se notaba la piel del rostro tirante—. ¿Y tú?

—Estamos bien —dijo ella.

Richard observó un ligero brillo rosado en sus labios. No le pasó desapercibido el plural de su contestación. Richard no sabía muy bien si se refería a ella y a la niña, a ella y a Odenigbo, o tal vez intentara sugerir que ya se sentía en paz con lo que había ocurrido entre ellos dos y lo que aquello había hecho a su relación con Kainene.

—Bebé, ¿has saludado a Richard? —dijo Olanna bajando la mirada hacia la niña cuya mano aferraba con la suya.

—Buenas tardes —dijo Bebé en voz muy alta.

Richard se inclinó y le acarició la mejilla. Desprendía una serenidad que la hacía

parecer mayor y más responsable de lo que correspondía a sus cuatro años.

—Hola, Bebé.

—¿Qué tal está Kainene? —preguntó Olanna.

Richard evitó mirarla a los ojos, inseguro de qué expresión mostrar.

—Está bien.

—¿Y tu libro? ¿Va bien?

—Sí, gracias.

—¿Aún se llama *El cesto de manos*?

A Richard le hizo gracia que no se hubiera olvidado.

—No. —Hizo una pausa y trató de no pensar en lo que había ocurrido con aquel manuscrito, en las llamas que debían de haberlo reducido a cenizas con gran rapidez—. Se llama *En los tiempos de las vasijas*.

—Un título interesante —murmuró Olanna—. Espero que no haya guerra, pero el seminario ha estado muy bien, ¿verdad?

—Sí.

Phyllis se acercó, saludó a Olanna y tiró del brazo de Richard.

—¡Dicen que va a venir Ojukwu! ¡Va a venir Ojukwu! —Se oía ruido de voces fuera de la sala de actos.

—¿Ojukwu? —preguntó Richard.

—¡Sí, sí! —Phyllis se dirigía a la puerta—. ¿Sabes que hace unos días se presentó en el campus de Enugu por sorpresa? ¡Parece que ahora nos toca a nosotros!

Richard la acompañó fuera. Se unieron al grupo de profesores que se encontraba junto a la estatua de un león. Olanna había desaparecido.

—Ahora está en la biblioteca —dijo alguien.

—No. Está en el edificio del rectorado.

—No. Va a dirigirse a los estudiantes. Está en la zona de administración.

Algunos caminaban ya a buen paso hacia la zona de administración y Phyllis y Richard los siguieron. Se encontraban junto a los *umbrellas* que se alineaban junto a la calzada de la entrada cuando Richard vio al hombre de barba, vestido con un austero e impecable uniforme militar con su cinturón, que recorría a zancadas el pasillo. Varios reporteros se agolpaban detrás de él y le acercaban las grabadoras como si fueran ofrendas. Había tantos estudiantes que a Richard le sorprendió que hubieran sido capaces de congregarse con tanta rapidez, y empezaron a gritar: «¡Poder! ¡Poder!». Ojukwu bajó la escalera y se subió sobre unos bloques de cemento dispuestos en el césped. Alzó las manos. Todo en él resplandecía: la barba cuidada, el reloj, sus anchos hombros.

—He venido a preguntaros una cosa —dijo con su acento de Oxford y su voz sorprendentemente suave; su timbre era muy diferente del que se oía cuando hablaba por la radio y resultaba algo teatral, comedido en exceso—. ¿Qué tenemos que hacer? ¿Callar y permitir que nos obliguen a volver a formar parte de Nigeria? ¿Olvidarnos de los miles de hermanos y hermanas que fueron asesinados en el norte?

—¡No! ¡No!

Los estudiantes llenaban el gran patio y se diseminaban por el césped y la calzada. Muchos profesores habían estacionado sus vehículos en la carretera y se unieron a la multitud.

—¡Poder! ¡Poder!

Ojukwu volvió a alzar las manos y el clamor cesó.

—Quiero decirles ahora que, si nos declaran la guerra, ésta será una guerra larga y dura. Una guerra muy larga y muy dura. ¿Estáis preparados? ¿Estamos preparados?

—¡Sí! ¡Sí! Ojukwu, *nye anyi egbe!* ¡Danos fusiles! *Iwe di anyi n'obi!* ¡Tenemos el alma llena de ira!

El cántico de consignas no cesaba: «¡Danos fusiles! ¡Tenemos el alma llena de ira! ¡Danos fusiles!». El ritmo era embriagador. Richard miró a Phyllis, que agitaba el puño en el aire mientras gritaba. Por unos instantes recorrió con la mirada la multitud, apasionada y entregada, antes de unirse al movimiento ondulante y al clamor. «¡Ojukwu, danos fusiles! ¡Ojukwu, *nye anyi egbe!*!»

Ojukwu encendió un cigarrillo y lo tiró al césped. Dejó que ardiera unos momentos antes de alzar el pie y aplastarlo bajo su flamante bota negra.

—Hasta la hierba luchará por Biafra —dijo.

Richard le contó a Kainene lo cautivado que se había sentido por Ojukwu, a pesar de la calvicie incipiente, el ligero aire histriónico y su ostentoso anillo. Le habló del seminario. Luego, dudó de si contarle su encuentro con Olanna. Estaban sentados en la terraza. Kainene pelaba una naranja con un cuchillo y la fina piel iba cayendo en un plato dispuesto en el suelo.

—He visto a Olanna —dijo al fin.

—¿Ah, sí?

—En el seminario. Nos hemos saludado y me ha preguntado por ti.

—Ya.

La naranja se le escurrió de la mano, o tal vez la hubiera dejado caer, porque no hizo nada por recogerla del suelo de terraza.

—Lo siento —dijo Richard—. He pensado que sería mejor decirte que la he visto.

Recogió la naranja y se la tendió a Kainene, pero ella no la cogió. Se levantó y se acercó a la barandilla.

—Se acercan tiempos de guerra —dijo—. Port Harcourt se convertirá en un caos.

Miraba a lo lejos, como si de verdad pudiera ver la ciudad en su locura de fiestas excesivas, de apareamientos frenéticos y de coches a toda velocidad. Un poco antes, esa misma tarde, una joven bien vestida se había acercado a Richard en la estación y le había cogido la mano. «Ven a mi casa. Nunca lo he hecho con un *oyinbo*, pero ahora quiero probarlo todo», le había dicho entre risas, aunque el deseo delirante que traslucían sus ojos iba muy en serio. Él había retirado la mano y se había alejado con tristeza, pensando que la mujer acabaría en la cama con cualquier otro extranjero.



Parecía como si los habitantes de aquella ciudad de altos y susurrantes pinos quisieran aferrarse a todo lo que pudieran antes de que la guerra les arrebatara sus opciones.

Richard se levantó y se acercó a Kainene.

—No va a haber ninguna guerra —dijo.

—¿Cómo te ha preguntado por mí?

—Me ha dicho: «¿Qué tal está Kainene?».

—¿Y tú le has dicho que estaba bien?

—Sí.

No preguntó nada más al respecto; Richard tampoco esperaba que lo hiciera.

Ugwu salió del coche y se dirigió al maletero. Colocó la bolsa de pescado seco encima del gran saco *de garrí*, se llevó ambos a la cabeza y subió detrás del señor los agrietados escalones del lóbrego edificio que albergaba las dependencias municipales. El señor Ovoko salió a su encuentro.

—Deja los sacos en la despensa —le dijo a Ugwu, indicándole el lugar como si fuera la primera vez que llevaba comida a los refugiados.

En la despensa no había más que un pequeño saco de arroz lleno de gorgojos apoyado en una esquina.

—¿Cómo va todo? *A na-emekwa?* —preguntó el señor.

El señor Ovoko se frotó las manos sin demasiado entusiasmo. Mostraba la expresión lúgubre de alguien que se niega a recibir consuelo.

—Hoy día nadie da gran cosa. La gente sigue viniendo aquí a pedir comida, y luego empiezan a pedir trabajo. Ya sabes, vinieron del norte sin nada. Nada.

—¡Ya sé que vinieron aquí sin nada, amigo! ¡No me des sermones! —le espetó el señor.

El señor Ovoko retrocedió.

—Lo único que digo es que la situación es más seria de lo que parece. Al principio todo el mundo corría a ofrecer comida, pero ahora ya se les ha olvidado. Si estalla la guerra, ocurrirá una catástrofe.

—No habrá guerra.

—¿Y por qué Gowon mantiene el bloqueo?

El señor hizo caso omiso de su pregunta y se volvió para marcharse. Ugwu lo siguió.

—Pues claro que la gente sigue donando comida. Seguro que ese amargado se la lleva toda a su familia —dijo el señor al arrancar el coche.

—Sí, *sah* —dijo Ugwu—. Y él tiene una tripa enorme.

—El analfabeto de Gowon ofreció una cifra ridícula, miserable, para más de dos millones de refugiados. ¿Es que se cree que los que murieron eran pollos y que los supervivientes de sus familias que regresaron a casa también lo son?

—No, *sah*.

Ugwu miró por la ventanilla. Lo llenaba de tristeza acudir allí a donar *garrí* y pescado para gente que en el norte tenía su propio sustento, y oír al señor decir lo mismo semana tras semana. Extendió el brazo y enderezó la cuerda que colgaba del retrovisor. Llevaba sujeto una especie de recuerdo, una pieza de plástico en la que había pintado medio sol amarillo sobre un fondo negro.

Más tarde, sentado en los escalones del patio trasero leyendo *Los papeles del club Pickwick* y parándose con frecuencia a pensar y a contemplar las delgadas hojas de maíz que la brisa hacía susurrar, no le sorprendió oír que el señor alzaba la voz desde el salón. En días como aquéllos estaba muy irascible.

—¿Y qué pasa con los colegas de las universidades de Ibadan, Zaria y Lagos? ¿Quién denuncia allí los hechos? ¡Todos guardaron silencio mientras expatriados blancos alentaban a los rebeldes a matar a los igbos! ¡Y tú habrías hecho lo mismo si no hubieras estado en territorio igbo! ¿Qué compasión puedes sentir? —gritó el señor.

—¡No te atrevas a decirme que no tengo compasión! ¡Que no defienda la secesión como el único modo de lograr seguridad no significa que no la sienta! —Era la señorita Adebayo.

—¿Han matado a tus primos? ¿O a tu tío? La semana que viene te reunirás con los tuyos en Lagos y nadie te hostigará por ser yoruba. ¿No es tu gente la que está matando a los igbos en Lagos? ¿No fue un grupo de vuestros jefes al norte para agradecerles a los emires que no implicaran a los yorubas? Entonces, ¿qué estás diciendo? ¿Qué peso puede tener tu opinión?

—Me estás ofendiendo, Odenigbo.

—La verdad ofende.

Se hizo el silencio, y luego se oyó el chirrido de la puerta principal al abrirse y un portazo. La señorita Adebayo se había marchado. Ugwu se levantó al escuchar la voz de Olanna.

—¡Esto es inadmisibile, Odenigbo! ¡Le debes una disculpa!

Al oírla gritar se asustó porque casi nunca lo hacía, y porque la última vez que la había oído levantar la voz había sido durante aquellas terribles semanas previas al nacimiento de Bebé, cuando el señor Richard dejó de acudir a verlos y todo parecía estar a punto de desmoronarse. Por un momento, Ugwu no oyó nada; tal vez Olanna también se hubiera marchado. Entonces oyó a Okeoma recitar un poema, Ugwu lo conocía: «Si el sol se niega a salir, lo haremos salir nosotros». La primera vez que Okeoma lo había leído, el mismo día en que el *Renaissance* había pasado a llamarse *Biafran Sun*, Ugwu lo escuchó con atención y se sintió elevarse al oírle recitar su verso favorito: «Vasijas de arcilla cocida en fervor, nos refrescarán los pies durante el ascenso». Sin embargo, ahora le parecía desgarrador. Le hacía añorar los días en que Okeoma recitaba poemas sobre gente a la que le salía un sarpullido en las nalgas tras defecar en cubos importados, los días en que la señorita Adebayo y el señor se gritaban sin que ella se marchara furiosa, los días en que aún les servía sopa de pimentón. Ahora sólo les ofrecía nuez de cola.

Okeoma se fue al cabo de un rato y Ugwu volvió a oír gritar a Olanna.

—¡Tienes que disculparte, Odenigbo! ¡Se lo debes!

—No es una cuestión de si le debo una disculpa o no. Se trata de si estoy diciendo o no la verdad —exclamó el señor. Olanna dijo algo que Ugwu no logró entender y, en un tono más calmado, el señor añadió—: De acuerdo, *nkem*, me disculparé.

Olanna entró en la cocina.

—Vamos a salir —dijo—. Ven a cerrar la puerta con llave.

—Sí, *mah*.

Cuando se alejaron en el coche del señor, Ugwu oyó unos golpes en la puerta

trasera y acudió a ver quién era.

—¡Chinyere! —se sorprendió. Nunca iba a verlo tan temprano, y menos a casa de los señores.

—Mañana por la mañana me voy al pueblo con la señora y los niños. He venido a desearte suerte. *Ka o di*.

Ugwu nunca la había oído hablar tanto. No sabía cómo reaccionar. Se quedaron mirándose un rato.

—Que te vaya bien —dijo Ugwu.

Vio cómo se acercaba al seto que separaba los dos complejos y se deslizaba por debajo. Ya no volvería a llamar a su puerta por la noche, a tenderse de espaldas y abrir las piernas en silencio, al menos durante un tiempo. Notó una extraña presión en la cabeza. Los cambios se precipitaban y lo abrumaban, y él se sentía impotente para retrasarlos.

Se sentó y se quedó mirando la cubierta de *Los papeles del club Pickwick*. En el patio se respiraba serenidad, el mango se agitaba suavemente y los anacardos maduros desprendían un aroma parecido al del vino. La estampa contrastaba con lo que observaba a su alrededor. Cada vez recibían menos visitas y por la noche las calles del campus aparecían fantasmales, envueltas en la luz nacarada del silencio y la desolación. Eastern Shop había cerrado. La señora de Chinyere no era más que una de las muchas familias que abandonaban el campus; los criados adquirían grandes cajas de cartón en el mercado y muchos coches salían del recinto con el maletero lleno de bultos pesados. Pero Olanna y el señor no habían embalado ni una sola de sus pertenencias. Mantenían que no iba a estallar la guerra y que el pánico de la gente era injustificado. Ugwu sabía que las familias podían enviar a las mujeres y a los niños a sus lugares de origen, pero los hombres no podían marcharse porque eso significaría que tenían miedo y no había nada de lo que asustarse. «No hay motivo para alarmarse», decía el señor a menudo. Sin embargo, al profesor Uzomaka, que vivía enfrente del doctor Okeke, los milicianos lo habían hecho volver atrás tres veces a las puertas del campus. El tercer día lo dejaron pasar después de jurarles que regresaría, que sólo iba a llevar a su familia al pueblo porque su esposa estaba muy preocupada.

—¡Ugwuanyi!

Ugwu levantó la mirada y vio que su tía avanzaba por el jardín de la entrada. Se levantó.

—¡Tía! ¡Bienvenida!

—Estaba llamando a la puerta.

—Lo siento. No te he oído.

—¿Estás solo en casa? ¿Dónde está el señor?

—Han salido. Y se han llevado a Bebé. —Ugwu escrutó el rostro de su tía—. Tía, ¿va todo bien?

La mujer sonrió.

—Todo bien, *o di mma*. Te traigo un mensaje de tu padre. Celebrarán la ceremonia del vino de Anulika el próximo sábado.

—¿Eh? ¿El próximo sábado?

—Es mejor que lo hagan ahora, antes de que empiece la guerra, si es que va a haberla.

—Es verdad. —Ugwu desvió la mirada hacia el limonero—. Así que es cierto, Anulika se casa.

—¿Es que pensabas casarte con tu propia hermana?

—Dios me libre.

Su tía le dio un pellizco en el brazo.

—Vaya, vaya. Estás hecho un hombre. En unos pocos años te llegará el turno a ti.

Ugwu sonrió.

—Mi madre y tú encontraréis a la persona adecuada cuando llegue el momento, tía —dijo con falso recato.

No tenía sentido explicarle que Olanna le había dicho que lo enviarían a la universidad cuando terminara la educación secundaria, que no se casaría hasta haberse convertido en alguien como el señor y llevara muchos años leyendo libros.

—Me voy —dijo su tía.

—¿No te apetece un vaso de agua?

—No puedo quedarme. *Ngwanu*, déjalo. Saluda al señor y dale mi mensaje.

Incluso antes de que su tía se marchara, Ugwu ya se había imaginado su aparición en la ceremonia. Aquella vez por fin rodearía con sus brazos el cuerpo desnudo y dócil de Nnesinachi. La cabaña de tío Eze era un buen lugar adonde llevarla, o quizá la tranquila arboleda junto al riachuelo, siempre y cuando los niños no los molestaran. Esperaba que no fuera tan silenciosa como Chinyere, que emitiera sonidos parecidos a los que había oído producir a Olanna cuando posaba la oreja en la puerta del dormitorio.

Aquella noche, mientras hacía la cena, una voz serena anunció por la radio que Nigeria iba a emprender una acción policial para obligar a rendirse a los rebeldes de Biafra.

Ugwu se encontraba en la cocina con Olanna, pelando cebollas y observando el movimiento del hombro de ella al remover la sopa en el fuego. Las cebollas lo hacían sentirse limpio, como si las lágrimas que derramaba se llevaran con ellas las impurezas. Oyó la voz aguda de Bebé procedente del salón, donde se encontraba jugando con el señor. No quería que ninguno de los dos entrara en la cocina. Destruirían la magia que lo envolvía, la delicia del escozor que la cebolla le provocaba en los ojos, el brillo de la piel de Olanna. Ella le hablaba de los norteros de Onitsha que habían sido asesinados en ataques de represalia. A Ugwu le gustó su forma de pronunciar «ataques de represalia».

—Es un grave error —dijo—, un grave error. Pero Su Excelencia ha manejado

muy bien la situación. Dios sabe cuántas personas habrían muerto si no hubiera enviado a los soldados de vuelta al norte.

—Ojukwu es un gran hombre.

—Sí, pero en realidad todos somos capaces de hacer lo mismo a nuestros vecinos.

—No, *mah*. Nosotros no somos como los hausas. Las matanzas de represalia se deben a que ellos nos provocaron. —Estaba seguro de haber pronunciado «matanzas de represalia» de forma muy parecida a como lo había hecho Olanna.

Olanna negó con la cabeza, pero guardó silencio durante un rato.

—Después de la ceremonia del vino de tu hermana, nos iremos a Aba a pasar algún tiempo, ya que el campus se ha quedado muy vacío —dijo por fin—. Si quieres, puedes quedarte con tu familia. Pasaremos a buscarte cuando regresemos. No estaremos fuera más de un mes, como mucho. Nuestros soldados escoltarán a los nigerianos de vuelta dentro de una semana o dos.

—Iré con ustedes, *mah*.

Olanna sonrió, como si hubiera esperado aquella respuesta.

—No hay manera de que esta sopa se espese —masculló.

Y le habló de la primera vez que había hecho sopa siendo niña, de cómo había conseguido quemar el fondo de la olla hasta convertirlo en una costra de color púrpura oscuro y sin embargo la sopa había quedado muy sabrosa. Ugwu estaba absorto escuchando a Olanna y no oyó los estampidos procedentes de algún lugar lejano hasta que ella dejó de remover la sopa y miró por la ventana.

—¿Qué ha sido eso? Ugwu, ¿lo has oído? ¿Qué ha sido?

Olanna soltó el cucharón y fue corriendo al salón. Ugwu la siguió. El señor se encontraba junto a la ventana y sostenía un ejemplar doblado del *Biafran Sun*.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Olanna, y atrajo hacia sí a Bebé— ¡Odenigbo!

—Están avanzando —respondió el señor con serenidad—. Creo que deberíamos marcharnos hoy mismo.

En ese momento, Ugwu oyó el bocinazo de un coche procedente del exterior. De pronto, tuvo miedo de abrir la puerta, incluso de asomarse a la ventana.

El señor abrió la puerta. El Morris Minor de color verde había sido estacionado con tantas prisas que un neumático se había salido del camino de entrada y había aplastado las azucenas que los bordeaban el camino. Cuando el propietario salió del vehículo, a Ugwu le sorprendió ver que sólo llevaba una camiseta sin mangas y unos pantalones. ¡Y zapatillas de baño!

—¡Abandonad la casa! ¡Los federales han entrado en Nsukka! ¡Estamos evacuando la ciudad! ¡Tenemos que marcharnos ahora mismo! Estoy yendo a todas las casas que aún siguen ocupadas. ¡Evacuad la casa, ahora!

Hasta que no hubo terminado de hablar, volvió a subirse al coche y se alejó tocando la bocina sin parar, Ugwu no lo reconoció: era el señor Vincent Ikenna, el secretario del registro civil. Los había visitado unas cuantas veces. Bebía cerveza con Fanta.

—Recoge unas cuantas cosas, *nkem* —dijo el señor—. Miraré cuánta agua hay en el coche. Ugwu, cierra con llave, ¡deprisa! Y no te olvides de los cuartos del servicio.

—*Gini?* ¿Qué cosas? —preguntó Olanna—. ¿Qué cojo?

Bebé empezó a llorar. Volvieron a oírse los estampidos, esta vez más cerca y más fuerte.

—No durará mucho, volveremos pronto. Coge unas cuantas cosas, un poco de ropa... —El señor hizo un ademán impreciso antes de coger las llaves del coche de la estantería.

—Estaba cocinando —dijo Olanna.

—Pon la comida en el coche —le contestó el señor.

Olanna parecía ofuscada. Envolvió la olla en un trapo de cocina y la llevó al coche. Ugwu corría de un lado a otro metiendo cosas en bolsas: los juguetes y la ropa de Bébé, las galletas de la nevera, su propia ropa y la del señor, las túnicas y los vestidos de Olanna. Le habría gustado saber qué debía coger. También quería que aquel ruido no sonara cada vez más cercano. Lanzó las bolsas al asiento trasero del coche y volvió a entrar corriendo en la casa para cerrar las puertas con llave y bajar las persianas. El señor tocaba el claxon. Se quedó parado en medio del salón, estaba un poco mareado. Tenía ganas de orinar. Se dirigió a la cocina y apagó el fuego. El señor lo llamaba a voz en grito. Cogió los álbumes de fotos de la estantería. Los tres álbumes que Olanna había reunido con tanta dedicación, y salió corriendo hacia el coche. El señor arrancó sin apenas darle tiempo a cerrar la puerta. Las calles del campus aparecían sobrecogedoras, desiertas y silenciosas.

En las puertas, los soldados biafreños hacían señas a los coches para que pasaran. Tenían un aspecto distinguido, con el uniforme de color caqui, las botas flamantes y el distintivo cosido en la manga con el medio sol amarillo. Ugwu deseó haber sido uno de ellos. El señor hizo un gesto y les dijo:

—Buen trabajo.

El polvo se arremolinaba a su alrededor, como un manto marrón traslúcido. La carretera principal estaba abarrotada: mujeres que llevaban cajas sobre la cabeza y bebés aferrados a la espalda, niños descalzos que transportaban fardos de ropa, ñames o cajas, hombres que arrastraban bicicletas. Ugwu se preguntó por qué llevaban lámparas de queroseno encendidas si aún no había oscurecido. Vio cómo un niño pequeño tropezaba y se caía, y su madre tiraba de él para levantarlo, y entonces pensó en su casa, en sus primos pequeños, sus padres y Anulika. Todos se encontraban a salvo. No tendrían que huir corriendo porque el poblado quedaba muy retirado. El único problema era que no podría asistir a la boda de Anulika ni estrechar a Nnesinachi entre sus brazos como había planeado. Pero estaría pronto de vuelta. La guerra sólo duraría el tiempo que el ejército de Biafra tardará en gasear a los nigerianos hasta el juicio final. Aún podría probar la dulzura de Nnesinachi, acariciar sus carnes mullidas.

El señor conducía despacio debido a la muchedumbre y los bloqueos de la

carretera, pero aún redujo más la marcha al llegar a Milliken Hill. El camión de delante llevaba impresa en la carrocería la frase: «NADIE SABE LO QUE OCURRIRÁ MAÑANA». Al ascender por la cuesta empinada, un hombre se bajó de un salto y echó a correr al lado del camión; llevaba un tarugo de madera, preparado para lanzarlo detrás de las ruedas traseras si el camión amenazaba con rodar cuesta abajo.

Cuando por fin llegaron a Aba, era de noche, el parabrisas estaba cubierto de polvo ocre y Bebé dormía.



Richard se sorprendió al oír el anuncio de que el gobierno federal declaraba emprender «una acción policial para llamar al orden a los rebeldes». Kainene no se extrañó.

—Es por el petróleo —dijo—. No pueden dejarnos en paz porque aquí hay mucho petróleo. Pero la guerra durará poco. Madu dice que Ojukwu tiene planes importantes. Me sugirió que donara unas divisas al gabinete de guerra para que, cuando acabe todo esto, pueda conseguir cualquier contrato que desee.

Richard se la quedó mirando. No parecía entender que para él, la idea de una guerra, breve o no, era incomprensible.

—Es mejor que te lleves tus cosas a Port Harcourt hasta que hagamos retroceder a los nigerianos —dijo Kainene.

Estaba echando un vistazo al periódico y moviendo la cabeza al ritmo de la música de los Beatles que sonaba en el estéreo, actuando con total normalidad, como si la guerra fuera el resultado inevitable de lo sucedido hasta entonces y llevarse sus cosas de Nsukka fuera simplemente lo que había que hacer.

—Sí, claro —dijo Richard.

El chófer de Kainene lo acompañó. Por todas partes proliferaban puestos de control; neumáticos y tablas claveteadas cortaban las carreteras y hombres y mujeres de caqui, con rostro inexpresivo y conducta disciplinada, permanecían alerta. Los dos primeros controles fueron fáciles de sortear.

—¿Adónde se dirigen? —les preguntaron, y con un gesto del brazo les indicaron que podían pasar. Pero, cerca de Enugu, la Defensa Civil había bloqueado la carretera con troncos y viejos bidones oxidados. El chófer se detuvo.

—¡Den la vuelta! ¡Den la vuelta! —Un hombre se asomó por la ventanilla; sostenía un largo madero cuidadosamente tallado para parecer un fusil—. ¡Den la vuelta!

—Buenas tardes —saludó Richard—. Trabajo en la Universidad de Nsukka y me dirijo allí. Mi criado está allí. Tengo que recoger un manuscrito y algunas pertenencias.

—Dé la vuelta, *sah*. Pronto expulsaremos de aquí a los vándalos.

—Pero, mi manuscrito, mis papeles y mi criado están allí. No me llevé nada. No sabía nada de esto.

—Dé la vuelta, *sah*. Son las órdenes que tenemos. No es seguro. Pero pronto echaremos a los vándalos y podrá volver.

—Tiene que entenderlo. —Richard se inclinó aún más hacia delante.

El hombre entornó los ojos, mientras que el ojo que llevaba estampado en la camisa bajo la palabra «vigilancia» parecía abrirse más.

—¿No será un agente del gobierno nigeriano? Ustedes, los blancos, permitieron que Gowon asesinara a mujeres y niños inocentes.

—*Abu m onye Biafra* —dijo Richard.

El hombre se echó a reír, sin que Richard supiera bien si se trataba de una risa de agrado o de desagrado.

—Vaya, vaya. ¡Un blanco que dice ser biafreño! ¿Dónde aprendió a hablar nuestro idioma?

—Me lo enseñó mi esposa.

—Muy bien, *sah*. No se preocupe por las cosas que dejó en Nsukka. En unos cuantos días, despejaremos las carreteras.

El chófer dio media vuelta y, mientras regresaban por donde habían venido, Richard volvió la mirada hacia el puesto de control hasta perderlo de vista. Pensó en la facilidad con que había pronunciado aquellas palabras en igbo: «Soy de Biafra». No sabía por qué, pero esperaba que el chófer no se lo contara a Kainene. También esperaba que no le dijera que se había referido a ella como «su esposa».

Susan llamó al cabo de unos días. Era casi mediodía y Kainene estaba fuera en una de sus fábricas.

—No sabía que tuvieras el teléfono de Kainene —dijo Richard.

Susan se echó a reír.

—Me he enterado que han evacuado Nsukka y supuse que te alojarías en su casa. Bueno, ¿cómo estás? ¿Estás bien?

—Sí.

—No has tenido problemas con la evacuación, ¿verdad? —se interesó Susan—. ¿Todo va bien?

—Sí, estoy bien. —Su preocupación lo conmovió.

—Estupendo. ¿Cuáles son tus planes?

—De momento, me quedaré aquí.

—No es muy seguro, Richard. Yo no pienso quedarme más de una semana. Las guerras de esta gente nunca son civilizadas. No sé cómo se atreven a llamarlo «guerra civil». —Susan hizo una pausa—. Me he puesto en contacto con la embajada británica de Enugu. ¡No puedo creer que sigan jugando a waterpolo y celebrando cócteles en el hotel Presidential mientras tiene lugar una guerra cruenta!

—Pronto terminará.

—¿Pronto? ¡Ja! Nigel se marcha dentro de dos días. Nada va a terminar, la guerra durará años. Mira lo que ha ocurrido en el Congo. Esta gente no sabe lo que es la paz. Lo suyo es seguir luchando hasta que caiga el último hombre...

Richard colgó mientras Susan seguía hablando, sorprendido ante su propia grosería. Una parte de él quería ayudarla, tirar todas las botellas de licor de su mueble bar y borrar la paranoia que marcaba su vida. Tal vez le fuera bien marcharse. Deseaba que encontrara la felicidad, con Nigel o como fuera. Seguía pensando en Susan, en parte esperando que lo volviera a llamar y en parte que no lo hiciera, cuando llegó Kainene. Lo besó en las mejillas, en los labios y en la barbilla.

—¿Te has pasado el día preocupado por Harrison y por *En los tiempos de las vasijas*? —preguntó.

—Claro que no —dijo, aunque ambos sabían que así era.

—Seguro que Harrison está bien. Habrá hecho las maletas y estará en su pueblo.

—Sí, seguramente —dijo Richard.

—Lo más probable es que se haya llevado el manuscrito.

—Sí.

Richard recordó cómo Kainene había destruido su primer manuscrito, *El cesto de manos*, cómo lo había llevado al huerto de frutales y, con rostro inexpresivo, le había mostrado el montón de papel carbonizado que yacía bajo su árbol favorito. Él no la culpó ni se enfadó; de hecho, se sentía esperanzado.

—Hoy se ha celebrado otra concentración en la ciudad, al menos un millar de personas a pie y un montón de coches cubiertos con hojas tiernas —le contó—. Podrían reunirse en algún parque en lugar de cortar las calles principales. Ya he hecho mi donación y no pienso abrasarme bajo un sol de justicia sólo para satisfacer la ambición de Ojukwu.

—Es por la causa, Kainene, no por un hombre.

—Sí, sí. Ahora la exacción en beneficio propio se llama causa. ¿Sabes que los taxistas ya no les cobran a los soldados? Se ofenden cuando intentan pagarles el trayecto. Madu dice que casi a diario un grupo de mujeres se presenta en el cuartel llevando ñames, plátanos y otras frutas para los soldados. Proviene de los pueblos más atrasados y casi no tienen nada.

—No es exacción, lo hacen por la causa.

—La causa, la causa... —Kainene cabeceó aunque parecía divertida—. Madu me dijo el otro día que el ejército no tiene nada. Absolutamente nada. Creían que Ojukwu debía tener armas almacenadas en algún sitio, dado que no hace más que repetir que «Ninguna fuerza del África Negra podrá derrotarnos». Así que Madu y otros oficiales que regresaron del norte fueron a decirle que no tenían armas, que no podían movilizar a las tropas y que adiestraban a sus hombres con fusiles de madera. ¡Por el amor de Dios! Querían que les entregara parte de las armas que tenía almacenadas. Pero él se dio media vuelta y les dijo que todo aquello era una conspiración para derrocarlo. Al parecer, no tiene armas y piensa vencer a Nigeria con los puños. —Alzó uno de los suyos en el aire y sonrió—. Pero me parece tremendamente atractivo: sobre todo por la barba.

Richard no dijo nada. Durante un instante fugaz, se preguntó si debía dejarse barba.

Olanna se apoyó en la barandilla del porche de la casa que Odenigbo tenía en Aba para contemplar al patio. Cerca de la verja, Bebé jugaba a gatas en la arena mientras Ugwu la vigilaba. El viento hacía susurrar las hojas del guayabo. La corteza de ese árbol, de forma irregular y color desigual, fascinaba a Olanna; los tonos arcillosos alternaban con los negruzcos y le recordaban a la piel de algunos niños del pueblo que padecían *nlacha*. Muchos de esos niños se le habían acercado para decirle «*Nno nu*; bienvenida» el día que llegó de Nsukka, y también sus padres y tíos y tías, expresando sus buenos deseos y ávidos por escuchar historias sobre la evacuación. Olanna agradeció su cariño; su acogida la hizo sentirse protegida. Y aquella sensación de calidez se extendió incluso a la madre de Odenigbo. Olanna se preguntaba por qué no había arrebatado a Bebé de los brazos de la abuela que la había rechazado al nacer, por qué ella no se había apartado cuando mama fue a abrazarla. Pero había una cualidad tan indefinible de incertidumbre, de inconcluso en todo lo acaecido aquel día —ella en la cocina con Ugwu, la huida tan precipitada de la casa que temió haberse dejado el horno encendido, las multitudes en la carretera, el ruido del bombardeo—, que Olanna aceptó finalmente el abrazo de mama, incluso se lo devolvió. Ahora que su trato era civilizado mama acudía a menudo a ver a Bebé; sólo tenía que atravesar la cancela de madera abierta en el muro de barro que separaba su casa de la de Odenigbo. A veces era Bebé quien la visitaba y perseguía a las cabras que correteaban por el patio. A Olanna le preocupaba un poco la salubridad de los trozos de pescado seco y de carne ahumada que solía masticar cuando volvía a casa, pero trataba de disimularlo de la misma forma que ocultaba su rencor. Las muestras de afecto de mama hacia Bebé siempre habían sido escasas, poco entusiastas, y ahora era demasiado tarde para que Olanna lo olvidara.

Bebé se estaba riendo de algo que Ugwu le decía; su risa aguda hizo sonreír a Olanna. La niña se encontraba a gusto, la vida allí era más sencilla. Como el horno, la tostadora, la olla a presión y las especias de importación se habían quedado en Nsukka, también las comidas eran menos elaboradas y Ugwu tenía más tiempo para jugar con ella.

—¡Mami Ola! —la llamó Bebé—. ¡Ven, mira!

Olanna agitó la mano.

—Bebé, es la hora del baño.

Contempló la hilera de mangos del patio contiguo; de algunos colgaban frutos como si fueran pendientes aparatosos. El sol empezaba a ponerse. Los pollos cloqueaban y ascendían volando hasta las ramas del árbol de la cola para dormir. Oyó a algunos vecinos del pueblo saludándose a voces, hablando tan alto como las mujeres del grupo de las costureras. Se había unido a ellas hacía dos semanas; se reunían en el ayuntamiento y confeccionaban camisetas sin mangas y toallas para los soldados. Al principio se sintió mal, porque cuando ella empezaba a hablarles de las

cosas que había dejado en Nsukka —los libros, el piano, la ropa, la vajilla de porcelana, las pelucas, la máquina de coser Singer, la televisión—, ellas la ignoraban y se ponían a charlar de otras cosas. Ahora por fin comprendía que nadie hablaba de lo que dejaba atrás. En vez de eso, comentaban los diversos esfuerzos que se hacían para contribuir a la victoria. Un profesor había regalado su bicicleta a los soldados, los granjeros les ofrecían ñames y los zapateros fabricaban botas gratis. La cuestión era ganar la guerra. A Olanna le costaba imaginarse una guerra en aquella época, las balas cayendo sobre la tierra roja de Nsukka mientras las tropas de Biafra hacían retroceder a los vándalos. De hecho, le costaba imaginarse cualquier cosa que no estuviera teñida del recuerdo de Arize, tía Ifeka y tío Mbaezi, que no tuviera que ver con la vida que parecía haber quedado en suspenso.

Se quitó las zapatillas de una patada y atravesó descalza el patio de la entrada para acercarse a la cabaña de arena que había hecho Bebé.

—Es muy bonita, Bebé. A lo mejor mañana aún está en pie, si las cabras no se pasean por el patio de buena mañana. Ahora tienes que bañarte.

—¡No, mami Ola!

—Me parece que Ugwu se te va a llevar ahora mismo.

Olanna miró a Ugwu.

—¡No!

Ugwu cogió a Bebé en brazos y se dirigió hacia la casa corriendo. A la niña se le cayó una zapatilla y se pararon un momento para recogerla. Bebé seguía protestando y riéndose a la par. Olanna se preguntaba cómo se tomaría el hecho de que a la semana siguiente partieran hacia Umuahia, a tres horas de camino, donde Odenigbo había sido asignado a la dirección general de recursos humanos. Él habría preferido trabajar en la de investigación y producción, pero había muchas personas cualificadas y pocos puestos. A ella no le habían ofrecido ni una sola de las vacantes de las distintas direcciones. Tendría que dar clases en primaria, ésa era su contribución civil a la victoria de la nación. «Contribución civil». Sonaba muy enfático, incluso lírico. Esperaba que el profesor Achara les encontrara alojamiento cerca del resto del personal universitario para que Bebé pudiera jugar con otros niños como ella.

Se sentó en una de las sillas bajas de madera cuyo respaldo estaba tan inclinado que tenía que echar el cuerpo muy para atrás para apoyarse en él. Sólo había visto sillas como aquella en el pueblo, hechas por carpinteros locales que se anunciaban con carteles sucios colocados en cruces de caminos polvorientos, por lo general mal escritos: «capintero», «capinto», «carpentaro». Era imposible sentarse en aquellas sillas; estaban hechas para el descanso bien merecido, para recostarse en ellas al aire libre después de una larga jornada de trabajo en el campo, Tal vez incluso para llevar una vida tediosa.

Había oscurecido y los murciélagos agitaban ruidosamente sus alas cuando Odenigbo llegó a casa. Siempre pasaba el día fuera, de reunión en reunión; el tema era siempre el mismo: la contribución de la población civil de Aba a la victoria, cómo

podía colaborar más a la constitución del Estado de Biafra. A veces Olanna veía a hombres que volvían de las reuniones con maderos tallados en forma de fusil. Vio a Odenigbo atravesar el porche con agresiva seguridad en su porte. Era su hombre. A veces, al mirarlo, se sentía presa de una orgullosa sensación de posesión.

—*Kedu?* —la saludó, y se inclinó para besarla en los labios.

Observó el rostro de Olanna con minuciosidad, como si quisiera asegurarse de que estaba bien. Lo hacía siempre desde que ella había vuelto de Kano. A menudo le decía que aquella experiencia la había cambiado, que la había vuelto más introvertida. Utilizaba el término «masacre» en las conversaciones que mantenía con sus amigos, pero nunca con ella. Era como si lo ocurrido en Kano hubiera sido una masacre mientras que lo que ella había presenciado constituía una experiencia.

—Estoy bien —dijo ella—. ¿No es un poco pronto?

—Hemos terminado antes porque mañana va a celebrarse una reunión general en la plaza.

—¿Para qué? —quiso saber Olanna.

—Nuestros mayores han decidido que ha llegado el momento. Corre todo tipo de rumores estúpidos sobre una inminente evacuación de Aba. ¡Algunos ignorantes dicen incluso que las tropas federales han entrado en Awka! —Odenigbo se echó a reír y se sentó junto a Olanna—. ¿Vendrás?

—¿A la reunión? —Ni siquiera se le había pasado por la cabeza—. Yo no soy de Aba.

—Podrías serlo si te casaras conmigo. Deberías serlo.

Olanna se lo quedó mirando.

—Así estamos bien.

—Estamos en guerra y mi madre tendría que decidir qué se hace con mi cadáver si me pasa algo. Deberías decidirlo tú.

—Déjalo ya, no va a pasarte nada.

—Claro que no. Sólo quiero que te cases conmigo. Deberíamos hacerlo. Esto no tiene sentido, no lo ha tenido nunca.

Olanna observó una avispa que revoloteaba alrededor del panal esponjoso construido en un rincón de la pared. Para ella sí que tenía sentido la decisión de no casarse; quería preservar lo que disfrutaban envolviéndolo con un manto de diferencia. Pero la estructura que sostenía sus ideales se había venido abajo desde que Arize, tía Ifeka y tío Mbaezi no eran más que rostros petrificados en su álbum de fotos. Desde que las balas caían sobre Nsukka.

—Tendrás que ofrecerle vino a mi padre —dijo.

—¿Eso es un sí?

Un murciélago descendió en picado y Olanna bajó la cabeza.

—Sí. Es un sí —respondió.

Por la mañana, oyó al pregonero público pasar por delante de su casa dando fuertes toques de *ogene*.

—¡Mañana, reunión en Aba a las cuatro de la tarde, en la plaza Amaeze! —¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!—. ¡Mañana, reunión en Aba a las cuatro de la tarde, en la plaza Amaeze! —¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!—. ¡Aba dice que todos los hombres y mujeres deben asistir! —¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!—. ¡Si no, Aba los multará!

—No sé de cuánto será la multa —dijo Olanna observando a Odenigbo vestirse.

Él se encogió de hombros. Sólo tenía las dos camisas y los dos pantalones que Ugwu había metido en la bolsa a toda prisa, y Olanna se sonrió al apercibirse de que siempre adivinaba qué atuendo iba a elegir cada día.

Se habían sentado a desayunar cuando el Land Rover de los padres de Olanna entró en el recinto.

—¡Qué casualidad! —exclamó Odenigbo—. Se lo diré a tu padre ahora mismo. Así podemos casarnos aquí la semana que viene.

En su rostro se dibujaba una sonrisa. Desde que ella había aceptado su proposición en el porche, tenía un aire juvenil, desprendía una alegría ingenua que a Olanna le habría gustado compartir.

—Sabes que las cosas no son así —dijo ella—. Tienes que ir a Umunnachi con tu familia y hacer las cosas bien.

—Ya lo sé. Sólo era una broma.

Olanna se dirigió a la puerta. Se preguntaba por qué habrían acudido sus padres. Habían estado allí la semana anterior y no se sentía preparada para aguantar otro monólogo de su histérica madre mientras su padre se limitaba a cabecear su asentimiento: por favor, vente con nosotros a Umunnachi; Kainene debería marcharse de Port Harcourt hasta que sepamos qué va a pasar con la guerra; seguro que el vigilante yoruba que dejamos en Lagos saqueará la casa; tendríamos que haber hecho algo para traernos todos los coches.

El Land Rover aparcó bajo el árbol de la cola y su madre salió del vehículo. Venía sola. Olanna sintió un ligero alivio al ver que su padre no estaba. Era más fácil tratar con ellos por separado.

—Bienvenida, mamá, *nno*. —Olanna la abrazó—. ¿Va todo bien?

Su madre se encogió de hombros como siempre que quería expresar su resignación. Llevaba una túnica roja de crespón, una blusa rosa y los zapatos planos de piel negra bruñida.

—Más o menos. —Su madre dio un vistazo alrededor tal como había hecho con gesto furtivo la última vez que le metió en la mano un sobre con dinero—. ¿Dónde está?

—¿Odenigbo? Dentro, desayunando.

Su madre la condujo hasta el porche y se apoyó en un pilar. Abrió el bolso y le pidió a Olanna que mirara dentro. Estaba lleno de joyas relucientes hechas de coral y metales y piedras preciosas.

—¡Mamá! ¿Qué es todo esto?

—Van conmigo a todas partes. Llevo los diamantes dentro del sujetador. —Su

madre hablaba en susurros—. *Nne*, nadie sabe lo que va a ocurrir. Dicen que Umunnachi caerá pronto, que los federales se encuentran muy cerca.

—Los vándalos no están cerca. Nuestras tropas los están haciendo retroceder en Nsukka.

—Pero ¿cuánto tiempo tardarán en echarlos a todos?

A Olanna le disgustó el mohín petulante de su madre, la forma en que bajaba la voz para excluir a Odenigbo. No le diría que habían decidido casarse. Aún no.

—De todas formas —prosiguió su madre—, tu padre y yo ya lo tenemos todo planeado. Hemos pagado a alguien que nos lleve a Camerún, y desde allí cogeremos un avión hasta Londres. Utilizaremos los pasaportes nigerianos. Los cameruneses no nos pondrán problemas. No ha sido fácil, pero ahora ya está. Hemos pagado cuatro pasajes. —Su madre se llevó la mano al tocado y lo palpó para asegurarse de que seguía en su sitio—. Tu padre ha ido a Port Harcourt a decírselo a Kainene.

Olanna sintió lástima al observar la mirada suplicante de su madre. La mujer sabía que no se marcharía con ellos a Inglaterra y que Kainene tampoco lo haría. Pero, aun así, tenía que intentarlo, tenía que hacer aquel esfuerzo desesperado y vano, aunque bienintencionado.

—Ya sabes que no iré —dijo Olanna con suavidad, deseando extender el brazo y acariciar la piel perfecta de su madre—. Pero papá y tú tenéis que marcharos si eso hace que os sintáis más seguros. Yo me quedaré con Odenigbo y con Bebé. Estaremos bien. Dentro de unas semanas nos marcharemos a Umuhaia donde Odenigbo empezará a trabajar en la dirección. —Olanna hizo una pausa. Quería comunicarle que iban a casarse allí, pero en vez de eso dijo—: En cuanto las cosas se arreglen, volveremos a Nsukka. —Pero ¿qué pasará si no se arreglan? ¿Y si la guerra dura años y años?

—No durará mucho.

—¿Cómo puedo abandonar a mis niñas y salir corriendo para ponerme a salvo?

Pero Olanna sabía que podía y que lo haría.

—Cuídate, mamá.

Su madre se enjugó los ojos con la palma de la mano aunque no estaba llorando. Luego sacó de su bolso un sobre de correo aéreo.

—Es una carta de Mohammed. La dejaron en Umunnachi. Por lo visto se enteró de que iban a evacuar Nsukka y pensó que irías allí. Lo siento, tuve que abrirla para asegurarme de que no contenía nada peligroso.

—¿Nada peligroso? —preguntó Olanna—. *Gini*? ¿De qué me estás hablando, mamá?

—Quién sabe... Ahora es enemigo nuestro, ¿no? Olanna agitó la cabeza en señal de desaprobación. Se alegraba de que su madre se marchara al extranjero y de no tener que vérselas con ella hasta que la guerra hubiera acabado. Habría preferido esperar a que ella se marchara para leer el contenido de la carta, para que su madre no escrutara su expresión mientras leía, pero no pudo evitar sacar de inmediato la única



hoja de papel contenida en el sobre. La caligrafía de Mohammed era parecida a la suya, patricia y alargada, con elaboradas fiorituras. Quería saber si estaba bien. Le daba sus números de teléfono por si necesitaba ayuda. Él pensaba que la guerra era absurda y esperaba que terminara pronto. La quería mucho.

—Gracias a Dios, no te casaste con él —exclamó su madre mientras Olanna doblaba la carta—. ¿Te imaginas la situación en la que te encontrarías ahora? O *di egwu!*

Olanna no dijo nada. Poco después, su madre se marchó; no quiso entrar y encontrarse con Odenigbo. «Aún estás a tiempo de cambiar de idea, *nne*, los billetes ya están comprados», le había dicho al entrar en el coche, aferrando con fuerza el bolso lleno de joyas. Olanna agitó la mano en señal de despedida hasta que el Land Rover hubo sobrepasado la verja del recinto.

A Olanna le sorprendió la cantidad de hombres y mujeres de Aba reunidos en la plaza alrededor del tronco del *udala*, aguardando a que empezara la reunión. Odenigbo le había explicado que, de pequeño, él y otros niños tenían que barrer la plaza por las mañanas y que, en vez de hacerlo, se pasaban la mayor parte del tiempo peleándose por los frutos caídos del *udala*. No podían trepar al árbol y arrancar la fruta porque era tabú: el *udala pertenecía* a los espíritus. Olanna alzó la vista para contemplar el árbol mientras los ancianos se dirigían a la multitud, y se imaginó a Odenigbo de niño, alzando la vista como ella hacía, con la esperanza de vislumbrar el contorno misterioso de un espíritu. ¿Habría sido tan activo como Bebé? Seguramente, más.

—¡Aba, *kwenu!* —Era el *dibia* Nwafor Agbada, cuyos remedios tenían fama de ser los más poderosos de la región.

—*Yaa!* —respondió la multitud.

—¡Aba, *kwezuenu!*

—*Yaa!*

—Aba nunca ha sido derrotada por nadie. Os digo que Aba nunca ha sido derrotada. —Tenía una voz enérgica. En la cabeza sólo le quedaban unos mechones de pelo que parecían copos de algodón y su bordón se agitaba tembloroso cuando golpeaba con él en el suelo—. No buscamos conflictos, pero cuando el conflicto nos persigue, aniquilamos al enemigo. Luchamos contra Ukwulu y contra Ukpo y acabamos con ellos. Mi padre nunca me habló de ninguna guerra en la que nos derrotaran, y su padre a él, tampoco. Nunca nos echarán de nuestra tierra. Nuestros padres nos lo prohíben. ¡Nunca nos echarán de nuestra tierra!

La muchedumbre lo vitoreó. También Olanna. Recordaba las manifestaciones por la independencia en la universidad; los movimientos de masas siempre la llenaban de fuerza y determinación, la idea de que, por una pequeña fracción de tiempo, todas aquellas personas estuvieran unidas por el mismo deseo.

Cuando regresaban de la plaza después de la concentración, le habló a Odenigbo de la, carta de Mohammed.

—Tiene que sentirse muy mal por todo esto. No puedo llegar ni a imaginarme cómo debe de sentirse.

—¿Cómo puedes decir eso? —le espetó Odenigbo. Olanna aminoró el paso y se volvió a mirarlo, atónita.

—¿Qué te ocurre?

—¡Me asombra oírte decir que un maldito hausa musulmán se siente mal! ¡Él es cómplice, totalmente cómplice, de todo lo que le ha ocurrido a nuestra gente! ¿Cómo puedes decir que se siente mal?

—¿Estás de broma?

—¿De broma? ¿Cómo puedes afirmar algo así después de ver lo que hicieron en Kano? ¿Te imaginas por lo que debió de pasar Arize? ¡Violaban a las embarazadas antes de rajarlas!

Olanna retrocedió y tropezó con una piedra del camino. No podía creer que hubiera sacado a Arize a colación de semejante forma, que hubiera mancillado su memoria para salirse con la suya mediante un argumento espurio. La ira le abrasaba las entrañas. Empezó a andar muy deprisa, dejando atrás a Odenigbo, y al llegar a la casa y acostarse en la habitación de invitados, no le sorprendió sufrir uno de aquellos descensos súbitos. Luchó por librarse del ahogo, por tomar aire, hasta que al final quedó tendida en la cama, exhausta. Al día siguiente no le dirigió la palabra a Odenigbo, ni tampoco al otro. Y cuando el primo de su madre, tío Osita, llegó de Umannachi para comunicarle que había sido convocada a una reunión en casa de su abuelo, no se lo contó. Sólo le pidió a Ugwu que vistiera a Bebé y, después de que Odenigbo se marchara a una reunión, salió con ambos en su coche.

Pensó en la forma en que Odenigbo le había dicho «Lo siento; lo siento» con un deje de impaciencia en la voz, como si se sintiera con derecho a ser perdonado. Debía de pensar que si él le había perdonado lo ocurrido al nacer Bebé, ella debería perdonarle cualquier cosa. Eso la ofendía. Tal vez fuera eso lo que la impulsó a marcharse sin decirle nada. O quizá fuera porque sabía por qué la habían convocado en Umannachi y no quería decírselo a Odenigbo.

Condujo por las carreteras polvorientas llenas de baches y bordeadas por altas hierbas, y pensó en lo curioso que resultaba que los aldeanos dijeran cosas como «Umannachi te convoca», como si Umannachi fuera una persona en lugar de un pueblo. Llovía, y las carreteras estaban empantanadas. Se quedó mirando la imponente casa de campo de tres plantas de sus padres al pasar con el coche; en esos momentos debían de encontrarse en Camerún, o tal vez en Londres o en París, leyendo los periódicos para enterarse de lo que ocurría en su tierra. Estacionó delante de casa de su abuelo, junto a la cerca de bálago. Los neumáticos patinaron un poco sobre el terreno compacto. Después de que Ugwu y Bebé salieran del coche, ella permaneció sentada un momento, contemplando las gotas de lluvia que resbalaban por el parabrisas. Notaba una presión en el pecho y necesitaba algo de tiempo para respirar profundamente, para aligerarla, para relajarse y estar preparada para contestar

a las preguntas que los ancianos le formularían. Se mostrarían amables y formales, reunidos todos en la sala con olor a humedad: sus tíos mayores y los tíos abuelos, sus esposas, algunos primos y tal vez hasta algún bebé aferrado a la espalda de alguien.

Olanna hablaría con voz clara y fijaría la vista en las líneas blancas de tiza trazadas por todo el suelo, algunas desvaídas con los años, otras simples rectas, otras curvas y elaboradas, algunas representando claramente iniciales. De niña, observaba a su abuelo presentar el *nzu* a sus invitados; seguía cada uno de los movimientos mientras los hombres garabateaban el suelo y las mujeres se embadurnaban el rostro y, en ocasiones, llegaban a morder la tiza. Una vez, después de que su abuelo abandonara la sala, también ella la había probado; aún recordaba el sabor insulso a potasa.

Su abuelo, Nweke Udene, habría encabezado la reunión de haber estado vivo. En su lugar, lo haría Nwafor Isaiah; ahora era el miembro de mayor edad de su *umunna*. Diría: «Otros han vuelto, y hemos mantenido la mirada en el camino aguardando el regreso de nuestro hijo Mbaezi, de nuestra esposa Ifeka y de nuestra hija Arize, así como el de nuestra familia política de Ogidi. Hemos esperado y esperado y no los hemos visto. Han pasado muchos meses y ya nos duelen los ojos de Fijarlos en el camino. Hoy te hemos pedido que vengas a contarnos cuanto sabes. Umunnachi pregunta por todos sus hijos que no han regresado del norte. Tú estabas allí, hermana. Lo que nos cuentes, se lo comunicaremos a Umunnachi».

Y así fue en esencia como ocurrió. Lo único que Olanna no esperaba era que interviniera la hermana de tía Ifeka, mama Dozie. Se trataba de una mujer muy violenta; de hecho, se decía que una vez había pegado a papa Dozie por abandonar a su hijo enfermo en casa y salir a encontrarse con su amante. Ella estaba fuera, recogiendo ñames en el *agu*. El estado del niño se agravó, y al parecer mama Dozie amenazó con cortarle el pene a papa Dozie, antes de estrangularlo, si el niño moría.

—No nos mientas, Olanna Ozobia, *i sikwana así!* —le gritó mama Dozie—. ¡Que cojas la varicela si nos engañas! ¿Quién te dijo que el cuerpo que viste era el de mi hermana? ¿Quién? ¡No mientas! ¡Si lo haces, el cólera te matará!

Su hijo Dozie se la llevó. Había crecido mucho desde que Olanna lo viera por última vez unos años antes. Sujetaba a su madre con fuerza y ella trataba de liberarse. Parecía dispuesta a golpear a Olanna, y Olanna quería que su hijo le permitiera hacerlo. Quería que le pegara puñetazos y bofetadas si eso hacía a mama Dozie sentirse mejor, si aquello servía para convertir todo lo que había contado a los miembros de su extensa familia allí reunidos en una mentira. Deseaba que Odinchezo y Ekene también le gritaran y que la culparan por haber sobrevivido en lugar de su hermana, sus padres y su cuñado. Deseaba que no siguieran allí sentados, en silencio, con la mirada baja tal como solían hacer los hombres de luto, y que le dijeran que se alegraban de que no hubiera visto el cuerpo de Arize: todo el mundo sabía lo que aquellos salvajes hacían a las embarazadas.

Odinchezo arrancó una gran hoja del *ede* y se la dio para que la utilizara como

sombrilla provisional. Pero Olanna no se tapó la cabeza con ella mientras se apresuraba en volver al coche. Se tomó su tiempo para abrir la puerta y permitir que la lluvia empapara su pelo trenzado y le resbalara por los ojos y por las mejillas. Le impactó la rapidez con que la reunión se había desarrollado, el poco tiempo que había bastado para confirmar la muerte de cuatro miembros de su familia. Por fin había dado un motivo a aquellos que dejaba atrás para llorar a sus muertos, para vestir de luto y recibir a las visitas que dirían: «*Ndo nu*». Les había ofrecido la oportunidad de seguir adelante tras el duelo y considerar a Arize, su marido y sus padres desaparecidos para siempre. Acarreaba el peso de cuatro funerales silenciosos sobre los hombros, unos funerales que no se basaban en cadáveres sino en sus palabras. Se preguntó si podía estar equivocada, si se había imaginado los cuerpos tendidos sobre el suelo polvoriento de aquel patio en el que yacían tantos cadáveres, y al pensar en ello notaba un sabor amargo en la boca. Cuando por fin abrió el coche y Ugwu y Bebé entraron en él, se sentó y permaneció un rato inmóvil, consciente de que Ugwu la observaba preocupado y de que Bebé estaba a punto de quedarse dormida.

—¿Quiere que le traiga un poco de agua? —le preguntó Ugwu.

Olanna negó con la cabeza. Ugwu ya sabía que no quería agua. Sólo quería sacarla de su trance para que arrancara y los llevara de vuelta a Aba.

Ugwu fue el primero en percatarse de la multitud que avanzaba en tropel por la carretera polvorienta que atravesaba Aba. Tiraban de cabras, transportaban ñames y cajas sobre la cabeza, sujetaban esteras enrolladas bajo el brazo y portaban lámparas de queroseno. Los niños llevaban pequeñas vasijas o tiraban de los más pequeños. Ugwu los observó al pasar por su lado, unos en silencio, otros dando voces; estaba seguro de que muchos de ellos no sabían adonde se dirigían.

El señor volvió temprano de la reunión aquella tarde.

—Mañana nos marcharemos a Umuahia —dijo—. De todas formas, teníamos que ir dentro de una o dos semanas.

Hablaba demasiado deprisa y mantenía la mirada fija en un punto distante. Ugwu se preguntaba si sería porque no quería admitir que su ciudad estaba a punto de caer o porque Olanna no le hablaba. Ugwu no sabía lo que había ocurrido entre ellos; fuera lo que fuese, había tenido lugar tras la concentración en la plaza. Olanna había vuelto sumida en un extraño silencio. Cuando hablaba, lo hacía de forma mecánica, y no se reía. Dejó que Odenigbo tomara sólo todas las decisiones sobre la comida y sobre Bebé, y se pasaba la mayor parte del tiempo sentada en la silla de respaldo inclinado del porche. Una vez la vio acercarse al guayabo y acariciar su tronco y, pasado un rato, Ugwu se preguntó si debía ir a apartarla de allí antes de que los vecinos creyeran que se había vuelto loca. Pero no estuvo mucho tiempo. Se volvió muy despacio y fue a sentarse de nuevo en el porche.

Seguía igual de silenciosa.

—Por favor, pon la ropa y la comida en una bolsa para mañana.

—Sí, *mah*.

Enseguida tuvo listo el equipaje. Allí no había mucho donde elegir; en Nsukka, se había quedado paralizado ante tanta abundancia que había acabado llevándose muy pocas cosas. Al día siguiente, de buena mañana, cargó la bolsa en el coche y luego dio una vuelta por la casa para asegurarse de no haber olvidado nada. Olanna había cogido los álbumes y había bañado a Bebé. Esperaron junto al coche a que el señor comprobara los niveles de agua y de aceite. Por la carretera avanzaban ya grupos numerosos.

La cancela que cerraba el muro de barro por detrás de la casa crujió al abrirse, y Aniekwena entró en el recinto. Era el primo del señor. A Ugwu le disgustaba el perpetuo gesto malicioso de sus labios. Siempre iba a visitarlos durante las comidas y emitía una exagerada exclamación de sorpresa cuando Olanna lo invitaba a unirse a ellos para «llevarse las manos a la boca». Ahora su semblante denotaba desánimo. Tras él, apareció la madre del señor.

—Estamos a punto de irnos, Odenigbo, y tu madre se niega a recoger sus cosas y venirse con nosotros —explicó Aniekwena.

El señor cerró el maletero.

—Mama, pensaba que habíamos acordado que te marcharías a Uke.

—*Ekwuzikwananu nofu!* ¡No digas eso! Tú dijiste que debíamos marcharnos y que lo mejor sería que fuera a Uke. Pero ¿acaso me oíste decir que estaba de acuerdo? ¿Te dije yo que sí?

—Entonces, ¿quieres venir con nosotros a Umuahia? —preguntó el señor.

Mama se quedó mirando el coche, lleno a rebosar.

—¿Por qué salís corriendo? ¿Adónde vais? ¿Es que habéis oído algún disparo?

—La gente está evacuando Abagana y Ukpo; eso quiere decir que los soldados hausas se encuentran cerca y que pronto entrarán en Aba.

—¿No has oído decir al *dibia* que Aba nunca ha sido conquistada? ¿Quién va a obligarme a abandonar mi casa? *Alu melu!* ¿Sabes que tu padre nos debe de estar maldiciendo?

—Mamá, no puedes quedarte aquí. No va a quedar nadie en Aba.

La mujer alzó la vista y la concentró en el árbol de la cola en busca de alguna vaina madura, como si concediera más importancia a aquel detalle que a las palabras del señor.

Olanna abrió la puerta del coche y le pidió a Bebé que entrara en la parte trasera.

—Las noticias que llegan no son buenas. Los soldados hausas están cerca —dijo Aniekwena—. Me voy a Uke. Cuando llegues a Umuahia, házmelo saber. —Se dio media vuelta y se alejó.

—¡Mamá! —gritó el señor—. ¡Haz el favor de traer tus cosas ahora mismo!

Su madre seguía observando el árbol de la cola.

—Me quedaré aquí a vigilar la casa. Algún día volveréis y yo os estaré esperando. ¿Quién va a obligarme a abandonar mi casa, *gbo?*

—Tal vez harías mejor en hablarle con suavidad en lugar de levantar la voz —dijo Olanna en inglés.

Utilizó un tono muy formal, seco. Ugwu sólo la había oído hablarle así al señor durante los meses que precedieron al nacimiento de Bebé.

La madre del señor los miraba con recelo, como si tuviera la certeza de que Olanna acababa de insultarla.

—Mama, ¿por qué no vienes con nosotros? —preguntó el señor—. *Biko*. Por favor, vente.

—Dame las llaves de tu casa. Tal vez necesite coger algo de ahí.

—Por favor, ven con nosotros.

—Dame las llaves.

El señor se la quedó mirando sin decir nada y luego le tendió un manojo de llaves.

—Por favor, ven con nosotros —repitió, pero ella no respondió y se ató las llaves a un extremo de la túnica.

El señor subió al coche. Al alejarse por el camino de la entrada, volvió varias veces la cabeza por si su madre cambiaba de idea y salía corriendo detrás de Aniekwena o le hacía señales a él para que se detuviera. Pero la mujer no hizo nada.

Se quedó allí de pie sin siquiera decirles adiós con la mano. Ugwu también la contempló hasta que torcieron para salir a la carretera polvorienta. ¿Cómo podía quedarse allí sola, sin nadie de su familia? Si todo el mundo huía de Aba, ¿qué comería cuando cerraran el mercado? Olanna le dio una suave palmada en el hombro al señor.

—No le pasará nada. Las tropas federales no se quedarán en Aba si es que llegan a pasar.

—Claro —dijo el señor. Se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

Ugwu sintió un gran alivio al oírlos hablar en el tono habitual. El grupo de refugiados que avanzaba en fila india era ahora más disperso.

—El profesor Achara nos ha encontrado una casa en Umuahia —dijo el señor con su voz demasiado fuerte, demasiado alegre—, algunos de nuestros amigos ya están allí, y muy pronto todo volverá a la normalidad. ¡Todo volverá a ser normal!

Como Olanna permaneció en silencio, Ugwu dijo:

—Sí, *sah*.

Pero aquella casa no tenía nada de normal. El techo de paja y las paredes agrietadas sin pintar preocupaban a Ugwu, pero no tanto como el hoyo exterior que servía de letrina y que habían cubierto con una placa de cinc oxidado para que no entraran las moscas. A Bebé la aterraba. La primera vez que tuvo que utilizarlo, Ugwu la sujetó para que no se moviera mientras Olanna intentaba distraerla. Ella no hacía más que llorar y llorar, y siguió haciéndolo durante varios días, como si se diera cuenta de que aquella casa era indigna del señor, de que el complejo era realmente feo, con su hierba aplastada, sus bloques de cemento apilados en los rincones y sus casas tan juntas unas de otras que desde la suya notaban el olor de la comida grasienta de los vecinos y oían llorar a sus hijos. Ugwu estaba convencido de que el profesor Achara había embaucado al señor para convencerlo de que alquilara la casa; los ojos saltones de aquel hombre tenían un aire taimado. Además, su casa al final de la calle era más grande y estaba pintada de un blanco deslumbrante.

—Esta casa no está nada bien, *mah* —dijo Ugwu.

Olanna se echó a reír.

—¡Míralo! ¿Es que no sabes que hoy día casi todo el mundo tiene que compartir casa? La escasez es seria. Nosotros tenemos dos dormitorios, cocina y salón, y hasta comedor. Tenemos suerte de conocer a un nativo de Umuahia.

Ugwu no se atrevió a decir nada más. Habría preferido que no se mostrara tan complacida.

—Hemos decidido casarnos el mes que viene —le dijo Olanna al cabo de unos días—. Será una ceremonia sencilla, con poca gente, y lo celebraremos aquí.

Ugwu se horrorizó. Había imaginado una boda perfecta en la casa de Nsukka, festivamente decorada y con el mantel blanco abarrotado de platos. Sería mejor que esperaran a que terminara la guerra antes que celebrar su boda en aquella casa de

dormitorios lóbregos y cocina mohosa.

Al señor tampoco parecía importarle el estado de la casa. Por las noches, cuando regresaba de su trabajo en la dirección, se sentaba fuera y escuchaba plácidamente Radio Biafra y la BBC, como si los suelos del porche no estuvieran llenos de barro incrustado, como si se sintiera tan cómodo en el banco de madera como en el sofá mullido de Nsukka. Sus amigos empezaron a acudir al cabo de unas semanas. A veces, el señor los acompañaba al Sol Naciente, el bar que había al final de la calle; otras, se sentaban juntos en el porche y charlaban. Las visitas hacían que Ugwu se olvidara de la precariedad de la casa. Ya no les servía sopa de pimentón ni bebidas, pero podía escuchar sus voces que se elevaban y cesaban, sus risas, sus cánticos y los gritos del señor. La vida allí se parecía cada vez más a la de Nsukka después de la secesión: volvía a rondarles la esperanza.

A Ugwu le caía bien Special Julius, un proveedor del ejército que vestía túnicas de lentejuelas hasta la rodilla y les llevaba envases de cartón de cerveza Golden Guinea y botellas de whisky White Horse, y a veces hasta gasolina contenida en bidones negros. Fue él quien sugirió al señor que apilara hojas de palmera encima del coche para camuflarlo y que cubriera los faros con alquitrán.

—No es probable que suframos ataques aéreos, pero la prudencia nunca está de más —dijo el señor con la brocha en la mano.

Un poco de alquitrán había chorreado, manchando el guardabarros azul, y cuando el señor entró en casa, Ugwu lo limpió con esmero hasta que sólo los faros quedaron cubiertos del emplasto negro.

Sin embargo, el invitado preferido de Ugwu era el profesor Ekwenugo. Era miembro de la comisión de científicos. Llevaba la uña del dedo índice tan larga y afilada que parecía una fina daga, y siempre se la tocaba cuando contaba lo que él y sus colegas estaban haciendo: minas de gran impacto llamadas *ogbunigwe*, líquido de frenos a partir del aceite de coco, motores hechos con chatarra, vehículos acorazados, granadas. Cada vez que les comunicaba un logro, los demás lo aclamaban, y Ugwu hacía lo propio sentado en el taburete de la cocina. Su anuncio de que Biafra había construido su primer cohete provocó la oleada más grande de aplausos.

—Esta tarde lo lanzaremos —dijo mientras se acariciaba la uña—. Un cohete hecho por nosotros. Amigos, vamos por buen camino.

—¡Este país está lleno de genios! —exclamó Special Julius sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Biafra es la tierra del genio!

—¡La tierra del genio! —repitió Olanna, mostrando en su rostro aquel delicado estadio entre la risa y la sonrisa.

Los aplausos pronto dieron lugar a cánticos:

¡Solidaridad por siempre!

¡Solidaridad por siempre!

¡Nuestra república vencerá!



Ugwu cantó con ellos y, una vez más, deseó con todas sus fuerzas unirse a la Liga para la Defensa Civil o a la milicia, que rastreaban los montes en busca de nigerianos. Las noticias sobre la guerra se habían convertido para él en el momento cumbre de la jornada, el tamborileo rápido, la voz espléndida que anunciaba:

¡La vigilancia permanente es el precio de la libertad! ¡Aquí Radio Biafra desde Enugu! ¡Éste es el informe diario sobre la guerra!

Tras oír las excelentes noticias —las tropas de Biafra estaban expulsando a los últimos enemigos, entre los nigerianos había muchas bajas, las operaciones de limpieza estaban a punto de finalizar—, se imaginaba enrolándose en el ejército. Sería uno más de aquellos reclutas que veía marchar hacia el campo de entrenamiento mientras sus familiares y simpatizantes los vitoreaban desde los márgenes, y que aparecían con la mirada refulgente y el porte aguerrido que les daban aquellos uniformes bien almidonados con medio sol amarillo brillando en sus mangas.

Ansiaba tener un papel en todo aquello, participar. Ganar la guerra. Así que cuando escuchó por la radio que Biafra había ocupado la región central y que sus tropas se dirigían hacia Lagos, sintió una extraña mezcla de alivio y decepción. La victoria ya era suya y él tenía muchas ganas de volver a la casa de la calle Odim, de estar cerca de su familia, de ver a Nnesinachi. Sin embargo, le parecía que la guerra había terminado demasiado pronto y que él no había contribuido a ganarla. Special Julius llevó una botella de coñac y los invitados proclamaron ebriamente entre cantos y gritos el poder de Biafra, la estupidez de los nigerianos y la insensatez de los locutores de la BBC.

—¡Qué boca tan sucia la de esos ingleses! «Sorprendente movimiento ofensivo de Biafra». ¿Qué os parece?

—Lo que les sorprende es que esos pastores de ganado musulmanes no nos hayan aniquilado tan rápidamente como esperaban con las armas que les dio Harold Wilson. —Es culpa de los rusos, no de los ingleses.

—No; es culpa de los ingleses. Nuestros muchachos trajeron casquillos de Nsukka para que los analizáramos. Todos llevaban grabado: «departamento de guerra del Reino Unido».

—Seguimos interceptando voces con acento británico en sus mensajes de radio.

—Entonces es culpa tanto de los ingleses como de los rusos. Esa execrable alianza no prosperará.

Cada vez hablaban más alto y Ugwu dejó de escucharlos. Se levantó, salió por la puerta trasera y se sentó encima del montón de bloques de cemento que había junto a la casa. Algunos miembros de la Brigada de Niños de Biafra hacían prácticas en la calle; llevaban trozos de madera tallada en forma de pistola y daban brincos como si fueran ranas mientras se gritaban unos a otros «¡Capitán!» y «¡Ayudante!».

Una vendedora ambulante pasó con una bandeja sobre la cabeza.

—Garrí! ¡Llevo garrí!

Se detuvo cuando una joven salió de la casa de enfrente y la llamó. Regatearon un momento y luego la joven empezó a gritarle a la vendedora:

—¡Si lo que quiere es robar, hágalo, pero no vaya diciendo que *vende garrí* a ese precio!

La vendedora le chistó desdeñosa y se alejó.

Ugwu conocía a aquella joven. Lo primero que había advertido en ella era la perfección y redondez de sus nalgas, cómo se movían de forma rítmica al andar. Se llamaba Eberechi. Había oído a los vecinos hablar de ella; sus padres se la habían ofrecido a un oficial del ejército que estaba de paso como se ofrece nuez de cola a un invitado. Llamaron a su puerta de noche, la abrieron y luego empujaron a la muchacha para que entrara. A la mañana siguiente, el radiante oficial dio las gracias a los radiantes padres mientras Eberechi permanecía a un lado.

Ugwu la vio entrar en casa, y se preguntó cómo se habría sentido al ser entregada a un extraño, qué habría ocurrido después de ser empujada dentro del dormitorio, y quién tenía más parte de culpa, si sus padres o el oficial. Sin embargo, no tenía ganas de pensar en el sentimiento de culpa porque le recordaba a lo ocurrido entre el señor y Olanna durante las semanas anteriores al nacimiento de Bebé, unas semanas que preferiría olvidar.

El señor encontró a un espantalluvias para el día de la boda. El anciano llegó temprano y cavó un hoyo poco profundo detrás de la casa; luego, prendió una pequeña hoguera en su interior y se sentó en medio de la humareda azulada, avivando las llamas con hojas secas.

—No lloverá; no ocurrirá nada hasta que termine la boda —dijo cuando Ugwu le llevó un plato de arroz y carne.

Notó el olor acre a ginebra de su aliento. Se dio la vuelta y regresó a la casa para que la camisa planchada con tanto esmero no atufara a humo. Los primos de Olanna, Odinchezo y Ekene, estaban sentados en el porche con sus uniformes de milicianos. El fotógrafo ajustaba su cámara. Algunos invitados se encontraban en el salón, hablando y riendo mientras esperaban a Olanna, y de vez en cuando alguien se acercaba al montón de regalos y añadía algo, una olla, un taburete, un ventilador.

Ugwu llamó a la puerta del dormitorio y abrió.

—El profesor Achara está listo para llevarla a la iglesia, *mah* —dijo.

Olanna apartó la vista del espejo.

—¿Dónde está Bebé? No ha salido a jugar, ¿verdad? No quiero que se ensucie el vestido. —Está en el salón.

Olanna se sentó delante del espejo torcido. Llevaba el pelo recogido en un tocado alto, de forma que todo su rostro impecable y radiante quedaba descubierto. Ugwu nunca la había visto tan guapa; sin embargo, había cierta tristeza en su forma de palparse el sombrero rosa y marfil que lucía ladeado, asegurándose de que los

alfileres estuvieran bien sujetos.

—Dejaremos la ceremonia del vino para más adelante, para cuando nuestras tropas recuperen Umunnachi —le dijo a Ugwu, como si el chico no lo supiera.

—Sí, *mah*.

—Le envié un mensaje a Kainene, a Port Harcourt. No vendrá, pero quería que lo supiera.

Ugwu esperó un poco antes de decirle:

—La están esperando, *mah*.

Olanna se levantó y comprobó su aspecto. Pasó la mano por ambos lados de su vestido rosa y marfil, acampanado desde la cintura y largo hasta debajo de la rodilla.

—No está muy bien cosido. Arize lo habría hecho mejor. Ugwu no dijo nada. Si pudiera, extendería el brazo y le tiraría de las comisuras de los labios para borrar la tristeza de su sonrisa. Ojalá fuera tan fácil.

El profesor Achara llamó a la puerta medio abierta.

—¿Olanna? ¿Estás lista? Dicen que Odenigbo y Special Julius ya han llegado a la iglesia.

—Estoy lista. Entra, por favor —dijo Olanna—. ¿Has traído las flores?

El profesor Achara le entregó el ramillete de plástico multicolor. Olanna retrocedió.

—¿Qué es esto? Quiero flores naturales, Emeka.

—En Umuahia nadie cultiva flores. Cultivan cosas que se puedan comer —aclaró el profesor Achara entre risas.

—Entonces no llevaré flores —dijo Olanna.

Por unos momentos, nadie supo qué hacer con aquellas flores de plástico. Olanna las sostenía con el brazo medio extendido mientras el profesor Ezeka las tocaba sin acabar de cogerlas. Al final, se las quitó de la mano y le dijo:

—A ver si podemos encontrar otra cosa.

Y salió del dormitorio.

La ceremonia fue muy sencilla. Olanna no llevó flores. La iglesia católica de San Sebastián era pequeña y los invitados apenas ocupaban la mitad de la misma. Ugwu no se fijó mucho en quién había acudido y quién no porque, mientras contemplaba el blanco paño andrajoso del altar, se imaginó que era él quien se casaba. Al principio su novia era Olanna pero acabó transformándose en Nnesinachi y luego en Eberechi, una novia de nalgas perfectas que llevaba aquel mismo vestido rosa y marfil y el sombrerito a juego.

Ya de vuelta en casa, fue la aparición de Okeoma lo que sacó a Ugwu de su mundo imaginario. No se parecía en nada al hombre que Ugwu recordaba. El pelo alborotado y la camisa arrugada del poeta habían dado paso a la elegancia del uniforme del ejército que lo hacía parecer más erguido y delgado; en la manga llevaba bordada una calavera junto al medio sol amarillo. El señor y Olanna lo abrazaron varias veces; a Ugwu también le habría gustado hacerlo porque su rostro

risueño le traía un recuerdo tan vivo del pasado que por un momento sintió que aquella sala brumosa por el humo del espantalluvias era la de la casa de la calle Odim.

Okeoma había llegado acompañado de su desgarrado primo, el doctor Nwala.

—Es el director del hospital Albatross —lo presentó Okeoma.

El doctor Nwala miró a Olanna con una expresión de adoración tan descarada e irritante que a Ugwu le entraron ganas de decirle que apartara de ella sus ojos de sapo, por muy director de hospital que fuera. No sólo deseaba la felicidad de Olanna, sino que se consideraba responsable de ella. Mientras bailaba con el señor, rodeados de amigos que les aplaudían, Ugwu sintió que formaban parte de él. Su boda era para él una garantía de estabilidad; mientras durara su matrimonio, su mundo con ellos estaría a salvo. Bailaron pegados hasta que Special Julius cambió la música y puso high life; entonces se separaron, se cogieron de las manos y se miraron a los ojos mientras se movían al ritmo de la última canción de Rex Lawson: «Hail Biafra, the Land of Freedom». Con sus zapatos de tacón alto, Olanna sobrepasaba en altura al señor. Alternaba las sonrisas con la risa; rebosaba felicidad. Cuando Okeoma empezó con el brindis, ella se enjugó los ojos y le pidió al fotógrafo, de pie detrás de su trípode, que esperara un momento antes de retratarla.

Ugwu se percató del ruido que se aproximaba con rapidez cuando estaban a punto de cortar la tarta nupcial, un veloz rugido procedente del cielo. Al principio resultaba atronador, luego pareció alejarse un momento, pero enseguida volvió a mayor velocidad y con más estruendo. En alguna casa cercana, los pollos empezaron a graznar como locos. Se oyó a alguien decir:

—¡Un avión enemigo! ¡Un ataque aéreo!

—¡Fuera! —gritó el señor, pero algunos invitados ya se habían precipitado dentro del dormitorio mientras exclamaban: «¡Jesús! ¡Jesús!».

Ahora el sonido era mucho más cercano, justo sobre sus cabezas.

Echaron a correr. El señor, Olanna con Bebé, Ugwu y algunos invitados se dirigieron hacia el campo de mandiocas que había junto a la casa y se tumbaron boca abajo. Ugwu levantó la cabeza y vio los aviones. Planeaban bajo en el cielo azul como aves de rapiña. Dispararon cientos de balas; luego unas bolas negras salieron rodando de debajo del fuselaje, como si los aviones estuvieran poniendo huevos enormes. La primera explosión fue tan ruidosa que a Ugwu se le taponó un oído y todo su cuerpo tembló al tiempo que se estremecía la tierra. La vecina de enfrente tiró del vestido de Olanna.

—¡Quíteselo! ¡Quítese el vestido blanco! ¡Lo verán y nos apuntarán!

Los botones de la camisa de Okeoma saltaron por el aire al arrancársela y envolver con ella a Olanna. Bebé empezó a llorar. El señor posó la mano con suavidad sobre la boca de la niña, como si los pilotos pudieran a oírla. Se oyó una segunda explosión, seguida de una tercera, una cuarta y una quinta, hasta que Ugwu notó la humedad tibia de la orina en sus pantalones cortos; estaba convencido de que

las bombas no cesarían nunca, continuarían cayendo hasta destruirlo todo y matarlos. Sin embargo, sí que cesaron. Los aviones se alejaron. Durante un buen rato, nadie se movió ni dijo nada. Al final, Special Julius se levantó y dijo:

—Se han ido.

—Volaban muy bajo —exclamó un niño, excitado—. ¡He visto al piloto!

El señor y Okeoma fueron los primeros en salir a la carretera. Con sólo la camiseta de tirantes y los pantalones, Okeoma no parecía tan alto. Olanna continuó sentada en el suelo sosteniendo a Bebé, con la camisa de camuflaje del ejército cubriéndole el vestido de novia. Ugwu se puso en pie y también se dirigió a la carretera. Oyó al doctor Nwala decirle a Olanna:

—Déjeme ayudarla. Va a mancharse el vestido de barro.

El humo ascendía procedente de un solar cercano al molino de maíz que había en la calle contigua. Dos casas habían quedado reducidas a escombros y unos hombres excavaban frenéticos entre el amasijo de cemento, diciendo:

—¿Has oído ese grito? ¿Lo has oído?

Una fina capa de polvo plateado los cubría de pies a cabeza y les confería aspecto de fantasmas mutilados con los ojos muy abiertos.

—¡El niño está vivo! ¡Lo he oído llorar! ¡Lo he oído! —exclamó alguien.

Hombres y mujeres acudieron en su ayuda, y también a curiosar. Algunos se pusieron a cavar entre los escombros, otros se limitaban a mirar y otros chillaban y chasqueaban los dedos. Un coche estaba ardiendo y el cuerpo de una mujer yacía junto a él; tenía la ropa calcinada y la piel abrasada salpicada de zonas rosáceas cuando alguien la cubrió con un saco de yute roto. Ugwu llegó a ver sus piernas rígidas y carbonosas. El cielo estaba encapotado. El olor a humedad de la lluvia venidera se mezclaba con el del humo. Okeoma y el señor se habían unido a los hombres que retiraban escombros.

—¡He oído al niño! —volvió a decir alguien—. ¡He oído al niño!

Ugwu se dio la vuelta para alejarse. Vio una elegante sandalia que yacía en el suelo. La cogió y observó las tiras de piel y el ancho tacón de cuña, antes de dejarla donde la había encontrado. Se imaginó a la joven elegante que la habría perdido al correr para ponerse a salvo. Se preguntó dónde estaría la otra sandalia.

Cuando el señor volvió a casa, Ugwu estaba sentado en el suelo de la sala, con la espalda apoyada contra la pared. Olanna picaba un poco de pastel de un plato. Aún llevaba el vestido de novia; la camisa de Okeoma estaba doblada con esmero encima de una silla. Los invitados se habían ido marchando sin apenas decir nada, con los rostros ensombrecidos por la culpa, como si les avergonzara haber permitido que tuviera lugar el ataque aéreo en plena boda.

El señor se sirvió vino de palma.

—¿Has oído las noticias?

—No —respondió Olanna.

—Nuestras tropas han perdido todo el territorio que habían conquistado en la

región central oeste y han dejado de avanzar hacia Lagos. Nigeria dice ahora que ya no se trata de una acción policial, ahora estamos en guerra. —Agitó la cabeza—. Nos están saboteando.

—¿Quieres un poco de pastel? —le preguntó Olanna.

La tarta seguía casi intacta en el centro de la mesa, sólo le faltaba el trozo que ella había cortado.

—Luego, luego. —Apuró el vaso y se sirvió más vino—. Construiremos un bunker por si vuelven a atacarnos.

El tono de su voz era normal, sosegado, como si los ataques aéreos no fueran peligrosos y lo que momentos antes habían visto tan de cerca no fuera la muerte. Se volvió hacia Ugwu:

—¿Sabes lo que es un bunker, amigo mío?

—Sí, *sah* —respondió Ugwu—. Como el de Hitler.

—Sí... supongo que sí.

—Pero, *sah*, la gente dice que los bunkeres son tumbas masivas.

—Menuda tontería. Es más seguro esconderse en un bunker que tumbarse bajo la mandioca.

Había oscurecido y el cielo sólo quedaba iluminado de vez en cuando por los relámpagos. Olanna se levantó de un salto y se puso a chillar.

—¿Dónde está Bebé? ¿*Ke* Bebé? —Y salió corriendo hacia el dormitorio.

—*Nkem!* —El señor fue tras ella.

—¿No lo oyes? ¿No oyes que vuelven a bombardearnos?

—Son truenos. —El señor la aferró por el brazo desde atrás—. Sólo son truenos. Todo lo que el espantalluvias ha conseguido contener se está desatando. Sólo son truenos.

La retuvo así un rato hasta que, al fin, Olanna se sentó y se sirvió otro pedazo de tarta.

#### **4. El libro: *El mundo guardó silencio cuando morimos***

El argumenta que Nigeria no conoció lo que era la economía hasta su independencia. El régimen colonial era autoritario, una dictadura inocuamente brutal ideada para beneficiar a Inglaterra. La economía de 1960 estaba basada en el potencial: las materias primas, las personas, la buena voluntad y algo de dinero del negocio maderero que los ingleses se habían reservado para recuperarse económicamente después de la guerra. Y entonces apareció el recién descubierto petróleo. Sin embargo, los nuevos líderes nigerianos pecaron de optimistas y de ambiciosos y creyeron que con sus proyectos de desarrollo obtendrían credibilidad ante la gente; fueron demasiado ingenuos al aceptar las ofertas de explotación extranjeras y se dieron demasiada prisa en imitar a los británicos, en adoptar su actitud de superioridad y en ambicionar mejores hospitales y salarios que durante tanto tiempo habían sido negados a los nigerianos. El aborda los complejos

problemas a los que se enfrenta el nuevo país, pero se centra en las masacres de 1966. Los motivos aparentes (la venganza por el «golpe igbo» y la protesta ante un decreto unitario que haría perder puestos en el funcionariado a los nortños) no importaban. Ni tampoco el baile de cifras de muertos: tres mil, diez mil, cincuenta mil. Lo que importaba era que las masacres asustaban y unían a los igbos. Lo que importaba era que las masacres convertirían a antiguos nigerianos en fervientes ciudadanos de Biafra.

# **TERCERA PARTE**

## **PRINCIPIOS DE LOS SESENTA**



Ugwu estaba sentado en los escalones que conducían al patio trasero. Por las hojas resbalaban gotas de lluvia y olía a tierra húmeda. Hablaba con Harrison de su próximo viaje en compañía del señor Richard.

—*Tufia!* No sé por qué mi señor se empeña en ir a ver ese festival demoníaco de tu pueblo —dijo Harrison.

Se encontraba unos escalones más abajo que Ugwu y éste podía ver la calva de su coronilla.

—Tal vez el señor Richard quiera escribir sobre el demonio —dijo Ugwu.

El *ori-okpa* no tenía nada de demoníaco, pero no pensaba llevarle la contraria a Harrison. Quería que estuviera de buen humor para preguntarle acerca del gas lacrimógeno. Permanecieron un rato en silencio, contemplando los buitres que planeaban sobre su cabeza. Los vecinos acababan de matar un pollo.

—Los limones empiezan a estar maduros. —Harrison señaló el limonero—. Los utilizo recién cogidos para el merengue —añadió en inglés.

—¿Qué es el *tneh-ren-gd*? —preguntó Ugwu. A Harrison le gustaría que le preguntara algo así.

—¿No lo sabes? —Se echó a reír—. Es un postre americano. Prepararé uno para que el señor lo traiga cuando tu señora vuelva de Londres. Seguro que le gusta. —Harrison se volvió a mirar a Ugwu. Había colocado un periódico en el escalón antes de sentarse y al cambiar de postura se arrugaba—. Y a ti también te gustará.

—Sí —dijo Ugwu, aunque se había prometido no volver a probar la comida de Harrison después del día en que se pasó por casa del señor Richard y lo vio echar piel de naranja machacada en un bote de salsa. Le habría asustado menos verlo utilizar la pulpa, pero cocinar con las pieles era como comerse el pelo de la cabra en lugar de la carne.

—También pongo limón en los pasteles; es muy bueno para el cuerpo —aseguró Harrison—. La comida de los blancos es muy sana, no tiene nada que ver con las porquerías que comemos nosotros.

—Claro. —Ugwu carraspeó. Pensó en aprovechar la oportunidad para preguntarle a Harrison sobre el gas lacrimógeno, pero en vez de eso dijo—: Ven, te enseñaré mi nueva habitación en los cuartos del servicio.

—Muy bien. —Harrison se levantó.

Cuando entraron en el dormitorio de Ugwu, éste señaló el techo decorado con un motivo en blanco y negro.

—Lo he hecho yo —dijo.

Había estado sosteniendo una vela en alto durante horas, desplazando su llama por todo el techo con movimientos rápidos de la muñeca y parándose a menudo para correr la mesa en la que estaba subido.

—O *maka*, es muy bonito. —Harrison observó la estrecha cama de muelles del

rincón, la mesa y la silla, las camisas colgadas en clavos que sobresalían de la pared y los dos pares de zapatos bien dispuestos en el suelo—. ¿Son nuevos los zapatos?

—La señora me los compró en Bata.

Harrison tocó las revistas apiladas sobre la mesa.

—¿Las lees todas? —preguntó en inglés.

—Sí.

Ugwu las había sacado de la papelera del estudio. Los ejemplares de *Mathematical Annals* le resultaban incomprensibles, pero al menos había conseguido leer y hasta entender unas cuantas páginas de *Socialist Review*.

Empezó a llover de nuevo. El repiqueteo sobre la cubierta de cinc era muy ruidoso y el sonido se intensificó cuando el chico se situó debajo del alero para observar el agua que caía desde la cubierta en líneas paralelas.

Ugwu se dio una palmada en el brazo; le gustaba el aire fresco que dejaba la lluvia, pero no le hacían ninguna gracia los mosquitos que revoloteaban a su alrededor. Al final se decidió a formular la pregunta:

—¿Sabes cómo puedo conseguir gas lacrimógeno?

—¿Gas lacrimógeno? ¿Por qué lo preguntas?

—He leído algo en el periódico del señor y quiero ver cómo es.

No pensaba confesarle a Harrison que, en realidad, había oído hablar de él al señor cuando éste contó cómo los miembros del Parlamento Federal de la Región Oeste empezaron a pelearse a puñetazos y patadas hasta que llegó la policía y los roció con gas lacrimógeno, y todos se desmayaron y sus ordenanzas tuvieron que llevárselos, desvanecidos, hasta sus coches. El relato había fascinado a Ugwu. Si aquello hacía que las personas perdieran el conocimiento, él lo quería. Pensaba utilizarlo con Nnesinachi cuando fuera con el señor Richard al pueblo para el festival *ori-okpa*. La llevaría hasta la arboleda que había junto al riachuelo y le diría que se trataba de un gas mágico que la ayudaría a estar sana. Ella le creería. Se quedaría tan impresionada al verlo llegar en el coche de un blanco que se creería cualquier cosa que le dijera.

—Te resultará difícil conseguirlo —dijo Harrison.

—¿Por qué?

—Eres demasiado joven para entenderlo. —Harrison asintió con gesto misterioso—. Cuando seas mayor, te lo explicaré.

Al principio, Ugwu se quedó perplejo, pero pronto comprendió que Harrison no sabía lo que era el gas lacrimógeno y no estaba dispuesto a admitirlo. Se sintió decepcionado. Tendría que preguntárselo a Jomo.

Jomo sí sabía lo que era el gas lacrimógeno y se rió a carcajada limpia durante un buen rato cuando Ugwu le contó para qué lo quería. Jomo empezó a dar palmadas al compás de su risa.

—No seas borrego, *aturu* —dijo al fin—. ¿Por qué quieres utilizar gas lacrimógeno con una chica? Mira, vete al pueblo y, si el momento es bueno y le

gustas a la chica, se irá contigo. No te hará falta el gas.

A la mañana siguiente, Ugwu se acordó de las palabras de Jomo mientras acompañaba al señor Richard en su coche hasta el pueblo. Al verlos, Anulika se acercó corriendo por el camino y le estrechó la mano con fuerza al señor Richard. Luego, abrazó a Ugwu y, mientras caminaban juntos, le contó que sus padres estaban en la granja, que su prima había dado a luz el día anterior, que Nnesinachi se había marchado al norte la semana pasada...

Ugwu se paró en seco y se la quedó mirando.

—¿Ocurre algo? —preguntó el señor Richard—. No habrán cancelado el festival, ¿verdad?

Ugwu habría preferido que así fuera.

—No, *sah*.

Lo condujo hasta la plaza del pueblo, rebotante ya de hombres, mujeres y niños, y se sentaron bajo la copa del *oji*. Enseguida se vieron rodeados de niños que canturreaban «*Onye ocha*, hombre blanco» y extendían el brazo para tocarle el pelo al señor Richard. Él les dijo: «*Kedu?* Hola. ¿Cómo os llamáis?», y ellos se lo quedaron mirando mientras soltaban risitas tontas y se daban codazos. Ugwu se apoyó en el árbol y lamentó todo el tiempo que había dedicado a pensar en Nnesinachi. Se había ido y algún comerciante del norte acabaría pagando su precio de novia. Casi no se fijó en los *mmuos*: figuras masculinas cubiertas de hierba, con el rostro tapado con máscaras de madera tallada de intrincados diseños y con largos látigos en la mano. El señor Richard los fotografió, hizo anotaciones en su cuaderno y no paró de hacer preguntas —cómo se llamaba aquello, qué estaban diciendo, quiénes eran los hombres que tiraban del *mmuo* con una cuerda y qué significaba—, hasta que al final Ugwu acabó harto por culpa del calor, de tantas preguntas, del ruido y de la enorme decepción de no poder ver a Nnesinachi.

Durante el viaje de vuelta permaneció en silencio, mirando por la ventanilla.

—Ya estás echando de menos tu casa, ¿verdad? —preguntó el señor Richard.

—Sí, *sah* —respondió Ugwu.

Quería que se callara. Que lo dejara en paz. Esperaba que el señor todavía no hubiera vuelto del centro de profesores para poder coger el *Renaissance* del salón, tumbarse en su cama de los cuartos del servicio y leer. Si no, vería algún programa en el nuevo televisor. Con suerte, darían alguna película india. La belleza de las mujeres de ojos rasgados, las canciones, las flores, los colores vivos y el llanto era lo que necesitaba.

Cuando entró por la puerta trasera, le sorprendió encontrar a la madre del señor delante de los fogones. Amala se encontraba de pie junto a la puerta. Ni siquiera el señor debía de saber que estaba allí, porque en ese caso le habría pedido que arreglara la habitación de invitados.

—Vaya —dijo.

—Bienvenida, mama. Bienvenida, tía Amala. —Recordaba perfectamente su

última visita. Mama había importunado a Olanna, la había llamado bruja, la había abroncado y, lo peor de todo, la había amenazado con ir a consultar al *dibia* del pueblo.

—¿Cómo estás, Ugwu? —Mama se arregló el vestido antes de darle una palmada en la espalda—. Mi hijo dice que fuiste a enseñarle al hombre blanco los espíritus de tu pueblo.

—Sí, mama.

Podía oír la fuerte voz del señor procedente del salón. Tal vez tuviera visita y hubiera decidido no ir al centro.

—Vete y descansa, *i nugo* —le dijo mama—. Yo prepararé la cena de mi hijo.

Lo último que deseaba era que mama colonizara su cocina y utilizara la olla preferida de Olanna para preparar su sopa de olor acre. Lo que quería era que se marchara cuanto antes.

—Me quedaré aquí por si me necesita, mama —dijo.

La mujer se encogió de hombros y siguió arrancando granos de pimienta negra de un racimo.

—¿Sabes hacer *qfe nsala*?

—Nunca lo he hecho.

—¿Por qué? A mi hijo le gusta.

—La señora nunca me lo ha pedido.

—No es la señora, chico. Es una mujer que vive con un hombre que no ha pagado su precio de novia.

—Sí, mama.

Sonrió, satisfecha de que por fin hubiera comprendido algo tan importante, y señaló dos pequeños recipientes esmaltados dispuestos en un rincón.

—He traído vino de palma recién hecho para mi hijo. Me lo han traído esta mañana los que mejor saben hacerlo.

Extrajo las hojas tiernas embutidas en la boca de uno de los recipientes y el vino brotó, espumoso, blanco, fresco y de aroma dulce. Sirvió un poco en una copa y se lo ofreció a Ugwu.

—Pruébalo.

Tenía un sabor fuerte; era el tipo de vino de palma concentrado que se elaboraba en la estación de la sequía y que provocaba el tambaleo prematuro de los hombres de su pueblo.

—Gracias, mama. Está muy bueno.

—¿Sabe hacer vino tu familia?

—Sí, mama.

—Seguro que no tan bien como la mía. En Aba hacemos el mejor vino de todo el territorio igbo. ¿Verdad, Amala?

—Sí, mama.

—Lava el cuenco.

—Sí, mama.

Amala hizo lo que le ordenaban. Al frotar el cuenco, movía los brazos y los hombros. Ugwu no se había fijado en ella hasta entonces, y sólo en aquel momento se percató de que tenía oscura la piel del rostro y los delgados brazos húmeda y brillante, como si acabara de bañarse en aceite de cacahuete.

Oyó la voz del señor, enérgica y firme, procedente del salón.

—Este gobierno de idiotas también debería romper relaciones con Inglaterra. ¡Tendríamos que definir nuestra postura! ¿Por qué Inglaterra no hace más en Rodesia? ¿De qué diantres sirve una simple sanción económica?

Ugwu se acercó a la puerta para oír mejor; estaba fascinado por Rodesia y por todo lo que estaba ocurriendo en el sur de África. No podía entender que gente de aspecto parecido al señor Richard se llevara lo que le pertenecía a gente de aspecto parecido a él, a Ugwu, sin ningún motivo.

—Tráeme una bandeja, Ugwu —le pidió mama.

Ugwu bajó una bandeja del armario y quiso ayudarla a servirle la cena al señor, pero ella lo apartó.

—He venido para que descanses un poco, mi pobrecito. Esa mujer te hará trabajar de lo lindo en cuanto vuelva del extranjero, como si no fueras un niño.

Deshizo un pequeño paquete y espolvoreó el contenido en el cuenco de sopa. El recelo invadió la mente de Ugwu; recordó el gato negro que había visto en el patio tras su última visita. Y aquel paquete también era negro, como el gato.

—¿Qué es eso, mama? ¿Qué ha echado en el plato del señor? —preguntó.

—Es una especia, una especialidad de Aba. —Se volvió y esbozó una sonrisa—. Está muy buena.

—Sí, mama.

Tal vez estuviera equivocado y no fuera el remedio del *dibia* lo que había echado en la comida. Quizá Olanna tuviera razón al decir que el gato negro no auguraba nada, que era de algún vecino, aunque él no conocía a ningún vecino que tuviera un gato como aquél, cuyos ojos lanzaban destellos amarillos y rojos.

No volvió a pensar en la extraña especia ni en el gato; mientras el señor cenaba, Ugwu se sirvió un vaso de vino de palma y, como estaba muy dulce, repitió. Empezó a sentirse como si tuviera la cabeza forrada por dentro de lana mullida. Apenas podía andar. Oía al señor hablar en el salón con voz temblorosa.

—¡Por el futuro de la gran África! ¡Por nuestros hermanos independientes de Gambia y por nuestros hermanos zambianos que han dejado Rodesia!

Siguieron unas fuertes risotadas. El vino de palma había afectado también al señor. Ugwu se rió a su vez, a pesar de hallarse solo en la cocina y no tener ni idea de qué era lo que resultaba tan gracioso. Al final se quedó dormido, sentado en el taburete con la cabeza posada sobre la mesa que olía a pescado seco.

Se despertó entumecido. Notaba un sabor agrio en la boca y le dolía la cabeza. Habría preferido que el sol no brillara de forma tan agobiante y que el señor no

hablara tan alto al leer los periódicos durante el desayuno. «¿Cómo pueden salir elegidos más políticos por unanimidad que en unas elecciones? ¡Cuántas tonterías! ¡Esto es un fraude como una casa!» Cada una de las sílabas retumbaba en la cabeza de Ugwu.

Cuando el señor se marchó a trabajar, mama preguntó:

—¿No vas a la escuela, *gbo*, Ugwu?

—Estamos de vacaciones, mama.

—Ah. —Parecía decepcionada.

Más tarde, la vio frotando con algo la espalda de Amala, ambas estaban de pie delante del cuarto de baño. Su recelo se avivó. Percibía algo extraño en los movimientos circulares y lentos de las manos de mama, parecidos a la práctica de algún ritual, y también en el silencio que guardaba Amala mientras permanecía con la espalda erguida y la túnica bajada hasta la cintura dejando al descubierto el contorno de sus pequeños senos. Tal vez mama le estuviera aplicando algún ungüento. Pero aquello no tendría mucho sentido porque, si mama había ido a ver al *dibia*, el remedio tenía que ser para Olanna y no para Amala. Tal vez la medicina surtiera efecto sobre todas las mujeres y mama tuviera que protegerse, a ella y a Amala, para que sólo Olanna muriera, o se volviera estéril, o enloqueciera. Podría ser que mama estuviera aplicando el antídoto mientras Olanna se encontraba en Londres, y luego enterrara la medicina en el patio para que conservara su efecto hasta que ella regresara.

Ugwu se estremeció. Una gran sombra se cernía sobre aquella casa. Le preocupaba la jovialidad de mama, su tarareo poco melodioso, su empeño en servirle ella misma la comida al señor y la frecuencia con que susurraba palabras a Amala. La observaba atentamente cada vez que salía de la casa para descubrir si enterraba algo y así poder hacerse con ello en cuanto entrara. Pero no la vio enterrar nada. Cuando le contó a Jomo que sospechaba que mama había acudido a pedir ayuda al *dibia* para matar a Olanna, éste le respondió:

—La vieja está contenta de tener a su hijo para ella sola y por eso está siempre cocinando y cantando. ¿Sabes lo contenta que se pone mi madre cuando voy a verla sin mi esposa?

—La última vez que estuvo aquí vi un gato negro —dijo Ugwu.

—La criada del profesor Ozumba, al final de la calle, es una bruja. De noche sale volando para reunirse con las demás brujas en lo alto del mango. Siempre tengo que barrer las hojas que tiran. Era a ella a quien buscaba el gato negro.

Ugwu hizo esfuerzos por creerse lo que le contaba Jomo y convencerse de que interpretaba mal las acciones de mama. Sin embargo, cuando al día siguiente entró en la cocina a última hora de la tarde después de haber desherbado su huerto de plantas aromáticas, vio una nube de moscas revoloteando sobre el fregadero. La ventana apenas tenía abierta una rendija. No entendía cómo podían haber entrado por allí tantas moscas; eran más de un centenar, grandes y verdosas, y formaban una masa densa, zumbadora y turbulenta. Tenían que agorar una desgracia terrible. Ugwu

corrió al estudio a avisar al señor.

—Qué raro —dijo. Se quitó las gafas y volvió a ponérselas—. Estoy seguro de que el profesor Ezeka encontrará una explicación, debe de ser algún comportamiento migratorio. No cierres la ventana para que no se queden atrapadas.

—Pero, *sah*... —empezó a protestar Ugwu justo cuando mama entraba en la cocina.

—A veces las moscas hacen esto —se limitó a decir ella—. Es normal. Se irán igual que han venido. —Se apoyaba en la puerta y su voz sonaba triunfal e inquietante.

—Sí, sí. —El señor se dio la vuelta para dirigirse al estudio—. Prepara té, amigo mío.

—Sí, *sah*.

Ugwu no entendía cómo el señor podía seguir impertérrito, cómo no se daba cuenta de que lo de las moscas no era nada normal. Al entrar en el estudio con la bandeja del té, le dijo:

—*Sah*, esas moscas quieren decir algo.

El señor señaló la mesa.

—No me lo sirvas. Déjalo ahí.

—Las moscas de la cocina, *sah*, son por algún maleficio del *dibia*. Alguien ha arrojado un maleficio.

Ugwu quería añadir que sabía muy bien de quién se trataba, pero no estaba seguro de que el señor se lo tomara bien.

—¿Qué? —El señor entornó los ojos tras los cristales de sus gafas.

—Las moscas, *sah*. Alguien ha echado un maleficio sobre esta casa.

—Cierra la puerta y déjame trabajar, amigo mío.

—Sí, *sah*.

Cuando Ugwu volvió a la cocina, las moscas se habían ido. La ventana estaba exactamente igual, con sólo una rendija abierta, y la tenue luz del sol iluminaba la hoja de un cuchillo que había sobre la mesa. No se atrevía a tocar nada: el misterio que lo rodeaba se había extendido a las cazuelas y a las ollas. Por una vez se alegró de que cocinara mama pero no se comió el *ugba* y el pescado frito que preparó para cenar, ni tomó más de un sorbo del vino de palma que sirvió al señor y a sus invitados. Aquella noche le costó dormir. No paraba de dar vueltas; los ojos llorosos le escocían. Le gustaría poder contárselo a alguien que lo entendiera, a Jomo, a su tía, a Anulika. Al final, se levantó y se dirigió a la casa principal para quitar el polvo, necesitaba alguna actividad moderada y mecánica que lo mantuviera ocupado. La luz entre púrpura y grisácea del alba llenaba la cocina de sombras. Encendió el interruptor asustado, con la convicción de que encontraría algo raro. Escorpiones, quizá; un hombre celoso había hecho arrojar un maleficio sobre la cabaña de su tío y, durante semanas, cada vez que se levantaba, encontraba escorpiones, negros y agresivos, junto a sus gemelos recién nacidos. A uno de los niños le picaron y a punto

estuvo de morir.

Ugwu limpió primero las estanterías. Había retirado los papeles de la mesa de centro y estaba desempolvándola cuando oyó abrirse la puerta del dormitorio del señor. Ugwu se asomó al pasillo, sorprendido de que el señor se levantara tan temprano. Pero fue a Amala a la que vio salir de la habitación. El pasillo estaba en penumbra y la mirada sobresaltada de la chica se topó con la aún más sobresaltada de Ugwu; se quedó paralizada un momento antes de volver corriendo a su habitación. Llevaba la túnica un poco abierta por el pecho. Con una mano se la sujetaba mientras con la otra empujaba la puerta de la habitación de invitados como si hubiera olvidado cómo se abría. Al final consiguió entrar. ¡Amala, la tranquila, callada y anodina Amala, había dormido con el señor! Ugwu permaneció quieto y trató de calmarse para que la cabeza dejara de darle vueltas y poder pensar. Era culpa de la medicina de mama, estaba convencido, pero lo que le preocupaba no era lo sucedido entre el señor y Amala. Lo que le preocupaba era lo que ocurriría si Olanna lo descubría.



Olanna estaba sentada frente a su madre en el salón del piso de arriba. La mujer lo llamaba el salón de las damas porque era allí donde solía reunirse con sus amigas, donde reían y se llamaban por sus apodosos —¡Arte! ¡Oro! ¡Ugodiya!— y comentaban de quién era hijo aquel que estaba tonteando con mujeres en Londres mientras los jóvenes de su edad levantaban casas en la tierra de sus padres, quién había comprado encaje corriente y quería hacerlo pasar por la última tendencia europea, quién estaba intentando arrebatarse el marido a fulanita o quién había importado de Milán muebles de primera calidad. Sin embargo, en el presente aquella sala había quedado sumida en el silencio. Su madre sostenía un vaso de tónica en una mano y un pañuelo en la otra. Lloraba mientras le contaba a Olanna que su padre tenía una amante.

—Le ha comprado una casa en Ikeja —dijo—. Mi amiga vive en la misma calle.

Olanna observó el gesto delicado de la mano de su madre al enjugarse los ojos. El pañuelo parecía de satén; no podría absorber lo suficiente.

—¿Has hablado con él? —preguntó Olanna.

—¿Qué puedo decirle? *Gwa ya gini?* —Su madre dejó el vaso. No había dado ni un sorbo desde que la criada se lo había traído en una bandeja de plata—. No hay nada que decir. Sólo quería contarte lo que ocurre para que luego no digan que no se lo he explicado a nadie.

—Hablaré con él —se ofreció Olanna.

Era lo que su madre quería. Hacía un día que había vuelto de Londres y el resplandor ilusionado que iluminó su ser tras la visita al ginecólogo de Kensington ya se había apagado. Ya no recordaba el sentimiento de esperanza que la había invadido cuando le dijo que no le ocurría nada anormal, cuando añadió con un guiño que lo único que tenía que hacer era aplicarse más. Tenía ganas de estar de vuelta en Nsukka.

—Lo peor es que la mujer es una cualquiera —dijo su madre, retorciendo el pañuelo—. Una cabrita yoruba con dos hijos de padres diferentes. Dicen que es vieja y fea.

Olanna se levantó. Como si importara mucho el aspecto de la mujer. Como si su padre no fuera también viejo y feo. Lo que fastidiaba a su madre no era que su marido tuviera una amante sino que le hubiera comprado una casa en el barrio donde vivían las personalidades de Lagos.

—Tal vez sería mejor esperar a que venga Kainene para que hable con tu padre, *nne* —sugirió su madre, y volvió a enjugarse los ojos.

—Ya te he dicho que hablaré yo con él —repuso Olanna.

Pero esa tarde, al entrar en la habitación de su padre, se dio cuenta de que su madre tenía razón. Kainene era la más indicada. Ella sabría qué decir con exactitud y no sentiría aquella incómoda torpeza; Kainene, con su lengua afilada, sus frases cortantes y su absoluta confianza en sí misma.

—Papá —empezó Olanna después de cerrar la puerta tras ella.

Estaba en su escritorio, sentado en la silla de respaldo vertical hecha con madera oscura. No podía preguntarle si era cierto, porque él debía saber ya que su madre tenía la certeza de que así era, y ella también. Pensó un momento en la otra mujer, qué aspecto debía tener, sobre qué hablaban ella y su padre.

—Papá —volvió a decir. Habló casi todo el rato en inglés. Era más fácil mantener un tono frío y formal—. Me gustaría que respetaras a mi madre.

Aquello no era lo que había pretendido decir. Al llamarla «mi madre», en lugar de «mamá», parecía como si hubiera decidido excluirlo, como si lo considerara un extraño al que no pudiera dirigirse en los mismos términos y llamar «mi padre».

Él se recostó en la silla.

—Es una falta de respeto que mantengas una relación con esa mujer y que le hayas comprado una casa donde viven las amigas de mi madre —prosiguió Olanna—. Vas allí después del trabajo y tu chófer aparca enfrente, sin importarte que la gente te vea. Eso es como una bofetada para mi madre.

Los ojos de su padre denotaban abatimiento, eran los ojos de un hombre que buscaba respuestas en su mente.

—No voy a decirte lo que debes hacer, pero tienes que hacer algo. Mi madre no está bien.

Olanna puso mucho énfasis en el verbo «tienes», de forma exagerada. Nunca le había hablado así a su padre; de hecho, casi nunca hablaba con él. Se quedaron mirando mutuamente, sumidos en un silencio yermo.

—*Anugo m*, te he escuchado —dijo.

Habló en igbo y muy bajito, en tono de conspiración, como si Olanna le hubiera permitido seguir adelante con su engaño pero le pidiera hacerlo de forma considerada. Aquello la irritó. Tal vez tuviera razón y aquello fuera lo que le estaba pidiendo, pero aún así le molestaba. Dio un vistazo alrededor de la habitación y pensó en lo poco familiar que le resultaba su gran cama; nunca se había fijado en el lustroso matiz dorado de la manta ni en el dibujo intrincado de los tiradores metálicos de la cómoda. Hasta él le parecía un extraño, un hombre gordo al que no conocía.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Qué me has escuchado? —Olanna levantó la voz.

—¿Qué quieres que diga?

De pronto, Olanna sintió lástima por él, por su madre, por Kainene y por sí misma. Quería preguntarle por qué todos ellos eran extraños que compartían el mismo apellido.

—Algo haré —añadió. Se levantó y se acercó a ella—. Gracias, *ola m* —dijo.

No estaba segura de cómo tomarse aquel agradecimiento, ni el hecho de que la hubiera llamado «oro mío», algo que no hacía desde que era niña y que ahora a Olanna se le antojaba demasiado solemne, artificial. Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Cuando a la mañana siguiente Olanna oyó que su madre gritaba «¡Eres un inútil, un estúpido!», bajó corriendo. Se los imaginó peleándose, su madre aferrando a su padre por la pechera tal como hacían las esposas con los maridos que las engañaban. Los gritos procedían de la cocina. Olanna se detuvo en la puerta. Un hombre estaba arrodillado delante de su madre y levantaba las manos con las palmas hacia arriba en petición de súplica.

—Por favor, señora; por favor, señora.

Su madre se volvió hacia el mayordomo, Maxwell, que permanecía de pie observándolos.

—*Ifugo?* ¿Es que se cree que lo hemos contratado para que nos robe?

—No, *mah* —dijo Maxwell.

Su madre se volvió de nuevo hacia el hombre arrodillado.

—Así que eso es lo que has estado haciendo desde que llegaste, ¿no, inútil? ¡Has venido a robarme!

—Por favor, señora; por favor; señora. Se lo ruego, por el amor de Dios.

—¡Mamá! ¿Qué ocurre? —preguntó Olanna.

Su madre se giró.

—Oh, *nne*, no sabía que estuvieras levantada.

—¿Qué ocurre?

—Este salvaje. Lo contratamos el mes pasado y quería robarme todo lo que hay en casa. —Se volvió hacia el hombre arrodillado—. ¿Así es como pagas a los que te ofrecen trabajo? ¡Estúpido!

—¿Qué ha hecho? —quiso saber Olanna.

—Ven a verlo.

Su madre la condujo hasta el patio trasero, donde había una bicicleta apoyada en el mango. Del asiento trasero se había caído una bolsa tejida y había arroz derramado por el suelo.

—Me ha robado el arroz y estaba a punto de marcharse a su casa. Gracias a Dios que la bolsa se ha caído. ¿Quién sabe qué más me habrá robado? Ahora entiendo por qué no encontraba algunos collares. —Su madre respiraba de forma agitada.

Olanna se quedó mirando los granos de arroz del suelo, preguntándose cómo su madre podía ponerse así por aquello, y si ella misma se creía su propia indignación al respecto.

—Tía, por favor, hable con la señora. Es culpa del diablo, él me ha hecho hacerlo. —Las manos suplicantes del chófer se dirigían ahora a Olanna—. Por favor, hable con la señora.

Olanna apartó la vista del rostro surcado de arrugas y ojos amarillentos del hombre. Era mayor de lo que había creído al principio, debía de tener unos sesenta años.

—Levántate —dijo.

Él dudó, mirando a la señora.

—¡He dicho que te levantes! —Olanna no tenía intención de levantar la voz, pero aquellas palabras habían brotado en un tono cortante. El hombre se levantó con torpeza, abatido—. Mamá, si vas a despedirlo, hazlo y deja que se vaya —le pidió a su madre.

El hombre dio un grito ahogado, como si no esperara oírlo decir aquello. La madre de Olanna también pareció sorprendida y miró a Olanna, al hombre y a Maxwell antes de bajar la mano que se había llevado a la cadera.

—Te daré otra oportunidad, pero no se te ocurra tocar nada de esta casa que no se te permita. ¿Me oyes?

—Sí, señora. Gracias, señora. Que Dios la bendiga, señora.

El hombre seguía dando gracias cuando Olanna cogió un plátano de la mesa y salió de la cocina.

Le contó por teléfono a Odenigbo lo sucedido, cómo le había repugnado ver a aquel anciano rebajarse así; tenía la certeza de que su madre lo habría despedido, pero sólo después de recrearse una hora entera con la humillación del hombre y con su propia indignación farisaica.

—No debía de haber más de cuatro tazas de arroz —dijo.

—Aun así, es un robo, *nkem*.

—Mi padre y sus amigos políticos roban dinero con sus contratos pero nadie los obliga a arrodillarse y pedir perdón. Y luego se construyen casas, las alquilan a hombres como ése y les hacen pagar cifras astronómicas, de manera que no pueden comprar comida.

—Un robo no justifica otro.

El tono de Odenigbo sonaba extrañamente sombrío; había esperado que reaccionara con uno de sus arrebatos ante aquella injusticia.

—¿La desigualdad implica indignidad? —preguntó.

—Casi siempre.

—¿Estás bien?

—Ha venido mi madre. No tenía ni idea de que fuera a presentarse aquí.

Ahora entendía su tono de voz.

—¿Se marchará antes del martes?

—No lo sé. Me gustaría que estuvieras aquí.

—A mí no. ¿Habéis hablado ya de cómo romper el maleficio de la bruja ilustrada?

—Antes de que pudiera decir algo, le he dicho que no había nada de que hablar.

—Puedes tranquilizarla diciéndole que estamos tratando de tener un hijo. ¿O la horrorizará la idea de que sea mío? Tal vez su nieto herede parte de los genes brujescos.

Esperaba que Odenigbo se echara a reír, pero no lo hizo.

—Estoy impaciente por que llegue el martes —dijo después de un rato.

—Yo también —dijo Olanna—. Dile a Ugwu que airee la alfombra del

dormitorio.

Aquella noche, cuando su madre entró en la habitación, Olanna notó el aroma floral de su Chloe, su deliciosa fragancia, aunque no entendía por qué alguien usaba perfume para irse a dormir. Su madre tenía muchos frascos de esencia alineados en su tocador como en la estantería de una tienda. Los había diminutos, cónicos y redondos. Incluso perfumándose cada noche, su madre no acabaría con su contenido ni en cincuenta años.

—Gracias, *nne* —dijo—. Tu padre ya ha empezado a poner remedio.

—Ya.

Olanna no tenía ningún interés en saber qué era lo que su padre había hecho, pero se sentía extrañamente satisfecha de haber sido capaz de hablarle igual que Kainene, de haber conseguido que hiciera algo, de ser útil.

—Pronto la señora Nwizu dejará de telefonarme para decirme que lo ha visto por allí —prosiguió su madre—. El otro día hizo un comentario malicioso sobre los padres cuyas hijas se niegan a casarse. Creo que sus palabras iban dirigidas a mí y quería ver si yo me picaba y le saltaba con algo. Su hija se casó el año pasado y no pudieron permitirse ofrecer nada de importación en la boda. ¡Hasta el vestido de novia lo hicieron en Lagos! —Su madre se sentó—. Por cierto, hay una persona a la que quiero presentarte.

—Conoces a la familia de Igwe Onochie? Su hijo es ingeniero. Creo que te ha visto en alguna parte y está interesado en ti. Olanna suspiró y se recostó para escuchar a su madre.

Volvió a Nsukka por la tarde, a la hora sosegada en que el sol cae implacable y hasta las abejas permanecen posadas debido al agotamiento. El coche de Odenigbo estaba en el garaje. Antes de que ella llamara, Ugwu abrió la puerta, con la camisa desabrochada y pequeñas manchas de sudor bajo sus brazos.

—Bienvenida, *mah*.

—Ugwu. —No se fijó en su sonriente cara de fiel servidor—. *Unu anokwa ofuma?* ¿Ha ido bien?

—Sí, *mah* —dijo, y se dirigió al taxi a buscar su equipaje.

Olanna entró en casa. No captó el suave olor a detergente que desprendía el salón tras haber limpiado Ugwu las persianas. Como se había imaginado que la madre de Odenigbo ya se habría marchado, se le cayó el alma a los pies cuando la vio en el sofá, arreglada, jugueteando con una bolsa. Amala se encontraba de pie a su lado y sostenía una cajita metálica.

—*Nkem!* —exclamó Odenigbo, y corrió hacia ella—. ¡Qué bien que estés aquí! ¡Qué bien!

Al abrazarla, el cuerpo de él se mantuvo rígido y el breve roce de sus labios le pareció insípido.

—Mamá y Amala están a punto de marcharse. Voy a acompañarlas al parque

móvil —explicó.

—Buenas tardes, mama —dijo Olanna, pero no hizo ningún intento por acercarse.

—Olanna, *kedu*? —preguntó mama.

Fue ella quien tomó la iniciativa en el abrazo y quien sonrió de modo afectuoso. Olanna estaba perpleja, pero contenta. Tal vez Odenigbo hubiera hablado con ella sobre la seriedad de su relación y sus planes de tener un hijo la hubieran convencido.

—Amala, ¿cómo estás? —saludó Olanna—. No sabía que tú también hubieras venido.

—Bienvenida, tía —masculló Amala sin levantar la vista del suelo.

—¿Lo tenéis todo? —preguntó Odenigbo a su madre—. Vámonos, vámonos.

—¿Ha comido, mama? —preguntó Olanna.

—Aún me pesa el desayuno en el estómago —dijo mama. Su mirada mostraba una expresión felizmente expectante.

—Tenemos que irnos —las interrumpió Odenigbo—. Luego he quedado para jugar.

—¿Y tú, Amala? —prosiguió Olanna. El rostro sonriente de mama hizo que sintiera la necesidad de retenerlas un rato—. Supongo que habrás comido algo.

—Sí, tía, gracias. —Los ojos de Amala seguían fijos en el suelo.

—Dale a Amala las llaves del coche para que cargue las cosas —le dijo mama a Odenigbo.

Odenigbo se acercó a Amala, pero se mantuvo a cierta distancia de forma que tuvo que extender el brazo para darle las llaves. Ella las cogió con cuidado de sus dedos; no se rozaron. El momento fue breve y fugaz, pero Olanna se dio cuenta de lo escrupulosos que se mostraban por evitar cualquier tipo de contacto, como si compartieran algún tipo de conocimiento tan colosal que estuvieran decididos a no permitir que los uniera nada más.

—Buen viaje —dijo Olanna.

Observó el coche salir del recinto y permaneció allí diciéndose que estaba equivocada; no había habido nada en aquel gesto. Pero la había molestado. Albergaba una sensación parecida a la experimentada durante la espera en el ginecólogo: convencida de que algo en su cuerpo no funcionaba bien y aun así deseando escuchar lo contrario.

—*Mah*, ¿quiere comer algo? ¿Le caliente arroz? —preguntó Ugwu.

—No, ahora no. —Por un momento estuvo tentada de preguntarle a Ugwu si también se había apercebido de aquel gesto, si había observado algo anómalo—. Ve a ver si hay algún aguacate maduro.

—Sí, *mah*. —Ugwu siempre dudaba un poco antes de alejarse.

Olanna se quedó junto a la puerta de entrada hasta que Odenigbo regresó. No estaba segura de qué significaban el nudo del estómago y el palpitar acelerado que notaba en el pecho. Abrió la puerta y se lo quedó mirando.

—¿Ha ocurrido algo? —le espetó.

—¿Qué quieres decir? —Llevaba unos cuantos periódicos en la mano—. Uno de mis alumnos se saltó el examen final y esta mañana ha venido a ofrecerme dinero a cambio de que lo aprobara, el muy zopenco.

—No sabía que Amala hubiera venido con mama —dijo Olanna.

—Sí.

Odenigbo empezó a ordenar los periódicos para evitar mirarla a los ojos. Poco a poco, la estupefacción invadió a Olanna. Lo sabía. Adivinaba en sus movimientos vacilantes, en su expresión de pánico y en su empeño por comportarse con normalidad que había ocurrido algo que no debería haber ocurrido.

—Has estado con Amala —dijo Olanna al fin. No era una pregunta; aun así, deseaba con todas sus fuerzas que él respondiera, que dijera que no y se enfadara con ella por haber sido capaz de pensar algo así. Pero Odenigbo no dijo nada. Se sentó en el sillón y la miró—. Has estado con Amala —repitió.

Siempre recordaría aquella expresión: la miraba como si no diera crédito a lo que ocurría, como si nunca se hubiera imaginado una escena así y por eso no supiera por dónde empezar a pensar en qué hacer ni en qué decir.

Ella se volvió hacia la cocina y estuvo a punto de caerse al pasar junto a la mesa del comedor por la magnitud desproporcionada del peso que le oprimía el pecho.

—Olanna —la llamó.

Lo ignoró. Él no la siguió porque estaba asustado, porque lo invadía el miedo de la culpabilidad. Ella no se montó en su coche y se marchó directamente a su apartamento. En vez de eso, salió y se sentó en los escalones del patio trasero, contemplando cómo cerca del limonero una gallina vigilaba a sus seis polluelos y los empujaba hacia las migajas esparcidas por el suelo. Ugwu cogía aguacates del árbol cercano a los cuartos del servicio. Olanna no sabía cuánto tiempo llevaba allí cuando la gallina empezó a cacarear de forma histérica y extendió las alas para proteger a los polluelos, pero éstos no fueron lo bastante rápidos en esconderse. Un milano real descendió en picado y se llevó a uno, blanco y amarronado. El descenso y la remontada con el polluelo entre sus garras ocurrieron tan deprisa que Olanna pensó que habían sido imaginaciones suyas. Pero no era posible, porque la gallina corría en círculos levantando nubes de polvo sin dejar de cacarear. Los otros polluelos parecían desconcertados. Olanna los observó y se preguntó si comprendían la danza fúnebre de su madre. Luego, finalmente, rompió a llorar.

Los días se sucedieron en una brumosa confusión. Olanna se esforzaba por ocupar su mente, por buscar cosas que hacer. La primera vez que Odenigbo se presentó en su apartamento, no sabía si dejarlo pasar. Pero él estuvo llamando y llamando mientras suplicaba; «*Nkem*, por favor, ábreme, *biko*, por favor, ábreme», hasta que al final lo hizo. Se sentó con un vaso de agua mientras él le contaba que esa noche había bebido, que Amala había insistido y que no había sido más que un breve rapto de lujuria. Cuando terminó, Olanna le pidió que se marchara. La crispaba que tuviera el

descaro de considerar lo que había ocurrido como «un breve rapto de lujuria». Odió aquella forma de llamarlo, y también la seguridad de su voz la siguiente vez que se presentó allí para decirle: «No significó nada, *nkem*, nada». Lo que le importaba a ella no era el significado sino los hechos, que se hubiera acostado con la criada de su madre cuando sólo hacía tres semanas que ella se había ausentado. Le parecía una forma demasiado frívola de acabar con la confianza que ella le tenía. Decidió marcharse a Kano porque, si había un lugar donde podría pensar con claridad, ése era Kano.

Su vuelo hizo escala en Lagos y, mientras esperaba, una mujer alta y delgada pasó a toda prisa. Olanna se levantó y estaba a punto de gritar «¡Kainene!» cuando se dio cuenta de que no podía ser ella. Kainene tenía la piel más oscura, y nunca habría combinado una falda verde con una blusa roja. Deseaba tanto que hubiera sido ella. Se habrían sentado juntas, y ella le contaría lo de Odenigbo, y Kainene le diría algo ocurrente, sarcástico y reconfortante a la vez.

Cuando llegó a Kano, Arize estaba furiosa.

—Ese salvaje de Aba... Su podrido pene se le caerá a trozos. ¿Es que no sabe que cada mañana tendría que levantarse, arrodillarse y dar gracias a Dios sólo por dignarte a mirarlo? —dijo mientras le enseñaba a Olanna esbozos de vaporosos vestidos de novia.

Nnakwanze le había propuesto por fin matrimonio. Olanna miró los dibujos. Todos le parecían muy feos y recargados, pero se alegraba tanto por ella que señaló uno y murmuró:

—O *maka*. Es precioso.

Tía Ifeka no dijo nada sobre Odenigbo hasta que hubieron transcurrido unos días. Olanna se encontraba sentada con ella en el porche; hacía un sol de justicia y la cubierta de cinc crujía como si se quejara de ello. Aun así, se estaba más fresco allí que en la cocina saturada de humo, donde tres vecinos cocinaban a la vez. Olanna se abanicó con un mantelito de rafia. Dos mujeres se encontraban junto a la puerta y una gritaba en igbo: «¡Te dije que me entregaras el dinero hoy! *Tata!* ¡Hoy, no mañana! Me oíste perfectamente porque no hablaba precisamente con la boca llena», mientras la otra hacía ademanes de súplica y miraba al cielo.

—¿Cómo estás? —preguntó tía Ifeka. Removía una espesa pasta de alubias en el mortero.

—Estoy bien, tía. Y aquí aún estoy mejor.

Tía Ifeka metió el dedo en la pasta para sacar un pequeño insecto negro. Olanna se abanicó con mayor brío. El silencio de tía Ifeka la animó a continuar.

—Creo que aplazaré el curso que doy en Nsukka y me quedaré un tiempo en Kano. Podría dar clases en el instituto.

—No. —Tía Ifeka dejó la mano del mortero—. *Mba*. Tienes que volver a Nsukka.

—No puedo volver a su casa, tía.

—No te pido que vuelvas a su casa. Te digo que vuelvas a Nsukka. ¿No tienes allí



un piso y un trabajo? Odenigbo ha hecho lo mismo que hacen todos los hombres, meter el pene en el primer agujero que encuentran cuando una está lejos. ¿Es que se ha muerto alguien?

Olanna dejó de abanicarse y notó cómo el sudor le empapaba el cuero cabelludo.

—Cuando tu tío se casó conmigo, me preocupaba que alguna de aquellas mujeres pudiera echarme de mi casa. Ahora sé que nada de lo que él haga cambiará mi vida. Mi vida sólo cambiará si yo lo quiero así.

—Pero ¿qué estás diciendo, tía?

—Ahora va con más cuidado porque sabe que ya no me asusta. Le he advertido que, si me hace desgraciada de alguna forma, le cortaré esa serpiente que tiene entre las piernas. —Tía Ifeka siguió removiendo la masa mientras la imagen que Olanna tenía de su matrimonio empezaba a hacerse añicos—. Nunca debes comportarte como si tu vida dependiera de un hombre. ¿Me oyes? —le dijo tía Ifeka—. Tu vida sólo te pertenece a ti, *soso gi*. Volverás el sábado. Si me doy prisa te prepararé algo de *abadía* para que te lleves.

Probó un poco de pasta y la escupió.

Olanna partió el sábado. El hombre que se sentaba a su lado en el avión, al otro lado del pasillo, tenía la tez de ébano más brillante que había visto jamás. Ya se había percatado antes de su presencia, con aquel traje de lana de tres piezas y su mirada posada en ella mientras esperaban en la pista. Se había ofrecido a ayudarla con el equipaje de mano, y luego le había preguntado al auxiliar de vuelo si podía ocupar el asiento contiguo al de ella, ya que estaba vacío. Acababa de ofrecerle el *New Nigerian*.

—¿Le apetece leerlo?

Llevaba un gran anillo de ópalo en el dedo corazón.

—Sí, gracias.

Olanna cogió el periódico. Lo hojeó, consciente de que la estaba observando y de que el periódico no era más que una excusa para entablar conversación. De pronto, tuvo ganas de sentirse atraída por aquel hombre, de que a ambos les sucediera algo mágico y desenfrenado y, cuando el avión aterrizara, bajaran juntos de la mano para emprender una vida nueva y esplendorosa.

—Al final han destituido a ese rector igbo de la Universidad de Lagos —dijo él.

—Vaya.

—Está en la contraportada.

Olanna le dio la vuelta al periódico.

—Ya veo.

—¿Qué derecho tiene un igbo a ser el rector de la Universidad de Lagos? —preguntó y, al ver que Olanna no decía nada y sólo sonreía para indicar que lo estaba escuchando, añadió—: El problema es que los igbos quieren hacerse con el control de todo el país. De todo. ¿Por qué no se quedan en el este? Regentan todos los negocios,

los cargos públicos están en sus manos, incluso ocupan los puestos de la policía. Si arrestan a alguien por algún crimen, con sólo decir «*Keda*» lo sueltan de inmediato.

—Decimos *kedu*, no *keda* —repuso Olanna con calma—. Quiere decir «¿Qué tal?».

El hombre se la quedó mirando y ella le devolvió la mirada, y pensó que de haberse tratado de una mujer habría sido muy guapa, con aquella piel brillante casi negra.

—¿Es igbo? —preguntó el hombre.

—Sí.

—Pues tiene cara de fulani. —Su tono resultaba acusador.

Olanna negó con la cabeza.

—Soy igbo.

El hombre masculló algo que sonó a disculpa, ya continuación se volvió y rebuscó en su maletín. Cuando Olanna le devolvió el periódico, se mostró reacio a cogerlo, y luego, aunque ella lo miraba de vez en cuando, él no volvió a mirarla hasta que hubieron aterrizado en Lagos. Si supiera que sus prejuicios la habían hecho sentirse llena de esperanza... Ya no tenía por qué ser la esposa herida de un hombre que se había acostado con una criada. Podía ser una fulani en un avión que se mofaba de los igbos con un apuesto desconocido. Podía ser una mujer que tomaba las riendas de su vida. Podía ser lo que se propusiera.

Al levantarse para bajar, ella le dirigió una mirada y sonrió, pero no le dio las gracias porque quería que conservara intacta tanto la sorpresa como el remordimiento.

Olanna alquiló una furgoneta con chófer y se dirigió a casa de Odenigbo. Ugwu la siguió por toda la casa mientras empaquetaba los libros y le señalaba al hombre de la furgoneta lo que tenía que recoger.

—El señor tiene el aspecto de alguien que está llorando todo el día, *mah* —le dijo en inglés.

—Pon mi licuadora en una caja de cartón —se limitó a contestar ella. Lo de «mi licuadora» sonó extraño; siempre la había llamado «la licuadora», sin importar de quién era.

—Sí, *mah*. —Ugwu se dirigió a la cocina y volvió con una caja de cartón. La sostuvo titubeante—. *Mah*, por favor, perdone al señor.

Olanna se lo quedó mirando. Él lo sabía, había visto a aquella mujer en la cama del señor; él también la había traicionado.

—*Osiso!* ¡Lleva mi licuadora al coche!

—Sí, *mah*. —Ugwu se volvió hacia la puerta.

—¿Aún vienen invitados por las noches? —preguntó Olanna.

—No como cuando usted estaba, *mah*.

—Pero vienen.

—Sí.

—Muy bien. —Aquello no era lo que esperaba oír; quería que le dijera que Odenigbo no podía soportar seguir con el tipo de vida que llevaban cuando estaban juntos.

Cuando él fue a verla, trató de no sentirse decepcionada al observar que tenía un aspecto normal. Se quedó en la puerta y le contestó con evasivas, resentida por su locuacidad natural, por el tono despreocupado con que dijo: «Ya sabes que nunca podré amar a otra mujer, *nkem*». Parecía que diera por hecho que, con el tiempo, las cosas volverían a ser como antes. También la enervaba la atención que le dedicaban otros hombres: a los solteros les daba por presentarse en su casa; a los casados, por abordarla cuando salía del trabajo. Su cortejo la disgustaba porque tanto el acto en sí como sus pretendientes daban a entender que su relación con Odenigbo había terminado de forma definitiva. Ella les decía que no estaba interesada, e incluso mientras lo decía deseaba con todas sus fuerzas que no llegara a oídos de Odenigbo porque no quería que pensara que estaba consumiéndose por la pena. Y no era así: buscaba material nuevo para sus clases, cocinaba platos muy elaborados, leía muchos libros y compraba nuevos discos. Se convirtió en secretaria de la sociedad Saint Vincent de Paul, y después de salir a repartir comida por las aldeas dedicaba diez minutos a escribir sobre ello en un cuaderno. Cultivaba zinnias en el jardín de la entrada y, por último, dedicaba tiempo a trabar amistad con Edna Whaler, su vecina negra estadounidense.

Edna tenía una risa queda. Era profesora de música, ponía los discos de jazz un poco altos, cocinaba chuletas de cerdo y hablaba mucho del hombre que la había abandonado una semana antes de su boda en Montgomery y del tío al que habían linchado cuando ella era pequeña.

—¿Sabes lo que nunca he llegado a entender? —le preguntaba a Olanna como si no hubiera hecho exactamente lo mismo el día anterior—. Que los civilizados blancos se presentaran allí con sus elegantes trajes y sombreros para contemplar cómo otro blanco colgaba a un negro de un árbol.

Luego se reía con su risa queda y se atusaba el pelo, que lucía el brillo grasiento de habérselo planchado. Al principio, no le habló de Odenigbo. A Olanna le hacía bien estar junto a alguien tan alejado del círculo de amistades que había compartido con él. Hasta que un día, mientras Edna cantaba la canción de Billie Holiday que estaba sonando, «My man», le preguntó:

—¿Por qué lo amabas? —Edna enarcó las cejas; ahora movía la boca pero no cantaba.

—No creo que el amor tenga motivos —respondió Olanna.

—Y tanto que sí.

—Yo creo que el amor surge primero y los motivos vienen después. Cuando estoy con él, tengo la sensación de no necesitar nada más.

Olanna se sorprendió de sus propias palabras, y aquella verdad inesperada hizo que sintiera el impulso de llorar.

Edna la miraba.

—No puedes seguir engañándote y fingiendo que estás bien.

—No me estoy engañando —dijo Olanna.

La voz quejumbrosa de Billie Holiday empezaba a crisperla. No sabía que fuera tan transparente. Pensaba que sus risas frecuentes respondían a un estado de ánimo verdadero y que Edna no tenía ni idea de que llorara cuando estaba sola en su piso.

—No soy la persona más indicada para hablar de hombres, pero necesitas hablar de esto con alguien —dijo Edna—. Tal vez el sacerdote, en pago de todas las obras benéficas que has hecho para Saint Vincent de Paul.

Edna se echó a reír y contagió a Olanna, pero de hecho ya había empezado a plantearse que necesitaba hablar con alguien, con una persona neutral que la ayudara a recuperarse y a congraciarse con la extraña en la que se había convertido. Durante los siguientes días se dirigió varias veces a Saint Peter, pero a medio camino se arrepentía y se daba media vuelta. Al final, un lunes por la tarde, se decidió; condujo rápido, sin prestar atención a los resaltos de limitación de velocidad, para no permitirse desistir de su empeño. Se sentó en un banco de madera del despacho mal ventilado del padre Damián y fijó la mirada en el archivador con la etiqueta «laicos» mientras hablaba de Odenigbo.

—No voy al centro de profesores para no encontrármelo. He perdido el interés por el tenis. Me ha traicionado y me ha herido, y aun así es como si siguiera gobernando mi vida.

El padre Damián se arregló el cuello de la sotana, se colocó bien las gafas y se frotó la nariz; Olanna se preguntó si estaría pensando en algo, cualquier cosa que hacer, ya que no tenía respuestas para ella.

—No te vi en la iglesia el domingo —dijo al fin.

Su reacción la decepcionó, pero a fin de cuentas era un párroco y por tanto era normal que le aconsejara que buscara la respuesta en Dios. Ella habría querido que la ayudara a justificarse, que corroborara su derecho a compadecerse, que la animara a creer que tenía moralmente la razón de su parte. Quería que condenara a Odenigbo.

—¿Cree que debería ir a la iglesia más a menudo? —preguntó.

—Sí.

Olanna asintió y abrazó su bolso dispuesta a levantarse y marcharse. No tendría que haber ido. No tenía sentido esperar que un eunuco voluntario de cara redonda y ataviado con vestiduras blancas comprendiera cómo se sentía. Él la miraba con los ojos muy abiertos tras los cristales de sus gafas.

—Y también creo que deberías perdonar a Odenigbo —añadió, y se aflojó un poco el cuello de la sotana, como si lo estuviera agobiando.

En un primer momento, a Olanna le inspiró una profunda antipatía. Su respuesta era demasiado fácil, demasiado previsible. No le habría hecho falta ir allí para eso.

—Muy bien. —Se levantó—. Gracias.

—No lo hagas por él. Hazlo por ti.

—¿Qué?

El párroco seguía sentado, así que Olanna tuvo que bajar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No lo hagas para perdonarlo a él. Hazlo por ti, para permitirte a ti misma ser feliz. ¿De qué te servirá elegir el camino de la desgracia? ¿Te alimentarás de la amargura?

Olanna alzó la vista hacia el crucifijo colgado sobre la vidriera hacia el rostro sereno de Cristo en su agonía, y no dijo nada.

Odenigbo se presentó muy temprano, antes de que ella hubiera desayunado. Olanna supo que algo iba mal antes incluso de abrir la puerta cerrada con llave y ver su expresión sombría.

—¿Qué ocurre? —preguntó, y se horrorizó ante el pensamiento esperanzado que atravesó fugazmente sus mente: su madre había muerto.

—Amala está embarazada —dijo.

Su tono denotaba distanciamiento y fortaleza, la voz de alguien que comunica una mala noticia a otros mientras conserva la entereza por ellos.

Olanna se aferró al pomo de la puerta.

—¿Qué?

—Mamá acaba de venir a decirme que he dejado embarazada a Amala.

Olanna se echó a reír. Rió y rió porque la presente escena y las semanas anteriores se le antojaban de pronto increíbles.

—Déjame pasar —dijo Odenigbo—, por favor.

Olanna se apartó de la puerta.

—Entra.

Odenigbo se sentó en el borde de la silla, y Olanna se sintió como si hubiera estado pegando uno a uno los pedazos de una vajilla de porcelana que iba a romperse otra vez; y lo que más le dolía no era que volviera a romperse, sino que todo el esfuerzo por recomponerla hubiera sido en vano desde el principio.

—*Nkem*, por favor, vamos a enfrentarnos a esto juntos —suplicó—. Haremos lo que tú quieras. Por favor, hagámoslo juntos.

Olanna se dirigió a la cocina para apagar la tetera. Volvió y se sentó frente a él.

—Dijiste que sólo fue una vez. ¿Sólo una vez y se ha quedado embarazada? ¿A la primera?

Quería no haber levantado la voz, pero todo junto resultaba inverosímil, teatralmente inverosímil. Se había acostado una vez con una mujer en estado ebrio y la había dejado embarazada.

—Sólo fue una vez —insistió—. Sólo una.

—Ya veo.

Pero no veía nada de nada. En aquel momento, sintió la imperiosa necesidad de abofetearlo por el énfasis que ponía en la palabra «una», como si el acto hubiera sido

inevitable, como si lo más importante fuera cuántas veces había ocurrido cuando lo que en realidad importaba era que no debería haber ocurrido nunca.

—Le he dicho a mama que envíe a Amala a Enugu, a ver al doctor Okonkwo, y me ha respondido que por encima de su cadáver. Dice que Amala tendrá al niño y que ella misma se encargará de educarlo. Hay un joven maderero de Ondo con el que Amala va a casarse. —Odenigbo se levantó—. Mamá lo tenía todo planeado desde el principio. Ahora me doy cuenta de que se aseguró de que estuviera muy borracho antes de enviar a Amala a verme. Me siento atrapado en algo que no acierto a comprender.

Olanna lo miró de arriba abajo, desde el pelo hirsuto hasta la punta de los delgados dedos de los pies con sandalias de piel, y la asustó poder sentir aquel arranque de desprecio por alguien a quien había amado.

—Nadie te ha atrapado —dijo.

Él hizo ademán de abrazarla pero ella lo apartó y le pidió que se marchara. Más tarde, frente al espejo del lavabo, se estrujó brutalmente el vientre con ambas manos. El dolor le recordó su inutilidad, que el cuerpo de una extraña alojaba al niño que debería albergar el suyo.

Edna estuvo llamando tanto rato que al final Olanna tuvo que levantarse y abrirle la puerta.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—Mi abuelo decía que los demás simplemente se tiraban pedos, pero que los suyos siempre soltaban mierda —dijo Olanna. Quería hacer un chiste, pero tenía la voz ronca de tanto llorar.

—¿Cuál es el problema?

—La chica con la que se acostó está embarazada.

—¿Cuál es tu maldito problema?

Olanna la miró con extrañeza. ¿Qué problema tenía ella?

—¡Haz el favor de controlarte! ¿Te parece que él se pasa los días llorando como haces tú? Cuando aquel bastardo de Montgomery me dejó, quise suicidarme y, en cambio, ¿sabes qué hizo él? ¡Se largó a Luisiana a tocar con un grupo! —Edna se pasaba la mano por el pelo con rabia—. ¡Mírate al espejo! Eres la persona más encantadora que he conocido, y muy guapa. ¿Por qué necesitas que te lo recuerden continuamente? ¿No tienes suficiente con saberlo tú? ¡Eres tan terriblemente débil...!

Olanna retrocedió. La turbulencia de ideas, dolor y enojo que la invadía hizo que las palabras brotaran de su boca con serena precisión.

—No es culpa mía que tu novio te dejara, Edna.

Al principio Edna pareció sorprendida, luego indignada. Se dio la vuelta y salió del piso. Olanna la observó marcharse; sentía haberle dicho aquello. Sin embargo, no pensaba correr a disculparse. Le daría un día o dos de margen. De pronto, sintió mucha hambre, un hambre feroz: las lágrimas le habían vaciado las entrañas. No se

entretuvo en calentar el arroz *jollof* que había sobrado, sino que se lo comió directamente de la cazuela y se bebió dos botellines de cerveza fría; aun así, no estaba saciada. Se comió las galletas que guardaba en el armario y unas cuantas naranjas de la nevera. Luego decidió ir a Eastern Shop a comprar vino. Bebería. Bebería tanto como pudiera.

En la puerta de la tienda se encontró a dos mujeres. Una era india y trabajaba en la facultad de ciencias; la otra era calabar y daba clases de antropología. Le sonrieron y le dijeron «Buenas tardes». Olanna se preguntó si sus miradas ocultaban la compasión que le tenían, si la creían débil y a punto de desmoronarse.

Estaba examinando las botellas de vino cuando se le acercó Richard.

—Sabía que eras tú —dijo.

—Hola, Richard. —Dio un vistazo a su cesta—. No sabía que te encargaras tú mismo de la compra.

—Harrison se ha ido unos días al pueblo —explicó—. ¿Qué tal? ¿Estás bien?

Se sintió molesta por la lástima que veía en sus ojos.

—Estoy muy bien. No soy capaz de decidirme por uno de estos dos vinos —dijo, señalando las botellas—. ¿Qué te parece si compro una de cada, las abrimos juntos y decidimos entre los dos cuál es mejor? ¿Me puedes dedicar una hora, o tienes que seguir trabajando en tu libro?

A Richard lo desconcertó su estado animoso.

—No me gustaría abusar de tu amabilidad.

—Claro que no. Además, no has estado nunca en mi casa... —Hizo una pausa—. En mi piso.

Volvería a ser la chica encantadora de siempre; beberían vino, hablarían del libro de Richard, de sus nuevas zinnias, del arte de Igbo-Ukwu y del fracaso de las elecciones de la región oeste. Luego él se marcharía y le diría a Odenigbo que estaba bien. Estaba muy bien.

Cuando llegaron al piso, Richard se sentó erguido en el sofá. A Olanna le habría gustado que adoptara una postura relajada, un poco repantigado, tal como hacía en casa de Odenigbo; hasta su forma de sostener la copa de vino indicaba rigidez. Ella se sentó en la alfombra. Brindaron por la independencia de Kenia.

—Tienes que escribir sobre las barbaridades que los ingleses hicieron en Kenia —dijo Olanna—. Creo que cortaban los testículos a los hombres, ¿verdad?

Richard masculló algo y apartó la vista, como si lo abochornara la palabra «testículos». Olanna sonrió y se lo quedó mirando.

—¿No es así?

—Sí.

—Deberías escribir sobre ello. —Olanna se tomó la segunda copa despacio, levantando la cabeza para disfrutar de la sensación que el frío líquido le producía al bajar por la garganta—. ¿Ya le has puesto título al libro?

—*El cesto de manos*.

—*El cesto de manos.* —Olanna inclinó la copa y apuró la bebida—. Suenan macabros.

—Va sobre el trabajo, sobre todas las cosas importantes que se consiguieron; por ejemplo, los ferrocarriles. Aunque también trato de la explotación y de los extremos a los que llegó la empresa colonial.

—Vaya.

Olanna se levantó y descorchó la segunda botella. Primero, se inclinó para llenar su propio vaso. Se sentía ligera, como si le resultara mucho más fácil desplazarse, pero conservaba la mente lúcida; sabía lo que quería hacer y lo que, de hecho, estaba haciendo. El olor casi húmedo que rezumaba Richard inundó su olfato cuando se plantó ante él con la botella.

—Mi vaso está casi lleno —dijo él.

—No.

Olanna dejó la botella en el suelo y se sentó a su lado; acarició el vello que le cubría la piel y pensó en lo rubio y suave que era. Nada que ver con el pelo grueso de Odenigbo, nada. Richard la miró. Olanna no sabía si de verdad sus ojos se habían tornado grises o si sólo eran figuraciones suyas. Acercó la mano a su cara y la posó en la mejilla.

—Ven, siéntate conmigo en el suelo —dijo al fin.

Se sentaron uno al lado del otro, con la espalda apoyada en el asiento del sofá. Richard masculló que debía marcharse, o algo parecido, pero Olanna sabía que no lo haría y que cuando se tendiera en la áspera alfombra él se tumbaría a su lado. Lo besó en los labios. Él la atrajo con fuerza hacia sí y luego, casi con la misma rapidez, la soltó y apartó la cara. Olanna oía su respiración agitada. Le desabrochó los pantalones, se echó un poco hacia atrás para bajárselos, y se rió cuando se le atascaron en los zapatos. Se quitó el vestido. Richard estaba encima de ella, la alfombra le pinchaba la espalda desnuda, y sintió cómo la boca de él rodeaba torpemente su pezón. Aquello no tenía nada que ver con los mordisqueos y las succiones de Odenigbo, con las descargas de placer que sentía con él. Richard no le pasaba la lengua por el cuerpo con aquella cadencia que la hacía olvidarse de todo; cuando le besó el vientre, fue perfectamente consciente de que le besaba el vientre.

Todo cambió cuando estuvo dentro de ella. Levantó las caderas y empezó a moverse al mismo ritmo que él, al compás de sus embestidas, y sintió que estaba rompiendo las cadenas que le sujetaban las muñecas, arrancando los clavos que la inmovilizaban y liberando todo su ser con los gritos fuertes, muy fuertes, que brotaban de su boca. Al terminar, se notó colmada de bienestar, cercana a la gloria.



Richard casi sintió alivio al enterarse de la muerte de sir Winston Churchill. Aquello le evitaría tener que viajar a Port Harcourt el fin de semana. No estaba preparado para enfrentarse a Kainene.

—Ahora tendrás que dejar de lado tu espantoso chiste de Churchill, ¿no te parece? —dijo Kainene por teléfono cuando él le explicó que pensaba ir a Lagos para el acto conmemorativo que iba a celebrar el Alto Comisionado Británico.

Richard se rió, y de repente pensó en cómo se sentiría si ella se enteraba, lo dejaba y no volvía a oír aquel tono sardónico por teléfono nunca más.

Sólo hacía unos días, pero hasta su recuerdo del piso de Olanna era vago: poco después se había quedado dormido, en el suelo del salón, y se había despertado con aquel dolor de cabeza punzante y una profunda sensación de incomodidad ante su propia desnudez. Olanna estaba sentada en el sofá, vestida y en silencio. Se sentía violento, sin saber muy bien cómo debían hablar de lo ocurrido. Al final, se dispuso a marcharse sin abrir la boca porque no quería que la expresión del rostro de Olanna que él interpretaba como remordimiento se convirtiera en aversión. No lo había hecho por tratarse de él, podría haber sido cualquier hombre. Lo había notado ya al abrazar su cuerpo desnudo, pero aquello no había menguado el placer que encontró en su figura sinuosa, en sus movimientos acompasados, en su forma de recibir y de dar. Nunca se había sentido tan seguro ni había durado tanto tiempo como con ella.

Sin embargo, ahora se veía desprovisto de ella. Su admiración radicaba en que era inaccesible, una veneración a distancia, pero ahora que había saboreado el vino de su boca y la había abrazado con tal fuerza que su propio cuerpo se había impregnado del olor a coco, experimentaba una extraña sensación de pérdida. Había perdido su fantasía. Pero lo que más le preocupaba era perder a Kainene. Decidió que nunca lo sabría.

Susan se sentó a su lado durante el servicio conmemorativo, y cuando reprodujeron algunos fragmentos de discursos de Churchill, juntó con fuerza las manos enguantadas y se apoyó en su hombro. Richard notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Aquello era tal vez lo único que tenían en común: su admiración por Churchill. Después, Susan le pidió que la acompañara a tomar algo al club de polo. Ya lo había llevado allí una vez y, mientras estaban sentados frente a la verde extensión de césped, ella le había dicho:

—Sólo hace unos años que a los africanos se les permite la entrada, pero no te imaginas cuántos vienen ahora; y, no te creas, demuestran bien poco aprecio.

Ahora se encontraban sentados en el mismo lugar, cerca de la barandilla encalada, adonde los había acompañado un camarero nigeriano vestido con un traje negro ceñido. El club estaba casi desierto, aunque sobre el césped se jugaba un partido. Los gritos de los ocho jinetes sudorosos que seguían a galope tendido la pelota invadían el ambiente. Susan hablaba en tono quedo, llena de desánimo por la muerte de un ser al

que no había conocido personalmente. Le dijo que encontraba muy interesante que el último plebeyo en recibir un funeral de Estado fuera el duque de Wellington, como si él no lo supiera, y le dijo que le parecía muy triste que algunas personas aún no se hubieran percatado de cuánto había hecho Churchill por Inglaterra, y espantoso que durante la ceremonia alguien se hubiera atrevido a insinuar que su madre tenía sangre piel roja. La encontró más morena de lo que recordaba, no la había visto desde antes de trasladarse a Nsukka. Susan se animó tras unos cuantos vasos de ginebra y empezó a hablarle de una maravillosa película sobre la familia real que habían proyectado en el British Council.

—No me estás prestando mucha atención, ¿verdad? —preguntó al cabo de un rato. Tenía las orejas rojas.

—Claro que sí.

—Ya he oído hablar de tu amada, la hija del jefe Ozobia. —Al decir «amada», Susan hizo una parodia de la pronunciación de la palabra que creía que correspondía a alguien inculto.

—Se llama Kainene.

—No te olvidarás de utilizar gomitas... Uno tiene que andarse con mucho cuidado con esa gente, hasta con los más cultos.

Richard contempló la quietud del verdor infinito. Nunca habría sido feliz con ella: su vida se habría convertido en una telaraña, en una sucesión de días fundidos en una larga y fina capa de nulidad.

—He tenido una aventura con John Blake —dijo.

—¿De verdad?

Susan se echó a reír. Jugeteaba con el vaso, haciendo rodar el borde de su base sobre la mesa y agitando el agua que había quedado recogida en él.

—Parece que te sorprenda.

—No —dijo, aunque así era.

No le extrañaba que se liara con alguien, pero sí que lo hiciera con John, el marido de su buena amiga Caroline. A fin de cuentas, la vida de expatriado consistía en eso. Todo cuanto hacían, por lo que él sabía, era acostarse con la esposa o el marido de alguien, en cópulas ilícitas que tenían más que ver con pasar el tiempo de calor abrasador en el trópico que con expresiones auténticas de pasión.

—No significa nada, absolutamente nada —dijo Susan—, pero quería que supieras que pienso mantenerme ocupada mientras espero a que acabes con tu aventura negra.

Richard iba a hacer un comentario sobre la falta de lealtad para con su amiga cuando se dio cuenta de lo hipócrita que resultaría, aunque sólo él fuera consciente de ello.

## **5. El libro: *El mundo guardó silencio cuando morimos***

El escribe sobre la hambruna. Era una de las armas de guerra nigerianas. La

hambruna hizo posible la separación de Biafra, le valió su fama y sostuvo su existencia mientras duró. La hambruna hizo que el mundo entero fuera consciente de la situación y prorrumpiera en muestras de protesta y manifestaciones en Londres, Moscú y Checoslovaquia. La hambruna hizo que Zambia, Tanzania, Costa de Marfil y Gabón reconocieran a Biafra, y también que África entrara en la campaña de Nixon e hiciera que padres de todo el mundo obligaran a sus hijos a comer. La hambruna llevó a las organizaciones de ayuda humanitaria a enviar clandestinamente partidas aéreas nocturnas de comida a Biafra, ya que ninguno de los bandos se ponía de acuerdo en las rutas. La hambruna impulsó la carrera de muchos fotógrafos. Y también la hambruna fue lo que hizo que la Cruz Roja Internacional considerara Biafra la situación de emergencia más grave desde la segunda guerra mundial.

A Ugwu la diarrea le provocaba espasmos dolorosos, y no mejoró ni después de masticar los comprimidos amargos que encontró en el armario del señor ni con las hojas agrias que le dio Jomo. No se trataba de un problema alimentario porque las carreras precipitadas hasta los cuartos del servicio sucedían a cualquier tipo de comida. Tenía que ver con su preocupación. El miedo del señor lo angustiaba.

Desde que mama le había dado la noticia del embarazo de Amala, el señor andaba de un sitio a otro tambaleándose como si llevara las gafas sucias, le pedía a Ugwu en tono alicaído que le sirviera el té y hacía que les dijera a los invitados que había salido aun cuando su coche seguía en el garaje. A menudo tenía la mirada perdida, escuchaba música high life y hablaba de Olanna. «Dejaremos eso para cuando vuelva la señora», decía, o «A la señora le gustará más en el pasillo», y Ugwu le contestaba «Sí, *sah*», aunque sabía que no se molestaría en decir nada de aquello si realmente Olanna fuera a volver.

La diarrea de Ugwu se agravó cuando mama apareció con Amala. Observó a la chica con atención: no parecía estar embarazada, seguía igual de delgada y tenía el vientre plano. Ugwu esperaba que, después de todo, el remedio no hubiera surtido efecto. Sin embargo, mama le dijo en la cocina, mientras pelaba los ñames calientes:

—Cuando nazca el niño tendré a alguien que me haga compañía y mis amigas dejarán de decirme que mi hijo es impotente.

Amala estaba sentada en el salón. Su estado la había elevado de categoría y le permitía sentarse a escuchar la radiogramola; ya no era la ayudante de mama sino la mujer que daría a luz a su nieto. Ugwu la observó desde la puerta de la cocina. Era mejor que no hubiera elegido la butaca del señor o el puf favorito de Olanna porque le habría ordenado que se levantara de inmediato. Se sentaba con las rodillas muy juntas y tenía la mirada fija en la pila de periódicos de la mesa de centro, inexpresiva. Resultaba absurdo que alguien tan anodino, con un vestido tan vulgar y un pañuelo de algodón cubriéndole la frente se encontrara en medio de todo aquello. No era ni guapa ni fea; era como cualquiera de las jóvenes de su pueblo que veía camino del río por las mañanas. No poseía ningún rasgo distintivo. Al examinarla, un enfado repentino invadió a Ugwu. La culpable no era Amala, sino Olanna. No tendría que haberse marchado de casa sólo porque la medicina de mama hubiera arrojado al señor en brazos de aquella muchacha insignificante. Tendría que haberse quedado y haber demostrado tanto a Amala como a mama quién mandaba allí.

Los días transcurrían agobiantes y repetitivos. Mama preparaba sopas de olor fuerte que sólo ella comía, porque el señor solía volver tarde, a Amala le daban náuseas y Ugwu tenía diarrea. Pero a ella no parecía importar. Canturreaba mientras cocinaba y limpiaba, y se jactaba de haber aprendido finalmente a encender los fogones.

—Un día yo también tendré una cocina así: mi hijo me comprará una», —decía, y

se echaba a reír.

Al final, tras más de una semana, decidió volver al pueblo y dejar allí a Amala.

—¿No ves lo mal que se encuentra? —le dijo al señor—. Mis enemigos quieren malograr el embarazo, no quieren que alguien perpetúe el nombre de nuestra familia, pero yo los venceré.

—Tienes que llevártela —dijo el señor.

Era más de media noche. Mama había esperado levantada a que el señor volviera a casa y Ugwu estaba en la cocina, medio dormido, esperando para cerrar la puerta con llave.

—¿No me has oído? Se encuentra mal —insistió mama—. Es mejor que se quede aquí.

—Avisaremos al médico, pero tienes que llevártela.

—A quien rechazas es a tu hijo, no a Amala —dijo mama.

—Tienes que llevártela —repitió el señor—. Es probable que Olanna vuelva pronto y las cosas no se arreglarán si encuentra aquí a Amala.

—Es tu hijo —replicó mama mientras agitaba la cabeza con pesadumbre, pero no discutió más—. Me iré mañana porque tengo que asistir a una reunión, a un *umuada*. Volveré a buscarla al final de la semana.

La tarde en que se marchó mama, Ugwu encontró a Amala en el huerto, sentada en el suelo con las rodillas flexionadas y los brazos rodeándolas. Masticaba pimienta.

—¿Va todo bien? —preguntó Ugwu.

Tal vez fuera un espíritu y hubiera acudido allí a practicar rituales junto a otras *ogbanje*.

Amala tardó un rato en contestar; hablaba tan poco que su voz infantil siempre sorprendía a Ugwu.

—El pimienta quita el embarazo —dijo.

—¿Qué?

—Si se come mucho pimienta picante, se pierde el embarazo.

La chica estaba acurrucada en el barro como un pobre animal, masticando despacio mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—El pimienta no sirve para eso —la corrigió Ugwu.

Y sin embargo, deseaba que Amala tuviera razón, que el pimienta la hiciera abortar y su vida volviera a ser como antes, con Olanna y el señor juntos y muy unidos.

—Si se come mucho, sí —insistió la chica, y extendió el brazo para arrancar otro.

A Ugwu no le hacía ninguna gracia que terminara con todos los pimientos que él se había esmerado en cultivar para sus guisos, pero si había alguna posibilidad de que tuviera razón tal vez fuera mejor dejarla en paz. Tenía el rostro resbaladizo por las lágrimas y los mocos, y de vez en cuando abría la boca, sacaba la lengua escocida por el pimienta y jadeaba como un perro. Tenía ganas de preguntarle por qué se había prestado a aquello si no quería el bebé. Había ido a la habitación del señor por su

propio pie y seguro que sabía lo que mama tramaba. Pero no se lo preguntó; no quería hacerse amigo suyo. Se dio media vuelta y entró en la casa.

Unos días después de que Amala se marchara, Olanna fue a visitarlos. Se sentó en el sofá con la espalda recta y las piernas cruzadas como si fuera una invitada extraña y rechazó el *chin-chin* que Ugwu le ofreció en un plato.

—Llévatelo a la cocina —le dijo al mismo tiempo que el señor le ordenaba que lo dejara encima de la mesa.

Ugwu se quedó inmóvil, vacilante.

—¡Pues llévatelo a la cocina! —le gritó al fin el señor, como si Ugwu fuera el culpable de la tensión que se respiraba en la sala.

No cerró la puerta para poder oírlos; no obstante, si lo hubiera hecho los habría oído igual porque Olanna vociferaba.

—¡La culpa es tuya, no de tu madre! ¡Ocurrió porque tú quisiste! ¡Tienes que aceptar tu responsabilidad!

Ugwu se sorprendió de que la voz suave que conocía pudiera volverse tan iracunda.

—¡No soy un mujeriego y tú lo sabes! ¡Si mi madre no se hubiera metido por en medio esto no habría ocurrido!

El señor tendría que haber moderado el tono; debería saber que alguien que pide no grita.

—¡Sí, claro! ¡Tu madre te sacó el pene y se lo metió a Amala! ¿Verdad? —soltó Olanna.

De pronto Ugwu notó aquel retortijón en el vientre y fue corriendo al lavabo de los cuartos del servicio. Cuando salió, vio a Olanna de pie junto al limonero. Observó su rostro para deducir cómo había acabado la conversación, si es que había acabado, y por qué estaba allí. Pero su expresión no le permitió adivinar nada. Tenía la boca fruncida y su postura denotaba pura seguridad en sí misma; además, la peluca nueva la hacía parecer mucho más alta.

—¿Quiere algo, *mah*? —preguntó.

Olanna se acercó a contemplar las matas de *anata*.

—Tienen muy buen aspecto. ¿Les pones abono?

—Sí, *mah*. Me lo dio Jomo.

—¿Y a los pimientos?

—Sí, *mah*.

Olanna se volvió para alejarse. No tenía sentido pasearse por allí con sus zapatos negros y el vestido hasta la rodilla. Siempre llevaba una túnica o una bata de estar por casa para andar por el jardín.

—¿*Mah*?

Olanna se giró.

—Tengo un tío que comercia en el norte. La gente siempre le ha tenido envidia

porque las cosas le van muy bien. Un día lavó la ropa y la tendió al sol, y cuando fue a recogerla alguien había cortado un trozo de la manga de una camisa. —Olanna lo observaba; algo en la expresión de ella le decía que no tendría paciencia para escuchar mucho más—. Quien lo hizo quería utilizar el pedazo para una medicina mala, pero no pudo porque mi tío quemó la camisa enseguida. Aquel día encontró su sombrero lleno de moscas.

—¿De qué me hablas, por el amor de Dios? —preguntó Olanna en inglés, y como casi nunca le hablaba en ese idioma su tono sonó frío, distante.

—Mama utilizó una medicina mala con el señor, *mah*. Yo vi las moscas en la cocina. La vi echándole algo en la comida. Luego la vi frotarle algo en el cuerpo a Amala, y sé que era la medicina que utilizó para tentar al señor.

—Tonterías —exclamó Olanna; hizo sisear la *s* de forma reprobadora, y a Ugwu se le encogió el estómago.

Había cambiado. Su piel y su ropa tenían un aspecto más fresco. Olanna se agachó y ahuyentó un pulgón verde que se le había posado en el vestido antes de alejarse. Pero no rodeó la casa, pasó por delante del garaje y se dirigió hasta su coche aparcado enfrente. En vez de eso, entró en la vivienda. Ugwu la siguió, Desde la cocina, oyó la voz de Olanna procedente del estudio, soltando una sarta de palabras a voz en grito que no entendió ni quería entender. Luego se hizo el silencio. A continuación oyó abrirse y cerrarse la puerta del dormitorio. Esperó un rato antes de recorrer de puntillas el pasillo y acercar el oído a la puerta de madera. Olanna sonaba distinta. Estaba acostumbrado a percibir sus gemidos guturales, pero lo que ahora oía era mucho más sonoro, un jadeo entrecortado, como si se estuviera preparando para entrar en erupción, como si el señor le proporcionara placer e irritación a la vez y ella quisiera ver cuánto podía aguantar antes de dar rienda suelta al furor. Aun así, la esperanza volvió a brotar en su interior. Prepararía un delicioso arroz *jollof* para su cena de reconciliación.

Más tarde, oyó cómo arrancaba el coche de ella y vio la luz de los faros enfocar el arbusto de flores blancas; pensó que iba a buscar algunas cosas al piso. Puso la mesa para dos, pero no sirvió la comida porque no quería que se enfriara.

El señor entró en la cocina.

—¿Es que hoy sólo cenas tú, amigo mío?

—Estoy esperando a la señora.

—¡Sírvenme la cena, *osiso*!

—Sí, *sah* —respondió Ugwu—. ¿Llegará pronto la señora, *sah*?

—¡Sírvenme la cena! —repitió el señor.

Olanna esperó de pie en la sala de casa de Richard. La vacía austeridad de la habitación la ponía nerviosa; le gustaría que hubiera cuadros, libros o muñecas rusas que poder contemplar. Sin embargo, no había más que una pequeña fotografía de una vasija con cuerdas ornamentales de Igbo-Ukwu colgada en la pared, y era lo que observaba cuando Richard entró. La tímida sonrisa que esbozaba suavizaba sus facciones. A veces Olanna se olvidaba de lo atractivo que era, con su pelo rubio y sus ojos azules.

No esperó ni un segundo para hablar.

—Hola, Richard. —Y, antes de que pudiera responder y sin respetar la pausa que se concede a los saludos, añadió—: ¿Viste a Kainene el fin de semana?

—No, no. —Richard evitaba mirarla a los ojos, con la vista posada en su peluca brillante—. Estuve en Lagos. Ya sabes que ha muerto sir Winston Churchill.

—Lo que pasó entre nosotros fue una estupidez por ambas partes —dijo Olanna, y observó que a Richard le temblaban las manos.

Richard asintió.

—Sí, sí.

—Kainene no es de las que perdona fácilmente, y no serviría de nada que se lo contaras.

—Claro que no. —Richard hizo una pausa—. Tú tenías problemas sentimentales y yo no debería haber...

—Lo que pasó fue cosa de los dos, Richard —dijo Olanna.

De pronto, sintió desprecio por sus manos temblorosas, su palidez asustadiza y la vulnerabilidad que le oprimía el cuello tan claramente como si fuera una corbata.

Harrison entró con una bandeja.

—Traigo bebidas, *sah*.

—¿Bebidas? —Richard se volvió con gesto nervioso y Olanna se alegró de no tener nada cerca para tirárselo a la cabeza—. Ah, no, no hacía falta. ¿Te apetece algo?

—Ya me iba —dijo Olanna—. ¿Qué tal, Harrison?

—Bien, señora.

Richard la acompañó a la puerta.

—Creo que tendríamos que comportarnos con normalidad —dijo ella, antes de dirigirse a toda prisa hacia su coche.

Se preguntaba si debería haberse mostrado menos melodramática o si tal vez hubiera sido mejor propiciar una conversación tranquila sobre lo ocurrido. Pero remover el pasado habría servido de muy poco. Ambos lo habían querido y ambos lo lamentaban. Lo importante ahora era que nadie más llegara a saberlo.

Por eso ella misma se sorprendió al contárselo a Odenigbo. Estaba echada en la cama de él —había dejado de considerar aquel dormitorio un espacio común—, que se encontraba sentado a su lado. Era la segunda vez que se acostaban desde que se



había marchado. Odenigbo la instaba a que volviera a casa.

—Cásate conmigo —le pidió—. Así mama nos dejará en paz.

Debió de ser su tono ufano o la manera flagrante de eludir toda responsabilidad y seguir culpando a su madre lo que hizo a Olanna decir:

—Me he acostado con Richard.

—No. —Odenigbo negaba con la cabeza, incrédulo.

—Sí.

Él se levantó, fue hasta el armario y se volvió a mirarla, como si no se atreviera a estar cerca de ella por temor a lo que podría ser capaz de hacerle. Se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz. Olanna se incorporó al tomar conciencia de que la desconfianza se había apoderado para siempre de su relación, de que en adelante la incredulidad sería una opción para ambos.

—¿Sientes algo por él? —preguntó Odenigbo.

—No —respondió ella.

Él se acercó y volvió a sentarse a su lado. Parecía pugnar entre echarla de la cama o atraerla hacia sí. Al final, se levantó con brusquedad y salió de la habitación. Cuando más tarde Olanna llamó a la puerta de su estudio para decirle que se marchaba, no le contestó.

De regreso en el piso, caminó dando vueltas de un lado a otro. No le tendría que haber contado lo de Richard. O debería haberle contado más: que lamentaba haber traicionado su confianza y la de Kainene pero no el acto en sí. Tendría que haberle dicho que no lo hizo por pura venganza, o por apuntarse un tanto, pero que, de alguna forma, aquello tenía un significado de redención para ella. Actuar con egoísmo la había liberado.

A la mañana siguiente, al oír que llamaban con fuerza a la puerta suspiró aliviada. Se sentaría a hablar con Odenigbo de forma civilizada, y esa vez se aseguraría de que la cosa no acabara en otro desencuentro. Pero no era Odenigbo. Edna entró llorando, con los ojos enrojecidos, para decirle que los blancos habían puesto una bomba en la iglesia baptista negra de su ciudad natal. Habían muerto cuatro niñas, y una de ellas era compañera de colegio de su sobrina.

—La vi cuando estuve en casa hace seis meses —dijo Edna—. La vi hace sólo seis meses.

Olanna preparó té y se sentó a su lado, tan cerca que sus hombros se tocaban. Edna sollozaba con tal intensidad que parecía que fuera a ahogarse. Su pelo no lucía con el brillo lustroso de costumbre; parecía más bien una fregona vieja.

—Dios mío —exclamaba anegada en llanto—. Dios mío.

Olanna le iba dando pequeños apretones en el brazo. La crudeza del llanto de aquella mujer la hacía sentirse impotente, tener la necesidad de llevarla de la mano hasta el pasado y cambiar el curso de la historia. Finalmente, Edna se quedó dormida. Olanna le colocó una almohada debajo de la cabeza con suavidad y se sentó a reflexionar sobre cómo una simple acción era capaz de repercutir en el espacio y en el

tiempo y dejar manchas que ya jamás desaparecerían. Pensó en lo efímera que era la vida y resolvió no elegir el camino de la desgracia. Volvería a casa de Odenigbo.

La primera cena transcurrió en silencio. La forma de masticar de Odenigbo la crispaba, no podía soportar sus mejillas abultadas y el movimiento seco de la mandíbula. Comió poco y miró varias veces la caja del salón que contenía sus libros. Odenigbo estaba enfrascado deshuesando el pollo, y por una vez se comió todo el arroz hasta que su plato estuvo vacío. Cuando por fin habló, le contó el caos que se vivía en la región oeste.

—No tendrían que haber reinstaurado al presidente. ¿Ahora se sorprenden de que esos salvajes quemen coches y asesinen a sus oponentes en nombre de la democracia? Un salvaje corrupto siempre se comportará como tal —dijo.

—Detrás está el primer ministro —repuso Olanna.

—Quien realmente está al mando es el *sardauna*. Ese hombre gobierna este país como si fuera su feudo musulmán.

—¿Aún estamos intentando tener un hijo?

Odenigbo abrió mucho los ojos detrás de los cristales de sus gafas.

—Pues claro. ¿O no?

Olanna no respondió. Una confusa tristeza la abrumaba al pensar en lo que habían permitido que les ocurriera y, aun así, había una emoción nueva, diferente, en su relación. Ya no estaba sola en la lucha por recuperar lo que habían compartido; él se le había unido. Su certidumbre también se había tambaleado.

Ugwu entró para quitar la mesa.

—Sírvenme un coñac, amigo mío —le dijo Odenigbo.

—Sí, *sah*.

Odenigbo esperó a que Ugwu le hubiera servido la copa y se hubiera marchado para decir:

—Le he pedido a Richard que deje de venir a casa.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me lo he cruzado por la carretera, cerca del edificio de mi facultad, y he visto en su cara una expresión que me ha molestado bastante, así que lo he seguido hasta la calle Imoke y le he pedido que no viniera más.

—¿Cómo se lo has dicho?

—No me acuerdo.

—No quieres contármelo.

—No me acuerdo.

—¿Había alguien más?

—Su criado había salido.

Se sentaron en el sofá del salón. Odenigbo no tenía derecho a hacérselo pagar a Richard, dirigir su ira contra él; aun así, entendía por qué lo había hecho.

—Yo nunca he culpado a Amala —dijo Olanna—. Era en ti en quien había

depositado la confianza, y un extraño sólo podía traicionarla si tú se lo permitías. La culpa es sólo tuya. —Odenigbo posó la mano en el muslo de ella—. Es conmigo con quien tienes que enfadarte, no con Richard.

Guardó silencio tanto tiempo que Olanna pensó que no iba a responder; al final, dijo:

—Quiero enfadarme contigo.

Su indefensión la conmovió. Se arrodilló delante de él y le desabrochó la camisa para lamerle el vientre suave y firme. Cuando acercó la mano a la cremallera de sus pantalones, lo oyó contener la respiración. Él creció y se hinchó dentro de su boca. El ligero dolor que notaba en la mandíbula inferior y la presión de las palmas de las manos en su cabeza la excitaron. Más tarde, exclamó:

—Dios mío, Ugwu nos habrá visto.

Él la llevó al dormitorio. Se desnudaron en silencio y se ducharon, los cuerpos pegados en la estrechez: del pequeño cuarto de baño. Luego se acostaron abrazados; aún tenían la piel húmeda y sus movimientos eran lentos. Olanna se maravilló de la agradable contundencia de su peso sobre ella. El aliento le olía a coñac. Tenía ganas de decirle que se sentía igual que en los viejos tiempos, pero no lo hizo porque sabía que él sentía lo mismo y no quería interrumpir el silencio que los unía.

Esperó a que se durmiera; su brazo muerto cayó encima de ella y fuertes ronquidos empezaron a brotar de su boca abierta. Se levantó para llamar a Kainene; tenía que asegurarse de que Richard no le había contado nada. No creía que los gritos de Odenigbo lo hubieran abocado a confesárselo todo, pero no estaba del todo segura.

—Kainene, soy yo —dijo cuando su hermana descolgó el teléfono.

—*Ejima m* —respondió Kainene.

Olanna no recordaba la última vez que su hermana la había llamado «mi gemela». Aquello hizo que la sintiera cercana, al igual que su voz inalterada y la forma de arrastrar las palabras, que sugerían que hablar con Olanna era la menor de las molestias, aunque una molestia al fin y al cabo.

—Quería decirte *kedu* —empezó Olanna.

—Estoy bien. ¿Sabes qué hora es?

—No me había dado cuenta de que se hubiera hecho tan tarde.

—¿Has vuelto con tu amante revolucionario?

—Sí.

—Tendrías que haber oído a mamá hablar de él. Esta vez le ha dado argumentos de sobra.

—Cometió un error —dijo Olanna, y enseguida se arrepintió porque no quería que Kainene pensara que quería disculparlo.

—Pero ¿no va en contra de los principios del socialismo fecundar a la gente de clases inferiores? —le espetó Kainene.

—Te dejo dormir.

Hubo una pausa antes de que Kainene se despidiera con tono divertido:

—*Ngwanu*. Buenas noches.

Olanna colgó el teléfono. Tendría que haberse imaginado que Richard no le había dicho nada a Kainene: hubiera puesto en peligro su relación con ella. Y tal vez fuera mejor que no volviera a visitarlos.

Amala tuvo una niña. Era sábado y Olanna estaba preparando buñuelos de plátano con Ugwu, y cuando sonó el timbre ella supo enseguida que era un mensaje de mama.

Odenigbo se acercó a la puerta de la cocina con las manos en la espalda.

—*O mu nwanyi* —dijo en voz baja—. Ayer tuvo una niña.

Olanna no levantó la vista del cuenco con el plátano triturado porque no quería que Odenigbo le viera la cara. No sabía hasta qué punto se había alterado su semblante, si expresaría la mezcla de sentimientos que la invadía, el deseo de llorar, de abofetearlo y mostrarse fuerte al mismo tiempo.

—Esta tarde iremos a Enugu para comprobar que todo ha ido bien —dijo Olanna en tono enérgico, y se levantó—. Por favor, Ugwu, acaba tú.

—Sí, *mah*.

Ugwu la estaba observando; sobre ella recaía la responsabilidad de una actriz cuya familia espera presenciar su mejor actuación.

—Gracias, *nkem* —dijo Odenigbo.

La rodeó con el brazo pero ella lo apartó.

—Voy a darme un baño rápido.

En el coche, permanecieron en silencio. Él la miraba con frecuencia, como si quisiera decirle algo y no supiera bien por dónde empezar. Ella mantenía la vista fija hacia delante; sólo lo miró una vez, y se percató de la poca firmeza con que asía el volante. Se sentía moralmente superior a él. Tal vez aquella superioridad fuera infundada y falsa, pero era la única forma que encontraba de dar coherencia a sus sentimientos enfrentados, ahora que la hija de él con una extraña había nacido.

Finalmente, Odenigbo habló tras aparcar delante del hospital.

—¿En qué piensas? —preguntó.

Olanna abrió la puerta del coche.

—En mi prima Arize. No lleva ni un año casada y ya está desesperada por quedarse embarazada.

Odenigbo no dijo nada. Mama se encontró con ellos en la puerta de la sala de maternidad. Olanna esperaba que estuviera dando saltos de alegría y que la mirara con expresión burlona; sin embargo, su rostro arrugado mostraba un gesto adusto y la sonrisa al abrazar a Odenigbo era forzada. Un fuerte olor a hospital impregnaba el ambiente.

—Mama, *kedu*? —saludó Olanna. Quería dar a entender que llevaba las riendas y que era ella quien decidiría cómo proceder.

—Estoy bien —dijo mama.

—¿Dónde está el bebé?

Mama pareció sorprendida por su aire resuelto.

—En la sala de recién nacidos.

—Vamos primero a ver a Amala —dijo Olanna.

Mama los llevó hasta un cubículo. La cama estaba cubierta con una sábana amarillenta y Amala estaba acostada de cara a la pared. Olanna apartó la vista del vientre algo hinchado de la muchacha: la idea de que hubiera llevado en su seno un hijo de Odenigbo le resultaba de pronto insoportable. Fijó la mirada en las galletas, el botecito de glucosa y el vaso de agua que había sobre la mesilla.

—Amala, han venido a verte —dijo mama.

—Buenas tardes, *nno* —saludó Amala sin volverse a mirarlos.

—¿Cómo estás? —preguntaron Odenigbo y Olanna casi a la vez.

Amala musitó algo a modo de respuesta. Continuaba mirando a la pared. En el silencio que siguió, Olanna oyó pasos rápidos fuera en el pasillo. Hacía meses que sabía que aquel día iba a llegar, y aun así, al mirar a Amala, sentía un vacío grisáceo. Una parte de ella había deseado que aquel día no llegara nunca.

—Vamos a ver a la niña —dijo.

Cuando ella y Odenigbo se dispusieron a marcharse, notó que Amala no se volvía, no se movió, no hizo nada por demostrar que la había oído.

En la sala de recién nacidos, una enfermera le pidió que esperaran sentados en uno de los bancos alineados contra la pared. Por las rendijas de la persiana, Olanna vio la cantidad de cunas y niños llorando que había allí dentro, y pensó que la enfermera podría confundirse y traerles otro bebé. Pero era evidente que no se había equivocado; la cabeza cubierta de pelo delicadamente rizado, la piel oscura y los ojos muy separados resultaban inconfundibles. Sólo tenía dos días y ya se parecía a Odenigbo.

La enfermera quiso entregarle a la niña, envuelta en una mantita blanca de lana, pero Olanna señaló hacia Odenigbo:

—Que la coja su padre.

—Ya saben que la madre se niega a verla —dijo la enfermera al tenderle la niña al hombre.

—¿Qué? —exclamó Olanna.

—No ha querido saber nada de ella. La alimenta una nodriza.

Olanna miró a Odenigbo, que sujetaba al bebé con los brazos extendidos, como si necesitara mantener cierta distancia. La enfermera estaba a punto de añadir algo cuando entró una pareja y la mujer se alejó a toda prisa en dirección a ellos.

—Mamá me lo acaba de decir —explicó Odenigbo—. Amala no va a quedarse con la niña.

Olanna no dijo nada.

—Tengo que ir a ver cuánto sube la factura —dijo en tono de disculpa.

Olanna tendió los brazos y, en cuanto Odenigbo posó en ellos al bebé, empezó el llanto agudo. Desde la otra punta de la sala, la enfermera y la pareja la miraban, y

Olanna estaba segura de que notaban que no sabía qué hacer con un bebé berreante en brazos, que era incapaz de quedarse embarazada.

—¡Chsss, chsss!, O *zugo!* —susurró convencida de parecer un poco teatral.

Pero la pequeña seguía con la boca abierta y crispada, y el llanto era tan estridente que Olanna se preguntó si podría resultar perjudicial para un cuerpo tan diminuto. Introdujo el meñique en el puño del bebé. Poco a poco, el llanto cesó; sin embargo, la pequeña seguía con la boca abierta y dejaba al descubierto las encías sonrosadas. Abrió con esfuerzo los ojos y se la quedó mirando. Olanna se echó a reír. La enfermera se le acercó.

—Ya es hora de que vuelva a la cuna —dijo—. ¿Cuántos tiene?

—No tengo hijos —respondió Olanna, satisfecha de que la enfermera hubiera creído que sí tenía.

Odenigbo volvió y se dirigieron juntos al cubículo de Amala, donde mama estaba sentada junto a la cama, sosteniendo un plato de loza tapado.

—Amala no quiere comer —dijo—. *Gwakwa ya.* Decidle que coma.

Olanna notó el azoramiento de Odenigbo antes de oírlo decir en voz demasiado alta:

—Tienes que comer, Amala.

Amala musitó algo ininteligible. Al final, se volvió y Olanna le vio la cara: una simple muchacha aldeana que yacía enroscada en la cama como si la horrorizara que la vida pudiera volver a golpearla con tal violencia. No miró a Odenigbo ni una sola vez. Seguro que lo que sentía al pensar en él era pavor. Tanto si mama le había ordenado que fuera a su habitación como si no, Amala no se habría negado a acostarse con él porque ni siquiera se le habría ocurrido que pudiera negarse. Odenigbo se le habría insinuado en estado ebrio y ella se habría sometido de forma inmediata sin oponer resistencia. Él era el señor, hablaba inglés y tenía coche. Las cosas funcionaban así.

—¿Has oído lo que te ha dicho mi hijo? —insistió mama—. Tienes que comer.

—Ya lo he oído, mama.

Amala se incorporó y cogió el plato de loza con la vista fija en el suelo. Olanna la observaba. Tal vez lo que sentía por Odenigbo fuera odio. ¿Cómo se puede saber los verdaderos sentimientos de aquellos que no tienen voz? Olanna se acercó a la chica, pero no sabía muy bien qué decirle, así que cogió el botecito de glucosa, lo examinó y volvió a dejarlo en su sitio. Mama y Odenigbo habían salido de la habitación.

—Nos vamos —dijo al fin.

—Cuídense —dijo Amala.

Olanna quería decirle algo pero no encontraba las palabras, así que le dio una palmada en el hombro y salió del cubículo. Odenigbo y mama estaban hablando junto a un surtidor de agua, tanto tiempo que a Olanna empezaron a picarle los mosquitos mientras esperaba fuera; al final, se subió al coche y tocó el claxon.

—Lo siento —se disculpó Odenigbo al entrar en el vehículo.

No le dijo de qué había hablado con su madre hasta que una hora más tarde cruzaron la verja del campus de Nsukka.

—Mamá no quiere quedarse con la niña.

—¿Que no quiere quedarse con la niña?

—No.

Olanna sabía por qué.

—Quería un niño.

—Sí. —Odenigbo retiró una mano del volante para bajar más la ventanilla. Olanna experimentaba un placer culpable ante la capa de humildad con que Odenigbo se había envuelto desde que Amala diera a luz—. Hemos decidido que se la quede la familia de Amala. El próximo fin de semana iré a Aba a hablar con ellos y...

—Nos la quedaremos nosotros —dijo Olanna.

Ella misma se sorprendió de la claridad con que había expresado su deseo de quedarse la criatura y de lo acertada que le resultaba tal decisión. Era como si fuese lo que siempre había querido.

Odenigbo se volvió a mirarla con los ojos muy abiertos tras los cristales de sus gafas. Conducía a una velocidad tan reducida al pasar por encima de un resalto, Olanna pensó que se le calaría el coche.

—Lo más importante para mí es nuestra relación, *nkem* —dijo con suavidad—. Tenemos que tomar la mejor decisión para nosotros.

—No pensaste en nosotros cuando la dejaste embarazada —le espetó Olanna sin poder reprimirse; odiaba la malicia de su propio tono y el resentimiento que volvía a invadirla.

Odenigbo aparcó el coche en el garaje. Parecía cansado.

—Podemos pensarlo.

—Nos la quedaremos —dijo Olanna con decisión.

Criaría a una hija, la hija de Odenigbo. Compraría libros sobre cómo ser madre, buscaría a una nodriza y decoraría el dormitorio. Aquella noche no paró de dar vueltas en la cama. No sentía lástima por la niña. Al contrario, al sostener aquel cálido cuerpo diminuto había experimentado la certeza de que lo ocurrido, aunque nadie lo hubiera planeado así, había adquirido desde el primer momento el sentido que debía tener. Aunque la madre de Olanna no opinó lo mismo. Cuando se lo explicó al día siguiente por teléfono, el tono de su madre era grave, solemne, el mismo tono que se usaría para hablar de alguien que había muerto.

—*Nne*, pronto tendrás a tu propio hijo. No está bien que críes a la hija de esa chica a la que dejó embarazada en cuanto te diste media vuelta. Criar a un hijo es algo muy serio, cariño, pero en este caso no es lo que te corresponde hacer.

Olanna sostuvo el auricular y se quedó mirando las flores de la mesa de centro. Una de ellas se había marchitado; le parecía raro que Ugwu se hubiera olvidado de quitarla. Lo que su madre decía era cierto, pero aquella niña era como siempre había imaginado que sería la hija que habría querido tener con Odenigbo, con su pelo

poblado, los ojos muy separados y las encías sonrosadas.

—Su familia te traerá problemas —dijo la mujer—. Y su madre también.

—No quiere a la niña.

—Entonces dásela a su familia. Envíales lo que necesiten, pero déjala allí.

Olanna suspiró.

—*Anugo m.* Volveré a pensarlo.

Colgó el teléfono y volvió a descolgarlo, y le indicó a la operadora el número de Kainene en Port Harcourt. La mujer, en tono cansino, se lo hizo repetir unas cuantas veces y se rió tontamente antes de establecer la conexión.

—Qué generoso por tu parte —opinó Kainene cuando se lo contó.

—No lo hago por generosidad.

—¿La adoptaréis formalmente?

—Sí, creo que sí.

—¿Y qué le dirás?

—¿Qué le diré?

—Sí, cuando sea mayor.

—La verdad: que Amala es su madre. Y haré que me llame «mami Olanna» o algo parecido para que pueda llamar «mamá» a Amala si algún día se presenta.

—Haces todo esto para complacer a tu amante revolucionario.

—No.

—Siempre haces las cosas por los demás.

—No lo hago por él. No ha sido idea suya.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque la pobre está indefensa. Al verla tuve la sensación de que ya la conocía.

Kainene se quedó callada un momento. Olanna jugueteaba con el cable del teléfono.

—Creo que es una decisión muy valiente —concluyó Kainene.

Aunque Olanna la oyó claramente, le preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Que eres muy valiente al hacer algo así.

Olanna se recostó en la silla. Kainene nunca le había dado su aprobación, y fue una sensación muy dulce que le otorgara un voto de confianza, le pareció un buen presagio. De pronto su decisión se hizo definitiva: se llevaría al bebé a casa.

—¿Vendrás al bautizo? —preguntó Olanna.

—Aún no he estado en ese infierno polvoriento en el que vives, así que es posible.

Olanna colgó el teléfono sonriente.

Mama trajo al bebé envuelto en un chal marrón que despedía un desagradable olor a *ogiri*. Se sentó en el salón y arrulló a la niña hasta que Olanna salió a recibirlas. Entonces se levantó y se la entregó.



—*Ngwanu*. Volveré a Visitaros dentro de poco —dijo. Parecía tener prisa por terminar con todo aquel incómodo asunto.

Cuando se hubo marchado, Ugwu observó al bebé con expresión algo preocupada.

—Mama dice que el bebé se, parece a su madre. Que es ella que ha vuelto.

—Las personas a veces se parecen, Ugwu, pero eso no quiere decir que se reencarnen.

—Sí que se reencarnan, *mah*. Todos volveremos.

Olanna le indicó con un gesto de la mano que se marchara.

—Tira ese chal a la basura. Huele fatal.

La niña estaba llorando. Olanna la acalló y la bañó en una palangana pequeña. Luego miró el reloj, preocupada porque la nodriza, una mujerona que la tía de Ugwu había localizado, llegaba tarde. Más tarde, cuando la nodriza hubo amamantado a la niña y ésta se quedó dormida en la cuna que habían colocado junto a su cama, Olanna y Odenigbo la contemplaron. Tenía la piel de un marrón radiante.

—Es igual de peluda que tú —observó Olanna.

—A veces, al mirarla, me odiarás.

Olanna se encogió de hombros. No quería que Odenigbo creyera que hacía todo aquello por él, como un favor hacia él; más bien lo hacía por ella misma.

—Ugwu dice que tu madre fue a ver a un *dibia* —dijo.

—¿Qué?

—Ugwu cree que todo esto ha ocurrido porque tu madre fue a ver a un *dibia* y te hechizó para que te acostaras con Amala.

Odenigbo guardó silencio un instante.

—Supongo que es de la única forma que puede comprenderlo.

—El hechizo tendría que haber servido para que naciera el niño que ella tanto deseaba, ¿no? Es todo tan irracional.

—No más que el hecho de creer en un Dios cristiano al que no puedes ver.

Olanna estaba acostumbrada a sus burlas bienintencionadas sobre su fe en el servicio social; tendría que haberle respondido que no estaba segura de creer en aquel Dios invisible, pero aquel ser indefenso y totalmente dependiente que dormía en la cuna le parecía una prueba de la existencia de una fuerza superior. Las cosas habían cambiado.

—Pues yo creo —dijo—. Creo en un Dios bueno.

—Yo no creo en ningún dios.

—Ya lo sé. No crees en nada.

—En el amor —dijo mirándola—. Creo en el amor.

Olanna no quería reírse, pero no pudo evitarlo. Iba a decirle que el amor también era algo irracional.

—Tenemos que ponerle nombre.

—Mamá la llama Obiageli.

—No podemos llamarla así. —Su madre no tenía derecho a poner nombre a una niña que había rechazado—. La llamaremos Bebé hasta que encontremos el nombre perfecto. Kainene me sugirió Chiamaka. Siempre me ha gustado mucho ese nombre: «Dios es hermoso». Ella será la madrina. Tengo que ir a ver al padre Damián para hablar del bautizo.

Iría de compras a Kingsway. Pediría que le trajeran una nueva peluca de Londres. Estaba eufórica.

Bebé se removió en la cuna y Olanna sintió una nueva oleada de pánico. Contempló sus cabellos impregnados en aceite de baño Pears y se preguntó si sería capaz de criar a un hijo. Sabía que su respiración agitada era normal, que era habitual que un bebé jadeara mientras dormía, y aún así se preocupaba.

Ninguna de las veces que telefoneó a Kainene durante la tarde obtuvo respuesta. Tal vez se hubiera marchado a Lagos. Volvió a llamarla por la noche; cuando Kainene descolgó el auricular, le pareció que tenía la voz ronca.

—*Ejima m* —respondió Olanna—. ¿Estás resfriada?

—Te has follado a Richard.

Olanna se levantó de golpe.

—Tú eres la buena. —Kainene controlaba sus palabras—. Y la buena no tendría que follarse al novio de su hermana.

Olanna se arrellanó de nuevo en el puf y se dio cuenta de que lo que en realidad sentía era alivio. Kainene lo sabía; ya no tendría que preocuparse por si se enteraba. Ahora era libre de sentir auténtico arrepentimiento.

—Tendría que habértelo dicho, Kainene —empezó—. No significó nada.

—Claro que no. Sólo sé trataba de follarte a mi novio.

—No era mi intención. —Olanna notó que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Kainene, lo siento muchísimo.

—¿Por qué lo hiciste? —La voz de Kainene denotaba una tranquilidad aterradora—. Tú eres la buena, la guapa, la preferida y la africanista acérrima a quien no le gustan los blancos; no tenías ninguna necesidad de follártelo. ¿Por qué lo hiciste?

Olanna se quedó casi sin aliento.

—No lo sé, Kainene, no fue algo premeditado. Lo siento mucho. Es imperdonable.

—Tienes razón, es imperdonable —dijo, y le colgó.

Al devolver el auricular a su sitio, Olanna sintió que se abría una profunda rasgadura en sus entrañas. Conocía muy bien a su hermana y sabía con qué fuerza se instalaba el dolor en su interior.

Richard tenía ganas de apalear a Harrison. Siempre le había horrorizado la costumbre de algunos colonos ingleses de azotar a sus criados negros de avanzada edad. Sin embargo, ahora tenía ganas de hacerlo él también. Estaba deseando obligarlo a tumbarse boca abajo y azotarlo sin tregua hasta que aprendiera a cerrar la boca. No tendría que haberlo llevado con él a Port Harcourt. Pero iba a estar fuera una semana y no quería dejarlo solo en Nsukka. El primer día, como para justificar su presencia, el hombre decidió preparar una comida muy elaborada: sopa de champiñones y alubias, puré de papaya, pollo en salsa cremosa con verduritas y tarta de limón.

—Está riquísimo, Harrison —dijo Kainene, con un brillo socarrón en los ojos.

Estaba de buen humor; en cuanto llegaron, había abrazado a Richard y había hecho como que bailaba con él dando vueltas sobre el lustroso suelo del salón.

—Gracias, señora. —Harrison le hizo una reverencia.

—¿En casa también cocinas así?

Harrison pareció ofenderse.

—En casa no cocino, señora. Mi esposa prepara comida nativa.

—Claro.

—Preparo todo tipo de platos europeos, cualquier cosa que el señor come en su país.

—Entonces debe de costarte mucho comer comida nativa cuando estás en casa.

—Kainene puso énfasis en la palabra «nativa» y Richard tuvo que contener la risa.

—Sí, señora. —Harrison hizo otra reverencia—. Pero tengo que aguantarme.

—Esta tarta está más rica que la que comí la última vez que estuve en Londres.

—Gracias, señora. —Harrison sonrió satisfecho—. El señor me cuenta que en casa del señor Odenigbo todo el mundo dice lo mismo. Solía prepararla para que el señor se la llevara, pero no voy a cocinar nada para ellos desde que el señor Odenigbo le gritaba a mi señor. Gritaba como un loco y todo el mundo en la calle lo oye. No tiene bien la cabeza.

Kainene se volvió hacia Richard enarcando las cejas, y a éste se le derramó agua del vaso.

—Voy por un trapo, *sah* —dijo Harrison, y Richard tuvo que contenerse para no saltarle al cuello.

—¿Qué está diciendo Harrison? —preguntó Kainene después de que hubieron recogido el agua derramada—. ¿El revolucionario te gritó?

Podría haberle mentido. Ni siquiera Harrison sabía por qué Odenigbo había entrado en su casa aquella noche y había empezado a gritar. Sin embargo no lo hizo; tenía miedo de no saber mentir y tener que acabar contándole la verdad, con la consecuente doble ofensa. Así que se lo explicó todo. Le contó que Olanna y él habían bebido borgoña blanco, y cómo después lo había abrumado el arrepentimiento.

Kainene apartó el plato, apoyó los codos en la mesa y posó la barbilla en sus manos entrelazadas. Estuvo varios minutos sin decir nada y a Richard se le hicieron eternos. No era capaz de adivinar lo que expresaba su semblante.

—Espero que no me pidas que te perdone —dijo al final—. No hay nada más trillado.

—Por favor, no me echas.

Kainene lo miró sorprendida.

—¿Echarte? Sería demasiado fácil, ¿no crees?

—Lo siento, Kainene.

Richard se había vuelto transparente; Kainene lo estaba mirando, pero él sentía como si ella no viera más que la talla de madera que había colgada en la pared detrás de él.

—Así que deseabas a mi hermana. Qué poco original —dijo.

—Kainene —exclamó Richard.

La chica se levantó.

—¡Ikejide! —llamó—. Ven y llévate todo esto. —Estaban a punto de salir del comedor cuando sonó el teléfono. Kainene lo ignoró. Volvió a sonar varias veces hasta que al final lo cogió. Luego fue al dormitorio y dijo—: Era Olanna.

Richard se la quedó mirando con expresión suplicante.

—Sería algo perdonable con cualquier otra persona, pero con mi hermana no.

—Lo siento mucho.

—Dormirás en la habitación de invitados.

—Sí, sí, claro.

Richard no sabía qué pensamientos cruzaban por la mente de Kainene. Eso era lo que más lo asustaba, no tener ni idea de lo que pensaba. Ahuecó la almohada, colocó bien la manta y se sentó incorporado en la cama para intentar leer. Pero su cerebro estaba demasiado activo para poder relajarse. Le preocupaba que Kainene llamara a Madu y le explicara lo ocurrido. Madu se reiría y le diría: «Fue un error desde el principio. Déjalo, déjalo, déjalo». Al final, justo antes de quedarse dormido, le vinieron a la mente unas palabras de Moliere que le resultaron extrañamente reconfortantes: «La felicidad continua es aburrida; debe haber altibajos».

Por la mañana Kainene lo saludó con expresión estoica.

La lluvia repiqueteaba con fuerza en el tejado y el cielo encapotado proyectaba una luz pálida en el comedor. Kainene se sentó a tomar una taza de té y leer el periódico con la luz encendida.

—Harrison está haciendo tortitas —le dijo a Richard, y acto seguido volvió a concentrarse en el periódico.

Richard estaba sentado enfrente de ella sin saber muy bien qué hacer. La culpabilidad le impedía incluso servirse té. El silencio de ella y los ruidos y olores procedentes de la cocina le producían claustrofobia.

—Kainene —dijo—. ¿Podemos hablar, por favor?

Ella levantó la vista; lo primero que Richard notó fueron los ojos hinchados y muy irritados y luego el resentimiento furibundo en su mirada.

—Habla cuando yo quiera, Richard.

Richard bajó la cabeza como un niño al que acaban de regañar y volvió a pensar que iba a pedirle que desapareciera de su vida para siempre.

El timbre sonó antes del mediodía, y cuando Ikejide anunció que la hermana de la señora estaba en la puerta, Richard pensó que Kainene iba a ordenarle que se la cerrara en las narices. Pero no fue así. En vez de eso, le pidió que sirviera bebidas y se dirigió hacia el salón. Desde lo alto de la escalera, Richard trató de seguir la conversación. Oyó la voz llorosa de Olanna pero no logró entender lo que decía. Odenigbo habló muy poco y en un tono calmado inusual en él. Luego, Richard oyó la voz de Kainene, clara y tajante:

—Es absurdo que esperéis que vaya a perdonaros una cosa así.

Se hizo un silencio breve y a continuación alguien abrió la puerta. Richard se acercó corriendo a la ventana para ver el coche de Odenigbo que salía del recinto, el mismo Opel azul que había aparcado delante de su casa en la calle Imoke y del que irrumpió el fornido hombre vestido de forma impecable que empezó a gritarle: «¡Aléjate de mi casa! ¿Me entiendes? ¡Aléjate! ¡No se te ocurra volver a poner los pies allí!». Él se había quedado plantado delante del porche, pensando que Odenigbo iba a darle un puñetazo. Luego se dio cuenta de que no tenía ninguna intención de pegarle, tal vez por considerarlo indigno de ello, y la idea lo deprimió.

—¿Estabas escuchando a escondidas? —le preguntó Kainene al entrar en la habitación. Richard se apartó de la ventana, pero la chica no aguardó a que respondiera y prosiguió—: Me había olvidado del aspecto de luchador que tiene el revolucionario... pero de luchador fino.

—Si te pierdo nunca me lo perdonaré, Kainene.

Ella lo miró con rostro inexpresivo.

—Esta mañana he cogido el manuscrito de tu estudio y lo he quemado —dijo.

Richard notó que su pecho se henchía de una mezcla de emociones imposibles de nombrar. *El cesto de manos*, el conjunto de páginas que por fin confiaba en convertir en un libro, había quedado destruido. Nunca sería capaz de reproducir la energía que había brotado desbocada junto *con* las palabras. Pero no le importaba. Lo que de verdad importaba era que, al quemar el manuscrito, Kainene había expresado su intención de no acabar con aquella relación; no se habría molestado en herirlo si no pensara quedarse junto a él. Después de todo, tal vez no fuera un verdadero escritor. Había leído en alguna parte que para los auténticos escritores no había nada más importante que su arte, ni siquiera el amor.

## **6. El libro: *El mundo guardó silencio cuando morimos***

El escribe sobre el mundo que guardó silencio mientras morían los habitantes de

Biafra. Arguye que fue Gran Bretaña quien instigó ese silencio. Las armas y los consejos que los británicos dieron a Nigeria conformaron la postura de otros países. En Estados Unidos se consideraba que Biafra «formaba parte del ámbito de intereses de Gran Bretaña». El primer ministro de Canadá bromeó preguntando: «¿Dónde está Biafra?». La Unión Soviética envió técnicos y aviones a Nigeria, emocionada ante la oportunidad de ejercer influencia sobre África sin ofender a América ni a Gran Bretaña. Por su parte, Sudáfrica y Rodesia afianzaron su postura de la supremacía blanca ante la evidencia de que los gobiernos constituidos por negros estaban condenados al fracaso.

La China comunista denunció el imperialismo angloamericano —soviético, pero hizo muy poco por ayudar a Biafra. Los franceses vendieron algunas armas a Biafra, pero no le ofrecieron el reconocimiento que tanto necesitaba. Y muchos países del África negra temieron que la independencia de Biafra diera pie a más secesiones, y por eso apoyaron a Nigeria.

# **CUARTA PARTE**

## **FINALES DE LOS SESENTA**

Olanna daba un respingo cada vez que oía un trueno. Se imaginaba que tenía lugar otro ataque aéreo y que las bombas caían desde los aviones y explotaban en el recinto antes de que Odenigbo, Bebé, Ugwu y ella pudieran llegar hasta el bunker del final de la calle. A veces se figuraba que destruían el bunker y que ellos morían aplastados entre el amasijo de escombros. Odenigbo y algunos de los vecinos lo habían construido en una semana; después de cavar un foso de las dimensiones de un vestíbulo y cubrirlo con troncos de palmera y tierra, le dijo: «Ahora estamos a salvo, *nkem*. Ahora estamos a salvo». Pero cuando le mostró cómo bajar por los escalones irregulares, Olanna vio una serpiente enroscada en un rincón. Su piel negruzca destellaba, diminutos grillos saltaban por todas partes, y en el silencio del húmedo subterráneo, que le recordó a una tumba, se puso a chillar.

Odenigbo golpeó la serpiente con un palo y le dijo que se aseguraría de que la plancha de cinc cerrara mejor la entrada. Su serenidad la desconcertaba. El tono tranquilo con que se enfrentaba a las nuevas circunstancias de su vida la dejaban perpleja. Cuando los nigerianos cambiaron la moneda y Radio Biafra se apresuró a anunciar que también el nuevo país había creado su propia moneda, Olanna tuvo que hacer horas de cola en el banco, entre hombres que la acosaban y mujeres que la empujaban, hasta que consiguió cambiar su dinero nigeriano por flamantes libras biafreñas. Más tarde, durante el desayuno, sostuvo en alto el sobre que contenía los billetes y dijo:

—Esto es todo lo que tenemos en efectivo.

A Odenigbo parecía divertirse.

—Los dos ganarnos dinero, *nkem*.

—Éste es el segundo mes que la dirección nos retiene el salario —observó Olanna, y cogió la bolsita de té del plato de Odenigbo para introducirla en su taza—. Además, a lo que me pagan en Akwakuma no se le puede llamar ganar dinero.

—Pronto volveremos a disfrutar de la vida de antes, en una Biafra libre —aseguró, subrayando la frase habitual con el convencido tono de costumbre, y dio un sorbo a su té.

Olanna apoyó la taza contra la mejilla para entrar en calor y retrasar el momento de dar el primer sorbo al té flojo preparado con una bolsita reutilizada. Cuando él se levantó y la besó para despedirse, Olanna se preguntó por qué no le asustaba lo poco que tenían. Tal vez fuera porque no era él quien compraba en el mercado y no se daba cuenta de que cada semana una taza de sal costaba un chelín más, y que para poder vender los pollos los cortaban en trozos muy pequeños que aun así resultaban demasiado caros, y que ya nadie vendía sacos grandes de arroz porque nadie podía comprarlos. Aquella noche, Olanna permaneció en silencio mientras las embestidas de Odenigbo se hacían más intensas. Era la primera vez que se sentía lejos de él; mientras le susurraba al oído, ella lamentaba interiormente el poco dinero que tenían



en el banco de Lagos.

—*Nkem*, ¿estás bien? —preguntó Odenigbo, y se incorporó para mirarla.

—Sí.

Le rodeó el labio inferior con los suyos antes de acostarse a su lado hecho un ovillo y quedarse dormido. A Olanna sus ronquidos nunca le habían parecido tan broncos. Estaba cansado. Ella sabía que el largo camino a pie hasta la dirección general de recursos humanos y la tarea minuciosa y mecánica de compilar nombres y direcciones día tras día lo dejaban agotado, pese a la viveza que mostraba su mirada al volver a casa. Se había hecho militante del Cuerpo Agitador y, después del trabajo, se adentraban en las zonas más aisladas para educar a los habitantes. A menudo se lo imaginaba en medio de un grupo de personas absortas, ensalzando con su voz sonora la gran nación que llegaría a ser Biafra. Él visualizaba el futuro, y por eso Olanna no le decía que ella añoraba el pasado y que cada día recordaba con nostalgia algo diferente, el mantel del bordado plateado, su coche, las galletas rellenas de crema de fresa de *Bebé*. No le decía que, a veces, al contemplar a la niña mientras correteaba junto a sus amiguitos de las casas vecinas, le entraban ganas de abrazarla fuerte y pedirle perdón. Claro que *Bebé* no lo comprendería.

Cuando la señora Muokelu, la profesora del primer curso de primaria en Akwakuma, le contó lo de los niños a quienes los soldados obligaban a subir a un camión y los traían de vuelta ya de noche, con las palmas de las manos magulladas y ensangrentadas de machacar mandioca, le pidió a Ugwu que no perdiera nunca de vista a *Bebé*. De todas formas, no creía que los soldados pudieran sacar provecho de unos niños tan pequeños. Le preocupaban más los bombardeos. Por las noches tenía un sueño recurrente: se había olvidado de coger a *Bebé* en su afán por correr a ponerse a salvo en el bunker y, al salir después del bombardeo, tropezaba con un cuerpo infantil con el rostro tan quemado que no era capaz de distinguir si se trataba de ella. El sueño la obsesionaba. Hizo que *Bebé* aprendiera a ir sola hasta el refugio y también que Ugwu se acostumbrara a cogerla en brazos y salir corriendo. Le enseñó a la niña a cubrirse por si no le daba tiempo de llegar al bunker: tenía que tumbarse boca abajo y entrelazar las manos detrás de la cabeza.

Aun así, le preocupaba no haber hecho suficiente y que el sueño presagiara alguna negligencia por su parte que pudiera causar daño a *Bebé*. Cuando, al final de la temporada de las lluvias, la niña empezó a sufrir ataques de tos acompañados de estertor, Olanna se sintió aliviada. Por fin le ocurría algo. Si Dios era justo, las desgracias en tiempos de guerra serían mutuamente excluyentes; y, como *Bebé* estaba enferma, no podía resultar herida en un bombardeo. La tos era algo que Olanna podía remediar; un bombardeo, no.

Decidió llevar a *Bebé* al hospital Albratross. Ugwu apartó las hojas de palmera apiladas sobre el coche de Odenigbo, pero, cada vez que Olanna giraba la llave en el contacto, el motor empezaba a resollar y se paraba. Al final, Ugwu lo empujó y consiguió arrancarlo. Olanna condujo despacio y pisaba el freno cada vez que *Bebé*

empezaba a toser. En el puesto de control, donde había un enorme tronco atravesado en la carretera, les dijo a los miembros de la Defensa Civil que su hija estaba muy enferma. Ellos le expresaron su pesar y la dejaron pasar sin registrar el coche ni su bolso. El pasillo del hospital quedaba en penumbra y olía a orina y penicilina. Varias mujeres esperaban sentadas con un bebé en el regazo o de pie con el niño posado sobre la cadera, y sus charlas se mezclaban con el llanto infantil. Olanna se acordó del doctor Nwala, que había estado presente en su boda. Apenas había reparado en él hasta que terminó el bombardeo y él le dijo «Va a mancharse el vestido de barro», y la ayudó a levantarse, aún envuelta con la camisa de Okeoma. Les dijo a las enfermeras que era amiga suya.

—Es muy urgente —las instó en un inglés escueto y con la cabeza muy alta.

Una enfermera la llevó enseguida a su despacho mientras una de las mujeres que aguardaba en el pasillo empezó a insultarla:

—¡*Tufiakwa!* ¡Llevamos esperando desde que ha salido el sol!

¿Por qué no nos hacen caso, porque no hablamos con la nariz como los blancos?

El esbelto doctor Nwala se levantó del asiento y se acercó para estrecharle la mano.

—Olanna —la saludó, mirándola a los ojos.

—¿Cómo está, doctor?

—Voy tirando —dijo, y le dio una palmadita en el hombro a Bebé—. ¿Cómo estáis?

—Muy bien. Okeoma vino a vernos la semana pasada. —Sí, se quedó un día en mi casa.

Mantecía la mirada fija en ella, pero Olanna tenía la impresión de que no la escuchaba, de que no estaba allí. Parecía ausente.

—Bebé lleva varios días tosiendo —dijo alzando la voz.

—Vaya —exclamó, y se volvió hacia Bebé. Colocó el fonendoscopio sobre su pecho y masculló «*Ndo*» al tiempo que ella tosía. Cuando se dirigió al armario y buscó entre botellas y cajas de medicamentos, Olanna sintió lástima por él sin saber bien por qué. Pasó mucho tiempo rebuscando entre las pocas cosas que había.

—Le daré un jarabe para la tos, pero necesita antibióticos y me temo que se nos han terminado —dijo, volviéndose a mirarla con aquella extraña forma de clavar sus ojos en los de ella. Su expresión estaba llena de cansancio y melancolía. Olanna se preguntó si habría perdido a algún ser querido recientemente—. Te haré una receta y puedes probar con alguna de esas personas que comercian con medicamentos, pero tiene que ser alguien de confianza, claro.

—Claro —repitió Olanna—. Tengo una amiga, la señora Muokelu, que puede ayudarme.

—Muy bien.

—Venga a visitarnos cuando tenga tiempo —le dijo Olanna, y se levantó.

—Sí. —Le cogió la mano y la sostuvo durante un espacio de tiempo demasiado

largo.

—Gracias, doctor.

—¿Por qué? No puedo hacer gran cosa.

Señaló la puerta y Olanna entendió que se refería a las mujeres que esperaban en el pasillo. Al marcharse, dio un vistazo al armario de medicinas casi vacío.

Por la mañana, Olanna atravesó corriendo la plaza del pueblo de camino a la escuela de primaria Akwakuma. Siempre hacía lo mismo cuando llegaba a un espacio abierto: echaba a correr hasta que se encontraba de nuevo bajo las copas de los árboles que la protegerían en caso de un ataque aéreo. Algunos niños estaban bajo el mango del patio de la escuela, arrojando piedras a sus frutos. Olanna les grito:

—¡Venga, a clase! *Osiso!*

Los niños se dispersaron, pero enseguida volvieron a rodear el árbol y apuntar a los mangos. Se oyó un grito de alegría al derribar uno de los frutos, seguido de voces exaltadas al pelearse por decidir quién lo había hecho caer.

La señora Muokelu se encontraba en la puerta del aula y hacía sonar una campana. El vello hirsuto y oscuro de sus brazos y piernas, la pelusa del bigote, los pelillos rizados que salpicaban su barbilla y sus miembros gruesos y musculosos le hacían preguntarse a Olanna si no hubiera sido mejor que naciera hombre.

—¿Sabes dónde puedo comprar antibióticos, hermana? —le preguntó Olanna después de abrazarla—. Bebé tiene tos y en el hospital no quedan.

La señora Muokelu emitió un sonido con los labios fruncidos para indicar que estaba pensando. El rostro de Su Excelencia brillaba estampado en el mismo *boubou* que llevaba todos los días; solía decir que no pensaba ponerse otra cosa hasta que el Estado de Biafra quedara constituido por completo.

—Cualquiera te vende medicamentos, pero no puedes saber quién se dedica a mezclarlos con yeso en el patio de su casa y luego dice que es Nivaquina —dijo—. Dame el dinero y yo iré a ver a mama Onitsha. Ella es sincera. Te vendería hasta los calzoncillos sucios de Gowon si le pagas lo que valen.

—Deja que se quede con los calzoncillos, pero consigue que nos venda la medicina. —Olanna se reía.

La señora Muokelu sonrió y volvió a coger la campana.

—Ayer tuve una visión —dijo.

Era bajita y el *boubou* le quedaba demasiado largo; lo arrastraba al andar y Olanna temía que en cualquier momento tropezara con el bajo y se cayera.

—¿Y qué viste? —quiso saber Olanna.

La señora Muokelu siempre tenía visiones. En la última, había visto a Ojukwu en persona dirigiendo la batalla en el sector de Ogoja, lo cual significaba que el enemigo había sido totalmente expulsado en aquella zona.

—Los guerreros tradicionales de Abiriba utilizaron sus arcos y sus flechas para acabar con los vándalos en el sector de Calabar. *Imakwa*, los niños pasaban por

encima de sus huesos para ir al arroyo.

—¿De verdad? —dijo Olanna con expresión seria.

—Eso quiere decir que nunca tomarán Calabar —dijo la señora Muokelu, y empezó a tocar la campana.

Olanna observó los rápidos movimientos de su brazo masculino. Realmente no tenía nada en común con aquella profesora de primaria de Ezionwella, que apenas tenía estudios y creía en las visiones. No obstante, aquella mujer siempre le había resultado familiar y cercana. Y no tenía nada que ver con el hecho de que le trenzara el pelo, acudiera con ella a las reuniones de los Servicios de Mujeres Voluntarias y le enseñara cómo debía conservar la verdura, sino porque rezumaba intrepidez, una intrepidez que le recordaba a Kainene.

Aquella tarde, cuando la señora Muokelu le llevó las cápsulas antibióticas envueltas en papel de periódico, Olanna le pidió que entrara en casa y le mostró una fotografía de su hermana en la que aparecía sentada en la piscina con un cigarrillo en los labios.

—Es mi hermana gemela. Vive en Port Harcourt.

—¡Tu gemela! —exclamó la señora Muokelu, toqueteándose el medio sol amarillo de plástico que adornaba la cinta de su cuello—. Nunca dejo de maravillarme. No sabía que tuvieras una gemela, y, *nekene*, no os parecéis en nada.

—Tenemos la misma boca —dijo Olanna.

La señora Muokelu volvió a mirar la foto y negó con la cabeza.

—No os parecéis en nada —repitió.

Los antibióticos hicieron amarillear los ojos de Bebé. Mejoró de la tos, disminuyeron la congestión del pecho y los estertores, pero perdió el apetito. Esparcía *el garrí* por el plato y dejaba la papilla intacta durante horas hasta que se apelmazaba y quedaba hecha un emplasto. Olanna se gastó casi todo el dinero del sobre en comprar galletas y tofes con vistosos envoltorios a una mujer que comerciaba tras la línea enemiga, pero Bebé no hacía más que mordisquearlos. Al final, optó por sentarla en su regazo y meterle a la fuerza trozos de ñame machacado en la boca, y cuando Bebé se atragantó y empezó a llorar, Olanna tuvo que hacer esfuerzos para no prorrumpir también en llanto. Su mayor temor era que la niña muriera. Aquel miedo profundo teñía todos sus pensamientos y sus actos. Odenigbo se saltaba las actividades del Cuerpo Agitador y volvía a casa en cuanto podía; Olanna sabía que él compartía su miedo, pero nunca hablaban de ello, como si el hecho de expresarlo con palabras fuera a provocar la muerte inminente de Bebé. Hasta que una mañana en que ella contemplaba sentada cómo dormía la niña mientras Odenigbo se vestía para marcharse a trabajar, la voz del locutor de Radio Biafra resonó en la habitación.

Los estados africanos han sido víctimas de la conspiración imperialista británico-americana y han utilizado las recomendaciones de la comisión como pretexto para

ofrecer apoyo armamentístico masivo al inestable y neocolonialista gobierno títere de Nigeria...

—¡Cuánta razón tiene! —exclamó Odenigbo mientras se abrochaba la camisa con movimientos rápidos.

Bebé se removía en la cama. Sus mofletes habían desaparecido y sus rasgos presentaban un aspecto espectralmente adulto; con la carita chupada y huesuda. Olanna la observó.

—Bebé no lo superará —dijo en voz baja. Odenigbo dejó de vestirse y se volvió hacia ella. Apagó la radio, se acercó y apoyó la cabeza de Olanna contra su vientre. No dijo nada y su silencio pareció confirmar la muerte próxima de Bebé. Olanna se apartó de él.

—Es normal que no tenga apetito —dijo él al fin, aunque a su tono le faltaba la habitual certidumbre.

—¡Mira cuánto peso ha perdido! —exclamó Olanna.

—*Nkem*, tiene menos tos y pronto recobrará el apetito.

Empezó a peinarse. Olanna estaba enfadada con él por no decirle lo que esperaba oír, por no aceptar el destino inexorable y decirle que Bebé se recuperaría, por mantener la calma suficiente para seguir arreglándose para marcharse a trabajar. Su beso de despedida fue rápido, no la habitual presión prolongada contra sus labios, y ella también se lo reprochó. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Pensó en Amala. No habían vuelto a saber nada ella desde que la vieron en el hospital. Se preguntaba si debería decirle que Bebé estaba a punto de morir.

La niña se despertó y bostezó.

—Buenos días, mami Ola. —Incluso su voz era débil.

—Bebé, *ezigho nwa*. ¿Cómo estás? —Olanna la cogió en brazos, la abrazó, la besó en el cuello y se esforzó por contener las lágrimas. Su cuerpo era tan menudo, tan liviano...—. ¿Quieres comer un poco de papilla, mi niña? ¿Prefieres un trocito de pan? ¿Qué te apetece?

Bebé negó con la cabeza. Olanna estaba engatusando a Bebé para que tomara un poco de Ovaltine cuando apareció la señora Muokelu con un cesto de rafia y una sonrisa ufana.

—En Bishop Road han abierto un centro de ayuda humanitaria y me he pasado por allí a primera hora. Dile a Ugwu que traiga un cuenco.

Cuando lo tuvo delante, echó dentro unos polvos amarillos.

—¿Qué es eso? —preguntó Olanna.

—Yema de huevo desecada. —La señora Muokelu se volvió hacia Ugwu—. Fríela para dársela a Bebé.

—¿Frita?

—¿Es que no oyes bien? Mézclala con agua y fríela. *Osiso!* Dicen que a los niños les encanta.

Ugwu se volvió a mirarla con incredulidad antes de entrar en la cocina. La yema de huevo desecada, al freírse en el oscuro aceite de palma, adquirió un aspecto revenido y un color fuerte y desagradable. Sin embargo, Bebé dejó el plato vacío.

El centro de ayuda humanitaria había sido una escuela secundaria para chicas. Olanna pensó en cómo habría sido aquel recinto cerrado y cubierto de césped antes de la guerra, cuando las jovencitas acudían a sus clases de buena mañana y merodeaban cerca de la entrada a última hora de la tarde para encontrarse con los muchachos de la escuela pública superior. Estaba amaneciendo y la verja estaba cerrada. Una gran muchedumbre se aglomeraba ya en la puerta. Olanna se situó con torpeza entre la gran cantidad de hombres, mujeres y niños que parecían acostumbrados a esperar a que se abriera la verja oxidada para entrar a recoger la comida ofrecida por extranjeros desconocidos. Estaba desconcertada. Tenía la sensación de hacer algo indebido, deshonesto: esperaba recibir comida sin entregar nada a cambio. En el interior del recinto se veía a gente que iba y venía, mesas llenas de sacos de comida y un cartel que rezaba: «concilio mundial de iglesias». Algunas mujeres asían con fuerza sus cestas y miraban por encima de la verja mientras criticaban a los voluntarios por perder el tiempo. Los hombres hablaban entre ellos. El que parecía el mayor de todos llevaba un sombrero rojo con una pluma que indicaba que era el jefe de su clan. Por encima del guirigay, se oyó la voz estridente de un hombre joven que pronunciaba algo ininteligible, como un niño que estuviera aprendiendo a hablar.

—Tiene neurosis de guerra —musitó la señora Muokelu, como si Olanna no lo supiera.

Fueron las únicas palabras que la mujer pronunció. Se abrió paso poco a poco hasta la verja y le iba dando codazos a Olanna para que la siguiera. Alguien por detrás de ellas había empezado a relatar una victoria de Biafra en una batalla.

—Como os lo cuento, los soldados hausas se dieron media vuelta y echaron a correr, habían visto enfrente algo mucho más grande que ellos...

La voz se iba alejando mientras Olanna vio a un hombre que se acercaba decidido a la verja por el otro lado. Iba vestido con una camiseta que le quedaba holgada debido a su delgadez y llevaba un fajo de papeles. La camiseta tenía impreso en letras negras: «país del sol naciente». Caminaba muy erguido, dándose importancia. Era el supervisor.

—¡Orden! ¡Orden! —exclamó, y abrió la cancela.

La tumultuosa avalancha para entrar cogió a Olanna por sorpresa. La apretujaban por todas partes y se tambaleaba de un lado para otro. Parecía que hubieran planeado entre todos apartarla a empujones por no tratarse de uno de ellos. El fuerte codazo con que el anciano que estaba a su lado se abrió paso hacia el interior se le clavó dolorosamente en el costado. La señora Muokelu iba por delante y se abalanzaba hacia una de las mesas. El viejo del sombrero con la pluma se cayó, pero enseguida se levantó y continuó renqueante la carrera detrás de la multitud. A Olanna también le

sorprendieron los miembros de la milicia que agitaban largas varas en el aire mientras gritaban: «¡Orden! ¡Orden!», y las mujeres de expresión severa que inclinaban sus cucharones en las cestas que se iban abriendo frente a ellas y exclamaban: «¡Siguiente!».

—¡Ponte ahí! —le dijo la señora Muokelu cuando Olanna consiguió como pudo colocarse detrás de ella—. ¡Es la cola para la yema de huevo! ¡Ponte ahí! Ésta es para el pescado seco.

Olanna se puso en la cola y se contuvo para no darle un empujón a una mujer que pretendía apartarla a codazos. Dejó que se colara. La incongruencia de tener que hacer cola para mendigar comida la hacía sentirse incómoda, manchada. Cruzó los brazos, los dejó caer a los costados, y luego volvió a cruzarlos. Estaba llegando al final cuando se apercibió de que el polvo que echaban en bolsas y cuencos no era amarillo sino blanco. No era yema de huevo sino harina de maíz. La cola de la yema de huevo era la de al lado. Olanna se precipitó hacia allí justo cuando la mujer que la servía se levantó y gritó:

—¡Se ha terminado la yema de huevo! *Ogwula!*

Olanna fue presa del pánico. Salió corriendo detrás de la mujer.

—¡Por favor! —la llamó.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

El supervisor, que andaba cerca, se volvió a mirar a Olanna.

—Mi hija está enferma... —empezó Olanna.

La mujer la interrumpió al instante.

—Póngase en la cola para la leche.

—No, no. No quiere comer nada, sólo yema de huevo. —Olanna la aferró por el brazo—. *Biko*, por favor. Necesito yema de huevo.

La mujer se soltó el brazo, corrió hasta el edificio y cerró la puerta de golpe tras ella. Olanna se quedó parada. El supervisor, que aún la miraba, se abanicó con el fajo de papeles y le dijo:

—*Ehe!* La conozco.

Su cabeza calva y el rostro barbudo no le resultaban en absoluto familiares. Olanna se volvió con intención de alejarse, convencida de que era uno de aquellos hombres que decían conocerte sólo para intentar ligar.

—Yo la he visto antes —dijo, y se le acercó sonriente pero no lascivo como había esperado. Su rostro expresaba franqueza y alegría—. Fue hace unos años, en el aeropuerto de Enugu; yo iba a esperar a mi hermano, que volvía del extranjero. Usted estuvo hablando con mi madre. *I kasiri ya obi*. La tranquilizó cuando el avión aterrizó y no se detuvo de inmediato.

El recuerdo de aquel día en el aeropuerto acudió a su mente de forma muy vaga. Debía de hacer unos siete años. Recordó su acento rural, su entusiasmo nervioso, y que le había parecido más mayor de lo que ahora observaba.

—¿Eres tú? —preguntó—. Pero ¿cómo me has reconocido?

—Es imposible olvidar una cara como la suya. Mi madre siempre cuenta la historia de la hermosa mujer que la cogió de la mano. Todos mis familiares la conocen. Cada vez que alguien hace referencia al regreso de mi hermano, ella la saca a relucir.

—¿Y cómo está tu hermano?

El orgullo iluminó su rostro.

—Ahora ocupa un cargo de responsabilidad en la dirección. Él me consiguió este empleo.

A Olanna se le ocurrió de inmediato que tal vez pudiera ayudarla a conseguir un poco de yema de huevo. Pero lo siguiente que le preguntó fue:

—¿Está bien tu madre?

—Muy bien. Vive en Orlu con mi hermano. Al principio se puso muy enferma cuando veía que mi hermana mayor no volvía de Zaria; todos creíamos que esos animales le habrían hecho lo mismo que a las otras. Pero unos amigos hausas la ayudaron y al final consiguió regresar. Mi madre se recuperó. Se alegrará mucho cuando le diga que la he visto.

Hizo una pausa para mirar hacia una de las mesas de comida delante de la cual dos chicas se estaban peleando. Una de ellas dijo:

—Te digo que el pescado es mío.

La otra le contestó:

—*Ngwanu*, hoy vamos a morir las dos.

Se volvió de nuevo hacia Olanna.

—Deje que vaya a ver qué ocurre ahí. Pero espere cerca de la verja. Haré que alguien le lleve un poco de yema de huevo.

—Gracias.

Olanna se sintió aliviada por el ofrecimiento, aunque también incómoda. Se escondió detrás de la verja, como una ladrona.

—Okoromadu me ha pedido que le trajera esto —dijo una joven a su lado, y Olanna dio un respingo.

La mujer le colocó una bolsa en la mano y volvió dentro.

—Dele las gracias de mi parte —gritó Olanna.

Si la mujer la había oído, no se volvió. El peso de la bolsa que sostenía mientras esperaba a la señora Muokelu la alentaba. Más tarde, al contemplar a Bebé comérselo todo hasta dejar en el plato sólo la grasa que desprendía el aceite de palma, se preguntó cómo podía gustarle el sabor a plástico de la yema de huevo desecada.

La siguiente vez que Olanna fue al centro de ayuda humanitaria, Okoromadu estaba dirigiéndose a la multitud apiñada en la puerta. Algunas mujeres llevaban una estera enrollada debajo del brazo; habían pasado allí la noche.

—Hoy no tenemos nada. Han secuestrado el camión que traía las provisiones desde Awomama —explicó en el tono comedido de un político que se dirige a sus partidarios. Olanna lo observó. Notó que le gustaba aquello, el poder que otorgaba



saber si un grupo de personas iba a comer o no—. Llevaba escolta militar, pero los que lo han secuestrado eran soldados. Han interceptado el paso y se han llevado todo lo que había en el camión. Han llegado a apalear a los conductores. Vengan el lunes, tal vez podamos abrir.

Una mujer avanzó hacia él con paso enérgico y le arrojó a su bebé en los brazos.

—¡Pues quédeselo! ¡Dele de comer hasta que vuelvan a abrir! —exclamó, y se alejó. El bebé estaba muy flaco, con aspecto ictérico, y no paraba de berrear.

—*Bia nwanyi!* ¡Vuelva aquí! —Okoromadu sostenía al bebé con los brazos rígidos, alejado de sí.

Las otras mujeres del grupo empezaron a reprender a la madre: «¿Es que piensa deshacerse de su hijo?», «*Ujo anaghi atu gi?*», «¿Piensa burlarse de Dios?». Pero fue la señora Muokelu quien le arrancó el bebé de los brazos a Okoromadu y se lo devolvió a su madre.

—Tome a su hijo —le ordenó—. Él no tiene la culpa de que hoy no haya comida.

La multitud se dispersó. Olanna y la señora Muokelu andaban despacio.

—¿Quién sabe si es cierto que los soldados secuestraron el camión? —dijo la señora Muokelu—. ¿Quién sabe la cantidad de alimentos que se habrán quedado para venderlos? Nunca tenemos sal porque ellos se la quedan toda para comerciar.

Olanna pensaba en la forma en que la señora Muokelu había devuelto el bebé a su madre.

—Me recuerdas mucho a mi hermana —dijo.

—¿En qué?

—Es muy fuerte y no la asusta nada.

—En la foto que me enseñaste estaba fumando, como una prostituta. —Olanna se detuvo en seco y miró a la señora Muokelu—. No digo que sea una prostituta —se apresuró a corregir—, sólo digo que no es bueno que fume porque las mujeres que fuman son prostitutas.

Olanna se la quedó mirando un rato y descubrió algo malévolos en su barbilla y sus brazos peludos. Apretó el paso y caminó en silencio por delante de la mujer, y no se despidió de ella cuando giró hacia su casa. Bebé estaba sentada fuera junto a Ugwu.

—¡Mami Ola!

Olanna la abrazó y le atusó el pelo. La niña le cogía la mano y levantaba la cabeza para mirarla.

—¿Has traído yema de huevo, mami Ola?

—No, mi niña, pero pronto te traeré —dijo.

—Buenas tardes, *mah*. ¿Ha traído algo? —preguntó Ugwu.

—¿No ves que llevo la cesta vacía? —le espetó—. ¿Estás ciego o qué?

El lunes siguiente acudió sola al centro de ayuda humanitaria. La señora Muokelu no pasó a buscarla antes del alba, y tampoco se encontraba entre la muchedumbre. La

verja estaba cerrada con llave, el recinto se veía desierto, y esperó una hora hasta que la multitud empezó a dispersarse. El martes la verja seguía cerrada, y el miércoles tenía puesto un candado. No abrieron hasta el sábado, y Olanna se sorprendió de la facilidad con que entraba junto a la avalancha de gente, de la agilidad con que cambiaba de cola, esquivaba las varas de los milicianos y empujaba a los que la empujaban. Salía con dos pequeñas bolsas de harina de maíz, yema de huevo y dos trozos de pescado seco cuando vio llegar a Okoromadu. La saludó con la mano.

—¡Mujer hermosa! *Nwanyi orna!* —dijo.

Aún no sabía cómo se llamaba. Se acercó y le metió una lata de carne en la cesta, luego se alejó de forma apresurada como si no hubiera hecho nada. Olanna miró la lata alargada y roja y a punto estuvo de echarse a reír de puro e inesperado placer. La sacó de la cesta, la examinó y pasó la mano por el frío metal; cuando levantó la cabeza, el soldado que padecía neurosis de guerra la estaba observando. Tenía los ojos clavados en ella, mirándola sin ningún disimulo. Devolvió la lata de carne a la cesta y la cubrió con una bolsa. Se alegró de que la señora Muokelu no estuviera con ella, así no tendría que compartirla. Le diría a Ugwu que preparara un estofado y guardaría un poco para hacer sándwiches. Odenigbo, Bebé y ella tomarían el té al estilo inglés, acompañado de sandwiches de carne en conserva.

El soldado con neurosis la siguió fuera del recinto. Olanna apresuró el paso por el camino sin asfaltar que conducía a la calle principal, pero pronto se vio rodeada por cinco soldados con maltrechos uniformes. Empezaron a balbucear en voz muy alta y a señalar la cesta con movimientos convulsos. Olanna entendió parte de lo que decían:

—¡Tía!

—¡Hermana!

—¡Dame ahora!

—¡El hambre matará a todos!

Olanna aferró la cesta. La invadió un impulso infantil irrefrenable de echarse a llorar.

—¡Fuera! ¡Vamos, fuera!

Parecieron sorprendidos por su reacción y, por un momento, se quedaron quietos. Pero luego empezaron a avanzar todos a la vez, como si los dirigiera una voz interior. Se le echaban encima. Podían hacerle cualquier cosa: había algo desesperadamente desafortunado en ellos, en sus cerebros embotados por el estruendo de las bombas. El pánico de Olanna se convirtió en furia, una furia violenta que la envalentonaba. Se imaginó que se enfrentaba a ellos, que los estrangulaba, que los mataba. La lata de carne era suya. Sólo suya. Retrocedió un poco y, mientras, con un movimiento tan rápido que no captó hasta que fue demasiado tarde, el que llevaba una boina azul le cogió la cesta, se hizo con la lata de carne y echó a correr. Los demás lo siguieron. El último se la quedó mirando con la boca abierta, antes de darse media vuelta y echar a correr, aunque en sentido opuesto, alejándose del grupo. La cesta estaba tirada en el

suelo. Olanna lloraba en silencio por no haber podido conservar la lata. Recogió la cesta, sacudió la arena de una bolsa de harina de maíz y se marchó a casa.

Olanna y la señora Muokelu habían evitado todo contacto en la escuela durante casi dos semanas. Por eso se sorprendió la tarde en que, al volver a casa, se encontró a la maestra en la puerta con un cubo metálico lleno de cenizas.

La señora Muokelu se levantó.

—He venido a enseñarte a hacer jabón. ¿Sabes a cuánto están vendiendo una pastilla corriente?

Olanna se quedó mirando el *boubou* de algodón raído con el estampado brillante del rostro de Su Excelencia y comprendió que aquella lección no solicitada era un gesto de disculpa. Cogió el cubo lleno de cenizas y lo condujo al patio trasero. Después de que la señora Muokelu le explicara y demostrara cómo fabricar jabón, Olanna guardó la ceniza restante junto a la pila de bloques de cemento.

Cuando más tarde se lo contó a Odenigbo, éste cabeceó. Se encontraban debajo del techo de paja que cubría el porche, sentados en un banco de madera apoyado contra la pared.

—No tiene por qué enseñarte a fabricar jabón. De todas formas, no te imagino haciéndolo.

—¿Te parezco incapaz?

—Podría haberse disculpado y ya está.

—Creo que mi reacción fue exagerada por tratarse de Kainene. —Olanna se removió en el asiento—. Me pregunto si habrá recibido mis cartas.

Odenigbo no dijo nada. Le cogió la mano y ella se sintió agradecida por no tener que explicarle según qué cosas.

—¿Cuánto pelo tiene en el pecho la señora Muokelu? —preguntó—. ¿Lo sabes?

Olanna no estaba segura de a quién se le escapó la risa primero. La cuestión es que, de pronto, ambos se encontraron riéndose a carcajada limpia y estuvieron a punto de caerse del banco. En aquel momento, todo les parecía graciosísimo. Odenigbo comentó que el cielo estaba totalmente despejado, y Olanna respondió que hacía un tiempo perfecto para los bombarderos, y se echaron a reír. Pasó un niño que llevaba unos pantalones cortos con unos agujeros tan grandes que se le veían las escuálidas nalgas, y cuando los saludó apenas les dio tiempo de decir «Buenas tardes» antes de echarse a reír de nuevo. Seguían con las manos aferradas al banco y los rostros aún risueños cuando Special Julius entró en el recinto. Llevaba una brillante túnica de lentejuelas.

—¡He traído el mejor vino de palma que hay en Umuahia! Decidle a Ugwu que traiga copas —dijo, y dejó en el suelo un pequeño bidón.

Su presencia y sus prendas llamativas emanaban opulencia y optimismo, como si no hubiera problema que no fuera capaz de resolver. Cuando apareció Ugwu con las copas, Special Julius dijo:

—¿Os habéis enterado de que Harold Wilson está en Lagos? Ha venido con el ejército británico para acabar con nosotros. Dicen que ha traído dos batallones.

—Siéntate, amigo, y deja de decir tonterías —le dijo Odenigbo.

Special Julius se echó a reír y sorbió la bebida de manera ruidosa.

—Así que digo tonterías, *okwa ya?* ¿Dónde está la radio? Los de Lagos no van a proclamar al mundo entero que el primer ministro británico ha acudido para ayudarlos a matarnos, pero tal vez los locos de Kaduna sí.

Bebé salió.

—Buenas tardes, tío Julius.

—Bebé, Bebé. ¿Cómo va la tos? ¿Estás mejor? —Metió un dedo en el vino de palma y lo acercó a la boca de la niña— Esto te irá bien.

Bebé se pasó la lengua por los labios con placer.

—¡Julius! —lo reprendió Olanna.

Special Julius hizo un ademán para quitarle importancia.

—No subestimes el poder del alcohol.

—Ven a sentarte aquí conmigo, Bebé —dijo Olanna.

La niña llevaba el vestido raído de tanto ponérselo. Olanna la acomodó en su regazo y la sujetó fuerte. Por lo menos ya no tosía tanto y comía.

Odenigbo cogió la radio de debajo del banco. Un sonido estridente atravesó el aire; Olanna pensó que se trataba de la radio hasta que descubrió que era la alarma que avisaba de un ataque aéreo. Se quedó sentada en silencio. Un vecino exclamó:

—¡Un avión enemigo!

Al mismo tiempo, Special Julius gritó:

—¡A cubierto!

Y saltó la baranda del porche, derramando el vino de palma. Los vecinos empezaron a correr y a gritar frases que Olanna no entendía debido al sonido agudo y repetitivo que le taladraba la cabeza. Resbaló con el vino y se cayó de rodillas. Odenigbo la ayudó a levantarse, cogió a Bebé y salió corriendo. El bombardeo había empezado, y los proyectiles caían del cielo mientras Odenigbo mantenía levantada la plancha de cinc para que todos entraran en el bunker. Él fue el último en hacerlo. Ugwu asía una cuchara con restos de sopa. Olanna espantaba los grillos a manotazos; notaba la ligera humedad de las criaturas viscosas entre los dedos y siguió azotándose los brazos y las piernas aun cuando ya no tenía ninguno encima. La primera explosión se oyó lejana. La siguieron otras más cercanas y estruendosas, y la tierra tembló. A su alrededor, todo el mundo gritaba: «¡Señor! ¡Señor!». Le dolía la vejiga de llena que la tenía; le daba la impresión de que iba a explotarle y vaciarse de golpe, pero no de orina sino de las confusas oraciones que mascullaba. Contra ella se apretujaba una mujer que abrazaba a un niño más pequeño que Bebé. El refugio estaba oscuro, pero Olanna pudo ver las costras blanquinosas producidas por la tiña que presentaba el cuerpo de la criatura. Otra explosión hizo temblar la tierra. Luego, el ruido cesó. En el ambiente reinaba tal tranquilidad que al salir del refugio oyeron el

canto lejano de unos pájaros. El aire olía a quemado.

—¡Nuestro fuego antiaéreo ha respondido magníficamente! ¡O *di egwu!* — exclamó alguien.

—«¡Biafra ganará la guerra!»

Special Julius empezó a entonar la canción, y pronto casi todas las personas que había en la calle se unieron a él.

Biafra ganará la guerra.  
Carro blindado, bombardero,  
soldado, piloto:  
Ha enweghi ike imeri Biafra!

Olanna observó a Odenigbo cantar animadamente y trató de hacer lo mismo, pero las palabras tenían un regusto rancio en su boca. Le dolía mucho la rodilla. C cogió a Bebé de la mano y entró en casa.

Estaba bañando a la niña cuando la alarma sonó de nuevo. La sacó de la palangana y se la llevó desnuda del cuartito exterior habilitado como baño. Bebé casi se le escapa de la mano. El estruendo de los aviones y el sonido estridente del fuego antiaéreo le llegaba de arriba, de abajo, de los lados, haciendo que los dientes le castañetearan. Bajó como pudo al búnker sin hacer caso de los grillos.

—¿Dónde está Odenigbo? —le preguntó a Ugwu después de un rato, cogiéndolo del brazo—. ¿Dónde está el señor?

—Está aquí, *mah* —dijo Ugwu, y se volvió a mirar en derredor.

—¡Odenigbo! —llamó Olanna.

Pero no obtuvo respuesta. No recordaba haberlo visto bajar al bunker. Tenía que seguir todavía allí fuera. La explosión que siguió estalló tan fuerte en su oído que sintió como si se le hubiera reventado; estaba segura que si ladeaba la cabeza de su oreja caería algo semirrígido, un trozo de cartílago o algo así. Se aproximó a la salida. Tras ella, Ugwu llamaba:

—*Mah? Mah?*

Una vecina que vivía unas casas más abajo en la misma calle exclamó:

—¡Vuelva! ¿Adónde va? *Ebe ka I na-eje?*

Olanna los ignoró a ambos y trepó para salir del refugio.

El fulgor del sol era tan deslumbrante que Olanna se sintió mareada. Echó a correr con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho mientras gritaba:

—¡Odenigbo! ¡Odenigbo!

Al final lo vio, inclinado sobre alguien que yacía en el suelo. Olanna observó su torso desnudo y velludo, su nueva barba y las zapatillas agujereadas. De pronto, la idea de que pudiera morir, de que todos pudieran morir, le resultó tan asfixiante como un lazo alrededor del cuello, una zozobra que no la dejaba respirar. Se aferró a él con

fuerza. Una casa cercana estaba en llamas.

—*Nkem*, todo va bien —dijo—. Una bala lo ha alcanzado pero la herida parece superficial.

La apartó y volvió a inclinarse sobre el hombre, cuyo brazo estaba inmovilizando con su camisa.

Por la mañana, el cielo parecía un mar en calma. Olanna le dijo a Odenigbo que no fuera a trabajar; ella tampoco iría a la escuela y así podrían pasar el día juntos en el bunker. Él se echó a reír.

—No seas tonta.

—Nadie lleva a los niños al colegio —replicó.

—¿Y qué piensas hacer?

Su voz sonaba igual de relajada que habían sonado sus ronquidos durante la noche, mientras Olanna permanecía desvelada, sudorosa y oyendo en su interior el estruendo de las bombas.

—No lo sé.

Odenigbo la besó.

—Ve al refugio sólo si suena la alarma. No ocurrirá nada. Tal vez llegue un poco tarde, porque esta noche teníamos pensado ir a instruir a los vecinos de Mbaise.

Al principio le molestó su tono despreocupado, pero luego la tranquilizó. Ella creía lo que decía, pero el efecto de sus palabras sólo se prolongaba mientras él estaba presente. En cuanto se marchaba, Olanna se sentía vulnerable, desprotegida. No se bañó. Le daba miedo salir al retrete. Le daba miedo sentarse por si se dormía y la alarma la cogía desprevenida. Bebió un vaso tras otro de agua hasta que se le hinchó el vientre, pero seguía sintiendo la boca como si le hubieran extraído toda la saliva y a punto estuvo de asfixiarse a causa de las bocanadas de aire seco.

—Hoy nos quedaremos en el bunker —le dijo a Ugwu.

—¿En el bunker, *mah*?

—Sí, en el bunker. Ya me has oído.

—No podemos quedarnos allí, *mah*.

—¿Te parece que hablo con la boca llena? He dicho que nos quedaremos en el bunker.

Ugwu se encogió de hombros.

—Sí, *mah*. ¿Me llevo la comida de Bebé?

Olanna no respondió. Lo hubiera abofeteado si asomara en él un atisbo de sonrisa, porque podía ver en su rostro que le resultaba muy gracioso llevarse la papilla de Bebé en un plato y bajar arrastrándose hasta el fondo de un foso húmedo para pasar allí el día.

—Prepara a Bebé —le ordenó, y encendió la radio.

—Sí, *mah* —dijo—. O *nwere igwu*. Esta mañana he encontrado huevos de piojo en su pelo.

—¿Qué?

—Huevos de piojo. Pero sólo había dos y no he visto más.

—¿Liendres? ¿Qué dices? ¿Cómo puede tener piojos? La llevo siempre limpia. ¡Bebé! ¡Bebé!

Olanna atrajo a la niña hacia sí, le deshizo las trenzas y rebuscó en su pelo grueso.

—Debe de ser cosa dé esos vecinos con los que juegas. Van muy sucios. Van muy sucios.

Le temblaban las manos y tuvo que tirar con fuerza de un mechón de pelo para que no se le escurriera. Bebé rompió a llorar.

—¡Cállate! —le gritó.

Bebé se zafó del abrazo de su madre y corrió hacia Ugwu. Se quedó parada mirando a Olanna con expresión desconcertada, como si no la reconociera. De pronto, sonó el himno de Biafra en la radio y rompió el silencio.

Tierra del sol naciente, bien te amamos,  
querida patria de valientes héroes;  
la vida defendamos o muramos.  
Por lo amado luchamos si tú quieres;  
de enemigos el alma resguardamos  
mas, si el precio es la muerte, la afrontamos...

Se quedaron escuchando hasta el final.

—Llévatela fuera y quédate en el porche, pero estate atento —dijo Olanna al final con desaliento.

—¿No vamos al bunker?

—De momento, quédate con ella en el porche.

—Sí, *mah*.

Olanna sintonizó la emisora de radio. Pero era demasiado temprano para los informativos sobre la guerra, para los monólogos incendiarios sobre la grandeza de Biafra que tan desesperadamente necesitaba escuchar. La BBC retransmitía las últimas noticias: emisarios del Papa, de la Organización de África Unida y de la Commonwealth iban a visitar Nigeria para intentar restaurar la paz. Escuchó con apatía y apagó la radio al oír que Ugwu hablaba con alguien. Salió y vio a la señora Muokelu de pie detrás de Bebé, trenzándole el pelo suelto. Los mechones que le caían sobre los hombros presentaban un brillo grasiento, como si le hubiera aplicado demasiado aceite de semilla de palma.

—¿Tú tampoco has ido a la escuela? —preguntó Olanna.

—Sabía que los padres dejarían a sus hijos en casa.

—¿Y quién no lo haría? ¿Qué especie de campaña de bombardeo ininterrumpido es ésta?

—Es por la visita de Harold Wilson. —La señora Muokelu dio un resoplido—. Quieren impresionarle para que envíe al ejército británico.

—Special Julius dijo lo mismo, pero es imposible.

—¿Imposible? —La señora Muokelu sonrió como si Olanna no tuviera ni idea de lo que hablaba—. Por cierto, ¿sabes que ese Special Julius se dedica a vender salvoconductos falsos?

—Es un proveedor del ejército.

—No digo que no proporcione suministros, bastante escasos, al ejército, pero vende salvoconductos falsos. Su hermano tiene un cargo importante y hacen negocios juntos. Por su culpa todos esos sinvergüenzas andan por ahí merodeando con pases especiales. —La señora Muokelu terminó de trenzar un mechón y le dio una palmadita en el pelo a Bebé—. Su hermano es un criminal. Dicen qué consigue salvoconductos para dispensar del servicio militar a todos sus parientes, a todos los hombres de su *umunna*. Y no quieras saber lo que hace con las muchachas que andan por ahí en busca de viejecitos ricos. Dicen que se las lleva a la cama de cinco en cinco. *Tufia!* A los tipos como él habría que ejecutarlos en cuanto el Estado de Biafra quede formalmente constituido.

Olanna dio un respingo.

—¿Qué ha sido eso? ¿Un avión? ¿Ha sido un avión?

—¿Un avión? *Kwa?* —La señora Muokelu se echó a reír—. Algún vecino ha cerrado la puerta de golpe. ¿Te parece un avión?

Olanna se sentó en el suelo y estiró las piernas. El miedo la dejaba extenuada.

—¿Te has enterado de que derribamos un bombardero cerca de Ikot-Ekpene? —dijo la señora Muokelu.

—No, no lo había oído.

—¡Y lo hizo un civil con un rifle de caza! ¿Sabes? Los nigerianos son tan estúpidos que a los que trabajan para ellos se les contagia la estupidez. Son tan tontos que son incapaces de pilotar los aviones que les entregaron Inglaterra y Rusia, así que trajeron a pilotos blancos, pero ni siquiera ellos son capaces de apuntar correctamente. ¡Ja, ja, ja! ¡La mitad de las bombas no explotan!

—La otra mitad les basta para matarnos —dijo Olanna.

La señora Muokelu siguió hablando como si no hubiera oído a Olanna.

—Dicen que nuestro *bgbunigwe* les está metiendo en el cuerpo el miedo de Dios. En Afikpo sólo mató a unos centenares de hombres, pero el batallón nigeriano al completo se retiró aterrorizado. Nunca habían visto un arma como ésa. Y aún no saben lo que les tenemos guardado. —Se rió, agitó la cabeza y tiró del medio sol amarillo que lucía en el cuello—. Gowon los mandó para que bombardearan el mercado de Awgu en plena tarde, cuando más mujeres había vendiendo y comprando. No ha permitido que la Cruz Roja nos envíe comida, nos niega el *kpam-kpam* para que nos muramos de hambre. Pero no se saldrá con la suya. Si nos cayeran en las manos fusiles y aviones como a los nigerianos, esto se habría terminado hace tiempo



y ahora cada cual estaría en su casa. Pero venceremos. ¿Acaso Dios está durmiendo? ¡No! —La señora Muokelu se echó a reír.

La sirena empezó a sonar. Olanna llevaba tanto tiempo aguardando a oír su estridencia que un presentimiento la hizo estremecerse justo antes de que sonara. Se volvió hacia Bebé, pero Ugwu ya la había cogido y había salido corriendo hacia el bunker. Olanna oyó el sonido lejano de los aviones, como truenos de una tormenta en ciernes, y luego los fuertes estallidos espaciados del fuego antiaéreo. Antes de meterse en el bunker, levantó la cabeza y vio los reactores planear alarmantemente bajo, como halcones, rodeados de nubes de humo gris.

Más tarde, al salir de allí, alguien dijo:

—¡Han destruido la escuela!

—¡Los muy salvajes han bombardeado la escuela! —exclamó la señora Muokelu.

—¡Mirad! ¡Otro bombardero! —bromeó un joven señalando un buitre que volaba por encima de ellos.

Se unieron al grupo que corría hacia la escuela primaria Akwakuma. Se cruzaron con dos hombres que llevaban un cadáver carbonizado. El cráter abierto por las bombas, lo bastante grande para tragarse un camión, había dividido en dos la carretera de entrada al colegio. La cubierta del barracón había quedado reducida a un amasijo de madera, metal y tierra. Olanna no era capaz de reconocer su aula. Todas las ventanas habían quedado destrozadas, pero las paredes se mantenían en pie. Fuera, en el lugar donde sus alumnos solían sentarse a jugar, la metralla había abierto un elegante agujero en el suelo. Mientras ayudaba a sacar de allí las pocas sillas que podían salvarse, sólo pensaba en aquel boquete: en cómo era posible que el ardiente metal carnívoro recortara en el suelo figuras tan hermosas.

La alarma no sonó a primera hora de la mañana. Por eso, al oír el temible ruido de los bombarderos surgido de la nada mientras deshacía la harina de maíz para preparar la papilla de Bebé, Olanna pensó que había llegado el momento. Alguien iba a morir, o tal vez todos. La muerte era lo único que tenía sentido mientras permanecía encorvada bajo tierra y palpaba la tierra entre sus dedos a la espera de que aquel refugio también estallara por los aires. El ruido de las bombas se hacía más fuerte y más cercano. La tierra retumbaba. Por un momento, no sintió nada: flotaba y se alejaba de su interior. Siguió otra explosión y la tierra se estremeció, y uno de los niños desnudos que se arrastraban persiguiendo grillos empezó a reírse tontamente. Por fin cesaron los estallidos y la gente empezó a moverse alrededor de Olanna. Si ella hubiera muerto, si Odenigbo, Bebé y Ugwu hubieran muerto, el bunker seguiría oliendo a tierra recién arada y los grillos seguirían dando saltos. La guerra continuaría sin ellos. Olanna exhaló, llena de una rabia que bullía en su interior. Era la misma conciencia de intrascendencia, de insignificancia, la que la hacía pasar del miedo profundo a la furia extrema. Su vida era importante. Ya no podía seguir existiendo de aquella forma y aguardar la muerte con actitud pasiva. Aquellos vándalos no

volverían a condicionar su vida mientras Biafra combatía para ganar la guerra.

Fue la primera en salir del bunker. Había una mujer tendida en el suelo cerca del cadáver de un niño revolcándose sobre la tierra y llorando mientras gritaba:

—¡Gowon! ¿Qué te he hecho yo? ¡Gowon! *Olee ihe m mere gi?*

Unas cuantas mujeres la rodearon y la ayudaron a ponerse en pie.

—Deja de llorar, ya basta. ¿Qué van a hacer —le decían— tus otros hijos sin ti?

Olanna se dirigió al patio trasero y empezó a sacar cenizas de un cubo metálico. Encendió una hoguera que la hizo toser; el humo le irritaba la garganta.

Ugwu la observaba.

—*Mah*, ¿quiere que lo haga yo?

—No.

Disolvió la ceniza en una palangana de agua fría y empezó a remover con tal fuerza que la mezcla le salpicaba las piernas. Colocó la masa pringosa en el fuego, sin hacer caso de Ugwu. El muchacho debió de percibir la ira que la invadía de pies a cabeza y le enrojecía el rostro, porque entró en la casa sin decir palabra. Procedentes de la calle, los plañidos de la mujer se repetían con voz más enronquecida y débil: «¡Gowon! ¿Qué te he hecho yo? ¡Gowon! *Olee ihe m meregi?*». Olanna echó un poco de aceite de palma en la mezcla una vez enfriada, y siguió removiendo hasta que los brazos empezaron a agarrotársele. Le resultaba agradable notar el sudor que le resbalaba bajo las axilas, la oleada de energía que hacía latir con fuerza su corazón, el olor característico de la pasta que resultaba de la mezcla fría. Formaba espuma. Había conseguido hacer jabón.

A la mañana siguiente, de camino a la escuela, Olanna no corrió al atravesar la plaza. La prudencia había dejado de tener sentido para ella. Avanzaba con paso firme y a menudo levantaba la cabeza para ver si en el cielo despejado divisaba algún bombardero, porque se habría detenido para arrojarle piedras e improperios. Una cuarta parte de los alumnos asistió a clase. Les enseñó el significado de la bandera de Biafra. Se sentaron en tablones en el aula destechada y, bajo el tenue sol matutino, desplegó la bandera de Odenigbo y les explicó lo que simbolizaba cada cosa: el rojo representaba la sangre de los hermanos asesinados en el norte; el negro indicaba su duelo por ellos; el verde presagiaba la prosperidad de Biafra; y, por último, el medio sol amarillo naciente auguraba el glorioso futuro. Les enseñó a levantar la mano para saludar tal como hacía Su Excelencia y luego les pidió que copiaran los dibujos que ella había hecho de los dos dirigentes: Su Excelencia aparecía fornido, marcado con trazo grueso; en cambio, el cuerpo decrepito de Gowon apenas estaba perfilado.

Nkiruka, la más brillante de sus alumnas, sombreó el contorno de sus rostros y con unos pocos trazos añadió a Gowon una mueca y a Su Excelencia, una sonrisa.

—Quiero matar a todos los vándalos, señorita —dijo al entregarle el dibujo. Esbozaba la sonrisa de una niña precoz segura de haber dicho lo correcto.

Olanna se la quedó mirando sin saber qué decir.

—Nkiruka, vuelve a tu sitio —le ordenó al fin.

Lo primero que le contó a Odenigbo cuando éste llegó a casa fue lo frívola que había sonado la palabra «matar» en boca de aquella niña y lo culpable que la había hecho sentirse. Se encontraban en el dormitorio y la radio sonaba flojito; oyó la risa aguda de Bebé procedente de la habitación contigua.

—La niña no quiere matar a nadie, *nkem*. Sólo les has inculcado un sentimiento patriótico —dijo Odenigbo mientras se descalzaba.

—No lo sé.

Pero las palabras de Odenigbo la animaron, al igual que su mirada de orgullo. Estaba contento de oírla hablar con convicción de la causa. Al fin participaba como una igual en el esfuerzo que suponía aquella guerra.

—La Cruz Roja ha visitado hoy la dirección —dijo, y le mostró la pequeña caja de cartón que había llevado a casa.

Olanna la abrió y depositó en la cama los botes bajos y anchos de leche condensada, el bote alargado de Ovaltine y el paquete de sal. Aquello era todo un lujo. La voz vibrante del locutor de radio anunció que los aguerridos soldados de Biafra estaban expulsando a los vándalos en los alrededores de Abakaliki.

—Vamos a dar una fiesta —dijo Olanna.

—¿Una fiesta?

—Sí, una pequeña cena de celebración, como las de Nsukka.

—Pronto terminará todo esto, *nkem*, y podremos celebrar muchas fiestas en una Biafra libre.

A Olanna le gustó su forma de pronunciar «en una Biafra libre». Se levantó y lo besó con fuerza en los labios.

—Muy bien. Pero, mientras tanto, podemos dar una fiesta en tiempos de guerra.

—Apenas nos llega para comer.

—Tenemos más que suficiente para nosotros.

Los labios de él seguían pegados contra los de ella. De pronto, sus últimas palabras adquirieron un significado distinto. Olanna se apartó un poco y se quitó el vestido por la cabeza con un gesto sensual. Luego, le desabrochó los pantalones a Odenigbo. No le dejó quitárselos. Se dio la vuelta, se apoyó contra la pared y lo guió hasta su interior, excitada por su sorpresa, por la firmeza con que le sujetaba las caderas. Sabía que debía bajar la voz porque Ugwu y Bebé se encontraban en la habitación contigua; aun así, no era capaz de controlar sus propios gemidos, el placer primitivo que sentía invadirla a oleadas y que acabó con ambos apoyados contra la pared, jadeando entre risas.

Ugwu odiaba las provisiones de ayuda humanitaria. El arroz se pasaba enseguida, no tenía nada que ver con los granos alargados que comían en Nsukka; la harina de maíz formaba muchos grumos al deshacerla en agua caliente y la leche en polvo se quedaba apelmazada en el fondo de la taza. Sintió una gran repugnancia al coger un poco de yema de huevo con la cuchara. Resultaba difícil creer que aquellos polvos procedieran del huevo de una gallina de verdad. Echó una pequeña cantidad en la masa y la removió. Fuera había una olla al fuego, llena hasta la mitad de arena blanca; esperaría un poco más y echaría dentro la mezcla. Al principio, cuando la señora Muokelu le enseñó a Olanna aquella forma de cocer, se había mostrado escéptico; ya había tenido bastante con el jabón: la idea de elaborar aquella especie de masa marronosa que parecía diarrea infantil también había sido suya. Sin embargo, la primera pasta que Olanna coció con aquel método tenía buen aspecto. Ella se echó a reír y dijo que tal vez fuera un poco atrevido llamar pastel a aquella mezcla de harina, aceite de palma y yema de huevo desecada, pero que por lo menos había encontrado una buena manera de gastar la harina.

La Cruz Roja crispaba a Ugwu. Lo menos que podían hacer era preguntar a la población acerca de sus gustos antes de enviar tanta harina que no sabía a nada. Cuando abrieron el nuevo centro de ayuda humanitaria, al cual Olanna acudió con un rosario colgado al cuello porque la señora Muokelu le había dicho que los de Caritas eran más generosos con los católicos, Ugwu albergaba la esperanza de que la comida fuera mejor. Pero lo que llevaba a casa era lo de siempre, pescado seco aún más salado, y Olanna cantaba con expresión divertida la canción que había aprendido de las mujeres del centro.

Caritas, gracias,  
Caritas si anyi taba okporoko  
na kwashiorkor ga-ana.

Los días que volvía sin nada, no cantaba. Se sentaba en el porche, miraba al techo de paja y decía:

—Y pensar que antes tirábamos la sopa de carne cuando llevaba hecha un día. ¿Te acuerdas, Ugwu?

—Sí, *mah* —respondía el chico.

Ojalá le dejaran ir a él al centro de ayuda humanitaria. Sospechaba que Olanna, con su corrección y sus palabras en inglés, esperaba su turno hasta que ya no quedaba nada. Pero no podía ir porque ella no le permitía salir durante el día. Por todas partes se oían historias de reclutamientos forzosos. No ponía en duda el relato de que a un

muchacho de su calle se lo habían llevado a la fuerza una tarde, le habían rapado la cabeza y esa misma noche lo habían enviado al frente sin ningún tipo de entrenamiento. Pero pensaba que la reacción de Olanna era exagerada. Seguro que podía seguir yendo tranquilo al mercado y salir a por agua sin necesidad de levantarse antes del alba.

Oyó voces procedentes del salón. Special Julius hablaba casi tan alto como el señor. Les serviría el pastel y luego saldría a desherbar el pequeño huerto de vainas nudosas, o tal vez se sentara encima de la pila de bloques de cemento para observar la casa de enfrente por si Eberechi se dignaba salir y gritarle: «Vecino, ¿cómo estás?». Él agitaría la mano en alto y se imaginaría que la agarraba por las nalgas. Se sorprendía de lo feliz que se sentía cuando la chica lo saludaba. El pastel había quedado crujiente por fuera y esponjoso por dentro. Cortó unas porciones y las sirvió en platos. Special Julius y Olanna estaban sentados mientras el señor, de pie, gesticulaba al contarles cómo en el último pueblo que había visitado los nativos habían sacrificado una cabra frente al altar de *oyi* para mantener alejados a los vándalos.

—¡Una cabra entera! ¡Cuántas proteínas desperdiciadas! —dijo Special Julius, y se echó a reír.

El señor no se rió.

—No, no. No hay que subestimar el poder psicológico de actos como ése. Nunca se nos ocurrirá decirles que lo que tienen que hacer es comerse la cabra.

—¡Qué bien, pastel! —Special Julius hizo caso omiso de la cucharilla y se embutió el trozo entero en la boca—. ¡Está buenísimo! Ugwu, tienes que enseñar a mis criados, porque lo único que saben hacer con la harina es *chin-chin*, todos los días *chin-chin*, y del duro, sin ningún sabor. Van a acabar con mi dentadura.

—Ugwu hace auténticas maravillas con todo —dijo Olanna—. Podría dejar sin clientela a la dueña del Sol Naciente y acabar con su negocio.

El profesor Ekwenugo llamó a la puerta abierta y entró. Llevaba las manos envueltas con vendas de color crema.

—*Dianyi*, ¿qué te ha ocurrido? —le preguntó el señor.

—Sólo es una pequeña quemadura. —El profesor Ekwenugo se miró las manos vendadas, como si acabara de caer en la cuenta de que se había quedado sin uña larga que acariciar—. Tenemos entre manos algo muy grande.

—¿Te refieres al primer bombardero de Biafra? —bromeó Olanna.

—Algo muy grande que sólo el tiempo revelará —aseguró el profesor Ekwenugo con una sonrisa misteriosa. Comía de manera torpe; los trozos de pastel se le caían al suelo antes de llegar a la boca.

—Debería ser un detector de saboteadores —dijo el señor.

—¡Si! ¡Malditos saboteadores! —Special Julius hizo como que escupía—. Entregaron Enugu. ¿Cómo se puede dejar a los civiles que defiendan la capital con simples machetes? Así es también como se perdió Nsukka, retirándose sin ningún

motivo. ¿No estaba uno de los comandantes casado con una hausa? Seguro que le puso algo en la comida.

—Recuperaremos Enugu —dijo el profesor Ekwenugo.

—¿Y cómo podremos hacerlo, si los vándalos han tomado la ciudad? ¡Se han llevado hasta los asientos de los retretes! Me lo contó un hombre que logró escapar de Udi. Eligen las mejores casas y obligan a hijas y esposas a abrirse de piernas y guisar para ellos.

Imágenes de su madre, de Anulika y de Nnesinachi espatarradas debajo de algún sucio soldado hausa ennegrecido por el sol se presentaron de forma tan vivida en la mente de Ugwu que se estremeció. Salió al patio y se sentó sobre un bloque de cemento. Deseó desesperadamente poder volver a casa, aunque fuera un minuto, para asegurarse de que no les había ocurrido nada malo. Tal vez los vándalos habían llegado hasta allí y habían tomado la cabaña de su tía, con la cubierta de chapa de cinc ondulada. Quizá su familia hubiera huido llevándose las cabras y los pollos, como la riada de gente que se dirigía a Umuahia. Los refugiados: Ugwu veía cada día más y más, caras nuevas que llenaban las calles, el inodoro público, el mercado. Las mujeres llamaban continuamente a la puerta para preguntar si tenían trabajo para ellas a cambio de comida. Acudían con sus hijos flacos y desnudos. A veces Olanna les daba *garrí* remojado en agua fría antes de decirles que no podía ofrecerles trabajo. La señora Muokelu había dado cobijo a una familia de ocho miembros y llevaba a los niños a que jugaran con Bebé. Cada vez que lo hacía, Olanna le pedía a Ugwu que examinara bien el cabello de la niña por si tenía alguna liendre. Los vecinos acogían a sus familiares. Los primos del señor pasaron unas semanas con ellos, durmiendo en el salón, hasta que se marcharon para enrolarse en el ejército. Había tanta gente desplazada, extenuada y sin hogar, que Ugwu no se sorprendió lo más mínimo la tarde en que Olanna anunció al llegar a casa que iban a convertir la escuela Akwakuma en un campo de refugiados.

—Ya han traído camas de bambú y utensilios de cocina. Y el nuevo director general de movilización vendrá la semana que viene. —La voz de Olanna denotaba cansancio. Retiró la tapa de la cazuela y observó las rodajas de ñame que había puesto a hervir.

—¿Qué pasará con los niños, *mah*?

—He hablado con la directora del colegio para ver si nos podíamos trasladar a algún sitio. Cuando se lo he dicho, se ha echado a reír. Somos los últimos. Todas las escuelas de Umuahia se han convertido en campos de refugiados o de instrucción. —Volvió a tapar la cazuela—. Daré las clases aquí, en el patio.

—¿Con la señora Muokelu?

—Sí, y contigo, Ugwu. Tú también darás una clase.

—Sí, *mah*. —La idea le entusiasmó y halagó—. *Mah*?

—Dime.

—¿Cree que los vándalos están en mi pueblo?

—Claro que no —respondió Olanna, tajante—. Tu pueblo es muy pequeño. Si van a alguna parte, será a la universidad.

—Pero si tuercen por Opi Road hacia Nsukka...

—¡Te he dicho que tu pueblo es muy pequeño! No les interesa para nada. No tienen ningún motivo para quedarse allí, sólo hay maleza.

Ugwu la miró, y ella a él. El silencio resultaba violento, acusatorio.

—Voy a venderle mis zapatos marrones a mama Onitsha y con lo que me dé le haré un vestido nuevo a Bebé —dijo Olanna finalmente, y Ugwu notó que su voz era forzada.

Se puso a fregar los platos.

Ugwu observó el Mercedes-Benz negro que se acercaba por la carretera. En la matrícula metálica podía leerse la palabra «director», que brillaba bajo el sol. Cuando se encontraba cerca de casa de Eberechi, aminoró la marcha, flamante y enorme, y a Ugwu le habría gustado que se detuviera para preguntarle dónde estaba la escuela y así poder echarle un buen vistazo al salpicadero. Pero no se limitó a detenerse un momento, sino que pasó por su lado y entró en el recinto. Un ordenanza vestido con un uniforme almidonado salió del vehículo y abrió la puerta trasera antes de que el coche estuviera parado del todo. Se cuadró y saludó al salir el director.

Era el profesor Ezeka. No parecía tan alto como Ugwu lo recordaba; había engordado un poco y su esbelto cuello se veía como hinchado. Ugwu se lo quedó mirando. Tenía un aire impecable, diferente, como denotaba el elegante corte de su traje, pero su expresión seguía siendo desdeñosa y su voz, áspera.

—Joven, ¿está el señor en casa?

—No, *sah* —dijo Ugwu. Cuando vivían en Nsukka, el profesor Ezeka lo llamaba Ugwu. Ahora parecía no acordarse de él—. Se ha marchado a trabajar, *sah*.

—¿Y la señora?

—Ha ido al centro de ayuda humanitaria, *sah*.

El profesor Ezeka le hizo un gesto al ordenanza para que le trajera un trozo de papel. Escribió una nota y se la tendió a Ugwu. Su bolígrafo plateado lanzaba destellos.

—Diles que ha venido a verlos el director general de movilización.

—Sí, *sah*.

Ugwu recordó su desagradable forma de escudriñar las copas cuando iba a verlos a Nsukka, el perpetuo cruce de sus piernas delgadas y su continuo desacuerdo con el señor. El coche siguió su marcha por la carretera muy despacio, como si el conductor supiera que todo el mundo los miraba. Eberechi cruzó y se acercó a Ugwu. Llevaba una falda ajustada que confería a sus nalgas una redondez perfecta.

—Vecino, ¿cómo estás? —lo saludó.

—Muy bien. ¿Y tú?

Se encogió de hombros para indicar que estaba regular.

—¿Era el director general de movilización el que acaba de salir?

—¿El profesor Ezeka? —preguntó Ugwu con aire despreocupado—. Sí; teníamos mucho trato con él cuando vivíamos en Nsukka. Venía cada día a casa a comer la sopa de pimentón que yo preparaba.

—¡Vaya! —Se rió y abrió mucho los ojos—. Ahora es un hombre importante. *Ihukwara moto*? ¿Has visto qué coche?

—Chasis original de importación.

Permanecieron un rato en silencio. Era la primera vez que hablaba tanto con ella y nunca la había tenido tan cerca. Le costaba no bajar la vista a la magnífica prominencia de sus nalgas. Se esforzó por centrarse en su rostro, sus ojos grandes, los granitos de su frente y el peinado en espiga adornado con hilo. La chica también lo observaba, y deseó no haber llevado aquellos pantalones agujereados en la rodilla.

—¿Cómo está la pequeña? —preguntó Eberechi.

—Bebé se encuentra bien. Está durmiendo.

—¿Vas a venir a ayudarnos con el techo de la escuela?

Ugwu sabía que un proveedor del ejército había donado planchas galvanizadas para reconstruir el techo de la escuela y que algunos voluntarios las estaban camuflando con hojas de palmera. Pero no tenía pensado unirse a ellos.

—Sí, iré —dijo.

—Entonces nos vemos allí.

—Adiós. —Ugwu esperó a que se diera la vuelta para poder contemplar su figura mientras se alejaba.

Cuando Olanna volvió a casa con la cesta vacía, leyó la nota del profesor Ezeka y esbozó una sonrisa.

—Ayer mismo nos dijeron que era el nuevo director. Es muy propio de él dejar una nota así.

Ugwu había leído la nota —«Odenigbo y Olanna, he pasado para saludaros. Volveré la semana que viene, si este trabajo tan tedioso me lo permite. Ezeka»—, pero aun así preguntó:

—¿Cómo, *mah*?

—Oh... siempre se ha sentido un poco por encima de los demás —Olanna dejó la nota sobre la mesa—. El profesor Achara nos ayudará a conseguir libros, bancos y pizarras. Muchas madres me han dicho que la semana que viene nos enviarán a sus hijos. —Se la veía emocionada.

—Eso está muy bien, *mah*. —Ugwu se balanceó de un pie a otro—. Voy a ayudar a reconstruir el techo de la escuela. Volveré para preparar la comida de Bebé.

—¡Ah! —dijo Olanna.

Ugwu sabía que tenía miedo de que lo reclutaran a la fuerza.

—Creo que es importante ayudar en este tipo de cosas, *mah* —añadió.

—Claro, claro. Tienes que ayudar. Pero, por favor, ten cuidado. Ugwu vio a Eberechi enseguida. Se encontraba junto a algunos hombres y mujeres inclinados



sobre una pila de hojas de palmera. Las cortaban, las enredaban para formar una maraña y se las entregaban a un hombre que estaba encaramado en una escalera de mano hecha de madera.

—¡Vecino! —lo llamó al verlo—. Le he dicho a todo el mundo que tu familia conoce personalmente al director.

Ugwu sonrió y dijo «Buenas tardes» en general. Los hombres y mujeres mascullaron a su vez «Buenas tardes», «Ehe», «Kedu» y «Nno», con el respeto y la admiración que suscitaba el hecho de saber con quién se relacionaba. Se sintió importante. Alguien le proporcionó un machete. Una mujer sentada en los escalones machacaba pepitas de melón, unas niñas jugaban a cartas bajo el mango y un hombre tallaba un bastón cuya empuñadura reproducía a la perfección el rostro barbudo de Su Excelencia. En el ambiente flotaba un vago olor a podrido.

—Imagínate vivir en un sitio así. —Eberechi se le acercó para susurrarle las palabras al oído—. Y va a venir mucha más gente ahora que ha caído Abakaliki. Ya sabes que desde que tomaron Enugu hay muchos problemas de alojamiento. Incluso gente que trabaja en la dirección duerme en el coche.

—Es cierto —convino Ugwu, aunque no lo sabía con seguridad.

Le encantaba que hablara con él, su amistosa familiaridad. Empezó a enmarañar hojas de palmera con gesto decidido. Alguien puso la radio que había en un aula: los aguerridos soldados de Biafra completaban una operación de limpieza en una zona que Ugwu no llegó a oír.

—¡Los nuestros les enseñarán lo que es bueno! —exclamó la mujer que machacaba pepitas de melón.

—Biafra va a ganar la guerra, Dios lo ha escrito en el cielo —dijo un hombre con una barba trenzada en un único y fino mechón, y que pronunció el nombre de la nación *con acento inglés*.

Eberechi empezó a reírse y le susurró a Ugwu:

—Pobre palurdo. No sabe que se pronuncia «Biafra» y no «Bayafra».

Ugwu también se rió. Grandes hormigas negras pululaban por las frondas de palma, y la muchacha soltó un chillido y lo miró con aire de indefensión cuando una le subió por el brazo. Ugwu la apartó de un manotazo y notó la calidez de su piel húmeda. Seguro que lo había hecho para que él la rozara; no parecía de esas chicas a las que asustan las hormigas.

Una de las mujeres llevaba a un niño recién nacido en la espalda. Se ajustó el pañuelo con que lo sujetaba y dijo:

—Volvíamos del mercado cuando descubrimos que los vándalos habían tomado el cruce de acceso y estaban bombardeando el pueblo. No pudimos regresar a casa. Tuvimos que dar media vuelta y echar a correr. Sólo llevaba esta túnica, la blusa y el poco dinero que había ganado vendiendo pimienta. No sé dónde están mis otros dos hijos; los dejé en casa para ir al mercado.

La mujer rompió a llorar. Las lágrimas repentinas y la forma en que caían a

chorro por sus mejillas sobresaltaron a Ugwu.

—Deje de llorar, señora —dijo el hombre del mechón de barba en tono seco.

La mujer siguió llorando. El bebé también empezó a llorar.

Cuando Ugwu llevó un montón de hojas junto a la escalera, se detuvo un momento para asomarse a un aula. Utensilios de cocina, esteras, cajas metálicas y camas de bambú se amontonaban de tal forma que parecía que aquello siempre hubiera sido un refugio para grupos de desplazados sin otro lugar adonde ir. En una pared había colgado un cartel que rezaba: «EN CASO DE ATAQUE AÉREO, QUE NO CUNDA EL PÁNICO. SI VEIS AL ENEMIGO, ACABAD CON ÉL». Otra mujer, también con un bebé a la espalda, lavaba mandioca pelada en una cazuela de agua mugrienta. Su bebé tenía el rostro crispado. Ugwu se quedó de piedra cuando, al acercarse, descubrió que el olor a podrido procedía de aquella agua: la habían usado para poner en remojo la mandioca, tal vez durante días, y ahora la estaban utilizando de nuevo. El olor era insoportable y se te metía dentro, como el hedor de un retrete sucio, de las judías hervidas rancias y de los huevos duros podridos.

Aguantó la respiración y volvió junto a las hojas de palmera. El hijo de la mujer que lloraba estaba mamando de uno de sus pechos nacidos.

—El pueblo no habría caído si no los hubieran ayudado algunos de los nuestros —dijo el hombre del mechón de barba—. Yo formaba parte de la Defensa Civil. Continuamente descubríamos infiltrados, y todos eran de Rivers. Os digo que no podemos fiarnos de esas minorías que no hablan igbo.

Hizo una pausa y se volvió al oír los gritos de algunos chicos que jugaban a la guerra en medio del patio de la escuela. Debían de tener unos diez u once años, llevaban hojas de plátano en la cabeza y empuñaban pistolas de caña de bambú. El arma de mayor tamaño pertenecía al comandante del ejército de Biafra, un niño alto y de aspecto grave, con pómulos prominentes.

—¡Adelante! —gritó.

Los niños avanzaron con cautela.

—¡Fuego!

Empezaron a arrojar piedras con amplios movimientos del brazo. Luego, aferraron las pistolas y se abalanzaron sobre el otro grupo de niños que representaba a los nigerianos, a los perdedores.

El hombre de la barba aplaudió.

—¡Estos niños son estupendos! ¡Sólo necesitan armas de verdad para hacer retroceder a los vándalos!

Más gente empezó a aplaudir y a aclamar a los muchachos. Durante un rato, todos se olvidaron de las hojas de palmera.

—Intenté varias veces alistarme en el ejército cuando empezó la guerra —explicó el hombre de la barba—. Fui a todas partes, pero me rechazaron por culpa de la pierna. Al final tuve que unirme a la Defensa Civil.

—¿Qué le pasó en la pierna? —le preguntó la mujer que machacaba pepitas de

melón.

El hombre la levantó. Le faltaba la mitad del pie y la parte que conservaba parecía un ñame seco y arrugado.

—Lo perdí en el norte —dijo.

En el silencio que siguió, sólo se oía el crujir demasiado ruidoso de las hojas de palmera. Entonces salió de una de las aulas una mujer que perseguía a una niña y le iba dando pescozones.

—¿Así que sólo has roto un plato? No... venga, rompe todos mis platos. ¡Rómpelos! *Kuwa ha!* Como tenemos tantos, ¿verdad? Nos hemos traído todos nuestros platos. ¡Anda, rómpelos! —gritaba.

La pequeña corrió hacia el mango. Antes de volver al aula, la madre se quedó un momento parada y empezó a mascullar que los espíritus que habían enviado a aquella niña para romperle los pocos platos que tenía no se saldrían con la suya.

—¿Y por qué no tendría la niña que romper un plato? ¿Qué comida piensa servir en ellos? —soltó con amargura la mujer que amamantaba a su hijo, aún gimoteante.

Ugwu y Eberechi se echaron a reír. La chica le susurró que lo más probable era que no hubieran aceptado al hombre de la barba en el ejército porque le apestaba el aliento. Ugwu se moría de ganas de darle un achuchón.

Se marcharon juntos, y Ugwu se volvió para asegurarse de que todo el mundo los viera juntos. Se cruzaron con un soldado que llevaba el uniforme del ejército de Biafra y un casco. Hablaba un inglés macarrónico que casi no se entendía y gritaba mucho. Al caminar se tambaleaba, parecía que fuera a caerse de un momento a otro. Uno de sus brazos acababa en un muñón por encima del codo. Eberechi se lo quedó mirando.

—Su familia no lo sabe —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Que su familia cree que está bien y que sigue luchando por la causa.

El soldado gritaba.

—¡No malgastéis municiones! ¡He dicho una bala por vándalo, y de efecto inmediato!

Mientras, los niños se apiñaban a su alrededor, lo insultaban, se burlaban de él y le llamaban de todo.

Eberechi aceleró el paso.

—Mi hermano se alistó en el ejército cuando empezó todo esto.

—No lo sabía.

—Sí. Sólo ha vuelto a casa una vez. Todos los vecinos acudieron a felicitarlo y los niños se peleaban por tocarle el uniforme.

No dijo nada más. Al llegar a la puerta de su casa, se dio media vuelta y se alejó.

—Mañana será otro día —se despidió.

—Hasta mañana —dijo Ugwu. Le habría gustado decirle más cosas.

Ugwu colocó tres bancos en el porche para la clase de Olanna y dos cerca de la entrada al recinto para la de la señora Muokelu. Su clase era la de los más pequeños, y para ellos colocó dos bancos cerca de la pila de bloques de cemento.

—Daremos clases de matemáticas, de inglés y de educación cívica todos los días —dijo Olanna a Ugwu y a la señora Muokelu un día antes de empezar las clases—. Tenemos que asegurarnos de que cuando acabe la guerra todos puedan integrarse sin problemas en una escuela normal. Les enseñaremos a hablar un inglés y un igbo perfectos, como Su Excelencia. Y les inculcaremos el orgullo por su gran nación.

Ugwu la observó; no sabía si tenía los ojos llorosos o si se trataba de un efecto del sol. Quería aprender tanto como fuera posible de ella y de la señora Muokelu para convertirse en un profesor excelente y demostrarle a Olanna su capacidad. Se encontraba apoyando la pizarra en un tocón el primer día de clase cuando una mujer, parienta de Special Julius, se acercó con su hija. Se quedó mirando a Ugwu.

—¿Es profesor? —preguntó a Olanna.

—Sí.

—Pero ¿no era tu criado? —Su voz era estridente—. ¿Desde cuándo un criado hace de profesor, *bikokwa*?

—Si no quieres que tu hija aprenda, llévatela a casa —dijo Olanna.

La mujer aferró a su hija de la mano y se marchó. Ugwu estaba seguro de que Olanna iba a mirarlo con una compasión que le irritaría más que las palabras de la mujer. Pero Olanna se limitó a encogerse de hombros y exclamar:

—Adiós y buen viaje. Esa niña tiene piojos. Le he visto liendres en el pelo.

Los otros padres eran diferentes. Sentían un respeto casi reverente por Olanna, con su belleza, sus tarifas simbólicas y su perfecto inglés. Le traían aceite de palma, ñames y *garrí*. Una mujer que comerciaba tras las líneas enemigas le regaló un pollo. Un proveedor del ejército les confió a dos de sus hijos y una caja llena de libros: lecciones de iniciación a la lectura, seis ejemplares de *Chike and the River* y ocho de una versión reducida de *Orgullo y prejuicio*; cuando Olanna abrió la caja y se abrazó a ella, a Ugwu le desagradó el placer lascivo y pasmado que denotaba la expresión del hombre.

Después de la primera semana, a Ugwu le quedó bastante claro que la señora Muokelu sabía más bien poco. Se mostraba insegura al resolver las divisiones más sencillas, leía pronunciando las palabras en voz baja y de forma confusa, como si le dieran miedo las frases, y con frecuencia reñía a los alumnos por haberse equivocado pero no les decía cuál era la respuesta correcta. Así que se fijó sólo en Olanna. «¡Articulado bien!», les decía a sus alumnos, y elevaba la voz. «Co-lo-nia. Co-lo-nia. ¡No hay ninguna r!» Cada día hacía que sus alumnos leyeran en voz alta.

Ugwu la imitó y empezó a pedirles a los suyos que pronunciaran palabras sencillas. Bebé solía ser la primera. Era la más joven, aún no había cumplido los seis años y la mayoría de los niños de la clase ya tenían siete. Sin embargo, leía de forma

impecable palabras de una sílaba con un acento inglés tan perfecto como el de Olanna. Lo malo era que se olvidaba de llamarlo «profesor» como los demás, y Ugwu hacía esfuerzos por aguantarse la risa cuando se dirigía a él: «¡Ugwu!».

Al terminar la segunda semana, después de que los alumnos se marcharan, la señora Muokelu le dijo a Olanna que quería hablar con ella y ambas fueron a sentarse al salón. Se cogió las puntas de su *boubou* demasiado largo y se las sujetó entre las piernas.

—Tengo doce bocas que alimentar —empezó—. Eso sin contar a la familia de mi marido que acaba de llegar de Abakaliki. Él ha regresado del frente con una sola pierna. ¿Qué puede hacer? Yo voy a dedicarme al ataque *afta* para ver si consigo comprar sal. No puedo seguir dando clases.

—Lo entiendo —dijo Olanna—. Pero ¿es necesario que vayas a comprarla a territorio enemigo?

—En Biafra no hay nada que comprar. Nos han bloqueado el *kpam-kpam*.

—Pero ¿cómo irás hasta allí?

—Conozco a una mujer. Suministra *garrí* al ejército y ellos proporcionan escolta militar a su camión. Iremos en él hasta Ufuma y desde allí seguiremos a pie hasta cruzar la frontera por Nkwerre-Inyi, donde hay algunos tramos sin vigilancia.

—¿Cuánto hay que andar?

—Unos veinticinco o treinta kilómetros, nada que una persona decidida no pueda hacer. Nos llevaremos las monedas nigerianas que tenemos, compraremos sal y *garrí*, y luego volveremos al camión.

—Ten cuidado, por favor, hermana.

—Muchas mujeres lo hacen y no les pasa nada. —Se levantó—. Ugwu tendrá que dar mis clases. Pero yo sé que él puede.

Desde la mesa del comedor donde estaba dando a Bebé el *garrí* y la sopa, Ugwu fingió no haberlas oído.

Al día siguiente se hizo cargo de la clase de la señora Muokelu. Le encantó el reconocimiento que adivinó en la mirada de los alumnos mayores al explicarles el significado de una palabra, y también la voz entusiasmada con que oyó al señor decirle a Special Julius: «¡Mi esposa y Ugwu están forjando una nueva generación de biafreños con su pedagogía socrática!». Pero lo que más le gustaba, por encima de todo, era el tono pícaro con que Eberechi lo llamaba «profesor». Estaba impresionada. Cuando Ugwu la vio plantada delante de su casa observándolo mientras daba una clase, levantó la voz y se esmeró más al vocalizar. Ella empezó a acudir después de las clases. Se sentaba con él en el patio, jugaba con Bebé o lo miraba desherbar el pequeño huerto. A veces Olanna le pedía a Eberechi que llevara maíz al molino que había al final de la carretera.

Ugwu hurtó un poco de leche y de azúcar de las raciones que el señor había llevado del trabajo. Metió los alimentos en botes viejos y se los entregó a Eberechi. La muchacha le dio las gracias, pero no pareció impresionada. Por eso, una tarde

calurosa, se coló en el dormitorio de Olanna y echó un poco de talco perfumado en un pliego de papel. Tenía que conseguir impresionarla. Eberechi lo olfateó y se aplicó un poco en el cuello; luego le dijo:

—No te he pedido polvos de talco.

Ugwu se echó a reír. Por primera vez se sentía totalmente relajado en presencia de la chica. Eberechi le explicó lo de que sus padres la habían obligado a entrar en el dormitorio de aquel oficial, y él escuchó el relato como si fuera la primera vez que lo oía.

—Tenía un barrigón horrible —le dijo en tono indiferente—. Se despachó de prisa y luego me pidió que me pusiera encima de él. Se quedó dormido y yo quise aprovechar el momento para escabullirme, pero se despertó y me ordenó que me quedara donde estaba. No pude dormir en toda la noche, así que me dediqué a contemplar la saliva que le resbalaba por la barbilla. —Hizo una pausa—. Nos ayudó mucho. Colocó a mi hermano en los servicios de intendencia del ejército.

Ugwu apartó la vista. Lo enojaba que hubiera tenido que pasar por todo aquello y se sentía molesto consigo mismo porque el relato había hecho que se la imaginara desnuda y lo había excitado. Durante los días siguientes, pensó a menudo que se acostaba con ella. La experiencia no tendría nada que ver con la del coronel. Él la trataría con el respeto que se merecía y sólo haría lo que le gustara, sólo lo que ella quisiera. Le enseñaría las posturas que había aprendido en el *Manual abreviado para parejas* del señor. El pequeño libro estaba confinado en un rincón polvoriento de la estantería del estudio de Nsukka. La primera vez que Ugwu lo vio mientras limpiaba, le echó un vistazo furtivo; lo hojeó fijándose en las figuras perfiladas, que de algún modo resultaban más excitantes por el hecho de ser irreales. Más adelante, al percatarse de que el señor probablemente no recordaba la existencia del libro, se lo llevó a los cuartos del servicio y se lo quedó unas cuantas noches para estudiarlo a fondo. Se le había ocurrido probar algunas posturas con Chinyere, pero no llegó a proponérselo: el silencio metódico de sus visitas nocturnas hacía imposible cualquier novedad. Le gustaría haberse traído aquel libro de Nsukka. Le habría ido bien para recordarle algunos detalles, por ejemplo, qué hacía la mujer con las manos en la postura de lado por detrás. Rebuscó en el dormitorio del señor, aunque sabía muy bien que era imposible que el libro estuviera allí. Al apercibirse de los pocos libros que había en la estantería y en toda la casa, lo invadió una profunda tristeza.

Ugwu se encontraba preparando el desayuno de Bebé y el señor tomaba un baño cuando oyeron los gritos de Olanna procedentes del salón. La radio estaba puesta a todo volumen. Salió corriendo al patio trasero con el aparato en la mano.

—¡Odenigbo! ¡Odenigbo! ¡Tanzania nos ha reconocido!

El señor salió con la túnica apenas sujeta en la cintura y el pelo que cubría su pecho desnudo húmedo y lustroso. Su rostro sonriente tenía un aspecto muy gracioso sin las gruesas gafas.

—*Gini?* ¿Qué?

—¡Tanzania nos ha reconocido! —repitió Olanna.

—¿Eh? —dijo el señor, y se abrazaron y se besaron en los labios, con los rostros muy juntos e inhalando cada uno el aliento del otro.

Luego el señor cogió la radio y la encendió.

—Vamos a asegurarnos. A ver qué dicen los demás.

La emisora estadounidense Voice of America lo estaba retransmitiendo, así como la radio francesa, de la cual Olanna trajeo: Tanzania era el primer país en reconocer la existencia de Biafra como nación independiente. Por fin Biafra existía. Ugwu le hizo cosquillas a Bebé y ésta se rió.

—Nyere pasará a la historia como un hombre honesto —dijo el señor—. Seguro que muchos más países quieren reconocernos, pero no lo hacen a causa de América. ¡Ese país es el gran escollo!

Ugwu no entendía por qué había que culpar a América de que otros países no reconocieran a Biafra —él pensaba que la culpa era de Inglaterra—, pero aun así por la tarde repitió las palabras del señor delante de Eberechi con autoridad, como si fueran propias. Hacía calor y la encontró dormida en una estera en el porche de casa.

—Eberechi, Eberechi —la llamó.

La chica se incorporó. Tenía los ojos enrojecidos y la mirada aturdida de una persona a quien han despertado con un sobresalto. No obstante, al verlo sonrió.

—Hola, profesor. ¿Has terminado la clase de hoy?

—¿Te has enterado de que Tanzania nos ha reconocido?

—Sí, sí. —Se frotó los ojos y se echó a reír; el sonido alegre de su carcajada hizo aún más feliz a Ugwu.

—América es el motivo de que muchos otros países no nos reconozcan. América es el gran escollo —dijo.

—Sí —dijo ella. Estaban sentados en la escalera, el uno al lado del otro—. Hoy tenemos buenas noticias por partida doble. A mi tía la han hecho representante provincial de Caritas. Me ha dicho que me conseguirá trabajo en el centro de ayuda humanitaria de Saint John. ¡Tendré ración extra de pescado seco!

La chica extendió el brazo y, con aire juguetón, le dio un delicado pellizco en el cuello. Ugwu se la quedó mirando. No sólo tenía ganas de estrujar sus nalgas desnudas; también quería despertarse a su lado y saber que cada día dormiría junto a ella, quería hablarle y escuchar su risa. No tenía nada que ver con la conveniencia afectuosa que representaba Chinyere, sino que era más bien una Nnesinachi real, a quien había tomado cariño por lo que hacía y decía en lugar de por lo que él imaginaba que haría y diría. Notó que lo invadía una oleada de reconocimiento y sintió un deseo irrefrenable de decirle una y otra vez que la amaba. La amaba. Sin embargo, no se lo dijo. Permanecieron allí sentados, elogiando la postura de Tanzania y soñando con el pescado seco, y seguían hablando de esto y aquello cuando un Peugeot 403 pasó a toda velocidad por la calle. Dio media vuelta con fuertes chirridos

de los neumáticos, como si el conductor quisiera llamar la atención, y al final se detuvo frente a la casa. Escritas con pintura roja y letra irregular se leían las palabras «ejército de biafra». Del coche salió un soldado con pistola y un uniforme impecable; hasta las rayas del planchado destacaban en los delanteros del pantalón. Eberechi se levantó al ver que se acercaba.

—Buenas tardes —dijo ella.

—¿Eres Eberechi?

La muchacha asintió con la cabeza.

—¿Se trata de mi hermano? ¿Le ha ocurrido algo?

—No, no.

En el rostro del soldado descubrió una expresión de lascivia cómplice que a Ugwu le desagradó de inmediato.

—El comandante Nwogu quiere verte. Está en el bar del final de la calle.

—¡Ah! —Eberechi se quedó boquiabierta, con la mano posada en el pecho—. ¡Voy enseguida!

Se volvió y entró en su casa corriendo. Ugwu se sintió traicionado por la emoción que denotaba. El soldado lo miraba.

—Buenas tardes —dijo Ugwu.

—¿Y tú quién eres? —quiso saber el militar—. ¿Un civil ocioso?

—Soy profesor.

—¿Profesor? *Onye nkuzi*? —El soldado balanceaba la pistola en el dedo.

—Sí —respondió Ugwu en inglés—. Damos clases a los niños del barrio, e inculcamos a los más pequeños los ideales de Biafra. —Esperaba haber hablado en un inglés tan correcto como el de Olanna, y también que su tono distinguido amedrentara a aquel soldado y desistiera de hacerle más preguntas.

—¿Clases de qué? —casi murmuró el soldado. Parecía a la vez impresionado y escéptico.

—Nos centramos sobre todo en la educación cívica, las matemáticas y el inglés. El director general de movilización ha respaldado nuestros esfuerzos.

El soldado seguía mirándolo fijamente.

Eberechi salió corriendo. Llevaba el rostro cubierto por una fina capa de polvo blanco, se había perfilado las cejas y llevaba los labios pintados de un rojo sangre.

—Vamos —dijo el soldado.

La chica se inclinó y le susurró a Ugwu:

—Vuelvo enseguida. Si alguien me busca, díle por favor que he ido a por algo a casa de Ngozi.

—¡Muy bien, señor profesor! ¡Hasta la vista! —se despidió el soldado.

Ugwu creyó ver un brillo triunfal en la mirada de aquel tonto analfabeto. Ugwu no pudo soportar verlos marcharse juntos, así que se miró las uñas. Sentía como la mezcla de dolor, confusión y vergüenza lo debilitaba. No podía creer que acabara de pedirle que mintiera por ella mientras acudía a ver a un hombre del que jamás le



había hablado. Al cruzar la calle, notó que le flaqueaban las piernas. Todo lo que hizo durante el resto del día quedó teñido de amargura, y más de una vez pensó en acercarse hasta el bar para ver qué ocurría.

Ya había oscurecido cuando Eberechi llamó a la puerta trasera.

—¿Sabes que le han cambiado el nombre al bar? —anunció entre risas—. Ya no se llama Sol Naciente, ahora es el bar Tanzania.

Ugwu se la quedó mirando sin decir nada.

—Hay gente tocando música tanzana y la gente baila, y un hombre de negocios pidió que sirvieran pollo y cerveza para todos —dijo.

Los celos lo corroían; notaba un nudo en la garganta que lo estaba ahogando.

—¿Dónde está tía Olanna? —preguntó la chica.

—Leyendo con Bebé —consiguió responder. Tenía ganas de zarandearla hasta que le dijera toda la verdad sobre aquella tarde, qué había hecho con aquel hombre y por qué se le había corrido el pintalabios.

Eberechi suspiró.

—¿Hay un poco de agua? Tengo sed. He bebido cerveza.

Ugwu no daba crédito a su desenfado y tranquilidad. Le sirvió un poco de agua en un vaso y ella se la bebió despacio.

—Conocí al comandante hace unas semanas. Iba a Orlu y él me recogió y me llevó en su coche. No pensaba que se acordara de mí. Es muy simpático. —Eberechi hizo una pausa—. Le he dicho que eras mi hermano y me ha prometido que se asegurará de que nadie venga a por ti. —Parecía muy orgullosa de lo que había conseguido, pero a Ugwu lo mortificaba tanto como si le estuviera sacando las muelas, una detrás de otra.

Se dio media vuelta. No pensaba aceptar favores de su amante.

—Tengo que limpiar —dijo con acritud.

La chica se bebió otro vaso de agua, y antes de marcharse dijo:

—*Ngwanu*; mañana será otro día.

Ugwu dejó de ir a casa de Eberechi. La ignoraba cuando lo saludaba y le molestaba su forma de mirarlo asombrada y decirle: «¿Qué te pasa, Ugwu? ¿En qué te he ofendido?». Al final dejó de preguntárselo y de hablar con él, y a Ugwu pareció darle igual. Sin embargo, cada vez que oía pasar un coche, corría a ver si se trataba del Peugeot 403 del ejército de Biafra. La veía marcharse por la mañana, y pensó que tal vez se citara regularmente en algún sitio con el comandante. Hasta que una tarde Eberechi llamó a la puerta para darle un poco de pescado seco a Olanna. Ugwu le abrió y cogió el paquete sin dirigirle la palabra.

—Qué agradable es esa chica, *ezigbo nwa* —dijo Olanna—. Debe de irle muy bien en el centro de ayuda humanitaria.

Ugwu no dijo nada. El afecto que denotaban las palabras de Olanna le molestaba, y también la forma en que Bebé preguntó cuándo iba a ir tía Eberechi a jugar con

ella. Quería que se sintieran tan enfadados y ofendidos como él. Le explicaría a Olanna lo que había ocurrido. Es cierto que nunca antes le había contado nada tan personal, pero sentía que con ella podía hablar. Lo planeó todo minuciosamente para el viernes, el día en que el señor acostumbraba a ir al bar Tanzania con Special Julius después del trabajo. Olanna había ido a visitar a la señora Muokelu con Bebé; mientras esperaba a que volvieran se dedicó a desherbar el jardín y empezó a pensar con preocupación que su historia resultaba insustancial. Olanna se reiría mostrando la actitud paciente con que se reía cuando el señor contaba algo ridículo. A fin de cuentas, Eberechi nunca le había dicho que sintiera nada especial por él. Pero lo que la muchacha no podía negar era que sabía cuáles eran sus sentimientos hacia ella. Era una crueldad por su parte restregarle su aventura amorosa con el oficial, aunque no sintiera lo mismo que él.

Se armó de valor y entró en casa en cuanto oyó a Olanna. Se encontraba en el salón; Bebé estaba sentada en el suelo y desempaquetaba algo envuelto con papel de periódico viejo.

—Bienvenida, *mah* —dijo Ugwu.

Olanna se volvió y la vacuidad que observó en sus ojos lo alarmó. Algo iba mal. Tal vez hubiera descubierto que le había regalado leche condensada a Eberechi. Pero tenía la mirada demasiado perdida, demasiado falta de expresión para haberla provocado un enfado pasajero. Algo iba muy mal. ¿Y si Bebé volvía a estar enferma? Ugwu miró a la niña, ocupada en desenvolver el paquete. Se le encogió el estómago ante la perspectiva poco halagüeña.

—*Mah*? ¿Ha ocurrido algo?

—La madre del señor ha muerto.

Ugwu se acercó un poco porque las palabras de Olanna se habían solidificado, como objetos suspendidos que se cernían justo sobre su cabeza. Le llevó unos instantes comprender su significado.

—Su primo nos ha enviado un mensaje —explicó Olanna—. Le pegaron un tiro en Aba.

—¡Ah!

Ugwu se llevó la mano a la cabeza y trató de recordar qué aspecto tenía mama la última vez que la vio junto al árbol de la cola, empeñada en quedarse en su casa. Pero no logró visualizarla. En vez de eso, se le presentaba una imagen borrosa de la mujer en la cocina de Nsukka, separando los granos de pimienta. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se preguntó qué otras calamidades le quedaban por oír. Tal vez los vándalos hausas hubieran entrado en su pueblo y hubieran matado también a su madre.

Cuando el señor llegó a casa y entró en el dormitorio, Ugwu no sabía si seguirlo o aguardar a que él saliera. Al final optó por esperar. Encendió el hornillo de queroseno y preparó la papilla de Bebé. Querría haberse mostrado menos ingrato con respecto a las sopas de olor acre de mama.

Olanna entró en la cocina.

—¿Por qué usas el hornillo de queroseno? —le gritó—. *Ina-ezu-zu ezuzu?* ¿Estás tonto? ¿No te tengo dicho que hay que ahorrar combustible?

Ugwu se sobresaltó.

—Pero, *mah*, me ha dicho que caliente la papilla de Bebé en la cocina.

—¡Yo no he dicho eso! ¡Sal y enciende una hoguera!

—Lo siento, *mah*.

Pero sí que se lo había dicho; sólo Bebé comía tres veces al día —los demás tenían que conformarse con dos— y Olanna le había pedido que utilizara el hornillo, ya que el humo del fuego de leña hacía toser a Bebé.

—¿Sabes cuánto cuesta el queroseno? Como tú no pagas las cosas te crees que puedes hacer con ellas lo que te dé la gana, ¿verdad? ¿Acaso en tu pueblo no era un lujo incluso la leña?

—Lo siento, *mah*.

Olanna se sentó sobre un bloque de cemento del patio. Ugwu encendió una hoguera y terminó de preparar la cena de Bebé. Sabía que los ojos de ella estaban clavados en él.

—El señor no querrá escucharme —dijo.

La pausa silenciosa que se hizo a continuación provocó en Ugwu una sensación de intimidad muy embarazosa. Nunca le había hablado del señor de aquella forma.

—Lo siento, *mah*.

Se sentó junto a ella. Tenía ganas de posarle la mano en la espalda para reconfortarla pero no podía hacerlo, así que dejó el brazo suspendido a pocos centímetros de su piel hasta que ella dio un suspiro y se levantó para entrar en casa.

El señor atravesó el patio para ir al baño de afuera.

—La señora me ha contado lo que ha ocurrido, *sah* —empezó Ugwu—. *Ndo*. Lo siento.

—Sí, sí —dijo el señor, y siguió su camino decidido.

Ugwu consideraba que aquel intercambio era insuficiente. La muerte de mama requería más palabras, más gestos, compartir más tiempo. Pero el señor apenas le había dirigido una mirada. Sin embargo, cuando más tarde Special Julius se acercó a decir «*Ndo*», el señor se comportó de forma igual de enérgica y concisa.

—Deberíamos estar preparados para este tipo de infortunios. La muerte es el precio de la libertad —dijo, y se levantó con brusquedad para volver al dormitorio, dejando que Olanna, con los oídos llenos de lágrimas, se ocupara de despedir a Special Julius.

Ugwu pensó que el señor iba a quedarse en casa al día siguiente, pero se bañó más temprano de lo habitual. No se tomó el té ni tocó las rodajas de ñame que habían sobrado de la noche anterior y que Ugwu había calentado. Tampoco se metió la camisa por dentro de los pantalones.

—No puedes ir a Biafra Dos así como así, Odenigbo —intentaba disuadirlo Olanna mientras lo seguía hasta el coche.

El señor tiró al suelo las hojas de palmera que lo cubrían. Olanna siguió hablando, pero Ugwu no logró oír lo que le decía mientras el señor permanecía inclinado en silencio sobre el maletero abierto. Luego se subió al coche y se alejó con un simple gesto de despedida. Olanna salió corriendo a la carretera. Por un momento, a Ugwu se le ocurrió la absurda idea de que iba a salir corriendo detrás del coche, pero se dio la vuelta y le dijo que le había pedido a Special Julius que fuera tras él y lo trajera de vuelta.

—Se le ha metido en la cabeza ir hasta allí y enterrarla, pero las carreteras están interceptadas. Las carreteras están interceptadas —repitió.

Tenía la mirada fija en la entrada del recinto. Al oír cualquier ruido, ya fuera un camión que pasaba, el gorjeo de un pájaro o el llanto de un niño, se levantaba corriendo del banco del porche y se asomaba a la carretera. Pasó un grupo de personas armadas con machetes. Al hombre que iba en cabeza le faltaba un brazo.

—¡Profesora! ¡Buen trabajo! —gritó uno de ellos al ver a Olanna—. ¡Vamos a rastrearla zona! ¡Vamos a acabar con los infiltrados!

Ya habían pasado de largo cuando Olanna se levantó de golpe y les gritó:

—¡Por favor, buscad a mi marido! ¡Va en un Opel azul!

Uno de ellos se volvió y, con expresión algo desconcertada, agitó la mano.

Ugwu notaba el calor del sol fulgurante de la tarde incluso bajo el techo de paja. Bebé jugaba descalza en el jardín. El gran automóvil americano de Special Julius entró en el recinto y Olanna dio un respingo.

—¿No ha vuelto? —preguntó Special Julius desde el coche.

—No lo has visto —dijo Olanna.

Special Julius parecía preocupado.

—¿Quién le ha dicho a Odenigbo que conseguiría circular por las carreteras? ¿Quién?

Ugwu quería que aquel hombre se callara. No tenía ningún derecho a criticar al señor, y en lugar de permanecer allí sentado con aquella horrible túnica haría mejor en salir y poner más empeño en su búsqueda.

Cuando Special Julius se hubo marchado, Olanna se sentó con el cuerpo inclinado sobre las rodillas y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Quiere un poco de agua, *mah*? —preguntó Ugwu.

Ella negó con la cabeza. Ugwu contempló la puesta de sol. La oscuridad invadió el cielo de forma rápida, brusca, sin cambios graduales de iluminación.

—¿Qué voy a hacer? —se lamentó Olanna—. ¿Qué voy a hacer?

—El señor volverá, *mah*.

Pero el señor no volvió. Olanna permaneció sentada en el porche hasta pasada la medianoche, con la cabeza recostada contra la pared.

Richard se encontraba sentado a la mesa del comedor cuando sonó el timbre. Bajó el volumen de la radio y ordenó las cuartillas antes de abrir la puerta. Allí estaba Harrison, con la frente, el cuello, los brazos y las piernas bajo los pantalones cortos caquis envueltos en vendas ensangrentadas.

El emplasto rojo hizo que Richard se sintiera mareado.

—¡Harrison! ¡Santo Dios! ¿Qué te ha ocurrido?

—Buenas tardes, señor.

—¿Te han atacado? —preguntó Richard.

Harrison entró en la casa y dejó la bolsa hecha jirones en el suelo. Luego se echó a reír. Richard se lo quedó mirando. Cuando el hombre se llevó las manos a la frente para quitarse la venda ensangrentada, Richard exclamó:

—No, no, no lo hagas. Déjalo. Voy a llamar al chófer. Te llevaremos al hospital.

Pero, al retirar la venda, su piel estaba en perfecto estado. No tenía ni un solo corte, ni una herida que indicara de dónde salía tanta sangre.

—Es remolacha, *sah* —dijo, y volvió a reírse.

—¿Remolacha?

—Sí, *sah*.

—¿Quieres decir que no es sangre?

—No, *sah*.

Harrison entró en el salón y se quedó de pie en una esquina, pero Richard le pidió que tomara asiento. El hombre se sentó en el borde de una silla. La sonrisa desapareció de su rostro cuando empezó a hablar.

—Vengo de mi pueblo, *sah*. No le digo a nadie que está a punto de caer para que no digan que soy un saboteador. Pero todo el mundo sabe que los vándalos cerca. Incluso dos días atrás oímos bombardeo, pero el ayuntamiento dice que son nuestras tropas que entrenan. Así que llevo a mi familia y las cabras a la granja lejos, lejos. Entonces empiezo a venir a Port Harcourt porque no sé qué pasó con el señor. Incluso envió mensaje con el chófer del profesor Blyden desde hace muchas semanas.

—No me ha llegado ningún mensaje.

—Es un idiota —masculló Harrison antes de continuar—. Empapo ropa en agua de remolacha y la ato en vendaje y digo que soy superviviente de ataque aéreo. Sólo así gente de milicia me dejan entrar camión. Sólo los hombres heridos siguen a las mujeres y niños.

—¿Y qué ocurrió en Nsukka? ¿Cómo saliste de allí?

—Es hace muchos meses, *sah*. Cuando oigo bombardeo empaqueto sus cosas y entierro el mascrito en caja en el jardín, cerca de la pequeña flor que Jomo planta la última vez.

—¿Enterraste el manuscrito?

—Sí, *sah*, porque si no me lo quitan en la carretera.

—Ya, claro —dijo Richard. No tenía mucho sentido esperar que Harrison llevara consigo *En los tiempos de las vasijas*—. ¿Y cómo has ido saliendo adelante?

Harrison sacudió la cabeza.

—El hambre es mala, *sah*. Mi familia mira las cabras.

—¿Mira las cabras?

—Para ver lo que comen, y luego hierven las mismas hojas y las dan a beber a niños. Quita *kwashiorkor*.

—Ya —dijo Richard—. Ahora ve a los cuartos del servicio y date un baño.

—Sí, *sah*. —Harrison se puso en pie.

—¿Y qué planes tienes ahora?

—*Sah*?

—¿Piensas volver a tu pueblo?

Harrison jugueteó con la venda del brazo, empapada de sangre falsa.

—No, *sah*. Espero a que la guerra acabe para cocinar para el señor.

—Claro —dijo Richard.

Por suerte, dos de los mayordomos de Kainene se habían marchado para alistarse en el ejército y en casa sólo quedaba Ikejide.

—Pero, *sah*, dicen que van a tomar Port Harcourt pronto. Los vándalos vienen con muchos barcos de Inglaterra. Ahora bombardean alrededor de Port Harcourt.

—Ve a darte un baño, Harrison.

—Sí, *sah*.

Después de que Harrison se marchara, Richard subió el volumen de la radio. Le gustaban las modulaciones de la voz de acento arábigo que retransmitía desde Radio Kaduna, pero no el convencimiento jubiloso con que anunciaba: «¡Port Harcourt ha sido liberada! ¡Port Harcourt ha sido liberada!». La emisora llevaba dos días hablando de la toma de la ciudad. La radio de Lagos también, aunque con menos júbilo. La BBC a su vez había anunciado que la inminente caída de Port Harcourt significaba la rendición de Biafra: el país iba a perder su puerto practicable, su aeropuerto y el control del petróleo.

Richard quitó el tapón de bambú a la botella que había sobre la mesa y se sirvió un vaso. El líquido rosado hizo que un agradable calor recorriera su cuerpo. Las emociones se arremolinaban en su cabeza: alivio porque Harrison estaba vivo, decepción porque su manuscrito se había quedado enterrado en Nsukka y preocupación por el destino de Port Harcourt. Antes de servirse otro vaso, leyó la etiqueta de la botella: «REPÚBLICA DE BIAFRA, DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y PRODUCCIÓN, LICOR DE NENE 45 %». Bebió a pequeños sorbos. Madu había traído dos cajas en su última visita y había bromeado sobre el hecho de que el licor producido en la región y embotellado en envases viejos de cerveza formaba parte de la contribución civil a ganar la guerra.

—Los de la DIP aseguran que Ojukwu toma de esto, aunque yo tengo mis dudas —dijo—. Sólo bebo de las más claras porque no me fío ni un pelo de ese colorante.

La irreverencia que demostraba Madu al llamar «Ojukwu» a Su Excelencia siempre molestaba a Richard, pero no decía nada porque no tenía ganas de aguantar su sonrisita arrogante, la misma que lucía cuando le decía a Kainene: «Utilizamos una mezcla de queroseno y aceite de palma como combustible para el coche», «Hemos perfeccionado el *ogbunigwe* volante» o «Hemos construido un carro blindado con restos de chatarra». Su plural denotaba exclusión. El énfasis deliberado y el tono grave implicaban que Richard no formaba parte de él: un visitante no podía tomarse las mismas libertades que los autóctonos.

Por eso, unas semanas atrás, Richard se había sentido confuso cuando Kainene le dijo por primera vez:

—A Madu le gustaría que escribieras para la dirección general de propaganda. Te conseguiré un salvoconducto y reservas de gasolina para que puedas desplazarte. Enviarán tus artículos a los encargados de relaciones públicas en el extranjero.

—¿Y por qué yo?

Kainene se encogió de hombros.

—¿Y por qué no?

—Ese hombre me odia.

—No dramáticas. Creo que buscan a gente con experiencia que escriba desde dentro sobre algo más que la cantidad de biafreños que han muerto.

Al principio, lo de escribir «desde dentro» emocionó a Richard. Sin embargo, las dudas lo asaltaron enseguida. Aquellas palabras eran de Kainene, no de Madu. Madu lo consideraba un extranjero, y tal vez por eso pensó que era adecuado para el trabajo. Cuando lo llamó para preguntarle si estaba dispuesto, Richard contestó que no.

—¿Lo has pensado bien? —insistió Madu.

—No me lo habrías pedido si no fuera blanco.

—Claro que no. Te tomarán más en serio precisamente por eso. Mira, lo cierto es que ésta no es tu guerra. No es tu causa. Tu gobierno te evacuará en cuestión de minutos si tú se lo pides. Así que no hay bastante con exhibir ramas mustias ni con gritar «¡Poder! ¡Poder!» para demostrar que apoyas a Biafra. Si de verdad quieres contribuir, ahora tienes la oportunidad de hacerlo. El mundo tiene que saber la verdad sobre lo que está ocurriendo, no pueden limitarse a guardar silencio mientras morimos. Todos creerán en la palabra de un blanco que vive en Biafra y que no es periodista profesional. Puedes explicarles que continuamos en pie y triunfantes a pesar de los MiG-17, los 11-28 y los L-29 Delfin nigerianos pilotados por rusos y egipcios que nos bombardean a diario, que algunos de ellos incluso utilizan aviones de transporte para lanzar sin piedad bombas que matan a mujeres y niños, que los británicos y los rusos han formado una alianza nefasta para enviar más y más armas a Nigeria, que los americanos se han negado a ayudarnos, que los vuelos que traen las provisiones de ayuda humanitaria aterrizan de noche y sin luces para evitar que los nigerianos los ataquen...

Madu hizo una pausa para tomar aire, y Richard dijo:

—De acuerdo, lo haré.

Las palabras «no pueden limitarse a guardar silencio mientras morimos» retumbaban en su cabeza.

Su primer artículo trató de la caída de Onitsha. En él explicó que los nigerianos habían tratado en varias ocasiones de tomar la antigua población, pero que los biafreños la defendieron con valor, que allí se habían publicado cientos de novelas populares antes de la guerra y que el denso y triste humo que produjo la quema del puente Níger se elevó como una elegía desafiante. Describió el episodio de la iglesia católica Holy Trinity, durante el cual los soldados de la Segunda División nigeriana defecaron en el altar antes de asesinar a doscientos civiles. Y citó las palabras de un testigo ocular: «Los vándalos son gente que se caga en Dios. Los venceremos».

Al redactar el artículo, se sintió como cuando era colegial y escribía cartas a tía Elizabeth mientras el director los vigilaba. Richard lo recordaba muy bien, con su piel manchada, llamando a la ciencia «porquería» y comiéndose las gachas de avena cocida mientras se paseaba por el comedor porque decía que eso es lo que hacían los caballeros. Richard no sabía qué odiaba más en aquellos tiempos, si el hecho de que lo obligaran a escribir cartas a la familia o tener que hacerlo en una clase bajo supervisión. Y tampoco sabía que le disgustaba más en la actualidad, si imaginarse que su supervisor era Madu o el hecho de que le importara tanto su opinión. Al cabo de unos días le llegó una nota suya: «Has hecho un trabajo excelente (¿qué tal un estilo menos recargado la próxima vez?) y lo han enviado a Europa». Madu escribía con letra apretada. El encabezamiento del papel de la nota rezaba «ejército de nigeria» y él había tachado con tinta la palabra «nigeria» y había garabateado «biafra» en mayúsculas apresuradas. Lo que Madu decía convenció a Richard de que había tomado la decisión correcta. Se imaginó a sí mismo como un joven Winston Churchill librando la batalla de Kitchener en Omdurman, un combate de fuerzas desiguales, salvo que, a diferencia de Churchill, él estaría de parte del vencedor moral.

Ahora, unas semanas más tarde y tras unos cuantos artículos, sentía que formaba parte de todo aquello. Le producía un gran placer el nuevo respeto que veía en la mirada del chófer, que salía presto del coche para abrirle la puerta aun cuando Richard le decía que no se molestara. Le encantaba ver cómo las miradas recelosas de los defensas civiles al enseñarles el salvoconducto se transformaban rápidamente en amplias sonrisas cuando los saludaba en igbo, y la buena disposición de la gente para contestar a sus preguntas. Encontraba satisfacción en el aire de superioridad que adoptaba ante los periodistas extranjeros al hablar por encima de los antecedentes de la guerra —las consecuencias de la huelga nacional, el censo y el caos en la región oeste—, seguro de que no tenían la más remota idea de qué les estaba hablando.

Pero lo que más le había gustado fue conocer personalmente a Su Excelencia. Fue durante la representación de una obra en Owerri. Un ataque aéreo había hecho añicos las persianas del teatro y la brisa nocturna se llevaba parte de las palabras de los



actores. Richard se sentó unas filas más atrás de Su Excelencia y, al terminar la obra, un hombre que ocupaba un alto cargo en la dirección general de movilización los presentó. El firme apretón de manos y el «Gracias por el excelente trabajo que está haciendo» con su acento de Oxford llenaron a Richard de un sentido de ecuanimidad. Aunque el contenido político de la obra le había parecido demasiado obvio, no dijo nada. Coincidió con Su Excelencia: había sido magnífica, sencillamente magnífica.

Richard podía oír a Harrison en la cocina. Sintonizó Radio Biafra y captó el final del comunicado de que el enemigo estaba siendo expulsado de Oba, antes de apagar la radio. Se sirvió un poco más de bebida y releyó la última frase que había escrito. Hablaba de las fuerzas de los comandos especiales, de lo populares y veneradas que eran entre los civiles, pero la aversión que sentía por su comandante, un mercenario alemán, hizo que el discurso resultara frío. Sonaba forzado. El licor había hecho aumentar su ansiedad en lugar de calmarla. Se puso en pie, levantó el auricular del teléfono y llamó a Madu.

—Richard —dijo Madu—. Has tenido suerte. Acabo de llegar.

—¿Hay noticias sobre Port Harcourt?

—¿Noticias?

—¿Hay alguna amenaza seria? Ha habido explosiones en Runiuokwurusi, ¿no es así?

—Ah, tenemos información confirmada de que se trataba de unos saboteadores manipulando bombas. ¿Crees que si los vándalos estuvieran cerca bombardearían con tanta desidia?

El tono gracioso de Madu hizo que Richard se sintiera ridículo.

—Siento haberte molestado. Pensaba que... —Dejó la frase a medias.

—No te preocupes. Dale recuerdos a Kainene cuando vuelva —dijo Madu, y colgó.

Richard apuró el vaso y se dispuso a servirse otro, pero al final decidió no hacerlo. Forzó el tarugo para tapar la botella y salió a la terraza. El mar estaba en calma. Se desperezó y se pasó la mano por el pelo con un gesto rápido en un intento por ahuyentar el presentimiento. Si Port Harcourt caía, perdería el lugar que había aprendido a amar, el lugar en el que había amado: perdería una parte de sí mismo. Pero seguro que Madu tenía razón. No tenía por qué ocultarle que una ciudad estaba a punto de caer, y menos tratándose de la ciudad donde vivía Kainene. Si decía que Port Harcourt no estaba amenazada, es que no lo estaba.

Richard observó su reflejo poco nítido en la puerta acristalada. Estaba moreno, su pelo se veía más espeso, ligeramente alborotado, y pensó en las palabras de Rimbaud: «Yo soy otro».

Kainene se echó a reír cuando Richard le contó lo de Harrison y la remolacha. Le dio una palmadita en el brazo y le dijo:

—No te preocupes. Si ha enterrado el manuscrito dentro de una caja, estará a

salvo de las termitas.

Se quitó la ropa de trabajo y se estiró con languidez. Richard admiró la gracia y delgadez de su espalda arqueada. El deseo se movía en su interior, pero esperaría al anochecer, después de cenar, cuando se hubieran marchado las posibles visitas e Ikejide se hubiera retirado. Saldrían a la terraza y él apartaría la mesa, extendería la alfombra mullida y se tumbaría desnudo boca arriba. Cuando ella se pusiera a horcajadas, él le aferraría las caderas y contemplaría el cielo nocturno, y, durante esos momentos, sería consciente del significado de la felicidad. Era su ritual desde que empezara la guerra, lo único por lo que le estaba agradecido.

—Colin Williamson se ha pasado hoy por el despacho —dijo Kainene.

—No sabía que hubiera vuelto —dijo Richard, y le vino a la mente el rostro bronceado de Colin, el atisbo de sus dientes manchados al hablar, demasiado a menudo, de que había dejado la BBC a causa del apoyo que sus editores ofrecían a Nigeria.

—Me ha traído una carta de mi madre —dijo Kainene.

—¡De tu madre!

—Leyó el artículo que Colin publicó en el *Observer* se puso en contacto con él para preguntarle si pensaba volver a Biafra y si podría llevarle una carta a su hija que vivía en Port Harcourt. Se sorprendió cuando le dijo que nos conocía.

A Richard le encantó su forma de decir «nos».

—¿Están bien?

—Pues claro; no están bombardeando Londres. Dice que tiene pesadillas sobre la muerte de Olanna y la mía. Reza continuamente, y se han implicado en la campaña londinense Salvemos Biafra, lo que probablemente quiere decir que han hecho algún pequeño donativo. —Kainene hizo una pausa y le entregó un sobre—. Se las ha apañado para esconder unas cuantas libras esterlinas entre las capas de cartulina de una postal. Impresionante. Y ha enviado otra para Olanna.

Richard leyó la carta por encima. Sólo hacía referencia a él en la frase «Recuerdos a Richard» al final de la hoja de color azul. Tenía ganas de preguntarle a Kainene cómo pensaba hacerle llegar la postal a Olanna, pero no lo haría. El tema de Olanna iba quedando cada vez más sumido en el silencio, a cada mes, a cada año que pasaba sin ser sacado a colación. Cuando Kainene recibió las tres cartas que Olanna le había escrito desde que empezara la guerra, se limitó a comunicárselo. Y no había respondido a ellas.

—La semana que viene enviaré a alguien a Umuahia para que le entregue a Olanna su carta.

Richard le devolvió a Kainene la suya. El silencio estaba empezando a hacerse denso.

—Los nigerianos no paran de hablar sobre Port Harcourt —observó.

—No tomarán la ciudad. Tenemos aquí a nuestro mejor batallón.

Kainene dijo aquello en tono despreocupado, pero sus ojos traslucían cierto

recelo, el mismo sentimiento que denotaban cuando meses atrás le dijo que quería comprar una casa a medio construir en Orlu. Decía que era mejor tener propiedades que dinero en efectivo, pero Richard sospechaba que lo hacía porque, para ella, sería un refugio seguro en caso de que Port Harcourt cayera. Para él, considerar la caída de Port Harcourt era algo blasfemo. Los fines de semana, cuando visitaban la obra para asegurarse de que los constructores no estaban robando material, nunca hablaba sobre su futura vida juntos en aquella casa, como si eso lo absolviera de la blasfemia.

Y tampoco quería ya viajar. Quería proteger Port Harcourt con su presencia; sentía que, mientras permaneciera allí, no ocurriría nada malo. Pero los encargados de relaciones públicas de Europa le habían pedido que escribiera un artículo sobre la pista de aterrizaje de Uli, así que, aunque de mala gana, salió muy temprano para estar de vuelta antes de mediodía, cuando los aviones nigerianos ametrallaban a los vehículos que circulaban por las carreteras principales. En Okigwe Road había un cráter de bomba. El chófer viró para esquivarlo y a Richard le asaltó un presentimiento funesto, ya habitual; sin embargo, éste se fue atenuando a medida que se aproximaban a Uli. Era su primera visita al único punto que conectaba Biafra con el resto del mundo, a aquella maravilla de pista que permitía que la comida y las armas no fueran alcanzadas por los bombarderos nigerianos. Salió del coche y observó la franja alquitranada bordeada de espesa maleza, y pensó en la gente que hacía tanto con tan poco. Al final de la pista había estacionado un pequeño reactor. El sol de la mañana era abrasador. Tres hombres sudorosos esparcían hojas de palmera por el asfalto trabajando deprisa y empujando con brío carros llenos de frondas. Richard se les acercó y les dijo:

—Buen trabajo, *jisienu ike*.

Del edificio de la terminal en construcción salió un oficial y le estrechó la mano a Richard.

—No vaya a escribir demasiado. No revele nuestros secretos —bromeó.

—Claro que no —dijo Richard—. ¿Puedo hacerle una entrevista?

En el rostro del hombre se dibujó una sonrisa radiante; se irguió y dijo:

—Bueno, yo me encargo de la inspección de aduana y del control de inmigración.

Richard tuvo que disimular la sonrisa; todo el mundo se sentía importante cuando les pedía una entrevista. Hablaron de pie junto a la pista y, poco después de que el oficial volviera a entrar en la terminal, salió otro hombre, alto y rubio. Richard lo reconoció: era el conde Von Rosen. Parecía mayor que en la fotografía que Richard había visto; daba la impresión de estar más cerca de los setenta que de los sesenta. Sin embargo, el suyo era un envejecimiento elegante; andaba a grandes zancadas y con la cabeza alta.

—Me han dicho que estaba aquí y he salido a saludarlo —dijo. Su apretón de manos fue tan firme como fija la mirada de sus ojos verdes—. Acabo de leer el excelente artículo que ha escrito sobre la Brigada de Niños de Biafra.

—Encantado de conocerle, conde Von Rosen —lo saludó Richard.

Y, de hecho, estaba encantado. Desde que había leído acerca del aristócrata sueco que bombardeaba objetivos nigerianos con su pequeña avioneta particular, tenía ganas de conocerlo personalmente.

—Unos hombres extraordinarios —dijo el conde mirando a los obreros que se ocupaban de que, desde el cielo, la banda alquitranada pareciera maleza—. Un país extraordinario.

—Sí —convino Richard.

—¿Le gusta el queso? —preguntó el conde.

—¿El queso? Claro. Claro que sí.

El conde se llevó la mano al bolsillo y sacó un pequeño paquete.

—Un cheddar exquisito.

Richard lo cogió y trató de ocultar su sorpresa.

—Gracias.

El conde volvió a rebuscar en su bolsillo y Richard temió que fuera a regalarle más queso. Pero, en vez de eso, sacó sus gafas de sol y se las puso.

—Me han dicho que su esposa pertenece a una familia igbo adinerada y que es una de las personas que ha decidido quedarse a luchar por la causa.

Richard nunca se lo había planteado de aquella manera: Kainene permaneciendo en el país para luchar por la causa. No obstante, se alegró de que el conde lo creyera así, y también de que pensara que ella y él estaban casados. De pronto, lo invadió un intenso sentimiento de orgullo por Kainene.

—Sí. Es una mujer extraordinaria.

Hubo una pausa. La familiaridad que implicaba el gesto de regalarle el queso requería una respuesta equivalente por su parte, así que Richard abrió su agenda y le enseñó al conde una fotografía de Kainene junto a la piscina con un cigarrillo en la boca y otra de la vasija con cuerdas ornamentales.

—Primero me enamoré del arte de Igbo-Ukwu, y luego de ella —explicó.

—Las dos son muy hermosas —dijo el conde, y se quitó las gafas de sol para observar mejor las fotografías.

—¿Tiene asignada alguna misión hoy? —preguntó Richard.

—Sí.

—¿Por qué hace todo esto, señor?

El conde volvió a ponerse las gafas de sol.

—Apoyé a los guerrilleros por la libertad de Etiopía, y antes había hecho vuelos para ayudar a los habitantes del gueto de Varsovia —dijo esbozando una sonrisa, como si eso respondiera a su pregunta—. Tengo que continuar trabajando. Siga con su excelente labor.

Richard vio alejarse al noble, muy erguido, y pensó en lo distinto que era del mercenario. «Amo a los biafreños —había dicho el alemán de rostro enrojecido—. No tienen nada que ver con los cafres sanguinarios del Congo». Richard lo había entrevistado en su casa del monte, mientras bebía whisky directamente de la botella y

contemplaba a su hijo adoptivo, un pequeño biafreño que jugaba con metralla vieja esparcida por el suelo. A Richard le había molestado el menosprecio afectivo con que trataba al niño y el comentario sobre la excepción que hacía con los biafreños. Parecía que el mercenario se alegrara de haber encontrado por fin un lugar donde los negros eran dignos de su estima. El conde era diferente. Richard se quedó mirando el pequeño reactor antes de entrar en el coche.

Ya de vuelta, cuando estaba a punto de llegar a Port Harcourt, oyó el ruido lejano de los disparos. No tardó mucho en cesar, pero lo angustió. Por eso, cuando Kainene le propuso al día siguiente que fueran a Orlu a contratar a un carpintero para la casa nueva, a Richard no le gustó nada la idea. Le preocupaba pasar dos días seguidos lejos de Port Harcourt.

La casa nueva estaba rodeada de anacardos. Richard recordaba el mal estado en que se hallaba cuando Kainene la compró: no habían terminado de construirla, tenía manchas de moho verdoso en las paredes sin pintar y moscas y abejas se arremolinaban sobre los anacardos caídos que le provocaban náuseas. Perteneecía al antiguo director de la escuela secundaria de la comunidad que se encontraba en la misma calle. Ahora que habían convertido la escuela en un campo de refugiados y que su esposa había muerto, iba a marcharse al interior del país con las cabras y los niños. Repitió tantas veces que aquella casa estaba «fuera del radio de los bombardeos, completamente fuera del radio de los bombardeos», que al final Richard se preguntó cómo podía saber el hombre dónde iban los nigerianos a lanzar las bombas. No obstante, al pasearse por los espacios vacíos cerrados por paredes recién pintadas, acabó por reconocer que el lugar tenía su encanto. Kainene contrató a dos carpinteros del campo de refugiados, dibujó unos cuantos esbozos en una hoja y, ya en el coche, le dijo a Richard: «No me fío de que sepan construir una mesa decente».

Al salir de Orlu, oyeron un ruido estridente. El chófer se detuvo en medio de la carretera con un frenazo y todos salieron corriendo del vehículo y se escondieron entre la maleza. Algunas mujeres que iban andando por la carretera también echaron a correr, con la cabeza levantada mirando al cielo. Era la primera vez que Richard había tenido que ponerse a cubierto estando con Kainene; ella permanecía completamente tumbada y rígida a su lado, inmóvil. Sus hombros se rozaban. El conductor se había quedado un poco más atrás. Reinaba un silencio sepulcral. Un crujido fuerte y cercano de la hojarasca puso a Richard en tensión hasta que descubrió a la lagartija de cabeza roja que se asomaba. Esperaron y esperaron, y por fin se pusieron en pie al oír un coche que arrancaba y voces a su alrededor.

—¡Me han robado! ¡Me han robado!

A pocos metros, había un mercado. A una vendedora le habían robado el dinero mientras corría a ponerse a salvo. Richard la vio, y también a otras mujeres detrás de mostradores sin cubierta que gritaban y gesticulaban. Resultaba difícil creer que tan sólo unos momentos antes reinara allí el más absoluto silencio, y también que los

mercadillos de Biafra prosperaran tan rápidamente en el monte después de que los nigerianos bombardearan el mercado al aire libre de Awgu.

—Las falsas alarmas son peores que las verdaderas —dijo el chófer.

Kainene se sacudió bien el polvo de la ropa, pero la tierra estaba húmeda y se le había manchado de barro. La tela azul del vestido parecía estampada con irregulares dibujos marrón chocolate. Volvieron a subir al coche y continuaron el viaje. Richard notó que la chica estaba furiosa.

—Mira ese árbol —le dijo, señalándolo. Había quedado partido justo por la mitad, desde la copa hasta las raíces. Una parte se mantenía en pie, un poco inclinada, y la otra yacía en el suelo—. Ha ocurrido hace poco —observó Kainene.

—Mi tío pilotó un avión durante la guerra. Bombardeó Alemania. Me parece raro pensar que pudiera hacer algo así.

—Nunca hablas de él.

—Murió. Le dispararon. —Richard hizo una pausa—. Voy a escribir sobre los nuevos mercados forestales.

El chófer se había detenido en el puesto de control. Un camión cargado con estanterías, mesas y sofás estaba parado a un lado y un hombre se encontraba de pie junto a él, hablando con una defensa civil vestida con pantalones de color caqui y zapatos de lona. Ésta se alejó del hombre del camión, se acercó a ellos y escrutó a Richard y a Kainene. Le ordenó al chófer que abriera el maletero y echó un vistazo a la guantera, y luego le pidió el bolso a Kainene.

—Si llevara una bomba, no la escondería en el bolso —masculló.

—¿Cómo dice, señora? —preguntó la joven. Kainene no respondió. La mujer se dedicó a registrar el bolso con minuciosidad. Sacó un pequeño aparato de radio—. ¿Qué es esto? ¿Un transmisor?

—No, una radio —dijo Kainene, exagerando la vocalización con socarronería.

La joven examinó sus salvoconductos, sonrió y se colocó bien la boina.

—Lo siento, señora, pero ya sabe que hay muchos saboteadores que utilizan aparatos extraños para comunicarse con Nigeria. Y nuestra consigna es vigilar.

—¿Por qué han parado al hombre del camión? —quiso saber Kainene.

—Hacemos regresar a la gente que se está llevando los muebles.

—¿Por qué?

—Las huidas hacen que cunda el pánico entre la población civil. —La frase sonó como si recitara algo muy ensayado—. No hay motivo de alarma.

—Pero ¿qué pasa si su ciudad está a punto de caer? ¿Sabe de dónde viene ese hombre?

La mujer se cerró en banda.

—Buenos días, señora.

En cuanto el chófer puso el coche en marcha, Kainene dijo:

—Qué broma tan macabra, ¿verdad?

—¿Qué? —dijo Richard, aunque ya sabía a qué se refería.

—El miedo que despertamos entre nuestra propia población. ¡Bombas en el sujetador de las mujeres! ¡Bombas en los botes de leche de bebé! ¡Saboteadores por todas partes! ¡Vigila a tus propios hijos porque podrían estar colaborando con Nigeria!

—Es normal en la guerra. —A veces le gustaría que no fuera tan procaz—. Es importante que la gente sepa que hay saboteadores entre nosotros.

—Aquí los únicos saboteadores que hay son los que se inventa Ojukwu para encarcelar a sus oponentes y a los maridos de las mujeres que le gustan. ¿Te he contado lo del hombre de Onitsha que nos compró todo el cemento de la fábrica poco después de que los refugiados empezaran a regresar? Ojukwu tiene una aventura con su esposa y ha hecho que lo detengan sin que tenga la culpa de nada.

Kainene iba golpeteando con el pie. A veces hablaba de Su Excelencia igual que Madu. Su desdén no convencía a Richard. Había empezado cuando Madu se quejó de que Su Excelencia había pasado por encima de él y había nombrado a su hijo comandante en jefe. Si no hubiera sido así, tal vez Kainene sería menos crítica.

—¿Sabes a cuántos oficiales ha metido entre rejas? Está tan receloso de sus hombres que utiliza a civiles para comprar armas. Madu dice que acaban de comprar a Europa unos penosos fusiles de cerrojo. Realmente, cuando el país quede constituido tendremos que echar a Ojukwu del poder.

—¿Y poner a quién? ¿A Madu?

Kainene se echó a reír, y Richard se quedó sorprendido y complacido de que le hubiera hecho gracia su sarcasmo. Su presentimiento volvió, somatizado en un gruñido de tripas, al aproximarse a Port Harcourt.

—Detente para que compremos *akara* y pescado frito —le dijo Kainene al chófer, e incluso que éste pisara el freno puso aún más nervioso a Richard.

Cuando llegaron a casa, Ikejide le comunicó a Kainene que el coronel Madu había telefoneado cuatro veces.

—Espero que no haya pasado nada malo —dijo Kainene mientras abría el cucurucho aceitoso de papel de periódico que contenía el pescado frito y los pastelitos de alubias.

Richard cogió un *akara* que todavía quemaba y, mientras soplaba para enfriarlo, trató de convencerse de que Port Harcourt estaba a salvo. Todo iba bien. Pero cuando sonó el teléfono y al contestar oyó la voz de Madu, el corazón empezó a latirle con fuerza.

—¿Cómo estáis? ¿Habéis tenido algún problema? —preguntó Madu.

—No. ¿Por qué?

—Porque corre el rumor de que Inglaterra ha proporcionado cinco buques de guerra a Nigeria, y por eso algunos jóvenes han empezado a prender fuego a tiendas y casas de ingleses por todo Port Harcourt. Quería asegurarme de que no os había ocurrido nada. Puedo enviaros a uno o dos de mis hombres.

Al principio, a Richard le molestó que lo considerara un extranjero susceptible de

ser atacado, pero luego agradeció que se preocupara por ellos.

—Estamos bien —dijo—. Acabamos de llegar de echarle un vistazo a la casa de Orlu.

—Ah, muy bien. Llamadme enseguida si ocurre algo. —Madu hizo una pausa y se dirigió a alguien en voz baja antes de seguir hablando con Richard—. Tendrías que escribir un artículo sobre lo que dijo ayer el embajador francés.

—Claro.

—«Me habían dicho que los biafreños luchaban como héroes, pero ahora sé que los héroes luchan como los biafreños» —entonó Madu con orgullo, como si el cumplido se refiriera a él personalmente y quisiera asegurarse de que Richard lo había oído.

—Claro —repitió Richard—. Port Harcourt está a salvo, ¿verdad?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—Han arrestado a algunos saboteadores y todos son de las minorías no igbos. No sé por qué insisten en ayudar al enemigo. Pero saldremos de ésta. ¿Está Kainene?

Richard le pasó el auricular a Kainene. Era un sacrilegio que alguien pudiera traicionar a Biafra. Se acordó del ijaw y el efik con quienes había charlado en un banco de Onwerri, y que decían que los igbos acabarían dominándolos cuando por fin Biafra se constituyera. Richard les había contestado que un país surgido de las cenizas de la injusticia pondría limitaciones a las prácticas injustas. Cuando se lo quedaron mirando con escepticismo, mencionó al general del ejército que era efik, al director que era ijaw, a los soldados que defendían la causa con tanta brillantez. Aun así, no parecieron quedarse muy convencidos.

Richard se quedó en casa durante los días siguientes. Escribió sobre los mercados forestales y con frecuencia salía al porche a contemplar la carretera; tenía la impresión de que en cualquier momento iba a aparecer una turba de jóvenes empuñando antorchas con la intención de irrumpir en la casa. Kainene había visto una de las viviendas incendiadas de camino al trabajo. Ella lo había llamado «un ataque moderado», porque sólo habían chamuscado un poco las paredes. Richard también quería verlo para escribir sobre ello y tal vez relacionarlo con la quema de los bustos de Wilson y de Kosygin que se habían producido recientemente en los jardines del palacio de Gobierno, pero decidió esperar un poco para tener la garantía de que podía salir tranquilo a la calle siendo inglés. Al cabo de una semana, salía muy temprano a hacer un recorrido por la ciudad.

Le sorprendió ver un nuevo puesto de control en Aggrey Road, y aún más que hubiera soldados apostados. Tal vez se debiera a las casas incendiadas. En la calle no había nadie, los vendedores ambulantes se habían marchado con sus gritos a otra parte llevándose los cacahuets, los periódicos y el pescado frito. Un soldado se plantó en medio de la carretera y, al ver que se acercaban, empezó a balancear el fusil y a advertirles con señas que debían volver atrás. El chófer se detuvo y Richard sacó



el salvoconducto para mostrárselo al soldado. Sin embargo, éste lo ignoró y siguió balanceando el fusil.

—¡Den la vuelta! ¡Den la vuelta!

—Buenos días —empezó Richard—. Soy Richard Churchill y...

—¡Den la vuelta o disparo! ¡Nadie puede salir de Port Harcourt! ¡No hay motivo de alarma!

El hombre asía el fusil con inquietud. El chófer dio la vuelta. Ahora el presentimiento de Richard había tomado la forma de guijarros que le obstruían las fosas nasales, pero se las apañó para contárselo todo a Kainene con tono relajado al llegar a casa.

—Seguro que no es nada —dijo—. Corren tantos rumores que el ejército pretende por cualquier medio frenar la oleada de pánico.

—Está claro que es un buen método —observó Kainene adoptando de nuevo su postura recelosa. Estaba archivando documentos—. Tenemos que llamar a Madu y preguntarle qué está pasando.

—Sí —dijo Richard—. Muy bien, voy a afeitarme. No me ha dado tiempo antes de marcharme.

Desde el cuarto de baño, oyó la primera explosión. Continuó pasándose la barra por la barbilla. Siguieron más: ¡bum!, ¡bum!, ¡bum! Las persianas se resquebrajaron y empezaron a caer fragmentos del cristal de la ventana. Algunos fueron a parar a sus pies.

Kainene abrió la puerta del cuarto de baño.

—Les he pedido a Harrison y a Ikejide que carguen unas cuantas cosas en el coche —dijo—. Dejaremos el Ford y nos marcharemos en el Peugeot.

Richard se volvió y se la quedó mirando, y sintió unas terribles ganas de llorar. Le habría gustado mantener la calma igual que ella, que sus manos no temblaran al enjuagárselas. Cogió la crema de afeitar, los jaboncillos y unas cuantas esponjas y lo puso todo en una bolsa.

—Richard, tenemos que darnos prisa; se oyen muy cerca —dijo Kainene.

Volvieron a oírse series de explosiones. ¡Bum, bum, bum! La mujer estaba empaquetando sus cosas y las de Richard. Había abierto los cajones donde guardaba las camisas y la ropa interior y lo iba metiendo todo en la maleta con gestos rápidos y metódicos. Richard pasó la mano por encima de sus libros bien dispuestos en la estantería y empezó a buscar las cuartillas en las que había tomado notas para su artículo sobre las *ogbunigwe*, las fantásticas minas terrestres de producción biafireña. Estaba seguro de haberlas dejado encima de la mesa. Miró dentro de los cajones.

—¿Has visto mis notas? —le preguntó a Kainene.

—Tenemos que conseguir superar el ataque principal antes de que avancen, Richard —dijo mientras guardaba en el bolso dos gruesos sobres.

—¿Qué es eso? —preguntó Richard.

—Dinero de emergencia.

Harrison e Ikejide entraron para cargar las dos maletas. Richard oyó el fragor de los aviones justo encima. No podía ser verdad. Nunca había habido un ataque aéreo en Port Harcourt y no tenía ningún sentido que se produjera precisamente ahora, cuando la ciudad estaba a punto de caer y los vándalos ya habían bombardeado poblaciones cercanas. Pero el estruendo era inconfundible y las palabras de Harrison sonaron redundantes cuando gritó:

—¡Un avión enemigo, *sah!*

Richard corrió hacia Kainene, pero ella ya salía a toda prisa del dormitorio y él la siguió. Al pasar junto a Harrison y a Ikejide, que se habían escondido debajo de la mesa de la cocina, Kainene les gritó:

—¡Salid al huerto!

Fuera, el aire era húmedo. Richard levantó la cabeza y los vio. Eran dos aviones que volaban bajo, con una aerodinámica forma que agoraba una gran eficacia y dejaba en el cielo una estela blanca y plateada. El miedo hizo que la impotencia se apoderara de él. Se tumbó junto a Kainene debajo de los naranjos, en silencio. Ikejide y Harrison salieron corriendo de la casa. Harrison se tiró al suelo mientras Ikejide seguía corriendo, con el cuerpo un poco arqueado hacia delante, agitando mucho los brazos y la cabeza bamboleante. Se oyó el frío silbido de un mortero al cortar el aire, el estruendo al impactar contra el suelo y luego la explosión. Richard atrajo a Kainene con fuerza hacia sí. Un trozo de metralla del tamaño de un puño pasó sibilante. Ikejide seguía corriendo y, en el momento en que Richard miró hacia atrás, la cabeza de Ikejide ya no estaba. El cuerpo seguía corriendo, un poco arqueado y con los brazos agitándose a los lados, pero le faltaba la cabeza. Sólo un cuello sanguinolento. Kainene se puso a chillar. El cuerpo se desplomó junto al gran coche americano, los aviones se alejaron y desaparecieron en el infinito, y todos se quedaron en quietud absoluta durante unos largos minutos. Harrison fue el primero en levantarse. Dijo:

—Voy a por bolsa.

Salió con una bolsa de rafia. Richard no lo miró cuando se acercó hasta donde estaba la cabeza de Ikejide y la metió en la bolsa. Más tarde, mientras aferraba el cadáver por los tobillos y Harrison lo hacía por las muñecas para llevarlo hasta la fosa poco profunda que habían cavado al final del huerto, no se volvió a mirarlo ni una sola vez.

Kainene los observaba sentada en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Richard.

La mujer no respondió. Un vacío spectral se había apoderado de su mirada. Richard no sabía qué hacer. La sacudió con suavidad, pero aquella mirada ausente persistía, así que al final llenó un cubo de agua fría y se lo echó por encima.

—Para ya, por el amor de Dios —dijo Kainene, y se levantó—. Me has mojado el vestido.

Sacó otro de la maleta y se cambió en la cocina antes de partir hacia Orlu. Ya no

se daba prisa; con calma, enderezó el cuello y alisó el canesú con las manos. La mezcla confusa de ruidos aturdí a Richard mientras conducía. Se oían las explosiones de los proyectiles y el traqueteo de los disparos. Esperaba que en cualquier momento un soldado nigeriano les interceptara el paso, los atacara o les lanzara una granada. Pero no les ocurrió nada. Las carreteras estaban atestadas y los controles habían desaparecido. Desde el asiento de atrás, Harrison susurró muerto de miedo:

—Utilizan todo lo que tienen en mano para tomar Port Harcourt.

Kainene apenas dijo nada cuando llegaron a Orlu y no vieron ni carpinteros ni muebles. Los hombres habían desaparecido con la paga y señal en el bolsillo. Se limitó a acercarse al campo de refugiados y contratar a otro carpintero, un hombre de rostro cetrino que quería que le pagara con comida. Durante los días posteriores, se mantuvo casi todo el tiempo en silencio, encerrada en sí misma, mientras observaban al carpintero cortar, martillar y lijar.

—¿Por qué no quiere dinero? —le preguntó Kainene.

—¿Qué podría comprar? —respondió el hombre.

—No sea tonto —le espetó Kainene—. Hay muchas cosas que podría comprar con dinero.

—En Biafra, no. —El hombre se encogió de hombros—. A mí deme *garrí* y arroz.

Kainene no respondió. Cayó una cagada de pájaro sobre el suelo del porche y Richard la recogió con una hoja de anacardo.

—Ya sabes que Olanna vio en el tren a una madre que llevaba la cabeza de su hija —dijo Kainene.

—Sí —respondió Richard, aunque no lo sabía. Kainene nunca le había hablado de la experiencia de Olanna durante las masacres.

—Quiero verla.

—Estaría bien que fueras.

Richard respiró hondo para tranquilizarse al tiempo que reparaba en una de las sillas acabadas. Era muy fea, de líneas demasiado rectas.

—¿Cómo pudo la metralla cortar de cuajo la cabeza de Ikejide? —preguntó Kainene como si esperara oír que estaba del todo equivocada, y a Richard le habría encantado poder decirle que así era.

Por las noches, lloraba. Le había contado a Richard que quería soñar con Ikejide, pero que cada mañana se despertaba con el vivo recuerdo de su cuerpo corriendo sin cabeza mientras que, en el territorio vago y seguro de sus sueños, sólo se veía a sí misma fumando un cigarrillo con una elegante boquilla de oro.

Descargaron bolsas de *garrí* de una furgoneta, pero Kainene le ordenó a Harrison que no las tocara porque eran para el campo de refugiados. Se había convertido en la nueva proveedora del lugar.

—Les llevaré yo misma la comida a los refugiados, y voy a pedir estiércol al Centro de Investigación Agrícola.

—¿Estiércol?

—Sí; abono. Podríamos montar allí una granja agrícola. Obtendríamos alimentos propios, soja, judías y *akidi*.

—Ah.

—Hay un hombre de Enugu que tiene mucho talento para hacer cestas y lámparas. Podemos pedirle que enseñe a los demás, así tendrían ingresos. Vamos a montar algo que marque la diferencia. Y pediré a la Cruz Roja que todas las semanas nos envíe a un médico.

Desprendía un dinamismo maníaco; cada día se marchaba al campo de refugiados y volvía por la noche con la mirada ensombrecida por el cansancio. Ya no hablaba de Ikejide, le contaba a Richard las condiciones en que veinte personas se apiñaban en el espacio de una sola y que niños muy pequeños jugaban a hacer la guerra mientras unas madres amamantaban a sus hijos y el padre Marcel y el padre Jude, sacerdotes de la parroquia Holy Ghost, les prestaban su ayuda desinteresada. Pero de quien más hablaba era de Inatimi. Pertenecía a la Organización de Luchadores por la Libertad de Biafra, había perdido a toda su familia por culpa de las masacres y a menudo se infiltraba en campos enemigos. Estaba allí para educar a los refugiados.

—El cree que es importante que los nuestros sepan que la causa es justa y que comprendan por qué. Le he dicho que no se moleste en hablarles de la doctrina federal, del acuerdo de Aburi y de todas esas cosas. No lo entenderían nunca. Algunos ni siquiera tienen estudios primarios. Pero no me ha hecho caso y sigue perdiendo el tiempo hablándoles en pequeños grupos.

El tono de Kainene estaba lleno de admiración, como si por el hecho de no hacerle caso su heroísmo fuera aún mayor. Richard sentía celos de Inatimi. Se había formado la idea de un ser perfecto, valiente y activo, a quien la pérdida había convertido en intrépido y sensible. Cuando por fin lo conoció, estuvo a punto de echarse a reír en las narices de aquel mocoso bajito de nariz de patata. Pero pudo ver enseguida que el dios de Inatimi era Biafra. Tenía una fe ciega en la causa.

—Cuando perdí a todos mis familiares, a todos y cada uno, tuve la sensación de haber vuelto a nacer —le contó Inatimi a Richard con su tono suave—. Sentí que era una persona nueva porque no tenía a nadie que me recordara quién había sido.

Tampoco los párrocos eran como Richard se los había imaginado. Su ánimo sereno lo sorprendió. Cuando le dijeron que se habían quedado «admirados del buen trabajo de Dios» en aquel lugar, Richard quiso preguntarles por qué en primer lugar Dios permitía que hubiera guerra. Sin embargo, su fe lo conmovió. Si el hecho de creer en Dios hacía que se volcaran con tal entrega, valía la pena.

Richard estaba hablando de Dios con el padre Marcel la mañana en que llegó la doctora. Su Morris Minor cubierto de polvo llevaba las palabras «cruz roja» pintadas en rojo. Incluso antes de presentarse como la doctora Inyang y estrecharle la mano

con naturalidad, Richard ya sabía que pertenecía a una de las tribus minoritarias. Se preciaba de su facilidad para reconocer a los igbos. No tenía nada que ver con la apariencia, sino más bien con una sensación de afinidad...

Kainene acompañó a la doctora Inyang hasta el aula del final del pasillo, destinada a los enfermos. Richard los siguió y escuchó a Kainene hablarle de los refugiados que descansaban en camas de bambú. Una joven embarazada se incorporó y empezó a toser mientras se llevaba las manos al pecho, tan congestionado que resultaba doloroso oírla.

La doctora Inyang se le acercó con un estetoscopio y le dijo con suavidad en inglés criollo:

—¿Cómo está? ¿Qué tal hoy?

La embarazada se echó hacia atrás y arrojó un escupitajo con tal furia que le hizo fruncir el entrecejo. La secreción babosa fue a parar a la barbilla de la doctora.

—¡Saboteadora! —gritó la mujer—. ¡Tú y los tuyos estáis abriendo camino al enemigo! *Hapu mi* ¡Vosotros le abristeis el camino hasta mi pueblo!

La doctora se llevó la mano a la barbilla, pero se había quedado demasiado anonadada para limpiársela. El silencio estaba cargado de incertidumbre. De pronto, Kainene se acercó a la embarazada con paso enérgico y le propinó dos bofetadas rápidas y seguidas en la mejilla.

—¡Todos somos de Biafra! *Anyincha bu Biafra!* —le espetó—. ¿Me ha entendido? ¡Todos somos de Biafra!

La mujer se recostó.

El gesto violento de Kainene dejó a Richard petrificado. Había algo en ella que traslucía fragilidad, y temía que se desmoronara al menor roce. Se había entregado con tal fervor a aquello, a borrar todo recuerdo, que acabaría destruyéndose a sí misma.

Olanna tuvo un sueño agradable. No lo recordaba, pero sabía que había sido grato; por eso se despertó con la idea tranquilizadora de que todavía era capaz de tener sueños así. Le habría gustado que Odenigbo no se hubiera marchado a trabajar; si estuviera allí podría contárselo y él esbozaría su dulce sonrisa benévola mientras la escuchaba, aquel gesto que daba a entender que no le hacía falta estar de acuerdo con ella para creer lo que decía. No había vuelto a ver esa sonrisa en él desde que su madre muriera, desde que se marchara a Aba y volviera ensombrecido y empezara a marcharse al trabajo muy temprano y a pasar por el bar Tanzania antes de volver a casa. Si no se hubiera empeñado en cruzarlas carreteras ocupadas, no presentaría ahora aquel aspecto adusto y retraído. El fracaso no habría agravado su dolor. No debería haber permitido que se marchara. Pero su determinación estaba teñida de una hostilidad callada que le transmitía que no tenía derecho a tratar de detenerlo. Sus palabras —«Tengo que ir a enterrar lo que hayan dejado los buitres»— habían abierto un abismo que no sabía cómo salvar. Cuando Odenigbo se subió al coche y lo puso en marcha, Olanna le dijo: «Alguien la habrá enterrado ya».

Más tarde, sentada en el porche aguardando su llegada, se detestó a sí misma por no haber encontrado nada mejor que decir. «Alguien la habrá enterrado ya». Aquellas palabras sonaban demasiado triviales. Lo que quería decir es que seguramente su primo Aniekwena le habría dado sepultura. El mensaje que había enviado mediante un soldado que estaba de permiso era breve: Aba estaba ocupada y él había regresado furtivamente para recoger algunas pertenencias y encontró a mamá muerta de un disparo junto al muro que rodeaba su casa. No decía nada más, pero Olanna daba por hecho que cavaría una tumba. No iba a dejar que se pudriera allí.

No recordaba las horas que había aguardado el regreso de Odenigbo, pero sí la sensación de ceguera, de tener los ojos cubiertos por una fría membrana. Alguna vez la había obsesionado la muerte de Bebé, de Kainene o de Ugwu, y había anticipado vagamente cómo sentiría el futuro duelo. Sin embargo, nunca se había planteado la posibilidad de que Odenigbo falleciera. Nunca. Él era la constante de su vida. Cuando regresó, pasada la medianoche, con los zapatos cubiertos de barro, supo que nada volvería a ser como antes. Le pidió a Ugwu un vaso de agua y le contó a ella con voz calmada:

—Me ordenaron que volviera atrás, así que aparqué el coche en un sitio escondido y comencé a andar. Cuando llevaba un rato, un oficial biafreño me apuntó con el fusil y me amenazó con dispararme y ahorrarles el problema a los vándalos si no me daba media vuelta.

Olanna lo abrazó y él empezó a sollozar. El alivio que sentía estaba teñido de desconsuelo.

—Estoy bien, *nkem* —dijo.

Pero ya no volvió a visitar los pueblos del interior con el Cuerpo Agitador ni

regresaba a casa con la mirada brillante. En vez de eso, iba todos los días al bar Tanzania y regresaba con un rictus taciturno. Las pocas veces que hablaba, lo hacía sobre el trabajo de investigación que no llegó a publicar y que se había quedado en Nsukka, un trabajo que le habría valido la plaza de catedrático y con el que los vándalos habrían hecho a saber qué. Olanna quería que le hablara de verdad, que le permitiera ayudarlo a sobrellevar el duelo, pero cada vez que le decía algo, él contestaba: «Es muy tarde, *nkem*». No estaba segura del significado de aquellas palabras. Podía percibir los estratos de su dolor —nunca sabría cómo había muerto exactamente mama y tendría que batallar por siempre con viejos resentimientos—, pero no se sentía unida a él en el duelo. A veces se preguntaba si sería más culpa de ella que de él, si carecía de la fortaleza suficiente para hacer que él no la excluyera de su dolor.

Okeoma acudió a darle el pésame.

—Me he enterado de lo ocurrido —dijo cuando Olanna le abrió la puerta.

Ella lo abrazó y se fijó en la cicatriz irregular y abultada que le recorría la garganta desde la barbilla, mientras pensaba en la rapidez con que se difundían las noticias relacionadas con la muerte.

—No me ha contado nada —dijo Olanna—. Lo poco que me ha dicho no tiene sentido.

—Odenigbo nunca ha sabido mostrarse débil. Ten paciencia con él —casi susurró Okeoma, porque Odenigbo había salido a recibirlo. Cuando se hubieron abrazado y dado sendas palmadas en la espalda, Okeoma lo miró a los ojos—. *Ndo*. Lo siento.

—Creo que debió de sorprenderle que le dispararan —dijo Odenigbo—. Mamá nunca llegó a comprender que estábamos en guerra y que su vida corría peligro.

Olanna se lo quedó mirando.

—Lo pasado, pasado está —dijo Okeoma—. Tienes que ser fuerte.

Un breve y manido silencio se cernió sobre la estancia.

—Julius ha traído un poco de vino de palma nuevo —dijo al fin Odenigbo—. Ya sabes que últimamente le añaden mucha agua, pero éste está muy bueno.

—Más tarde. ¿Dónde tienes el White Horse que reservas para las visitas?

—Casi no queda.

—Pues me lo terminaré —dijo Okeoma.

Odenigbo sacó la botella y se sentaron en el salón, con la radio a bajo volumen y el aroma de la sopa de Ugwu flotando en el aire.

—Mi comandante se lo bebe como si fuera agua —explicó Okeoma, y agitó la botella para ver cuánto quedaba.

—¿Y cómo está ese blanco mercenario? —preguntó Odenigbo.

Okeoma dirigió una fugaz mirada de disculpa a Olanna antes de responder.

—No hace más que echarse encima de las chicas a campo raso, donde los hombres puedan verlo, y se las tira mientras sostiene en su mano una bolsa llena de

dinero. —Okeoma bebía directamente de la botella. Alzó la cabeza con pesadumbre—. Podríalos haber recuperado Enugu fácilmente si se hubiera dignado escucharnos; se cree que conoce esta tierra mejor que todos nosotros. Ha empezado a apropiarse de coches de ayuda humanitaria. La semana pasada amenazó a Su Excelencia con marcharse si no recibía su sueldo, —Okeoma echó otro trago—. Hace un par de días salí vestido de paisano, y un guarda forestal me detuvo en la carretera y me acusó de desertor. Le advertí que no se le ocurriera volver a hacerlo o me vería obligado a demostrarle qué diferencia a los comandos de los soldados rasos. Cuando me marchaba, lo oí reírse. ¡Imagínatelo! Antes nadie se habría atrevido a reírse de un comando. Si no nos reorganizamos, acabaremos perdiendo toda la credibilidad.

—¿Por qué los blancos tienen que cobrar por combatir en nuestra guerra? —Odenigbo se recostó en la silla—. Muchos de nosotros estaríamos dispuestos a luchar de verdad, porque somos capaces de dar nuestra vida por Biafra.

Olanna se levantó.

—Vamos a comer —dijo—. Siento que la sopa no esté hecha con carne, Okeoma.

—«Siento que la sopa no esté hecha con carne» —se burló Okeoma—. Ni que esto fuera una carnicería. No he venido a por carne.

Ugwu colocó los platos de *garrí* encima de la mesa.

—Por favor, quítate la granada para comer, Okeoma —le pidió Olanna.

El hombre la sacó del cinturón y la dejó en una esquina de la mesa. Permanecieron un rato en silencio mientras hacían pelotillas *de garrí* que luego metían en la sopa y se comían a cucharadas.

—¿De qué es esa cicatriz? —preguntó Olanna.

—Ah, no es nada —respondió Okeoma, y se la palpó con suavidad—. Parece más grave de lo que es.

—Tendrías que unirme a la Liga de Escritores de Biafra —le propuso Olanna—. Deberías ser uno de los que van por el mundo divulgando nuestra causa.

Okeoma empezó a negar con la cabeza antes de que Olanna terminara de hablar.

—Soy un soldado —dijo.

—¿Sigues escribiendo? —preguntó ella.

Okeoma volvió a negar con la cabeza.

—Pero podrías recitarnos algún poema, ¿no? Alguno del que te acuerdes —sugirió, e incluso a ella le pareció una petición desesperada.

La nuez de la garganta de Okeoma se movió arriba y abajo al tragarse *el garrí* que masticaba.

—No —dijo, y se volvió hacia Odenigbo—. ¿Has oído lo que la batería de la costa ha hecho con los vándalos de la zona de Onitsha?

Después de comer, Odenigbo se retiró al dormitorio. Okeoma se terminó el whisky y a continuación se bebió un vaso tras otro de vino de palma hasta quedarse dormido en el sillón. Tenía la respiración pesada; hablaba entre dientes y dos veces agitó los brazos como si se defendiera de algún agresor. Olanna le dio unas



palmaditas en el hombro para despertarlo.

—*Kunie*. Ven y acuéstate —dijo.

El hombre abrió los ojos enrojecidos y de mirada perpleja.

—No, no, no estaba durmiendo.

—Ahora mismo estabas en otro mundo.

—Qué va. —Okeoma contuvo un bostezo—. Me ha venido un poema a la cabeza.

Se incorporó, irguió la espalda y empezó a recitar, pero de una forma distinta a como lo hacía en Nsukka. Allí imprimía a sus palabras un tinte dramático, convencido de que su arte era más importante que ninguna otra cosa. Sin embargo, ahora declamaba con un tono que, aunque sin quererlo, resultaba histriónico.

Parda,  
resplandor de sirena en la piel,  
se muestra,  
cual aurora de plata,  
y el sol la viene a ver;  
sirena  
que nunca será mía.

—Como diría Odenigbo: ¡la voz de una generación! —exclamó Olanna.

—¿Y qué dirías tú?

—La voz de un hombre.

Okeoma sonrió con timidez y Olanna recordó cómo Odenigbo solía provocarla diciéndole que el hombre la deseaba en secreto. El poema estaba dedicado a ella y él había querido que lo supiera. Permanecieron sentados en silencio hasta que a Okeoma empezaron a cerrársele los ojos. Al cabo de poco rato, sus ronquidos eran regulares. Lo observó mientras se preguntaba qué debía de estar soñando. Seguía dormido, mascullando y moviendo la cabeza de un lado a otro con frecuencia, cuando al anochecer llegó el profesor Achara.

—Vaya, tu amigo el comando está aquí —dijo—. Por favor, avisa a Odenigbo. Salgamos al porche.

Se sentaron en el banco de fuera. El profesor Achara miraba al suelo y no paraba de cruzar y descruzar los dedos.

—Se trata de un asunto bastante desagradable.

El miedo hizo que Olanna sintiera de pronto una gran opresión en el pecho: le había ocurrido algo a Kainene y habían enviado al profesor Achara para comunicárselo. Le entraron ganas de que el hombre se marchara sin abrir la boca, porque lo que no supiera no le dolería.

—¿Qué ocurre? —preguntó Odenigbo sin rodeos.

—He intentado por todos los medios que el dueño de la casa cambiara de idea. He

hecho todo cuanto he podido, pero no ha habido nada que hacer. Quiere que os marchéis dentro de dos semanas.

—No sé si lo he entendido bien —dijo Odenigbo.

Pero Olanna estaba segura de que sí. Les estaba pidiendo que abandonaran aquella casa porque el dueño había encontrado a alguien dispuesto a pagarle el doble o tal vez el triple de alquiler.

—Lo siento muchísimo, Odenigbo. El hombre suele ser más razonable, pero supongo que los tiempos que corren hacen que todos perdamos un poco el sentido común.

Odenigbo dio un suspiro.

—Os ayudaré a encontrar otro sitio —dijo el profesor Achara.

Tuvieron suerte de encontrar una habitación, ya que Umuahia estaba atestado de refugiados. El edificio alargado tenía nueve habitáculos paralelos, cada uno de ellos provisto de una ventana que daba a un pequeño porche. La cocina se encontraba situada en un extremo y el cuarto de baño, en el otro, cerca de un grupo de bananos. Ellos ocupaban la habitación contigua al baño. La primera vez que Olanna echó un vistazo dentro no logró imaginarse cómo podría vivir allí junto a Odenigbo, Bebé y Ugwu, cómo se las apañaría para comer, vestirse y hacer el amor en el mismo espacio. Odenigbo separó la zona destinada a dormir con una fina cortina. Al ver la cuerda un poco floja cuyos extremos había atado a unos clavos en la pared, Olanna se acordó del dormitorio de la casa de tío Mbaezi y tía Ifeka en Kano, y rompió a llorar.

—Pronto encontraremos un sitio mejor—dijo Odenigbo, y ella asintió y no le confesó que no lloraba por eso.

Mama Oji vivía en la habitación de al lado. Tenía el semblante adusto y pestañeaba tan poco que a Olanna la desconcertó la fijeza de su mirada la primera vez que habló con ella.

—Bienvenida, *nno* —le dijo—. ¿No está tu marido?

—Se ha marchado a trabajar —respondió Olanna.

—Quería hablar con él antes de que otros lo hagan. Es por mis hijos.

—¿Tus hijos?

—Sí. Oí que el casero lo llamaba «doctor».

—Ah, no. Es porque tiene un doctorado.

La mirada de incompreensión de mama Oji era tan penetrante que a Olanna le pareció que iba a perforarla.

—Es un doctor de los que trabajan con libros, no con enfermos —explicó.

—Ah. —La expresión de mama Oji permaneció inalterable—. Mis niños tienen asma. Ya se me han muerto tres desde que empezó la guerra. Y me quedan tres más.

—Lo siento. *Ndo* —respondió Olanna.

Mama Oji se encogió de hombros y luego le dijo que todos los vecinos eran unos ladrones consumados. Si dejaba una bombona de queroseno en la cocina, la encontraría vacía cuando volviera. Si se olvidaba el jabón en el baño, desaparecería.

Si tendía la ropa y no la vigilaba, volaría.

—Ten cuidado —le dijo—. Cierra la puerta con llave aunque sólo salgas para orinar.

Olanna le dio las gracias y lamentó que Odenigbo no fuera predico. También dio las gracias a los otros vecinos que acudieron a presentarse y a chismorrear. En el patio había demasiada gente; en la otra habitación contigua a la de mama Oji vivía una familia de dieciséis. El suelo del baño estaba pegajoso por culpa de la suciedad desprendida de demasiados cuerpos y el inodoro estaba impregnado de los olores de extraños. En las noches húmedas, cuando la atmósfera estaba más saturada, Olanna suspiraba por tener un ventilador, por disponer de electricidad. La casa en la que vivían en la otra punta del pueblo tenía suministro hasta las ocho de la tarde, pero en la parte más interior, donde ahora vivían, no lo había. Compró lámparas de aceite fabricadas con botes de leche. Cada vez que Ugwu las prendía, Bebé chillaba y retrocedía por el fogonazo repentino de la llama desprotegida. Olanna la observaba, contenta de que no viviera la nueva mudanza, su nueva vida, con confusión traumática; en vez de eso, se dedicaba a jugar a diario con su nueva amiga Adanna, gritándose una a otra «¡A cubierto!» y corriendo entre risas a esconderse bajo los bananos para ponerse a salvo de aviones imaginarios. Sin embargo, a Olanna le preocupaba que se le pegara el acento rústico de la niña, que le contagiara alguna enfermedad a través de los forúnculos de aspecto purulento de sus brazos o que le picaran las pulgas de Bingo, su escuálido perro.

El primer día que Olanna y Ugwu cocinaron, la madre de Adanna entró en la cocina con un cuenco en la mano.

—Por favor, dame poco sopa —le pidió.

—No, no tenemos bastante —repuso Olanna.

Entonces se acordó del único vestido de Adanna, confeccionado a partir de un saco de harina de los utilizados para transportar provisiones de auxilio, de forma que en la espalda se leía «flou», pues la «r» quedaba tapada por la costura. Olanna echó unos cucharones de sopa aguada en el cuenco de cerámica. Al día siguiente, mama Adanna entró y le pidió un poco de *garrí*. Olanna le dio media taza. Al tercer día entró cuando en la cocina había muchas más mujeres, y volvió a pedirle que le diera sopa.

—¡Deja de darle tu comida! —gritó mama Oji—. Le hace lo mismo a cada nuevo inquilino. ¡Tendría que plantar mandioca para alimentar a su familia y dejar de molestar a la gente! ¡Ella es de Umuahia, no una refugiada como nosotras! ¿Cómo es capaz de pedirle comida a un refugiado?

Mama Oji la abucheó muy fuerte y continuó machacando dátiles en el mortero. La determinación que mostraban los rasgos de su rostro enjuto fascinaba a Olanna. Nunca la había visto sonreír.

—Resulta que son los refugiados como vosotros los que han acabado con toda nuestra comida —replicó mama Adanna.

—¡Cierra esa boca pestilente! —le espetó mama Oji.

Y mama Adanna lo hizo de inmediato; sabía muy bien que no había forma de replicar a mama Oji por la prontitud y la estridencia de sus respuestas; nunca se quedaba sin palabras y las soltaba con una gran viveza.

Por las noches, cuando mama Oji se peleaba con su marido, su voz atravesaba el patio.

—¡Tú, borrego castrado! ¡Dices que eres un hombre y desertaste del ejército! ¡Que te oiga yo volver a decirle a alguien que te hirieron en combate! ¡Vuelve a abrir tu sucia boca y les contaré a los soldados dónde te escondes!

Sus invectivas se habían convertido en algo familiar, así como la oración que el reverendo Ambrose decía en voz alta mientras se paseaba por el patio arriba y abajo, y el sonido del piano procedente de la habitación contigua a la cocina. Olanna se sorprendió mucho la primera vez que oyó las notas melancólicas, una música tan pura y tan bien interpretada que llenaba el ambiente y sumía a los cimbreados bananos en la quietud.

—Ésa es Alice —dijo mama Oji—. Vino a parar aquí cuando cayó Enugu. Antes no hablaba con nadie. Por lo menos ahora responde cuando la saludan. Vive sola en su habitación. Nunca sale y nunca cocina. Nadie sabe qué es lo que come. La vez anterior que fuimos a rastrear el terreno se le hizo demasiado cuesta arriba venir con nosotros. Todos los demás registramos el monte en busca de vándalos escondidos, pero ella no salió. Algunas mujeres llegaron a amenazar con denunciarla a la milicia.

La música seguía sonando. Parecía de Beethoven, pero Olanna no estaba segura. Odenigbo lo sabría. Luego el ritmo se volvió más rápido y la intensidad cargada de furia fue aumentando progresivamente hasta que cesó. Alice salió de la habitación. Era de constitución pequeña, menuda, e incluso sólo mirarla hizo que Olanna se sintiese tosca y desproporcionada. Su piel casi traslúcida y sus manos diminutas tenían un aire infantil.

—Buenas tardes —dijo—. Me llamo Olanna. Acabamos de trasladarnos a esta habitación.

—Bienvenida. He visto a tu hija.

Alice le estrechó la mano con laxitud. Parecía tratarse a sí misma con sumo cuidado, como si nunca se frotara la piel con excesiva fuerza.

—Tocas muy bien —le dijo Olanna.

—No, no. No lo hago bien. —Alice negó con la cabeza—. ¿De dónde vienes?

—De la universidad de Nsukka. ¿Y tú?

Alice dudó.

—Vengo de Enugu.

—Tenemos amigos allí. ¿Conoces a alguien de la Escuela Nigeriana de Bellas Artes?

—Ah, mira, el baño está libre.

La joven se giró y se alejó corriendo. Su brusquedad sorprendió a Olanna.

Cuando salió, la saludó con una vaga inclinación de cabeza y entró en su habitación. Enseguida se oyó el sonido del piano, lento y calmado, y Olanna sintió el deseo de abrir la puerta de la habitación de Alice y contemplarla mientras tocaba.

A menudo pensaba en ella, en la delicadeza de su constitución menuda y su piel clara y en la increíble intensidad con que tocaba el piano. Cuando Olanna reunía a Bebé, a Adanna y a algunos otros niños de la comunidad y les leía en voz alta, esperaba que Alice se uniera a ellos. Se preguntaba si le gustaría la música high life. Tenía ganas de hablar con ella de música, de arte y de política. Sin embargo, siempre que Alice abandonaba su habitación lo hacía a toda prisa y sólo para ir al cuarto de baño, y no respondía cuando Olanna llamaba a su puerta. «Debía de estar dormida», se excusaba luego. Pero no le pedía a Olanna que pasara en otro momento.

Por fin un día se encontraron en el mercado. Acababa de amanecer y en el aire se notaba la densidad del rocío. Olanna se paseaba bajo el húmedo frescor del verde follaje del bosque, esquivando las gruesas raíces. Regateó con un vendedor, sin gritar pero con firmeza, antes de comprarle mandiocas de piel rosada. Siempre había creído que eran venenosas por la viveza de su color, hasta que un día la señora Muokelu le aseguró que eran comestibles. Se oyó el canto agudo de un pájaro procedente de un árbol. De vez en cuando, caía una hoja balanceándose. Se detuvo delante de un puesto en el que había pedazos de pollo crudo de un color grisáceo y se imaginó que los cogía todos y salía corriendo a toda velocidad. Si compraba el pollo, no podría comprar nada más. Por eso al final se decidió por unos caracoles medianos. Los más pequeños, provistos de su cáscara en forma de espiral, eran más baratos, pero no era capaz de comprarlos, de concebir que eran comida, ya que siempre los había considerado compañeros de juego de los niños que vivían en el campo. Estaba a punto de marcharse cuando vio a Alice.

—Buenos días, Alice —dijo.

—Buenos días —dijo Alice.

Olanna hizo un ademán para abrazarla de la forma breve y habitual en los saludos, pero Alice extendió la mano para estrechársela con formalidad, como si no fueran vecinas.

—No encuentro sal en ninguna parte; no hay —dijo Alice—. Y los que nos metieron en esto tienen toda la que les da la gana.

Olanna se sorprendió. Claro que allí no había sal; no la había casi en ninguna parte. Alice tenía un aspecto pulcro y menudo con aquel vestido de lana con su cinturón que Olanna podía imaginarse expuesto en una tienda de Londres. No se parecía en nada a la típica biafreña que acudía al mercado forestal de buena mañana.

—Dicen que los nigerianos no han parado de bombardear Uli y que no ha podido aterrizar ni un solo avión de ayuda humanitaria en toda la semana —dijo Alice.

—Ya lo he oído —respondió Olanna—. ¿Vuelves a casa?

Alice volvió la cabeza hacia la espesura del bosque.

—Todavía no.

—Te esperaré y así volveremos juntas.

—No, no te preocupes —dijo Alice—. Adiós.

Se dio media vuelta y avanzó hacia los puestos con paso grácil pero forzado, como si alguien le hubiera aconsejado mal sobre la forma de andar de una dama. Olanna se la quedó mirando un momento y se preguntó qué habría debajo de aquella coraza. Luego se marchó a casa. De camino, hizo una parada en el centro de ayuda humanitaria para ver si había algo de comida, si algún avión había conseguido aterrizar. El recinto estaba desierto y estuvo un rato mirando a través de la verja cerrada. En la pared, sujeto con clavos, había un cartel medio rasgado. Alguien había tachado con carbón vegetal las palabras «cmi: concilio mundial de iglesias» y había escrito encima con mala letra «CMI: CONFLICTO MUNDIAL DE INTERESES».

Se encontraba cerca del molino de maíz cuando una mujer salió corriendo de una casa que había a pie de carretera, gritándoles a dos soldados que se llevaban a un chico alto:

—¡Os digo que me llevéis a mí! —chillaba—. ¡Dejadlo, llevadme a mí! ¡Ya hemos sacrificado a Abuchi por vosotros!

Los soldados hicieron caso omiso de la mujer y el chico mantuvo la postura erguida, como si no confiara en sí mismo si se volvía a mirar a su madre.

Olanna se hizo a un lado para que pasaran. Cuando llegó a casa, se enfadó al ver a Ugwu de pie en el patio, hablando con unos vecinos. Cualquier soldado encargado de reclutar chicos podría verlo.

—*Bia nwoke* m, ¿estás mal de la cabeza? ¿No te he dicho que no salgas? —lo reprendió entre dientes.

Ugwu le cogió la cesta y masculló:

—Lo siento, *mah*.

—¿Dónde está Bebe?

—En la habitación de Adanna.

—Dame la llave.

—El señor está dentro, *mah*.

Olanna miró el reloj aunque no le habría hecho falta. Era demasiado temprano para que hubiera vuelto. Lo encontró sentado en la cama con el cuerpo encorvado, en silencio, pero sus hombros subían y bajaban ligeramente.

—*O gini?* ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Olanna.

—Nada.

Se le acercó.

—*Ebezi na*, deja de llorar —susurró.

Pero en realidad no quería que parara, quería que llorara y llorara hasta que lograra sacar toda la pena que tenía acumulada en el pecho, hasta que desapareciera el amargor de su tristeza. Lo rodeó con los brazos y lo meció, y él, poco a poco, se fue relajando. La abrazó y sus sollozos se volvieron sonoros. Cada inspiración le recordaba a Bebé: lloraba igual que su hija.

—Nunca me ocupé lo suficiente de mamá —dijo al fin.

—Tranquilo —susurró.

Olanna también deseaba haberse preocupado más por su madre, en lugar de esforzarse por evitar que el resentimiento se asentara en ella. Había muchas cosas que le gustaría remediar si pudiera.

—Nunca tenemos bastante presente la muerte —dijo Odenigbo—. Lo único que justifica nuestra forma de vivir es que no tenemos presente que todos moriremos. Tarde o temprano, todos moriremos.

—Sí —dijo Olanna, sintiendo cómo los hombros de Odenigbo se hundían.

—Pero ¿acaso no consiste en eso estar vivo? ¿No es la vida una negación constante de la muerte?

Olanna lo abrazó más fuerte.

—Me he estado planteando la posibilidad de alistarme en el ejército, *nkem* —dijo—. Podría unirme a la nueva brigada S de Su Excelencia.

Olanna se quedó muda unos momentos. Le entraron unas ganas irrefrenables de tirarle de la barba reciente hasta arrancársela y hacerle sangre.

—También podrías buscar un árbol robusto y una cuerda, Odenigbo. Te costará menos suicidarte así —le espetó.

Él se retiró para verle la cara, pero Olanna apartó la mirada, se levantó y puso la radio a todo volumen. Una canción de los Beatles rompió el silencio. No pensaba seguir hablando de aquella cuestión de enrolarse en el ejército.

—Tendríamos que construir un bunker —dijo Odenigbo, y se acercó a la puerta—. Sí, necesitamos un bunker.

Sus ojos vidriosos y sus hombros caídos preocupaban a Olanna. De todas formas, si sentía la necesidad de hacer algo, mejor que construyera un refugio y se olvidara de alistarse.

Lo vio hablar delante del recinto con papa Oji y algunos hombres más.

—¿Veis esos bananos? —preguntó papa Oji—. Pues cada vez que nos han bombardeado nos hemos puesto debajo, y nunca nos ha ocurrido nada. No nos hace falta ningún bunker. Los bananos amortiguan las balas y las bombas.

Odenigbo le dedicó una mirada tan gélida como su respuesta.

—¿Qué sabrá un desertor de bunkeres?

Se alejó del grupo y, poco después, se puso con Ugwu a trazar líneas en la tierra y cavar detrás del edificio. Enseguida se unieron a ellos los hombres más jóvenes y, al caer el sol, también los mayores, incluido papa Oji. Olanna los observó y se preguntó qué debían de pensar de Odenigbo. Cuando todos bromeaban y se reían, él continuaba serio. Sólo hablaba del trabajo que tenían entre manos. «No, *mba*, un poco más abajo». «Sí, déjalo ahí». «No, no, muévelo un poco más». Llevaba la camiseta sin mangas pegada al cuerpo y Olanna notó por primera vez cuánto se había adelgazado y lo hundido que tenía el pecho.

Aquella noche, al acostarse, posó la mejilla en la de él. No le había dicho cuál era

la razón que lo había hecho quedarse en casa y llorar la muerte de su madre. Fuera lo que fuese, esperaba que aflojara algunos de los nudos que se habían ido estrechando en su interior. Lo besó en el cuello y en la oreja, de la forma que siempre hacía que la atrajera hacia sí las noches en que Ugwu salía a dormir al porche. Sin embargo, esta vez le apartó la mano y le dijo:

—Estoy cansado, *nkem*.

Era la primera vez que le respondía así. Olía a sudor rancio, y a Olanna la invadió de repente la nostalgia al acordarse del Oíd Spice que se había quedado en Nsukka.

Ni siquiera el milagro de Abagana sirvió para aflojar sus nudos. Antes lo habrían celebrado como si se tratara de una victoria personal. Se habrían abrazado y besado y ella habría frotado su mejilla contra la barba incipiente de él. Pero al escuchar la noticia por la radio, Odenigbo se limitó a exclamar:

—Excelente, excelente.

Y más tarde, cuando los vecinos se pusieron a bailar para celebrarlo, se los quedó mirando con expresión vacua.

Mama Oji empezó a cantar:

—*Onye ga-enwe mmeri?*

Y las demás mujeres respondieron:

—*Biafra ga-enwe mmeri, igba!*

Formaron un círculo y empezaron a balancearse con movimientos aiosos; al exclamar «*igba!*», daban una patada en el suelo con fuerza y levantaban nubes de polvo que volvían a posarse. Olanna se unió a ellas, animada por la letra:

—«¿Quién ganará? ¡Biafra ganará, *igba!*», —deseando que Odenigbo no se limitara a permanecer allí sentado con expresión ausente.

—Olanna baila igual que los blancos —observó mama Oji entre risas—. ¡No mueve el trasero!

Era la primera vez que Olanna oía reírse a mama Oji. Los hombres contaban una y otra vez lo ocurrido —unos decían que las fuerzas de Biafra se habían emboscado para prender fuego a una columna de cien vehículos, y otros, que los vehículos incendiados eran mil entre carros blindados y camiones—, pero todos coincidían en afirmar que si el convoy hubiera alcanzado su destino, aquello habría sido el final de Biafra. Había un montón de aparatos de radio a todo volumen en el porche, delante de las habitaciones. Retransmitían la noticia una y otra vez, y cada vez que terminaban de hacerlo, la mayor parte de los vecinos se unían a la voz que entonaba: «¡Por un mundo libre, salvar a Biafra es una tarea imprescindible!». Hasta Bebé se sabía la letra. La repetía mientras daba palmadas rítmicas en la cabeza de Bingo. Alice fue la única que no salió, y Olanna se preguntaba qué estaría haciendo.

—Alice se cree demasiado importante para mezclarse con gente como nosotros en el patio —dijo mama Oji—. Pero mírate a ti. Y eso que dicen que tu padre es un gran hombre. ¿Quién se habrá creído que es?



—Puede que esté durmiendo.

—Sí, sí, seguro. Esa Alice es una saboteadora. Lo lleva escrito en la cara. Trabaja para los vándalos.

—¿Desde cuándo los saboteadores lo llevan escrito en la cara? —preguntó Olanna, divertida.

Mama Oji se encogió de hombros, dándole a entender que pensaba tomarse la molestia de convencerla de algo que sabía con seguridad.

El chófer del profesor Ezeka llegó horas más tarde, cuando el patio estaba menos concurrido, más silencioso. Le entregó una nota a Olanna, se dio media vuelta y abrió el maletero del coche para sacar dos cajas de cartón. Ugwu se apresuró a entrar con ellos.

—Gracias —dijo Olanna—. Dale las gracias al señor.

—Sí, *mah*. —El hombre no se movió.

—¿Algo más?

—Por favor, *mah*. Tengo que esperar hasta que compruebe que está todo.

—Ah.

Ezeka había anotado en el anverso de la hoja con su letra indescifrable todo lo que había enviado. En el reverso, había escrito: «Por favor, aseguraos de que el chófer no haya mangoneado nada». Olanna entró en la habitación y contó los botes de leche en polvo, cajas de té y galletas, Ovaltine, latas de sardinas, paquetes de azúcar y de sal... No pudo ahogar un grito de asombro al ver el papel higiénico. Por lo menos Bebé dejaría de usar periódicos viejos durante un tiempo. Escribió una nota efusiva de agradecimiento y se la entregó al chófer. El hecho de que Ezeka lo hiciera para demostrar su superioridad, si es que así era, no iba a empañar su alegría. Y el placer que demostraba sentir Ugwu parecía incluso mayor.

—¡Parece que estemos en Nsukka, *mah*! —dijo—. ¡Hay hasta sardinas!

—Por favor, pon un poco de sal en una bolsa, una cuarta parte del paquete.

—¿Para quién es, *mah*? —Ugwu se mostraba receloso.

—Para Alice. No le digas a ningún vecino que tenemos todo esto. Si te preguntan algo, di que han enviado libros para el señor.

—Sí, *mah*.

Olanna percibió la mirada reprobatoria de Ugwu cuando le llevaba la sal a Alice. Llamó a la puerta pero no obtuvo respuesta. Ya se disponía a marcharse cuando Alice abrió.

—Un amigo nos ha enviado provisiones —dijo Olanna mientras sostenía en alto la bolsita con sal.

—¡Eh! ¡Pero aquí hay demasiada! —dijo Alice, al tiempo que extendía el brazo para coger la bolsa—. ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

—Hace tiempo que no lo vemos. Ha sido toda una sorpresa.

—Y tú te molestas en compartirla conmigo. No tienes por qué hacerlo. Alice sujetaba la bolsita de sal contra su pecho. Tenía sombras bajo los ojos y las venas

verdosas se traslucían bajo su pálida piel. Olanna pensó que tal vez estuviera enferma.

No obstante, Alice tenía un aspecto muy diferente cuando, al anochecer, salió al porche y se sentó junto a Olanna en el suelo del porche con las piernas estiradas. Tal vez se hubiera aplicado algunos polvos. Tenía unos pies diminutos y llevaba una crema corporal de aroma familiar. Mama Adanna pasó por delante de ellas y exclamó:

—¡Eh, Alice! ¡No te había visto nunca sentada aquí!

Y los labios de Alice esbozaron una sonrisa. El reverendo Ambrose rezaba cerca de los bananos. Sus vestiduras rojas de manga larga relucían bajo el sol a punto de ocultarse.

—¡Jehová bendito, destruye a los vándalos en el fuego sagrado! ¡Jehová bendito, ayúdanos a vencer!

—Dios ayuda a Nigeria —dijo Alice—. Siempre lucha del bando del que tiene más armas.

—¡Dios está de nuestra parte! —La brusquedad de su respuesta sorprendió a la propia Olanna. Alice pareció desconcertada. Desde algún lugar detrás de la casa, se oía aullar a Bingo—. Y creo que Dios está de parte de los justos —añadió Olanna con suavidad.

Alice ahuyentó un mosquito.

—Ambrose se hace pasar por religioso para no tener que combatir.

—Ya, lo sé. —Olanna sonrió—. ¿Conoces esa iglesia tan rara que hay en Ogui Road, en Enugu? Parece un sacerdote de éstos.

—En realidad no soy de Enugu. —Alice encogió las piernas—. Soy de Asaba. Me marché de allí cuando terminé los estudios en la Escuela Universitaria de Magisterio y estuve trabajando en Lagos hasta que empezó la guerra. Conocí a un coronel del ejército y al cabo de unos meses me pidió que me casara con él, pero lo que no me contó es que ya estaba casado y que su esposa se encontraba en el extranjero. Me quedé embarazada. Él no hacía más que posponer el viaje a Asaba para celebrar la ceremonia tradicional. Yo lo creía cuando decía que estaba muy ocupado y que soportaba mucha presión por todo lo que estaba ocurriendo en el país. Cuando mataron a los oficiales igbos, él escapó y yo lo acompañé a Enugu. Tuve a mi bebé en Enugu. Aún estábamos allí cuando volvió su mujer, justo antes de que empezara la guerra. Me abandonó. Luego murió mi bebé. Y luego tomaron Enugu. Por eso estoy aquí.

—Lo siento muchísimo.

—Soy una estúpida. Fue culpa mía por crearme todas esas mentiras.

—No digas eso.

—Tú tienes suerte. Tienes a tu marido y a tu hija. No sé cómo te las arreglas para mantenerlos a tu lado, dar clases a los niños y hacer tantas cosas. Me gustaría ser como tú.

La admiración que le demostraba Alice la sorprendió y la confortó.

—No tengo nada de especial —dijo Olanna.

El reverendo Ambrose gritaba con frenesí.

—¡Diablo, te voy a pegar un tiro! ¡Satán, te voy a bombardear!

—¿Cómo os las arreglasteis para salir de Nsukka? —preguntó Alice—. ¿Perdisteis muchas cosas?

—Lo perdimos todo. Tuvimos que marcharnos corriendo.

—En Enugu pasó igual. No sé por qué nunca nos dicen la verdad para que podamos estar preparados. La gente del Ministerio de Información se paseó por toda la ciudad anunciando por megafonía que no había ningún problema, que sólo eran nuestros muchachos de maniobras practicando bombardeos. Si ellos nos hubieran dicho la verdad, muchos nos habríamos preparado y no habríamos perdido tantas cosas.

—Pero te trajiste el piano.

A Olanna no le gustó la manera de Alice de decir «ellos», como si no perteneciera a su mismo bando.

—Es lo único que me llevé de Enugu. Él me envió dinero y una furgoneta para ayudarme el mismo día en que cayó la ciudad. Sus remordimientos no lo dejaban descansar. El chófer me contó que su esposa y él se habían mudado a su pueblo semanas antes. ¡Imagínate!

—¿Sabes dónde está ahora?

—No quiero saberlo. Si vuelvo a verlo, *ezi okwufw*—. Cuando pienso todo lo que me ha hecho pasar... Dejé el trabajo que tenía en Lagos, mentí a mi familia y rompí los lazos con los amigos que me decían que él no iba en serio. —Se agachó para recoger algo del suelo—. Y ni siquiera sabía hacerlo.

—¿Qué?

—Se me echaba encima, gemía como una cabra y ahí terminaba todo. —La chica levantó un dedo—. La tenía así de pequeña. Y luego sonreía satisfecho sin preguntarse ni por un momento si yo me había enterado de cuándo había empezado y acabado. ¡Hombres! ¡Son un desastre!

—No, no todos. Mi marido sabe cómo hacerlo. Y la tiene así. —Olanna levantó el puño cerrado.

Se echaron a reír. Olanna sintió que las unía un vínculo femenino vulgar y muy agradable.

Olanna aguardó a que Odenigbo volviera a casa para hablarle de su nueva amistad con Alice y contarle lo que le había dicho sobre él. Tenía ganas de que la atrajera hacia sí con fuerza nada más llegar; hacía mucho tiempo que no la abrazaba así. Pero cuando llegó del bar Tanzania llevaba un fusil. Olanna lo vio encima de la cama, de doble cañón, largo, mate y de color negro.

—*Gini bu ife a?* ¿Qué es esto? —preguntó.

—Me lo han dado en la dirección. Es muy viejo, pero suficiente por si acaso.

—No quiero fusiles en casa.

—Estamos en guerra. Hay fusiles por todas partes.

Odenigbo se quitó los pantalones y se ató una túnica a la cintura antes de quitarse la camisa.

—Hoy he hablado con Alice.

—¿Alice?

—La vecina que toca el piano.

—Ah, ya. —Odenigbo miraba la cortina de separación.

—Pareces cansado —dijo Olanna. En realidad quería decirle que parecía triste. Ojalá pudiera ocuparse en cosas mejores, algo en lo que pudiera abstraerse en los momentos en que el dolor lo acechaba.

—Estoy bien —dijo.

—Creo que tendrías que ir a ver a Ezeka. Pídele que te ayude a trasladarte a algún otro sitio. Debe de tener influencia para pedírselo a algún responsable, aunque no sea de su dirección. —Odenigbo colgó los pantalones en un clavo de la pared—. ¿Me has oído?

—No voy a pedirle nada a Ezeka.

Olanna reconocía aquella expresión: estaba decepcionado. Ella había olvidado que tenían grandes ideales. Eran gente de principios, que no pedía favores a los amigos bien situados.

—Servirás mejor a Biafra si trabajas donde puedas usar tu cerebro y tu talento —dijo ella.

—Ya sirvo a Biafra en la dirección general de recursos humanos.

Olanna echó un vistazo al cuarto repleto de cosas amontonadas en el que vivían: una cama, dos ñames, un colchón apoyado en la pared llena de manchas, cajas de cartón y bolsas apiladas en un rincón y un hornillo de queroseno que llevaba a la cocina sólo cuando le hacía falta. De repente la invadió una oleada de repugnancia y sintió necesidad de correr, correr y correr hasta lograr alejarse de todo aquello.

Durmieron dándose la espalda. Cuando Olanna se despertó, Odenigbo ya se había marchado. Palpó el lado de la cama en el que él dormía y acarició la sábana arrugada para deleitarse con el calor que aún desprendía. Iría ella misma a ver a Ezeka y le pediría que hiciera algo por Odenigbo. Salió para ir al cuarto de baño, saludando a los vecinos que se fue encontrando. «Buenos días». «¿Habéis dormido bien?». Bebé estaba con los más pequeños. Se apiñaban bajo los bananos y escuchaban a papa Oji contarles cómo derribó con su pistola un avión enemigo en Calabar. Los niños mayores barrían el patio mientras cantaban:

Biafra, kunie, buso Nigeria agha

Anyi emelie ndi awusa,

Ndi na-amaro chukwu,

Tigbuefa, zogbuefa,  
Nwelu nwude Gowon.

Cuando cesaron los cantos, las oraciones matutinas del reverendo Ambrose resonaron mucho más.

—¡Dios bendiga a Su Excelencia! ¡Dios dé fuerzas a Tanzania ya Gabón! ¡Dios destruya a Nigeria, Inglaterra, Egipto, Argelia y Rusia! ¡En el nombre de Jesús todopoderoso!

Algunos vecinos respondieron «Amén» desde sus habitaciones. El reverendo Ambrose sostenía la Biblia en alto, como si esperara un auténtico milagro procedente del cielo, mientras gritaba palabras sin sentido:

—*She baba she baba she baba.*

—¡Deje de balbucear, reverendo Ambrose, y alístese en el ejército! ¿Piensa ayudar a la causa hablando en lenguas extrañas? —le espetó mama Oji.

Se encontraba en la puerta de su habitación con su hijo, que inclinaba la cabeza cubierta con un paño sobre un cuenco humeante. Cuando la levantó para tomar aire, Olanna se fijó en el brebaje a base de orina, aceites, hierbas aromáticas y Dios sabe qué más que mama Oji había decidido que era la cura para el asma.

—¿Ha pasado mala noche? —preguntó a mama Oji.

La mujer se encogió de hombros.

—Sí, pero no de las peores. —Se volvió hacia su hijo—. ¿Quieres que te dé una bofetada para que inhales mejor? ¿Por qué dejas que se evapore y no lo aprovechas?

El niño volvió a inclinarse sobre el cuenco.

—¡Jehová destruya a Gowon y a Adekunle! —vociferó el reverendo Ambrose.

—¡Cállese y alístese! —soltó mama Oji.

Una voz gritó desde una de las habitaciones:

—¡Mama Oji, deje en paz al reverendo Ambrose y ocúpese de que su marido vuelva al ejército!

—¡Él por lo menos lo intentó! —La réplica de mama Oji fue inmediata—. ¡En cambio su marido vive temblando como un cobarde en el bosque de Ohafia para que no lo encuentren los soldados!

Bebé se acercó. Venía de la parte trasera del edificio y el perro la seguía.

—¡Mami Ola! Bingo ve espíritus. Cuando ladra de noche es porque ha visto a un espíritu.

—Los espíritus no existen, Bébé —dijo Olanna.

—Sí, sí que existen.

A Olanna le preocupaban las cosas que estaba aprendiendo allí.

—¿Te lo ha dicho Adanna?

—No, me lo ha dicho Chukwudi.

—¿Dónde está Adanna?

—Durmiendo. Está enferma —dijo Bebé, y empezó a espantar las moscas que volaban en círculo sobre la cabeza de Bingo.

Mama Oji masculló:

—Ya le he dicho a mama Adanna que lo que tiene su hija no es malaria. Pero ella sigue dándole esa medicina que no le hace nada. Si no lo dice nadie más, lo diré yo: lo que tiene Adanna es el síndrome de Harold Wilson, *ho-ha*.

—¿El síndrome de Harold Wilson?

—*Kwashiorkor*. La niña tiene *kwashiorkor*.

Olanna se echó a reír. No sabía que hubieran bautizado la enfermedad con el nombre del primer ministro británico. Pero las ganas de reír se le pasaron de golpe cuando entró en la habitación de Adanna. La niña estaba acostada en una estera, con los ojos medio cerrados. Olanna le acarició la mejilla con el dorso de la mano para comprobar que no tuviera fiebre, aunque ya lo sabía. Tendría que haberse dado cuenta antes. Adanna tenía el vientre hinchado y la piel muy pálida, mucho más que hacía unas semanas.

—La malaria es muy terca —dijo mama Adanna.

—Tiene *kwashiorkor-le* dijo Olanna en voz baja.

—*Kwashiorkor* —repitió mama Adanna, y miró a Olanna asustada.

—Tienes que darle cangrejo o leche.

—¿Leche, *kwa*? ¿Y de dónde la saco? —preguntó mama Adanna—. Pero por aquí cerca hay un remedio. Mama Obike me lo explicó el otro día. Voy a ir a buscarlo.

—¿Qué?

—Son unas hojas —dijo mama Adanna, saliendo ya del cuarto.

A Olanna le sorprendió la prontitud con que se remangó la túnica y se adentró en la maleza que había al otro lado de la carretera. Al cabo de un momento volvió con unas cuantas hojas verdes y alargadas.

—Voy a hacer puré —anunció.

—Adanna necesita tomar leche —dijo Olanna—. Tiene *kwa-shiorkor* y así no se curará.

—Deja a mama Adanna. Esas hojas funcionan si no se hierven demasiado —intervino mama Oji—. Además, en los centros de ayuda no hay nada. ¿No has oído que todos los niños de Nnewi se murieron por beber leche del centro de ayuda? Los vándalos la habían envenenado.

Olanna llamó a Bebé, la hizo entrar en la habitación y la desvistió.

—Ugwu ya me ha bañado —dijo la niña, perpleja.

—Sí, sí, cariño —dijo Olanna mientras la examinaba minuciosamente.

Seguía teniendo la piel de color caoba y el pelo muy negro. Aunque estaba muy delgada, no tenía el vientre hinchado. Olanna habría dado lo que fuera por que el centro de ayuda humanitaria estuviera abierto y Okoromadu siguiera allí, pero el hombre se había trasladado a Orlu después de que el Concilio Mundial de Iglesias le diera su puesto a uno de los muchos sacerdotes que se habían quedado sin parroquia.

Mama Adanna se encontraba en la cocina hirviendo sus hojas. Olanna cogió una lata de sardinas y un poco de leche en polvo de la caja que les había enviado Ezekia y se lo dio.

—No se lo digas a nadie. Dáselo a Adanna poco a poco.

Mama Adanna abrazó a Olanna.

—Gracias, gracias, gracias. No se lo diré a nadie.

Pero se fue de la lengua porque, cuando más tarde Olanna salía para ir a ver al profesor Ezekia, mama Oji la llamó.

—¡Mi hijo tiene asma y la leche no lo matará!

Olanna la ignoró.

Caminó hasta la carretera principal y se detuvo debajo de un árbol. Cada vez que pasaba un coche, le hacía una señal. Al final la recogió un soldado que conducía una furgoneta herrumbrosa. Olanna captó su mirada lasciva aun antes de sentarse a su lado, así que exageró su acento inglés segura de que no entendería todo lo que le decía, y se pasó todo el viaje hablándole de la causa y de que su chófer había llevado el coche al mecánico. El soldado apenas había abierto la boca cuando Olanna se apeó en el edificio de la dirección general. No sabía quién era ella ni a quién conocía.

La secretaria con rostro de halcón del profesor Ezekia escrutó a Olanna, desde la peluca cuidadosamente cepillada hasta los zapatos, y le dijo:

—No está.

—Entonces llámelo ahora mismo y dígame que he venido. Me llamo Olanna Ozobia.

La secretaria pareció sorprendida.

—¿Qué?

—¿Hace falta que se lo repita? —le espetó Olanna—. Estoy segura de que el profesor querrá saber lo que tengo que decirle. ¿Dónde puedo sentarme mientras le telefonea?

La secretaria la miró fijamente y Olanna le devolvió la mirada sin pestañear. Entonces la mujer señaló una silla sin decir nada y descolgó el auricular. Media hora más tarde, el chófer de Ezekia acudía para llevar a Olanna a la casa del profesor, oculta en un lugar al que se accedía por un camino de tierra.

—Yo creía que una persona de su categoría viviría en el área reservada al gobierno, profesor —le dijo Olanna después de saludarlo.

—Claro que no. Es un objetivo demasiado evidente para las bombas.

No había cambiado nada. Un sutil aire de desdeñosa superioridad tiñó su voz cuando con un gesto de retirarse le dijo que le permitiera terminar un asunto pendiente en el estudio.

Olanna apenas había coincidido con la señora Ezekia en Nsukka. Era tímida y casi no tenía estudios, el tipo de esposa que habían elegido para él en el pueblo, como Odenigbo le había dicho en una ocasión. Por eso, Olanna trató por todos los medios

de disimular su sorpresa cuando la mujer acudió al espacioso salón a saludarla y la abrazó dos veces.

—¡Qué agradable es volver a ver a los viejos amigos! Ahora casi siempre nos relacionamos por asuntos oficiales, un día un acto en el palacio gubernamental y al siguiente otro.

La señora Ezeka lucía un colgante de oro en una larga cadena.

—¡Pamela! ¡Ven a saludar a la tía!

La pequeña que salió con una muñeca en la mano era mayor que Bebé, tal vez unos ocho años. Había heredado el rostro mofletudo de su madre. Las cintas de satén rosa que adornaban su pelo se balanceaban a su paso.

—Buenas tardes —dijo. Trataba de desvestir a la muñeca, tirando de la falda que cubría el cuerpo de plástico.

—¿Cómo estás? —preguntó Olanna.

—Bien, gracias.

Olanna se arrellanó en el sofá de tapicería roja y afelpada. En la mesa de centro descansaba una casa de muñecas, con sus minúsculos y primorosos platitos y tazas de té.

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó con gesto alegre la señora Ezeka—. Recuerdo que a Odenigbo le encantaba el coñac. Tenemos uno muy bueno.

Olanna la miró. No podía acordarse de lo que solía tomar Odenigbo porque nunca acompañaba a su marido en las veladas que celebraban.

—Tomaré un poco de agua fría, por favor —dijo Olanna.

—¿Sólo agua fría? —preguntó la señora Ezeka—. Bueno, de todas formas podemos tomar algo más después de comer. ¡Mayordomo!

El hombre se presentó al instante, como si hubiera estado esperando detrás de la puerta.

—Trae agua fría y una Coca-Cola —le ordenó la señora Ezeka.

Pamela empezó a lloriquear mientras seguía tirando de las prendas de la muñeca.

—Ven, ven, deja que te ayude —dijo la señora Ezeka. Se volvió hacia Olanna—. Está muy inquieta. Íbamos a marcharnos al extranjero la semana pasada. Mis dos hijos mayores ya se han ido. Su Excelencia nos dio permiso hace siglos. Teníamos que marcharnos en uno de los aviones que transportan las provisiones de ayuda humanitaria, pero no llegó a aterrizar ninguno. Decían que había demasiados bombarderos nigerianos. ¿Te imaginas?

Ayer estuvimos en Uli, en el edificio a medio construir que hace las veces de terminal; esperamos más de dos horas a que aterrizara algún avión. Pero con suerte podremos marcharnos el domingo. Volaremos a Gabón y, de allí, a Inglaterra. ¡Con pasaporte nigeriano, desde luego! ¡Los británicos se niegan a reconocer a Biafra!

Su risa llenó a Olanna de un resentimiento tan imperceptible y doloroso como un pinchazo de alfiler.

El mayordomo llevó el agua en una bandeja de plata.



—¿Te has asegurado de que esté bastante fría? —preguntó la señora Ezeka—. ¿Estaba en el frigorífico viejo o en el nuevo?

—En el nuevo, *mah*, tal como me dijo.

—¿Quieres un poco de pastel, Olanna? —le ofreció la señora Ezeka cuando el mayordomo se hubo marchado—. Es de hoy.

—No, gracias.

El profesor Ezeka entró con unas carpetas en la mano.

—¿Eso es todo lo que bebes? ¿Agua?

—Tienes una casa surrealista —observó Olanna.

—Vaya adjetivo has elegido: surrealista —dijo el profesor Ezeka.

—Odenigbo está muy a disgusto en la dirección donde trabaja. ¿Puedes hacer que lo trasladen a algún otro sitio?

Las palabras brotaron muy despacio de la boca de Olanna, y se dio cuenta de cuánto odiaba tener que pedir favores, de cuántas ganas tenía de acabar con aquello y salir de aquella casa con moquetas rojas y sofás a juego, televisor y el aroma frutal del perfume de la señora Ezeka.

—Ahora las cosas son difíciles, muy difíciles —empezó el profesor Ezeka—. Llueven solicitudes de todas partes. —El hombre se sentó, apoyó las carpetas en su regazo y cruzó las piernas—. Veré lo que puedo hacer.

—Gracias —dijo Olanna—. Y gracias por las provisiones.

—Toma un poco de pastel —ofreció la señora Ezeka.

—No, no quiero.

—Tal vez después de comer.

Olanna se levantó.

—No puedo quedarme a comer. Tengo que irme. Doy clases a unos niños en el patio del edificio y hemos quedado para dentro de una hora.

—¡Qué precioso detalle! —dijo la señora Ezeka mientras la acompañaban a la puerta—. Si no estuviéramos a punto de marcharnos al extranjero, también haríamos algo para contribuir al esfuerzo bélico.

Olanna se esforzó por esbozar una sonrisa.

—Mi chófer te llevará —dijo el profesor Ezeka.

—Gracias —dijo Olanna.

Antes de que subiera al coche, la señora Ezeka le pidió que fuera a la parte trasera de la casa para ver el nuevo bunker, sólido y de hormigón que su marido había hecho construir.

—Mira a qué condición nos han rebajado esos vándalos. Pamela y yo a veces dormimos aquí cuando hay bombardeos —dijo la señora Ezeka—. Pero sobreviviremos.

—Sí —dijo Olanna mientras observaba el suelo bien nivelado y las dos camas de la habitación subterránea amueblada.

Cuando llegó al patio comunitario, Bebé estaba llorando. Un hilo de mucosidad le

resbalaba por debajo de la nariz.

—Se han comido a Bingo —dijo.

—¿Qué?

—La mamá de Adanna se ha comido a Bingo.

—Ugwu, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Olanna mientras cogía a Bebé en brazos. Ugwu se encogió de hombros.

—Eso es lo que dicen los vecinos. Que mama Adanna se llevó al perro hace un rato y no responde cuando le preguntan dónde está. Y acaba de hacer sopa con carne.

Olanna tranquilizó a Bebé, le enjugó los ojos y la sonó, y por un momento pensó en aquel perro con la cabeza llena de llagas.

Kainene llegó una tarde calurosa. Olanna se encontraba en la cocina poniendo mandioca seca en remojo cuando la llamó mama Oji.

—La mujer del coche pregunta por ti.

Olanna se apresuró a salir y se detuvo al ver a su hermana de pie junto a los bananos. Estaba muy elegante con su vestido de color canela hasta la rodilla.

—¡Kainene! —Olanna extendió un poco los brazos, vacilante, Kainene avanzó un poco; su abrazo fue breve, y apenas habían llegado a rozarse cuando Kainene retrocedió.

—He ido a verte a la casa donde vivíais y una persona me ha enviado aquí.

—El dueño nos puso de patitas en la calle, no éramos buenos para el negocio.

Olanna se rió de su broma tonta, pero Kainene se mantuvo seria. Estaba echando un vistazo a la habitación. Olanna habría deseado que Kainene hubiera ido a verlos cuando aún habitaban en una casa, habría deseado tanto no sentirse tan dolorosamente cohibida...

—Entra y siéntate.

Olanna entró el banco del porche y Kainene lo miró con recelo antes de sentarse y posar las manos sobre el bolso de piel del mismo tono terroso que el tocado de su peluca. Olanna recogió la cortina divisoria, se sentó en la cama y se arregló la túnica. No se miraron. En el silencio pesaba todo lo que no se habían dicho.

—¿Cómo os ha ido durante este tiempo? —preguntó Olanna por fin.

—Todo iba bien hasta que cayó Port Harcourt. Era proveedora del ejército y tenía permiso para importar pescado seco. Ahora vivo en Orlu. Me ocupo de un campo de refugiados.

—Vaya.

—¿Me estás condenando en silencio por sacar provecho en tiempo de guerra? Ya sabes que alguien tenía que importar el pescado. —Kainene alzó las cejas perfiladas, que dibujaban sendos arcos finos e imprecisos—. Muchos proveedores cobraban y no entregaban el género. Al menos yo cumplía.

—No, no. No pensaba nada de eso.

—Sí que lo pensabas.

Olanna apartó la mirada. En su cabeza se arremolinaban demasiadas cosas.

—Me preocupé mucho cuando cayó Port Harcourt. Te mandé varios mensajes.

—Recibí la carta que le enviaste a Madu. —Kainene colocó bien las asas de su bolso de mano—. Me decías que dabas clases. ¿Aún sigues con eso? ¿Con tu noble esfuerzo bélico?

—Ahora la escuela es un centro de refugiados. A veces les doy clases a los niños en el patio.

—¿Y cómo está tu marido revolucionario?

—Sigue en la dirección de recursos humanos.

—No tienes ninguna foto de la boda.

—Durante el banquete hubo un ataque aéreo. El fotógrafo perdió la cámara.

Kainene asintió, como si la noticia no inspirara ninguna compasión. Abrió el bolso.

—He venido a darte esto. Mamá me lo envió a través de un periodista británico.

—Olanna sostuvo el sobre en la mano durante un rato sin atreverse a abrirlo delante de Kainene—. También he traído dos vestidos para Bebé —prosiguió Kainene, y señaló la bolsa que había dejado en el suelo—. Una mujer que acababa de volver de Sao Tomé vendía ropa infantil que estaba muy bien.

—¿Le has comprado ropa a Bebé?

—Qué extraño, ¿verdad? Y ya es hora de que empecéis a llamar a la niña Chiamaka. Lo de Bebé resulta cansino. Olanna se echó a reír.

Se le hacía raro pensar que tenía a su hermana sentada delante, que hubiera ido a visitarla, que le hubiera llevado ropa para su hija.

—¿Quieres un poco de agua? Es lo único que hay.

—No, estoy bien. —Kainene se levantó y se acercó a la pared en la que estaba apoyado el colchón; luego, se dio la vuelta y se sentó otra vez—. No conocías a Ikejide, mi mayordomo, ¿verdad?

—¿El que Maxwell llevó de su pueblo?

—Sí. —Kainene volvió a levantarse—. Lo asesinaron en Port Harcourt. Nos estaban bombardeando y un trozo de metralla le arrancó la cabeza de cuajo, completamente decapitado, y su cuerpo siguió corriendo. Su cuerpo seguía corriendo y no tenía cabeza.

—Dios mío.

—Yo lo vi.

Olanna se levantó y fue a sentarse al lado de Kainene en el banco. La rodeó con el brazo. Kainene olía a hogar. Estuvieron un buen rato en silencio.

—Pensé en cambiarte el dinero —le dijo Kainene—. Pero podrás ingresarlo en el banco, ¿verdad?

—¿No has visto los cráteres de bomba que hay alrededor del banco? Guardo el dinero debajo de la cama.

—Pues asegúrate de que no lo encuentren las cucarachas. La vida también es más

dura para ellas.

Kainene se apoyó en Olanna y de pronto, como si acabara de recordar algo, se levantó y se arregló el vestido. A Olanna la inundó lentamente la tristeza de echar de menos a alguien que aún seguía allí.

—Dios mío. No me había dado cuenta de que hubiera pasado tanto tiempo — exclamó Kainene.

—¿Volverás a venir?

Kainene esperó un momento antes de decir:

—Me paso la mayor parte del día en el campo de refugiados. Tal vez podrías venir a verlo.

Hurgó en el bolso hasta dar con una hoja, donde anotó las indicaciones para llegar a su casa.

—Sí, iré. El miércoles que viene.

—¿Vendrás en coche?

—No, por los soldados. Además, casi no tenemos gasolina.

—Dale recuerdos al revolucionario de mi parte. —Kainene subió al coche y lo puso en marcha.

—Has cambiado la matrícula —observó Olanna al ver el «VIG» estampado delante del número.

—Tuve que pagar un extra para que mi patriotismo se reflejara en el coche. ¡Vigilancia! —Kainene levantó las cejas y una mano antes de alejarse.

Olanna observó el Peugeot 404 hasta que desapareció por la carretera. Se quedó allí un rato sintiéndose como si se hubiera tragado una bengala luminosa y chispeante.

El miércoles siguiente, Olanna llegó temprano. Harrison le abrió la puerta y se la quedó mirando tan sorprendido que se olvidó de hacerle la habitual reverencia.

—¡Señora! ¡Buenos días! ¡Cuánto tiempo!

—¿Cómo estás, Harrison?

—Bien, señora —respondió, y finalmente se inclinó respetuoso.

Olanna se sentó en uno de los dos sofás del salón luminoso y desprovisto de muebles cuyas ventanas estaban abiertas de par en par. La radio sonaba alta en alguna habitación y, cuando oyó los pasos de alguien que se aproximaba, se esforzó por relajar el gesto de su boca, sin saber muy bien qué le diría a Richard. Pero era Kainene, con un vestido negro arrugado y su peluca en la mano.

—*Ejima m* —dijo abrazando a Olanna.

La estrechó con fuerza, y ambas notaron la agradable sensación de permanecer con el cuerpo pegado al de la otra.

—Esperaba que llegaras a tiempo para pasar juntas por el centro de investigación antes de ir al campo de refugiados. ¿Quieres un poco de arroz? No me había dado cuenta del tiempo que llevaba sin comer arroz hasta que la gente del centro de ayuda

humanitaria me dio un saco la semana pasada.

—No, ahora no. —Olanna tenía ganas de seguir abrazada a su hermana y notar aquel familiar aroma.

—Estaba escuchando la radio nigeriana. La emisora de Lagos dice que los soldados chinos están luchando de nuestra parte, y la de Kaduna que todas las igbos merecen que las violen —dijo Kainene—. Me alucina la imaginación que tienen.

—Nunca escucho esas emisoras.

—Yo las escucho más a menudo que Radio Biafra. Hay que tener cerca al enemigo.

Harrison entró con una reverencia.

—¿Traigo bebidas, señora?

—De la forma en que lo dice parece que tengamos una gran bodega en esta casa a medio construir en medio de ningún lugar —susurró Kainene mientras peinaba la peluca con los dedos.

—¿Señora?

—No, Harrison, no traigas bebidas. Nos vamos. Acuérdate de preparar comida para dos.

—Sí, señora.

Olanna se preguntó dónde estaría Richard.

—Harrison es el paleta más pretencioso que he visto jamás —dijo Kainene al arrancar el coche—. Y ya sé que no te gusta la palabra «paleta».

—No.

—Pero él lo es, de verdad.

—Todos lo somos.

—¿Tú crees? Es lo que diría Richard.

A Olanna se le formó un nudo en la garganta. Kainene se la quedó mirando.

—Ha salido muy temprano esta mañana. La semana que viene se marcha a Gabón a visitar el centro de *kwashiorkor*, y ha dicho que tenía que ultimar los preparativos. Pero yo creo que se ha ido de buena mañana porque le resultaba incómodo verte.

—Ah. —Olanna frunció la boca.

Kainene conducía con tanta seguridad que rayaba la negligencia. Sorteó baches, pasó junto a palmeras despojadas de hojas y también junto a un soldado que tiraba de una cabra muy flaca.

—¿Sueñas alguna vez con la cabeza de niña que viste dentro del cuenco? —preguntó.

Olanna miró por la ventanilla y recordó las líneas entrecruzadas del cuenco en forma de calabaza y aquellos ojos en blanco.

—No me acuerdo de lo que sueño.

—El abuelo solía decir, acerca de las dificultades por las que tuvo que pasar: «Si no me matan, me harán más sabio». *Ogburo megbu, o mee ka m malu ife*.

—Lo recuerdo.

—Hay cosas que son tan imperdonables que hacen que todas las demás lo sean — dijo Kainene.

Hubo una pausa. Algo que se había fosilizado en el interior de Olanna cobró vida.

—¿Sabes a qué me refiero? —insistió Kainene.

—Sí.

Cuando llegaron al centro de investigación, Kainene aparcó debajo de un árbol y Olanna la esperó en el coche. Al cabo de un momento volvió.

—El hombre a quien quiero ver no está —dijo, y puso el coche en marcha.

Olanna no dijo nada más hasta que llegaron al campo de refugiados. Había sido una escuela de primaria antes de la guerra. Los edificios presentaban un aspecto deslucido al haberse desconchado gran parte de la pintura blanca que los cubría. Algunos refugiados que vagaban por el exterior se detuvieron a observar a Olanna y a decir «*nno*» a Kainene. Un joven sacerdote enjuto con una sotana descolorida se acercó al coche.

—Padre Marcel, ésta es mi hermana gemela, Olanna —dijo Kainene.

El sacerdote pareció sorprendido.

—Bienvenida —dijo, y a continuación añadió de forma innecesaria—: No sois idénticas.

Se detuvieron bajo un flamboyán mientras el sacerdote le explicaba a Kainene que habían traído el saco de cangrejos, que la Cruz Roja había suspendido los vuelos de ayuda humanitaria, que Inatimi había llegado temprano con un miembro de la Organización de Luchadores por la Libertad de Biafra y que había dicho que volvería más tarde. Olanna observó hablar a Kainene, pero no escuchó mucho de lo que decía, ya que estaba pensando en la firme seguridad que mostraba.

—Vamos a dar una vuelta —dijo Kainene a Olanna cuando el padre Marcel se hubo marchado—. Siempre empiezo por el bunker. —Kainene le enseñó el foso cavado con tosquedad y cubierto de troncos, antes de guiarla hasta el edificio que se encontraba al final del recinto—. Ahora vamos al lugar de No Volverás.

Olanna la siguió. El olor la golpeó desde que atravesaron la puerta. Fue directo de la nariz al estómago, que se le revolvió e hizo que le sentara mal el ñame hervido que había tomado para desayunar.

Kainene la observaba.

—No tienes que entrar si no quieres.

—Sí que quiero —repuso Olanna.

En realidad no quería, pero se sentía obligada a hacerlo. No sabía de qué era aquel hedor que cada vez se volvía más intenso y casi se tornó visible, en forma de una repulsiva bruma marronosa. Se sentía mareada. Entraron en la primera aula. Había unas doce personas tumbadas en camas de bambú, en esteras, por el suelo. Ninguna se molestaba en espantar las enormes moscas. El único movimiento que Olanna captó fue el de un niño sentado junto a la puerta que no hacía más que cruzar y descruzar los brazos, tan delgados que era imposible que tuviera carne debajo de la piel. Se le

marcaban claramente todos los huesos del cuerpo.

Kainene se paseó por la habitación para dar un vistazo rápido y regresó junto a Olanna. Una vez fuera, Olanna tomó aire. En la segunda aula le dio la impresión de que hasta el aire que retenía se estaba impregnando del hedor, y sintió ganas de taponarse la nariz para evitar que invadiera la reserva de sus pulmones. En el suelo había sentada una mujer, y sus dos hijos yacían junto a ella. Olanna no habría sabido decir cuántos años tenían. Estaban desnudos; ninguna camisa podría cubrir aquellos vientres tan tirantes como globos hinchados. Sus nalgas y sus pechos se habían convertido en pliegues de piel arrugada. De sus cabezas brotaban algunos mechones pelirrojos. La mirada de Olanna se topó con los ojos fijos de la madre, y la apartó de inmediato. Dio una palmada a una mosca que se le había posado en la mejilla y pensó en lo saludables que estaban todas, en su vitalidad, su energía.

—Esa mujer está muerta. Tenemos que sacarla de aquí —dijo Kainene.

—¡No! —gritó Olanna.

Aquella mujer de ojos inmóviles no podía estar muerta. Enseguida se dio cuenta de que Kainene se refería a otra mujer, tendida boca abajo con un bebé muy flaco aferrado a su espalda. Kainene se acercó y cogió al bebé con fuerza. Salió al exterior y llamó:

—¡Padre! ¡Padre! ¡Una para enterrar!

Luego, se sentó en la escalera con la criatura en brazos. Lo normal habría sido que el niño llorara. Kainene trataba de introducirle en la boca un comprimido blanquinoso.

—¿Qué le das? —preguntó Olanna.

—Es una píldora de proteínas. Te daré unas cuantas para Chiamaka. Tienen un sabor horrible. Al final conseguí que la Cruz Roja me diera unas pocas la semana pasada. No tenemos suficientes, así que las reservo para los niños. Aunque se las diera a la mayoría de la gente de aquí, no servirían de nada. Pero tal vez éste se salve, quién sabe.

—¿Cuántos mueren al día? —preguntó Olanna.

Kainene miró al bebé.

—Su madre procedía de uno de los primeros pueblos que cayeron. Pasaron por cinco campos de refugiados antes de llegar aquí.

—¿Cuántos mueren al día? —repitió Olanna.

Pero Kainene no respondió. Por fin el bebé emitió un pequeño grito y la chica lo aprovechó para introducirle el comprimido de textura pulverulenta en la diminuta boca. Olanna se volvió a mirar al padre Marcel y a otro hombre que transportaban el cadáver de la mujer aferrándolo por los tobillos y por las muñecas. Lo habían sacado del aula y lo llevaban a la parte posterior del recinto.

—A veces los odio —dijo Kainene.

—¿A los vándalos?

—No, a éstos. —Kainene señaló hacía el aula—. Los odio por morirse.

Kainene llevó al bebé dentro y se lo dio a otra mujer que era familiar de la muerta. Todo su cuerpo huesudo temblaba, y como sus ojos estaban secos, a Olanna le costó darse cuenta de que estaba llorando. La mujer cogió al bebé y lo apretó contra sus pechos caídos y yermos.

Más tarde, mientras caminaban hacia el coche, Kainene tomó la mano de Olanna.



Ugwu sabía que la historia del reverendo Ambrose era inverosímil, la de que algunas personas de una fundación extranjera habían dispuesto una mesa al final de Saint John's Road y regalaban huevos hervidos y botellas de agua refrigerada a quien pasara por allí. También sabía que no debía abandonar el complejo: las advertencias de Olanna resonaban en su cabeza. Pero se aburría. Hacía un calor pegajoso y detestaba el sabor ceniciento del agua almacenada en la vasija de barro que se guardaba en la parte trasera de la casa. Anhelaba tomar agua, cualquier cosa, refrescada mediante electricidad. Y la historia también podría ser cierta; todo era posible. Bebé jugaba con Adanna, y él podría tomar el atajo y estar de vuelta antes incluso de que ella se percatara de su ausencia.

Acababa de pasar junto a la iglesia de Saint John y había doblado ya la esquina cuando, algo más adelante en la carretera, vio a un grupo de hombres en fila con las manos sobre la cabeza. Los dos soldados que los acompañaban eran muy altos, y uno de ellos sostenía un fusil y apuntaba con él hacia delante. Ugwu se detuvo. El soldado del arma empezó a gritar algo y echó a correr hacia él. Ugwu sintió un vuelco en el corazón; miró al arbusto que había en el margen de la carretera, pero era muy espeso para esconderse tras él. Volvió la vista atrás y sólo vio la carretera despejada e infinita. No había nada que pudiera protegerlo contra la bala del soldado. Dio media vuelta y se precipitó en dirección al recinto de la iglesia. Un cura anciano vestido de blanco estaba en lo alto de la escalera, junto a la entrada principal. Ugwu subió a toda prisa, aliviado, porque sabía que el soldado no entraría en la iglesia para atraparlo. Trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

—*Biko*, padre, déjeme entrar —dijo.

El cura sacudió la cabeza.

—Aquéllos a quienes se recluta fuera también son hijos de Dios.

—Por favor, por favor. —Ugwu seguía tirando de la puerta.

—La bendición de Dios irá contigo —repuso el sacerdote.

—¡Abra la puerta! —gritó Ugwu.

El cura volvió a negar con la cabeza y se alejó.

El soldado accedió al recinto de la iglesia.

—¡Alto o disparo!

Ugwu se le quedó mirando, petrificado.

—¿Sabes cómo me llaman? —chilló el soldado—. ¡Gatillo Fácil! —Era demasiado alto para los andrajosos pantalones que llevaba, que acababan mucho antes de que empezaran sus botas negras. Escupió al suelo y agarró a Ugwu de un brazo—. ¡Maldito civil! ¡Sígueme!

Ugwu dio un traspié. A sus espaldas, el sacerdote dijo:

—Que Dios bendiga Biafra.

Ugwu no miró los rostros de los demás hombres al sumarse a la fila y se llevó las

manos a la cabeza. Estaba soñando, tenía que estar soñando. Un perro ladraba en algún lugar cercano. Gatillo Fácil gritó a uno de los hombres, alzó el fusil y disparó al aire. Varias mujeres se habían congregado cerca y una de ellas hablaba con Gatillo Fácil. Había empezado con un tono de voz discreto, suplicante, pero acabó casi gritando entre gestos desesperados:

—¿Es que no ves que no puede hablar bien? ¡Es tonto! ¿Cómo va a usar un fusil?

Gatillo Fácil ató a los hombres de dos en dos, con las manos a la espalda y la soga bien tensa entre ambos. El hombre con el que habían atado a Ugwu sacudió las ataduras para comprobar lo fuerte que era la cuerda, y Ugwu estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Ugwu!

La voz procedía del grupo de mujeres. Ugwu se volvió. La señora Muokelu le miraba con los ojos desorbitados. Él le hizo un gesto afirmativo que confiaba en que resultara lo bastante respetuoso, porque no podía arriesgarse a hablar. Ella enfiló la carretera a paso ligero, casi a la carrera, y él la vio marchar, decepcionado aunque sin estar seguro de qué había esperado que ella hiciera.

—¡Preparaos para caminar! —gritó Gatillo Fácil.

Alzó la mirada y vio a un muchacho al final de la carretera, y echó a correr hacia él. Su compañero apuntó con el arma a la fila.

—Si alguien corre, disparo.

Gatillo Fácil regresó, precedido por el chico.

—¡Cállate! —ordenó mientras le ataba las manos a la espalda—. ¡En marcha! ¡La furgoneta está en la siguiente calle!

Habían empezado a caminar a un ritmo torpe, con Gatillo Fácil sin dejar de gritar: «*Lep! Ai!*», cuando Ugwu vio a Olanna. Corría, presa del pánico; se había puesto la peluca, que apenas usaba ya, y sin duda lo había hecho con prisas, pues le había quedado ladeada. Ella sonrió y avanzó hacia Gatillo Fácil y, éste gritó:

—¡Alto!

Él se acercó a ella. Hablaron dando la espalda a los hombres e, instantes después, él se volvió y cortó la soga que ataba las manos de Ugwu.

—Éste ya está sirviendo a nuestra nación. Sólo nos interesan los civiles ociosos —le comentó al otro soldado, quien asintió a modo de respuesta.

El alivio que sintió Ugwu le provocó un leve mareo. Se frotó las muñecas. Olanna no pronunció palabra de camino a casa, y él sólo percibió su ira en la fuerza con la que ella abrió la puerta.

—Lo siento, *mah* —dijo.

—Eres tan estúpido que no te mereces la suerte que has tenido hoy —replicó ella—, he sobornado a ese soldado con todo el dinero que tenía. Y ahora tú vas a tener que ganar el pan con el que alimento a mi hija, ¿lo entiendes?

—Lo siento, *mah* —repitió.

Ella apenas le habló en los días siguientes. Preparó las papillas de Bebé como si

ya no confiara en él. Las respuestas a los saludos de él eran fríos gestos con la cabeza. Y Ugwu empezó a levantarse más temprano para ir a por agua y fregar el suelo con mayor ahínco, esperando recuperar su amistad.

Finalmente, lo consiguió con la ayuda de lagartos asados. Era la mañana en que ella y Bebé se preparaban para ir a Orlu a visitar a Kainene. Un vendedor ambulante entró en el recinto *con* una bandeja esmaltada tapada con papel de periódico, y sosteniendo en alto un lagarto dorado y ensartado en una vara, mientras canturreaba:

—*Mme mme suya! Mme mme suya!*

—Yo quiero, mami Ola, por favor —pidió Bebé.

Olanna fingió no oírla y siguió cepillándose el pelo. El reverendo Ambrose había salido de su dormitorio y regateaba con el vendedor de lagartos.

—Yo quiero, mami Ola —insistió Bebé.

—Esas cosas no son buenas para ti —respondió Olanna.

El reverendo Ambrose regresó a su habitación con un paquete envuelto en papel de periódico.

—El reverendo ha comprado un poco —dijo Bebé.

—Pero nosotros no vamos a comprar.

Bebé rompió a llorar. Olanna se volvió y miró a Ugwu, desesperada, y de pronto ambos sonreían ante aquella situación: Bebé lloraba para que le dejaran comer lagarto.

—¿Qué comen los lagartos, Bebé? —preguntó Ugwu.

—Hormigas —farfulló Bebé.

—Si te comes uno, todas las hormigas que se ha comido el lagarto corretearán en tu estómago y te morderán —explicó Ugwu con voz pausada.

Bebé pestañeó. Lo miró un rato, como tratando de decidir si le creía o no, antes de enjugarse las lágrimas.

El día en que Olanna y Bebé se marcharon para pasar una semana con Kainene en Orlu, el señor volvió del trabajo antes de lo habitual y no fue al bar Tanzania. Ugwu confió en que la ausencia de ambas le ayudara a salir del foso en el que lo había hundido la muerte de su madre. Se sentó en el porche a escuchar la radio. Ugwu se sorprendió cuando vio a Alice detenerse de camino al cuarto de baño. Supuso que el señor le daría las habituales y distantes respuestas tipo «sí-y-no» y que ella volvería a sentarse al piano. Pero ambos hablaban en voz baja y Ugwu apenas los oía; sólo de vez en cuando le llegaban las risitas de ella. Al día siguiente, Alice se sentó en el banco al lado del señor. Y allí se quedó, hasta que todo el vecindario estuvo dormido.

Unos días más tarde Ugwu venía del patio trasero y se encontró el porche vacío y la puerta de la habitación cerrada a cal y canto. Se le tensó el estómago; el recuerdo de aquellos días con Amala le atoraba la garganta. Alice era diferente. La rodeaba un aura deliberadamente infantil que despertaba recelo en Ugwu. Veía por qué ella no necesitaba remedio medicinal alguno de un *dibia* para tentar al señor; lo haría con esa

piel pálida y ese aire desvalido. Ugwu fue caminando hasta los bananos y volvió, y después se acercó a la puerta y llamó con fuerza. Estaba decidido a detenerles, a detener aquello. Oyó ruidos dentro. Volvió a llamar. Y una tercera vez.

—¿Sí? —La voz del señor le llegó amortiguada.

—Soy yo, *sah*. Quería preguntarle si podría llevarme el hornillo de queroseno, *sah*.

Después de cogerlo, fingiría haber olvidado la taza *de garrí*, el último bocado de ñame, el cucharón. Estaba preparado para fingir una crisis, un ataque epiléptico, cualquier cosa que impidiera al señor continuar lo que estaba haciendo con aquella mujer. Pasaron largos minutos antes de que el señor abriera la puerta. No llevaba las gafas y tenía los ojos algo hinchados.

—*Sah?* —preguntó Ugwu mientras miraba por encima de su hombro. La estancia estaba vacía—. ¿Va todo bien, *sah?*

—Pues claro que no, ignorante —contestó el señor, con la mirada clavada en las zapatillas que había en el suelo. Parecía ensimismado. Ugwu esperó. El señor suspiró—. El profesor Ekwenugo se dirigía con el grupo científico a colocar minas antipersonas cuando pasaron por una zona de baches y las minas estallaron.

—¿Las minas estallaron?

—Ekwenugo voló por los aires. Está muerto.

«Voló por los aires.» Estas últimas palabras resonaron en los oídos de Ugwu.

El señor retrocedió.

—Venga, coge el hornillo.

Ugwu entró y cogió el hornillo de queroseno que no necesitaba y pensó en la larga y afilada uña de Ekwenugo. «Voló por los aires». El profesor Ekwenugo siempre había sido para él la prueba de que Biafra triunfaría, con sus historias de misiles y vehículos acorazados y combustible salido de la nada. ¿Habrían quedado carbonizados los restos dispersos del profesor Ekwenugo, como astillas de madera, o sería posible identificarlos? ¿Habría muchos fragmentos desecados, como los de una hoja aplastada tras ser azotada por el harmatán? «Voló por los aires».

Al cabo de un rato, el señor se marchó al bar Tanzania. Ugwu se puso sus mejores pantalones y fue corriendo a casa de Eberechi. Parecía lo más natural, lo único que podía hacer. Rechazó pensar en lo disgustada que se sentiría Olanna si mama Oji le decía que había salido, o cuál sería la reacción de Eberechi, si lo ignoraría o lo acogería o le gritaría. Necesitaba verla.

Estaba sentada sola en el porche, con aquella falda ceñida que se ajustaba a sus nalgas y que él recordaba tan bien, pero había cambiado de peinado: lucía un corte redondeado en lugar de las trenzas adornadas con hilo.

—¡Ugwu! —exclamó, sorprendida, y se puso en pie.

—Te has cortado el pelo.

—¿Hay hilo en alguna parte, por no hablar del dinero para comprarlo?

—Te queda bien —dijo él.

Ella se encogió de hombros.

—Debería haber venido antes —dijo Ugwu. No debería haber dejado de hablar con ella por culpa de un oficial del ejército a quien ni siquiera conocía—. Perdóname. *Gbaghalu*.

Se miraron unos instantes; después ella alargó una mano y le pellizcó el cuello. Él la apartó de un manotazo juguetón y la sostuvo en la suya. Y siguió sosteniéndola mientras se sentaban en la escalera y ella le explicaba que la familia que había alquilado la antigua casa del señor era gente mala, que los niños que jugaban en la calle se escondían en los tejados cuando llegaban soldados de la unidad de reclutamiento, que el último ataque aéreo había abierto una brecha en la pared por la que se colaban las ratas.

Finalmente, Ugwu le contó que el profesor Ekwenugo había muerto.

—¿Recuerdas que te hablé de él? El del grupo científico, el que hacía grandes cosas —añadió.

—Sí, lo recuerdo —contestó ella—. El de la uña larga.

—Se la cortó —dijo Ugwu, y rompió a llorar.

Sus lágrimas eran escasas y escocían. Ella posó una mano en su hombro y él se quedó muy quieto, como para no mover esa mano, como para mantenerla donde estaba. Había algo nuevo en ella, o tal vez fuera la percepción que tenía Ugwu de las cosas lo que era nuevo. Ahora creía en la belleza.

—¿Has dicho que se cortó la uña larga? —preguntó ella.

—Sí, se la cortó —dijo Ugwu.

De pronto sintió como algo bueno que se hubiera cortado la uña: Ugwu no soportaba la imagen de aquella uña volando por los aires.

—Debería irme —anunció— antes de que llegue el señor.

—Trataré de ir a visitarte mañana —dijo ella—. Conozco un atajo que lleva a tu casa.

El señor aún no había regresado cuando Ugwu llegó a casa. Mama Oji gritaba a su marido «¡Debería darte vergüenza! ¡Debería darte vergüenza!», el reverendo Ambrose rogaba a Dios que sembrara Gran Bretaña con la dinamita del Espíritu Santo y un niño lloraba. Poco a poco, uno tras otro, los ruidos fueron cesando. Se hizo la oscuridad. Se apagaron las lámparas de aceite. Ugwu se sentó junto a la puerta de la habitación y esperó hasta que, al fin, el señor llegó con una pequeña sonrisa en los labios y los ojos enrojecidos.

—Amigo mío —dijo.

—Bienvenido, *sah*. *Nno*.

Ugwu se puso en pie. El señor apenas mantenía el equilibrio y se ladeaba ligeramente hacia la izquierda. Ugwu corrió hacia él y lo rodeó con un brazo para estabilizarlo. Acababan de entrar en la habitación cuando el señor se dobló en una súbita sacudida y devolvió. El vómito espumoso salpicó el suelo. Un olor acre saturó el aire. El señor se sentó en la cama. Ugwu trajo un trapo y un poco de agua y,

mientras limpiaba el desaguisado, escuchó la respiración irregular del señor.

—No le cuentes nada de esto a la señora —dijo el señor.

—Sí, *sah*.

Eberechi iba a visitarlo a menudo, y su sonrisa, el roce de su mano o la manía de pellizcarle el cuello se convirtieron en placeres exquisitos. La tarde en que la besó por primera vez, Bebé dormía. Estaban dentro, sentados en un banco y jugando al *whot biafreno*; ella acababa de decir «¡Lista!» y de dejar sobre la mesa su última carta cuando él se inclinó hacia ella y saboreó la mugre acerba de detrás de su oreja. Luego le besó el cuello, la mejilla los labios; ella abrió la boca cediendo a la presión de su lengua, y él se sintió abrumado por la calidez efusiva que le aguardaba. Llevó una mano hacia su pecho y la posó sobre uno de sus pequeños senos. Ella la apartó. Él la bajó hasta el vientre y volvió a besarla en la boca antes de introducir la mano rápidamente bajo la falda.

—Sólo déjame ver —le dijo antes de que ella pudiera detenerlo—. Sólo ver.

Ella se puso en pie. No lo apartó mientras él le levantaba la falda y le bajaba la braga de algodón tirando simplemente de la pretina. Él contempló los generosos y redondeados lóbulos de sus nalgas, y después devolvió a su sitio la ropa interior y dejó caer la falda. La amaba. Quería decirle que la amaba.

—Me voy —dijo, y se alisó la blusa.

—¿Qué hay de tu amigo, el oficial del ejército?

—Está en otro sector.

—¿Qué hiciste con él?

Ella se frotó los labios con el dorso de la mano, como queriendo borrar algo.

—¿Hiciste algo con él? —preguntó Ugwu.

Ella se encaminó a la puerta sin pronunciar palabra.

—Te gusta —dijo Ugwu, con cierta desesperación.

—Me gustas más tú.

No importaba que ella siguiera viéndose con el oficial. Lo único que importaba era el «más», a quién prefería. Él intentó abrazarla, pero ella se apartó.

—Vas a matarme —dijo, y se echó a reír—. Déjame ir.

—Te acompañaré la mitad del camino —se ofreció él.

—No hace falta. Bebé se quedaría sola.

—Volveré antes de que se despierte.

Él quería tomarla de la mano, pero, en lugar de hacerlo, caminó tan próximo a ella que, de vez en cuando, sus cuerpos se rozaban. No llegó muy lejos antes de darse la vuelta. Un corto trecho le separaba de casa cuando vio a dos soldados armados de pie junto a una furgoneta.

—¡Tú! ¡Detente ahí! —gritó uno de ellos.

Ugwu echó a correr hasta que oyó el disparo, tan estridente, tan alarmantemente cercano, que cayó al suelo y esperó a que el dolor se expandiera por su cuerpo,

seguro como estaba de haber sido alcanzado. Pero no sintió dolor alguno. Cuando el soldado llegó hasta él, lo primero que Ugwu vio fue un par de zapatos de lona; luego alzó la mirada y se encontró con un cuerpo de acero y un rostro ceñudo. Un rosario le colgaba del cuello. El olor a pólvora quemada procedía de su fusil.

—¡Venga, en pie, maldito civil! ¡Únete a éstos!

Ugwu obedeció y el soldado le asestó un golpe en la nuca. Una súbita luz le cegó la vista; hundió los pies en la arena para recuperar el equilibrio antes de echar a andar y reunirse con los otros dos hombres que tenían los brazos en alto. Uno era anciano, no tendría menos de sesenta y cinco años, mientras que el otro era un adolescente de unos quince. Ugwu farfulló un «Buenas tardes» al de mayor edad y se quedó de pie a su lado, con los brazos levantados.

—Sube a la furgoneta —le ordenó el segundo soldado. Una espesa barba le cubría gran parte de las mejillas.

—Si hemos llegado a esto, a que reclutéis a alguien de mi edad, entonces Biafra ha muerto —dijo el anciano con voz pausada.

El segundo soldado lo observaba.

El primero gritó:

—¡Cierra tu apestosa boca, *agadi!* —Y le propinó una bofetada.

—¡Para! —exclamó el segundo soldado, y se volvió hacia el viejo—. Papa, vete.

—¿Qué? —El hombre parecía desconcertado.

—Vete, *gawa*.

El anciano empezó a alejarse a paso lento e inseguro, frotándose la mejilla que acababan de abofetearle; luego echó a correr renqueante. Ugwu lo vio desaparecer al final de la carretera y deseó correr tras él, cogerlo de la mano y ser conducido a la libertad.

—¡Subid a la furgoneta! —dijo el primer soldado.

Daba la impresión de que la partida del anciano lo hubiera enfurecido, y que no responsabilizaba de ella al segundo soldado sino a los nuevos reclutas. Empujó al adolescente y a Ugwu. El adolescente cayó al suelo y se apresuró a ponerse en pie, y ambos entraron en la parte posterior de la furgoneta. No tenía asientos; por el suelo oxidado del vehículo había esparcidos sacos de rafia maltrechos, varas de cuero sin curtir y botellas vacías. Ugwu se sobresaltó al ver a un chico sentado entre todo aquello, tarareando una canción y bebiendo de una vieja botella de cerveza. Ugwu percibió el olor acre de la ginebra local cuando se agachó para sentarse junto a él, y pensó que tal vez no fuera un chaval, sino un hombre raquítico.

—Soy Alta Tecnología —dijo, y el olor de la ginebra local se intensificó.

—Yo soy Ugwu.

Ugwu observó la camisa que llevaba, varias tallas más grandes de la que necesitaba, los andrajosos pantalones cortos, las botas y la boina. Sí, era un chaval. No debía de pasar de los trece años de edad. Pero el punzante cinismo que desprendían sus ojos le hacía parecer mucho mayor que el adolescente acucillado

justo delante de ellos.

—*Gi kwanu?* ¿Cuál es tu nombre? —preguntó Alta Tecnología al muchacho.

El adolescente sollozaba. Le resultaba familiar; tal vez fuera uno de los chicos del barrio que iban a buscar agua al pozo antes del alba. Ugwu sintió lástima por él, y también enojo, pues el llanto del muchacho afianzaba la desesperanza de su situación. Los habían reclutado. Los enviarían al frente sin ninguna clase de instrucción militar.

—¿No eres un hombre? —le preguntó Alta Tecnología—. *I bu nwanyi?* ¿Por qué te comportas como una mujer?

El adolescente se frotaba los ojos con una mano mientras lloraba. El desdén de Alta Tecnología se transformó en una risa socarrona.

—¡Éste no quiere luchar por nuestra causa!

Ugwu guardó silencio; las carcajadas de Alta Tecnología y el olor a ginebra le provocaban náuseas.

—Yostoy en michon de recozmento —anunció Alta Tecnología, empleando el inglés por primera vez. Ugwu quería corregir su pronunciación de «misión de reconocimiento»; al chico le irían muy bien las clases de Olanna.

—Nuestro batallón está compuesto por ingenieros de campo y sólo utilizamos la temible *ogbunigwe*.

Alta Tecnología hizo una pausa y eructó, como si esperara deleitar con ello a los presentes. El adolescente seguía llorando. Ugwu escuchaba inexpresivo. Sospechaba que era importante ganarse el respeto de Alta Tecnología, y sólo lo conseguiría no mostrando ni un ápice del miedo que empezaba a corroerlo.

—Soy quien detecta la posición del enemigo. Me acerco, trepo a los árboles y averiguo la ubicación exacta, y después nuestro comandante utiliza mi información para decidir dónde y cómo poner en marcha nuestra operación. —Alta Tecnología miró a Ugwu, que mantuvo una expresión indiferente—. Con mi último batallón, fingía que era un huérfano y me infiltraba en los campamentos enemigos. Me llaman Alta Tecnología porque el primer comandante que tuve dijo que soy mejor que cualquier dispositivo de espionaje de alta tecnología. —Parecía ansioso por impresionar a Ugwu. Ugwu estiró las piernas.

—La palabra que pronunciaste como «recozmento» es «reconocimiento» —dijo.

Alta Tecnología lo observó unos instantes y después se echó a reír. Le ofreció la botella, pero Ugwu negó con la cabeza. Alta Tecnología se encogió de hombros, dio un trago y tarareó: «Biafra ganará la guerra», repiqueteando con un pie en el suelo de la furgoneta. El adolescente seguía llorando. El primer soldado iba al volante, fumando hojas secas liadas con papel que desprendían un humo de fuerte olor. El trayecto empezaba a hacerse tan largo que Ugwu ya no podía contener más la necesidad de orinar.

—¡Por favor, tengo que mear! —gritó.

El soldado detuvo la furgoneta y lo apuntó con el fusil.

—Baja y mea. Si corres, disparo.



Era el mismo soldado que, cuando llegaron al campamento de instrucción, una antigua escuela de primaria cuyos edificios estaban ocultos entre la frondosidad de las palmeras, rapó la cabeza a Ugwu con un trozo de cristal. Se lo hizo con tal rudeza que le dejó el cuero cabelludo magullado, plagado de cortes. Las esteras y los colchones dispuestos en las aulas rebosaban de chinches sanguinarias. Los famélicos soldados —sin botas, sin uniformes, sin el medio sol amarillo en las mangas— patearon, abofetearon y ridiculizaron a Ugwu durante el adiestramiento físico. El ascenso por la soga le dejó las palmas de las manos ensangrentadas. La porción de *garrí* para la que hacía cola y la frugal ración diaria de sopa en cuenco metálico lo dejaban hambriento. Y la informal crueldad de este nuevo mundo, en el que no tenía ninguna voz, engendró un nudo de terror en su interior.

Una familia de pájaros había anidado en el tejado del aula. Por la mañana, su gorjeo quedaba interrumpido por el agudo trino del silbato del comandante, una voz que gritaba «¡Arriba! ¡Arriba!», y por las carreras y el ajetreo de los hombres y los muchachos. Por la tarde, el sol socavaba la energía y la voluntad, y los soldados reñían, jugaban al *whot* biafreño y hablaban de los vándalos a los que habían hecho volar por los aires en las últimas operaciones. Cuando uno de ellos dijo: «¡Nuestra siguiente operación llegará muy pronto!», el terror de Ugwu se mezcló con la excitación de pensar que era un soldado que luchaba por Biafra. Si al menos se encontrara con un batallón de verdad, si luchara con un arma... Recordó al profesor Ekwenugo describiendo la *ogbu-nigwe*: «mina antipersona de gran impacto». Sonaba ciertamente glamoroso, esa mina fabricada en Biafra, ese artefacto de Ojukwu, esa maravilla que resultaba tan desconcertante para los vándalos que se decía que enviaban rebaños de animales para comprobar la capacidad asesina de la *ogbunigwe*. Pero cuando acudió a la primera sesión de adiestramiento, no pudo apartar la mirada de lo que tenía frente a sí: un vulgar recipiente lleno de virutas metálicas.

Deseó poder contarle a Eberechi la decepción que sentía. Quería hablarle también del comandante, el único que llevaba un uniforme completo, impolutamente planchado y almidonado, de cómo ladraba sobre el micrófono de un aparato emisor y receptor, y de cómo, siempre que el adolescente intentaba huir en el transcurso de alguna sesión de entrenamiento, le golpeaba a puño limpio hasta que le hacía sangrar por la nariz, y después gritaba: «¡Encerradle en el calabozo!». El momento en que más pensaba Ugwu en Eberechi era cuando las mujeres del pueblo llegaban con recipientes llenos de *garrí*, sopa aguada y, de vez en cuando, arroz cocinado con aceite de palma y poco más. A veces acudían mujeres más jóvenes, que entraban en el cuartel del comandante y al rato salían con una sonrisa tímida. Los guardias apostados en la puerta siempre levantaban la barrera para dejarlas pasar, aunque no tenían necesidad de hacerlo, puesto que las mujeres podían entrar fácilmente por los lados. En una ocasión, Ugwu vio una figura de grandes y redondeadas nalgas saliendo del complejo y quiso llamarla: «¡Eberechi!», aunque sabía que no era ella.

Fue mientras buscaba retazos de papel en los que escribir lo que hacía día a día, para cuando volviera a encontrarse con Eberечи, cuando topó con un libro titulado *Relato de la vida de Frederick Douglass, un esclavo americano: escrita por él mismo*, embutido en un rincón debajo de la pizarra. En la primera página se leía «propiedad del gobierno», impreso en tinta azul oscuro. Se sentó a leer en el suelo. Lo acabó en dos días y volvió a empezarlo, vocalizando las palabras en silencio, memorizando algunas frases:

Aunque me costara la vida, estaba decidido a leer. Mantén a los negros lejos de los libros, mantenednos ignorantes, y siempre seremos sus esclavos.

A Alta Tecnología le gustaba sentarse a su lado mientras leía. En ocasiones tarareaba canciones de Biafra en un tono monótono e irritante, y en otras parloteaba sobre esto y aquello. Ugwu no le hacía caso. Pero una tarde las mujeres no llegaron con la comida, y el día entero transcurrió entre las quejas y gruñidos de los hombres. Esa noche, Alta Tecnología despertó a Ugwu de un codazo y le tendió una lata de sardinas. Ugwu la aceptó. Alta Tecnología se echó a reír.

—Tenemos que compartirla —dijo, y Ugwu se preguntó cómo la habría conseguido, cómo un chaval tan joven podía parecer tan adaptado y tenerlo todo bajo control. Se encaminaron hacia la parte posterior del edificio y compartieron el pescado aceitoso—. ¡Los vándalos comen bien! —comentó Alta Tecnología—. El último campamento en que me infiltré, cuando estaba con el batallón en Nteje, las mujeres cocinaban sopa con trozos de carne enormes. Incluso les dieron un poco a nuestros hombres cuando dejaron de luchar una semana para celebrar la Pascua.

—¿Dejaron de luchar para celebrar la Pascua? —preguntó Ugwu.

Alta Tecnología parecía complacido por haber conseguido al fin captar su atención.

—Sí. Y también jugaban a las cartas y compartían el whisky. En ocasiones se ponen de acuerdo para no luchar y que todo el mundo pueda descansar. —Alta Tecnología miró un momento a Ugwu y soltó una carcajada—. Tu corte de pelo es espantoso.

Ugwu se tocó la cabeza y acarició los mechones de pelo informes que el cristal irregular había pasado por alto.

—Sí.

—Es porque te afeitaron en seco —dijo Alta Tecnología—. Yo puedo hacerlo mejor con una cuchilla y jabón.

Alta Tecnología consiguió una pastilla de jabón verde, enjabonó la cabeza de Ugwu y la afeitó con una cuchilla hasta dejarla suave y regular al tacto. Más tarde, cuando Alta Tecnología le susurró: «Operación en dos días», Ugwu pensó en las personas que se afeitaban la cabeza como acto de duelo, en conmemoración a la muerte. Se tendió boca arriba sobre el delgado colchón y escuchó los desapacibles ronquidos que sonaban a su alrededor. Había demostrado a los demás hombres lo bueno que era en la instrucción, salvando obstáculos y trepando por la soga, pero no

había trabado amistad alguna. Apenas hablaba. No quería conocer sus historias. Era preferible dejar cerrada la carga que llevaba cada uno de los hombres, intacta, en sus mentes. Pensó en la inminente operación, en el hecho de hacer volar a los vándalos por los aires con su *ogbunigwe*, en el cuerpo destrozado del profesor Ekwenugo. Se imaginó levantándose en el silencio de la noche, iluminada por la luna, saliendo a hurtadillas, corriendo hasta el patio de Umuahia y saludando al señor y a Olanna, y abrazando a Bebé. Pero sabía que ni siquiera lo intentaría, porque una parte de él quería estar allí.

En la trinchera, la tierra parecía pan mojado. Ugwu permanecía inmóvil. Una araña le subía por un brazo, pero él no se inmutó. La penumbra era negra, absoluta, y Ugwu imaginó las patas peludas de la araña, su sorpresa por no encontrarse sobre tierra fría sino sobre cálida carne humana. La luna asomaba de vez en cuando, y los poblados árboles de enfrente apenas mostraban su contorno. Los vándalos estaban allí, en alguna parte. Ugwu confiaba en que pronto habría algo más de luz; la luna había sido más generosa un rato antes, cuando enterró su *obgunigwe* a unos treinta metros de allí. Pero la oscuridad crecía. Ugwu notaba el frío del cable en la mano. A su lado, un soldado musitaba oraciones con una voz débil en extremo, tanto que Ugwu tenía la impresión de que las estuviera susurrando a su oído. «Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte». Se quitó la araña del brazo de un manotazo y se puso en pie cuando los vándalos abrieron fuego. Las ráfagas eran dispersas, primero intensas y luego más débiles; la infantería biafreña devolvía el fuego desde diferentes direcciones y esos vándalos, esos asquerosos pastores de ganado, se sentirían desconcertados y no tendrían ni idea de que las minas *ogbunigwe* los esperaban.

Ugwu pensó en los dedos de Eberechi pellizcándole el cuello, en la humedad de su lengua en la boca. Los vándalos empezaron a lanzar fuego de artillería. Se oyó el primer silbido de un mortero en el aire y después la explosión; la metralla caliente salió disparada en todas direcciones. Un grupo de arbustos se incendió y el fuego iluminó el entorno; Ugwu divisó un hurón junto a la arboleda que tenía justo frente a él, encorvado como una tortuga gigante. Y entonces los vio: siluetas que avanzaban agazapadas, un rebaño de hombres. Se encontraban en su radio mortífero y le pareció que todo sucedía demasiado pronto. Esperaba que algo más ocurriría antes de que se le entregaran de aquel modo, antes de detonar su *obgunigwe* y de que estallara en un violento rocío de metal. Respiró hondo. Con sumo cuidado y con mano firme, conectó el cable y el detonador, y el tremendo estallido inmediato lo sobresaltó, pese a haberlo esperado. Por un instante, el miedo le atenazó las entrañas. Tal vez no había calculado bien. Quizá se hubieran escapado. Pero oyó que alguien exclamaba cerca de él: «¡Blanco!». La palabra resonó en su cabeza durante los eternos minutos que transcurrieron antes de que salieran de la trinchera y se acercaran a los restos desperdigados de los vándalos.

—¡Desnudadlos! ¡Quitadles los pantalones y las camisas! —gritó alguien.

—¡Sólo las botas y las armas! —se oyó chillar a otra persona—. No hay tiempo. No hay tiempo. *Ngwa-ngwa!* ¡Sus refuerzos están de camino!

Ugwu se agachó junto a uno de los cadáveres. Lo despojó de las botas. Al registrarle los bolsillos, notó el frío rígido de una nuez de cola y la calidez densa de la sangre. El segundo cuerpo, muy próximo, se agitó cuando Ugwu lo tocó, y el muchacho retrocedió. Oyó una jadeante respiración entrecortada antes de que volviera a hacerse el silencio. Ugwu se estremeció. Frente a él, un soldado alzaba varias armas y gritaba.

—¡Vámonos! —dijo Ugwu, restregándose las manos ensangrentadas contra los pantalones.

Los demás le dieron palmadas en la espalda y lo llamaron «¡Destructor de Objetivos!» en el trayecto de vuelta a los cuarteles, adonde se dirigían para entregar los cables. «¿Lo aprendiste del libro que has leído?», le preguntaban, en tono de broma. El éxito casi le hacía levitar, Y siguió flotando en los días siguientes, mientras jugaban al *whot* biafreño, bebían ginebra y esperaban la próxima operación. Solía tenderse boca arriba sobre la tierra mientras Alta Tecnología liaba unas cuantas hojas secas de *wee-wee* en papel seco y después fumaban juntos. Prefería los cigarrillos Mars; el *wee-wee* lo hacía sentirse inconexo, creaba una fina capa de aire entre sus piernas y sus caderas. No se molestaban en esconderse para fumar porque el comandante estaba contento y las noticias eran inmejorables: Biafra había recuperado Owerri de manos de los vándalos. Las normas se relajaron; podían ir al bar que había cerca de la autopista.

—Es una caminata larga —comentó alguien, y Alta Tecnología se echó a reír.

—Requisaremos un coche, por supuesto —dijo.

Cuando Ugwu lo vio reírse, recordó que era un niño. Sólo tenía trece años. Mientras caminaban Ugwu pensó que, entre aquellos nueve hombres, su aspecto era incongruentemente menudo. El sonido de las zapatillas de goma resonaba en la carretera silenciosa. Dos de ellos iban descalzos. Esperaron un rato antes de que un polvoriento Volkswagen Escarabajo se acercara a ellos y los hombres se dispersaron a lo ancho de la carretera para bloquearla. El coche se detuvo y varios soldados golpearon el capó.

—¡Fuera del coche, malditos civiles!

El hombre que iba al volante tenía un aire adusto, como decidido a demostrar que no iban a intimidarle. Sentada a su lado, su esposa rompió en lágrimas y súplicas.

—Por favor, vamos a buscar a nuestro hijo.

Un soldado golpeaba con violencia el capó.

—¡Necesitamos el coche para una operación!

—Por favor, por favor, vamos a buscar a nuestro hijo. Nos han dicho que lo han visto en un campo de refugiados.

La mujer miró fijamente a Alta Tecnología, con la frente fruncida. Tal vez

pensara que él podría ser su hijo.

—¿Estamos dando la vida por vosotros y vosotros os dedicáis a conducir un coche por placer? —les espetó un soldado, y tiró de la mujer para sacarla del coche.

El marido salió por su propio pie, pero se quedó pegado al vehículo. Guardaba la llave en la mano, convertida en un puño rígido.

—Esto no está bien, oficiales. No tienen ningún derecho a quedarse con este coche. Tengo un salvoconducto. Trabajo para el gobierno.

Uno de los soldados le propinó una bofetada. El hombre se tambaleó y el soldado le asestó otro golpe, y otro, y otro más, hasta que el hombre cayó al suelo y la llave resbaló de su mano.

—¡Basta! —exclamó Ugwu.

Otro soldado palpó el cuello y la muñeca del hombre para asegurarse de que respiraba. La esposa se inclinó sobre él y los soldados se agolparon en el coche y pusieron rumbo al bar.

La camarera los saludó y les dijo que no había cerveza.

—¿Estás segura de que no tenéis cerveza? ¿La escondéis porque creéis que no os pagaremos? —le preguntó uno de los soldados.

—No, no hay cerveza.

Era delgada, de rasgos angulosos y semblante serio.

—¡Hemos destruido al enemigo! —insistió el soldado—. ¡Danos cerveza!

—Ha dicho que no hay cerveza —intervino Ugwu con brusquedad. Su insolencia vocinglera le molestó; aquel hombre había abandonado su *oghunigwe* y había huido antes de que los vándalos se acercaran—. Que traiga *kai-kai*.

Mientras la chica iba a buscar la ginebra local y vasitos metálicos, los soldados hablaron de los oficiales nigerianos, de que colgarían a Danjuma, Adekunle y Gowon cabeza abajo tras la victoria de Biafra. Alta Tecnología comenzó a liar un cigarrillo de *wee-wee*. Ugwu tuvo la impresión de ver algo familiar en el trozo de papel sin enrollar, la palabra «Relato», pero no podía ser. Volvió a mirar.

—¿De dónde has sacado ese papel?

—Es sólo la primera página de tu libro. —Alta Tecnología sonrió y le tendió a Ugwu el canuto.

Ugwu no lo aceptó.

—¿Has roto mi libro?

—Sólo la primera página. Se me acabó el papel.

La rabia inundó de pronto a Ugwu. El bofetón fue rápido, potente, furibundo, pero Alta Tecnología esquivó el impacto en gran parte al retirarse en el último segundo, de modo que la mano de Ugwu sólo le rozó la mejilla. Ugwu volvió a levantar la mano, pero los demás soldados lo sujetaron y lo apartaron; le dijeron que, después de todo, no era más que un libro, y que bebiera un poco más de ginebra.

—Lo siento —musitó Alta Tecnología.

Ugwu agachó la cabeza. Todo estaba pasando tan deprisa... No estaba viviendo la vida: la vida lo estaba viviendo a él. Bebió sin pausa y observó a los demás, cómo se abrían y cerraban sus bocas, sus burlas rancias, sus alardes presuntuosos, los recuerdos magnificados que brotaban de ellos. Pronto el bar y los asientos alrededor de la mesa se transformaron en una imagen borrosa de olor agrio. La camarera repuso una botella tras otra; Ugwu pensó que probablemente aquella ginebra se destilaba en el patio trasero, junto a la carretera. Se levantó para salir a orinar y, después, se recostó contra un árbol y respiró el aire puro. Era como sentarse en el patio trasero de Nsukka a contemplar el limonero y la huerta de hierbas aromáticas, y las cuidadísimas plantas de Jomo. Se quedó un rato allí hasta que oyó fuertes gritos en el bar. Tal vez alguno le había ganado una apuesta a otro. Aquellos hombres lo cansaban. La guerra lo cansaba. Cuando finalmente regresó al bar, se detuvo en la puerta. La camarera yacía en el suelo boca arriba, con la ropa arrebujaada en la cintura, los hombros presionados contra el suelo por un soldado, las piernas abiertas, muy abiertas. Sollozaba.

—Por favor, por favor, *biko*.

Aún llevaba puesta la blusa. Entre sus piernas, Alta Tecnología se movía. Daba sacudidas convulsas, y sus nalgas menudas se veían de un tono más oscuro que sus piernas. Los soldados lo azuzaban.

—¡Venga ya, Alta Tecnología! ¡Descarga y apártate!

Alta Tecnología gimió antes de desplomarse sobre ella. Un soldado tiró de él y empezaba a afanarse con los pantalones cuando alguien dijo:

—¡No! ¡El próximo es el Destructor de Objetivos!

Ugwu retrocedió desde la puerta.

—*Ujo abiala o!* ¡El Destructor de Objetivos tiene miedo!

Ugwu se encogió de hombros y avanzó.

—¿Quién tiene miedo? —dijo con tono desdeñoso—. Es sólo que me gusta comer antes que los demás.

—¡La comida aún está fresca!

—Destructor de Objetivos, ¿acaso no eres un hombre? *Ibuk-wa nwoke?*

La chica seguía petrificada en el suelo. Ugwu se bajó los pantalones y se sorprendió de la inmediatez de su erección. Ella estaba seca y tensa cuando él la penetró. No la miró a la cara, ni a los hombres que la inmovilizaban, ni a nada en particular mientras se movía a toda prisa hasta llegar el clímax, el torrente de fluidos que brotó de todo su ser: una liberación del desprecio hacia sí mismo. Se subió la cremallera de los pantalones y varios soldados aplaudieron. Al fin miró a la chica. Ella le devolvió una mirada colmada de odio sereno.

Hubo más operaciones. De vez en cuando, el miedo abrumaba a Ugwu, lo paralizaba. Entonces desconectaba su mente de su cuerpo, los separaba, mientras permanecía en la trinchera, tumbado sobre el barro, deleitándose en la proximidad y la conexión que

sentía con la tierra. El estruendo de los disparos, los gritos de los hombres, el olor de la muerte, las explosiones sobre su cabeza y a su alrededor eran algo distante. Pero de vuelta en el campamento, se le aclaraba la memoria: recordaba al hombre que presionaba ambas manos sobre su vientre abierto como para que no se le salieran las tripas, al que musitó algo sobre su hijo antes de quedarse rígido. Y, después de cada operación, todo volvía a ser nuevo. Ugwu contemplaba maravillado la ración diaria de *garrí*. Leía y releía páginas de su libro. Se tocaba la piel y pensaba en su deterioro.

Una tarde, el comandante llegó en su jeep con una cabra enferma en el asiento de al lado, con las patas atadas. Le había sido requisada a un civil. Balaba dócilmente y los soldados se congregaron a su alrededor, excitados por la idea de comer carne. Dos de ellos la mataron, hicieron fuego y, cuando los grandes pedazos de carne estuvieron cocinados, el comandante ordenó que fueran llevados a su despacho. Dedicó un buen rato a comprobar que la cabra estuviera completa: las patas, la cabeza, las criadillas. Más tarde, llegaron dos mujeres que fueron conducidas al despacho; mucho después, cuando éstas se marchaban, los soldados las apedrearon. Ugwu soñó que el comandante había entregado la mitad de la cabra a los soldados y que éstos se lo habían comido todo y devorado hasta los huesos.

Cuando se despertó, una radio estaba conectada y Alta Tecnología sollozaba. Umuahia había caído. La capital de Biafra había caído. Un soldado alzó las manos al aire y exclamó:

—¡La cabra! ¡Esa cabra era un mal augurio! ¡Todo está perdido! ¡Tenemos que rendirnos!

Los demás soldados se mostraban abatidos. Ni siquiera las palabras del comandante, que dijo tener conocimiento de un plan secreto de contraataque para recuperar Umuahia, consiguieron mejorar su ánimo. Pero el anuncio de la inminente visita de Su Excelencia sí lo logró. Los soldados barrieron el complejo, se lavaron la ropa y se alinearon en bancos para recibirle. Cuando el convoy de jeeps y Pontiac entraron en el terreno de los cuarteles, todos se pusieron en pie y saludaron.

El saludo de Ugwu fue débil, porque estaba preocupado por Olanna, el señor y Bebé en Umuahia, porque no le interesaba Su Excelencia, porque no le importaba el comandante. Ninguno de los oficiales le importaba, con su superioridad desdeñosa y su forma de tratar a los soldados, como a ovejas. Pero había un capitán al que admiraba, un hombre solitario y disciplinado llamado Ohaeto. Por ello, el día en que Ugwu se encontró en la trinchera junto al capitán Ohaeto, decidió impresionarle. La trinchera no estaba húmeda: había más hormigas que arañas. Ugwu dedujo que los vándalos se estaban acercando por el ruido de los disparos y la explosión de los morteros. Pero la luz era insuficiente para verlos y estar seguro. Deseaba impresionar al capitán Ohaeto; si la luz no fuera tan pobre... Estaba a punto de conectar el cable y el enchufe cuando algo silbó junto a su oreja y luego, justo después, sintió un dolor punzante en la espalda. A su lado, el capitán Ohaeto era un amasijo sanguinolento, destrozado. Ugwu sintió entonces cómo se elevaba sobre la trinchera, desvalido,

miserable. Y cuando cayó, fue la fuerza de su propio peso, más que el dolor que le atenazaba todo el cuerpo, lo que le sumió en el silencio.



Richard se alejó tanto como pudo de los dos periodistas estadounidenses en el coche, y se pegó a la puerta del Peugeot. Debería haberse sentado delante y pedir al ordenanza que se sentara detrás con ellos. Pero no había imaginado que olerían tan mal: Charles, el rechoncho, con un sombrero aplastado, y Charles, el pelirrojo, con el mentón cubierto de pelo de color jengibre.

—Un periodista del centro de Estados Unidos y otro de Nueva York que vienen a Biafra y los dos se llaman Charles. ¡Menuda casualidad! —comentó el rechoncho entre risas después de las presentaciones—. ¡Y a los dos nuestras madres nos llaman Chuck!

Richard no estaba seguro del tiempo que habían esperado antes de embarcar en Lisboa, pero la espera en Sao Tomé para el avión de ayuda humanitaria que les llevaría a Biafra se había prolongado diecisiete horas. Necesitaban un baño. Cuando el rechoncho, sentado al lado de Richard, empezó a hablar de su primera visita a Biafra, al principio de la guerra, Richard pensó que también necesitaba un lavado de boca.

—Llegué en un avión de verdad y aterrizamos en el aeropuerto de Port Harcourt —dijo—. Pero esta vez he venido sentado en el suelo de un avión que viajaba sin luces, junto con veinte toneladas de leche en polvo. Y volábamos tan jodidamente bajos que miraba por la ventanilla y veía las explosiones naranja de las fuerzas antiaéreas nigerianas. Me cagué de miedo. —Se echó a reír, con su amplio rostro gordo y complaciente.

El pelirrojo no se reía.

—No podemos estar seguros de que fuera fuego nigeriano. Tal vez fueran los biafreños.

—¡Oh, venga ya! —El rechoncho miró a Richard, pero éste mantuvo la mirada clavada al frente—. Pues claro que era fuego nigeriano.

—En cualquier caso, los biafreños llevan tanto alimentos como armas en sus aviones —dijo el pelirrojo, y luego se volvió hacia Richard—. ¿Verdad?

A Richard no le gustaba el tipo. No le gustaban sus ojos verdes desvaídos ni su cara plagada de pecas. Al encontrarse en el aeropuerto, entregarles los salvoconductos e informarles de que sería su guía y de que el gobierno de Biafra les daba la bienvenida, observó una expresión burlona de menosprecio que le disgustó. Era como si le estuviera diciendo: «¿Tú hablas en nombre de los biafreños?».

—Nuestros aviones de ayuda humanitaria sólo transportan comida —dijo Richard.

—Por supuesto —dijo el pelirrojo—. Sólo alimentos.

El rechoncho se inclinó sobre Richard para mirar por la ventanilla.

—No puedo creer que la gente vaya por ahí en coche y caminando tranquilamente. Es como si no estuvieran en medio de una guerra.

—Hasta que haya un ataque aéreo —dijo Richard. Había apartado un poco la cabeza y contenía el aliento.

—¿Es posible ver dónde dispararon los soldados de Biafra al obrero italiano de la petrolera? —preguntó el pelirrojo—. Hemos publicado algo al respecto en el *Tribune*, pero me gustaría ampliarlo.

—No, no es posible —contestó Richard con sequedad.

El pelirrojo lo miraba.

—De acuerdo. Pero ¿podría contarme alguna novedad?

Richard exhaló. Era como si alguien estuviera espolvoreando pimienta en la herida: miles de biafreños habían muerto y ese hombre quería saber si había alguna novedad en relación con la muerte de un hombre blanco. Richard escribiría sobre ello, la regla del periodismo occidental: cien negros muertos equivalen a un blanco muerto.

—No hay ninguna novedad —respondió—. Ahora la zona está ocupada.

En el puesto de control, Richard se dirigió a la defensa civil en igbo. Ella examinó los salvoconductos, sonrió de forma sugerente, y Richard le devolvió la sonrisa. Su esbeltez y su escaso pecho le recordaron a Kainene.

—Parecía muy interesada —comentó el rechoncho—. He oído que hay mucho sexo libre por aquí. Pero ¿transmiten alguna enfermedad venérea las chicas? ¿La dolencia de la hermosura? Tenéis que andaros con cuidado si no queréis llevaros nada de vuelta a casa...

Su presuntuosidad irritó a Richard.

—El campo de refugiados al que vamos lo gestiona mi esposa.

—¿De veras? ¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Es biafreña.

El pelirrojo llevaba un rato mirando por la ventanilla; se volvió hacia Richard.

—En la universidad tenía un amigo inglés que sentía debilidad por las chicas de color.

El rechoncho parecía abochornado y se apresuró a decir:

—¿Hablas bien el igbo?

—Sí —contestó Richard. Quería enseñarles las fotografías de Kainene y de la vasija con cuerdas ornamentales, pero se lo pensó mejor.

—Me encantaría conocerla —dijo el rechoncho.

—Hoy está fuera, intentando conseguir más suministros para el campamento.

Fue el primero en bajar del coche y vio a los dos intérpretes esperándoles. Su presencia le molestó. Era cierto que en igbo se le escapaban modismos, giros y dialectos, pero la dirección siempre se precipitaba enviando intérpretes. La mayoría de los refugiados que estaban sentados fuera los observaron con vaga curiosidad. Un hombre famélico caminaba por el lugar con un puñal atado a la cintura y hablando solo. El aire estaba saturado de olores putrefactos. Un grupo de niños asaban dos ratas en una hoguera.

—Oh, Dios mío. —El rechoncho se quitó el sombrero y contempló el entorno con los ojos desorbitados.

—Los negros nunca han sido muy exigentes con la comida —murmuró el pelirrojo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Richard.

Pero el pelirrojo fingió no haberlo oído y apuró el paso junto a uno de los intérpretes para hablar con varios hombres que jugaban a las damas.

El rechoncho dijo:

—¿Sabe? En Sao Tomé hay montones de comida plagada de cucarachas porque no hay modo de traerla.

—Sí. —Richard hizo una pausa—. ¿Le importaría que le diera unas cartas? Para los padres de mi esposa, que viven en Londres.

—Claro. Las enviaré en cuanto salga de aquí. —El rechoncho sacó una tableta grande de chocolate de su mochila, la abrió y le dio dos bocados—. Oiga, ojalá pudiera hacer algo más.

Se encaminó hacia los niños, les regaló varios dulces y les hizo fotos. Ellos se arremolinaron a su alrededor y suplicaron más a gritos. En un momento dado dijo: «¡Qué sonrisa tan bonita!» y después se alejó; los niños regresaron junto a las ratas asadas.

El pelirrojo se apresuró hacia ellos con la cámara al cuello.

—Quiero ver a biafreños auténticos —dijo.

—¿Biafreños auténticos? —preguntó Richard.

—Sí... Míralos, seguro que llevan dos años sin comer de verdad. No creo que quieran seguir hablando de la causa y de Biafra y de Ojukwu.

—¿Tiene por costumbre decidir qué respuestas creará antes de hacer una entrevista? —le preguntó Richard con voz pausada.

—Quiero ir a otro campo de refugiados.

—Por supuesto, le llevaré a otro.

El segundo campo de refugiados, más próximo al centro de la ciudad, era de menores dimensiones, olía mejor y había sido antes un ayuntamiento. Una mujer manca estaba sentada en la escalera, narrando una historia a un grupo de gente. Richard escuchó el final —«Pero el fantasma del hombre se apareció y habló a los vándalos en hausa, y éstos abandonaron al fin su casa»—, y envidió aquella fe en los fantasmas.

El pelirrojo se agachó junto a ella en los escalones y empezó a hablarle a través del intérprete.

¿Tienes hambre? Claro, todos tenemos hambre.

¿Comprendes la causa de la guerra? Sí, los vándalos hausas querían matarnos a todos, pero Dios no dormía.

¿Quieres que acabe la guerra? Sí, Biafra ganará muy pronto.

¿Y si Biafra no gana?

La mujer escupió al suelo, y miró primero al intérprete y después al pelirrojo, una larga mirada de honda compasión. Se puso en pie y entró en el edificio.

—Increíble —exclamó el pelirrojo—. La maquinaria propagandística de Biafra es fantástica.

Richard conocía a la gente de su calaña. Era como los investigadores del presidente Nixon en Washington o los miembros de la comisión del primer ministro Wilson en Londres, que llegaban con sus férreas píldoras de proteínas y sus aún más férreas conclusiones: que Nigeria no estaba bombardeando a civiles, que la hambruna se exageraba, que todo estaba tan bien como podía estar en situación de guerra.

—No existe ninguna maquinaria propagandística —dijo Richard—. Cuantos más civiles bombardees, más resistencia se genera.

—¿Eso es de Radio Biafra? —preguntó el pelirrojo—. Suena como algo salido de la radio.

Richard no respondió.

—Se lo comen todo —comentó el rechoncho, sacudiendo la cabeza—. Hasta la más jodida hoja se ha convertido en verdura.

—Si Ojukwu quería acabar con la hambruna, sencillamente podría haber accedido a la creación de un corredor alimentario. Esos niños no tendrían por qué estar comiendo roedores —dijo el pelirrojo.

El rechoncho había estado haciendo fotografías.

—Pero no es tan sencillo —dijo—. Tiene que pensar también en la seguridad. Está librando una jodida guerra.

—Ojukwu tendrá que rendirse. Éste es el asalto definitivo de Nigeria, y es imposible que Biafra recupere todo el territorio que ha perdido —concluyó el pelirrojo.

El rechoncho se sacó del bolsillo una barra de chocolate a medio comer.

—¿Y qué está haciendo Biafra con el petróleo ahora que ha perdido el puerto? —preguntó el pelirrojo.

—Seguimos haciendo extracciones en varios campos de Egbema que aún controlamos nosotros —contestó Richard, sin molestarse en explicar dónde estaba Egbema—. Transportamos el crudo por la noche a nuestras refinerías, en camiones cisterna sin luces, para evitar a los bombarderos.

—Sigue hablando de «nosotros» —observó el pelirrojo.

—Sí, sigo hablando de «nosotros». —Richard lo miró—. ¿Había estado en África alguna vez?

—No, es mi primera visita. ¿Por qué?

—Curiosidad.

—¿Se supone que debo sentirme inexperto en los modales de la jungla? Estuve cubriendo Asia durante tres años —dijo el pelirrojo, y sonrió.

El rechoncho rebuscó en la mochila y sacó una botella de coñac. Se la tendió a Richard.

—La compré en Sao Tomé. No he bebido ni un sorbo. Buen material.

Richard cogió la botella.

Antes de acompañarlos en coche a Uli, donde tomarían el vuelo de regreso, fueron a una residencia de invitados y cenaron arroz y pollo guisado; detestaba pensar que el gobierno de Biafra había pagado la comida al pelirrojo. Varios coches llegaban a la terminal y partían de ella; un poco más allá, se extendía la pista de aterrizaje, de un negro absoluto. El responsable del aeropuerto, con su uniforme caqui muy ceñido, se acercó, les estrechó la mano y dijo:

—El avión llegará de un momento a otro.

—Es ridículo que sigan respetando el protocolo en este agujero de mierda —comentó el pelirrojo—. Al llegar, me sellaron el pasaporte y me preguntaron si tenía algo que declarar.

Se oyó una fuerte explosión. El responsable del aeropuerto gritó: «¡Por aquí!», y todos corrieron tras él hacia el edificio inacabado. Se tendieron en el suelo. Los listones de las ventanas temblaron y traquetearon. El suelo se estremeció. Las explosiones cesaron pero entonces empezaron los disparos, y el responsable del aeropuerto se puso en pie y se sacudió la ropa.

—Se acabaron los problemas. Vamos.

—¿Está loco? —chilló el pelirrojo.

—Sólo empiezan a disparar cuando se quedan sin bombas; no hay por qué inquietarse —contestó con aire despreocupado el responsable del aeropuerto, ya de camino a la salida.

En el asfalto, un camión reparaba los cráteres abiertos por las bombas rellenándolos con grava. Las luces de la pista de aterrizaje parpadeaban y la oscuridad volvía a ser densa, absoluta; en la negrura azulada, Richard sintió un leve mareo. Las luces se encendieron, esta vez por un intervalo más largo, y volvieron a apagarse. Un avión descendía; se oyó la fricción irregular de las ruedas sobre el asfalto.

—¿Ha aterrizado? —preguntó el rechoncho.

—Sí —respondió Richard.

Las luces seguían parpadeando. Tres aviones habían aterrizado y Richard se asombró de la rapidez con que varios camiones, con los faros apagados, se aproximaron a ellos. Los hombres sacaban sacos de su interior. Las luces se encendían y apagaban. Los pilotos gritaban: «¡Deprisa, panda de vagos! ¡Sacadlos! ¡Nos van a bombardear aquí mismo! ¡Moveos, chicos! ¡Daos prisa, maldita sea!». Se distinguía un acento estadounidense, otro afrikaans, otro irlandés.

—Esos cabrones podrían ser un poco más considerados —comentó el rechoncho—. Les pagan millones de jodidos dólares por traer provisiones de ayuda humanitaria.

—Están arriesgando sus vidas —repuso el pelirrojo.

—También lo hacen los que están descargando los putos aviones.

Alguien encendió un farol y Richard se preguntó si el bombardero nigeriano que rondaba el lugar alcanzaría a verlo, se preguntó cuántos bombarderos nigerianos rondarían por allí.

—Algunos de nuestros hombres han chocado con las hélices en la oscuridad —informó Richard con voz pausada. No estaba seguro de por qué lo había dicho, tal vez para arremeter contra la displicente superioridad del pelirrojo.

—¿Y qué les ocurrió? —preguntó el rechoncho.

—¿Y usted qué cree que les ocurrió?

Un coche se aproximaba a ellos, despacio, sin luces. Aparcó muy cerca; las puertas se abrieron y se cerraron, y pronto cinco niños famélicos y una monja con hábito azul y blanco se reunieron con ellos. Richard los saludó.

—Buenas noches. *Kee ka I me?*

Ella sonrió.

—Ah, usted es el *onye ocha* que habla igbo. Usted es el que escribe cosas maravillosas sobre nuestra causa. Buen trabajo.

—¿Se dirigen a Gabón?

—Sí.

Pidió a los niños que se sentaran en los tablones de madera. Richard se acercó a ellos y los observó. Con aquella luz tenue, la espuma lechosa y viscosa de sus ojos parecía más densa. La monja acunó al más pequeño, un muñeco marchito con piernas escuálidas y vientre de embarazada. Richard no supo discernir si era niño o niña, y eso le enojó súbitamente, tanto que, cuando el pelirrojo preguntó: «¿Cuándo sabremos que podemos subir al avión?», hizo como si no lo hubiera oído.

Una de las niñas hizo amago de levantarse, pero perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo, donde se quedó inmóvil. La monja dejó al pequeño en el suelo y recogió a la niña.

—Siéntate aquí. Si intentáis ir a alguna parte, os pegaré —les dijo a los demás, y se alejó a toda prisa.

El rechoncho preguntó:

—¿La niña se ha quedado dormida o qué?

Richard lo ignoró también.

Finalmente, el rechoncho murmuró:

—Maldita política estadounidense.

—No hay nada malo en nuestra política —repuso el pelirrojo.

—El poder conlleva responsabilidad. ¡Su gobierno sabe que está muriendo gente! —exclamó Richard alzando la voz.

—Por supuesto que mi gobierno sabe que está muriendo gente —dijo el pelirrojo—. Muere gente en Sudán, y en Palestina, y en Vietnam. Muere gente en todas partes. —Se sentó en el suelo—. El mes pasado repatriaron desde Vietnam el cuerpo de mi hermano pequeño, ¡maldita sea!

Ni Richard ni el rechoncho dijeron nada. En el largo silencio que siguió, incluso el ruido de los pilotos y la descarga pareció menguar. Más tarde, después de que hubieran sido conducidos a toda prisa por el asfalto de la pista de aterrizaje, de que embarcaran y de haber visto cómo el avión despegaba, el título del libro brotó en la mente de Richard: *El mundo guardó silencio cuando morimos*. Lo escribiría cuando acabara la guerra, un relato sobre la difícil victoria de Biafra, un alegato de acusación contra el mundo. De vuelta en Orlu, le habló a Kainene sobre los periodistas y sobre sus sentimientos encontrados de ira y compasión hacia el pelirrojo, y también sobre lo increíblemente solo que se había sentido en su presencia, y sobre la idea del título.

Ella arqueó las cejas.

—¿*El mundo guardó silencio cuando morimos*? ¿Nosotros?

—Me aseguraré de dejar claro que las bombas nigerianas procuraron con sumo esmero esquivar a todo el que tuviera pasaporte británico —dijo.

Kainene se echó a reír. Se reía con frecuencia últimamente. Se reía cuando le hablaba del bebé huérfano que seguía aferrándose a la vida, de la muchacha de la que se estaba enamorando Inatimi, de las mujeres que cantaban al anochecer. Se rió también la mañana en que finalmente Richard se encontró con Olanna. Fue ella quien habló primero.

—Hola, Richard —dijo.

Y él respondió:

—Olanna, hola.

Y Kainene se rió y comentó:

—Richard ya no sabía qué viaje inventarse.

Escrutaba el rostro de Kainene en busca de alguna señal de recaída, de ira recuperada, de algo. Pero no había nada; su risa suavizaba los ángulos de su mentón. Y la tensión que esperaba encontrar en ella, el peso de los recuerdos y el rencor que reviviría al volver a ver a Olanna en presencia de Kainene, sencillamente ya no estaban.

## **7. El libro: *El mundo guardó silencio cuando morimos***

Para el epílogo, escribe un poema, inspirado en uno de los poemas de Okeoma. Lo titula:

¿GUARDABAIS SILENCIO CUANDO MORIMOS?

¿Visteis en el sesenta y ocho fotografías

de niños con el pelo tomándose en herrumbre:

mechones enfermizos en esas cabecitas,

que caían como hojas en la podredumbre?

Imagina a niños con brazos como palillos,

con balones por vientres y el cuerpo ajado.

Fue un kwashiorkor... una palabra compleja,

una palabra que, más que fea, era pecado.  
No, no lo imagines. Había fotografías  
llenando en tu Life páginas lustrosas.  
¿Las viste y sentiste una lástima pasajera,  
y después abrazaste a tu amante o tu esposa?  
Su piel había adquirido el color del té aguado,  
y lucían telarañas de venas y un frágil osario;  
niños desnudos riendo, convencidos de que el hombre  
dejaría de hacer fotos y se marcharía, en solitario.



Olanna vio a los cuatro soldados andrajosos que cargaban con un cadáver a los hombros. El pánico se apoderó de ella hasta llevarla al borde del desmayo. Se detuvo, segura de que era el cuerpo de Ugwu; pero los soldados pasaron de largo a paso ligero y en silencio, y entonces ella cayó en la cuenta de que el muerto era demasiado alto para tratarse de Ugwu. Tenía los pies resquebrajados y cubiertos de barro seco; había luchado sin botas. Olanna observó las espaldas de los soldados que se alejaban, y procuró contener las náuseas que sentía, sacudirse de encima el mal presentimiento que la había atenazado durante días.

Más tarde le comentó a Kainene lo preocupada que estaba por Ugwu, la certeza de doblar una esquina cualquier día y topar de bruces con la tragedia. Kainene la rodeó con un brazo y le dijo que se tranquilizara. Madu había hablado con todos los comandantes en busca de noticias de Ugwu; ellos averiguarían dónde estaba. Pero cuando Bebé preguntó: «¿Volverá hoy Ugwu, mami Ola?», Olanna pensó que lo hacía porque tenía la misma premonición. Cuando regresó a Umuahia y mama Oji le dio un paquete que alguien le había entregado, se preguntó de inmediato si no contendría algún mensaje relacionado con Ugwu. Le temblaba el pulso al coger el bulto envuelto en papel marrón, arrugado por tanto manoseo. Y entonces identificó la caligrafía de Mohammed, remitida a ella a la dirección de la universidad de Biafra, con sus trazos largos y elegantes. Una vez dentro, Olanna desdobló los pañuelos que había en el paquete, la ropa interior de un blanco límpido, las pastillas de jabón Lux y el chocolate, y se maravilló de que todo aquello hubiera llegado intacto, pese a haber sido enviado por mediación de la Cruz Roja. La carta databa ya de tres meses atrás, pero aun así conservaba cierto aroma a almizcle dulce. Las frases inconexas se clavaron en su mente:

Te he escrito muchas cartas, pero no sé cuántas de ellas habrás recibido. Mi hermana, Hadiza, se casó en junio. Pienso en ti a todas horas. He mejorado mucho en el polo. Estoy bien y sé que tú y Odenigbo también estáis bien. Intenta contestarme.

Cogió la tableta de chocolate y le dio la vuelta; leyó «fabricado en suiza» en el envoltorio plateado. Luego la arrojó al otro extremo de la estancia. La carta de Mohammed la había indignado, insultaba su realidad. Aunque él no podía saber que no tenían sal y que Odenigbo bebía *kai-kai* a diario y que Ugwu había sido reclutado y que ella había vendido la peluca. No podía saberlo. Aun así, la enojaba que él siguiera llevando la misma vida, intacta, tan incuestionablemente intacta como para escribirle sobre lo bien que jugaba al polo.

Mama Oji llamó a la puerta; Olanna respiró hondo para sosegararse antes de abrir la puerta y regalarle una pastilla de jabón.

—Gracias. —Mama Oji sostuvo el jabón con ambas manos y se lo llevó a la nariz

para olerlo—. Pero el paquete era grande. ¿Sólo vas a darme esto? ¿No había ninguna lata de comida? ¿O acaso te las guardas para tu amiga Alice, la sabotadora?

—*Ngwa*, devuélveme el jabón —dijo Olanna—. Mama Adanna lo agradecerá más.

Mama Oji se apresuró a levantarse la blusa y se metió la pastilla en el raído sostén.

—Sabes que soy agradecida.

Se oyeron voces alteradas en la carretera y ambas salieron. Un grupo de milicianos armados con machetes empujaban a dos mujeres. Ellas lloraban mientras avanzaban dando traspies por la carretera; llevaban la ropa rasgada y los ojos enrojecidos.

—¿Qué hemos hecho? ¡No somos sabotadoras! ¡Somos refugiadas de Ndoni! ¡No hemos hecho nada!

El reverendo Ambrose salió corriendo y empezó a rezar.

—¡Dios Padre, destruye a los sabotadores que muestran el camino al enemigo! ¡Fuego del Espíritu Santo!

Algunos de los vecinos salieron también a escupir a las mujeres, a amenazarlas con piedras y abuchearlas.

—¡Sabotadoras! ¡Dios os castigará! ¡Sabotadoras!

—Deberían colocarles neumáticos al cuello y prenderles fuego —comentó mama Oji—. Deberían quemar hasta al último sabotador.

Olanna dobló la carta de Mohammed, pensó en la flacidez de los vientres al descubierto de las mujeres y guardó silencio.

—Deberías tener cuidado con esa Alice —dijo mama Oji.

—Deja a Alice en paz. No es una sabotadora.

—Es la clase de mujer que le quitaría el marido a otra.

—¿Qué?

—Siempre que te vas a Orlu, ella viene y se sienta con tu marido.

Olanna miró a mama Oji, sorprendida, porque era lo último que esperaba oír y porque Odenigbo nunca había comentado que Alice pasara tiempo con él en su ausencia. Nunca los había visto hablar.

Mama Oji también la miraba.

—Sólo estoy diciendo que deberías tener cuidado con ella. Aunque no sea una sabotadora, no es una buena mujer.

Olanna no conseguía mediar palabra. Sabía que Odenigbo jamás tocaría a otra mujer, se había convencido de ello en silencio, y también sabía que mama Oji sentía un hondo resentimiento hacia Alice. No obstante, las inesperadas palabras de mama Oji la irritaron.

—Tendré mucho cuidado —dijo finalmente con una sonrisa.

Mama Oji parecía estar a punto de añadir algo, pero cambió de opinión y se volvió para gritar a su hijo:

—¡Sal de ahí! ¿Eres tonto? *Ewu awusa!* ¿Es que no sabes que ahora empezarás a toser?

Más tarde, Olanna cogió una pastilla de jabón y llamó a la puerta de Alice, tres golpes secos y rápidos para que la joven supiera que era ella. Los ojos de Alice parecían somnolientos, más sombríos de lo habitual.

—Has vuelto —dijo—. ¿Cómo está tu hermana?

—Muy bien.

—¿Has visto a las pobres mujeres a las que están acosando y llamando saboteadoras? —le preguntó, y antes de que Olanna pudiera responder prosiguió—: Ayer le tocó a un hombre de Ogoja. Esto es absurdo. No podemos seguir maltratando a la gente sólo porque Nigeria nos maltrata. Por ejemplo, yo, que llevo dos años sin comer como es debido. No he probado el azúcar. No he bebido agua fresca. ¿De dónde voy a sacar fuerzas para ayudar al enemigo?

Alice hizo un gesto elocuente con sus manos diminutas, y lo que Olanna había considerado hasta entonces una elegante fragilidad se transformó de pronto en una presunción egocéntrica, un egoísmo lujoso; Alice hablaba como si fuera la única persona perjudicada por la guerra.

Olanna le dio el jabón.

—Alguien me ha enviado varias pastillas.

—¡Oh! De modo que voy a formar parte de los que usan Lux en esta Biafra. Gracias.

La sonrisa de Alice transformó su semblante, iluminó sus ojos, y Olanna se preguntó si Odenigbo la encontraría hermosa. Observó la tez macilenta de Alice y su delgada cintura, y comprendió que lo que antes había admirado, ahora le despertaba temor.

—*Ngwanu*, tengo que ir a preparar la comida de Bebé —dijo, y se dio media vuelta para marcharse.

Esa noche fue a ver a la señora Muokelu con una pastilla de jabón.

—¿Eres tú? *Anya gi!* ¡Cuánto tiempo! —exclamó la señora Muokelu. Un agujero había desgarrado el rostro de Su Excelencia en la manga de su *boubou*.

—Tienes buen aspecto —mintió Olanna.

La señora Muokelu estaba demacrada; su constitución era la de una mujer gruesa, pero con tanta pérdida de peso su cuerpo se había encorvado, como si fuera incapaz de mantenerse erguida. Incluso el vello de sus brazos parecía haberse marchitado.

—Tú siempre estás guapa —repuso la señora Muokelu, y volvió a abrazar a Olanna.

Olanna le dio el jabón y, sabiendo que la señora Muokelu no tocaría nada que hubiera sido enviado desde Nigeria por un nigeriano, le dijo:

—Me lo ha enviado mi madre desde Inglaterra.

—Que Dios te bendiga —musitó la señora Muokelu—. Tu marido y Bebé, *kwanu?*

—Están bien.

—¿Y Ugwu?

—Lo han reclutado.

—¿Después de aquella vez?

—Sí.

La señora Muokelu hizo una pausa y se palpó el medio sol amarillo que llevaba colgado al cuello.

—Todo irá bien. Volverá. Alguien tiene que luchar por nuestra causa.

Se veían muy poco desde que la señora Muokelu había empezado a comerciar. Olanna se sentó a escuchar sus historias: sobre la visión en la que se le revelaba al saboteador responsable de la caída de Port Harcourt, un general del ejército de Biafra; sobre otra visión en la que un *dibia* de Okija administraba a Su Excelencia un potente remedio que le ayudaría a recuperar todas las ciudades perdidas...

—Han hecho correr el rumor de que Umuahia está amenazada, *okwa ya?* —preguntó la señora Muokelu con la mirada clavada en los ojos de Olanna.

—Sí.

—Pero Umuahia no caerá. No hay motivo para que la gente se asuste y empiece a empaquetar.

Olanna se encogió de hombros; se preguntaba por qué la señora Muokelu la miraba con tanta fijeza.

—Dicen que los que tienen coche han empezado a buscar gasolina. —La mirada de la señora Muokelu era incisiva—. Deben tener cuidado, mucho cuidado, antes de que alguien les pregunte cómo sabían que Umuahia iba a caer si no son saboteadores.

Olanna comprendió entonces que la señora Muokelu la estaba avisando, le estaba diciendo que estuviera preparada.

—Sí, deben tener cuidado —dijo.

La señora Muokelu se frotó ambas manos. Algo había cambiado en ella: había permitido que su fe se le escapara entre los dedos. Biafra iba a ganar, Olanna lo sabía, porque Biafra tenía que ganar, pero que, de todas las personas posibles, fuera precisamente la señora Muokelu quien creyera que la caída de la capital era inminente la desalentó. Cuando la abrazó al despedirse, tuvo la sensación de que no volvería a verla. Por primera vez, de camino a casa, contempló seriamente la caída de Umuahia. Significaría una postergación de la victoria, una mayor reducción del territorio de Biafra, pero también que se mudarían a casa de Kainene, en Orlu, y que vivirían allí hasta el final de la guerra.

Se detuvo junto a la gasolinera que había cerca del hospital y se sorprendió al ver un cartel escrito con tiza: «no hay gasolina». Cuando se empezó a hablar de la caída de Umuahia, habían dejado de vender la gasolina fabricada en Biafra, para que la población no se entregara al pánico. Esa noche, Olanna le dijo a Odenigbo:

—Tenemos que conseguir un poco de gasolina en el mercado negro; no tendremos suficiente si ocurre algo.

Él asintió con un gesto vago y masculló algo acerca de Special Julius. Acababa de llegar del bar Tanzania y yacía en la cama con la radio encendida, a bajo volumen. Al otro lado de la cortina, sobre el colchón, dormía Bebé.

—¿Qué has dicho? —le preguntó ella.

—Que ahora mismo no podemos permitirnoslo. Por una libra sólo te dan cuatro litros.

—Te pagaron la semana pasada. Tenemos que asegurarnos de que podremos utilizar el coche.

—Le pedí a Julius que me cambiara el cheque. Pero no ha traído el dinero.

Olanna supo de inmediato que mentía. Con frecuencia le daban cheques a Julius para que se los cambiara; nunca tardaba más de un día en cambiarlos por efectivo y dárselo a Odenigbo.

—Entonces, ¿cómo vamos a comprar gasolina? —preguntó ella.

Él guardó silencio.

Ella pasó por su lado y salió. Una nube ocultaba la luna; sentada en la penumbra del patio, todavía percibía el olor del aliento denso y barato de la ginebra local. Era como la estela de Odenigbo, que empañaba los senderos por los que él caminaba. En Nsukka, su hábito de beber —su coñac exquisitamente refinado de color caoba— le había aguzado la mente, había destilado sus ideas y su confianza de tal modo que se sentaba en el salón y podía hablar durante horas mientras los demás lo escuchaban. Allí, su hábito de beber le había sumido en el silencio. Le hacía encerrarse en sí mismo y mirar al mundo con ojos nublados y fatigados. Y eso la enfurecía.

Olanna cambió el dinero que le quedaba en libras esterlinas y compró gasolina a un hombre que la llevó a un edificio anexo, frío y húmedo, con gusanos gordos y lechosos que se arrastraban por el suelo. Vertió cuidadosamente el combustible del recipiente metálico en el que ella había llevado. Olanna lo envolvió y lo llevó hasta casa en un saco que originariamente contenía harina de maíz, y acababa de guardarlo en el maletero del Opel cuando junto al coche se detuvo un jeep con las letras del «ejército de biafra». De él salió Kainene, seguida por un soldado con casco. Y Olanna supo de inmediato, con una punzada estremecedora, que se trataba de Ugwu. Se trataba de Ugwu. El sol caía abrasador y los fluidos de su cabeza empezaron a girar; miró alrededor en busca de Bebé pero no la vio. Kainene se dirigió a ella, la sujetó con firmeza por los hombros y le dijo:

—*Ejimam*, ten valor, sé fuerte. Ugwu ha muerto.

Y no fue la noticia, sino la fuerza con que la sostenían los huesudos dedos de Kainene, lo que Olanna reconoció.

—No —repuso ella, serena. El aire estaba saturado de irrealidad, como si fuera a despertarse en cualquier momento—. No —repitió, sacudiendo la cabeza.

—Madu envió a su ordenanza con el mensaje. Ugwu estaba con los ingenieros de campo, y la semana pasada sufrieron numerosas bajas en una operación. Sólo

regresaron unos pocos y Ugwu no estaba entre ellos. No encontraron su cuerpo, pero no suelen encontrar muchos cuerpos. —Kainene hizo una pausa—. No había quedado gran cosa entera.

Olanna seguía negando con la cabeza; esperaba despertar de un momento a otro.

—Ven conmigo. Trae a Chiamaka. Ven y quédate en Orlu.

Kainene la sostenía, Bebé decía algo y una neblina lo empañó todo hasta que alzó la mirada y vio el cielo. Azul y limpio. El cielo hizo que el presente fuera real, porque nunca había visto el cielo en sueños. Se dio media vuelta y se encaminó hacia el bar Tanzania. Apartó la sucia cortina que cubría la puerta y tiró de un manotazo la copa que Odenigbo tenía frente a sí; un líquido pálido se derramó sobre el suelo de cemento.

—¿Has bebido suficiente? —le preguntó con voz calma—. *Ugwu anwugo*. ¿Me has oído? Ugwu ha muerto.

Odenigbo se puso en pie y la miró. Tenía los ojos hinchados.

—Sigue bebiendo —le dijo Olanna—. Bebe, bebe, no pares. Ugwu ha muerto.

La propietaria del bar se acercó y dijo:

—¡Oh! Lo lamento, *nao*. —Hizo el ademán de abrazarla, pero Olanna la apartó.

—Déjame en paz —le espetó—. ¡Déjame en paz!

Sólo entonces reparó en que Kainene estaba junto a ella y que la sostenía en silencio mientras le gritaba: «¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz!» a la propietaria del bar, que retrocedía.

En los días siguientes, días llenos de oscuras lagunas en el tiempo, Odenigbo no fue al bar Tanzania. Bañaba a Bebé, preparaba el *garrí*, volvía del trabajo más temprano. En una ocasión intentó abrazar a Olanna, besarla, pero su tacto le erizó la piel y ella se dio la vuelta y se fue a dormir al porche, en una estera, donde Ugwu dormía de vez en cuando. No lloró. La única vez que lo hizo fue después de ir a casa de Eberechi para decirle que Ugwu había muerto; Eberechi gritó y la llamó mentirosa. Por las noches, esos gritos resonaban en la cabeza de Olanna. Odenigbo hizo llegar la noticia a la familia de Ugwu por boca de tres mujeres que cruzaban las líneas enemigas para comerciar. Y organizó una ceremonia con canciones en el patio. Varios vecinos ayudaron a Alice a sacar su piano y lo colocaron junto a los bananos. «Yo tocaré mientras vosotras cantáis», dijo Alice a las mujeres congregadas. Pero siempre que alguien comenzaba una canción, mama Oji tocaba las palmas con tal insistencia y estridencia, que pronto todos los demás vecinos se sumaban a ella y Alice no podía tocar. Se quedó sentada al piano, impotente, con Bebé en el regazo.

Las primeras canciones fueron vigorosas y después la voz de mama Adanna irrumpió, bronca y elegiaca:

Naba na ndokwa,

Ugwu, naba na ndokwa.

O ga-adili gi mma,

Naba na ndokwa.

Odenigbo se fue del patio con paso vacilante antes de que acabaran de cantar, con una lívida incredulidad en los ojos, como si no diera crédito a la letra de la canción: «Ve en paz, todo te irá bien». Olanna le observó. No acababa de entender el rencor que sentía. Él no podía haber hecho nada para evitar la muerte de Ugwu, pero su hábito etílico, sus excesos con el alcohol, de algún modo le hacían cómplice. No quería hablar con él, ni dormir a su lado. Lo hacía fuera, en la estera, e incluso las picaduras rutinarias de los mosquitos se convirtieron en un consuelo. Apenas le dirigía la palabra. Sólo hablaban de cuestiones imprescindibles, como la comida de Bebé o lo que harían si Umuahia caía.

—Nos instalaremos en casa de Kainene, pero sólo hasta que encontremos otro sitio —dijo él, como si tuvieran muchas más opciones, como si hubiera olvidado que poco tiempo atrás habría dicho que Umuahia no iba a caer; y ella respondió con el silencio.

Le dijo a Bebé que Ugwu se había ido al cielo.

—Pero ¿volverá pronto, mamá Ola? —preguntó Bebé.

Y Olanna le contestó que sí. No era que quisiera tranquilizar a Bebé; era que, día tras día, se sorprendía rechazando la irrevocabilidad de la muerte de Ugwu. Se dijo que no estaba muerto; que podría estar próximo a la muerte, pero no muerto. Deseaba recibir un mensaje con su paradero. Ahora se bañaba fuera —el cuarto de baño estaba cubierto de moho y orina, por lo que se levantaba muy temprano para llenar un cubo con agua y asearse en la parte posterior de la casa—, y una mañana percibió un movimiento en una esquina y vio al reverendo Ambrose, observándola.

—¡Reverendo Ambrose! —gritó, y él se escabulló—. ¿No le da vergüenza? Debería dedicar su tiempo a rezar por que alguien venga y me diga qué le ocurrió a Ugwu en lugar de espiar a una mujer casada mientras se baña.

Visitó a la señora Muokelu, con la esperanza de oír alguna historia de una visión sobre Ugwu con vida, pero una vecina le dijo que la señora Muokelu y toda su familia se habían marchado. Y lo habían hecho sin avisar a nadie. Empezó a escuchar con mayor atención los partes de guerra en Radio Biafra, como si esperara detectar alguna clave relacionada con Ugwu en la animada voz que informaba de la retirada de los vándalos, de los éxitos de los aguerridos soldados de Biafra. Un sábado por la tarde, entró en el patio un hombre que llevaba puesto un caftán blanco y sucio, y Olanna corrió hacia él con la certeza de que traía noticias de Ugwu.

—Dígame —lo apremió—. Dígame dónde está Ugwu.

El hombre parecía desconcertado.

—*Dalu*. Estoy buscando a Alice Njokamma, de Asaba.

—¿Alice? —Olanna miró fijamente al hombre, como dándole la oportunidad de rectificar y preguntar por ella—. ¿Alice?

—Sí, Alice, de Asaba. Soy un pariente. Mi familia vive próxima a la suya.

Olanna señaló en dirección a la puerta de Alice. Él se encaminó hacia allí y llamó varias veces.

—¿Está en casa? —preguntó.

Olanna asintió, resentida porque no le hubiera traído noticias de Ugwu.

El hombre siguió llamando y gritó:

—Soy de la familia Isioma, de Asaba.

Alice abrió la puerta y él entró. Instantes después, Alice salió corriendo, se tiró al suelo y empezó a revolcarse de un lado a otro; a la luz vespertina, su piel salpicada de arena se teñía de dorado.

—*Ogini mere?* ¿Qué ha pasado? —preguntaron los vecinos, que empezaban a acercarse a Alice.

—Soy de Asaba y esta mañana he recibido noticias de nuestra ciudad —explicó el hombre. Su acento era más marcado que el de Alice, y Olanna entendió sus palabras en igbo Segundos después de haberlas oído—. Los vándalos tomaron la ciudad hace muchas semanas, y anunciaron que los indígenas que salieran y dijeran: «Una Nigeria» recibirían arroz. De modo que algunos salieron de sus escondrijos y dijeron: «Una Nigeria», y los vándalos les dispararon a todos, hombres, mujeres y niños. Todos. —El hombre hizo una pausa—. No quedó nadie de la familia Njokamma. Nadie.

Alice se había quedado tumbada boca arriba y se frotaba frenéticamente la cabeza contra el suelo entre sollozos. Su pelo estaba apelmazado por la arena. Se levantó y salió corriendo hacia la carretera, pero el reverendo Ambrose fue tras ella y la arrastró de vuelta a casa. Ella se zafó y volvió a tirarse al suelo, con la boca muy abierta que dejaba al descubierto los dientes.

—¿Por qué sigo viva? ¡Que vengan y me maten ahora mismo! ¡He dicho que vengan y me maten!

La locura del dolor la fortalecía y la envalentonaba, y Alice ahuyentaba a todo el que trataba de abrazarla. Siguió revolcándose en el suelo con tal ímpetu que las piedras le abrieron diminutas brechas rojas en la piel. Los vecinos proferían exclamaciones y sacudían la cabeza. Odenigbo salió del dormitorio, se acercó a Alice y la puso en pie; ella se quedó inmóvil y rompió a llorar, con la cabeza recostada en su hombro. Olanna los observó. Había algo familiar en cómo sus brazos rodeaban el cuerpo de Alice. La abrazaba con la naturalidad de alguien que ya lo había hecho antes.

Finalmente, Mee se sentó en un banco, inexpresiva y conmocionada. Cada poco, gritaba «¡Eh!», se levantaba y se llevaba las manos a la cabeza. Odenigbo se sentó a su lado y la obligó a beber un poco de agua. Habló en voz baja con el hombre de Asaba, como si fueran los únicos responsables de ella, y después se acercó al porche, donde estaba sentada Olanna.



—¿Vas a ayudarla a recoger sus cosas, *nkem*? —le preguntó—. El hombre dice que tiene acogidos a varios ciudadanos de Asaba en casa y que la llevará allí para que esté con ellos un tiempo.

Olanna lo miró, impertérrita.

—No —contestó.

—¿No?

—No —repitió, alzando la voz—. No.

Olanna se levantó y entró en la habitación. No pensaba ayudar a recoger la ropa de nadie. No sabía quién había empaquetado las cosas de Alice, tal vez Odenigbo, pero oyó decir «*Ije orna*, buen viaje» a muchos vecinos cuando Alice y el hombre se marcharon ya entrada la tarde. Olanna durmió fuera y soñó con Alice y Odenigbo en la cama de Nsukka, con el sudor de ambos en sus sábanas recién lavadas; se despertó con una furiosa sospecha en el corazón y las explosiones del bombardeo en los oídos.

—¡Los vándalos están cerca! —gritaba el reverendo Ambrose, y él fue el primero en abandonar el recinto con un talego lleno a rebosar en la mano.

La actividad en el vecindario entró en erupción: gritos, correteos, recoger cosas. El bombardeo, un estallido tras otro como una tos terriblemente ronca y repugnante, no cesaba. Y el coche no arrancaba. Odenigbo lo intentaba una y otra vez, la carretera estaba ya atestada de refugiados y las explosiones de los morteros se oían ya muy cercanas, en Saint John's Road. Mama Oji gritaba a su marido. Mama Adanna suplicaba a Olanna que la dejara subir al coche con algunos de sus niños, y Olanna le contestó:

—No, coge a tus hijos y márchate.

Odenigbo consiguió poner en marcha el motor, pero éste jadeó y se apagó. El complejo estaba ya casi vacío. En la calle una mujer tiraba de una cabra testaruda, a la que finalmente dejó allí y echó a correr. Odenigbo giró la llave una y otra vez, pero el motor se ahogaba. Olanna percibía cómo se estremecía la tierra con cada bomba.

Odenigbo giró la llave. El coche no arrancaba.

—Vete andando con Bebé —dijo. Tenía la frente empapada en sudor.

—¿Qué?

—Os recogeré más adelante, cuando el coche arranque.

—Si vamos a ir andando, vamos todos juntos.

Odenigbo volvió a intentar poner el coche en marcha. Olanna se volvió, sorprendida del silencio de Bebé, que iba sentada en el asiento trasero, al lado de los colchones enrollados. Bebé observaba fijamente a Odenigbo, como si con la mirada tratara de hacer que él y el coche empezaran a avanzar.

Odenigbo salió y abrió el capó; Olanna también bajó y dejó salir a Bebé. Se preguntó qué cogería del maletero y qué dejaría allí. El recinto estaba ya desierto, a excepción de una o dos personas que pasaban por la carretera en ese momento. Se oyó una ráfaga de disparos cerca. Estaba asustada. Le temblaban las manos.

—Vámonos a pie —dijo Olanna—. ¡Ya no queda nadie en Umuahia!

Odenigbo volvió a meterse en el coche, respiró hondo y giró la llave una vez más. El motor arrancó. Condujo a toda prisa y, ya en la periferia de la ciudad, Olanna le preguntó:

—¿Has hecho algo con Alice?

Odenigbo no respondió y mantuvo la mirada clavada al frente.

—Te he hecho una pregunta, Odenigbo.

—*Mba*, no he hecho nada con Alice.

La miró un momento y volvió a centrarse en la carretera.

No volvieron a cruzar palabra hasta que llegaron a Orlu y Kainene y Harrison salieron de la casa. Harrison se apresuró a descargar el coche.

Kainene abrazó a Olanna, cogió a Bebé y se volvió hacia Odenigbo.

—Una barba muy interesante —comentó—. ¿Intentando copiar a Su Excelencia?

—Nunca copio a nadie.

—Por supuesto. Olvidaba lo original que eres.

La voz de Kainene se había tornado más densa por la tensión que los oprimía a todos, Olanna lo percibió, como un pesado bochorno flotando en la estancia, cuando Richard regresó y le estrechó la mano rígidamente a Odenigbo, y, más tarde, cuando se sentaron a la mesa y comieron rodajas de ñame que Harrison sirvió en platos de loza.

—Nos quedaremos hasta que encontremos algo de alquiler —dijo Odenigbo mirando a Kainene.

Kainene le devolvió la mirada, arqueó las cejas y dijo:

—¡Harrison! Trae más aceite de palma para Chiamaka.

Harrison volvió y colocó un cuenco de aceite frente a Bebé. Cuando se alejó, Kainene comentó:

—La semana pasada nos asó una fantástica rata de campo, pero habrías pensado que se trataba de un costillar de cordero por la manera en que la cocinó.

Olanna se echó a reír. La risa de Richard era vacilante. Bebé también se rió, como si entendiera la conversación. Y Odenigbo se concentró, serio, en su plato. En la radio reemitían la declaración de Ahiara. La voz de Su Excelencia llegaba comedida y rebosante de determinación.

Biafra no traicionará al hombre negro. Al margen de las dificultades, lucharemos con todas nuestras fuerzas hasta que los negros de todo el mundo puedan señalar con orgullo a esta república, de pie, dignos y desafiantes, corrió un ejemplo de nacionalismo africano...

Richard se excusó, y al poco regresó con una botella de coñac. Le hizo un gesto a Odenigbo.

—Me la dio un periodista americano.

Odenigbo contempló la botella.

—Es coñac —añadió Richard, y se la tendió, como si Odenigbo no lo supiera.

No habían hablado en años, desde que Odenigbo fue a su casa para increparle. Ni siquiera se habían dicho nada al estrecharse la mano.

Odenigbo no hizo ademán de coger la botella.

—Si lo prefieres, puedes tomar licor de Biafra —dijo Kainene—. Seguramente sea más adecuado para tu duro hígado revolucionario.

Odenigbo la miró y a sus labios asomó una sonrisa, leve y desdeñosa, como si sus palabras lo hubieran divertido y molestado en la misma medida. Se puso en pie.

—No tomaré coñac, gracias. Debería acostarme. Me espera una buena caminata, ahora que han trasladado recursos humanos al monte.

Olanna lo observó mientras se marchaba. No miró a Richard.

—Hora de acostarse, Bebé.

—No —protestó Bebé, y fingió concentrarse en el plato vacío.

—Ven ahora mismo —insistió Olanna, y Bebé se puso en pie.

En el dormitorio, Odenigbo se estaba ciñendo la túnica a la cintura.

—Estaba a punto de ir para acostar a Bebé —dijo él. Olanna lo ignoró.

—Que duermas bien, Bebé, *ka chifo* —le dijo el hombre a la niña.

—Buenas noches, papi.

Olanna tendió a Bebé en el colchón, la tapó con su túnica, la besó en la frente y sintió una repentina necesidad de llorar ante el recuerdo de Ugwu. Él habría dormido en el salón, sobre una estera.

Odenigbo se acercó a ella y ella quiso retroceder, sin saber a ciencia cierta cuáles eran sus intenciones. Él le tocó el cuello.

—Mira lo huesuda que estás.

Ella bajó la mirada, irritada por su tacto, sorprendida por su propia delgadez; no sabía que había perdido tanto peso. No dijo nada y regresó al salón. Richard ya no estaba allí.

Kainene seguía sentada a la mesa.

—Entonces, ¿habéis decidido buscar un sitio donde alojaros? —preguntó—. ¿Mi humilde hogar no es lo suficientemente bueno?

—¿Todavía le haces caso? No hemos decidido nada. Si quiere buscar un sitio, que lo haga y que viva solo —respondió Olanna.

Kainene la miró.

—¿Qué ocurre?

Olanna sacudió la cabeza.

Kainene sumergió un dedo en el cuenco de aceite y se lo llevó a la boca.

—*Ejima m*, ¿qué ocurre? —volvió a preguntar.

—En realidad, nada. Nada que sea nuevo —contestó Olanna, con la mirada fija en la botella de coñac sobre la mesa—. Quiero que esta guerra acabe para que él pueda volver. Se ha convertido en otra persona.

—Todos estamos en esta guerra, y nos toca a nosotros decidir si nos convertimos

o no en otra persona —dijo Kainene.

—Se pasa el día bebiendo *kai-kai* barato. A veces le pagan, pero el dinero vuela. Creo que se ha acostado con Alice, esa mujer de Asaba que vivía en el mismo complejo que nosotros. No lo soporto. No soporto que se me acerque.

—Bien —concluyó Kainene.

—¿Bien?

—Sí, bien. Hay mucho de indolencia y pereza en la ceguera con que lo has amado durante tanto tiempo, sin ponerle ninguna objeción. Nunca has aceptado que ese hombre es feo —dijo Kainene.

Había una leve sonrisa en su cara, y luego empezó a reírse, y tampoco Olanna pudo contener la risa, porque no era eso lo que quería escuchar y porque oírlo la hizo sentirse mejor.

Por la mañana, Kainene le enseñó a Olanna un botecito con forma de perla que contenía crema facial.

—Mira esto. Alguien me lo ha traído del extranjero. Se me acabaron las cremas, y he estado usando ese horrible aceite de Biafra.

Olanna examinó el envase rosa. Se aplicaron la crema por turnos, despacio, con sensualidad, y después bajaron al campo de refugiados. Iban todas las mañanas. Los nuevos vientos del harmatán lo cubría todo de arena y polvo, y Bebé se juntaba con los niños flacos que corrían por el lugar con la barriga al aire teñida de marrón. Muchos recolectaban fragmentos de metralla y jugaban con ellos, intercambiándolos. Cuando Bebé regresó con sus dos trocitos de metal dentado, Olanna le gritó, le tiró de la oreja y se los arrebató. Detestaba pensar que Bebé estaba jugando con los restos fríos de cosas que mataban. Pero Kainene le pidió que se los devolviera. Kainene le dio a Bebé una lata para que pudiera guardar la metralla. Kainene le pidió a Bebé que jugara con los niños de mayor edad que construían trampas para lagartos, y que aprendiera a tejer hojas de palma y a colocar en su interior el capullo lleno de hormigas *iddo*. Kainene permitió a Bebé coger la daga del famélico hombre que vagaba por el lugar murmurando: «*Ngwa*, deja que vengan los vándalos, déjalos que vengan ya». Kainene permitió a Bebé comerse la pata de un lagarto.

—Chiamaka debería ver la vida tal y como es, *ejima m* —dijo Kainene mientras se hidrataban la cara—. La proteges demasiado.

—Sólo quiero que esté segura —contestó Olanna.

Cogió un poquito de crema y se la aplicó por la cara con la yema de los dedos.

—A nosotras nos protegieron demasiado —dijo Kainene.

—¿Papá y mamá? —preguntó Olanna, aunque conocía la respuesta.

—Sí. —Kainene se extendió la crema con las palmas—. Menos mal que mamá se marchó. ¿Te la imaginas viviendo sin cosas como ésta? ¿O usando aceite de palma o de almendra?

Olanna se echó a reír, aunque deseaba que Kainene no cogiera tanta crema para que ésta durara lo máximo posible.

—¿Por qué te esforzabas siempre tanto para complacer a mamá y a papá? — preguntó Kainene.

Olanna dejó las manos posadas sobre la cara y guardó silencio unos instantes.

—No lo sé. Creo que sentía lástima por ellos.

—Siempre has sentido lástima por personas que no necesitan que sientas lástima por ellas.

Olanna no dijo nada porque no sabía qué decir. Era la clase de asunto que habría comentado con Odenigbo; era la primera vez que la voz de Kainene desprendía cierto resentimiento hacia sus padres y hacia ella, pero Olanna y Odenigbo apenas hablaban ya. Él había encontrado un bar cerca; la semana anterior, el propietario del bar había acudido a la casa preguntando por él porque no había pagado la cuenta. Olanna no le dijo nada a Odenigbo después de que se marchara el dueño del local. Ya nunca estaba segura de cuándo iba a la dirección general de recursos humanos o cuándo iba al bar. Se negaba a preocuparse por él.

Se preocupaba por otras cosas: que sus menstruaciones se hubieran vuelto tan escasas y hubieran dejado de ser rojas para tornarse marrones como el barro; que a Bebé se le estuviera cayendo el pelo; que el hambre estuviera robando los recuerdos de los niños. Estaba empeñada en que sus cerebros siguieran activos; al fin y al cabo, eran el futuro de Biafra. De modo que todos los días les daba clases bajo *újlarnboyán*, lejos de los terribles olores que infestaban la parte posterior de los edificios. Les hacía memorizar una estrofa de algún poema, y al día siguiente ya la habían olvidado. Cazaban lagartos. Comían *garrí* con agua una vez al día en lugar de dos, porque los abastecedores de Kainene ya no podían cruzar a Mbosi para comprar *garrí*; todas las carreteras habían sido ocupadas. Kainene lanzó un movimiento llamado Cultivemos Nuestros Alimentos, y cuando se reunió con hombres, mujeres y niños para arar caballones, Olanna se preguntó dónde habría aprendido a manejar una azada. Pero la tierra estaba reseca. El harmatán agrietaba labios y pies. Tres niños murieron en un solo día. El padre Marcel dio misa sin ofrecer la eucaristía. El vientre de una joven llamada Urenwa empezó a crecer, y Kainene no estaba segura de si era *kwashiorkor* o un embarazo hasta que la madre de la muchacha le asestó una bofetada y le preguntó: «¿Quién? ¿Quién te hizo esto? ¿Dónde viste al hombre que te hizo esto?». El médico ya no visitaba a pacientes civiles porque ya no había gasolina y tenía que tratar a infinidad de soldados agonizantes. El pozo se secó. Kainene iba con frecuencia al edificio de la dirección de Ahiara para solicitar un depósito de agua, pero siempre regresaba con la misma promesa vaga del director. Los densos y fétidos olores de cuerpos desaseados y carne descomponiéndose en las fosas poco profundas que se abrían detrás de los edificios empezaron a intensificarse. Las moscas revoloteaban sobre las llagas de los niños. Por todas partes correteaban chinches y *kwalikwata*; las mujeres se desataban los cinturones y dejaban a la vista terribles sarpullidos de picaduras en la cintura, como urticarias bañadas en sangre. Era la temporada de las naranjas y Kainene les pedía que las arrancaran de los árboles y las comieran, aunque

les provocaran diarrea, y que después se frotaran la piel con las peladuras porque el olor a cítrico enmascaraba el hedor de la suciedad.

Al anochecer, Olanna y Kainene regresaban juntas a casa andando. Hablaban de los habitantes del campo, de cuando iban a la escuela en Heathgrove, de sus padres, de Odenigbo.

—¿Le has preguntado sobre la mujer de Asaba? —le dijo Kainene.

—Todavía no.

—Antes de que lo hagas, acércate a él y dale un bofetón. Si se atreve a devolvértelo, cogeré el cuchillo de cocina de Harrison y le haré una visita. Pero el bofetón le arrancará la verdad.

Olanna se rió y reparó en que ambas caminaban sin prisa, que llevaban el mismo paso, con las sandalias tapizadas de polvo marrón.

—El abuelo solía decir que todo empeora y luego mejora. *O dikata njo, o dikwa mma* —comentó Kainene.

—Sí, lo recuerdo.

—El mundo dará un vuelco pronto y Nigeria detendrá esto —prosiguió Kainene con voz templada—. Ganaremos.

—Sí.

Olanna creía más en aquello por escucharlo de boca de Kainene.

Había noches en que Kainene se mostraba más distante, ensimismada. En una ocasión, dijo: «En realidad, nunca le presté mucha atención a íkejide», y Olanna rodeó con un brazo los hombros de su hermana y no dijo nada. No obstante, la mayor parte del tiempo Kainene se mostraba animada, y se sentaban fuera, charlaban y escuchaban la radio y el vuelo de los murciélagos alrededor de los anacardos. A veces Richard se sentaba con ellas. Odenigbo, nunca.

Una de esas noches llovió, una lluvia tempestuosa y despiadada, un aguacero inusual en la estación seca, y tal vez por esa razón Odenigbo no fue al bar. Fue la noche en que finalmente aceptó el coñac de Richard; tomó la copa, se la llevó a la nariz e inhaló profundamente el contenido antes de probarlo. Él y Richard seguían sin cruzar apenas palabra. Y fue la noche en que el doctor Nwala se presentó para informarles de que Okeoma había sido asesinado. Los relámpagos refulgían en el cielo y los truenos eran ensordecedores, y Kainene dijo entre risas:

—Suenan igual que un bombardeo.

—Me preocupa que lleven algún tiempo sin bombardearnos —comentó Olanna—. Me pregunto qué estarán planeando.

—Tal vez una bomba atómica —dijo Kainene.

Oyeron un coche y Kainene se puso en pie.

—¿Quién puede venir de visita, de noche y con este tiempo?

Abrió la puerta y el doctor Nwala entró, con agua chorreándole por la cara. Olanna recordó cómo le tendió la mano para ayudarla a incorporarse tras el ataque aéreo del día, de su boda, cómo se preocupó porque se le iba a manchar el vestido,

como si no estuviera ya lo bastante sucio después de tenderse en el suelo. Se le veía más delgado y desgarrado de lo que ella recordaba, como si pudiera quebrarse en dos si se sentaba con brusquedad. No se sentó. No malgastó tiempo en saludos. Se separó la camisa del cuerpo y la sacudió para escurrirla en lo posible mientras decía:

—Okeoma nos ha dejado, *ojebego*. Llevaban a cabo una misión para recuperar Umuahia cuando sucedió. Lo vi el mes pasado, y me dijo que estaba escribiendo varios poemas y que Olanna era su musa, y que si algo le ocurría me asegurara de que Olanna recibiera los poemas. Pero no consigo encontrarlos. Las personas que me trajeron el mensaje aseguraron que nunca lo habían visto escribiendo nada. Así que decidí venir a comunicaros su muerte, pero no he encontrado los poemas.

Olanna asentía, aunque no creía estar entendiéndolo todo, porque el doctor Nwala estaba hablando mucho y muy deprisa. De pronto cayó en la cuenta. Le estaban diciendo que Okeoma estaba muerto. Llovía en la estación del harmatán y Okeoma estaba muerto.

—¿Okeoma? —La voz de Odenigbo era un susurro quebrado—. *Onye?* ¿Te refieres a Okeoma?

Olanna extendió un brazo, aferró el de Odenigbo y los gritos brotaron de ella, aullidos y alaridos desgarradores, porque algo se había tensado muy fuerte en su cabeza. Porque se sentía atacada, agredida sin tregua por la pérdida. No soltó el brazo de Odenigbo hasta que el doctor Nwala volvió a salir a la lluvia, hasta que se tendieron mudos sobre el colchón en el suelo. Cuando él se aproximó, a Olanna le sorprendió lo diferente que era sentirle encima, más ligero y enjuto. Él se quedó inmóvil, por lo que ella empujó y presionó sus caderas. Pero él siguió sin moverse. Entonces él empezó a embestirla y el placer de ella se multiplicó, agudizado por el suelo de piedra de forma que cada pequeña descarga constituía un gozo en sí mismo. Ella se oyó llorar; sollozaba cada vez con más intensidad hasta que Bebé se agitó y él le tapó la mano con la boca. Odenigbo también lloraba; ella notó las lágrimas cayendo en su cuerpo antes de verlas en su rostro.

Más tarde, él se apoyó sobre un codo y la observó.

—Eres muy fuerte, *nkem*.

Nunca antes había escuchado esas palabras de su boca. Él tenía un aspecto envejecido, los ojos húmedos, una ajada derrota en el rostro que le hacía parecer mayor. Ella quería preguntarle por qué había dicho aquello, a qué se refería, pero no lo hizo, y nunca supo quién se quedó dormido antes. A la mañana siguiente, Olanna se despertó muy temprano, oliendo su propio mal aliento y con una sensación de paz triste e inquietante.

En un principio, Ugwu quería morir. No por el caliente hormigueo que sentía en la cabeza, ni por la viscosidad de la sangre que le empapaba la espalda, ni por el dolor que le punzaba las nalgas, ni por la dificultad con que respiraba, sino por la sed que le asfixiaba. Le ardía la garganta. Los soldados de infantería que cargaban con él comentaban que el hecho de rescatarle les había proporcionado un motivo para huir, que se habían quedado sin balas y que habían pedido refuerzos que no llegaban mientras los vándalos seguían avanzando. Pero la sed de Ugwu le obstruía los oídos y amortiguaba sus palabras. Iba sobre sus hombros, vendado con sus camisas, y el dolor se le propagaba por todo el cuerpo con cada paso. Trató de inhalar con todas sus fuerzas, pero no conseguía suficiente aire. La sed le provocaba náuseas.

—Agua, por favor —graznó.

No le dieron agua; si tuviera suficiente energía para hacerlo, invocaría las peores maldiciones que conocía para que cayeran sobre ellos. De haber tenido un arma, les habría disparado a todos y después a sí mismo.

Más tarde, en el hospital donde le dejaron, ya no quería morir, pero temía volver a quererlo: había tantos cuerpos desperdigados a su alrededor, sobre esteras, sobre colchones, sobre el suelo... Había tanta sangre por todas partes... Oyó los agudos gritos de los hombres cuando el médico los examinaba; sabía que el suyo no era el peor caso, pese a sentir manar su sangre, primero cálida y después fría y húmeda, en un costado. La sangre le arrebató la voluntad; estaba demasiado exhausto para hacer nada al respecto, y cuando las enfermeras pasaron corriendo a su lado, sin detenerse a cambiarle las vendas, no las llamó. Tampoco dijo nada cuando se acercaron a él, lo colocaron de lado y le pusieron varias inyecciones rápidas y sin ningún ceremonial. En los momentos de delirio, vio a Eberechi con la falda ceñida y haciéndole gestos que él no alcanzaba a comprender. Y en los momentos de lucidez, la muerte ocupaba sus pensamientos. Intentó imaginar un cielo, un Dios sentado en un trono, pero no lo consiguió. Aun así, la visión alternativa, la de que la muerte no era más que un silencio infinito, le parecía improbable. Una parte de él soñaba, y no estaba seguro de si esa parte llegaría a sumirse en un silencio interminable. La muerte sería el conocimiento absoluto, pero lo que le asustaba era lo siguiente: no saber de antemano lo que iba a saber.

Por las noches, en la tenue penumbra, personal de Caritas llegaba al hospital. Eran un sacerdote y dos ayudantes pertrechados con lámparas de queroseno, que repartían leche y azúcar entre los soldados y les preguntaban el nombre y la procedencia.

—Nsukka —contestó Ugwu cuando le llegó el turno.

La voz del cura le resultaba vagamente familiar, aunque todo allí le resultaba vagamente familiar: la sangre del hombre que tenía al lado olía igual que la suya, la enfermera que colocó junto a él un cuenco con un poco de *akamu* sonreía igual que



Eberechi.

—¿Nsukka? ¿Cómo te llamas? —preguntó el sacerdote.

Ugwu se esforzó para fijarse mejor en aquel rostro redondeado, las gafas, el cuello moreno. Era el padre Damián.

—Soy Ugwu. Solía ir con la señora Olanna a Saint Vincent de Paul.

—¡Ah! —El padre Damián le estrechó la mano con fuerza y Ugwu hizo una mueca de dolor—. ¿Has luchado por la causa? ¿Dónde te hirieron? ¿Qué han hecho por ti?

Ugwu sacudió la cabeza. Sentía parte de las nalgas laceradas por un dolor feroz. El padre Damián vertió en su boca varias cucharadas de leche en polvo y después dejó a su lado una bolsa con azúcar y leche.

—Sé que Odenigbo está en recursos humanos. Les haré llegar la noticia —dijo el padre Damián. Antes de marcharse, le colocó a Ugwu un rosario de madera alrededor de la muñeca.

Allí estaba el rosario, una presión fría contra su piel, cuando el señor Richard llegó varios días después.

—Ugwu, Ugwu.

El pelo claro y el extraño color de ojos se cernieron sobre él, y Ugwu no estaba seguro de quién era.

—¿Me oyes, Ugwu? He venido a llevarte conmigo.

Era la misma voz que le había hecho preguntas a Ugwu sobre el festival de su pueblo hacía varios años. Ugwu lo reconoció entonces. El señor Richard intentó incorporarlo, pero el dolor del costado y la nalga se propagó a la cabeza y los ojos. Ugwu gritó, luego apretó los dientes, se mordió un labio y paladeó su sangre.

—Despacio, despacio —dijo el señor Richard.

El trayecto lleno de baches durante el cual fue tendido en el asiento trasero del Peugeot 404, y el sol salvaje que hacía centellar el parabrisas hicieron preguntarse a Ugwu si acaso habría muerto y si era eso lo que ocurría tras la muerte: un viaje interminable en coche. Finalmente, se detuvieron en un hospital que no olía a sangre, sino a desinfectante. Sólo cuando se acostó en una cama de verdad pensó Ugwu que, tal vez, después de todo, no iba a morir.

—Este lugar fue bombardeado varias veces la semana pasada, así que nos marcharemos en cuanto el médico te haya visitado. En realidad no es médico, estudiaba cuarto de carrera en la universidad cuando estalló la guerra, pero lo hace muy bien —explicó el señor Richard—. Olanna, Odenigbo y Bebé están con nosotros en Orlu desde que cayó Umuahia, y también está allí Harrison, claro. Kainene necesita ayuda en el campo de refugiados, así que será mejor que te recuperes pronto.

Ugwu tenía la sensación de que el señor Richard hablaba demasiado, aunque tal vez lo hiciera por su bien, para mantenerle despierto hasta que llegara el médico. No obstante, agradecía la risa del señor Richard, la normalidad que transmitía, el poder evocador que tenía y su capacidad para transportarle a los días en que el señor

Richard escribía las respuestas que él le daba en un libro encuadernado en cuero.

—Nos conmocionó mucho saber que estabas vivo en el hospital de Emekuku... en el buen sentido, claro está. Gracias al cielo que no celebramos un entierro simbólico, aunque sí hubo una especie de servicio conmemorativo antes de que Umuahia cayera.

A Ugwu le temblaban los párpados.

—¿Dijeron que había muerto, *sah*?

—Ah, sí, en efecto. Por lo visto tu batallón creía que habías muerto en el transcurso de la operación.

Los ojos de Ugwu se cerraban, y no lograba mantenerlos abiertos por más que se esforzara. Finalmente, Ugwu consiguió abrirlos y vio que el señor Richard le miraba.

—¿Quién es Eberechi?

—*Sah*?

—No has parado de decir «Eberechi».

—Es una chica que conozco, *sah*.

—¿De Umuahia?

—Sí, *sah*.

La mirada del señor Richard se suavizó.

—¿Y sabes dónde está ahora?

—No, *sah*.

—¿Has llevado la misma ropa desde que te hirieron?

—Sí, *sah*. Los soldados de infantería me dieron los pantalones y la camisa.

—Necesitas un baño.

Ugwu sonrió.

—Sí, *sah*.

—¿Tuviste miedo? —le preguntó el señor Richard al cabo de un rato.

Él se movió levemente; sentía el dolor en todo el cuerpo y no encontraba una posición cómoda.

—¿Miedo, *sah*?

—Sí.

—A veces, *sah*. —Hizo una pausa—. Encontré un libro en el campamento. Me sentía muy triste y furioso por el escritor.

—¿Qué libro era?

—La autobiografía de un americano negro llamado Frederick Douglass.

El señor Richard escribió algo.

—Tal vez incluya esta anécdota en mi libro.

—Está escribiendo un libro.

—Sí.

—¿Sobre qué, *sah*?

—Sobre la guerra, sobre lo que ocurrió antes y todo lo que no debería haber ocurrido. Se titulará *El mundo guardó silencio cuando morimos*.

Más tarde, Ugwu murmuró el título para sí: «El mundo guardó silencio cuando morimos». Lo perseguía, lo llenaba de vergüenza. Le hacía pensar en la chica del bar, en su rostro dolorido y el odio en sus ojos mientras yacía tendida boca arriba sobre el sucio suelo.

El señor y Olanna abrazaron a Ugwu, aunque suavemente, sin hacer presión, para no causarle daño. Él se sintió extremadamente incómodo; nunca antes lo habían abrazado.

—Ugwu —dijo el señor, sacudiendo la cabeza—. Ugwu.

Bebé se aferró a su mano y se negó a soltarla, y toda la vida de Ugwu se agolpó formando un nudo en su garganta; rompió a llorar y las lágrimas le hacían daño en los ojos. Estaba enfadado consigo mismo por llorar y, más tarde, al relatar todo cuanto le había sucedido, habló con distanciamiento. Mintió acerca de cómo había sido reclutador dijo que el reverendo Ambrose le había suplicado que lo ayudara a llevar a su hermana enferma al herborista y que, de regreso, los soldados lo apresaron. Empleó expresiones como «fuego enemigo» y «ataque al cuartel» con frialdad desenfadada, como si con ello quisiera compensar las lágrimas.

—Nos dijeron que habías muerto —dijo Olanna, sin dejar de observarlo—. Tal vez Okeoma también siga vivo.

Ugwu la miró fijamente.

—Nos han dicho que murió en combate —añadió Olanna—. Y he sabido que el *kwashiorkor* finalmente se ha llevado a Adanna. Bébé no lo sabe, claro.

Ugwu desvió la mirada. Sus palabras le afectaron. Se enojó con ella por decirle lo que no quería oír.

—Está muriendo demasiada gente —dijo Ugwu.

—Esto es lo que ocurre en la guerra, muere demasiada gente —dijo Olanna—. Pero ganaremos esto. ¿Tienes bien puesta la almohada?

—Sí, *mah*.

No podía apoyarse sobre una de sus nalgas y por ello durmió de costado las primeras semanas de estancia en Orlu. Olanna no se separaba de él, lo obligaba a comer y le infundía fuerzas para seguir viviendo. Con frecuencia, la mente de Ugwu divagaba. No necesitaba el eco del dolor en el costado, en las nalgas y en la espalda para recordar la explosión de su *ogbunigwe*, ni la risa de Alta Tecnología, ni el odio mortal en los ojos de la chica. No recordaba sus rasgos, pero su mirada pervivía en él, como también lo hacía la tensa sequedad de la entrepierna de la joven y el haber hecho algo que él no quería hacer. En ese espacio gris entre el sueño y el soñar despierto, donde controlaba gran parte de lo que imaginaba, vio el bar, olió el alcohol y oyó a los soldados diciendo: «Destructor de Objetivos», pero no era la chica del bar quien yacía boca arriba en el suelo, sino Eberechi. Se despertó asqueado por aquella imagen y por sí mismo. Se daría algún tiempo para expiar sus actos. Después iría en busca de Eberechi. Tal vez ella y su familia se habían trasladado a su pueblo, en

Mbaise, o quizá estuvieran en Orlu. El hecho de que Eberechi lo esperara, que esa espera fuera una prueba de su redención, lo reconfortó durante la convalecencia. Le sorprendió que su cuerpo pudiera al fin volver a ser lo que había sido y que su mente funcionara de nuevo en un estado de lucidez permanente.

Durante el día ayudaba en el campo de refugiados y por las tardes escribía. Se sentaba bajo *úflamboyán* y escribía con letra pequeña y esmerada en los márgenes de periódicos viejos, en papeles en los que Kainene había hecho cálculos de suministros, en el reverso de un calendario desfasado. Compuso un poema sobre un sarpullido en las nalgas tras defecar en cubos importados, pero el resultado no le pareció tan lírico como el de Okeoma y lo rompió; después escribió sobre una mujer de trasero perfecto que pellizcaba el cuello a un joven, pero también acabó rompiéndolo. Finalmente empezó a escribir sobre la anónima muerte de tía Arize en Kano y sobre la parálisis de las piernas de Olanna, sobre el impecable uniforme de Okeoma y las manos vendadas del profesor Ekwenugo. Escribió sobre los niños del campo de refugiados, sobre el empeño con que cazaban lagartos, sobre cómo cuatro chicos habían corrido tras un veloz lagarto que trepó a un mango, y cómo uno de los muchachos se encaramó e hizo saltar al lagarto, que cayó en las manos extendidas de uno de los otros tres que rodeaban el árbol.

—Los lagartos se han vuelto más astutos. Corren más deprisa y ahora se esconden bajo los bloques de cemento —le dijo a Ugwu el niño que había trepado al árbol.

Asaron al lagarto y lo compartieron, ahuyentando a otros niños. Más tarde, el chico ofreció a Ugwu un pedacito de su ración correosa. Ugwu le dio las gracias, negó con la cabeza y comprendió que jamás sería capaz de aprehender a aquel niño en papel, que jamás sería capaz de describir lo bastante bien el miedo mortal que empañaba los ojos de las madres en el campo de refugiados cuando los bombarderos aparecían en el cielo. Jamás sería capaz de definir lo funesto de bombardear a personas hambrientas. Pero lo intentó, y cuanto más escribía menos soñaba.

Olanna enseñaba a varios niños a recitar la tabla de multiplicar la mañana en que Kainene se acercó corriendo *alflamboyán*.

—No vas a creer quién es el responsable del embarazo de la pequeña Urenwa —exclamó Kainene, y Ugwu apenas la reconoció. Los ojos sobresalían en su rostro anguloso, rebosantes de rabia y lágrimas—. ¿Puedes creer que fue el padre Marcel?

Olanna se puso en pie.

—*Gini*? ¿Qué estás diciendo?

—Por lo que parece, he estado ciega todo este tiempo. Y no es la única —dijo Kainene—. ¡Viola a la mayoría de ellas antes de darles los cangrejos que yo me mato por conseguir!

Más tarde, Ugwu vio cómo Kainene golpeaba al padre Marcel en el pecho con ambas manos y le gritaba a la cara; arremetía contra él con tal fuerza que Ugwu creyó que el hombre caería al suelo.

—*Arnosu*! ¡Demonio! —Luego se volvió hacia el padre Jude—. ¿Cómo pudo

quedarse de brazos cruzados y dejarle abrir las piernas de muchachas hambrientas? ¿Cómo va a responder de esto ante su Dios? ¡Márchense los dos ahora, ahora mismo! ¡Si es necesario, yo misma haré que Ojukwu se entere de esto!

Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Había algo magnificante en su ira. Ugwu se sintió sucio e indigno al reanudar sus nuevas tareas después de que los sacerdotes se hubieron marchado: repartir *garrí*, apaciguar peleas, supervisar las granjas quemadas y devastadas. Se preguntó qué diría Kainene, qué le haría, qué sentiría hacia él si llegaba a saber lo de la chica del bar. Lo detestaría. Y también Olanna. Y también Eberechi.

Escuchaba las conversaciones vespertinas y escribía mentalmente lo que después transcribiría sobre el papel. Eran Kainene y Olanna quienes más hablaban, como creando un mundo propio en el que el señor y el señor Richard nunca llegarían a acceder del todo. En ocasiones, Harrison se acercaba y se sentaba junto a Ugwu, pero apenas le dirigía la palabra, como si sintiera una mezcla de desconcierto y respeto por él. Ugwu ya no era sólo Ugwu, era uno de «nuestros muchachos»; había luchado por la causa. La luna siempre refulgía, y de vez en cuando el viento nocturno llegaba acompañado del ululato de los búhos y las voces dispersas procedentes del campo de refugiados. Bebé dormía en una estera tapada con la túnica de Olanna para protegerla de los mosquitos. Siempre que oían el zumbido distante de los aviones de ayuda humanitaria, nada comparable al vuelo bajo y raudo de los bombarderos, Kainene decía: «Espero que ese consiga aterrizar». Y Olanna respondía, con una risa ligera: «Tendremos que hacer la próxima sopa con pescado seco».

Cuando escuchaban Radio Biafra, Ugwu se levantaba y se marchaba. La manida teatralidad de los partes de guerra, la voz que obligaba al oyente a tragarse datos de esperanza inventados, no le interesaban. Una tarde, Harrison se acercó *úfiamboyán* con el aparato sintonizado en Radio Biafra.

—Por favor, apaga eso —le pidió Ugwu. Observaba el juego de varios niños de corta edad en una parcela de hierba cercana—. Quiero oír los pájaros.

—No hay ningún pájaro cantando —dijo Harrison.

—Apágala.

—Su Excelencia está a punto de dar un discurso.

—Apágala o llévatela.

—¿No quieres oír a Su Excelencia?

—*Alba*, no.

Harrison lo observaba.

—Será un discurso magnífico.

—No hay nada magnífico —dijo Ugwu.

Harrison se alejó con aire ofendido y Ugwu no se molestó en llamarlo; volvió a observar a los niños. Corrían de forma cansina sobre la hierba, enarbolando ramas a modo de fusiles, emulando el ruido de los disparos con la boca, levantando nubes de polvo mientras se perseguían. Incluso el polvo parecía apático. Jugaban a la guerra.

Cuatro niños. El día anterior habían sido cinco. Ugwu no recordaba el nombre del quinto —¿Chidiebele o Chidiebube?—, pero recordaba cómo su vientre había ido adquiriendo el aspecto de haberse tragado un balón, cómo su tono caoba se iba tornando macilento. Los otros niños se burlaban de él. «*Ajo mmili ukwa*», lo llamaban: «Vientre de Pan». Ugwu sintió el impulso de hacerles callar y explicarles lo que era el *kwashiorkor*; tal vez pudiera leerles la descripción que había redactado. Pero decidió no hacerlo. No tenía sentido prepararles para lo que de cualquier modo todos iban a contraer. Ugwu no recordaba al niño encarnando en el juego a algún oficial de Biafra, como Su Excelencia o Achuzie; siempre hacía el papel de un nigeriano, Gowon o Adekunle, lo que significaba que siempre perdía y que siempre tenía que caer muerto al final. En ocasiones, Ugwu se preguntaba si el niño disfrutaba con eso, pues así tenía la ocasión de tumbarse y descansar sobre el césped.

El niño y su familia procedían de Oguta. Era una de esas familias que no creían que su ciudad acabaría cayendo, por lo que cuando llegaron su madre tenía un aspecto desafiante, como retando a todos a que le dijeran que no estaba soñando y que no despertaría pronto. La tarde de su llegada, el ruido de las baterías antiaéreas estalló en el campo de refugiados justo antes del anochecer. La madre corrió hacia él, su único hijo, y lo abrazó, desconcertada. Las otras mujeres la sacudieron con fuerza, mientras el rugido de los aviones se aproximaba. «¡Ven al bunker! ¿Estás loca? ¡Ven al refugio!»

La mujer se negó y se quedó donde estaba, abrazada a su hijo, temblando. Ugwu seguía sin saber por qué hizo lo que hizo. Tal vez fuera porque Olanna ya había cogido a Bebé y corría delante de él, y él tenía las manos libres. El caso es que arrancó al niño de los brazos de su madre y echó a correr. El pequeño todavía pesaba bastante, todavía pesaba algo; su madre no tuvo más opción que seguirlo. Los aviones empezaban a bombardear y, justo antes de que Ugwu pudiera meter al niño en el refugio, una bala le pasó rozando; más que verla, la olió, la acritud del metal caliente.

Fue en el bunker, mientras jugaba con la tierra húmeda plagada de grillos y hormigas, cuando el pequeño le dijo a Ugwu cómo se llamaba. Chidiebele o Chidiebube, no estaba seguro. Pero era Chidi-algo. Quizá Chidiebele, un nombre más común. Ahora casi parecía una broma. Chidiebele: «Dios es misericordioso».

Al cabo de un rato, los cuatro niños dejaron de jugar a la guerra y entraron en el edificio. Ugwu oyó el débil y desgarrado lamento procedente del aula, situada al final del edificio. Sabía que la tía de aquel niño saldría pronto y, armada de coraje, informaría a los presentes, que la madre saldría y se tiraría al suelo y rodaría por la tierra y gritaría hasta perder la voz, y que después cogería una cuchilla y dejaría su cuero cabelludo rapado y ensangrentado.

Se puso la camiseta y fue a ofrecer su ayuda para cavar una pequeña fosa.

Richard se sentó al lado de Kainene y le acarició un hombro mientras ella se reía de algo que comentaba Olanna. Adoraba el aspecto de su cuello alargado cuando echaba la cabeza atrás y se reía. Adoraba las veladas en compañía de ella, Olanna y Odenigbo; le recordaban al salón tenuemente iluminado de Nsukka, al sabor de la cerveza en su lengua impregnada en pimentón. Kainene alargó una mano hacia la bandeja esmaltada llena de grillos asados, la nueva especialidad de Harrison; él parecía saber dónde escarbar la tierra seca para encontrarlos y cómo trocearlos una vez asados, para que duraran un poco más. Kainene se llevó un pedazo a la boca. Richard cogió dos y los masticó muy despacio. Anocheecía y los anacardos se habían transformado en siluetas grises y silenciosas. Una neblina de polvo flotaba sobre todos ellos.

—¿A qué crees que se debe el éxito de la misión de los blancos en África, Richard? —preguntó Odenigbo.

—¿El éxito?

Odenigbo le ponía nervioso. Pasaba largos ratos ensimismado y de pronto preguntaba o decía algo inesperado.

—Sí, el éxito. Pienso en los ingleses —dijo Odenigbo.

—Tal vez deberías considerar antes el fracaso de los negros para frenar la misión de los blancos —intervino Kainene.

—¿Quién trajo el racismo al mundo? —preguntó Odenigbo.

—No te entiendo —dijo Kainene.

—Los blancos trajeron el racismo al mundo. Lo usaron como base para la conquista. Siempre resulta más fácil conquistar a gente más humana.

—De modo que cuando conquistemos a los nigerianos, ¿seremos menos humanos? —preguntó Kainene.

Odenigbo no dijo nada. Algo se agitó cerca de los anacardos, y Harrison saltó de la silla y corrió a ver si se trataba de alguna rata de campo que pudiera atrapar.

—Inatimi me ha dado unas cuantas monedas nigerianas —comentó Kainene al cabo de un rato—. Ya sabéis que la gente de la Organización de Luchadores por la Libertad de Biafra tiene bastante dinero nigeriano. Quiero ir a Ninth Mile para ver qué puedo comprar, y si todo va bien, venderé algunas de las cosas que nuestra gente ha hecho en el campo.

—Eso es comerciar con el enemigo —dijo Odenigbo.

—Es comerciar con mujeres nigerianas analfabetas que tienen lo que necesitamos.

—Es peligroso, Kainene —añadió Odenigbo; la suavidad de su voz sorprendió a Richard.

—Ese sector es libre —dijo Olanna—. Nuestra gente comercia allí libremente.

—¿Tú también vas? —La sorpresa hizo alzar la voz a Odenigbo, que miraba a

Olanna.

—No. Al menos mañana no. Quizá la próxima vez que vaya Kainene.

—¿Mañana?

Ahora le tocó a Richard sorprenderse. Kainene había hablado de aquello en una ocasión, de su voluntad de comerciar más allá de las líneas enemigas, pero no sabía que ya hubiera decidido cuándo ir.

—Sí, Kainene irá mañana —contestó Olanna.

—Sí —dijo Kainene—. Pero no cuento con Olanna, nunca vendrá conmigo. Siempre la ha aterrado el comercio honrado.

Kainene se echó a reír y Olanna se rió y le dio una palmada en un brazo. Richard observó la semejanza en la curva de sus labios, en la forma de sus dientes, algo grandes.

—¿No han ocupado ya en varias ocasiones la carretera de Ninth Mile? —preguntó Odenigbo—. Creo que no deberías ir.

—Está decidido. Saldré mañana temprano con Inatimi y volveré por la noche —dijo Kainene, con una determinación en la voz que Richard conocía bien.

No se oponía al viaje; conocía a muchas personas que hacían lo que ella quería hacer.

Esa noche, Richard soñó que ella regresaba con una cesta llena de pollo hervido con hierbas, arroz *jollof* especiado y sopa de pescado espesa, y se sintió irritado cuando varias voces estridentes justo al otro lado de la ventana lo despertaron. No quería abandonar aquel sueño. Kainene también se había despertado y ambos se apresuraron a salir, ella con la túnica alrededor de los hombros y él en pantalones cortos. Amanecía. La luz era aún tenue. Un grupo de refugiados del campamento golpeaban y pateaban a un joven agazapado en el suelo, con las manos en la cabeza para intentar protegerse de algunos golpes. Tenía los pantalones salpicados de agujeros y el cuello de la camisa casi arrancado, pero la manga rasgada aún conservaba el medio sol amarillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kainene—. ¿Qué es todo esto?

Antes de que nadie contestara, Richard ya lo sabía. El soldado había robado en la granja. Ocurría en todas partes; los campos sufrían saqueos nocturnos, saqueos de maíz tan tierno que aún no había brotado el grano y ñames tan jóvenes que tenían un tamaño diminuto.

—¿Veis por qué nada de lo que plantamos da fruto? —dijo una mujer que había perdido a su hijo la semana anterior. Llevaba la túnica atada baja y se veía el nacimiento de sus mustios senos—. Gente como este ladrón viene y lo arranca todo para que muramos de hambre.

—¡Basta ya! —gritó Kainene—. ¡Parad de una vez! ¡Dejadlo en paz!

—¿Cómo? ¿Que dejemos marchar a un ladrón? Si lo hacemos, mañana vendrán diez como él.

—No es un ladrón —dijo Kainene—. ¿Me habéis oído? No es un ladrón. Es un



soldado hambriento.

La multitud se detuvo ante la autoridad serena que desprendía su voz. Poco a poco, fue dispersándose y regresando a las aulas. El soldado se puso en pie y se sacudió la ropa.

—¿Vienes del frente? —le preguntó Kainene.

Él asintió. Aparentaba unos dieciocho años. A ambos lados de la frente tenía dos golpes furiosos y sangraba por la nariz.

—¿Estás huyendo? *I na-agba oso?* ¿Has desertado? —le preguntó Kainene.

Él no respondió.

—Ven. Te daré un poco *de garrí* antes de que te vayas —le dijo Kainene.

Las lágrimas se derramaban de su ojo izquierdo hinchado, y el muchacho se lo tapó con una mano mientras la seguía. No dijo palabra, salvo para musitar: «*Dalu*, gracias», antes de marcharse abrazado a una pequeña bolsa de *garrí*. Kainene se vistió en silencio para ir a reunirse con Inatimi en el campamento.

—Te irás pronto, ¿verdad, Richard? —le preguntó—. Es probable que esos grandes hombres no estén hoy en el despacho más de media hora.

—Saldré dentro de una hora.

Richard iba a ir a Ahiara para intentar conseguir provisiones del centro de ayuda humanitaria.

—Diles que me estoy muriendo y que necesitamos desesperadamente leche y carne en conserva para mantenerme con vida —dijo ella. Su voz estaba teñida de una nueva y sutil amargura.

—Lo haré. Buen viaje. *Ije orna*. Vuelve con montones *de garrí* y sal.

Se besaron, apenas un roce de labios, antes de que ella partiera. Él sabía que la patética escena del joven soldado la había perturbado, y también sabía que ella no creía que el joven soldado fuera el motivo de que las cosechas no fructificaran. Se debía a que la tierra era pobre y el harmatan era riguroso y no había abono ni nada que plantar y cuando ella conseguía semillas de ñame la gente se comía la mitad antes de plantarlas. Él deseaba poder extender los brazos, darle la vuelta al cielo y llevar la victoria a Biafra en ese mismo instante. Por ella.

Kainene aún no había regresado cuando él volvió de Ahiara por la tarde. El salón olía al aceite de palma blanqueado procedente de la cocina y Bebé estaba tumbada en una estera, hojeando las páginas de *Ezegoes to school*.

—Llévame a hombros, tío Richard —le pidió Bebé mientras corría hacia él. Richard fingió ir a cogerla en brazos y luego se dejó caer en una silla.

—Bebé, ya eres una niña mayor. Pesas demasiado para llevarte a hombros.

—¡No!

»Olanna los observaba desde el vano de la cocina.

—¿Sabes? Bebé se ha vuelto más astuta pero no más alta desde que la guerra empezó.

Richard sonrió.

—Más vale la astucia que la altura —dijo, y ella le devolvió la sonrisa.

Él reparó en lo poco que hablaban últimamente, en el esmero con que evitaban quedarse solos.

—¿Ha habido suerte en Ahiara? —preguntó Olanna.

—No. He probado en todas partes. Los centros de ayuda humanitaria están vacíos. He visto a un hombre adulto sentado a la puerta de un edificio chupándose el pulgar —respondió.

—¿Y la gente que conoces en la dirección?

—Dicen que no tienen nada y que nos esforcemos en cultivar y autoabastecernos.

—¿Cultivar qué? ¿Y cómo vamos a alimentar a millones de personas en el diminuto territorio que tenemos ahora?

Richard la miró. Incluso la más ínfima crítica a Biafra lo incomodaba. Desde la caída de Umuahia, las preocupaciones se habían alojado en las grietas de su mente, pero no las verbalizaba.

—¿Está Kainene en el campamento? —preguntó.

Olanna se restregó la frente.

—Creo que sí. Ella e Inatimi deben de estar al llegar.

Richard salió a jugar con Bebé. La subió a hombros para que pudiera alcanzar las hojas de los anacardos y después la bajó; pensó en lo menuda y ligera que era para tener ya seis años. Trazó líneas en la arena, le pidió que cogiera varias piedras e intentó enseñarla a jugar al *nchokolo*. La observó mientras la niña recogía y ordenaba pedazos inconexos de metal: su colección de metralla. Una hora después, Kainene aún no había llegado. Richard fue con Bebé por la carretera en dirección al campamento. Kainene no estaba sentada en la escalera, frente al lugar de No Volverás, como hacía en ocasiones. Tampoco estaba en la enfermería. Ni en ninguna de las aulas. Richard vio a Ugwu bajo *el flamboyán*, escribiendo algo en un trocito de papel.

—Tía Kainene no ha vuelto —dijo Ugwu antes de que Richard le preguntara.

—¿Estás seguro de que no ha vuelto y se ha ido después a algún otro sitio?

—Sí, estoy seguro, *sah*. Pero espero que vuelva pronto.

A Richard le divertía la precisión formal con que Ugwu pronunciaba la palabra «espero»; admiraba la ambición de Ugwu y su reciente hábito de garabatear en cualquier papel que encontrara. En una ocasión había intentado averiguar dónde los guardaba para echarles un vistazo, pero no encontró ninguno. Era probable que los llevara embutidos en los pantalones.

—¿Qué escribes? —le preguntó.

—Una cosa sin importancia, *sah* —contestó Ugwu.

—Me quedo con Ugwu —dijo Bebé.

—Muy bien, Bebé.

Richard sabía que enseguida correría a las aulas en busca de los niños y empezaría a perseguir lagartos o grillos. O quizá fuera a buscar al sedicente miliciano

que llevaba una daga a la cintura y se la pidiera. Regresó a la casa. Odenigbo acababa de llegar del trabajo y, a la intensa luz de la tarde, la pechera de su camisa lucía tan desgastada que Richard podía atisbar el vello rizado bajo la tela.

—¿Ha llegado Kainene? —preguntó Odenigbo.

—Todavía no.

Odenigbo le dedicó una larga mirada reprobatoria antes de entrar para cambiarse. Volvió a salir con una túnica enrollada al cuerpo y atada a la nuca, y se sentó con Richard en el salón. En la radio, Su Excelencia anunciaba que iba a viajar al extranjero en busca de la paz.

De acuerdo con mis frecuentes afirmaciones de que acudiría en persona a donde hiciera falta para garantizar la paz y la seguridad de mi pueblo, me dispongo a salir de Biafra para explorar...

El sol se estaba poniendo cuando Ugwu y Bebé entraron en casa.

—Esa niña, Nneka, acaba de morir y su madre se ha negado a que se lleven el cuerpo para enterrarlo —dijo Ugwu después de saludarlos.

—¿Está allí Kainene? —preguntó Richard.

—No —respondió Ugwu.

Odenigbo se levantó, Richard se levantó, y juntos bajaron al campo de refugiados. No cruzaron palabra. Una mujer se lamentaba en una de las aulas. Preguntaron y todos contestaron lo mismo: Kainene se había marchado con Inatimi a primera hora de la mañana. Les había dicho que se iba de ataque *afia*, a comerciar al otro lado de las líneas enemigas, y que regresaría a última hora de la tarde.

Pasó un día, y después otro. Todo seguía igual, la sequedad del aire, los vientos arenosos, los refugiados labrando la árida tierra, pero Kainene no regresaba. Richard se sentía como trastabillando en un túnel, sentía que se le consumía la vida hora tras hora. Odenigbo le dijo que probablemente Kainene permanecía al otro lado de la línea, esperando a que los vándalos se desplazaran. Olanna le dijo que todas las mujeres que llevaban a cabo esa clase de comercio solían sufrir retrasos a la vuelta. Pero en los ojos de Olanna había un miedo furtivo. Incluso Odenigbo pareció asustado al decir que no les acompañaría a buscar a Kainene porque sabía que ella iba a volver a casa; era como si tuviera miedo de lo que podrían encontrar. Olanna se sentó al lado de Richard en el coche y enfilaron hacia Ninth Mile. Guardaban silencio, pero cuando él detenía el vehículo y preguntaba a los transeúntes si habían visto a alguien con el aspecto de Kainene, ella decía: «*O tolu ogo, di ezigbo oji*», como si repitiendo lo que Richard acababa de explicar, que Kainene era alta y de piel muy oscura, fuera a refrescar la memoria de la gente. Richard les mostraba una fotografía de Kainene. Con las prisas, a veces se equivocaba y sacaba la fotografía de la vasija. Nadie la había visto. Nadie había visto un coche como el de Inatimi. Preguntaron incluso a soldados de Biafra, quienes les dijeron que no podían seguir

avanzando porque las carreteras estaban ocupadas. Los soldados negaban con la cabeza y decían que no la habían visto. En el trayecto de vuelta, Richard rompió a llorar.

—¿Por qué lloras? —le espetó Olanna—. Kainene sólo estará atrapada unos días al otro lado.

A Richard le cegaron las lágrimas. Se desvió de la carretera y el coche chirrió al pasar sobre la espesa maleza.

—¡Para! ¡Para! —gritó Olanna.

Richard se detuvo, ella le arrebató la llave, rodeó el coche y abrió su puerta. Mientras conducía, canturreaba a media voz sin parar.

Olanna pasó el peine de madera por el pelo de Bebé con toda la ternura de la que fue capaz, y aun así un mechón quedó atrapado entre las púas. Ugwu escribía sentado en un banco. Había transcurrido una semana y Kainene aún no había vuelto. Los vientos del harmatán se habían apaciguado un poco: no hacían que los anacardos se agitaran, pero arrastraban arena por todas partes. Además del polvo, el aire estaba saturado de rumores que afirmaban que Su Excelencia no había salido en busca de la paz, sino que había huido. Olanna sabía que eso no era posible. Creía, con la misma firmeza y serenidad con que confiaba en que Kainene volvería pronto, que el viaje de Su Excelencia sería un éxito. Regresaría y firmaría un documento que daría por finalizada la guerra, que proclamaría la libertad de Biafra. Regresaría con justicia y con sal.

Volvió a pasar el peine, y más pelos se desprendieron de la cabeza de Bebé. Olanna los sostuvo en una mano, un ralo mechón de color marrón amarillento descolorido por el sol, que en nada se parecía al intenso negro natural de Bebé. Se asustó. Semanas atrás Kainene le había dicho que el hecho de que Bebé perdiera el pelo con sólo seis años de edad era indicio de una gran sabiduría, pero después salió en busca de píldoras de proteínas para la niña.

Ugwu alzó la vista.

—Quizá no debería trenzarle el pelo, *mah*.

—Sí, quizá por eso se le caiga tanto, por las trenzas.

—¡A mí no se me cae el pelo! —dijo Bebé, y se dio unas palmadas en la cabeza.

Olanna soltó el peine.

—Sigo pensando en el pelo de la niña que vi en el tren. ¡Tenía muchísimo! Su madre debió de tardar muchas horas en trenzarlo.

—¿Cómo estaba trenzado? —preguntó Ugwu.

En un primer momento, a Olanna le sorprendió la pregunta, pero enseguida cayó en la cuenta de que recordaba perfectamente cómo estaba trenzado y empezó a describir el peinado, cómo algunas trenzas le caían sobre la frente. Después describió la cabeza: los ojos abiertos, la piel grisácea. Ugwu escribía mientras ella hablaba, y el ávido interés con que lo hacía de pronto hizo que la historia que narraba fuera importante, que tuviera alguna finalidad, aunque ella aún la desconociera, de modo que le explicó todo cuanto recordaba acerca del tren repleto de gente que lloraba y gritaba y se orinaba encima.

Seguía hablando cuando Odenigbo y Richard regresaron. Venían caminando; se habían marchado en el Peugeot a primera hora de la mañana al hospital de Ahiara en busca de Kainene.

Olanna se puso en pie de un salto.

—¿Qué?

—Nada —contestó Richard, y entró.

—¿Dónde está el coche? ¿Lo han requisado los soldados?

—Nos quedamos tirados en la carretera. Conseguiré algo de gasolina e iré a recogerlo —respondió Odenigbo. La abrazó—. Hemos visto a Madu. Dice que está seguro de que Kainene sigue en el otro lado. Los vándalos deben de haber bloqueado el camino por el que ella entró y ella debe de seguir esperando a que abran una nueva ruta. Por lo visto sucede muy a menudo.

—Sí, claro.

Olanna cogió el peine y empezó a desenredarse el pelo. Odenigbo le recordó que debía estar agradecida de que no hubieran encontrado a Kainene en el hospital. Eso significaba que Kainene estaba bien, sólo que en el bando nigeriano. Pero ella no quería que se lo recordara. Días después, cuando ella insistió en buscar en el depósito de cadáveres, él le dijo lo mismo, que Kainene debía de estar a salvo en el otro lado.

—Iré yo —dijo Olanna.

Madu les había enviado un poco *de garrí* y azúcar, y también gasolina. Iría en coche.

—No tiene sentido —le dijo Odenigbo.

—¿Que no tiene sentido? ¿Que no tiene sentido buscar el cadáver de mi hermana?

—Tu hermana está viva. No hay ningún cadáver.

—Sí, Dios.

Ella se dio media vuelta para marcharse.

—Aunque le hubieran pegado un tiro, Olanna, no la llevarían a un depósito de cadáveres de Biafra —dijo Odenigbo, y ella sabía que tenía razón, pero lo odió por decirlo y por llamarla Olanna en lugar de *nkem*.

De todos modos, fue a la pestilente morgue, donde las víctimas de un bombardeo reciente se apilaban fuera, hinchadas al sol. Una muchedumbre suplicaba que los dejaran pasar para buscar dentro.

—Por favor, mi padre ha desaparecido desde el bombardeo.

—Por favor, no encuentro a mi pequeña.

La nota de Madu que Olanna llevaba consigo hizo sonreír al vigilante, que la dejó pasar. Ella insistió en ver la cara de todos los cuerpos de mujeres, incluso los de aquellas que el vigilante decía que eran demasiado mayores, y después se detuvo en la carretera para vomitar. «Si el sol se niega a salir, lo haremos salir nosotros». El título del poema de Okeoma afloró en su memoria. No recordaba el resto, algo acerca de colocar una vasija de arcilla sobre otra y sobre otra más para construir una escalera hacia el cielo. De vuelta en casa, Odenigbo hablaba con Bebé. Richard estaba sentado, con la mirada perdida. No le preguntaron si había encontrado el cuerpo de Kainene. Ugwu le dijo que llevaba una mancha grande de aceite de palma en el vestido, con la voz tenue, como si supiera que eran los restos del vómito. Harrison le dijo que no había nada que comer y ella lo miró inexpresiva, pues era Kainene quien se había encargado de aquello, quien sabía qué hacer.

—Deberías acostarte, *nkem* —le dijo Odenigbo.

—¿Recuerdas el poema de Okeoma sobre hacer que el sol saliera si se negaba a salir? —le preguntó.

—«Vasijas de arcilla cocida en fervor, nos refrescarán los pies durante el ascenso» —dijo él.

—Sí, sí.

—Era mi verso favorito. No consigo recordar el resto.

Una refugiada del campo apareció de pronto en el patio, corriendo, gritando y agitando en el aire una rama verde. Un verde muy fresco y brillante. Olanna se preguntó de dónde la habría sacado. Las plantas y los árboles del lugar estaban chamuscados, desnudos por efecto de los vientos arenosos. La tierra estaba amarillenta.

—¡Se ha acabado! —gritó la mujer—. ¡Se ha acabado!

Odenigbo se apresuró a conectar la radio, como si hubiese estado esperando a que la mujer llegara con esa noticia. No reconocía la voz masculina que brotó del aparato.

A lo largo de la historia, los pueblos oprimidos han tenido que recurrir a las armas en defensa propia cuando las negociaciones pacíficas fracasaban. No somos una excepción. Recurrimos a las armas por la sensación de inseguridad generada en nuestro pueblo a raíz de las masacres. Hemos luchado en defensa de esa causa.

Olanna se sentó; le gustaba la franqueza, las vocales firmes y la confianza serena de la voz de la radio. Bebé preguntaba a Odenigbo por qué gritaba de aquel modo la mujer del campo. Richard se levantó y se acercó al aparato. Odenigbo subió el volumen. La mujer dijo:

—Dicen que los vándalos vienen con varas para matar a palos a los civiles. Nos vamos al monte.

Dicho esto, se dio media vuelta y echó a correr hacia el campo de refugiados.

Aprovecho esta oportunidad para felicitar a los oficiales y a los hombres de nuestras fuerzas armadas por su valor y su coraje, que les ha hecho granjearse la admiración del mundo entero. Agradezco a la población civil su perseverancia y su valentía frente a la adversidad y el hambre. Estoy convencido de que hay que poner fin de inmediato al sufrimiento de nuestro pueblo. Por consiguiente, he ordenado la retirada de las tropas. Insto al general Gowon, en nombre de la humanidad, que ordene a sus tropas hacer un alto el fuego mientras se negocia un armisticio.

Tras oír el parte, Olanna se sintió mareada por la incredulidad. Se sentó.

—¿Y ahora qué, *mah*? —preguntó Ugwu, inexpresivo.

Ella desvió la mirada hacia los anacardos cubiertos de polvo, hacia el cielo que se curvaba sobre la tierra en un muro sin nubes.

—Ahora ya puedo ir a buscar a mi hermana —dijo con tono pausado.

Pasó una semana. Una furgoneta de la Cruz Roja llegó al campo de refugiados y dos mujeres repartieron tazas de leche. Muchas familias abandonaron el lugar y partieron en busca de familiares, o huyeron al monte para escapar de los soldados nigerianos que se acercaban con fustas. Pero la primera vez que Olanna vio soldados nigerianos, en la carretera principal, no llevaban varas. Caminaban a un lado y al otro, hablaban entre sí en yoruba con voz estridente y señalaban con gestos a las chicas del pueblo.

—Ven y cástate conmigo. Te daré arroz y alubias.

Olanna se sumó a la muchedumbre que los observaba. Sus uniformes planchados y elegantes, sus botas negras brillantadas, sus ojos confiados la colmaron de esa vacuidad que uno siente después de sufrir un robo. Habían bloqueado la carretera y hacían que los coches volvieran atrás, Ningún movimiento, aún. Ningún movimiento. Odenigbo quería ir a Aba para ver dónde yacía su madre, y todos los días se acercaba a pie hasta la carretera para averiguar si los soldados nigerianos dejaban pasar ya a los vehículos.

—Deberíamos hacer las maletas —le dijo a Olanna—. Abrirán las carreteras en un par de días. Saldremos temprano para parar en Aba y después llegar a Nsukka antes de que anochezca.

Olanna no quería hacer las maletas —de todos modos, había muy poco que empaquetar— ni quería ir a ninguna parte.

—¿Y si vuelve Kainene? —le preguntó.

—*Nkem*, Kainene nos encontrará pronto.

Lo vio marchar. Para él resultaba fácil decir que Kainene los encontraría. ¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo podía saber que no la habían herido, por ejemplo, y que estaba incapacitada para hacer viajes largos? Regresaría renqueante, creyendo que ellos estarían allí para cuidarla, y se encontraría con la casa vacía.

Un hombre entró en el recinto, Olanna lo observó un rato antes de reconocer en él a su primo Odinchezo, y luego gritó, corrió hasta él y lo abrazó. Retrocedió un poco para verlo bien. La última vez que lo había visto fue el día de su boda, a él y a su hermano, con sus uniformes de la milicia.

—¿Qué hay de Ekene? —preguntó ella, temerosa— Ekene *kwanu*?

—Está en Umannachi. Vine en cuanto supe dónde estabas. Voy de camino de Okija. Dicen que parte de nuestro pueblo está allí.

Olanna lo invitó a entrar en casa y le sirvió un vaso de agua.

—¿Cómo te ha ido, hermano mío?

—No hemos muerto —respondió él.

Olanna se sentó a su lado y le tomó una mano; la tenía hinchada, con callos en la palma.

—¿Cómo has conseguido llegar, con los soldados nigerianos en la carretera?

—No me pusieron problemas. Les hablé en hausa. Uno de ellos sacó una fotografía de Ojukwu y me pidió que orinara en ella, y lo hice.



Odinchezo esbozó una sonrisa fatigada y dulce; se parecía tanto a tía Ifeka que las lágrimas asomaron a los ojos de Olanna.

—No, no, Olanna —dijo, y la abrazó—. Kainene volverá. Una mujer de Umudioka fue de ataque *afta* y los vándalos ocuparon ese sector, de modo que quedó aislada durante cuatro meses. Regresó ayer con su familia.

Olanna sacudió la cabeza pero no le dijo que no era por Kainene por quien lloraba, no sólo por ella. Se enjugó los ojos. Él siguió abrazándola un rato y, antes de levantarse, le embutió en la mano un billete de cinco libras.

—Tengo que irme —dijo—. El camino es largo.

Olanna contempló el dinero. La frescura mágica del billete rojo la asombró.

—¡Odinchezo! ¡Es demasiado!

—Algunos teníamos dinero nigeriano en Biafra Dos y comerciábamos con ellos, aunque estábamos en la milicia —explicó Odinchazo, y se encogió de hombros—. Y tú no tienes dinero nigeriano, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza; nunca había visto el nuevo dinero nigeriano.

—Espero que no sea verdad lo que dicen, que el gobierno se incautará de todas las cuentas de los bancos de Biafra.

Olanna se encogió de hombros. No lo sabía. Todas las noticias eran confusas y contradictorias. En un principio habían oído que todo el personal universitario de Biafra tenía que presentarse en Enugu para recibir autorización militar. Luego resultó ser en Lagos. Después, sólo tenían que presentarse aquellos implicados en la actividad militar de Biafra.

Más tarde, cuando fue al mercado con Bebé y Ugwu, observó los grandes cuencos de arroz y alubias dispuestos en montañas, el olor deliciosamente hediondo del pescado, la carne sanguinolenta que atraía a las moscas. Todo parecía haber caído del cielo, parecía dotado de una magia que resultaba casi perversa. Observó a las mujeres, mujeres biafreñas, regateando, manejando dinero nigeriano como si fuera la moneda que habían utilizado toda la vida. Compró un poco de arroz y pescado seco. No gastaría mucho dinero; no sabía lo que se avecinaba.

Odenigbo volvió a casa y dijo que habían abierto las carreteras.

—Nos iremos mañana.

Olanna se fue al dormitorio y se echó a llorar. Bebé se encaramó al colchón y la abrazó.

—Mami Ola, no llores; *ehezi na* —le dijo, y la cálida pequeñez de los brazos de Bebé a su alrededor la hizo sollozar aún más. Bebé siguió abrazándola hasta que dejó de llorar y se secó los ojos.

Richard se marchó esa tarde.

—Voy a buscar a Kainene en las ciudades próximas a Ninth Mile —dijo.

—Espera a mañana.

Richard negó con la cabeza.

—¿Tienes gasolina? —le preguntó Odenigbo.

—Suficiente para llegar a Ninth Mile, si apago el motor en las bajadas.

Olanna le dio parte de su dinero nigeriano antes de que partiera con Harrison. A la mañana siguiente, con las maletas ya en el coche, escribió una nota breve y rápida y la dejó en el salón.

*Ejima m*, nos vamos a Aba y Nsukka. Volveremos a pasar por la casa dentro de una semana. O.

Quería añadir «Te he echado de menos» o «Espero que estés bien», pero decidió no hacerlo. Kainene se reiría y diría algo como: «¡Por el amor de Dios! Que no me he ido de vacaciones. Me quedé aislada en territorio enemigo».

Subió al coche y contempló los anacardos.

—¿Vendrá tía Kainene a Nsukka? —preguntó Bebé.

Olanna se volvió y miró atentamente el rostro de Bebé en busca de clarividencia, de alguna señal de que la niña sabía que Kainene estaba de regreso. Al principio pensó que la veía; luego dudó.

—Sí, mi pequeña —contestó—. Tía Kainene vendrá a Nsukka.

—¿Todavía está de ataque *afta*?

—Sí.

Odenigbo arrancó el motor. Se quitó las gafas y las envolvió en un trapo. Habían oído que a los soldados nigerianos no les gustaban las personas con aspecto intelectual.

—¿Ves lo bastante bien para conducir? —le preguntó Olanna.

—Sí.

Odenigbo miró a Ugwu y Bebé en el asiento trasero antes de ponerse en camino. Pasaron por varios puestos de control custodiados por soldados nigerianos, y Odenigbo musitaba algo para sí cada vez que lea permitían pasar. En Abagana, dejaron atrás la flota nigeriana destruida, una larguísima columna de vehículos quemados y ennegrecidos. Olanna los observó. «Nosotros lo hicimos». Extendió una mano para tomar la de Odenigbo.

—Ellos han ganado, pero nosotros hicimos esto —dijo, y reparó en lo extraño que le resultaba decir «Ellos han ganado», verbalizar una derrota en la que no creía. La suya no era una sensación de haber sido derrotados, sino engañados.

Odenigbo estrechó su mano. Ella percibió su nerviosismo en la tensión de su mandíbula al acercarse a Aba.

—Me pregunto si mi casa seguirá en pie —dijo.

La maleza había brotado por todas partes; pequeñas cabañas habían sido engullidas por la hierba marronácea. Una mata crecía a la entrada del recinto, y él aparcó cerca; respiraba con dificultad. La casa seguía en pie. Avanzaron entre la maleza reseca hasta llegar a ella y miraron alrededor, casi temiendo descubrir el esqueleto de mama en cualquier rincón. Pero su primo la había enterrado: cerca del

guayabo se alzaba un pequeño montículo de tierra y una precaria cruz hecha con dos ramas. Odenigbo se arrodilló, arrancó un puñado de hierba y lo sostuvo en la mano.

Siguieron camino hacia Nsukka por carreteras maltrechas, repletas de orificios de bala y cráteres de bomba; Odenigbo viraba bruscamente con frecuencia. Los edificios estaban ennegrecidos, algunos tejados habían desaparecido y las paredes apenas se mantenían en pie. Armazones de coches incendiados salpicaban el paisaje. Una calma sobrecogedora reinaba en el lugar. Siluetas curvas de buitres llenaban el cielo en el horizonte. Llegaron a un puesto de control. Varios hombres segaban la maleza en los márgenes de la carretera a golpe de alfanje; otros cargaban con pesadas planchas de madera en dirección a una casa con paredes que recordaban a un queso suizo, repletas de orificios de bala, algunos grandes, otros más pequeños.

Odenigbo se detuvo al lado del oficial nigeriano. La hebilla de su cinturón refulgió y el hombre se inclinó para ver el interior del coche, un rostro oscuro con dientes muy blancos.

—¿Por qué seguís llevando matrícula de Biafra? ¿Sois partidarios de los rebeldes derrotados?

Hablaba con voz muy alta, artificiosa; era como si actuara y fuera muy consciente de sí mismo en el papel de matón. Detrás de él, uno de sus chicos gritaba a los obreros. Un hombre yacía muerto entre la maleza.

—La cambiaremos cuando lleguemos a Nsukka —dijo Odenigbo.

—¿Nsukka? —El oficial se incorporó y se echó a reír—. Ah, la Universidad de Nsukka. Vosotros sois los que planearon la rebelión con Ojukwu, vosotros, la gente de libros.

Odenigbo no dijo nada y mantuvo la mirada clavada al frente. El oficial abrió la puerta del coche en un movimiento súbito.

—*Oya!* Sal y carga madera. Veamos cómo ayudas a la Nigeria unificada.

Odenigbo lo miró.

—¿Para qué es esto?

—¿Me estás preguntando? ¡He dicho que salgas ahora!

Un soldado se apostó tras el oficial y alzó el fusil.

—Esto es una broma —murmuró Odenigbo—. *O na-egwu egwu.*

—¡Sal! —gritó el oficial.

Olanna abrió la puerta.

—Salid, Odenigbo y Ugwu. Bebé, quédate en el coche.

Cuando Odenigbo salió, el oficial le asestó una bofetada, tan violenta, tan inesperada, que Odenigbo cayó sobre el coche. Bebé lloraba.

—¿No estás agradecido porque no os hayamos matado a todos? Vamos, carga con esas planchas de madera. De dos en dos.

—Deje que mi esposa se quede con mi hija, por favor —pidió Odenigbo.

El sonido de la segunda bofetada del oficial no fue tan fuerte como el primero.

Olanna no miraba a Odenigbo; estaba muy concentrada observando a uno de los hombres que transportaba una pila de ladrillos de cemento, con la enclenque espalda bañada en sudor. Después se encaminó al montón de planchas de madera y cogió dos. Al principio, se tambaleó bajo su peso, no esperaba que pesaran tanto; luego recuperó el equilibrio y se dirigió a la casa. Estaba sudando cuando volvió. Sintió clavada en ella la dura mirada del soldado que la seguía y que le atravesaba la ropa. Cuando hizo el segundo viaje, el militar se había acercado aún más todavía hasta detenerse junto al montón.

Olanna lo miró y gritó:

—¡Oficial!

El oficial acababa de dejar pasar a un coche. Se volvió.

—¿Qué pasa?

—Será mejor que le diga a su muchacho que ni se le ocurra tocarme —dijo Olanna.

Ugwu iba tras ella, y Olanna percibió cómo contenía el aliento, asustado de su valentía. Pero el oficial se echó a reír; miró a ambos, sorprendido e impresionado.

—Nadie va a tocarte —dijo—. Mis chicos están bien entrenados. No somos como esos sucios rebeldes a los que llamáis ejército.

Detuvo a otro coche, un Peugeot 403.

—¡Salid ahora mismo!

Un hombre enjuto bajó del coche. El oficial le arrancó las gafas de la cara y las arrojó a la maleza.

—Oh, ¿no ves bien? Pero sí veías bien para escribir propaganda para Ojukwu, ¿verdad? ¿No es eso lo que hicisteis todos los funcionarios?

El hombre entornó los ojos y se los frotó.

—Al suelo —ordenó el oficial.

El hombre se tendió en el asfalto. El oficial sacó una vara larga y empezó a apalear al hombre en la espalda y las nalgas, y el hombre gritó algo que Olanna no entendió.

—Di: «¡Gracias, *sah!*!» —le dijo el oficial.

El hombre dijo:

—¡Gracias, señor!

—¡Repítelo!

—¡Gracias, señor!

El oficial dejó de golpearlo e hizo un gesto en dirección a Odenigbo.

—Oya, gente de libros, marchaos. Y aseguraos de cambiar la matrícula.

Se apresuraron en silencio hacia el coche. A Olanna le dolían las palmas de las manos. Mientras se alejaban, el oficial siguió fustigando al hombre.

Ugwu se agachó junto a la exuberante mata descuidada de flores blancas y miró el montón de libros quemados. Los habían apilado antes de prenderles fuego, así que cavó con las manos para ver si las llamas habían dejado alguno intacto allí debajo. Rescató dos volúmenes enteros y limpió las cubiertas contra su camisa. En los que había medio quemados aún se distinguían palabras y números.

—¿Por qué han tenido que quemarlos? —preguntó Olanna sin apenas voz—. Sólo de pensar en cuánto esfuerzo.

El señor se acuclilló junto a él y empezó a rebuscar entre el papel carbonizado, mascullando:

—Todo mi material de investigación estaba aquí, *nekene nke*, éste es el informe sobre mis pruebas de rango de detección de señales...

Al cabo de un rato se sentó sobre la tierra con las piernas extendidas frente a sí, y Ugwu deseó que no lo hubiera hecho: ese gesto resultaba muy poco digno, muy poco señorial. Olanna le dio la mano a Bebé y miró los pinos susurrantes, la ixora y los lirios, todos informes y enredados. También la calle Odim parecía informe y enredada, con sus márgenes cubiertas de espesa maleza. Los hierbajos crecían incluso entre las llantas del carro blindado nigeriano abandonado al final de la calle.

Ugwu fue el primero en entrar en la casa. Olanna y Bebé lo siguieron. Por todo el salón colgaban telarañas blanquinosas. El chico alzó la mirada y vio una gran araña negra que se movía despacio en su tela, como si fuera indiferente a su presencia y estuviera segura de que aquél seguía siendo su hogar. Los sofás, las cortinas, la alfombra y las estanterías habían desaparecido. También habían desencajado las persianas, de modo que las ventanas eran agujeros boquiabiertos y los secos vientos del harmatán habían hecho entrar tanta tierra que las paredes habían adoptado un tono marrón uniforme. Motas fantasmagóricas de polvo flotaban en el salón vacío. En la cocina sólo quedaba el pesado mortero de madera. Ugwu recogió del suelo del pasillo una botellita cubierta de polvo; al llevársela a la nariz vio que aún olía a coco. El perfume de Olanna.

Bebé rompió a llorar cuando llegaron al baño. En la bañera había montañas de heces secas, sórdidos montones petrificados. Habían arrancado páginas de la revista *Drum* para utilizarlas como papel higiénico, y manchas reseca embadurnaban la letra de imprenta. Estaban esparcidas por todo el suelo. Olanna tranquilizó a la niña, y Ugwu la recordó jugando con su patito de goma amarillo en esa misma bañera. Abrió el grifo, que rechinó, pero no cayó agua. La hierba del patio de atrás le llegaba hasta los hombros, demasiado alta para atravesarla, así que buscó un palo para abrirse camino. La colmena del anacardo había desaparecido. La puerta de los cuartos del servicio colgaba entreabierta de las bisagras destrozadas, y Ugwu la empujó y recordó la camisa que había dejado colgada del gancho de la pared. Sabía que ya no la encontraría allí, desde luego, pero aun así miró a la pared buscándola. A Anulika le

gustaba mucho esa camisa. Lo emocionaba tanto como lo asustaba pensar que vería a Anulika al cabo de unas horas, que por fin volvería a casa. No se permitiría pensar en quién quedaba y quién no. Recogió las cosas que había en el suelo mugriento, un arma herrumbrosa y un ejemplar hinchado y carcomido de *Socialist Review*. Volvió a tirarlos al suelo y, en el eco resonante, algo, tal vez un ratón, cruzó el cuarto a toda velocidad.

Quería limpiar. Quería frotarlo todo con furia. Sin embargo, temía que con eso no cambiaría nada. Tal vez la casa estuviera manchada hasta los cimientos mismos, ese olor a muerto y seco desde hacía tiempo impregnaría por siempre las habitaciones y en el techo siempre se oiría el susurro de las ratas. El señor encontró una escoba y se puso a barrer él mismo el estudio. Dejó el montón de excrementos de lagarto y polvo junto a la puerta, en el pasillo. Ugwu asomó la cabeza al estudio y lo vio sentado en la única silla que quedaba, que tenía una pata rota y que había tenido que apoyar contra la pared para mantener el equilibrio. Estaba encorvado sobre papeles y expedientes medio chamuscados.

Ugwu tanteó las heces del baño con un palo mientras mascullaba maldiciones dirigidas a aquellos vándalos y a toda su descendencia. Ya había vaciado la bañera cuando Olanna le pidió que dejara de limpiar hasta que hubiera regresado de ver a su familia.

Ugwu se quedó quieto mientras Chioke, la segunda esposa de su padre, le arrojaba arena.

—¿Eres real, Ugwu? —preguntó—. ¿Eres real?

La mujer se inclinaba para coger puñados de arena que lanzaba con movimientos rápidos. La arena le caía sobre los hombros, los brazos, el vientre. Al final Chioke se paró y lo abrazó. Ugwu no había desaparecido; no era un fantasma. Más personas salieron a abrazarlo, a tocar su cuerpo con incredulidad, como si la arena que le había arrojado Chioke no les hubiera demostrado a todos que no era un fantasma. Algunas mujeres lloraban. Ugwu contempló los rostros que lo rodeaban, todos estaban más enjutos, todos tenían profundas marcas de agotamiento en la piel, incluso los niños. Sin embargo, Anulika era la que más había cambiado. Tenía la cara cubierta de espinillas y granos, y no le miraba a los ojos mientras, llorando, decía:

—No estabas muerto, no estabas muerto.

Ugwu se quedó desconcertado al descubrir que la hermana a la que había recordado hermosa no lo era en absoluto. Era una extraña, fea, que bizqueaba de un ojo.

—Me dijeron que mi hijo había muerto —le dijo su padre, cogiéndolo de los hombros.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Ugwu.

Antes de que su padre respondiera, lo supo. Lo había sabido desde el momento en que Chioke saliera corriendo a recibirlo. Debería haber sido su madre; ella habría

sentido su presencia y habría ido a su encuentro en la arboleda de *ubes*.

—Tu madre ya no está con nosotros —dijo su padre.

Lágrimas calientes anegaron los ojos de Ugwu.

—Dios nunca los perdonará.

—¡Cuidado con lo que dices! —Su padre miró en derredor con miedo, aunque Ugwu y él estaban solos—. No fueron los vándalos. Murió por la tos. Deja que te enseñe dónde descansa.

La tumba no tenía nombre. Una planta de ñame de un verde intenso crecía en el lugar.

—¿Cuándo fue? —preguntó Ugwu—. ¿Cuándo murió?

Preguntar cuándo murió resultaba surrealista hablando de su madre. No importaba cuándo hubiera muerto. Mientras su padre pronunciaba palabras que carecían de sentido, Ugwu cayó de rodillas, puso la frente en la tierra y se rodeó la cabeza con las manos como para protegerse de algo que pudiera caer de arriba, como si fuera la única posición que podía adoptar para asimilar la muerte de su madre. Su padre lo dejó allí y regresó a la cabaña. Más tarde, Ugwu se sentó con Anulika bajo el árbol del pan.

—¿Cómo murió mamá?

—De tos.

Su hermana no respondió ninguna pregunta tal como él había esperado, no hubo gestos efusivos ni expresiones ingeniosas en sus respuestas: sí, se había hecho la ofrenda del vino justo antes de que los vándalos ocuparan el pueblo. Onyeka estaba bien; se había ido a la granja. Todavía no tenían hijos. Anulika apartaba la mirada a menudo, como si se sintiera incómoda sentada allí con él, y Ugwu se preguntó si el entrañable vínculo que los había unido era cosa de su imaginación. Su hermana pareció sentirse aliviada cuando Chioke la llamó. Se levantó de prisa y se fue.

Ugwu estaba mirando a los niños que corrían alrededor del árbol del pan, lanzándose pullas y gritando, cuando Nnesinachi llegó con un bebé a la cadera y los ojos resplandecientes. Ella no había cambiado; a diferencia de los demás, no estaba más delgada de como la recordaba. Sin embargo, sus pechos eran algo más grandes y tiraban de la tela de la blusa. La muchacha lo estrechó en un abrazo. El bebé soltó un gritito.

—Sabía que no habías muerto —dijo—. Sabía que tu *chi* estaba bien despierto.

Ugwu acarició la mejilla del pequeño.

—¿Te has casado durante la guerra?

—No me he casado. —Se cambió al bebé de cadera—. Estuve viviendo con un soldado hausar.

—¿Con un vándalo? —Le resultaba casi inconcebible.

Nnesinachi asintió.

—Vivían en nuestro pueblo, y él fue bueno conmigo, un hombre muy bondadoso. Si yo hubiera estado aquí en aquel momento, lo que le sucedió a Anulika no habría

pasado. Pero me había marchado a Enugu con él para hacer algunas compras.

—¿Qué le sucedió a Anulika?

—¿No lo sabes?

—¿El qué?

—La forzaron. Cinco hombres.

Nnesinachi se sentó y colocó al bebé en su regazo.

Ugwu miró al lejano cielo.

—¿Dónde sucedió?

—Ha pasado más de un año.

—He preguntado dónde.

—Ah. —A Nnesinachi le temblaba la voz—. Cerca del río.

—¿Fuera?

—Sí.

Ugwu se inclinó y cogió una piedra.

—Dicen que al primero que la montó le mordió en el brazo y lo hizo sangrar. Casi la matan de una paliza. Desde entonces tiene un ojo que no puede abrir.

Más tarde, Ugwu dio un paseo por el pueblo y, cuando llegó al río, recordó la hilera de mujeres que iban a buscar agua por las mañanas, se sentó en una roca y empezó a sollozar.

Al regresar a Nsukka, Ugwu no le habló a Olanna de la violación de su hermana. Estaba fuera muy a menudo. No paraba de recibir mensajes de lugares en los que habían visto a mujeres que se parecían a Kainene. Ya había ido a Enugu, a Onitsha ya Benín, y siempre regresaba canturreando a media voz.

—Encontraré a mi hermana —decía cuando Ugwu preguntaba cómo le había ido.

—Sí, *mah*, la encontrará —decía Ugwu, porque tenía que creer, por ella, que así sería.

Ugwu limpiaba la casa. Iba al mercado. Fue a Freedom Square para ver el montón de libros ennegrecidos que los vándalos habían sacado de la biblioteca y habían quemado. Jugaba con Bebé. Se sentaba en los escalones que daban al patio de atrás y escribía en pedazos de papel. En el patio de al lado piaban los pollos. Miraba al seto y se preguntaba por Chinyere, qué habría pensado de él si hubiera sobrevivido. El doctor Okeke y su familia no habían regresado, y ahora vivía allí un hombre patizambo, un profesor de química que cocinaba con leña y tenía un gallinero. Un día, en la menguante luz del anochecer, Ugwu alzó la mirada y vio a tres soldados que entraban en el recinto y salían unos momentos después, llevándose al profesor a rastras.

Ugwu había oído decir que los soldados nigerianos habían prometido matar al cinco por ciento de los académicos de Nsukka, y nadie sabía nada del profesor Ezeka desde que lo habían arrestado en Enugu, pero de pronto, al ver cómo se llevaban al profesor de al lado, le pareció una realidad. Así, días después, cuando oyó los fuertes



golpes en la puerta principal, pensó que venían a por el señor. Les diría que el señor no estaba; les diría incluso que había muerto. Primero fue corriendo al estudio y susurró:

—¡Escóndase debajo de la mesa, *sah*!

Luego corrió a la puerta y adoptó una expresión bobalicona. En lugar del verde amenazador de los uniformes del ejército, el brillo de botas y armas, vio un caftán marrón y unos zapatos planos, además de un rostro familiar que le llevó unos instantes reconocer: la señorita Adebayo.

—Buenas noches —dijo Ugwu. Sentía algo parecido a la decepción.

La mujer miraba adentro, tras él, y su rostro denotaba un miedo inmenso y crudo; hacía que pareciera desnuda hasta la médula, convertida en una calavera con agujeros vacíos por ojos.

—¿Odenigbo? —susurró—. ¿Odenigbo?

Ugwu comprendió al momento que eso era lo único que podía decir, que a lo mejor no lo había reconocido y que no conseguía pronunciar la pregunta completa: «¿Está vivo Odenigbo?».

—El señor está bien —dijo Ugwu—. Está dentro.

La mujer lo miró fijamente.

—¡Oh, Ugwu! Cuánto has crecido. —Entró—. ¿Dónde está? ¿Cómo está?

—Lo llamaré, *mah*.

El señor estaba de pié en la puerta del estudio.

—¿Qué sucede, amigo mío? —preguntó.

—Es la señorita Adebayo, *sah*.

—¿Me has pedido que me escondiera bajo la mesa por la señorita Adebayo?

—Pensaba que eran los soldados, *sah*.

La señorita Adebayo abrazó al señor y lo estrechó largo rato contra sí.

—Me habían dicho que Okeoma o tú no habíais logrado regresar...

—Okeoma no logró regresar —dijo el señor, con las mismas palabras que ella, como si de algún modo las desaprobara.

La señorita Adebayo se sentó y empezó a sollozar.

—Verás, no sabíamos muy bien qué estaba sucediendo en Biafra. En Lagos la vida seguía su curso y las mujeres vestían encajes a la última moda. No me enteré de nada hasta que llegué a Londres para asistir a un congreso y leí un informe sobre la hambruna. —Se detuvo—. Cuando terminó, me uní a los voluntarios de Mayflower y crucé el Níger con comida.

A Ugwu no le gustaba. No le gustaba lo nigeriana que era. Sin embargo, una parte de él estaba dispuesto a perdonárselo si con ello regresaban aquellas veladas de antaño, cuando conversaba con el señor en un salón que olía a coñac y a cerveza. Ahora ya no los visitaba nadie, salvo el señor Richard. Su presencia desprendía ahora una nueva familiaridad. Era como si fuera más de la familia; se sentaba a leer en el salón mientras Olanna se ocupaba de sus tareas y el señor estaba en el estudio.

A Ugwu le enojó oír los golpes en la puerta una tarde en que el señor Richard había ido a visitarlos. Dejó sus hojas de papel en la cocina. ¿Acaso no entendía la señorita Adebayo que era mejor volver a Lagos y dejarlos tranquilos? En la puerta retrocedió un paso al ver a los dos soldados a través del cristal. Cogieron el pomo y tiraron de la puerta. Ugwu abrió. Uno de ellos llevaba una boina verde y el otro tenía un lunar blanco en el mentón, como una pepita de fruta.

—¡Que todo el mundo salga de las habitaciones y se eche en el suelo!

El señor, Olanna, Ugwu, Bebé y el señor Richard se tumbaron en el suelo del salón mientras los soldados registraban la casa. Bebé había cerrado los ojos y estaba perfectamente quieta tumbada sobre su tripita.

El de la boina verde tenía unos ojos que refulgían de rojo, y gritaba mientras rasgaba papeles sobre la mesa. Fue ése el que pisó la espalda del señor Richard con la suela de la bota y dijo:

—¡Blanco! *Oyinbo!* ¡No se te ocurra cagarte aquí!

También fue ése el que le puso la pistola en la cabeza al señor y dijo:

—¿Estás seguro de que no escondes por aquí dinero de Biafra?

El otro, el del lunar en el mentón, dijo:

—Buscamos cualquier material que amenace la unidad de Nigeria.

Y luego fue a la cocina y salió *con* dos platos llenos a rebosar del arroz *jollof* de Ugwu.

Después de comer, beber agua y eructar con fuerza, se subieron a su furgoneta y se marcharon. Dejaron abierta la puerta de entrada. Olanna fue la primera en levantarse. Fue a la cocina y tiró a la basura el arroz *jollof* que quedaba. El señor cerró con llave. Ugwu ayudó a Bebé a levantarse y la llevó dentro.

—Hora de bañarse —dijo, aunque aún era algo temprano.

—Puedo yo sola —dijo Bebé, de manera que Ugwu se quedó allí cerca, mirando cómo se bañaba sola por primera vez.

La niña le salpicó un poco de agua, riendo, y Ugwu se dio cuenta de que no lo necesitaría siempre.

De vuelta en la cocina, encontró al señor Richard leyendo los papeles que había dejado en la encimera.

—Esto es fantástico, Ugwu. —El señor Richard parecía sorprendido—. ¿Olanna te habló de la mujer que llevaba la cabeza de su hija en el tren?

—Sí, *sah*. Será parte de un gran libro. Tardaré muchos años en terminarlo, y lo llamaré *Relato de la vida de un país*.

—Muy ambicioso —dijo el señor Richard.

—Ojalá tuviera ese libro de Frederick Douglass.

—Debió de ser uno de los que quemaron —dijo el señor Richard, y sacudió la cabeza—. Bueno, lo buscaré en Lagos cuando vaya la semana que viene. Voy a ver a los padres de Kainene, pero primero iré a Port Harcourt y a Umuahia.

—¿A Umuahia, *sah*?

—Sí.

El señor Richard no dijo nada más; nunca hablaba sobre su búsqueda de Kainene.

—Si tiene tiempo, *sah*, ¿podría preguntar por alguien?

—¿Eberechi?

Una sonrisa cruzó el rostro de Ugwu antes de volver a adoptar enseguida una expresión solemne.

—Sí, *sah*.

—Desde luego.

Ugwu le dio el apellido y la dirección, el señor Richard lo anotó y después ambos se quedaron callados. Ugwu buscó con torpeza algo que decir.

—¿Todavía está usted escribiendo su libro, *sah*?

—No.

—*El mundo guardó silencio cuando morimos*. Es un buen título.

—Sí, lo es. Procede de algo que dijo una vez el coronel Madu. —Richard hizo una pausa—. En realidad, la guerra no es una historia que deba contar yo.

Ugwu asintió. Nunca había pensado que lo fuera.

—¿Puedo darle una carta, por si ve a Eberechi, *sah*?

—Claro.

Ugwu cogió los papeles de las manos del señor Richard y, mientras se volvía para empezar a hacerle la cena a Bebé, se puso a canturrear.

Richard fue al huerto y caminó hacia el lugar donde se había sentado a contemplar el mar. Su naranjo preferido ya no estaba. Habían talado muchos de los árboles y en el huerto había ahora parcelas de hierba cultivada. Miró el lugar en que Kainene había quemado su manuscrito y se acordó de lo ocurrido días atrás en Nsukka, cuando no había sentido nada, absolutamente nada, al ver a Harrison cavar y cavar en el jardín. «Lo siento, *sah*. Lo siento, *sah*. Entierro aquí el mascrito, sé que entierro aquí».

Habían vuelto a pintar la casa de Kainene de un verde apagado; la buganvilla que la había engalanado estaba podada. Richard rodeó la casa hasta llegar a la puerta de entrada y tocó el timbre, e imaginó que Kainene salía a abrir y le decía que estaba bien, que sólo había querido pasar una temporada sola. La mujer que salió tenía finas marcas tribales en la cara, dos líneas en cada mejilla. Abrió sólo un resquicio.

—¿Sí?

—Buenas tardes —dijo Richard—. Me llamo Richard Churchill. Soy el prometido de Kainene Ozobia.

—¿Si?...

—Yo vivía aquí. Ésta es la casa de Kainene.

Las facciones de la mujer se tensaron.

—Era una propiedad abandonada. Ahora es mi casa. —Y se dispuso a cerrar la puerta.

—Por favor, aguarde —dijo Richard—. Me gustaría recuperar nuestras fotografías. ¿Podría buscar algunas de las fotos de Kainene? ¿Del álbum de la estantería del estudio?

La mujer silbó.

—Tengo un perro muy agresivo, y si no se marcha enseguida se lo echaré.

—Por favor, sólo las fotografías.

La mujer volvió a silbar. Richard oyó que un perro gruñía en algún lugar de la casa. Se volvió despacio y se fue. Mientras conducía con las ventanillas bajadas, percibiendo el olor del mar, pensó en cuantísimas veces lo había llevado Kainene por esa misma carretera solitaria. Cuando entró en la ciudad redujo la velocidad al pasar junto a una mujer alta, pero tenía la piel demasiado clara para ser Kainene. Había retrasado la visita a Port Harcourt porque antes quería encontrarla para ir a ver juntos la casa, contemplar juntos lo que habían perdido. Ella intentaría recuperarla, de eso estaba seguro, redactaría peticiones, apelaría a los tribunales y le diría a todo el mundo del gobierno federal que le habían robado la casa, con ese carácter intrépido que tenía. El mismo carácter que la había hecho detener la paliza del joven soldado. Aquél era su último recuerdo de ella, y su pensamiento lo transformaba a su antojo: a veces la túnica arrugada por el sueño que llevaba anudada a la cintura lanzaba destellos dorados, otras veces rojos.

No habría ido a la casa si la madre de Kainene no se lo hubiera pedido.

—Ve a la casa, Richard, por favor, ve a ver cómo está. —Su voz sonaba débil al teléfono.

Durante sus primeras conversaciones con ella, cuando acababan de regresar de Londres, su voz había sido muy diferente, llena de certeza.

—Deben de haber herido a Kainene en algún lugar. Tenemos que preguntar por todas partes. Tenemos que hacerlo deprisa para poder trasladarla a un hospital mejor. Cuando esté bien, le preguntaré qué podemos hacer con ese borrego yoruba que creíamos que era amigo nuestro. ¿Puedes creerlo? El hombre nos hace comprar nuestra propia casa. Ha falsificado las escrituras y todo, y dice que podemos estar contentos de que no nos pida mucho; y además se ha llevado los muebles. El padre de Kainene tiene demasiado miedo para decir nada. Da gracias por que le hayan dejado quedarse con una casa. Kainene jamás permitiría algo así.

Ahora parecía diferente. Era como si fuera perdiendo la fe a medida que pasaba el tiempo. Ve a ver cómo está la casa, había dicho. Ve a ver. Ya no hablaba con detalles concretos. Madu estaba con ellos en Lagos ahora que lo habían dejado en libertad tras haber estado mucho tiempo detenido en Alagbon Glose; ahora que lo habían dado de baja del ejército nigeriano; ahora que le habían entregado cincuenta libras en concepto de todo el dinero que había tenido antes y durante la guerra. Era Madu quien se había enterado de que habían visto a una mujer alta, delgada y con estudios perdida en Onitsha. Richard fue con Olanna a Onitsha, donde se encontraron también con su madre, pero la mujer no era Kainene. Richard estaba convencido de que sería ella —la mujer sufría amnesia, había olvidado quién era, todo encajaba— y, cuando miró a los ojos de la extraña, sintió por primera vez un odio profundo por una persona a quien no conocía.

En eso pensaba mientras conducía hacia Umuahia, al centro de desplazados. El edificio estaba vacío. Cerca de allí se veía el cráter de una bomba que seguía abierto, sin tapar. Recorrió las calles en coche durante un rato antes de encontrar la dirección que le había dado Ugwu. La anciana a la que saludó se mostró completamente indiferente, como si sucediera a menudo que un blanco llegara preguntando en igbo por un familiar suyo. Richard se sorprendió; estaba acostumbrado a que la gente reparara en el hecho de que era un blanco que hablaba igbo, a que se maravillaran de ello. La mujer le acercó un asiento. Le dijo que era la hermana del padre de Eberechi y, en cuanto le explicó qué le había sucedido a la muchacha, Richard decidió que no se lo contaría a Ugwu. Nunca se lo contaría a Ugwu. La tía de Eberechi llevaba un pañuelo blanco atado alrededor de la cabeza y una túnica sucia anudada a la altura del pecho. Hablaba tan bajo que Richard tuvo que pedirle que le repitiera lo que había dicho. La anciana lo miró un momento antes de decirle, una segunda vez, que Eberechi había muerto en un bombardeo, que había sucedido el día en que cayó Umuahia y que, unos días después, el hermano de Eberechi que estaba en el ejército había regresado sano y salvo. Richard no supo por qué, pero se sentó y le habló de Kainene a la anciana.

—Mi mujer se fue de ataque *afta* unos días antes de que terminara la guerra, y no la hemos visto desde entonces.

La mujer se encogió de hombros.

—Algún día sabrás lo sucedido —dijo.

Richard reflexionó sobre esas palabras durante el trayecto a Lagos al día siguiente, y aún se convenció más de que no le diría a Ugwu que Eberechi había muerto. Algún día Ugwu sabría lo sucedido. De momento, no destrozaría su sueño.

Llovía cuando llegó a Lagos. En la radio del coche retransmitían una vez más el discurso de Gowon: «Ni vencedores ni vencidos». Los vendedores de periódicos corrían por entre el tráfico con las ediciones envueltas en bolsas de plástico. Él ya no leía periódicos, porque todos los que abría parecían llevar el anuncio que habían mandado poner los padres de Kainene, con la foto de ella junto a la piscina bajo la leyenda: «desaparecida». Era agobiante, tan agobiante como cuando tía Elizabeth le decía «Sé fuerte», su voz trémula al teléfono, como si ella supiera algo que él desconocía. Él no necesitaba ser fuerte para nada. Además, Kainene no estaba desaparecida; sólo se estaba tomando su tiempo antes de volver a casa.

La madre de Kainene lo abrazó.

—¿Has comido bien, Richard? —preguntó en un tono cariñoso y familiar, igual que una madre le hablaría a un hijo que se estuviera descuidando.

Lo tomó del brazo con fuerza y se apoyó en él para pasar al austero salón, y Richard tuvo la maravillosa y reconfortante sensación de que la madre creía que de algún modo, al aferrarse a su brazo, estaba tocando el brazo de Kainene.

El padre de Kainene estaba sentado con Madu y otros dos hombres de Umannachi. Richard les estrechó la mano y se sentó junto a ellos. Bebían cerveza y hablaban sobre el decreto de indigenización; eran funcionarios sin trabajo. Mantenían la voz baja, como si estar entre cuatro paredes no fuera protección suficiente. Richard se levantó y subió la escalera para ir a la antigua habitación de Kainene, pero allí no quedaba nada suyo. Las paredes estaban repletas de clavos; tal vez el ocupante yoruba hubiera colgado muchas fotografías.

El caldo que sirvieron en la comida tenía demasiado cangrejo; a Kainene no le habría gustado, se habría inclinado hacia él y se lo habría dicho. Después de comer, Richard y Madu salieron a sentarse un rato en la terraza. Había parado de llover y abajo las hojas de las plantas parecían más verdes.

—Los extranjeros dicen que ha muerto un millón de personas —comentó Madu—. No puede ser.

Richard esperó. No estaba seguro de querer mantener una de esas conversaciones que tenían ahora muchos biafreños, pasándose toda la culpa unos a otros y pintándose el rostro con un valor que nunca habían tenido. Quería recordar que Kainene y él habían estado muchas veces allí, mirando a esa piscina plateada.

—No puede ser sólo un millón. —Madu dio un sorbo de cerveza—. ¿Volverás a Inglaterra?

La pregunta le molestó.

—No.

—¿Te quedarás en Nsukka?

—Sí. Voy a entrar en el nuevo Instituto de Estudios Africanos.

—¿Estás escribiendo algo?

—No.

Madu dejó su vaso de cerveza; gotitas de agua cubrían el cristal como minúsculos guijarros transparentes.

—No puedo entender cómo aún no hemos descubierto nada de Kainene, no lo puedo entender —dijo Madu.

A Richard no le gustó cómo sonaba ese «hemos», no sabía a quiénes incluía. Se levantó, cruzó el balcón y miró a la piscina vacía; el suelo era de una piedra blanquecina pulida, visible a través de la fina película de agua de lluvia. Se volvió hacia Madu:

—La quieres, ¿verdad? —preguntó.

—Claro que la quiero.

—¿Llegaste a tocarla?

La risa de Madu fue breve y amarga.

—¿Llegaste a tocarla? —repitió Richard, y de pronto Madu fue el responsable de la desaparición de Kainene—. ¿Llegaste a tocarla?

Madu se levantó. Richard se apresuró a agarrarlo de un brazo. Ven aquí, quería decirle. Ven aquí y dime si alguna vez le pusiste esa sucia mano negra encima. Madu apartó con brusquedad la mano de Richard. Richard le dio un bofetón y sintió que la mano empezaba a palpitarle.

—Idiota —dijo Madu, sorprendido, tambaleándose un poco.

Richard vio el brazo de Madu levantado, vio el movimiento rápido y borroso del puñetazo que se acercaba. Le dio en la nariz y el dolor le estalló por toda la cara, y sintió el cuerpo muy ligero al desplomarse. Cuando se tocó la nariz, sus dedos se mancharon de sangre.

—Idiota —repitió Madu.

Richard no podía levantarse. Sacó su pañuelo; le temblaban las manos y se limpió parte de la sangre en la camisa. Madu lo contempló un momento, luego se agachó y le sostuvo la cara con ambas manos bien abiertas para examinarle de cerca la nariz. Richard percibió el olor a cangrejo del aliento de Madu.

—No te la he roto —dijo el coronel, y se puso en pie.

Richard se palpó la nariz. La oscuridad cayó sobre él y, cuando aclaró, supo que nunca volvería a ver a Kainene y que su vida siempre sería como una habitación iluminada por velas: sólo vería las cosas en sombras, apenas unos atisbos.

Los momentos de firme esperanza de Olanna, cuando tenía la certeza de que Kainene volvería, iban seguidos de rachas de un dolor crudo, y luego una oleada de fe la hacía canturrear a media voz hasta que llegaba de nuevo la caída y se desmoronaba en el suelo sin parar de llorar. La señorita Adebayo los visitaba y decía unas palabras sobre el dolor de una pérdida, algo bonito y fácil: que el dolor era una celebración del amor, que quienes experimentaban un dolor verdadero tenían la suerte de haber amado. Sin embargo, lo que sentía Olanna no era dolor, era más grande que el dolor. Era más extraño que el dolor. No sabía dónde estaba su hermana. No sabía nada. Estaba furiosa consigo misma por no haberse levantado temprano el día en que Kainene se fue de ataque *afta*, y por no saber cómo se había vestido esa mañana, y por no haber ido con ella, y por confiar en que Inatimi sabía adonde la llevaba. Se enfurecía con el mundo cuando subía a autobuses o se montaba en el coche con Odenigbo o con Richard para ir a hospitales abarrotados y edificios polvorientos en busca de Kainene y no la encontraban.

La primera vez que vio a sus padres, su padre la llamó «*Ola m*», oro mío, y ella deseó que no lo hubiera hecho, porque se sentía deslustrada.

—Ni siquiera vi a Kainene antes de que se marchara. Cuando me desperté ya no estaba —les dijo.

—*Anyiga-achota ya*, la encontraremos —repuso su madre.

—La encontraremos —repitió su padre.

—Sí, la encontraremos —dijo también Olanna, y se sintió como si todos estuvieran arañando desesperadamente una gruesa y rugosa pared.

Se explicaban unos a otros historias de personas que habían sido encontradas, que habían regresado después de llevar meses perdidas. No se explicaban las otras historias, las de los que seguían desaparecidos, las de las familias que enterraban ataúdes vacíos.

Los dos soldados que habían irrumpido en la casa y se habían comido el arroz *jollof* la habían enfurecido. Estando tumbada en el suelo del salón, había rezado por que no encontraran sus libras de Biafra. Cuando se fueron, sacó los billetes doblados del sobre que llevaba escondido en el zapato, salió y encendió una cerilla bajo el limonero. Odenigbo la observaba. Ella sabía que no lo aprobaba, porque aún guardaba su bandera doblada en el bolsillo de un par de pantalones.

—Estás quemando el recuerdo —le dijo.

—No es verdad. —No pensaba depositar su recuerdo en cosas que unos extraños pudieran llevarse en un saqueo—. Mi recuerdo está dentro de mí.

Las semanas pasaron y volvió a haber agua corriente, las mariposas regresaron al jardín y el pelo de Bebé crecía negro azabache. Del extranjero llegaron cajas de libros para Odenigbo. «Para un colega al que la guerra le ha robado todo —decían las notas —, de los admiradores de David Blackwell de la hermandad de matemáticos».



Odenigbo pasó días enfrascado en ellos.

—Mira, de éste tenía la primera edición —decía a menudo.

Edna envió libros, ropa y chocolate. Olanna miraba las fotografías que había mandado también, y veía a una Edna extraña, una mujer que vivía en Boston y llevaba el pelo planchado y brillante. Parecía que hacía una eternidad desde que ocupara el piso de al lado en la avenida Elias, y parecía que hacía aún más tiempo desde que ese patio de la calle Odum había conformado las fronteras de su vida. Cuando daba largos paseos por el campus, las pistas de tenis y Freedom Square, pensaba en lo rápido que había sido marcharse y en lo lento que era regresar.

Su cuenta bancaria de Lagos había desaparecido. Ya no existía. Era como ser desnudada a la fuerza; alguien le había arrebatado toda la ropa y la había dejado tiritando de frío. Sin embargo, en ello vio una buena señal. Puesto que había perdido sus ahorros, no podía perder también a su hermana; los custodios del destino no eran tan perversos.

—¿Por qué tía Kainene sigue de ataque *afta*? —preguntaba muchas veces Bebé con una mirada fija y suspicaz.

—¡Deja ya de preguntar! ¡Qué niña esta...! —contestaba Olanna, pero también en las preguntas de Bebé veía una señal, aunque no pudiera descifrar su significado.

Odenigbo le dijo que tenía que dejar de ver señales en todas partes. Olanna se enfadaba porque él se negaba a ver todos esos anuncios del regreso de Kainene, pero luego lo agradeció, porque eso significaba que él creía que no había pasado nada que hiciera inapropiada su discrepancia.

Cuando llegaron unos familiares de Umuunnachi y propusieron consultar a un *dibia*, Olanna le pidió a tío Osita que fuera él. Le dio una botella de whisky y algo de dinero para que comprara una cabra para el oráculo. Olanna condujo hasta el río Níger para tirar al agua una copia de una fotografía de Kainene. Fue a la casa de Kainene en Orlu y la rodeó tres veces. Después esperó la semana que había estipulado el *dibia*, pero Kainene no volvió a casa.

—Quizá no lo he hecho bien —le dijo a Odenigbo.

Estaban en su estudio. El suelo estaba lleno de pedacitos de papel ennegrecido de las páginas de sus libros medio quemados.

—La guerra ha terminado, pero la hambruna no, *nkem*. Ese *dibia* sólo quería carne de cabra. No puedes creer en eso.

—Sí que creo. Creo en todo. Creo en cualquier cosa que me devuelva a mi hermana.

Olanna se levantó y se acercó a la ventana.

—Todos volvemos —dijo.

—¿Qué?

—Nuestro pueblo dice que todos nos reencarnamos, ¿no es así? —dijo—. *Uwa m, uwa ozo*. Cuando vuelva en mi próxima vida, Kainene será mi hermana.

Había empezado a llorar en voz baja. Odenigbo la estrechó entre sus brazos.

**8. El libro: *El mundo guardó silencio cuando morimos***

Ugwu escribe la dedicatoria al final: «Para el señor, amigo mío».

## NOTA DE LA AUTORA

Este libro está basado en la guerra entre Nigeria y Biafra, que tuvo lugar entre los años 1967 y 1970. Aunque algunos de los personajes están basados en personas que han existido de verdad, la descripción que de ellos he hecho es producto de mi imaginación, como también lo son los acontecimientos que los rodean. A continuación presento una lista de los libros (la mayoría utilizan la grafía inglesa «ibo» en lugar de «igbo») que me han ayudado en mi investigación. Debo mi más sincero agradecimiento a sus autores. En especial, *Sunset and Dawn* de Chukwuemeka Ike y *Never again* de Flora Nwapa resultaron indispensables para recrear la atmósfera de la clase media de Biafra; la propia vida de Christopher Okigbo y *Labyrinths* me inspiraron para forjar el personaje de Okeoma; reentras que *The Nigerian Revolution and the Biafran War* de Alexander Madiebo resultó fundamental para dar vida al personaje del coronel Madu.

Con todo, no podría haber escrito este libro sin mis padres. Mi sabio y maravilloso padre, el profesor Nwoye James Adichie, *Odelu Ora Abba*, acababa sus muchos relatos con las palabras *agha ajoka*, que en mi traducción literal significan «la guerra es muy fea». Tanto él como mi protectora y abnegada madre, la señora Ifeoma Grace Adichie, han querido siempre que supiera, creo, que lo que importa no es aquello por lo que tuvieron que pasar sino el hecho de haber sobrevivido. Les estoy agradecida por sus relatos y por muchísimas cosas más.

Rindo homenaje a mi tío Mai, Michael E. N. Adichie, quien resultó herido mientras combatía en el 21.º batallón del ejército de Biafra, y quien me habló de su experiencia con mucha gracia y sentido del humor. También rindo homenaje a los recuerdos chispeantes de mi tío CY (Cyprian Odigwe, 1949-1998), quien luchó en los comandos de Biafra, a mi primo Pauly (Paulinus Ofili, 1955-2005), quien compartió conmigo sus recuerdos de la vida en Biafra con trece años, y a mi amigo Okla (Okoloma Maduwesi, 1972-2005), que no podrá llevar este libro bajo el brazo como hizo con el anterior.

Gracias a mi familia: a Toks Oremule y Arinze Maduka, a Chisom y Amaka Sonny-Afoekelu, a Chinedum y Kamsi Adichie, a Ijeoma y Obinna Maduka, a Uche y Sonny Afoekelu, a Chukwunwike y Tinuke Adichie, a Nneka Adichie Okeke, a Okechukwu Adichie, y en especial a Kenechukwu Adichie; a todos los Odigwe de Umannachi y los Adichie de Aba; a mis hermanas Urenna Egonu y Uju Egonu, y a mi «hermanito», Oji Kanu, por creer que soy mejor de lo que en realidad soy.

Gracias a Ivara Esege; a Binyavanga Wainaina por sus excelentes críticas; a Amaechi Awurum por sus enseñanzas sobre la fe; a mis amigos Ike Anya, Muhtar Bakare, Maren Chumley, Laura Bramón Good, Martin Kenyon e Ifeacho Nwokolo por leer el borrador; a Susan Buchan por las fotografías tomadas en Biafra; al Vermont Studio Center por regalarme espacio y tiempo, y al profesor Michael

J. C. Echeruo, cuyos comentarios eruditos y generosos me impulsaron a buscar el otro medio sol.

Estoy agradecida a mi excepcional agente Sarah Chalfant por hacerme sentir segura, y a Mitzi Ángel, Anjali Singh y Robin Desser, editores con muy buen criterio.

Para que nunca olvidemos.

- Chinua Achebe, *Girls at War and Other Stories*.
- Elechi Amadi, *Sunset in Biafra*.
- J. L. Brandler, *Out of Nigeria*.
- Robert Collis, *Nigeria in Conflict*.
- John De St. Torre, *The Nigerian Civil War*.
- Herbert Ekwe-Ekwe, *The Biafran War: Nigeria and the Af termath*.
- Cyprian Ekwensi, *Divided We Stand*.
- Buchi Emecheta, *Destination Biafra*.
- Ossie Enekwe, *Come Thunder*.
- Frederick Forsyth, *Biafra Story* (hay trad. cast.: *Génesis de una leyenda africana: la historia de Biafra*, trad. Isabel Esteban Güell, Plaza & Janes, Barcelona, 1979).
- Herbert Gold, *Biafra Goodbye*
- Chukwuemeka Ike, *Sunset at Dawn*.
- Eddie Iroh, *The Siren in the Night*.
- Dan Jacobs, *The Brutality of Nations*.
- Anthonia Kanu, *Broken Lives and Other Stories*.
- Alex Madiebo, *The Nigerian Revolution and the Biafran War*.
- Micheal Mok, *Biafra Journal*.
- Rex Niven, *The War of Nigerian Unity*.
- Hilary Njoku, *A Tragedy without Héroes*.
- Arthur Agwuncha Nwankwo, *The Making of a Nation*.
- Flora Nwapa, *Never Again*.
- Flora Nwapa, *Wives at War*.
- Bernard Odogwu, *No Place to Hide: Crises and Conflicts inside Biafra*.
- Christopher Okigbo, *Labyrinths*.
- Ike Okonta y Oronta Douglas, *Where Vultures Feast*.
- Joseph Okpaku, *Nigeria: Dilemma of Nation hood*.
- Kalu Okpi, *Biafra Testament*.
- Wole Soyinka, *The Man Died* (hay trad. cast.: *El hombre ha muerto*, trad. Barbara McShane y Javier Alfaya, Alfaguara, Madrid, 1987).
- John J. Stremlau, *The International Politics of the Nigerian Civil War*.
- Ralph Uwechue, *Reflections on the Nigerian Civil War*.

- Alfred Obiora Uzokwe, *Surviving in Biafra*.



Chimamanda Ngozi Adichie (Abba, Enugu, 15 de septiembre de 1977) es una novelista nigeriana.

Pasó su infancia en la ciudad de Nsukka, sede de la Universidad de Nigeria, en una casa que anteriormente había sido habitada por el célebre escritor Chinua Achebe. Su padre era profesor de estadística, y su madre trabajaba también en ese mismo establecimiento de educación superior, como secretaria. A los 19 se trasladó a Estados Unidos con una beca por dos años para estudiar comunicación y ciencias políticas en la Universidad de Drexel, Filadelfia. Posteriormente continuó sus estudios en la Universidad Estatal del Este de Connecticut, en la que se graduó en 2001. Ha realizado asimismo estudios de escritura creativa en la John Hopkins, Baltimore, y un máster de estudios africanos en Yale.

En 2003, mientras se encontraba estudiando en Connecticut, publicó su primera novela, *La flor púrpura* (*Purple Hibiscus*), que fue muy bien recibida por la crítica y recibió el Commonwealth Writer's Prize for Best First Book (2005).

La acción de su segunda novela, *Medio sol amarillo* (*Half of a Yellow Sun*, 2006), así titulada en referencia al diseño de la bandera de la efímera nación de Biafra, se desarrolla durante la guerra civil nigeriana. La obra obtuvo el Orange Prize for Fiction en 2007.

En 2009 publicó una colección de relatos breves, titulada *Algo alrededor de tu cuello*. Cuatro años más tarde lanzaba *Americanah*, que mereció el Premio del Círculo de Críticos Nacional del Libro.